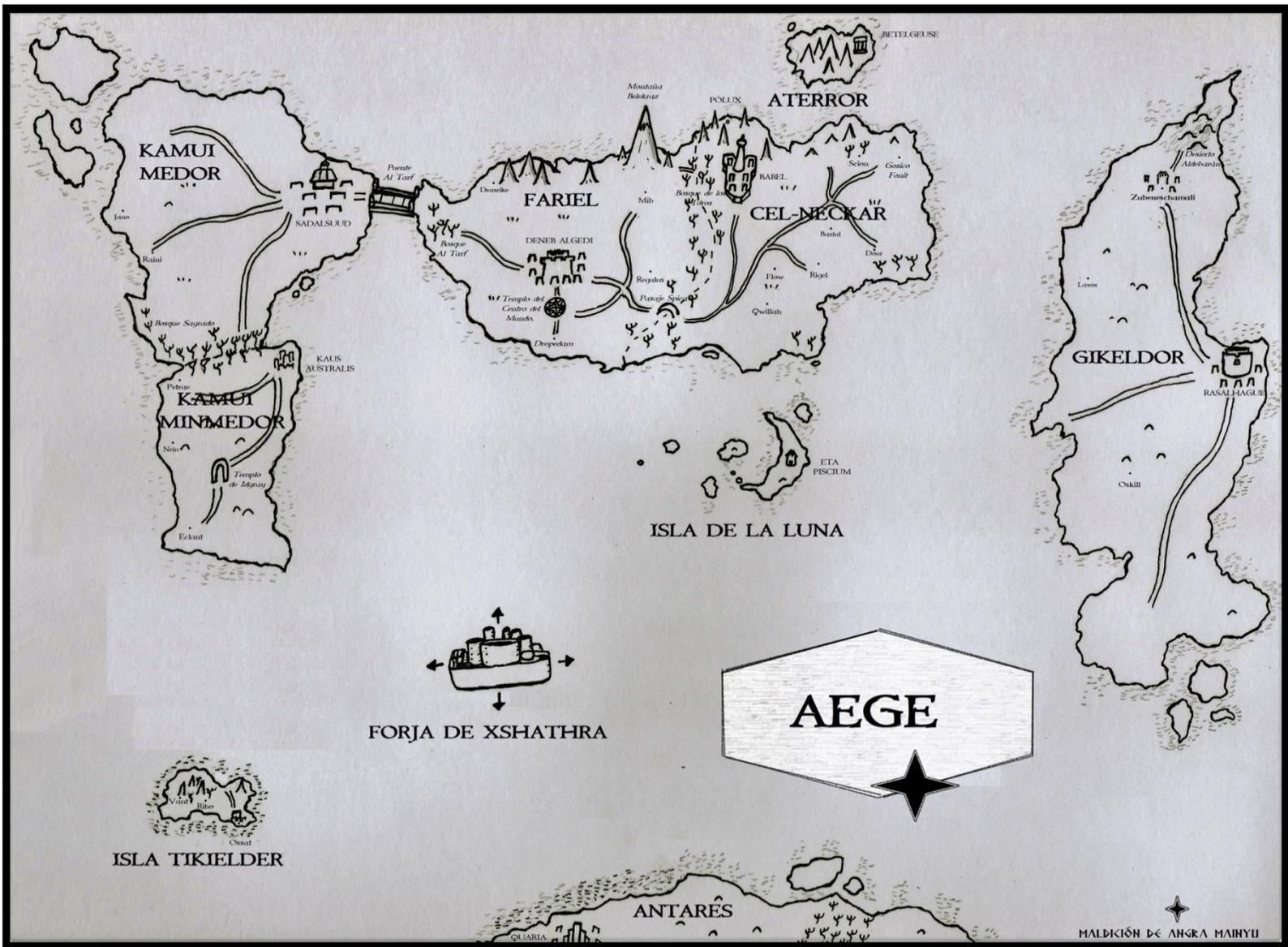


DRASSIL

EL ALMA DEL ELEGIDO





Aparte de esto, tengo en mí todos los sueños del mundo.

DRASSIL

El Alma Del Elegido

ÍNDICE

Prólogo: Vuelve Sobre Tu Escudo.....	pág. 6
1) Abandona Toda Esperanza.....	pág. 11
2) Punto Sin Retorno.....	pág. 24
3) Fuerte De Seguridad.....	pág. 41
4) Libres Para Ser Tu Y Yo.....	pág. 63
5) Reencuentros.....	pág. 80
6) Bienvenidos A Nuestra Ascensión.....	pág. 95
7) El Caza Dragones.....	pág. 112
8) Emisario Del Comienzo Oscuro.....	pág. 128
9) Drassil.....	pág. 146
10) Las Demandas De La Eternidad.....	pág. 162
11) El Último Éxodo.....	pág. 181
12) Tres Grados De Destrucción.....	pág. 197
13) Todo Fuera De Guerra.....	pág. 214
14) El Día De La Victoria.....	pág. 230
15) Luchar Por Lo Que Perdimos.....	pág. 248
16) Bismillah.....	pág. 268
17) Espíritu, Camina Conmigo.....	pág. 285
18) La Guerra De Dammed Oah.....	pág. 304
19) Los Muertos No Son Silenciosos.....	pág. 320
20) Perfección Blanca.....	pág. 334
21) Eterna Pesadilla De Un Resplandeciente Angel.....	pág. 347
22) La Bendición Del Sol.....	pág. 364
23) No Hay Alma Sin Ti -Primera Parte.....	pág. 381
24) No Hay Alma Sin Ti -Segunda Parte.....	pág. 396
Epilogo: Es Un Mundo Hermoso.....	pág. 414

-Prólogo-
Vuelve Sobre Tu Escudo

Pensó, sin extrañarse demasiado por lo morboso de la idea, en las líneas finales de su epitafio.

Lo hizo con calma, apoyado en la corteza del árbol, sosteniendo el libro con una mano mientras los dedos de la otra hacían bailar la pluma, anticipándose al acto de escribir. Sus últimas palabras, el último mensaje para dejar desde esa vida. Qué difícil. Qué imposible dejar un significado.

Era una tarea funesta, pero no se sentía apurado, ni por la ansiedad de sus compañeros ni por el final que se le avenía, desde su cuerpo y desde el destino que lo esperaba en el horizonte. No se concentraba en nada de eso, sino que releía las páginas de su libro, viendo esa recolección de pensamientos, intentando imaginar cuán poco perdurarían, recordando cada memoria ligada a los párrafos e historias que allí persistían entre manchones de tinta y tachaduras desprolijas.

Por último terminó por cerrar las gruesas tapas de su diario, guardándolo bajo el abrigo. Pudo percibir la presencia de su discípulo cerca, lo que significaba que la tarea de reconocimiento ya había acabado. El tiempo se había agotado.

Si planeaba escribir algo, tendría que ser en la siguiente vida.

El muchacho se materializó de sombras entre los hombres y mujeres que allí había. A ninguno le llamó la atención que un demonio en cuerpo humano se les apareciera así. Hizo una reverencia corta, muy seria, y miró a Albion.

-Se hallan adentro. Idgray también, aunque ningún guerrero lo rodea. Está solo.

Hubo comentarios por lo bajo. Él asintió, y luego dirigió su mirada a ese horizonte maldito, al colosal árbol que se alzaba recortando el cielo, grandes ramas como tentáculos elevándose y sosteniendo casas, torres, edificios; toda una construcción formidable y de otro mundo. Provocaba estremecimientos ver a Dammed Oah, comprender su magnificencia. La sola tarea que se había impuesto era desde luego una locura, inclusive para él cuyo poder se elevaba por encima de todos los que lo rodeaban. Si su tiempo no hubiera sido tan escaso, si la herida en su pierna no hubiera sido tan punzante como lo era, tal vez hubiera ordenado la retirada.

Pero no. Su grupo estaría con él, hasta el amargo final. Recorrió con la mirada los rostros encapuchados, intentando memorizarlos. Eran... todos muy distintos. Eso le agradaba. Al haber descubierto el mundo, había comprendido lo aburrido que era rodearse sólo de uno mismo. Las teces cetrinas de ahuras, la palidez de los elvens, la

actitud recta de kiels o la desenfadada de los humanos, todo eso lo acompañaría en su avance final hacia donde su hermano lo esperaba. Eran los recuerdos, lo vivido, la aventura que soñaba todo lo que ahora estaba de pie con él, dándole soporte y sustento.

Oyó una tos seca, del otro lado, y vio a un muchacho de pelo castaño ponerse al lado de Sephid, con la boca torcida de disgusto.

-¿Y si nos movemos?- los instó, subiéndose la capucha.- A menos que tengan ganas de hacer un picnic al lado de la ciudad enemiga.

El demonio apenas pareció entrecerrar los ojos, y varios de los que allí estaban lo imitaron. Albion suspiró, divertido, y caminó entre ambos, sobrepasándolos con su altura. Apoyó una mano en el hombro de Ventrissen: sabía que estaba preocupado, no por la batalla que vendría sino por su hogar y por la hermana que dejaba reposando. Pero estaría bien, y él lo sabía. Nyssa era fuerte.

Volvió a ver la ciudad maldita desde aquel barranco, las ramas que se retorcían, la actividad que se percibía y por sobre todo el aura gris que la rodeaba, absoluta. Levantó los brazos, entonces, y concentró su maná en la punta de cada dedo como si de perlas se tratase.

-Voy a comenzar- les advirtió a todos- En cuanto empiece, comiencen a atacar. Procuren que nadie salga. No interce...

-No intercedan en la pelea contra Idgray, sí, sí- lo cortó Ventrissen con un movimiento de la mano- Ya lo has repetido mil veces.No planeamos morir. ¿O sí, Sephid?

-No tengo necesidad.

El humano chasqueó la lengua, como si hubiera revelado una respuesta importante. A su lado emergió otra figura encapuchada, silenciosa, la tupida y larga barba revelando su siniestra identidad. Aquellos dos, desde luego, tendrían una misión aun más importante que los demás. Uno cuidaría la victoria de su mesías, y el otro su memoria.

Nadie del resto dio un sí, pero a él no le hizo falta. El semblante de sus seguidores estaba velado por la preocupación. Se los agradeció en silencio, y separó las yemas de sus dedos cuanto pudo. Hubo un temblor que los tomó desprevenidos, y frente a ellos Dammed Oah fue recorrida por algo mudo y potente, un mensaje que de seguro pudo alertar a su hermano.

Pensó en los devas que allí habitaban, en las vidas comunes que llevarían, en quienes eran guerreros o cazaban, en las familias y sus hijos, en la cotidianeidad que estaba a punto de aplastar.

Pensó en el hombre que lo esperaba en su trono con ojos sin pupila, frío y sereno.

Y pensó en el futuro, en el sueño que había querido siempre cumplir.

Descendió las palmas entonces, y una cadena de amatistas emergió rodeando el inmenso árbol de plata, para delimitar el espacio en el que su magia comenzaría a actuar. En el horizonte hubo un estruendo sobrecogedor, y la extensión de tierra que acaparaba su mirada se agitó y descendió un poco. Comenzaba a hacerlo. Comenzaba a hundir a quienes había guiado alguna vez.

Guardándose todo lamento, levantó el ala de su sombrero y soltó sus pies del borde del precipicio, convirtiéndose en alma. El resto de los encapuchados lo siguió: Sephid, Ventrissen y Zauriz, y los otros cincuenta que conformaban su organización; todos convertidos en saetas etéreas se adentraron al territorio enemigo, guardianes de la espantosa muerte que había reservado a su raza.

Se fueron separando de él a medida que se acercaban, su formación misma la de un árbol de luz acostado, un tronco que se ramificaba y buscaba entremezclarse con los espacios de la ciudad, un arcoíris que se desdibujaba en líneas de colores: rojo, azul, verde, ocre, todas figuras que caían y tomaban forma rodeando los espacios que los devas habitaban, los tomaban por sorpresa mientras el suelo continuaba hundiéndose; las amatistas de los bordes empezaban a multiplicarse para conformar una cúpula, la misma estructura de la polis se desmoronaba poco a poco ante el hechizo arcano de Albion.

Se despidió de cada uno de sus seguidores mentalmente. No volvería a verlos. Luego quedaron unos pocos, los de siempre: Burok y Barak, cuyas almas se entrelazaban como una; Ventrysten y Sefhid, en una silenciosa competencia por quién podía mantener su paso seeler a más velocidad, y al fondo Zauriz, juzgándolo y esperando con su amenazante silencio. Poco a poco, todos ellos se fueron alejando, para ocuparse de las partes que le tocaban, de mantener el caos dentro de Dammed Oah. Sefhid, tal como lo esperaba, fue el último en irse, más por lealtad que por tener una misión extra como la de los otros. Cuando por fin lo hizo su aura roja se fue desvaneciendo como un atardecer adolorido, y la esencia violácea de Albion traspasó los muros del castillo que se erigía en lo más alto del Árbol de la Nada, materializándose en el vuelo y aterrizando ya solo, como lo había estado antes, en su viejo hogar y sintiendo la presencia de su hermano llamarle desde hacía mucho tiempo.

Elevó la mirada entonces con resolución. El salón del trono se veía desolado, pero la presencia seguía allí. Caminó con una calma que no sentía, ahondando el hechizo con el que estaba hundiéndolo todo. El suelo se tambaleó, las gruesas ramas del Árbol se sacudieron y varias pasaron por la ventana, aferrando más la construcción. Tras sus formas rugosas y llenas de plata se veía una noche despejada. Pronto el sol se ocultaría, y habría estrellas sobre todos. Cuando eso ocurriera, esperaba Albion, ya nada de Dammed Oah asomaría en el mundo. Estaría todo muerto, enterrado y dispuesto para el olvido, y él estaría también junto con su gente, el sacrificio final para hacer en esa vida.

Pero antes... había alguien a quien debía dormir.

Se oyó un estruendo, y uno de los torreones que las ramas aferraban se desmoronó en un estrépito de escombros, ladrillos inmensos que desafiando la gravedad cayeron lentamente. Era una batalla feroz la que sucedía afuera. Los devas no iban a dejarse aplastar tan fácilmente, aunque sus hogares se desmoronaran frente a sus ojos. Luchaban con un deseo aciago y poderoso.

Inspiró profundamente, y cedió más maná a su hechizo. El suelo descendió, provocándole un leve mareo. Se oyeron gritos en la lejanía. Alguien lloraba, en algún lado, pero aquello no le importaba. Estaba tentando a un monstruo con lo que hacía.

-Albion.

Volver a oír esa voz fue como un balde de agua helada en la espalda. Reafirmó su sonrisa, y se dio vuelta. Arriba, cerca del techo, una de las ramas metálicas atravesaba los muros del salón, y sobre ella su hermano mayor se hallaba sentado, con la rodilla flexionada y Drassil en una mano. La capa de sombras le envolvía el cuerpo casi por completo, y bajo ella su armadura era punzante, ennegrecida. Los ojos ya carentes de luz, eran un abismo gris en el que nada podía entrar. Lo miraban serenos, como si su mundo no estuviese siendo tragado por la tierra.

-Hermano...- Albion lo encaró. Idgray descendió de su sitio, y el suelo dio un fuerte clamor ante sus botas de acero.- Te estaba buscando.

Estaban ya frente a frente. El Señor de Drassil avanzó erguido, su bestial espada a la espalda mientras se le aproximaba. Al separarlos poco más de diez pasos de distancia, Idgray se detuvo y ladeó la cabeza con inocente curiosidad.

-¿Por qué estás vivo?

Su voz cortó el silencio, pero también fue como si lo perpetuara. La naturalidad de la pregunta, la amenaza velada que escondía hizo que el corazón del mago se contrajera. Él, que tan presto se consideraba con las palabras, no supo qué responder y en cambio tan sólo calló; ambos frente a frente, Idgray, Albion y entre ellos la ventana por la que se asomaba el caos, donde los seeler entrechocaban y las amatistas crecían, y las construcciones sobre Dammed Oah se movían e intentaban defender inútilmente del asalto.

Idgray esperó su contestación un buen rato, mirándolo a los ojos. Albion no desvió su vista, pero sí alzó su vara, preparado.

Luego ambos desaparecieron.

Sus almas colisionaron en la distancia, creando una onda expansiva que arrojó al menor contra una de las gruesas ramas, sobre la impensable altura que se venía abajo. No se dio un segundo para respirar sino que saltó hacia atrás, en el exacto momento en el que certero Idgray aterrizaba dejando un enorme cráter.

-Esto termina ahora, hermano- le espetó Albion, malherido por el choque contra un alma cientos de veces más potente que la suya. El líder de los devas continuó avanzando hacia él, indetenible. Sabía que tanto Zauriz como Ventrysten debían estar cerca, pero no quería pedirles ayuda. En cambio chasqueó los dedos, y la trampa que tenía preparada se activó.- Debo detenerte cueste lo que cueste.

Hubo un sonido ronco, y las colosales ramas se sacudieron. Bajo ambos, trepando el Árbol de la Nada una criatura ascendía gigantesca, aplastando edificios con sus pies, aferrándose de cada tallo con sus cientos de brazos y con las cabezas aullando de dolor, similar a un dios infernal. No había sido fácil el dominar a aquel Hekantoquiro, pero había logrado un trabajo bastante impecable: las amatistas lo rodeaban, guiando sus movimientos con sus pulsaciones de maná y magia cinética que lo obligaban a obedecer la voluntad de Albion y a atacar a su líder, pisando a los guerreros que había a su paso.

Una veintena de músculos del tamaño de un elefante se flexionaron y los puños cayeron sobre Idgray como una lluvia de meteoros, sin arrancarle ninguna reacción. Albion saltó sobre su nueva criatura, obligándola a elevarse y permitirle ver qué había sido de su oponente. El aire zumbó contra su piel mientras se erguían entre las ramas, y el desastre que era Dammed Oah se reveló en toda su magnificencia; un espectáculo de arcoíris y durezas, de espectros transitando la atmosfera, de gritos, destrucción y polvo, de troncos inmensos que se retorcían resistiendo los embates de su Organización y del horizonte cubierto por las amatistas que ya casi los rodeaban del todo, para dar un aura de mañana a lo que era más bien el fin del día.

No pudo ver mucho más que eso, haciendo equilibrio sobre el hekantoquiro. Ramas nuevas emergieron y atravesaron al monstruo, haciéndolo tambalearse y obligando a Albion a prestar atención abajo, donde sin acusar daño alguno su hermano que corría hacia el inmenso ser, Drassil en mano.

Conjuró amatistas que lo detuvieran, pero Idgray era demasiado rápido: las trapasó como alma, y cuando el siguiente puñetazo –veinte veces su cuerpo- fue a recibirlo lo saltó y cayó sobre la muñeca del hekantoquiro, escalándola de a grandes

saltos, girando sobre la piel pálida y venosa con reflejos refulgentes, que arrancaron un alarido a la criatura. Luego el deva desapareció de su vista.

Quiso cubrirse del golpe que anticipó, pero fue tarde y el puntapié de Idgray le fracturó las costillas, echándolo fuera de su monstruo y de nuevo contra el salón del trono. Conjuró un campo de energía potente, tanto como podía hacerlo con sus heridas y el maná que se le agotaba y su hermano cayó sobre él imbatible, blandiendo a Drassil, abriendo una brecha en cuestión de segundos. El filo de la espada pasó a centímetros de su rostro, pero Albion logró esquivarlo. Inspiró, preparándose, e Idgray volvió a cargar contra él.

Entonces levantó una mano, y el instante que lo cambiaría todo dio inicio. El destino de Dammed Oah, de los devas y el futuro del mismo mundo que pisaban vinieron a reducirse a ese momento, a ese segundo en el que creyó comprenderlo todo, al final de la antigua era de las leyendas. La historia de los dos hermanos y de la ciudad, su herencia, quienes fueron sus discípulos y enemigos, a quienes amaron y quienes los odiaron, todo ello se vio ligado a ese punto, como si el destino confluyera y volviera a abrirse, como si ciertas cosas fueran absolutamente inevitables en la existencia.

Fue un preciso instante, que comenzó cuando Idgray hizo descender a Drassil hacia su corazón.

1. Abandona Toda Esperanza

La espada Necrostacia cayó sobre él.

Su reflejo, desprovisto del escudo que siempre lo había protegido en esos casos, fue el levantar los brazos para cubrirse de un arma que podía partirlo al medio con facilidad. Debido a esto fue quizás que no vio toda su vida pasar ante sus ojos, ni se movió todo con una lentitud irreal, sino que tan sólo tuvo un pensamiento doble: primero, que su último movimiento había sido estúpido, y segundo, que su último pensamiento sería sobre cuán estúpido había sido su último movimiento.

Pero, fuera por gracia del destino o suerte, Reed Id Vant no halló la muerte en ese momento. Una luz se interpuso entre él y Grimold Styxer; cegando a Reaper, a Arksinad y a Nakku con su intensidad. Y de espaldas, las manos en los bolsillos, el abrigo blanco resaltando en la oscuridad en la que se hallaban, todos volvieron a ver la alta figura de Vannael Danterkiss Eel quebrar la escena en medio del caos de muerte en el que se había convertido el Tártaros.

Hubo entonces silencio, pues la sorpresa los dominó a todos. Reed se echó hacia atrás, precavido; Nakku se mantuvo en guardia desconociendo si aquel era un aliado o un enemigo, el malherido Reaper tan sólo alcanzó a proferir un quejido de amargura y Arksinad palideció, su murmuro silenciado ante la gravedad de lo que ocurría.

Y Grimold, el enorme monstruo esquelético que se hacía llamar el amo y señor de Necrostacia, frenó a su espada e inclinó su calavera hacia un lado.

-Tú...

Vannael no respondió, como si la oscuridad lo hubiera desorientado por unos segundos. Pareció despertar entonces, y giró apenas su cabeza enmascarada para ver de reojo a Arksinad y a los demás. Tal vez en otra situación, pensó Reed, se hubiera regocijado de ver sus expresiones de asombro, pero ahora se lo veía distinto, algo más circunspecto que aquella desolada tarde en la que lo había alcanzado con sus truenos.

Pero, ¿qué hacía allí, de todos los lugares? Cruzó miradas con sus compañeros y con Nakku, viendo en sus ojos el mismo miedo. ¿Acaso Vannael conocía a Grimold, o iba a atacarlo? ¿Qué relación podían tener? ¿Los estaba salvando?

-¿Quién eres...?

El fluir de un pozo que era la voz de Grimold Styxer los hizo levantarse. No se conocían. El Rey de Cel-Neckar se volvió hacia el monstruo, e ignorándolos por completo hizo una reverencia breve, informal.

-Soy alguien que requiere tu ayuda, Señor del Tártaros.

No hubo respuesta del esqueleto, que quedó quieto como piedra, como si respondiera realmente a su condición de cadáver. Luego oyeron un chillido, y Grimold continuó avanzando hacia ellos con su garr en mano, pasando lentamente al lado del rey de los magos, chirriando su vieja armadura y los huesos negros que lo componían.

-No... me interesa... Lo vivo... Pero ellos...

-¿Y a Necrostacia, Grimold Styxer?

Los pies del ser se frenaron, quedando lado a lado. Eran dos formas extrañas en la oscuridad; una blanca y alta, estirada, la otra brutal y negra, cubierta de reflejos verdes. Grimold inspiró hondo, muy hondo, como si quisiera sorber todo el poco aire que había con sus inexistentes pulmones, y sin amedrentarse ni un poco Vannael volvió a hablar, mirando las sombras que se removían más allá.

-¿Qué le dice la espada a tu corazón?

Algo en la situación les hizo comprender que aquel era el mejor momento para huir. Sin decir una sola palabra Arksinad apuntó el suelo de acero llenando su mano con la luz de su hechizo, Nakku sosteniendo a Reaper mientras este veía fijamente a los dos que hablaban, perdido en otros pensamientos.

-Espera, Arksinad... Espera- dijo Reed, y caminó hacia sus enemigos.

-¡Reed! ¡No hay tiempo!

No le hizo caso. Sabía que era una locura lo que hacía, que cualquiera de esos dos lo podría haber matado en un sólo instante. No eran ellos lo que le interesaba. Necesitaba recuperar lo que estaba a los pies de ambos, su escudo, arrojado sobre el suelo a donde había rodado fuera de sus manos. Sin Drassil, y el alma de su anterior hermano, continuar le hubiera sido imposible.

Por eso fue que siguió moviéndose, hacia donde la muerte le tomaba formas variadas. No podía irse sin el escudo. Grimold tensó sus dedos sobre el mango de Necrostacia, esperándolo con ansias; en cambio Vannael ni se dignó a mirarlo.

Estiró su mano con anhelo hacia Drassil. No hubo respuesta alguna, ni su material frío se movió hacia él.

Sintió los dedos de Reaper aferrarse a su capucha y tirarlo hacia atrás, lo que lo salvó por pelos del espadazo que Grimold arrojó desde su lugar.

-¡¿Estás loco?!- lo regañó su amigo.

Se libró de él con un empujón suave, y lo miró a los ojos como queriendo hacerle entender que estaba en sus cabales, que verdaderamente era él quien tenía la necesidad de no abandonar su tesoro. Luego volvió a encarar al escudo.

-Ven- lo llamó.

Se produjo silencio. Hasta el monstruo quedó quieto entonces, y de esa calma tensionante la risa reseca y desequilibrada de Vannael surgió, aumentando sus tonos con sorna. Su pie se apoyó sobre el mudo Drassil, por fin volviéndose hacia él.

-Eres Albion, ¿no es así? Drassil no te pertenece.

Lo ignoró, y se acercó más.

-¡A mí!

No hubo sonido alguno más que los ecos de su grito. El arma parecía feliz bajo la bota de Vannael.

-Voy a devolverle esto a su verdadero dueño, Albion. Espero que no te moleste.

-¡Drassil, ven!

Su llamado angustiado quedó ahogado cuando volvieron a tirar de él, esta vez Reaper y Nakku al mismo tiempo. Vio la imagen de Vannael ascender al tiempo que el

caía y la luz lo envolvía, vio a Arksinad abriéndose paso por los gruesos suelos del edificio gracias a su magia, y en la retina le quedó grabada la figura de su escudo arrojado, traicionándolo luego de tanto tiempo; la última frase de su enemigo repiqueteándole en la cabeza.

Se dejó llevar. Hubo un retumbe entre los muros, que puso a todos en alerta. El hogar de los ankous se seguía moviendo por el desierto, directo a la Ciudad Dorada. Reed corrió como enajenado, mientras que distintos recuerdos le hacían presencia y lo destrozaban: de niño, su escudo entre el lodo del bosque, el ataque del lobo del que lo había salvado. Esquivó una mano famélica que lo quiso sujetar en su avance, y apenas se desconcentró cuando Arksinad dio el grito de alarma: las huestes de Grimold volvían a resurgir. Era como si apenas le importara. Desprovisto de toda arma, sólo los recuerdos lo ayudaban a mantenerse cuerdo en el pandemonio en el que se hallaba: luego de su infancia, sus juegos con Drassil, la voz que le había hablado, su peso indetectable en la espalda durante todos esos años y en su aventura; cuántas veces lo había ayudado en los combates y cuando la muerte se acercaba, cuántas veces había torcido el yugo del destino para favorecerlo y salvarlo; de Daivok, de Osald Assadan, de Skectral, de Ragnar y por último lo ocurrido hacía pocos días con Nakku en el sitio donde el cielo se ponía rojo, cuando por fin había dominado sus poderes y había logrado exterminar a los tres demonios que les daban caza. Incluso cuando no combatía, en lo cotidiano de su vida, ya el pensar en todas las veces que había dormido con la cabeza sobre su escudo para encontrar calma era doloroso, y ni se atrevía a imaginar lo que sería un futuro sin esa compañía.

Se dio cuenta de que le estaba costando respirar, y la vista se le difuminaba. No podía ser. Tuvo una sensación aguda en el pecho, agujas que se le enterraban justo en el centro. Jadeó, pero continuó moviendo sus piernas para escapar. Era impensable, pero estaba teniendo un ataque. Se jactaba de tener una salud impecable, lo que hacía evidente que era algo mental, producto de la conmoción de ver a su arma no responder a su llamado. Contuvo la respiración, y buscó calmarse poco a poco. No lograría nada causándose un estallido al corazón. Debía ser racional, y afrontar los hechos con tranquilidad.

Pero Drassil...

Había creído superarlo, pero estaba incompleto sin su escudo. Era demasiado importante para él, esa era toda la verdad sobre el asunto. Si había gente que amaba a otra gente, personas cuyo vivir dependía de un amante, de un hijo o una madre, relaciones invisibles que aun así se cobraban vidas y torcían los futuros de los seres; la suya con el alma que habitaba el acero helado de Drassil había sido sin duda significativa, y la traición que le hacía esta ahora se sentía como una puñalada que por poco no lo llevaba a la desesperación.

No se percató de que habían frenado de repente, y se vio golpeado contra una pared. La visión se le fue aclarando y el dolor amainó, y entonces comprendió que quien lo había impactado era Reaper, quien lo sostenía del abrigo y lo miraba a los ojos.

No le dijo una sola palabra, pero Reed creyó entenderlo todo. Había percibido su estado, y e intentaba hacerle entender distintas cosas: por ejemplo, que ese no era el momento de ceder ante las peores emociones, que sus vidas peligraban, que lo importante primero que nada era huir de allí y regresar al mundo de los vivos; pero también sin duda la determinación que había en su expresión le indicaba que él tampoco consideraba necesario dejar el escudo, y que lo ayudaría a recuperarlo. Era tan sólo una cuestión de esperar, de no dejarse llevar. Aun aunque esa arma lo significaba todo, aun

aunque sus heridas, su experiencia, los combates que lo habían marcado no le parecieran gran cosa si lo comparaba con la influencia de las runas en sus bordes, de su voz contra su consciencia; para tener la posibilidad de volver a cargarla en su espalda debía sobrevivir primero a las pruebas que tenía en frente.

La angustia en su rostro afloró, pero respiró y se pudo calmar. Arksinad y Nakku lo veían con aprensión, pero no dijeron nada. Agradeció aquello y continuó corriendo, más consciente de los peligros que los acosaban y que pronto los alcanzarían, la infinidad de cadáveres metálicos y oscuros que constituían el ejército personal de Grimold Styxer, ese con el que había asaltado la paz de la Ciudad Dorada durante todos esos largos años. En el más profundo silencio las sombras se pegaron a sus rostros y ropajes, apenas guiándose por el siempre presente destello de Arksinad, con la única dirección de intentar descender por los confusos laberintos, alcanzar la tan deseada salida del umbral principal por el que se habían metido y sentir algo del sol de la mañana calentándoles la piel.

Era correr o morir, sin sentido alguno. Sin embargo, y curiosamente si lo comparaban con sus anteriores huidas por la arquitectura maléfica que los rodeaba, los cuatro empezaron a sentir poco a poco que en cierta forma la amenaza de Grimold y sus esclavos había mermado hasta ser sólo eso, una amenaza. Ya habían recorrido bastante camino, habían bajado escalones, atravesado zonas de imponente maquinaria, perdidos por los infinitos atajos que podían develar en la oscuridad, y sin embargo más que el ocasional brazo que emergía de algún muro dispuesto a aferrarlos la presencia de los ankous o de su líder se hacía inefectiva, dejándolos con una vaga sensación de desasosiego. ¿Por qué no los perseguían? Si era realmente que ese monstruo se hallaba dialogando con Vannael...

Debían aprovechar esa distracción. Sacando fuerzas de ningún lado aumentaron el paso, mientras que el suelo dio una sacudida tan fuerte que dobló el piso en diagonal, haciéndolos resbalar contra un muro. Por una de las muchas rendijas por las que se percibía parte de la realidad de afuera Reed pudo entrever algo confuso: cielo, primero, luego tierra que se acercaba lentamente y luego el horizonte de nuevo. En esa línea, sin embargo, sintió un tremendo terror al comprobar ya se hallaban a la vista los primeros hogares de la periferia de Diakaza.

-¡Va a adentrarse en la ciudad!- exclamó, y los otros también se asomaron asombrados. En efecto el Tártaros caminaba solo, sosteniendo su forma piramidal con grandes patas arácnidas dominadas por el poder de Necrostacia, espíritus moviendo su peso abismal por el desierto. Si el edificio de la muerte empezaba a irrumpir contra las casas de los devas... No quedaba duda de que nada podría interponerse. Se hallaban encerrados en una máquina de destrucción cuyo único deseo era causar la muerte de todo lo que existía.

Cruzando miradas de apuro Reed, Reaper, Arksinad y Nakku continuaron, ignorando el paisaje que les revelaban las aberturas y sosteniéndose por sobre los bruscos movimientos del suelo, ya seguros de que la salida se les aproximaba. En efecto no pasó demasiado tiempo hasta que los ojos del kamuita empezaron a reconocer algo de lo que veía: las grandes columnas de muertos, las paredes surcadas por venas metálicas y latentes, el frío que calaba los huesos y la tenue promesa de luz natural en dirección al este; todas cosas que le confirmaron que la puerta se hallaba cerca.

Se los hizo saber con una seña, y entonces se movieron siguiéndolo. Poco a poco la mañana se fue perfilando entre la densa nebrura que cubría cada centímetro de ese panteón. Sintió Reed la sensación de quien se ahoga y nada a la superficie, esos últimos

segundos antes de tener la deliciosa bocanada de aire; pues había entrado a Belekraz, a lo más profundo del mundo, a los secretos de la Forja de Xshathra en donde los demonios habitaban, y a la ciudad maldita que Albion había enterrado junto a su raza, y ninguno de esos lugares espantosos le parecía peor que el culto a todo lo que era mudo y muerto que había en el Tártaros. Era un miedo extraño el que lo invadía, uno ligado a su condición humana, que impulsó su carrera hacia donde ya se veía recortado un romboide de luz contra las sombras y el acero, a donde una parte del exterior se asomaba.

Entonces esa luz se esfumó. Una pared de acero negro y huesos descendió, bloqueó todo posible escape aplastando sus esperanzas. Otra vez el lugar dio un retumbe, pero esta vez todo: paredes, escalones, techo, columnas, cada pieza del edificio pareció rearmarse y moverse, girar como un macabro rompecabezas que se preparaba para incursionar por las calles de Diakaza aplastando lo que se le interpusiera.

Se sujetaron, pero no pudieron evitar resbalar cuando el suelo se volvió una pared y la puerta de salida parte del suelo. Reed cayó de espaldas y Nakku aterrizó sobre él, con algo más de dignidad al igual que Reaper, quien con heridas y todo alcanzó a caer parado. Arksinad logró quedar colgando, pero luego se soltó y con algo de magia frenó el impacto.

-Tomo el control... De mi trono...

Se adivinaron las expresiones en lo oscuro. Grimold volvía a hablar, desde las paredes que latían, desde las marcas fosforescentes en verde que hacían los espíritus dominados por su espada. Esta vez, sin embargo, era distinto. Su voz retumbaba como si su mismo rostro estuviera pegado a cada rincón, se adivinaba su presencia en las venas y surcos que poblaban esos malditos muros. Era como si hubiera poseído al propio Tártaros, para moverse libremente por el desierto.

-Está...- miró Nakku al techo, aferrando su sable.

Otra sacudida violenta, que los hizo ponerse en guardia. En un acto reflejo Arksinad buscó su sombrero, pero su mano sólo pasó por el aire sobre su larga cabellera rubia. Reaper no dijo nada, enfocado en algo que ninguno de ellos pensaba desde hacía bastante tiempo. Se puso de pie, aferrando la espada que Reed le había prestado y se la arrojó al muchacho, quien la atrapó en el aire con torpeza.

-Deihr- dijo mirando a la joven- ¿Te sobra algún arma?

Ella negó, alzando el sable que le había dado Ventrysten. Era, junto con su curiosa armadura, el único armamento que llevaba.

Hubo un largo silbido en los labios del guerrero.

-Tendré que usar mis puños entonces. Están viniendo.

Sus sentidos parecían mucho más agudos a las actividades de Necrostacia, quizás por haberla portado tanto tiempo antes de que esta lo traicionara. Los otros tres en cambio tardaron en comprender lo que ocurría a su alrededor: de los espíritus devorados que existían en el Mielanteurión, corazón tanto de Grimold como de su espada, la gran mayoría se habían imbuido del todo en las ranuras del Tártaros para enlazarlo completamente con su palacio de muerte, haciendo que el monstruo Styxer y su hogar fueran uno solo mientras se adentraban por los bordes de la Ciudad Dorada. A Reed le cupo preguntarse entonces qué había sido de Vannael allí arriba, pero tuvo que enfocarse más en lo que ocurría: esta vez sí, de las paredes, suelo y techo los ankou emergían de su letargo poseídos por Necrostacia y se estiraban para alcanzarlos, dejando a la vista esa colección perversa que eran las víctimas reanimadas del terror de Diakaza.

Alrededor de una veintena de ankous formaron un cerco espacioso en torno a ellos, sujetando cimitarras o garrs, lanzas retorcidas, algunos sólo el filo de sus malgastados huesos. Respondieron colocándose en un círculo, cubriéndose las espaldas. Reed pensó que Reaper era allí el más desprotegido, desarmado como estaba, y que tendrían que asegurarse de que saliera vivo del enfrentamiento.

Pero esta vez era distinto. Los ankous no avanzaron, sino que se quedaron allí, como haciéndoles guardia. Tuvo tiempo de ver entre la ofensiva luz que los reanimaba algo de sus características: esqueletos ennegrecidos, un par tan grandes que en vida debieron haber sido intimidantes y otros tan finos que supo pertenecían a mujeres. Esos seres no pensaban, ni sentían, ni tenían hambre o respiraban, eran como mucho una extensión, como una mano de Grimold, una herramienta sin pensamiento o alma con la que guiarse. Pensó en usar vista seeler, para analizarlos, pero prefirió no forzarse. Sin Drassil, utilizar sus nuevos poderes sería un asunto complicado.

-¿Y bien?- tentó Arksinad, evidentemente nervioso- ¿Cuándo nos atacan?

-¿Quieres que nos ataquen?- lo miró interesada Nakku.

-Pues quedarnos aquí no es una opción- terció Reaper tensando los puños.

Reed suspiró, y alzó la espada corta que le había regalado Van Lyder. Vio al ankou que tenía en frente, desgarbado, zarandeando un par de brazos largos y llenos de marcas y cortes, sosteniendo una cadena desvencijada con la cual capturarlos. Algo en él pareció comprender entonces la situación en la que se hallaban, lo que significaban las palabras de Grimold. Si había tomado el control de su trono, si de verdad estaba dominando del todo el Tártaros, entonces...

No alcanzó a decir nada, y desde el suelo se elevó un fognazo verde, cegador. Se alzó cubriendo todo el espacio donde se hallaban, envolviéndolos a todos y, para cuando su brillo se difuminó, ya ninguno de ellos continuaba en la habitación y los ankous que Necrostacia había utilizado para distraerlos cayeron en pedazos, completada su función.

Quizás era ya la hora de ver cómo había llegado hasta allí.

No era una tarea fácil, desde luego, pero en el espacio oscuro y reducido en el que se apretujaba ahora las opciones eran escasas. Entre los bruscos movimientos del escenario que lo hacían darse de cabeza contra los muros helados, Reed se estiró cuanto pudo haciendo fuerza con sus extremidades, buscando con aquello establecer algún tipo de soporte que le permitiera concentrarse.

Estaba con vida, pero no sabía por qué. Era una sensación similar a la que había tenido al caer por el abismo de Belekraz junto con Daivok, sólo que mucho más solitaria y angustiante. Solitaria, pues en la diminuta celda en la que lo habían colocado no tenía compañía, y angustiante por dos motivos, a decir; el miedo que le provocaba no saber nada del destino de sus compañeros y, también, la duda de qué estaba ocurriendo allí afuera. Porque a Daivok, más allá de su renombre, no lo había conocido, y había cabido la posibilidad de que lo salvara como lo hizo, pero en cambio no tenía dudas de que Grimold Styxer o Vannael eran monstruos que no tendrían ningún reparo en matarlo al

menor inconveniente. Y si era así...¿Cuánto le quedaba hasta que buscaran rematarlo? La posibilidad de dejar esa tumba se le hacía cada vez más y más remota.

Respiró hondo, sintiendo por sobre todo la terrible ausencia de su escudo en su espalda. El escudo, sí, todo había comenzado por el escudo aquel atardecer en el que lo había hallado en Vant, enterrado en el fango. Ahora, sin embargo, sabía más cosas. Sabía que su escudo era la espada Drassil, la misma que Idgray Decaheron había portado años atrás cuando amenazó al mundo junto con los devas renegados de Baal. Y sabía que él mismo había sido Albion, hermano de Idgray, y que haber tenido esa arma en sus manos había sido parte de su mayor deseo durante mucho tiempo, el cumplimiento de un largo plan en el cual sus sueños se harían realidad, el alma de su hermano encontraría la redención y el mundo sería salvado.

Nakku se lo había contado, en el viaje para conseguir parte de ese legado que su otro yo le había dejado. Le había hablado de la Organización, de Ailai y el Rubí de Sangre, del hundimiento de Dammed Oah y de la inmortalidad de Ventrysten, y allí fue cuando comenzó a entender su misión porque, al principio, para él todo eso no había sido nada más que un intento de aventura. El buscar la Estrella Oscura, el salvar a su pueblo de las garras del dragón Skectral, inclusive el buscar a Baal para pedirle que evitara la muerte de su maestro Scarrow, todo eso, si bien su corazón ardía y había arduo por alcanzarlo, todo no era más que su único deseo de llevar una existencia feliz, llena de gozo y rarezas como lo había querido desde su infancia, desde cuando niño jugaba imaginando proezas y leyendas alejado de los aburridos granjeros y sus obligaciones familiares. Al final, después de todo, quizás no había cambiado en esa vida: sus planes no eran más que parte de su aventura y, para el Albion que había sido, sin duda toda la compleja trama realizada era tan sólo una herramienta para el deseo que había tenido, para resolver su lucha con Idgray y sostener a Drassil en sus manos.

No se sentía como Albion, tal vez, y quizás nunca lo haría. Él siempre sería Reed Id Vant, aunque aun así algo en él deseara conocer a quienes lo habían conocido, a todos esos que lo habían seguido; como Sephid, Ventrysten y tantos otros nombres que no le sonaban. Él era quien había hallado el escudo en el pantano, quien había visto su reflejo infinitas veces ante el desvarío de la noche, quien había subido a lo más alto de Belekraz y quien había descendido a sus más remotas profundidades, era el que había salvado Vant eligiendo la venganza por sobre la razón, era quien había recibido el legado de una leyenda y aceptado su misión, quien había desistido de revivir a su maestro para ayudar a un amigo. Él era Reed, y Albion era Albion. Aquella concepción, tan simple pero tan poderosa, no hacía sin embargo que se sintiera del todo ajeno a su misión. Le interesaba cumplirla. Debía escapar de ese agujero, viajar a Gikeldor y conocer a su organización, aprender lo necesario y por fin eliminar el cuerpo durmiente de su hermano.

Pero para eso necesitaba a Drassil.

-¡Hey!- gritó, pateando la pared del frente con ambos pies- ¡Alguien!

Hubo otra sacudida tremenda, que casi le hizo torcer el cuello. Se sobó adolorido, masticando un insulto amargo mientras que alguna luz de por encima se movía, creando patrones en el techo de su celda. El Tártaros continuaba avanzando, y los retumbes que iban propagándose le hacían temer que por fin ya hubiera llegado a Diakaza. Los devas, las familias que se escondían de la guerra y los niños que jugaban en las calles... ¿Tenían alguna oportunidad?

Tragó saliva, y volvió a patear.

-¡Reaper!

-¿Reed...?

La voz venía muy amortiguada, pero no era la del guerrero. Era la de Nakku, sin duda. Se relajó en parte, sintiendo un peso irsele de encima. Una más estaba con vida. Luego oyó un retumbe, y otra voz.

-No veo nada.

Se permitió sonreír apenas, aunque el corazón se le aceleraba en el pecho. Ese era Arksinad. El edificio dio otro retumbe, y ahora sí pudo oír como todos saltaban hacia arriba en sus pequeñas celdas para volver a caer.

-¿Estás bien...?- preguntó, más al aire que nada. Hubo silencio del otro lado, por un tiempo, mientras que todo se torcía como si estuvieran dentro de un oleaje. La oscuridad y el silencio cedieron a una luz que tan potente como vino desapareció, y se oyó un estallido, el inconfundible sonido de una casa siendo barrida por completo. Estaba pasando. Grimold estaba adentrándose en la Ciudad Dorada.

-Sí. Me desmayé. ¿Y tú?

Esa era la voz de Nakku. Al rato se oyó un gruñido molesto, que lo inundó con alivio. Sólo Reaper podía proyectar con tan pocos sonidos su opinión sobre la situación actual.

-Algo apretado- respondió él, riendo.

Se oyó un silbido del otro lado, de Reaper.

-Yo también estoy bien, tortolitos, gracias por preguntar.

Se hizo el silencio por unos instantes, acompasado por la sensación de volar hacia arriba que les generaba el hecho de que todo estuviese descendiendo, como si las patas de esa pirámide se estuvieran cerrando para dejar escapar a algunos de sus habitantes aterrorizar la ciudad. Reed tragó saliva y pensó por unos segundos en qué era lo que ocurría. Si Arksinad continuaba allí... Los muros exteriores eran demasiado gruesos, tal vez, pero el mago podía destruir la celda en la que lo habían puesto en un instante con su magia de luz. No tenía sentido entonces que los hubieran colocado en ese lugar en vez de matarlos.

Su sospecha, confirmada cada vez más por los complicados movimientos que hacía el Tártaros, era que simplemente Grimold se hallaba demasiado ocupado como para querer nada de ellos. Pero Vannael...

Debía estar esperando a que Arksinad utilizara su magia para aparecerse. Esa era la trampa en la que no debían caer. Si el mago lanzaba un Shinoras y salía, el monarca percibiría el maná en el aire y podría transportarse a donde estaban. La relación entre esos dos no era de lo más buena, y era casi una seguridad que el otro los buscaría para aniquilarlos si había resuelto ya lo que tuviera que resolver con Grimold.

Apretó los labios con fuerza, antes de hablar.

-Arksinad...

-Lo sé- respondió la voz del mago desde la derecha- No pienso hacerlo. Puedo sentir que mi maestro está cerca.

Dejó salir el aire, más tranquilo. Oyó la risa amarga, apagada de Reaper. Hubo el sonido de un grito en la lejanía, que le revolvió las tripas. ¿Qué pasaba afuera? ¿Estaba el Tártaros destruyendo Diakaza, los devas huyendo a lugar seguro? Lo mejor era que de una vez los albinos aparecieran y buscaran detenerlo, Rashka, Majcel, quien fuera necesario para frenar a esa perdición imparable que lo arrasaba todo a su paso. Porque si no se equivocaba, si la corazonada que tenía no le mentía al recordar las viejas historias que había oído dentro de ese desierto, el deseo de Grimold Styxer tenía que ver con atacar a Baal... El Tártaros, llevando a todos ellos a su interior, se dirigía sin duda al

Domo del Sol de Oesile Nede, así como lo había querido hacer durante tanto tiempo en el pasado; y esta vez los devas ya no tenían en sus manos al Rubí de Ailai con el cual evitarlo.

-Yo puedo sacarlos.

Nakku parecía haber salido de su ensimismamiento. Al oírla se volvió a concentrar. Seele. Con los poderes de alma que Albion le había enseñado a sus seguidores, borrar los muros que los aprisionaban era una cuestión sencilla; con el agregado de que no serían detectados por Vannael. El arte de manipular la propia energía del alma era algo místico, absoluto. Si Nakku lo deseaba, cuanto estuviera en su poder, había cosas que simplemente podía quitar de la existencia. Era un pensamiento que a Reed le resultaba, en consonancia con su particular modo de ver el mundo, grato. Sentía al seele como su poder, aunque recién lo aprendiese, aunque hubiera quienes lo superaran con creces en ese ámbito. Lo sentía una expresión de su deseo, algo que le salvó la vida cuando todavía no conocía su nombre y pensaba que se trataba tan sólo de magia de su escudo. También, creía ahora, Albion debía haber amado ese arte. Belekraz, las pruebas que había colocado allí para su reencarnación... Era un milagro que las hubieran pasado sin tener las bases del control de alma.

-Manos a la obra entonces, mujer- se oyó a Reaper contestar- Aquí hay tan poco espacio que se me está reformando la columna. Por cierto, intenta no matarnos mientras nos liberas.

-Ahora por listo te quedas ahí por siempre. *Seula Chyrmal*.

Hubo un sonido particular. Luego entró una corriente de aire, y fue claro que algo se había destruido. Bien. Al menos Nakku se había liberado. En realidad, que la joven estuviera allí con ellos era pura generosidad. Si lo deseaba, podía haber huido del Tártaros hacía mucho traspasando las paredes, y por no haber elegido ese camino Reed le agradecía. No se sentía con ánimos de continuar sin su maestra, al menos no en esa tumba en la que escapar se hacía una tarea cada vez más imposible.

Hubo otro sonido, similar, y pudo oír un “yay” apagado del mago. Recordó la otra vez que habían visto a esa joven los tres, después de haberla creído muerta en Belekraz. Habían sido drogados, desarmados y encadenados por los cultistas de la Forja, y Nakku, Deihr Bellow entonces, los había amenazado con torturarlos y luego había intentado matarlos para defender su hogar. La conocía ahora –mucho más de lo que hubiera esperado, a decir verdad- y entendía que la primera amenaza nunca había sido posible, aunque no podía decir lo mismo de la segunda. Que fueran sólo bromas y comentarios insidiosos los que Reaper y Arksinad le lanzaran de seguro tenía que ver con que inferían que su relación con ella había cambiado significativamente durante el tiempo en el que estuvo bajo su tutela.

El siguiente ataque de alma liberó a Reaper, como concluyó al continuar la negra pared metálica frente a sus ojos. Se oyó una tos molesta, y luego una maldición apagada.

-No voy a agradecerte.

-No tienes porqué. Pensé que esta era la celda de Reed- contestó Nakku sin alterar su voz.

-Yo sí- dijo Arksinad con más humor- Gracias, Deihr.

-Estás vivo ahora, pero me das más grima que todos los cadáveres de aquí juntos.

Se oyó una risa, y Reed dejó escapar el aire de sus pulmones, apoyando la cabeza contra la pared e intentando encogerse lo más posible para no salir herido

cuando lo liberaran. Pudo oír pasos, y comprendió que vendrían desde su derecha, lentos por la inseguridad que daban las repentinas sacudidas que azotaban todo.

El sonido de un trueno ahogó el ambiente por unos instantes haciendo bailar los escombros que el escape de la seeler había dejado, lo que le resultó preocupante pues estaba convencido de que en la Ciudad Dorada no existían las tormentas. Lo que fuera que ocurría allí afuera, era feroz.

Vio el fulgor de una luna lila dibujarse a su costado, para luego desarmar el muro que lo contenía. Se derrumbó, saliendo, y lo primero que hizo fue estirarse cuanto pudo para crujir cada músculo y tronar cada hueso, un placer que le hizo arrancar un largo suspiro. No era que precisamente la visión decrepita y oscura del interior del Tártaros fuera relajante, pero en comparación con el cubo en el que el edificio lo había enjaulado, cualquier cosa era mejor. Odiaba estar encerrado, y los espacios asfixiantes, ya costumbre para él, se le volvían cada vez más insoportables. Desde pequeño era que había preferido siempre los lindes de bosque, la altura de las montañas, con ese aire helado y hermoso que calaba la garganta, libre para ser surcado... Las criptas, los volcanes, los oscuros recónditos no eran en realidad escenarios para un alma aventurera. Lo que él deseaba era más bien la sensación de la cima del árbol, la punta del ciprés que se balancea con su peso ante el peligro de la caída, del súbito fin que te empuja a agarrarte.

Allí también el fin estaba cerca, como lo había estado tantas veces: cuando enfrentaron a Asherat por la Estrella, cuando la Forja decidió sacrificarlos, cuando lucharon contra Skectral o al sobrevivir a los daevas; siempre el último de sus latidos era una posible compañía que lo perseguía a cada rato, permitiéndole vivir de verdad.

Reed no valoraba su vida. Pero tampoco, tal vez, valoraba su muerte, y por eso podía permitirse seguir viviendo como lo hacía.

Irónicamente, en las prisiones en donde los habían amontonado se sintieron seguros. Al no haber ningún esqueleto colmando aquel apretujado rincón se permitieron darse espacio y Arksinad se asomó por una pequeña rendija, buscando ver la batalla de afuera. Sólo la oscuridad le devolvió la mirada, por lo que desistió enseguida. Un intercambio de suspiros precedió al momento en que debieron decidir qué dirección tomar, y que dio inicio con la siempre optimista observación del mago.

-No creo que estemos muy lejos de la entrada.

-¿La entrada sellada, dices?- preguntó Nakku juntando las cejas.

-La entrada que puedo abrir en pedazos con mi magia, sí. Asumiendo que este sitio no vuelva a movernos de lugar.

-Hablando de magia, mejor guarda la tuya hasta que estemos ahí- añadió Reaper, quien se veía incómodo por no portar armas.- No quisiera que Vannael se nos apareciera de repente. ¿Sigue vivo, es verdad?

-Vivo y coleando- asintió Arksinad con gravedad- Puedo sentir su magia rondando los alrededores. Grimold...

-No han luchado- musitó Reed, pensativo. El señor de la muerte no había buscado atacar a Vannael, ni viceversa, sino que parecían tener algún tipo de acuerdo. Fuera lo que fuera, daba por sentado que no era nada que pudiera ser beneficioso para ellos cuatro ni para la ciudad en la que el Tártaros descargaba su ataque.

Hubo otro temblor que los hizo saltar contra el techo, y un vaivén sacudió las baldosas negras sobre las que se apoyaban. Luego Nakku volvió a hablar mirando a Arksinad.

-Estoy un poco perdida...

-El maestro de boca-cortada es un asesino.- fue la lacónica respuesta de Reaper.

-Como él.

-Y como tú. La diferencia es que boca-cortada me cae bien.

-Gracias, Reaper.

-Tú cállate- sonaron la Bellow y el de Kamui al unísono.

-¿Podemos concentrarnos?- interrumpió Reed, sorprendido de ser la voz de la razón en ese grupo. Otro temblor pareció subrayar sus palabras, uno que fue distinto a los otros, más similar a si una lluvia de meteoros hubiese golpeado repetidamente alguna parte de la maquinaria que mantenía en movimiento a ese ingenio infernal. Los miró uno por uno, e intentó despejar su mente. Sin Drassil, algo de él faltaba, y si algo de él faltaba, esto probaba ser una tarea vana. Respiró con cuidado, como su maestra le había enseñado y se enfocó.- Vamos. Vámonos de aquí. Nakku, ¿puedes usar seele para detectar dónde se halla Vannael? Debería ser la única cosa con alma más allá de nosotros, así que evadirlo será sencillo.

La joven asintió, y sus dos amigos lo miraron con gestos sonrientes ante su forma de dirigirse ante ella. Reed prefirió ignorar las inmaduras implicaciones que hacían sus muecas. La vio concentrarse, juntando aire y soltándolo para extender su poder a cada célula de su cuerpo y ver en modo de alma. Luego no la vio más, porque una luz lo cegó unos instantes y Vannael apareció dándole la espalda, inclinado frente a ella como quien se detiene a contemplar un objeto curioso.

-Las traes.

“Esto se arruinó rápido.”

Su mano enguantada tocó la frente de Nakku con dos dedos, quien aterrorizada tardó unos segundos en retroceder con paso de alma, con la actitud de un felino provocado. Vannael rio de buen humor.

Todos se pusieron en guardia. Alerta como estaban, la única emoción que se les sobreponía a la amargura y el terror era la necesidad de sobrevivir, imperiosa en ellos, como también la injusticia de que ese hombre pudiera haberles dado caza en un abrir y cerrar de ojos.

-¿Pensaban que no iba a detectar seele? –se rascó el Uno el cuello, suspirando- No es lo mío, tal vez, pero me ofenden. Conocía ese arte mucho antes de que ustedes lo hicieran popular.

-¿Quién eres?

Como muchos, la joven percibía la amenaza que exhumaba del cuerpo del rey, pero por sobre todo parecía contrariada ante que hubiera podido detectar algo que nadie que no fuese de la organización de Albion conocía. Sus ojos violáceos se posaron unos segundos en Arksinad, quien con un gesto le recomendó que retrocedieran, desencajado como los otros ante esa repentina aparición. Con Reaper herido y Reed prácticamente desarmado, luchar contra el mejor mago del mundo no era viable.

-Si sabes algo, pero luego estás muerto, ¿tiene sentido saberlo en primer lugar?

Con sorna Vannael se adelantó otro paso, pero luego dudó y viró, ignorando a Nakku y encarando a los otros tres, dejándola de pie y congelada.

-Bien- dijo, saboreando sus propias palabras en la oscuridad- Han crecido mucho, muchachos. Bueno, no tú, Arksinad. A ti te veo más joven que la última vez. Me trae algo de nostalgia.

-Y menos corrupto por demonios, ¿verdad maestro?

Estaba seguro de que, tras la máscara blanca que siempre cubría sus facciones, Vannael portaba una sonrisa enfermiza. La de Arksinad, menos creíble por verla tanto y

por el evidente temor que sentía, le hacía de espejo visible y se estiraba poco a poco, preparándose para una batalla que ambos sabían sería muy corta.

La palma del mago se levantó, enfrentando a su mentor.

-No avances, Vannael. Ustedes, salgan de aquí.

-Ni de puta broma- escupió Reaper y también se adelantó, sin armas.

Nakku tampoco obedeció, cruzando miradas con Reed para hacerle entender que se sumaría al combate. Al muchacho le pareció una pésima idea, pero también una idea inevitable. Se colocó al costado del rey, rodeándolo ya todos con la determinación de morir luchando, y sólo los aplausos apagados, lentos, distantes que les obsequió su enemigo fueron los que en cierta forma reverberaron en su corazón, dándole más y más la impresión de que huir era una necesidad que eclipsaba hasta a la de respirar.

-Defiendes a tus amigos, Arksinad. Me emocionas. ¿Baal acaso te enseñó eso? ¿Estás practicando para cuando domines esta ciudad?

-Así que me envió aquí con ese propósito.

Fue una constatación furiosa la que hizo el rubio, brillando ya con su magia las líneas de su palma. Supieron que se disponía a atacar, y en su mente trazaron todos la misma estrategia, la de aprovechar el deslumbre de la magia para que Nakku –a ese punto, la única guerrera en condiciones del grupo- lo fulminara con un ataque de seele bien colocado. Si lograban distraerlo, toda la impensable velocidad del rey de los magos no iba a servirle de nada contra el poderoso arte de Albion Decaheron, el poder con el que habían podido encargarse fácilmente de los daevas que había enviado a matarlos.

Pero Arksinad dudaba, no por miedo o cariño sino esperando la respuesta de su mentor. Por su parte Vannael no dudó, sino que avanzó un par de pasos hasta estar cerca del mago, tan cerca que parecía querer recibir ese Shinoras de frente.

Con un dedo tocó la palma, y la luz se desvaneció del todo concentrando la oscuridad en la sala.

-No intentes adivinar mis propósitos, Arksinad. Podría resultarte difícil. Aunque puedo adelantarles un poco de lo magnífico que va a ser el futuro del mundo. Sí... -sonrió, las pupilas echándose hacia arriba- Cuando Idgray vuelva a regir todas las especies...

El vello en la nuca de Nakku debió de erizarse, y su gesto se contrajo de espanto. Aferró su sable con más fuerza, pero antes de que saltara Vannael la miró esta vez a ella de nuevo, excitado.

-¡Ah, la fiel alumna de Albion! Son pocos a quienes tengo permitido matar aquí. ¿Quieres detenerme con seele? La última persona que lo intentó sufrió un severo caso de mi brazo atravesando su pecho. Aunque siendo un demonio...

-¿Sephid...?- preguntó Nakku perpleja, y todos quedaron más helados aun. A Reed le hizo frío, no el frío relacionado a la temperatura sino el de un cuerpo cuando toca a otro y no responde, cuando algo que parece indispensable falla. Si Sephid había muerto, si de verdad no eran las mentiras de un lunático... Esas eran malas noticias, sin duda. Muy malas noticias. Creía que hasta su maestra, que tanto había jurado querer vengarse del melancólico joven, podía percatarse de ello. Los seguidores de Albion, su misión, todo estaba en peligro.

-Quieto, Vannael- advirtió Arksinad cargando otro hechizo. El rey volvió a reír, y lo vio con un gesto que hasta parecía de ternura, como contemplando una obra a medio realizar de la que uno se siente bastante orgulloso. Estiró su brazo enguantado hacia el rubio, y pronunció palabras.

-*Areo, berekusas, fireo...*

Arksinad enrojeció y lanzó su hechizo, interrumpiendo el de Vannael y quedando ese conjuro en misterio para el resto. Pero el Shinoras que lanzó, como la primera vez, no golpeó a su objetivo sino que fue direccionado al suelo, abriendo otro hueco en la estructura del Tártaros y haciéndolos caer a todos para alejarlos del peligro.

Fue en vano. Como una repetición de la sala anterior, al bajar con ese salto brusco Vannael seguía también allí, como si existiera en todos lados, sonriendo tras la máscara frente a Arksinad. Tomó a su paralizado alumno de la cara, de las mejillas apenas sonrosadas y lo acercó hacia sí mismo, como si planeara abrazarlo, examinar la luz que emanaba su nuevo cuerpo con vida. Las pupilas de Arksinad se dilataron, pero no pareció tener fuerzas para resistir.

-...caelas, erio, astur-dan- continuó su hechizo el monarca impasible. Reed juró ver algo en Arksinad moverse, como cambiando, y Reaper se abalanzó al rey de los magos sin armas, pero una luz lo arrojó contra otra pared. Arksinad se retorció, intentando librarse, pero no fue su magra fuerza la que deshizo su abrazo sino el ataque seele que Nakku lanzó desde el otro lado lo que obligó a Vannael a soltarlo para bloquear, mientras que su discípulo caía al piso respirando con gravedad y su forma volvía a definirse, a dejar de ser nublada en los ojos de Reed.

-Te dije que el seele no funcionaría- suspiró Vannael caminando hacia la joven. Por su actitud, comprendieron que se disponía a atacar de verdad- Sephid no tuvo tiempo ni para resistirse, ¿crees que ese truco va servirte contra mí?

Se interrumpió.

Se interrumpió porque, sorprendiéndolo hasta a él, una saeta de luz atravesó la oscuridad de la sala directo hacia su cabeza, obligándolo a expandir alas de magia –alas de plumas grandes, luminosas- para interceptarla haciéndola pedazos. Y al darse vuelta, con el rostro serio y desquiciado que se adivinaba tras esa máscara blanca, y al seguir todos la dirección de su mirada, se sorprendieron de ver, del otro lado, a la reina Shimari Kaharis Herton en persona, con la cuerda de su arco tensa tras una nueva flecha, los ojos decididos y el gesto dispuesto a sumarse a la lucha.

-¿Qué dijiste sobre Sephid?

En resumen, concluyó Reed, entre los dos reyes que estaban por luchar y la sorpresa que le rodeaba, ¿Cómo era que había llegado hasta allí?

Por una serie de errores, por un plan que parecía utilizar hasta al destino, y, por sobre todo, por el escudo que ya no tenía en sus manos: Drassil, la Espada Gris de las Almas, la tumba de su hermano y su perdición.

Y allí, donde la esperanza se le agotaba como tantas veces le había pasado, más un nuevo deseo surgió instándolo a vivir.

2. Punto Sin Retorno

El caos y el miedo que azotaron a la Ciudad Dorada en cuanto la siniestra forma del Tártaros se adivinó en el horizonte tuvo mucho de horror nítido, de la sensación que genera una leyenda al aparecer frente a quienes la han contado durante siglos; convirtiendo a la periferia de la Ciudad en el preludio de un desastre.

Para Linith, que había servido a la sacerdotisa, que había cantado para ella las canciones que hablaban del maldito Grimold Styxer y había participado junto a las otras bendecidas en las danzas que alababan al dios del sol por castigarlo, el ver junto a sus padres a tal milagro oscuro precipitarse le arrancó un escalofrío, que la sacudió visiblemente desde los talones hasta la coronilla.

Pero, a sus insignificantes trece años, no se dejó amedrentar. Tenía un deber para con Baal y su pueblo, y jamás había desistido de cumplirlo.

-Debo irme- les había dicho, y Leude y Desma la miraron estupidizados, como si les hablara con otra lengua.- Debo avisar a Rashka y a los demás.

-¡Linith!- le gritó su madre, aterrada. La niña los vio a ambos, allí sentados en el refugio, mientras a su alrededor se oían los lamentos de los heridos, aquellos cuyos hogares daban al desierto y ya habían sido barridos por las gigantescas patas metálicas del mausoleo andante. Corrían por aquí y por allá entre muchedumbres las enfermeras, los curanderos como Reginald, entre gritos de dolor y espanto, y cada tanto, entrando desde alguna abertura, algún deva se aparecía y contaba novedades que eran más bien obvias: *“¡Sigue avanzando!”* *“¡Ha destruido la casa de los Ferered!”* *“¡Se acerca a Oesile Nede!”*, que por más predecibles que fueran siempre creaban oleadas de miedo entre el montón de gente que se agrupaba buscando la seguridad del subsuelo. Y viendo a ambos padres así, y también pensando en ella misma, que tantos heridos había sanado durante la guerra civil, a tantos devas albinos había ayudado a curarse en los hospitales de la base establecida por Rashka y el difunto Majcel, y que ahora sólo estaba sentada, asqueada por el olor de tantas personas, por el aroma a miedo que los dominaba, Linith concluyó que permaneciendo allí no haría ningún favor a Baal. Debía alertar al ejército. El combate frente al Domo ya debía de haber concluido, y fuera quien fuera el vencedor allí –cosa irrelevante, pues Arksinad había superado las pruebas- tenía que hacer algo para salvar a todos, para frenar a Grimold como los antiguos héroes de la ciudad lo habían logrado.

-¡No puedo quedarme aquí, mamá!

-¡Mírate, estás herida!

Se había tocado entonces la cabeza vendada –había caído mal, cuando el Sacrificar de Asherat la transportó- y se había librado de esos mismos vendajes con un movimiento desafiante. No tenía nada, sólo un chichón que dolía como el demonio y que su cabello rubio escondía a la perfección, nada que le impidiera moverse. Miró a Desma Evenstar a los ojos, furibunda, y se puso de pie entre las multitudes.

-Tengo que avisarles.

-¡Pero...!

La deva calló en cuanto su compañero le apoyó una mano en el hombro. Linith miró a su padre, Lialbe, darle con un gesto callado y dolorido todos los permisos que necesitaba.

-Ella tiene un deber con Baal, querida.

La mujer ocultó el rostro entre las manos, derrotada, y Linith agradeció a su padre con una sonrisa –su padre; normalmente tan infantil y nervioso- antes de marcharse corriendo, dejando al encierro, al sofoque, a los lamentos de los heridos atrás. Para servir a Baal, esta vez no debía curar, sino que debía acercar a quienes eran la espada del dios contra sus enemigos: de Rashka, de Ragnar, Aminor, o Majcel, seguidores de Bali Gladiar o de Arksinad Eel, inclusive aquellos quienes se mantenían neutrales; todos esos sin duda estarían unidos para enfrentar el horror que lo consumía todo, la leyenda que una vez más había despertado para darles muerte.

Al emerger a la superficie le sorprendió la calma que reinaba. Era aun mayor que la que había existido en Diakaza durante los combates previos, tal vez porque contrastaba más con la desolación que se exhibía, con las casas arrasadas, los enormes pozos en el suelo que todavía humeaban, como si todo hubiese sido aplastado por el camino de una criatura inmensa. Entonces todo el suelo se sacudió. Linith se sostuvo a duras penas, y la presencia del Tártaros se hizo evidente incluso antes de que lo mirara: había pasado ya la mayor parte de las barriadas y no se hallaba muy lejos del río, se movía como un escorpión inmenso que devoraba la luz del sol: patas metálicas, maquinarias que se sacudían entre destellos verdes y chillidos eléctricos, agudos, recortando del todo la realidad que lo rodeaba.

Pensó que les había mentado, a sus padres. Era ridículo pensar que Rashka y los demás necesitaran su ayuda para saber que semejante construcción se acercaba al Domo, que no pudieran verlo desde donde estaban. La Ciudad Dorada no era lo suficientemente grande como para eso. Pero lo que debía hacer en verdad...

Sus dedos se hundieron dentro de su chaleco, en donde había escondido el Rubí de Sangre, la joya de Ailai. Esa era su verdadera misión. Cuando el juego de los herederos había terminado, cuando había estado por llevar el rubí a Arksinad para que venciera, se había visto alejada junto con la joya y ahora Baal no tenía el poder que había tenido antes para frenar a Grimold. Debía dársela a Tearu de nuevo, antes de que fuese tarde. Sólo el peso de ese cristal rojizo, el saber la cantidad infinita de maná que guardaba la hacía sentir enferma. El destino de su gente estaba literalmente en sus manos.

Al principio corrió, sin saber qué hacer, siguiendo a la enormidad del Tártaros. El edificio no iba a atacarla; iba destruyéndolo todo sin mente, trazando un camino directo hacia el centro de la ciudad. ¿Cómo podía ser, que Grimold hubiese despertado? Recordó cuando escapó, aun más niña, y cuando con los muchachos de la academia había entrado a ese lugar, a esa tumba y ella se había animado hasta a tocar uno de los rostros, el miedo que había sentido. Ese era un secreto, pero por supuesto Baal lo sabía.

Nada escapaba de su visión. Luego de ello la había elegido como una de sus bendecidas, las doncellas que asistían a su sacerdotisa con sus quehaceres, y a Linith nunca se le había escapado en la sonrisa burlona de Tearu la implicación de conocer lo que había hecho. Podría haberla desterrado, sólo por haber entrado allí, pero Baal la había acogido.

Debía decir sin embargo que la tumba enterrada en la arena de esos años y la monstruosidad que caminaba pisoteando la ciudad no se parecían demasiado. Linith se preguntó si de entrar allí los cadáveres estarían con vida, si podría ubicarse como lo había hecho antes.

Apretó el rubí con fuerza, para darse coraje y corrió. Tan sólo debía llegar al Domo antes que esa lenta amenaza. No podía resultar tan difícil, sólo alcanzarle su amuleto a Tearu y que los defendiera como lo había hecho tantas veces antes.

Poco a poco se adelantaba. Trastabilló, agitada y entonces el polvillo del suelo, todo vibró y se sacudió.

-Baal.

Era una voz imposible, tal si un millar de quejidos se unieran en un alarido desgarrador. Sintió que el miedo le bajaba la tensión, obligándola a mantenerse arrojada, cubriéndose la cabeza con las manos. Era él. Ese sólo podía ser Grimold.

-¿Dónde están tus guerreros, Baal? ¿Dónde están tus... héroes? Sólo la muerte les espera.

Volvió a apretar el Rubí, con tanta fuerza que los bordes duros de la joya le dejaron marcas rojas en las palmas tostadas. Se incorporó, y siguió corriendo. Iba a tener que pasar por debajo del Tártaros. Tomar un desvío sería demasiado lento, el único puente a Oesile Nede más cercano era el mismo al que el enemigo se dirigía. Pero iba a lograrlo. Era una niña, no tenía sentido que Grimold se fijara en ella. Tragó saliva, aumentando su velocidad, y pensó que nunca había tenido tanto miedo.

“Tú puedes, Linith. Tú puedes.”

-Vengo por ti... Baal. Enfréntame.

La amenaza de Styxer quedó flotando en el aire, aterrando a todos los devas, y como de costumbre el dios del destino no respondió. El Tártaros siguió avanzando, cruel e imparable clavando sus patas de insecto y creando zanjas hondas como un abismo, cada vez más cerca Linith mientras más corría hacia su amenazante sombra. El puente se acercaba. Cerró los ojos, tomando valor. Se había acostumbrado a correr. Era bastante rápida y por eso los leales la habían elegido para entregar mensajes, antes de que Ragnar la capturara. La luz del sol desapareció sobre ella y, aterrada, comprendió que ya estaba al nivel del coloso.

La base del Tártaros se movía sobre su cabeza, gigantesca, surcada de runas y maquinarias, fisuras y puertas. Linith quiso escapar de allí. Corrió con más fuerza, buscando superarlo. El miedo hacía que el cansancio se convirtiera en dolor puro. Apretó las mandíbulas y siguió, debajo de ese acero negro, de ese sitio donde el sol quedaba nublado. Había estado allí. Grimold estaba allí. Si no lo superaba, iba a matarlos a todos.

Un sudor frío le bañó la frente al comprender que el Tártaros descendía sobre ella.

“¡Va a aplastarme!” pensó entonces. Las penumbras en la arena, los golpes que lo sacudían todo, todo le pareció el final de su vida. Boquiabierto, pisó una brecha y tropezó. Derrapó un par de metros en el suelo, lastimándose la cara, manchándose de sangre la frente, pero no se enfocó en el dolor sino que se volteó y vio ese espectáculo

horroroso, alienígena, ese cielo de metal y luces verdes que se le acercaba lentamente, como habiéndola visto.

Escondió el Rubí de Ailai entre sus ropas, con la mente en blanco. No sabía qué debía hacer. Había sido una idiota, si la mataban... Si Grimold conseguía la joya... ¿Quién iba a detenerlo?

Una cosa oscura cayó de una de las aberturas, impactando la arena. Linith se sentó, viendo a ese cuerpo encogido y cadavérico que brillaba poseído por los espíritus, y que se puso de pie lentamente. Era uno de los cadáveres. Tal vez, si su memoria aterrada no le mentía, era el mismo cuyo rostro había tocado de niña. El deva muerto se tambaleó sobre la arena, y su chillido mecánico fue lo que precedió al alarido que lanzó Linith. Luego hubo un flash de luz, y el ankou cayó hecho pedazos contra el suelo, los espíritus volviendo a su origen.

La bendecida quedó paralizada.

-¿Estás bien?- le dijo esa mujer de cabello del color de la avellana, ayudándola a levantarse. Una humana. Sostenía un arco grande y blanco.- ¿Linith...?

-S-su Majestad- tartamudeó ella. Le resultaba imposible. Se preguntó si no estaría soñando, si no era nada más que su mente le impedía conocer que estaba muerta, el terrible destino que debía de haber sufrido en las manos de ese cuerpo reanimado. La reina del otro lado de la puerta estaba allí...

No pudo evitar sollozar, y Shimari la abrazó consolándola bajo ese inclemente paisaje. Al instante Linith se calmó, y se separó. El Tártaros aún descendía hacia ellas, como si pensara borrarlas con todo su peso. Tragó saliva, y se puso de pie.

-Debo llegar al Domo.

-¿El Domo?- dijo la humana, recogiendo la flecha que había lanzado y poniéndola de vuelta en su carcaj- ¿Qué ocurrió allí? ¿Quién ganó el juego?

Linith dudó, e imágenes invadieron su mente en una fracción de segundo: Bali y Arksinad, su duelo de magia, ambos siendo poseídos por demonios, la intervención de Tearu y el desafío de Reaper, el enchastre del banquete de Baal y luego el conjuro de ese diablo de hilos negros, justo cuando todo estaba por terminar. Nadie había ganado. Podía decir que Bali había perdido, pero, ¿eso significaba realmente que Arksinad era el vencedor?

La duda le secó la boca, y le impidió contestar. El Tártaros descendía más y más y Shimari no parecía intimidada en absoluto por ese cuerpo inabarcable que se les venía encima. Iban a morir. Era seguro que morirían.

-Se...

-Se separaron, ¿no es así?- le dijo la humana, viendo la amenaza que se acercaba sobre ellas y lanzando un silbido- Rashka y los soldados entraron al Domo, y no había nadie allí. Y si ese tal Grimold está con vida... Reaper debe de estar allí. Debo salvarlo, o Amu estará desconsolada.

No supo qué decir, ante tal calma. No podía creer, que todo pareciera importarle tan poco. ¿Así era toda la realeza del otro lado? ¿Tan dementes estaban las otras especies, o eran sólo los humanos...? Apretó el rubí más, miles de ideas pasando su mente sin dejar nada claro. Ya se podían ver a la perfección las entradas de la base del Tártaros, las escaleras que se adentraban a la oscuridad. Reaper estaba allí adentro, había sido su espada lo que despertó a Grimold. Reaper la había protegido muchas veces, en los últimos días.

Sacudió la idea de su cabeza, y vio a la reina.

-Debo llevarle esto a Tearu.

-No había nadie en el Domo- repitió Shimari- La sacerdotisa tampoco se hallaba allí. Los albinos lo han fortificado y pretenden engañar a Grimold, matarlo en cuanto irrumpa. Es el único plan que han formulado.

Las piernas le temblaron, desolada, y el peso de la joya aumentó. Sin Tearu... Si Baal los había dejado de esa forma... ¿Qué podía hacer ella? ¿En dónde dejar el rubí?

-Arksinad venció, ¿no es así?- la miró Su Majestad, y sus ojos verdes destellaron- ¿No es él el nuevo portavoz de Baal?

La confusión la atormentaba. Miró los reflejos carmesí de la joya, oscurecida por la sombra inmensa que cada vez se expandía más mientras más bajaba el edificio negro contra ellas. Habían perdido mucho tiempo hablando, y ya era demasiado tarde para todo.

-Bueno- resolvió Shimari, encogiéndose de hombros- Yo volveré a entrar allí, y sacaré a Reaper. Lo demás no me importa.

Los ojos rosados de la niña deva se volvieron a la humana, incrédulos. Shimari sonrió encantada y volvió a ver la enormidad que se les precipitaba, sin un atisbo de miedo. Era cierto. La reina ya había estado allí, se había refugiado allí al venir por primera vez a ese mundo, o al menos eso era lo que las historias de los soldados contaban. Linith no pudo emitir un sólo sonido cuando una de las enormes patas metálicas del Tártaros se clavó cerca de ellas, y Shimari le lanzó una flecha luminosa. La joven corrió, saltó, se aferró de la misma flecha e hizo una vuelta completa en el aire, sujetándose del edificio que se movía. Luego volvió a trepar y quedó sentada en una hendidura.

-¡No tardaré mucho!

-¡Llévame!- había dicho Linith, una voz que salió de su garganta sin que ella quisiera, tan dominada por el furor que no tuvo tiempo de arrepentirse. Hubo otro retumbe, y otra sacudida. Los sonidos agudos de ese infierno se incrementaron, y la bendecida creyó ver el punto exacto en el que su vida se dividía en dos- ¡Llévame contigo!

Tenía razón, ella tenía razón. Si su deber era con Baal, entonces su deber era para con el nuevo avatar de Baal, y ese debía de ser Arksinad. Llevarle el Rubí, no a Tearu, si no al nuevo elegido. Era eso lo que debía querer estar diciéndole el dios del destino con su silencio, y debería escarbar hasta lo último de su coraje para conseguirlo.

Shimari no le hizo preguntas. Simplemente le estiró un brazo, y Linith lo tomó pensando que tal vez cometía el mayor de sus aciertos o el peor de sus errores. Luego la reina la subió, y el ascenso por esos muros helados que volvían a cobrar distancia de la arena dio inicio.

Y ahora, habiendo ya recorrido los pasillos helados del hogar de Styxer, Linith consideraba que lo único que la separaba del pánico más absoluto era la presencia blanca que la había guiado, sin problemas, como una luz entre todas esas sombras que se les plegaban.

Pero ahora sentía que hasta Shimari estaba en peligro. Los habían encontrado, a Reaper, inclusive a Arksinad y a Reed junto con aquella muchacha que servía a Bali, y la amenaza que le generaba esta última –aunque tan cambiada se la veía- no era nada contra la sensación de espanto que le daba el hombre de caros ropajes que estaba entre todos ellos, alto e inmaculado con alas de magia que se ennegrecían poco a poco, tiñéndose con corrupción.

Supo sin dudas que era un enemigo, algún aliado de Grimold. Se mantuvo pegada contra la pared, escondida tras el borde de la entrada, y prestó atención a lo que ocurría. Eran cinco contra uno, pero la cosa no se veía bien. No veía que Reed sostuviera su escudo, o que Reaper estuviera en condiciones de luchar.

-Su Graciosa Majestad- pifió el hombre de blanco, haciendo una reverencia- Diría que es curioso hallarla aquí, pero creo que fue mi Mila quien la obligó a vacacionar a este desierto, ¿o me equivoco?

La cuerda en el arco de Shimari parecía a punto de estallar, de lo tensa que estaba.

-Responde, Rey de los Magos. ¿Qué le hiciste a Sephid?

-¡Ah!- Vannael rio, y sus alas se movieron un poco haciéndolos retroceder- Claro, claro...

Se pasó una mano por el cabello negro, como recordando algo, y luego la miró con ojos rojos, penetrantes.

-No tuvo tiempo de enterarse, Su Majestad, pero estamos en guerra. En ese caso, es natural que haya atacado a su guardaespaldas.

La cuerda se soltó sola, y otra flecha salió disparada hacia Vannael, más por un desliz que por intención. El rey la esquivó moviendo la cabeza hacia un lado, y el proyectil quedó atascado contra el muro de atrás sin estallar.

-Veo que la idea te agrada, Shimari.

-Asumo que esto es una declaración por parte de Cel-Neckar, ¿Vannael?- contestó ella bajando el arco. En su cara se veían los trastornos de la sorpresa.- ¿Por qué...?

-Oh no, no, no- el rey brujo levantó una mano enguantada, frenándola- Kamui fue quien declaró guerra, ¿no lo sabe? Yo sólo intento defender a... los inocentes. Es lo que hago. Mi trabajo.

Nada brotó de los labios de la reina, tan pálida y anonadada, y Vannael estiró sus brazos viendo al cielo.

-¿No está feliz? Este mundo estaba en una paz muy aburrida, creo que podemos estar de acuerdo... Familias felices, magos ricos decidiendo el futuro de los pobres, nobles de sangre pavoneándose ufanos por castillos y palacios reales... La complacencia me abrumba. No... No es eso lo que yo quiero. Imagínalo, reina del otro lado del tablero. Imagina el clamor de mil botas marchando para por fin darle un propósito a la existencia, imagina la destrucción, la sangre, los quiebres, la violencia de las escaramuzas, una sinfonía en la que sólo los fuertes perduran. Imagina un mundo de selección, donde sólo lo que es bueno y duradero renace, un mundo de verdad, gobernado por un héroe, gobernado por Idgray, llevando el poder en sus manos. Ese es el deseo al que planeo resucitar. Y su reino... Bueno, digamos que necesitaba algún villano en esta historia.

-¿Eres Vannael...?

En las palabras de ella se resumía toda la duda que podía haber escuchado alguien. Linith se pegó más, asustada, doblemente pues por fin la confianza de esa mujer parecía estar decayendo en una incredulidad muda.

-Es mi mentor- dijo Arksinad con amargura- Su verdadero ser.

-En carne y hueso- contestó él.

Y desapareció en un parpadeo, apareciendo frente a ella con los brazos cruzados contra su rostro.

-¡Azrael Shunoros!

La luz se juntó en un arco, y salió disparada, amplia, muchísimo más grande que el Shinoras. Pero por suerte Linith pudo ver que Reed se había adelantado, y arrojado a Shimari hacia delante. El hechizo de destrucción pasó por sobre sus cabezas, abriendo una brecha en los sólidos muros del Tártaros y llenándolos de luz solar, revelando un cielo despejado que le quitó poder a la oscuridad en la que se hallaban.

Todo se sacudió de nuevo, y Vannael chasqueó la lengua.

-Uriel Shunoros.

Volvió a aparecerse más atrás, frente a Reed y Shimari.

-Es una encantadora vista- dijo, apoyando un dedo en la frente de la reina- Como para volar.

Un relámpago emergió de ese dedo, pero Shimari lo esquivó y lanzó otra flecha hacia el rey. La luz impactó contra una barrera lumínica, sin dañarla, y el Shinoras que lanzó Arksinad desde atrás tampoco pareció hacer efecto. Vannael pisó el suelo, y una oleada de electricidad obligó a todos a saltar, pero al hacerlo también desactivó su campo y gracias a eso Reaper pudo adelantársele, dispuesto a golpearlo.

El rey lo esquivó fácilmente, y lanzó otro relámpago que mandó al guerrero contra el techo. Arksinad creó un espectro para que atajara su caída, y en medio de esa confusión su enemigo volvió a desaparecer frente a Reed y a Shimari, creando una red de truenos azules que se expandieron contra los dos.

-¡Lo siento mucho, Su Majestad, pero es hora de poner los pies sobre la tierra!

Su voz sonó desgarrada como la de un cuervo. Los rayos ignoraron a Reed impactaron a la reina lanzándola por la abertura, y todos contemplaron con espanto como su cuerpo desaparecía por allí, evadiéndose del desesperado agarre del muchacho.

-¡Shimari!- gritó Reed, pálido. Sus dedos arañaron el aire. Y mientras la desesperación se adueñaba de su corazón, a su lado una saeta pasó volando, una luz violeta que se arrojó también por el hueco abierto por el hechizo.

Era Nakku. Su paso se le hacía casi invisible a todos menos a Reed, que contempló a su maestra ir a toda velocidad, sujetar a Shimari mientras caía y luego impulsarse en el aire como alma, derrapando contra el pasto y la arena. Se sintió aliviado, pero también hizo un descubrimiento terrible. Pasto. Vio los edificios caros, bordados en oro y joyas y descubrió que ya se hallaban en Oesile Nede, que podía reconocer las estructuras del Salón de Yeurion, del Coliseo e inclusive de las altas casonas que pertenecían a las familias de los bendecidos. Habían cruzado el río, y el Domo del Sol no podía estar muy lejos.

Y, además, sólo quedaban ellos tres contra Vannael. Se volteó cuan rápido pudo, y lo vio dar un suspiro decepcionado.

-Menuda aguafiestas...

-¿Por qué quieres traer a Idgray?

Por sobre todas las cosas, necesitaba entender eso primero. No era que le molestara, más que la amenaza que sentía en ese deseo insano, sino que de verdad

quería entender el porqué alguien quisiera devolver a la vida al alma encerrada en su escudo, a la nada que lo había contaminado por tanto tiempo. Lo miró a los ojos, el gris de los suyos chocando contra ese rojo carmesí, inestable. Por el gesto de Vannael, parecía como si que hubieran evitado su intento de asesinato a la reina fuera sólo una ocurrencia menor.

Pero aun así había rencor en esa mirada.

-¿No te da curiosidad, Albion? Saber qué piensa tu hermano luego de tanto tiempo. Cuánto... te odia.

Las palabras eran escupidas, llenas de desprecio. Reed retrocedió un paso. Había luz del sol, contra ellos, y sin embargo nunca se había sentido tan helado. Los ecos de su sueño, de Idgray y Albion hablando y haciendo una promesa, todo eso se depositó en su corazón como una daga lenta, cruel.

Pero debía seguir. Su mirada atenta se concentró en la niña deva que le hacía una seña, tras la pared. Linith. Intentó que sus pupilas no traicionaran sus intenciones. Reaper y Arksinad también parecían haberla visto, y estaban preparados.

Ahora, se dijo mentalmente. Como si lo hubiesen escuchado sus amigos giraron y, primero que nada, el mago conjuró una pantalla de humo en la habitación con un simple movimiento de sus manos. Cegado por esa ilusión Reed corrió, buscando evadir al monarca y pasar por donde Linith se hallaba. Atravesó el umbral derribándose al otro lado, seguido por Arksinad que mantenía su ilusión en el sitio y el último en pasar fue Reaper, que golpeó a la salida la flecha que había dejado clavada Shimari.

La luz estalló, y el umbral se desmoronó en grandes bloques negros que los separaron y devolvieron su entorno a la oscuridad. Ni así consideraron que estaban a salvo, y lo siguiente que hicieron, fue correr y correr siguiendo a la niña para alejarse del peligro sintiendo sus corazones desbocar a cada paso. Mientras estuviesen en el Tártaros no podían decir que estaban seguros pero, ¿podía decir lo mismo cualquiera de los devas que había allí afuera? El tiempo se les acababa, y el momento de tomar una decisión drástica estaba cada vez más cerca. Cuando llegara, pensaba Reed, tal vez todo lo que habían pasado sería arrojado, y deberían resignarse a aceptar la muerte.

Se atrevieron a frenar sólo cuando se percataron de que de tanto correr, Linith y Arksinad –en especial Arksinad- parecían a punto de desmayarse. Hasta Reed y Reaper se hallaban cansados, desorientados, perdidos de nuevo en la insoportable negrura del edificio sin un atisbo de luz que los guiara o algo que les dijera en dónde se hallaban: era una sala empapelada con cadáveres quietos, como todas, que se caracterizaba por tener parte del suelo levantada como si se tratara de un altar para rituales. Reed no creía que Grimold tuviera ningún otro ritual que no fuese entregar espíritus a su espada, así que el propósito de la sala se le escapaba. Creía, tenía la vaga impresión de que los infernales diseños del Tártaros no eran más que un reflejo de la locura de Styxer, que no cumplían ningún propósito más que ser una parodia de todo lo que él consumía, un dibujo digerido e inútil de la vida a la que tanto rechazaba.

Cuando ya hubieron recuperado el aliento, los tres miraron a Linith descolocados.

-Linith- dijo Reed. Recordó su último encuentro con la niña y se sintió algo culpable.

-Mocosa, ¿qué diablos haces aquí?- preguntó en cambio Reaper.- ¿El hechizo te trajo...?

-¡Vine por mi cuenta!- se quejó ella, sacudiéndose el polvo de la ropa. Hurgó en su chaleco frente a los hombres y de allí sacó la joya. El rubí resplandeció ante todos, creando un destello profundo de sangre que tiñó un poco las sombras, y el trío intercambió miradas entre asombradas y espantadas- Vine a traerte esto. Arksinad, debes ayudarnos.

El mago la miró perplejo unos segundos, hasta comprender qué era.

-¿De dónde...?

-Reaper lo consiguió de Tearu- afirmó la deva, moviendo la gema con insistencia- Por favor, tómalo. Gana el juego y defiéndonos de Grimold.

El rubio tragó saliva, viendo el tentador destello de aquella cosa. Irradiaba magia, inclusive para Reed que tan poco percibía, pero lo hacía de una forma sublime, majestuosa, ondas de maná que los traspasaban como la luz del sol y lastimaban sus sentidos. Allí no había el poder de un mago, ni de dos, ni de tres, allí se concentraba la energía de toda una historia en un mundo, una fuerza que podía rivalizar fácilmente con todos los magos del Geral.

Pero aun así, Arksinad retrocedió.

-Lo siento. No quiero eso. No puedo...

-¡Por favor!

-Linith- la aprehendió Reaper, viendo a su amigo, como cerraba los labios con miedo- Es un peso muy grande el que sostienes allí.

La jovencita los miró desolada, y luego volvió a ver el rubí sin decir nada. Reed entendía a Arksinad. No era sólo tomar una joya, usar su poder y salvarlos a todos. Era aceptar ser el vocero de Baal, vivir cientos de años, guiar a los devas hacia su futuro y soportar miles de pecados para poder obtener un mejor destino. No era una tarea a la que el mago pudiera abocarse sin temer, algo que pudiese aceptar en unos segundos. Arksinad no era como lo había sido Bali. Él no quería gobernar.

-¿Prefieres morir a servir a Baal?- preguntó ella, lastimada.

-Ya he muerto- dijo él, poniéndose de pie. Los rizos rubios, largos ahora y atados en dos pequeñas trenzas que le caían por el costado del cuello temblaron al hablar- No quiero desperdiciar mi vida sirviendo a alguien otra vez.

A la frase no le siguió más que silencio, y decepcionada la deva suspiró al borde del llanto. Hubo más retumbes, otra sacudida y todos tuvieron consciencia de que el Domo debía estar a sólo unas cuerdas de la máquina de destrucción de Grimold. Y ellos, allí encerrados, sin saber dónde se hallaban, cómo escapar o cómo luchar, desprovistos de toda esperanza.

-Tómalo- terminó por decir Linith, alcanzándose.

-No quiero...

-¡Te pertenece!- la niña tomó la mano del celestiano, y le incrustó el rubí de Ailai en la palma para que lo tuviera- Haz lo que te plazca con él. Mi pueblo está perdido de cualquier modo.

Era una rabieta ofendida, tal vez, pero en sus ojos se veían las heridas de la traición y por eso ninguno le llevó la contraria. Arksinad suspiró, guardándose la joya

en el costado de los nuevos ropajes blancos que usaba, y Reaper sacudió el cabello de la niña, en silencio pidiéndole que se tranquilizara. Un segundo retumbe obligó a todos a mirar el techo, del cual polvillo se desprendió ante una serie de temblores cortos, intermitentes.

-¿Creen que estén luchando allí afuera?

Reaper y un ensimismado Arksinad miraron a Reed perplejos, pero fue la deva quien contestó.

-Rashka y los demás están en el Domo. Quieren que Grimold ataque para matarlo allí...- sus puños se apretaron, con impotencia- Va a ser demasiado tarde. Si tan sólo Tearu...

-¿Tarde?- inquirió Reed.

Ella los miró, como desconcentrada. El inicio de llanto que había tenido marcaba líneas rojas bajo sus ojos rosados, pero aun así se dignó a hablar, en la oscuridad, entonando de repente un canto que parecía hacer ecos en los espacios muertos del Tártaros, su voz ensimismada por el dolor.

*“Cuenta la historia que un día
Un mago codicioso vio
A la dama más bella del sol
Y sin dudarle se enamoró...”*

*Cuenta el pasado que en tardes,
De sola y melódica vida,
El mago traicionó a su amante,
Y su codicia del todo lo enfermó*

*Cuenta el mito que en noches,
De rezar al filo de su espada,
Aquel que está muerto renace
Y consume y olvida a su amada*

*Las plantas las flores
Las arenas eternas,
El monstruo devora y su hambre alterna
Y hogares y niños
Temiendo su suerte
Rezaron a Baal para alejar la muerte*

*Cuenta la leyenda que en noches
El mago alzó un templo oscuro
Y quitándole toda vida y soles,
Se volvió en él algo frío y duro*

*Cuenta la gloria que a tardes,
De espadas clamores y orgullos
Héroes frenaron su avance
Y su mente se volvió un murmullo*

*Y finalmente vino el día,
Y el destino oyó nuestras plegarias,
Baal frenó su melodía
Con el poder de todas las magias.*

*Esta es la historia de Grimold
Deva, Mago, Monstruo y Garr
Su traición fue de siglos y siglos
Y su corazón nunca va a descansar.”*

Mientras la voz de Linith llenaba las paredes con su música, la mente de Reed fue ascendiendo y viajando, entre las formas oníricas que se adivinaban por la oscuridad. Cada oración, cada palabra, cada fragmento de esa historia que tenía milenios le llevaba a recuerdos ajenos, y podía ver al mago, a lo que había sido Grimold alguna vez, amar a la sacerdotisa de Baal como Idgray había amado a Ailai siglos más adelante, lo veía pavonearse con su poder en una Ciudad Dorada mucho más vieja que la que él conocía, lo veía frecuentar a la desconocida emisaria de Baal de aquel entonces, pero también veía en sus ojos -¿púrpuras? ¿rosados? ¿rojos?- la ambición febril, determinada, de tener poder; y el llamado irresistible de la espada negra con la que se cruzaba cada vez que veía a su amada.

Y lo veía retorcerse, maldecir, llenándose de marcas negras como las que habían dominado el brazo de Reaper, lo veía volverse grotesco, alzando muertos, perdiendo su cabello, sus dientes, su piel, perdiendo todo lo que era en una búsqueda ciega, de más, de saciar un hambre que era eterna. Se arrastraba, haciendo rehuir el sol, y la carne se le caía en pedazos putrefactos con los años; y con el tiempo, tal vez, su mandíbula se desprendía y colgaba y allí sólo quedaba un monstruo, pelado, erosionado todo lo que lo hacía un ser vivo y con un corazón que brillaba de forma opuesta a como lo hacía el astro que alguna vez lo iluminó de niño. Los tatuajes de Necrostacia, tallados en sus huesos, lo volvían negro como el carbón.

Sintió tristeza, en la oscuridad, por Grimold Styxer. Fue un pensamiento de unos segundos, que al instante desechó por ridículo, pero que hirió su corazón con su intensidad. Grimold... También era una víctima del destino, como todos. Reed lo entendía. Si llegaba el momento, pensaba darle la verdadera paz que necesitaba.

Tardó en percatarse de que Linith ya había terminado, y miraba el techo ahora con la expresión resignada. Arksinad tosió, y se inclinó de hombros.

-¿Qué significa...?

-“El mago alzó un templo oscuro, y quitándole toda vida y soles, se volvió en él algo frío y duro.”- recitó en cambio Reaper abriendo los ojos lentamente.- No es figurativo, ¿no es así?

Linith negó vagamente, sin verlo. Parecía como si ya no le interesara, por más empeño que le hubiese puesto a aquella demostración, pero Reaper en cambio se veía sumido en una dulce esperanza.

-¿Qué significa?- preguntó el mago de nuevo, curioso.

-Que Grimold está indefenso ahora- contestó el guerrero- Tú lo dijiste, ha poseído el Tártaros... Pero si esa canción dice la verdad... Entonces su cuerpo esta

inmóvil mientras esa sincronización dure. Si hay un momento para matarlo, ese es ahora.

-¿Y estás dispuesto a perder a Necrostacia?

Los brazos de Reaper se tensaron al oír aquello, como si planeara golpear a alguien. No respondió.

-Yo lo haré- dijo Reed en cambio- Drassil... Mi escudo debe de estar allí arriba. Si lo tengo, podré utilizar el poder de Albion para borrar a Grimold y a su espíritu del mapa.

Y pensó *“Esa es la misión, una de las misiones de las que Sefhid me había hablado. Destruir a la Estrella Oscura, a Necrostacia... Y también a alguien que alguna vez quise.”* Sus propios párpados temblaron, entendiéndolo. Hablaba de Idgray. Hablaba del cuerpo desalmado que dormía en Dammed Oah, el mismo que Vannael planeaba traer a la vida. Ese había sido el objetivo de la Organización todo ese tiempo, el evitar la locura que quería cometer el rey de los magos.

Pero entonces, lo primero era lo primero. Reaper se dirigió a la pared, y pasó con toda intención la mano sobre uno de los cadáveres que allí había. Un espíritu poseyó al ankou, que saliendo su letargo se irguió con una espada en cada mano, dispuesto a matar a los intrusos. Por su porte y su vestimenta, era obvio que se había tratado de algún antiguo albino, uno de los muchos que habían encontrado su perdición en esos pasillos.

-Eso, eso- escupió el kamuita, acercándose desarmado ante el espanto de todos- Justo lo que necesitaba, señor esqueleto. ¡Tenga un buen día!

Y al decir *día* le soltó un cabezazo, antes de que el muerto pudiese reaccionar. Fue tan fuerte que se sintió un crujido, y la cabeza de hueso viejo estalló en pedazos. El resto del cuerpo se derrumbó, dejando las dos espadas oxidadas para que él las tomara. Arrojó una a Reed, que la atrapó en el aire anonadado.

-Con eso ya todos estamos armados.

-¡Yo no!- dijo Linith, levantándose de su contemplación.

-Con eso todos los que sabemos luchar, y Reed, estamos armados- continuó él sin prestarle atención.- Tenemos poco tiempo, así que iremos con un plan sencillo. Subimos, nos cargamos a Grimold Styxer mientras se halla conectado al edificio y luego... No lo sé, ganancias. Llenen el vacío ustedes.

-Vamos a morir- sonrió Arksinad- Qué amarga ironía.

Reed rio, rascándose el cabello. De repente, aun en esa situación y entre las sombras y el perverso futuro que se les avecinaba, se sintió inexplicablemente un hombre muy feliz.

-Tal vez no es lo mejor- les dijo- Pero creo que no me molestaría morir junto a ustedes.

Los otros dos lo miraron perplejos, pero luego en sus semblantes hubo sonrisas francas. Reaper hizo girar su nueva arma, Reed levantó la vista pensando en su escudo, en la aventura que siempre había querido tener de pequeño matando a monstruos malignos en calabozos, y Arksinad jugó con uno de sus rizos, suspirando.

-Linith, busca la salida- dijo uno de ellos, pero Reed no supo cuál de los dos- Vamos a terminar todo esto de una vez.

Lo sabían. Sabían que de caer el señor de Necrostacia, todo les decía que, o bien el Tártaros se derrumbaría sobre ellos, o bien Vannael tendría la pista que necesitaba y lograría hallarlos. No iban a sobrevivir otro combate con él, así que de cualquier forma las cosas ya estaban perdidas. No era, para Reed, como cuando Nakku le había

reprochado su desgano ante su vida, la vez que los tres daevas casi lo habían matado. Esta vez era más... Era lo que había buscado todo ese tiempo. Era el momento perfecto, que precede a la nada y en la que todo por fin tiene valor. Luchar, correr, defender a sus amigos y ser defendido por ellos, enfrentarse al mal, ser un héroe de verdad. En sus ojos hubo un brillo nuevo, certero.

Tal vez por primera vez, la deva decidió no rechistar. Los miró asombrada, como queriendo grabarse la imagen de los tres en la retina. Luego asintió, y echó a correr por la oscuridad.

Y Reed, Reaper y Arksinad emprendieron el ascenso hacia lo que sabían era una misión suicida.

“¡Se acerca! ¡El enemigo se acerca al Domo!”

En los últimos diez minutos, Nakku sintió que el mensaje se había repetido al menos cien veces. Lo sabían, ya, maldición. Sabían que el Tártaros se acercaba, que Grimold arrasaba todo en una línea directa hacia el hogar de Baal, sin importar qué hubiera en su camino, destruyendo casas, estatuas, monumentos, mancillando las flores y el terreno. No era eso lo que le importaba. En cambio Reed, allí adentro...

Tragó saliva, pensando en que debía volver. Tenía que volver a meterse en ese edificio, tan sólo fuera para captar la atención de ese rey loco. Pero aun así...

“Quiero ver a mi padre” pensó, algo en su mente oponiéndose a la idea. Desde que se había enterado de que Ventrysten había estado con vida todo ese tiempo, los días se le habían convertido en una cuenta hacia atrás agradable, triste, hasta el momento en el que por fin pudiese llegar a Gikeldor y encontrar las respuestas que le faltaban. Y si llegaba al Tártaros con seele, y Vannael la detectaba...

“Quiere revivir a Idgray” pensó, y recordó todas las historias que de niña le habían contado sobre el hermano de Albion, el poder que representaba *“Existía... Alguien que deseara tal cosa.”*

Había pensado que eran mitos, y que Idgray dormiría para siempre. Que ninguno de sus seguidores se mantenía en el mundo, y que la misión del nuevo Albion era secundaria, vana. Inclusive años después, cuando hacía de mercenaria con sus hermanos Bellow, o infiltrada en el escuadrón de Yeguilex, siempre había terminado por concluir que el propósito de la Organización se había vuelto vacío y que Sephid tenía razón al haberla alejado, que no había un motivo por el cual preocuparse sobre Dammed Oah y el cuerpo que allí dormía. Pero ahora, recordando las palabras de Vannael...

Se abrazó a sí misma, pensativa, y percibió que la miraban.

Shimari se hallaba tendida en un colchón de plumas, frente a ella, y Reginald —el mismo médico de los leales, el mismo al que Nakku había amenazado— le vendaba una herida en el tobillo. La reina se lo había doblado al caer junto con la seeler, pero se veía contenta con el resultado. De no haberse arrojado para salvarla... Kamui ya no tendría realeza, suponía.

Pero al hacerlo, había dejado a Reed y a los demás indefensos, dentro de aquel sitio.

-¿Nakku?- la miró Shimari, atenta a los nervios que intentaba ocultar- Estarán bien.

No respondió.

En cambio recorrió el lugar con la mirada, como alejada de todo lo que la rodeaba. Se habían resguardado en el interior del Domo del Sol, en el salón del banquete mismo en donde Arksinad y Bali habían tenido su lucha, y allí reposaban, en temporal alianza, las fuerzas de Rashka Wisel y los pocos devas que habían servido al ahura, para resistir el ataque mítico de Styxer. Nakku los observó con ojos violetas, fríos, a los soldados que afilaban sus garrs, tensos, a Reginald que iba por aquí y por allá, curando a los heridos del combate anterior y sin atreverse a mirarla, a Rashka que gritaba órdenes, máxima autoridad y última de los generales. De la sacerdotisa, de la sabia deva que les había hablado a Reed y a ella en el desierto no había noticias, pero Nakku no pensaba que su presencia importara. Baal los estaba probando. Tal vez, incluso, la prueba era simplemente el ver lo bien que podían llevarse en el peligro: pues en el espacio del salón ya no había diferencias de lealtades ni de razas, sino que todos parecían uno solo, un sólo ser unido en una única preocupación como la era sobrevivir. Parecía realmente el final de la especie deva.

“Reed...” pensó, dudando. Shimari logró sentarse. La seguía examinando con atención, diferente a como siempre lo había hecho: recordaba todavía la primera vez que la reina había visitado la Forja, cuando Sephid había quedado embelesado por su alegre actitud, la deferencia maternal con la que esa mujer le había dirigido la palabra. Pero ahora, en los ojos de Shimari parecía haber una sorpresa feliz, la sorpresa que surge al entender que alguien es digno de respeto. Nakku no quiso saber qué motivaba ese pensamiento. Tal vez ya lo sabía.

-¡Está sobre nosotros!- gritó otro deva, y la expectación se extendió sobre el salón como una atmósfera nueva.

-¡A sus posiciones!- llamó Rashka, alzando su garr- ¡Vamos, soldados de Baal!

Los hombres la obedecieron, formando alrededor del salón, en una posición estratégica que las dejaba rezagadas atrás, junto con los heridos. Esa era toda la idea que los albinos tenían, para frenarlo. Sabían que los muros, que el Domo del Sol era indestructible, y que Grimold tendría que bajar en persona para atacarlo. Iban a resistir y matarlo en ese exacto lugar.

Pero a Nakku, la idea no le satisfacía. Había algo mal, algo que se les estaba escapando. Notó la tensión en los cuerpos de armadura, el celo con el que empuñaban sus armas neus. Se oía un ruido bestial afuera, pero en el interior del salón todo parecía calmo. Se hizo silencio.

Se hizo silencio, y todos permanecieron expectantes.

Rashka se veía fría, como siempre, preparada para encarar a las hordas de ankous por su cuenta, en la primera línea de defensa. Shimari cerraba los ojos, como si tuviera miedo, intentando mover su tobillo torcido, y gruesas gotas de sudor resbalaban por el cuello de Reginald. Hubo un retumbe, y otro, y luego una voz habló por sobre sus cabezas.

-Se equivocan.

Hubo clamores ahogados al ver todos la luz formarse, y la figura encima de todos, sentada sobre su gigantesco garr de oro. Nakku reconoció a Tearu Vattar al instante: los cabellos rubios, atados en distintos niveles, la mirada draconiana como la de sus congéneres y los ropajes blancos, etéreos, de sacerdotisa; y a diferencia del resto,

que mecánicamente se arrodilló, se levantó poniendo la mano en su sable. Lo sabía. Algo estaba mal.

-¿Por qué se arrodillan?- dijo la mujer, con los ojos cerrados como siempre- Ya no soy yo la portavoz de Baal, sino que soy otra de ustedes.

Rashka y los soldados albinos se incorporaron, confundidos. La general habló.

-¿Es Arksinad nuestro elegido, entonces?

-No tienen elegido, ni profeta.

Murmullos y gritos de espanto corrieron por todo el salón, y Nakku dio un suspiro. A su lado, sin embargo, la luz que emanaba la doncella sobre sus cabezas parecía arrancarle oleadas de felicidad a Shimari. Quién sabía qué pasaba por esa cabeza.

-Vengo a advertirles que se equivocan- dijo Tearu, aún flotando sin muchos inconvenientes- Han caído en el engaño de Grimold.

El rostro de Rashka logró palidecer. Miró hacia la puerta por la que se suponía que los ankous iban a entrar, y que seguía tan firme como siempre. La misma duda y curiosidad fue pasando por las mentes de todos, inclusive en la de Nakku que ya no podía resistir, que debía escapar de allí e ir a ayudar a esos tres, antes de que Reed...

-¡Ha cambiado su rumbo!- gritó uno de los observadores, presa del espanto- ¡Se dirige al portal!

La nueva logró desmoronar a los devas, que se descubrieron en su idiotez: habían sido embaucados por completo, todos y cada uno de ellos. Nakku también dudó, pensándolo bien. Habían sido unos idiotas, en especial ella. Si el rey de Cel-Neckar estaba allí...

No, Grimold no quería entrar al Domo. ¿Qué le quedaba a ese monstruo en el Domo, qué podía tomar o desear de allí ya? Lo que Styxer quería era... llegar al otro mundo. Extender su corrupción a las planicies de Fariel, a los cielos de Kamui, a los inviernos de Cel-Neckar. Exterminar la vida que allí existía.

Tragó saliva, sintiendo miedo y vio un brazo agitarse. Era Shimari.

-Nakku, ¿puedes ayudarme?

Sin pensar asintió, y tomando ese brazo lo pasó por sobre su cuello, alzando a la reina y permitiéndole estar en pie. Shimari se llevó dos dedos a la boca, y emitió un profundo silbido que hizo callar a varios.

-¿Eres la sacerdotisa de Baal, verdad?- preguntó, viendo a la bóveda del salón y a Tearu, que seguía flotando sobre ellos. Hablaba con una familiaridad llena de descaro.

-Lo fui.

-Eso significa- continuó la reina con su habitual alegría- Que Baal no puede ayudar a su pueblo ahora, ¿es verdad?

Tearu Vattar no respondió por unos segundos, mirando a la humana a través de sus párpados. Cruzó las piernas tostadas por sobre el metal dorado de su garr, como si meditara, y lentamente terminó por asentir.

-¿Están solos?- volvió a inquirir Shimari, con deleite.

-¿A qué quieres llegar?- le susurró Nakku, incómoda. En las miradas desoladas de los devas se veía que las palabras de la humana no estaban cayendo muy bien. Aquel no era un pueblo que se acostumbrara a carecer de dios, y la joven parecía estar regocijándose en su dolor con aquellas preguntas.

-A que es hora de darles un poco de dirección- susurró Su Majestad más serena, e hizo una señal hacia Rashka- ¿General, podría dejar a sus hombres unos segundos y acompañarme?

-Tenemos que detener...- objetó la albina, pero calló al ver la peligrosa sonrisa de Shimari.

-Es demasiado tarde- dijo la reina- El portal no está muy lejos, no podrán frenar al Tártaros de cruzarlo. Cuanto mucho, pueden agradecer que Grimold haya decidido ser un problema de mi mundo. Pero entonces... Sígame, por favor.

La guerrera dirigió una última mirada desesperada a su sacerdotisa, pero desde su posición Tearu no le devolvió nada más que silencio. Rashka ahogó una maldición y terminó por ceder el control a uno de sus hombres, acercándose a Shimari.

-Vamos a uno de los puestos de vigía- dijo la reina.

Avanzaron las tres entonces, cuán rápido podían, la seeler sirviéndole de muleta para su pie herido. Atravesaron el salón, vistas por todos los que allí se sumían en la duda, el alivio y la desesperación, dejaron a la milicia atrás, y surcaron los pasillos del Domo guiados por el paso inestable de Rashka, que parecía debatirse también entre la culpa y la tranquilidad de saber que no iban a ser atacados... Aunque, pensaba Nakku, era la culpa lo que dominaba, y tal vez el recuerdo de Reaper y de que seguramente para ella el joven ya estaba muerto.

Subieron las escaleras con dificultad, doblaron por otra habitación y por fin emergieron al balcón, uno de los muchos que se disimulaban por la superficie del Domo. Estaban altas, muy altas, y la parte norte de la Ciudad Dorada se extendía ante sus ojos: la belleza aún no destruida de Oesile Nede, e irrumpiendo en ella esa cosa inmensa, negra, que caminaba perezosa como recortada de toda realidad. Los sonidos de la maquinaria les llegaban dispersos, apagados. Nakku examinó al Tártaros que se alejaba, su forma antigua e imposible, y también vio, casi pegado a él, a la enorme barrera dimensional que se utilizaba para volver al ancho mundo: apenas aire, en un arco inmenso, en el cual los colores de la aureola bailaban formando una plancha arcoíris. Por allí querría cruzar Grimold. Allí se dirigía.

Entendieron que detenerlo era inútil, pero Shimari sonrió.

-Qué hermosa vista...

Las otras dos la miraron, incrédulas. Luego la seeler volvió a ver, la inmensidad de la ciudad, su cielo celeste, nítido y brillante, lo colorido de sus casas y la riqueza que tenía. Hasta la tumba andante que la surcaba, después de todo, le restaba energía a esa visión pero no esplendor.

-¿Qué planeas?- preguntó en otro susurro, a la reina. Esta vez fue la kamuita quien no respondió, al principio, saliendo de su posición y apoyándose en el balcón.

Inspiró el aire, como si fuese una mañana cualquiera, y cuando volvió a abrir los ojos -verdes, decididos- para ver al enemigo que se alejaba Nakku pensó que Reed, en algún momento, había hecho una expresión similar.

-Voy a salvar a esos tres- contestó Shimari al fin- General, por favor. Use su Zeraker.

La duda hizo que la albina tartamudeara, pero al final cerró los labios y asintió. Sacó de su espalda esa espada delgadísima, aserrada y roja con la que había eliminado del mapa a gran parte de los seguidores de Bali, esa arma que liberaba un poder que era como el fuego de los infiernos. No era un neu práctico, era incómodo, su habilidad tardaba en cargarse y no distinguía entre aliados y rivales, pero aun así, contra un objetivo tan grande...

Alzó su mano, acorazada, y describió un arco con su espada.

-Zeraker.

Una onda de energía roja emergió, creciendo como una ola incandescente y volando hacia el Tártaros. Similar a un sueño, Nakku no vio cuándo conectó sino que simplemente comprobó los efectos: la destrucción, los pedazos de metal negro saliendo despedidos, parte del edificio de Grimold derrumbándose en escombros y desapareciendo por el portal. Los fragmentos y la chatarra que se liberaron ante el ataque flotaban en el aire, como absorbidos por la gravedad de la brecha dimensional. Nakku ahogó un grito, y miró a la reina.

-¡Los tres!- dijo, sujetándola de las ropas. Shimari chasqueó la lengua de dolor, habiendo pisado con su pierna dañada, pero le sostuvo la mirada.

-Con eso los he salvado.

-¿Cómo dice...?

Rashka guardó su arma, impactada por la destrucción que ella misma había creado.

-Eso no mató a Grimold.- dijo- Dudo que...

-Lo sé- dijo Shimari- Pero, si tenemos suerte, logró desestabilizar el edificio y demorar su paso hacia el otro lado. Sólo quiero evitar que ellos aparezcan al mismo tiempo.

Entonces lo entendió. La diferencia entre los viajes dimensionales, el efecto que hacía que entrar un segundo antes o después por el portal creara largos márgenes de tiempo al llegar. Aquel había sido su objetivo. Observó a la reina boquiabierta, sin poder emitir una palabra.

-General- volvió a hablar esta, observando lo último del Tártaros desaparecer por el portal: los colores absorbían su negrura, devoraban como succionando los pedazos que el ataque había arrancado y poco a poco la masa negra se desvanecía, devolviendo al panorama su tranquilidad- Quiero hablar con usted. Creo que es hora de proponer una alianza entre Kamui y la Ciudad Dorada.

Rashka no pudo percatarse, a diferencia de Nakku, de las verdaderas motivaciones de Shimari. La seeler recordó las palabras de Vannael, la guerra de la que había hablado. Por eso... Era por eso...

-Yo no soy la líder- contestó la albina.

-Ustedes no tienen líder- sonrió Shimari, sin problemas- Ni futuro, tal vez. Pero eso está bien. Podemos forjar algo juntos.

Y le dirigió una mirada, no a Rashka, sino a Nakku. Y la joven, que había matado, que había pasado hambre, entrenado, asesinado demonios e inocentes, que había sentido la desesperación y el amor tuvo una sensación nueva, viscosa, de algo frío descender por su espalda. Observó a la reina, y pensó con toda claridad: *manipula*.

Pensó también, golpeada por la revelación: *es como Reed, sólo que Reed es un idiota. Su aura me genera la misma impresión de vacío.*

Y la amargura se expandió en su interior. No sólo por la comparación, sino porque supo, sin lugar a duda, que estando ella dentro de los planes de Shimari iban a tener que pasar muchos, muchos días hasta que pudiese volver a ver a su padre.

3. Fuerte De Seguridad

Un dolor agudo en la cabeza fue su bienvenida de vuelta al mundo de los conscientes. Ese mismo dolor se fue expandiendo, metódicamente, por el resto de su cuerpo: lo sintió descender por el cuello, apretujarle el corazón, torcerle los brazos y las costillas hasta llegar hasta la punta de los dedos, y sólo allí se esfumó, como descargado por el suelo. Reed, magullado y con los ojos aún cerrados para evitar ver en qué nuevo pandemonio se hallaba, ahogó un quejido e intentó recordar.

Habían subido hacia la cima del Tártaros. Envalentonados por los últimos hechos no habían aminorado la marcha, trepando pendientes oscuras, destruyendo en equipo cualquiera de los ankous que se les interpusiera. En la locura de esa aventura, de ese ascenso empedernido hacia su enemigo final era que el muchacho había captado el reflejo dorado por una de las aberturas, y por fin habían frenado. Y lo que habían notado, incapaces de creerlo, era que el Tártaros ya había pasado al Domo del Sol hacía mucho y que Grimold continuaba su avance, sin pensar en atacarlo.

Reed recordaba sus voces como ecos. No habían comprendido, en el momento, pero tampoco habían perdido motivación. Tal vez incluso fue que corrieron con más prisa, sabiendo que Grimold estaba cerca, y terminaron por aparecer en el salón del trono negro.

Allí, en efecto, el señor de Necrostacia se hallaba sentado como una estatua, el Miclanteurión en su pecho danzando pálido sin casi todos los espíritus que lo componían. Su espada parecía roncar. Se miraron, precavidos, y por sobre todo Reed vio su escudo, Drassil, reposar a los pies de Grimold.

Era sencillo, y era importante. Debía tomar ese escudo, forzarlo a aceptar su poder y borrar de una vez a Styxer de la existencia. Pero al correr, presa de la excitación, la figura blanca que temían volvió a cortarles el paso, como un perro guardián listo para arruinar sus planes.

Esa vez, Vannael no había dicho una sola palabra. Simplemente conjuró un rayo, al tiempo que Reed estiraba la mano hacia su escudo.

-¡Drassil!

Para ambos fue demasiado tarde. Sintió la oleada de calor antes del evento: fue como una pared, rojiza e incandescente, que fulminó todo desde la izquierda, barriendo parte de la sala y alejándolo de su tesoro. Hasta el monarca pareció sorprenderse, esfumándose fuera de su paso, y todo se desmoronó. Reed no atinó a entender qué había

ocurrido, el suelo se levantó, y los tres se vieron arrojados en esa superficie diagonal, deslizándose hacia por donde habían entrado. Antes de que tocaran la pared metálica, sin embargo, algo colorido devoró a Grimold, que seguía sumido en su sincronización, al mismo rojo que los separaba, y luego se extendió llevándoselos.

Y ahora, arrojado sobre esa superficie dura y lisa y resistiéndose a ver, Reed creyó entender de qué se había tratado. Habían atravesado un portal. Vannael... Debía de haber convencido al monstruo de cruzar la barrera hacia su mundo, y todos habían quedado engañados pensando que irrumpiría en el Domo. Que aquel poder escarlata los hubiera separado y salvado de aparecer todos en el mismo sitio le parecía una curiosa casualidad, pero no lo tranquilizaba.

Linith. La niña había quedado en el Tártaros. Si tenía suerte...

No, debía enfrentar la realidad. Era posible que siguiera en el edificio negro, perdida en un mundo que jamás había visto junto a dos monstruos como lo eran Vannael y Grimold. Se forzó a abrir los ojos, y lo sorprendió el rostro de Arksinad inclinado con preocupación sobre él.

-¿Estás bien?

-¿De salud o moral?

Reconocía el lugar donde se hallaban. Una profunda calma lo invadió al ver el techo rojizo, las columnas, y por sobre todo al sentir el movimiento de enormes aros metálicos girar sobre su cabeza. Al incorporarse vio el portal, el mismo por el que había entrado a la Ciudad Dorada. Habían aparecido allí. Era como si Baal realmente los hubiera llevado al pasado, antes de que Sephid estuviera ahí, antes de que cruzaran.

Por sobre todo, le dolían los ojos de ver con tanta claridad. En tan poco tiempo se había acostumbrado tal vez demasiado a las penumbras del Tártaros... Y agradecía estar en cualquier lugar que no fuera ese. Por primera vez se percataba de cuánto le agradaba la luz, aunque fuese la torva luz del Cuarto Nivel de la Forja de Xshathra.

Se giró para ver a Reaper, que se estiraba intentando acostumbrar su cuerpo a los movimientos. Ya no se lo veía tan cojo como antes. Arksinad se rascó el cabello, viendo a ambos, e hizo la pregunta que estaba en la mente de todos.

-¿Qué ocurrió?

-¿Baal atacó al Tártaros?- aventuró Reed.

Ante la idea Reaper escupió, terminando sus ejercicios y mirando al mago.

-Esa fue Rashka.

"¿Rashka podía hacer eso?" se estremeció, recordando cuán abiertamente la había desafiado. Pero ese miedo ridículo no tardó en desvanecerse. La Ciudad Dorada de repente se había convertido en un lugar muy lejano, a una puerta y a un universo de distancia. Las arenas, las casas de Diakaza, el bello centro y el impasible Domo del Sol, los desiertos y las dunas que habían transitado con Nakku y el sitio donde Albion guardó su legado... Había quedado atrás, muy atrás, en tan sólo unos míseros segundos.

-Cruzamos un portal- murmuró- Pero estamos de vuelta aquí.

-La pregunta es, ¿dónde está el Tártaros?

-Y Linith- sonrió Arksinad. Pero a Reed no le pareció que aquello tuviera ninguna gracia.

Se oyó un estruendo, en la lejanía, pero comparado con el terrible espacio en donde habían sobrevivido antes a Reed le pareció patético. Los tres miraron el techo no muy impresionados.

-¿La Forja se halla bajo ataque?

-¿Alguna vez la Forja *no* se halla bajo ataque?- comentó Reaper, y ambos rieron. Pero después el guerrero los miró, y amagó una sonrisa más suya, más malvada- Creo que tengo un buen plan.

-¿Es como el anterior?

-Vete al diablo, boca-cortada.

-¿Sabes?- sonrió el mago, tomando uno de sus cabellos y examinándolo a la nueva luz- Me gusta el apodo, pero ya no pega mucho conmigo.

Y al decir eso, como sacado de su desconcentración, Reed lo examinó y pensó que tenía razón, pues ya no había una costura en el dorso de su boca sino que simplemente unas marcas triangulares, oscuras ocupaban la zona antes herida. No era eso solamente lo que había cambiado, de cualquier modo. Todo Arksinad se veía distinto: más joven, más tierno, sin parecer un niño en lo absoluto pero apenas alcanzando el umbral de la edad de Reed y con aquellas nuevas ropas blancas dándole cierto aspecto sacro, angelical. Baal... Tearu realmente había retrocedido su cuerpo en el tiempo.

-Te llamaré como me venga en gana- suspiró Reaper- Bien, oigan mi plan. Escucharon a Vannael, allí cuando lo encontramos, ¿verdad? Ya saben, héroes, planes, soy un cretino, todo lo de siempre... Pero mencionó algo curioso.

-Guerra- afirmó Reed. A él también la palabra le había quedado rondando en la cabeza, pero no se atrevía a creer que fuera verdad.

-¿Creen que...?- Arksinad pifió- Mi maestro estaba mintiendo. Su primer área de excelencia en la magia debió haber sido el cómo hacer enfadar a otras personas.

-Sin embargo, esa mentira puede tener mucho de verdad- Reaper prosiguió, sin darle importancia- Sabemos que Vannael quiere traer a ese tal Idgray de vuelta a la vida, y sabemos que Idgray está bajo Fariel. Sabemos también que hay una enemistad entre Fariel y Kamui, y sólo eso me hace dudar por lo que pueda pasar. Temo que pronto seré llamado a engrosar las filas de la armada.

-¿Y entonces?

-Pues, que estamos en el lugar justo- los ojos de Reaper Assadan brillaron, divertidos- ¿Aquí no se guardan algunas de las mejores armas del mundo? Y más aun, este sitio perdió el grueso de sus ejércitos junto con Bali, sin contar a los que mi padre hizo trizas. Creo que es hora de realizar una tercera y última excursión por la Forja de Xshathra... Esta vez más abajo.

Arksinad y Reed se miraron, y en ambos hubo la misma excitación infantil.

-¿Te refieres a tomar armas del Quinto Nivel?- preguntó el muchacho.

-¿Te refieres a ser unos despreciables ladrones sin honor?- dijo casi al mismo tiempo el mago.

-Sí, sí, y vete al diablo por segunda vez, boca-cortada.

-Este es el hogar de Nakku- objetó Reed, aunque sabía que su maestra había rechazado ya su historia en ese sitio al volver a su nombre de seeler.

-¡Mayor razón!

-Después de que despertaste a un horror mítico y casi condenas a toda una especie a la extinción, creo que te has vuelto infalible- rio Arksinad animado y asintió- Me gusta la idea. Quinto nivel, aquí vamos.

-Que sean tres.

Y Reed también rio, siguiendo a sus amigos mientras abandonaban con cautela la sala del portal. Entendía muy bien por qué estaban tan animados. Era la desesperación, la oscuridad insondable del templo de muerte de Styxer que habían

abandonado, las sombras que habían dejado ya fuera de su piel y, aunque seguían teniendo preocupaciones –muchas, en especial para él que sentía aún la desgarradora ausencia de su escudo- era también que estaban por fin de vuelta en su mundo, que podían decir que iban a morir en su hogar. No se había percatado antes, de lo perdido que se había sentido todo ese tiempo en esa otra dimensión, siendo un extraño en una tierra extraña. Tal vez había algo de eso en la valentía que había sentido en esa misión suicida, cuando corría por la oscuridad hasta la cámara del trono: habían pensado que morirían, pero no les importaba, y ahora que por un milagro ya estaban de vuelta, vivos y bañados por luz, le llenaba de alegría como si hubiese vuelto a nacer en el mundo el entender que podían seguir hablando, caminando, que la posibilidad de compartir noches entre juegos de fuji y cerveza no era un sueño remoto.

Luego se rio, pero de sí mismo. Había pensado que moriría. Había renegado de su propia condición de héroe, sin darse cuenta, sin notar su cambio. Las tres personas que habían pasado por esa puerta no eran en absoluto las mismas que la dimensión había devuelto.

No importaba. Siguió a Reaper a través del estrecho pasillo sin preocuparse, acariciándose la mejilla y la hendidura que allí había, el estigma que le había regalado su maestra. La Forja de Xshathra estaba desarmada, apenas debía de tener los hombres suficientes como para resistir incursiones desde afuera, y no les temblaba el pulso de aprovechar aquello para su favor. Robar o no robar, que fuese bueno o malo... Para Reed, muy poco relevante era todo aquello en ese momento. Estaba vivo.

Ah, sí, aún estaba vivo.

Cruzar por el salón de los sacrificios fue como caminar por los restos abandonados de su pasado. Las baldosas de roca, flotando sobre la lava, las tribunas destruidas ya limpias de la sangre que las había bañado... No necesitaban ver esa sangre, para recordar a Osald, a Exnar Gladiar siendo partido en dos, a Nakku blandiendo una Necrostacia inútil contra sus pechos. Cerraron los ojos unos segundos, sin parar de caminar, haciendo una reverencia a esa nostalgia.

-La entrada al Quinto Nivel debe de estar escondida por algún lugar de aquí. Tal vez tengamos que forzar un par de puertas- acotó Reaper, rompiendo el silencio.

-¿Caminamos y luchamos, entonces?

-¿No es lo que hacemos siempre?

-Tal vez no sea tan sencillo- volvió a hablar el joven- Por lo que sé, el Quinto Nivel se haya por debajo del nivel del mar... Rodeado de las maquinarias que mantienen este basural a flote. Siendo tan pequeño, imagino que el cómo ingresar es un misterio difícil de resolver.

-Podría usar magia dimensional...- añadió el mago, pero apretó luego fuertemente los labios en señal de duda. Con el demonio fuera de su cuerpo, atreverse a hacer uso de un hechizo que no dominaba probaría ser más que difícil. Reed y Reaper no lo alentaron, prefiriendo dejar las decisiones para después. Se vieron envueltos en los corredores rojos, opacos, los mismos por los que habían sido llevados cuando los capturaron. Esta vez no había allí una sola alma. ¿Por qué le robaban a la Forja? pensaba Reed, y se preguntaba si tenía que ver con la guerra civil que habían vivido, con Bali sacrificando devas inocentes o la codicia de ese culto. No lo sabía. Tensaba los dedos sobre el inexistente mango de su espada, al caminar, pero no se sentía nervioso o incómodo, ni sentía el juicio de a quienes había matado o de su difunto maestro sobre él, ni nada que le molestara. Era simplemente algo que hacía.

Pronto una percepción inundó sus sentidos, como si hubiera utilizado su visión seeler. No lo mencionó, pero miró a sus amigos de reojo y estos asintieron. Alguien los estaba observando, siguiéndolos con cuidado.

Tal vez se estaban confiando demasiado, pero no se prepararon para luchar. Continuaron como si nada, y emergieron a un espacio más abierto que daba a otras habitaciones, sin duda áreas de investigación para los brujos, para la magia de sangre que practicaban. Arksinad miró con velado interés los instrumentos que allí había. Luego pasaron hacia otra puerta, y vieron allí a una treintena de personas armadas hasta los dientes, con lanzas, corazas kiels y hasta garrs devas, guardando la siguiente entrada como temiendo ser atacados, todos dándoles la espalda.

Se quedaron perplejos. Los habitantes de la Forja también; al percatarse de que intrusos los habían sorprendido por detrás, se miraron y un par de ellos los apuntaron con sus lanzas.

-¡Alto!- tronó la voz de un hombre, tal vez un kiel por su tamaño.

El trío se miró, sin saber qué decir. De todas las cosas...

-¿Quiénes son?- dijo el soldado- ¿Qué hacen aquí?

Su mirada y la de sus compañeros era amenazante, pero notaron que gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y que cada tanto echaban vistazos a la puerta, más preocupados por lo que hubiese allí. Era todo sin duda muy extraño, tanto que Reed se temió que de repente se abriera y un troll entrara blandiendo un cadáver.

-Mi nombre es Reaper Assadan, de Eclant, Kamui- se presentó su amigo crujiéndose el cuello- Estoy aquí de paseo.

-Incidentalmente, ¿podrían indicarnos cómo ingresar a sus bóvedas de seguridad?- añadió Arksinad asomando tras él.

En ambos había una sonrisa peligrosa, que Reed reconoció a la perfección. Era la confianza inamovible de que podían vencer, aun contra decenas de enemigos. Los atónitos soldados se miraron, listos para detener a los inoportunos invasores, pero entonces una mano se levantó, y una voz sonó por sobre todas con gran claridad.

-Justo a tiempo- dijo, y agitó su brazo como saludando desde el aire, ordenando a sus hombres que no atacaran, que volviesen a su posición de defensa- Justo, justo a tiempo.

Los ojos de Reed descendieron, entonces, de ver a todos aquellos fornidos combatientes y se enfocaron en alguien a quien habían pasado por alto, recostado entre un montón de almohadones y con expresión de aburrimiento: un hombre regordete, pálido, vestido con la sotana de la Forja. Sus ojos brillaban, levemente rojizos. Hizo un hipo, al beber de una copa –y parecía que había bebido bastante, por sus movimientos- y logró erguirse con dificultad, insistiendo a sus hombres en que no le molestaran. La sonrisa de Reaper fue gradualmente desapareciendo mientras el individuo se les acercaba.

-El Quinto Nivel, sí- le dijo, palmeándole el hombro con una mano pesada- Yo les diré dónde es, cuando quieran.

-No estoy de humor para bromas.- lo midió el guerrero.

-Y yo tampoco- dijo el hombre y bebió otro trago de vino, derramando el resto al suelo- Pueden ingresar, y llevarse lo que deseen. Este lugar está hecho trizas, pero aún guardamos cosas interesantes... Vienen de la Ciudad, ¿no? Sabía que vendrían. Sabía que Bali...

-Señor Hunicken- se adelantó el mismo soldado de antes, pero el cultista lo frenó con la mano.

-A tu lugar. ¿En dónde estaba?- pasó su mano por el fofu rostro, y Reed, Reaper y Arksinad se miraron incrédulos, todavía más por el resto de los soldados que ni les dirigían la atención, tan concentrados en la puerta- Ah, sí. Mi nombre es Hunicken Attide. Soy el nuevo líder de la Forja, encantado de conocerlos.

-Es un placer- sonrió Arksinad. Reed lo miró, incapaz de hablar.

-¡Ah, un mago!- gozó Attide- Justo lo que necesitábamos. Verán, les indicaré cómo llegar al Quinto Nivel. Por supuesto, superar su sistema de seguridad estará a su cargo. No me atrevo a acercarme mucho. Un ladrón se ha instalado allí y... Bueno, de más es decir que, si lo sacan, la Forja les estará agradecida. Un ladrón que mata a otro ladrón tiene mil años de perdón, ¿no es así?

No, no era así, pensó Reed, pero sólo pudo expresar un bufido incrédulo al que su amigo mago hizo coro con una risotada. Todo el resto de la Forja parecía incómodo con aquella actuación. Reaper tosió, sacado de improvisto de su desafío inicial y terminó por asentir.

-Nos abres la puerta.

-En efecto- asintió Hunicken, y tanteó el aire en busca de una copa que no estaba- Es toda suya, muchachos.

-Al Quinto Nivel.

-Y hasta a mi baño personal, si te es necesario.

-Si esto es una trampa...- levantó su espada oxidada el joven.

-Nimiedades- observó el cultista soltando otro hipido.

-¡Señor!- quiso entrometerse su subordinado, pero calló ante una mirada furibunda.

-¡Caballeros!- añadió el borracho- Si me permiten... Veremos si un clavo saca a otro clavo. Ustedes, jóvenes ladrones, si pudieran seguirme...

Desconcertados de lo que ocurría aceptaron, y siguieron el paso tambaleante del hombre por una entrada más angosta al costado de la sala, aun prevenidos de una emboscada tras la actitud relajada de aquel personaje. Aún se sentían observados, tal vez, pero lo extravagante de que el nuevo mandatario de la Forja se mostrara tan presto a dejarles ingresar a sus bóvedas y la vergüenza que tenían todos esos soldados –más enfocados en la inexplicable amenaza de la puerta- hacía que no pudieran concentrarse demasiado, atentos sólo al sonido de sus botas contra las baldosas y a la oscuridad del pasillo por el que los guiaban. Se oía cada tanto un estruendo, como si el oleaje por el que aquella isla móvil transitaba pudiese ser percibido.

Hunicken Attide iba moviéndose de lado a lado, dejando el rastro de una sotana que parecía a punto de estallar. Sin embargo, y aún en esa situación, no se lo veía en lo más mínimo nervioso por estar junto a tres enemigos. Cuanto mucho, a Reed le parecía un hombre resignado. Su aliento, las manchas de vino o jugo de Zamora en sus dedos, hasta su forma de hablar le daban la impresión de que era alguien al cual nada importaba, pues se había rendido en todo. Sintió algo de pena, por el lugar que había sido hogar de tantos y que ellos mismos habían contribuido a arruinar. Se preguntó si Daivok había conocido a ese hombre.

-Los recuerdo- tarareó el borracho, doblando por un camino tan exactamente igual al anterior que comenzaron a preocuparse- Yo estaba... Bueno, huí antes de que lo peor empezara, pero vi cuando los capturaron. Exnar era todo un zorro de hombre... Aunque claro, la inteligencia no sirve mucho contra un espadazo bien colocado. Ah, pobre Exnar. Hemos visto mejores días.

Ninguno de los tres respondió, en el silencio atolondrado en el que eran conducidos. La iluminación rojiza, ofensiva que imperaba les escocía, y no se podían ubicar pues cada sitio al que Attide los llevaba parecía igual al anterior, como si sólo giraran en círculos. Tal vez esa era la primera seguridad del Quinto Nivel, pensó Reed, el hecho de que su ubicación no fuera sino una entrada irrelevante, perdida en la inmensidad de la Forja.

-Al menos me cedió su colección de Zamora- hipeó el cultista de nuevo riendo- Exnar tenía un muy buen gusto para los vinos... A Bali, bueno, a Bali le gustaban muchas cosas. ¡Es todo tan, tan triste!

Y frenó, tapándose las mejillas gordas con las manos en un sollozo seco. Reaper y Arksinad se miraron, y el último hizo un gesto llevándose el pulgar a la boca.

-Señor...- se aproximó Reed, avergonzado.

-Aquí es- les dijo Hunicken, levantando el rostro- Lo siento.

Señaló una puerta, increíblemente angosta. Era todavía menos impresionantede lo que Reed había imaginado.

-¿Eso conduce al Quinto Nivel?

-Así es- asintió el hombre- Está abierta, no se preocupen.

-¿Espera que creamos que no es una trampa?- Reaper tensó los dedos.

-Es una trampa- les dijo Hunicken- No hay puertas selladas en el Quinto Nivel, pues a los magos no parecen importarles mucho. Pero sus seguridades... Bueno, digamos que no espero que alcancen los tesoros. Pero si lo hacen, recuerden libramos del ladrón que allí entró. Sería una buena muestra de agradecimiento por guiarlos.

"*Qué sincero*", pensó Reed. En ese instante la tranquilidad voraz de esa simple puerta le pareció infinitamente más aterradora que muchas otras cosas que hubiese visto. Los tres se estudiaron entre las penumbras, indecisos, y la Forja tuvo otra leve sacudida. Escombros cayeron, haciendo un ruido sordo en el suelo. Por los sonidos, parecía que los cuatro estuvieran solos en el lugar por completo.

-Tal vez si te llevamos con nosotros...-sonrió Arksinad, apoyando una mano poco amistosa en el cultista.

Hunicken asintió, vagamente, y levantó una mano amplia pidiéndoles una pausa. Revisó entre sus ropas por un buen tiempo, hasta sacar una petaca bien cargada y le dio un largo trago. Luego se secó la boca con el dorso de su túnica, y aplaudió.

-*Sacrifar*.

Y la magia dimensional se activó, envolviéndolo en un espectro de colores variados. Llegaron a alejarse justo a tiempo cuando esa amalgama arcoíris se contrajo, haciéndolo desaparecer y dejándolos a sus cuentas frente a aquella abertura.

Reaper amagó un insulto, y Arksinad chasqueó la lengua impresionado. No habían imaginado que pudiera ser un mago de tal lucidez.

-¿Y ahora?- dijo Reed, restándole importancia a aquel hombre. Vio la puerta azul, inofensiva frente a la que se hallaban y le pareció que Attide no les había mentido: daba al Quinto Nivel, sí, y por eso mismo era una trampa.- Yo no sé cómo volver a donde estaban los soldados.

-Podría intentar abrir paso a través de las paredes al estilo Osald Assadan, pero temo que consumiría mucho maná.

La propuesta del celestiano fue dimitida con un movimiento de Reaper.

-Estamos aquí. Entremos, pues, y veamos qué cosas oculta la Forja en sus bóvedas.

Una corriente de aire helado fue su primer bienvenida al largo pasillo que se adentraba descendiendo tras la puerta azul; un pasillo que, al menos visualmente, parecía exento de peligros. Antes de que pudiesen dar un sólo paso, sin embargo, algo se descolgó del techo y cayó ante los tres justo donde antes había estado Hunicken Attide.

El extraño ser se retorció primero, por el golpe, y los obligó a retroceder en guardia. Luego, gateando como un animal, levantó la calva cabeza.

Existía una sensación a la que prefería ser renuente, en el caso de Reed, y esta era la de volver a visitar algo de lo cual no tenía memoria, descubrir qué cosas eran tragadas por el olvido en su mente. Algo así era lo que le sucedió al ver al lamentable ahora que se postraba ante ellos: encogido, famélico, lleno de heridas y temblando como la superficie de un tambor, logró despertar en él una tristeza vacía, la de un mal recuerdo. Y cuando habló, ese recuerdo mismo estalló en su subconsciente trayendo un nombre a su mente.

-Amo... no...

-Es...- abrió los ojos de par en par Arksinad.

-Nos ha estado siguiendo- Reaper sacó su espada, apuntándole, y la criatura se tapó los ojos con miedo hasta que Reed se interpuso entre ambos.

-¡Espera! ¿No lo reconoces?

El guerrero dudó, y poco a poco se dibujo en él la sorpresa.

-¿Es...?- musitó, pero Reed ya no lo escuchaba. Se había dado vuelta, arrodillado frente al esclavo y lo miraba con toda la congoja que podía tener.

-¿Eres Wuraka, verdad?

La cabeza de sapo se movió de arriba abajo. Reed no se atrevió a acercarse más o tocarlo. Recordaba bien cómo lo había asustado la primera vez.

-Es el esclavo de Exnar- confirmó Arksinad observándolo detalladamente, todas las marcas de laceraciones y torturas que tenía. Para Reed, cuya mente había decidido borrar todo rastro de aquella lastimera presencia era sólo el temblequeo aterrorizado, el hedor a miedo que despedía ese pobre hombre lo que necesitaba para conocer su identidad.

-¿Qué haces aquí, Wuraka?

Intentó establecer contacto visual sin intimidarlo. Sabía que su mirada podía resultar helada para quienes no lo conocían.

-El amo... El amo dijo que los cuidara... No, por favor, no.

Se miraron entre ellos, y él trató de calmarlo mostrando sus palmas vacías.

-No te haremos daño.

-¿El amo?- inquirió Reaper, guardando por fin su arma- ¿Exnar Gladiar?

-No, no, no el amo. El amo.- se relamió Wuraka- El amo pálido. El amo más viejo. El joven, sí, ese amo.

-Sephid- resolvió Reed el acertijo y el pobre diablo asintió con una sonrisa desdentada, irguiéndose un tanto más.- ¿Sephid te pidió que nos cuidaras?

-¡Sí, sí, el amo Sephid!

Pensaron en el joven discípulo de Albion, y Reed se sintió agradecido. Aunque a decir verdad, se preguntaba qué protección les podía brindar Wuraka en cualquier caso.

-No serán atacados, no- respondió sus dudas al instante el esclavo- Los llevo, yo los llevo. Y les digo, sí.

-¿Puedes guiarnos por allí?- preguntó Reaper sin humor, señalando al pasillo que habían develado.

Si pensó que iba a tener miedo, se equivocó. Wuraka rio, dio dos saltos estrafalarios como si fuera una rana y aplaudió con fuerza tres veces.

-¡Abajo, abajo, tesoros!- rio- No podrán agarrarlos, no, no como yo.

-Esto es bueno- se dijo Arksinad. Reed pensó que tenía razón, que haber encontrado un guía tan de improvisto era más que bueno, era perfecto. El andrajoso Wuraka saltó, como un esperpento y sin decirles nada encabezó la marcha, adentrándose por el pasillo. Los tres lo siguieron, resueltos a no dejarse amedrentar.

En cuanto cruzó el umbral, sin embargo, estuvo en otro sitio por completo. No un pasillo, ni otro, sino una habitación perfectamente cuadrada, sin puertas o ventanas, sin una sola rendija, tan blanca que le cegaba y si no fuera por los otros cuerpos que habían ingresado con él, le hubiera confundido dónde estaba el cielo y la tierra, cuál era la derecha y cuál su izquierda.

El cambio repentino los sobresaltó, pero a Wuraka no pareció importarle. Aplaudió tres veces y los miró.

-Cinco niveles, en el Quinto Nivel.

Reaper hizo un sonido con la garganta, evidenciando no haber entendido, pero esta vez Reed estaba atento y asintió. Cinco niveles. Lo comprendía.

-El Cuarto de la Locura. El Baldío de la Putrefacción. Las Tumbas de la Desesperación. La Cuna de la Vida. El Tesoro.- recitó Wuraka de nuevo, con sorprendente dicción. Por unos segundos, pudieron ver el hombre que pudo haber sido de no haber recibido semejante trato por parte de los Gladiar.

-Algunos no suenan tan mal- silbó el mago.

-Locura- dijo Wuraka, saltando más veces sobre la habitación blanca, para explicarles.- Sí, sí, aquí.

Miraron a su alrededor, la pureza que los contenía. Sí, sin salidas o entradas, sin una mínima abertura o pista, sin duda ese cuarto hubiera podido enloquecer a cualquier ladrón despistado que cayese en él.

-¿Y cómo salimos?- le preguntó Reed, sintiéndose un tanto inútil. Tal vez hubiera sido más emocionante que ellos resolvieran el acertijo.

-No salen. Aquí, vengan aquí.

Arksinad torció los labios, y caminó hacia Wuraka.

-¿Aquí?

-No, no aquí. Al cuarto. Vengan al cuarto.

Ninguno comprendió.

-¡Aquí!- les gritó el ahura. Reaper tosió e hizo un gesto, simulando un degüello. Pronto temieron haber confiado en el esclavo a ciegas sin estar preparados.

-Creo que...- dijo Reed, dispuesto a sentarse y meditar. Pero Arksinad pareció resolverlo entonces, abriendo la boca en una “o” perfecta y juntando las manos.

-¡Sacrifar!- dijo, invocando esa Psyche Poneron. Tal como lo había hecho Hunicken Attide, los colores los envolvieron y Reed se sintió dominado por el poder dimensional, viajando una infinidad de mundos para aparecer...

Exactamente en el mismo punto. Pero esta vez, al menos, ya ningún cuarto blanco los contenía sino que estaban en un sitio que les asfixiaba, repleto de basura, envases de alimento, hongos y desperdicios. Sobre dos espadas que se deshacían en herrumbre Wuraka dio unos saltos sobreexcitados, aplaudiendo y señalando a Arksinad.

-¡Sí, sí! ¡Así, así! ¡Amo, sí!

Aquello había sido sencillo, para ser la primera prueba. Intentaron adivinar, movidos por su fácil victoria, qué peligros les aguardaban entre el hedor que los rodeaba

allí en el Baldío de la Putrefacción. Se oían ruidos, más allá, y podía adivinar siluetas inclinadas husmeando los contenedores vacíos. Tal vez era ese y no el mar el lugar donde iban a parar todos los restos de la Forja.

-¿Y ahora?- preguntó Reed al esclavo.

-Ya no, ya no.- dijo este- Peligro. Irme, sí, amo, por favor.

-¿Ya quieres huir?- frunció las cejas Reaper.

-Déjalo- lo defendió el muchacho, que sin quererlo se sentía de algún modo responsable por su guía- Ya nos ha ayudado lo suficiente.

Su amigo suspiró, poniendo los ojos en blanco, y Wuraka retrocedió poco a poco contra una pared acobardado. Parecía saber por dónde escabullirse.

Reed volvió a arrodillarse ante él, como si se acercara a un animal herido.

-Gracias, Wuraka. De verdad.

No hubo palabras, sino temblequeos, muñecas doblándose, el castañeteo de una boca desdentada y el rasgar tras las orejas, pero Reed pensó que tal vez aquello podía constituir un “*de nada*” en el idioma inestable de ese ser. Quizás, después de todo, nunca más volvieron a ver a esa criatura de hombre.

-¿Alguna pista de qué nos espera allá atrás?- insistió Reaper, más preocupado en su objetivo.

-Se los comerán- respondió el esclavo. Y su forma de decirlo fue tan clara, tan inteligentes las palabras que los obligó a temer por unos instantes el haber sido engañados, que Wuraka fuera una mente maestra que no esperaban, con la misión de perderlos en el infierno de las profundidades de su hogar... Hasta que les dirigió otra estúpida sonrisa. Luego su cuerpo raquíptico desapareció por una hendidura en la pared, dejándolos desconcertados.

-El buen Wuraka- sonrió Arksinad con soltura- Cómo olvidarlo.

Quedaban tres salas aún por atravesar, hasta llegar a la que guardaba los tesoros más preciados de la Forja. Se voltearon, entonces, viendo el mar de basura que les abría paso y las formas tumultuosas sobre él. La advertencia del ahora resonó en todos ellos.

Reaper dio el primer paso, y pisó un suelo viscoso, un entremezclado hediondo de pasto, agua estancada, ciénaga y basura artificial, sacos de arroz casi diluidos, comida descomponiéndose y quien sabía qué otras inmundicias. Se tuvieron que tapar la boca para resistir el impulso de vomitar. Lo peor, sobre todo, era que había vida allí, incluso más vida que la que le prometían esas misteriosas figuras que daban vueltas adelante. Hongos gigantescos gigantescos, moscas zumbándoles los oídos, líquenes que dominaban por completo las paredes de esa fosa. Un ecosistema único, que hubiesen preferido nunca tocar y que les repelía, pero cruzarlo era el único modo de proseguir.

Al cabo de unos instantes entender qué eran las figuras se hizo mucho más claro. Reed pudo divisarlas a la perfección: eran robustas, similares a un búfalo, de grandes cuernos y melenas pero también muchos ojos, seis o más hendiduras en cabezas que estaban inclinadas hacia adelante con pesar, mascando los restos que flotaban con la paciencia de una oveja.

Debían de ser una decena. Viéndolos así, no parecían muy peligrosos. De tal mansedad le hicieron recordar al Behemoth que habían encontrado en Belekraz, inclusive más tímidos y tristes que este.

-¡Alto!- gritó Arksinad, sujetándolos de las ropas y arrancándolo de su ilusión.

Hubo un ruido de succión al frenar, y Reed sintió su bota estar estancada en algo que no quiso saber. El agua de ese pantano les daba ya por las rodillas.

-No se muevan- les advirtió el mago- Sé lo que son esas cosas. Podríamos morir. Que haya tantos...

-¿Son?- preguntaron él y Reaper al unísono.

-Catoblepas- contestó el rubio. Y en la palabra hubo mucha gravedad, que no coincidía con la apacible imagen que a Reed daban esos seres, solo enfocados en comer pasto.

Hasta que notó, curioso, que como quien no quiere la cosa todos los Catoblepas seguían comiendo... Sólo que mucho más cerca de ellos. Habían acertado las distancias considerablemente en esos pocos segundos de habla.

-¿No son herbívoros?- inquirió Reaper tomando su espada.

-Mastican hierbas para abrir el apetito. Son más carnívoros que tú.

La mano tostada del de Kamui se aflojó, al apretar Arksinad su muñeca con suavidad para que soltara el arma. Todos los movimientos del mago eran muy pausados, como si supiera a la perfección cómo obrar. Reed miró desde la distancia a los monstruos, que de a poco se movían hacia ellos y, de pronto, el rojo tras esas rendijas no le pareció tan inofensivo, no le pareció el mismo color dócil del de los cerdos en Vant.

-No los mires- el mago volvió a taparlo con su cuerpo, dándoles la espalda intentando parecer que no le prestaba atención a su acercamiento- Escuchen, tuve con mi maestro que pasar por un par de estos antes. No saques tu espada, Reaper. No tiene caso. Diez Catoblepas es un número insano. Nos doblegarían fácilmente.

-¿Y entonces?

-Si los miran a los ojos, atacarán. Si caemos al suelo, atacarán. Si los atacamos, atacarán. Pero mientras no hagamos ninguna de esas tres cosas, estaremos bien. Son brutales al matar, pero pacíficos mientras no se sientan amenazados. No les demos más razones de estar alerta.

Asintieron, agradeciendo tener al joven Geral de su lado. Pero en cuanto pusieron en marcha su idea vieron que no era tan fácil como lo imaginaban. Moverse por entre la ciénaga, cabizbajos, evitando tropezar y caer era una tarea complicada. Terminaron por sujetarse de los brazos, formando una barrera humana, un animal único que era más grande que los seres que pululaban a su alrededor en búsqueda de una abertura para destrozarlos.

Y, apretando los párpados, avanzaron. Cada vez que uno de los tres caía o hacía el amague de tropezar, los otros dos tiraban de él y lo recuperaban antes de que los Catoblepas pudiesen ir hacia ellos. Sintieron el flujo viscoso pasar por sus piernas, entrar a sus botas y manchar sus ropas como una baba burbujeante, y se movieron, sin dar una sola pausa, entendiendo que el peligro los acechaba y soportando el hedor espantoso que les inundaba los sentidos. El miedo los ayudaba contra las náuseas.

Duró tal vez un minuto, o diez, o quizás sólo segundos hechos eternos por lo vital de la empresa. Extrañando su visión seeler, Reed se dejó estabilizar por los brazos de sus amigos y por el trabajo en equipo, sintiendo los pesados pesados que los iban cercando, pisando un suelo que se deshacía de descomposición y soportando el asco cuanto podía.

Luego tocaron una pared, y unas escaleras, y las subieron aún a ciegas. Al atravesar la destartada puerta que les hizo de salida, por fin él cayó de rodillas y dio arcadas, pero no hubo nada que saliera de su estómago. Tenía también mucha, mucha hambre.

De su boca salió un suspiro pesimista. Apenas habían entrado en la tercera cámara, *Las Tumbas De La Desesperación*, y ya podían ver que lo que los esperaba no era bueno. Frente a ellos se plantaba un amplio muro, formado por cubos de roca bien sólidos, y la única forma aparente de atravesarlo era arrastrándose por debajo: un espacio chato, que les prometía tener que ensuciarse en un cuerpo a tierra a través de un largo túnel. Arksinad se inclinó para observarlo, atento, pero no pareció ver nada más que neblina y luz del otro lado.

-Si lo peor ocurre, nos transporto a mi arca y adiós problemas- afirmó.

Y Reed se preguntó si aquello realmente los salvaría. Si el peligro de la tercera cámara consistía en que ese techo los aplastara mientras se esforzaban por pasarlo, ¿sería lo suficientemente rápido el mago como para sacarlos de allí? Tragó saliva, por reflejo. Al menos, pensaba, Wuraka debía haberles dicho de qué trataba esa neblina misteriosa, pero el esclavo se había esfumado tan de repente como había aparecido.

Ajeno a todas esas preocupaciones Reaper se adelantó a ambos, con su espada oxidada en mano. Metió la cabeza, primero, y al cabo de unos segundos ya todo su cuerpo se contorsionaba como un malabarista, perdiéndose por la abertura. Arksinad y Reed lo miraron, atentos a sus movimientos y con mucha menos seguridad lo fueron imitando.

En tal posición, todo lo que podían hacer era arrastrarse como gusanos, en dirección a la franja de luz que les prometía algo de libertad. Reed se enfocó principalmente en esa línea brillante, sin dignarse a ver a sus costados, soportando la incomodidad para incrementar su velocidad, temiendo sentir el techo descender sobre su cuerpo.

Poco a poco su miedo fue reemplazado por cansancio. Con el espacio mínimo que lo cercaba, era más bien un movimiento ridículo de tórax lo que debían hacer para adelantarse, y los músculos se le resentían. Era una tarea agotadora. No faltaba el aire, al menos, ni se hallaban en la oscuridad, pero existía en esa prueba algo que le hacía sentir incómodo, una voz interior que le gritaba que huyera de allí en cada segundo. Notó que uno de los cúmulos de neblina estaba cada vez más cerca.

-Mejor esquivemos esas cosas. No quisiera enterarme de que aspiramos gas venenoso.

Estuvieron todos de acuerdo. Más de un par de veces desde entonces Reed se raspó la cabeza contra el techo del túnel, que se veía cada vez más estrecho. Sintió que granos de arena se deslizaban a su alrededor, cosquilleando, pero decidió no prestarles atención alguna. Tal vez, si suponía que el túnel iba a desmoronarse era que su miedo se cumpliría.

-Esperen. Por favor.- oyó la voz jadeante de Arksinad.

Se detuvieron, girándose. El mago se mordió los labios y reposó su cabeza sobre los brazos para tomar fuerzas, el sonido de su respiración bien audible.

O, más bien, les pareció que había cierto silbido en esa respiración, como si un pulmón se le hubiese perforado. Hubo un instante de pánico, en el que creyeron haber sido envenenados. Luego los silbidos aumentaron, se multiplicaron, y comprendieron que no venían del mago. Se acercaban desde atrás.

Se voltearon a tiempo para ver la masa de patas marrones, peludas que emergían desde los rastros aislados de niebla que habían pasado. Eran cientos, tal vez miles de chillidos, de criaturas que saltaban atolondradas, dándoles caza en ese ínfimo espacio. Con un solo vistazo, olvidaron toda debilidad. No se permitieron gritar o maldecir, tan sólo emplearon sus fuerzas en dirigir los músculos de brazos y piernas, en ignorar el dolor de sus codos raspados, en mantener la distancia que los separaba de aquella masa uniforme.

No comprendió qué eran hasta que una de ella se adelantó, y Reed sintió algo frío treparle por la pantorrilla, subiendo hasta llegar a su espalda. De la impresión arqueó su torso, estrellándola contra el techo y la araña cayó con un chillido. Debía de tener el tamaño de un perro pequeño.

Los otros también parecían saberlo, pero ninguno habló, sus latidos retumbando mientras más se apuraban y más los chillidos se les acercaban para devorarlos. Desesperación. Eso era realmente la desesperación. Sintió la adrenalina, el retumbe del miedo dominarlo por completo, y se vio contorneándose a toda velocidad, ciego por la necesidad de escapar, aplastando con su peso a cualquier araña que se le trepara encima o empujando a manotazos ciegos a las que se aproximaban dando saltos hacia su costado, antes de que lo atacaran. Adelante vio otro cúmulo de niebla, y adivinó las sombras que allí se agazapaban. No eran cúmulos de niebla, se dijo. Aquello era tela.

El espanto le dio tanta velocidad que pudo mantenerse por un buen rato al lado del ágil Reaper, quien se movía aplastando a las arañas con los codos como si nada. Era una tarea inútil, pues parecían ser millones las que allí había, las que salían desde la tela, desde aberturas en el techo, desde el suelo sin frenar. En ese caos, ojos cerrados y desesperación, no cesaron de moverse.

Hubiera creído aquel túnel infinito, pero pronto la salida se adivinó ante sus ojos. Reed se dejó esperar por esa luz, y aumentó el paso, todo su cuerpo doliendo por el esfuerzo. Se torció para ver a Arksinad, que casi desvanecido por la fatiga mantenía el mismo ritmo. Recibió un par de mordidas, en las piernas y ese dolor fue su último empuje, que lo hizo gritar y sacudirse como si nadara, presa de un ataque, adentrándose en la confusión del pánico hasta que por fin la claridad lo dominó todo. Los tres cayeron del otro lado, sus pechos sacudiéndose al compás de su agitación.

Arksinad se dio vuelta entonces, y apoyó la mano en la abertura que habían dejado atrás.

-Shinoras.

Como lo esperaban, el túnel cedió y cayó, aplastando todo en su interior. El grito uniforme, anormal que eran esos millares de chillidos fue silenciado en un instante.

Luego los tres se derrumbaron en el suelo, que sorprendentemente estaba tapizado con un hermoso césped. Contemplaron un cielo pintado, un cielo de un celeste pulcro y claro cruzado por unas vagas nubes. Reaper fue el primero en hablar.

-Dioses.

La impresión de tener patas correteándoles por la piel los dominó por un buen rato.

-Debimos haberlo esperado. A nuestra historia le estaban faltando arañas gigantes para estar completa.

Reed compartió, aunque el dolor en sus piernas era demasiado como para pensar que aquello había sido una buena aventura. Aun así, se forzó a sentarse y ver qué se escondía en lo más bajo de la Forja de Xshathra.

“*La Cuna De La Vida*”, la había llamado Wuraka, y en verdad un sitio lleno de vida parecía. No se podía decir que existiera algún enemigo en ese jardín extenso, hermoso y limpio, provisto hasta de un río de agua clara que pasaba por debajo de un colorido puente, árboles frutales, plantas aromáticas, zarzas y matorrales bien recortados. A decir verdad, lo único que los desengañaba de haber caído en algún paraíso por las picaduras de esas arañas eran las rajaduras que se adivinaban en el firmamento sobre sus cabezas, los pequeños lugares donde los escombros pintados se habían erosionado con el tiempo, o las enredaderas que se pegaban en tal supuesto horizonte.

-Se respira un aire diferente por aquí.

-Tengan cuidado- notó Reaper- No todos los peligros de esta área tendrán ocho patas y vendrán saltando hacia nosotros.

-Parece un jardín normal...- Arksinad hizo amague de acomodar su sombrero, pero no halló nada- Lo mejor será que no toquemos nada. Esta vez de verdad.

Reed le hizo caso, pero se permitió aspirar una bocanada del aire puro que allí reinaba, que sintió le limpiaba los pulmones de todo el encierro anterior. Sus ojos se clavaron en el río, buscando su cauce y lo halló desde una abertura en otra pared, pintada como si se tratara de un puente. Probablemente, pensó, sólo era agua del mar que los rodeaba, salada si se hubiesen atrevido a saborearla. Al pensar aquello notó que había arrancado algo de pasto del suelo. Las hebras se volvieron amarillentas en su mano en ese mismo instante, y Reed las dejó caer viéndolas con atención. Magia. Ese lugar estaba vivo gracias a la magia.

Se incorporaron de nuevo, intentando olvidar el horror anterior y avanzaron en calma hacia el otro lado del jardín. Sobre sus cabezas una esfera de luz iluminaba de la misma forma que un sol lo haría, dándole a todo un aspecto alegre y natural. Al pasar cerca de los árboles sus frutos se henchían, y adquirían la máxima expresión de su color como ofreciéndose a ser comidos, y las flores en los arbustos se abrían si se aproximaban, lanzándoles su dulce fragancia. Costaba creer que tal lugar existiera por debajo de la Forja, y más aún que tal lugar careciera de amenazas.

Pero mientras más lo recorrían, más sentía Reed que ese era el caso. No era una ilusión, pues no se sentía tentado más de lo normal por nada de lo que allí había. Era todo falso, tal vez, artificial, pero no detectaba alarma. Se sentía cansado, sucio, hasta hambriento, pero esas eran sensaciones naturales por el largo viaje sin descanso que había realizado, no el engaño de un brujo ni de un veneno, nada que pareciera mortal.

Al pasar sobre el puente vio el agua con anhelo, y tras su transparencia una silueta se sacudió como pez y emergió: una mujer, tal vez, de piel azulada y finos tentáculos haciéndole de cabello.

-¿Oh? ¿Es eso una sirena?

La criatura lo miró con interés, relamiéndose, sus tentáculos moviéndose de lado a lado con pereza. Comenzó a entonar una melodía baja, meciéndose en el agua como invitándolo a sumergirse. Arksinad lo obligó a seguir avanzando.

-Es una nereida. Mantente alejado. He oído que son malvadas.

-¿Alguna jodida criatura en este mundo es buena?- gruñó Reaper.

Reed compartió su frustración con un largo suspiro y avanzó, evitando a la nereida que continuó su bello canto sin problemas. En el agua de la orilla pudo ver sus sombras más oscuras, distorsionadas, por lo que decidió caminar encarando al frente como los otros dos. Se equivocaba. Había un peligro en ese jardín, tal vez, pero no era

algo que pudiese matarlos o volverlos locos, sino algo distinto y tal vez peor. En todo caso, la simbología de la Cuna de la Vida escapaba de su entendimiento.

Al decirse eso adivinó, más allá, una entrada angular contra el muro, desde la cual salía una luz clara.

-¿Y eso?

-Eso, Reed Id Vant, es nuestra puerta de acceso- sonrió el kamuita- Vamos. El Jardín Feliz me está crispando los nervios.

-Estoy de acuerdo. ¿Para qué tendrían algo como esto bajo la Forja?

-Quién sabe...- al asomarse por la entrada, el guerrero dio un prolongado silbido- No van a poder creer esto. De todas las cosas estúpidas que han hecho con magia, esta se lleva el premio.

Reed y Arksinad, curiosos, se asomaron por los costados, mirando lo que había tras ese agujero tan lleno de promesas. Contrastando con el paraíso en el que estaban, la siguiente habitación era mucho más pequeña y estaba llena de lava, lava que caía desde pequeños agujeros en cascadas que sin duda venían desde las fábricas del segundo nivel, y que como el resto de la lava que en la Forja existía no emitía tanto calor sino que corría libremente, como el agua, bajo –y al ver esto, Reed tuvo que pasar los nudillos por sobre sus ojos- grandes bloques de hielo sobre los que caminar.

-¿No necesito explicarles todas las cosas que están mal con lava cruzando bajo hielo, verdad?- suspiró Reaper.

-Para mí se ve bastante bien. Es un lindo contraste visual.

-He aquí por qué eres el mago del equipo, boca-cortada.

El sonido de la risa de Reed fue el preludio al primer salto, con el que dejaron el jardín detrás. Esta vez, el muchacho sí creía entender el significado de esa sala. Era simplemente una demostración, soberbia tal vez, del poder que tenía un mago, del desafío a las mismas leyes de la naturaleza que podía hacer con su arte. Apoyó los pies sobre el hielo, sintiéndose deslizarse, más rápido de lo que había imaginado, al líquido ardiente que les esperaba debajo, y antes de una segura muerte saltó, cayendo sobre el siguiente bloque que lo continuó arrastrando. No pudo evitar sonreír.

-¿Nunca se imaginaron qué aburridas serían nuestras aventuras si los sistemas de seguridad fueran simplemente candados?

Reaper dio una carcajada y lo imitó: con un par de saltos felinos llegó al último cubo de hielo en un instante. Poco a poco se fue deslizándose hacia adelante y, al ver lo que les esperaba debajo en la sala del tesoro profirió una blasfemia y clavó la espada oxidada que había traído desde el Tártaros en el suelo, para sostenerse.

Al darse vuelta, su rostro tenía cierta palidez.

-Desde aquí veo buenas y malas noticias.

-¿Las buenas?- preguntó Reed, dando otro salto y acertando distancias. No tenía él ningún arma con la que aferrarse de esa resbalosa superficie, por lo que sólo podía confiar en sus impulsos.

-La sala del tesoro está allí.

Reed volvió a moverse, hasta quedar junto a su amigo. Más atrás Arksinad también se acercaba de bloque en bloque, luchando por mantener el equilibrio.

-¿Y las malas?- preguntó desde la distancia.

-Los tesoros están en llamas- contestó Reaper.

Al oír aquello el mago tropezó, pero Reed logró aferrarlo del costado de sus ropas y lo empujó hacia con ellos. El repentino movimiento, sin embargo, hizo que el bloque de hielo en el que estaban flotando se inclinara, obligándolos a caer por las

anchas escaleras que precedían a los tesoros de la Forja. Rodaron los tres, y entre los giros que daba Reed notó el calor del fuego, del metal hirviendo.

Se puso de pie cuán rápido pudo, recordando las palabras de Wuraka y Hunicken Attide. Un ladrón se había instalado en el Quinto Nivel, eso les habían dicho, y los hombres y magos temían. Ahora, viendo la masa incandescente de armas y joyas arder; y el calor insoportable que emitían, se estremeció pensando de nuevo en esa idea.

Alrededor de los más atesorados objetos de Xshathra había más lava, y de allí algo emergió, inmenso, destellando energía y fuego al percibir a los intrusos. Un sonido gutural, profundo les hizo temblar. No era ningún ladrón, o al menos no como lo habían imaginado. Era en cambio un dragón, gigantesco, de cuello largo y piel ardiente, de roca líquida el que levantó su ancha cabeza ante los tres. Una garra que podría haber sujeto una pequeña casa se apoyó entre pilas de monedas, fundiéndolas, y ese ser emergió un poco más, examinándolos con interés.

Reed se sintió desnudo, y tuvo el horrible recuerdo de la risa de Skectral y de su maestro muerto. Reaper, Arksinad, él... Se hallaban desarmados. El inmenso lagarto se relamió, una risa profunda, distante, y luego retrocedió con pereza, a sus anchas en aquel sitio.

-*Ladrones-* dijo, con un vozarrón profundo que le hizo pensar en cientos de aldeanos carbonizados- *Ah... Ustedes no son de aquí, no. No apestan a miedo y codicia vana.*

No atinaron a contestar, al principio, por el calor que los envolvía. Tal vez Attide y Wuraka los habían enviado hasta su muerte. Reed ojeó a su alrededor, en busca de alguna espada con la que defenderse, pero todo lo que adivinaba era acero derretido y destrucción.

-*Mi nombre es Balefor-* el enorme dragón pareció sonreír con sus fauces, la lava chorreando de ellas como saliva- *Balefor, el Senescal de Aterror. ¿Quiénes son ustedes?*

Los tres tuvieron tiempo de mirarse, intercambiando en silencio lo que bien podrían ser sus últimas ideas. No estaban en condiciones de enfrentar un dragón, y lo sabían, así que sólo les quedaba hablar. Reaper encaró al enorme monstruo.

-*Mi nombre es Reaper Assadan, de Kamui. Mis compañeros son Reed Id Vant de Tikielder y Arksinad Eel, de Cel-Neckar...*

Se tuvo que interrumpir porque un sonido estruendoso, semejante al silbido de una olla a vapor a punto de explotar, comenzaba a salir de las fauces del dragón, quien dobló el enorme cuello de piedra para poder observarlos más de cerca.

-*Sus nombres... Ya los he oído.* -la sonrisa de lava que portaba se estiró peligrosamente al enfocarlos con sus ojos llameantes- *Reaper Assadan, el asesino de dragones... ¡Oh, claro que los he oído!*

Reed sintió la tensión previa al verdadero miedo, el sudor frío que se mezclaba con el sudor que le causaba todo el calor emitido por ese monstruo. Pero, por sobre todo, se contagió un poco de la tranquilidad con la que Reaper seguía encarando al dragón después de haber oído aquello.

-Ese título no me pertenece.

-*¿Niegas haber matado a nuestro Emperador Skectral?*- Balefor los rodeó con un movimiento, y todos entendieron que era gigantesco, mucho más grande aun de lo que había sido Skectral, pero también se veía viejo, mucho más viejo- *No pueden mentirme, humanos... Las noticias vuelan rápido. La patética muerte de nuestro tirano, eliminado por héroes en una isla remota... Una hazaña sorprendente, que deleita las mentes en Gikeldor... y hasta en Betelgeuse.*

-Clavé a Necrostacia en la cabeza de Skectral- afirmó Reaper- Pero fue el primer dragón que maté. Y espero que tenga que ser el último.

El comentario consiguió que Balefor diera una carcajada, un sonido estruendoso que sacudió todo el lugar haciendo vibrar los tesoros, y desprendió ondas que Reed sintió contra la cara, pegándole la ropa al cuerpo. El viejo dragón miró a Reaper, divertido, y luego abrió las fauces.

-Tienes el respeto de los dragones, Reaper Assadan. Tu nombre ha sido pronunciado entre los de mi especie con temor, incluso entre los más poderosos de nosotros... Aunque claro –barrió una pila de tesoros con la cola y estiró las fauces en otra sonrisa felina- Skectral no era el más amado de nuestros emperadores... De lo contrario, no estaríamos hablando.

Pronunció la última palabra con un desagradable tono, y Reaper entrecerró los ojos. Reed observó como Arksinad flexionaba los dedos, preparado. Entendía su preocupación, pero aquel dragón...

-¿Hay un nuevo emperador de Aterror?- preguntó él casualmente, dominando su temor, y Balefor lo miró con curiosidad.

-La coronación de nuestro nuevo emperador se aproxima...- su voz fue un susurro, que se expandió por todas las paredes de la bóveda- Quien llevará nuestro futuro ya ha sido elegido. Y ustedes están invitados a ver su ascenso... Es bueno habernos encontrado. Le agradecerá, tener entre sus invitados a quienes mataron a Skectral...

-Creo que voy a tener que declinar ir a donde habitan cientos de dragones que han pensado en mí siquiera un segundo- lo interrumpió Reaper, mirando a Balefor fijamente y tensando los puños.- Si lo que planean es matarnos...

-¡Mortal!- bramó el ser, su boca un reguero de chispas- ¿Crees que nosotros los dragones somos como ustedes? ¡No confundas nuestras verdades! Que hayamos pronunciado tu nombre... Significa que eres digno de vivir. Los dragones no nos encariñamos, Reaper Assadan, Asesino de Emperadores, ¡pero respetamos la fuerza y a quienes la saben usar! Todo quien cae, no merece erguirse. Esa es la verdad de los dragones, y por ella misma te has granjeado su respeto...

En el semblante del guerrero hubo duda, pero luego un rictus de asco sin atenuantes emergió ante lo que oía. Reed tembló, incapaz de creer que se atreviera a desafiar a ese ser, pero entendiéndolo en el fondo. Reaper despreciaba el respeto de los dragones, lo despreciaba por completo, pues para ellos, humanos como eran, el respeto de los dragones era el respeto de criaturas que quemaban niños, seres en los que la crueldad sólo tenía el límite del orden, metódico y terrible. Que ninguno de los dragones lo odiara por haber matado a Skectral no era algo bueno, para su mente aguerrida, sino otra constatación de que Eluid tenía razón y que aquella era una especie en la que no se podía confiar, en donde la maldad reinaba a pleno.

-Pero, yo soy viejo...- añadió Balefor entonces, sacudiendo su largo cuello. Grandes gotas de lava fundieron los tesoros de la caverna- Muy viejo, y he aprendido cosas. No deseo enemistarme con los humanos, ni siquiera con los asesinos de Skectral... Y ustedes no desean enemistarse conmigo, lo sé. Nuestras especies siempre estarán ciegas a las realidades ajenas... Pero hay algo que compartimos.

Lo último lo dijo en un tono significativo, y cerró los ojos esperando la pregunta que vendría.

-¿Y eso es?

-*Vivir*- respondió, abriendo esos faros amarillos- *Deseamos vivir, aunque sea para seguir pisando a los demás. Por eso debemos unirnos. Soy el Senescal de Aterror, y los invito a la Celebración del Nuevo Emperador. Les aconsejaría aceptar.*

-¿Y por qué aconsejarías eso?- preguntó Reaper, desafiante.

-Quiere mesa de bocadillos- aventuró el mago, pero decidió callarse cuando Balefor torció el cuello contra el de Kamui, rápido como una serpiente, con las fauces abiertas.

Y rugió. Una ola de calor insoportable los asaltó, distorsionando el aire, y de la enorme boca del monstruo surgió la luz de un horno, chispas que salpicaron dejando pequeños huecos en sus ropas. Arksinad se echó hacia atrás, y Reed se protegió los ojos con la manga, pero Reaper permaneció quieto, mirando la boca del dragón sin pestañear, con el cabello oscuro echado hacia atrás por aquel aliento y la misma expresión serena y hasta molesta que había tenido hasta el momento.

El rugido duró varios segundos más en los cuales Reaper no movió un músculo, y al final Balefor cerró las fauces, complacido.

-*No eres un humano común, Reaper Assadan* –se relamió- *Pero yo tampoco soy un dragón común. Y en esta era de peligros, sé que un nuevo aliado es un nuevo golpe al enemigo. Podemos ser aliados.*

-¿Aliados?- Reaper se pasó la mano por el cabello y miró al dragón, aparentemente fastidiado por aquella prueba- ¿Escuché bien?

-*Te ofrezco la fuerza de los dragones. Una coalición, entre los señores de Aterror y las especies que estén en contra de Vannael y sus ejércitos* -al ver la cara de sorpresa de los jóvenes su propio rostro pétreo se abrió en una mueca de hilaridad- *Están sorprendidos. ¿Acaso no saben, que este mundo se sume en la guerra? Llegará pronto, y tardará en irse. Y Vannael, ese gusano traidor, ¿qué creen que ha estado haciendo en los últimos años? Los magos de Cel-Neckar, los soldados de Fariel, los genios del desierto, sus demonios y sus mercenarios... Ha reunido un ejército lo suficientemente grande como para poner en juego el balance del mundo, para aplastar a quienes se le opongan. Y ha designado ya a su enemigo.*

-Kamui...- Reaper suspiró y miró al dragón- Y Gikeldor con suerte.

-*Vannael intentó llamarnos a sus filas con el miedo, pero no somos tan cobardes como para cegarnos ante su luz. El camino al que ese traidor lleva es el de la perdición, pero en cuanto se lo dijimos... Terminó por arrinconar a nuestro emperador-* Balefor rio de nuevo más suavemente, con malicia- *Menuda pérdida. Pero ahora él ha vuelto, y todos los sabios saben que el héroe al que tanto quería despertar estará presente de nuevo. Mis viejas escamas tiemblan al recordar las cosas que merodeaban Damed Oah. Temo que, por una vez, estemos ante un enemigo que nos interese acabar a todos, el peor tipo de enemigo. La... inexistencia.*

-Hay algo extraño, en que un dragón le pida ayuda a un humano- sonrió Arksinad.

Balefor asintió, dándole la razón, pero luego negó con su enorme cabeza.

-*Hay... más de lo que creen. La situación en Aterror es problemática. Temo que nuestro nuevo emperador ceda ante el poder y la codicia que tanto nos caracteriza. Por eso necesitaba aliados. Tuve que volar rápido.*

Reaper frunció el ceño, sin entender, pero Reed lo comprendió al instante. No lo podía creer...

-Estás aquí... ¿para unir a la Forja a la guerra?

Balefor asintió, pero Reaper no parecía muy impresionado.

-Sin embargo, te veo en la bóveda, no entablando diálogo con Hunicken Attide.
¿Algo salió mal?

Y por detrás el mago y el de Vant se miraron, comprendiendo la actitud que había tenido el nuevo líder de la Forja. Los había dejado ir, por supuesto. Los había dejado infiltrarse en el Quinto Nivel, no por lo infranqueable de sus barreras sino porque había visto al dragón que allí se adentraba y había creído que serían devorados. Era la segunda vez que un líder de la Forja los engañaba, aunque había que apreciar que este había sobrevivido el intento.

El vozarrón profundo de Balefor los sacó de esa conclusión.

-He encontrado a tres héroes que tal vez puedan poner la balanza a nuestro favor, al asesino de dragones al que mis pares aceptarán escuchar. No parece un mal mérito por tan largo viaje.

-Pero la Forja se negó- Reaper abrió los ojos de par en par, y sonrió- Se negaron a prestar ayuda.

-Esos cobardes temen tanto a Vannael que no pueden pensar claramente... Intentaron capturarme- Balefor hizo un chasquido despectivo, y de la lava en la que estaba sumergido emergió una cola gruesa, chorreante como la de una babosa pero en vez de viscosidad era más líquido ardiente lo que derramaba- *Pensé en irme, en buscar a cincuenta de los míos y dejar este sitio hecho cenizas, pero luego se me ocurrió que sólo bastaba un dragón para quitarle a los cultistas sus tesoros más preciados... Así que aquí estoy, bañándome en su supuesta seguridad suprema. Y pronto tendré nuevos tesoros que llevar a Betelgeuse, para decorar las paredes de mi palacio... Quizás vean algunos cuando vayan.*

-Das por sentado que iremos.

-¿Qué opción tienen? Deberían considerarlo un gran honor.

-Si es verdad que Vannael ha reunido tal ejército, entonces quizás aliarse con los dragones no sea del todo una mala idea- suspiró Arksinad.

Reed no dijo nada, pero en su interior lo recelaba. Recordaba bien a Skectral. El emperador de los dragones podía haber sido obligado a tomar Vant por Vannael, pero estaba seguro de que el rey mago no lo había obligado a quemar las cosechas de los aldeanos ni prender fuego a quienes intentaban escapar. Los dragones eran crueles.

Y también eran excelentes aliados. Lo sabía y le dolía que fuera así, pero no veía una alianza más necesaria si Vannael procuraba atacar Kamui.

-Invitaremos a líderes de todos los reinos. Cualquiera humano, ahura, kiel o elven que pueda prestar ayuda será aceptado en mi palacio con un lugar de honor. Los héroes se reunirán, correrá un banquete de lujos y caos, y todas las razas del mundo se unirán en una última batalla por la supervivencia... Será digno de presenciar, ¿no lo creen? Y los seelers estarán allí también. Será una reunión como no la hubo antes, un último festín para decidir cómo enfrentaremos el destino que se cierne sobre todos... Podrán decir- el dragón rio- *Que los dragones dejamos nuestro orgullo para salvar esta existencia. Recuerden, recuerda Reaper Assadan, que están invitados. Los demás querrán conocer a quien mató a Skectral, en especial el nuevo emperador. No nos defrauden.*

-¿Cuándo...?- quiso saber Reed. Pero en realidad, había quedado sorprendido al oír a Balefor mencionar a los seelers. Eso debía de significar que Ventrysten y los demás miembros de la Organización también estaban enterados de aquello. Sintió que había algo en las palabras del monstruo, una advertencia que todavía no podían descifrar. Su

insistencia contenía una clave, había algo más en esa celebración, algo más estaba en juego para él.- ¿Cuándo será la coronación?

-*Cuando el firmamento se tiña de azul.*

Suspiró.

-Gracias, qué específico.

-No Reed- Arksinad habló mientras miraba al dragón- Se refiere al próximo eclipse boreal.

No supo a qué se refería, pero entendió que sus compañeros sí así que decidió no hablar más. De cualquier forma, pareció que las palabras por el momento habían cumplido su trabajo. Balefor emergió de su piscina, magnífico como era pero también antiguo: su vejez se veía no en arrugas y postura sino en lo chamuscado que estaba, como si el fuego que lo cubría hubiera hecho mella en su cuerpo ennegrecido y fracturado; y con alas inmensas empezó a remontar vuelo, lanzando tanto aire caliente y lava que Arksinad se vio obligado a conjurar un campo de energía para protegerlos.

No hizo ningún saludo. Se elevó lentamente, y por primera vez, incapaces de creer lo que veían, los tres se percataron de que sobre sus cabezas no había techo: lo que se veía en cambio era un hueco gigantesco, humeante, el mismo que Balefor hubiera hecho para inmiscuirse en la seguridad del quinto nivel. Se sintió estúpido, por haber pasado los Catoblepas, las arañas, el jardín de la muerte... Y, también, tuvo el recuerdo de Osald, el padre de Reaper, al atravesar paredes destruyéndolas con magia. Nadie era muy amable con el hogar de Nakku, pensó.

El susodicho Reaper continuaba mirando a Balefor fijamente, pero en su desprecio anterior ahora asomaban los rezagos de la curiosidad. Tal vez empezaba a pensar, como Reed, que aquel no era un dragón como los demás. Lo vieron perderse por ese hueco, meterse batiendo las alas como un gigantesco y destartalado murciélago por otra abertura y desaparecer del todo.

La Forja estaba rota, desprotegida, sus ejércitos habían perecido en la Ciudad Dorada y sus tesoros ardían en llamas. No eran ya un enemigo del que debieran preocuparse. Aun así, Reed se sintió temblar por todo lo que habían pasado.

-Eso fue muy arriesgado.

-Lo sé.- afirmó Reaper, despegando por fin la vista de donde había desaparecido Balefor- Como todo lo que hacemos. Pero tal vez tiene razón. Si estamos buscando armas con las que enfrentarnos a Vannael, Grimold y a lo que sea que esos dos estén intentando despertar, Aterror sería un aliado conveniente.

-Bueno, hablando de armas- el mago señaló todo su alrededor, las pilas de objetos que ardían y se derretían poco a poco- Veamos qué podemos recuperar de aquí.

Pusieron manos a la obra. Reed estaba en su interior -hacía mucho que no demostraba la efervescencia que bullía en él- horrorizado por la cantidad de tesoros que Balefor había destruido con su excursión: eran montañas, inimaginables cantidades de doblones antiguos y monedas, apiladas con sumo cuidado y ahora fundidas en verdaderas torres que burbujaban lanzando gotas de acero hirviendo como reproches; y montones de armas increíbles, hechas pedazos por el ataque del dragón aunque algunas parecían haberse salvado de milagro.

No tardaron mucho en elegir, aunque fue una tarea un tanto decepcionante. Después de haber granjeado la alianza de un dragón, no había arma que uno pudiera sostener que se equiparara. Reed terminó optando por un sable delgado, de manufactura ahura, que le hizo acordar un poco al que llevaba Nakku. No era un arma seeler, lamentablemente, pero era mejor que nada y la espada corta que le había regalado el

capitán Lyder se había perdido en algún momento de su vagabundeo por la oscuridad del Tártaros.

Y en realidad, el arma que quería sostener en sus manos...

Ojeó a Reaper, que tomaba y arrojaba espadas y lanzas con gesto disgustado. Creía que el guerrero sentía algo similar, pero por otra espada. No eran esas obras, esas maestrías del combate las que querían portar, sino que lo que buscaban, respectivamente, era un escudo y una espada negra. Drassil y Necrostacia habían hecho ya mella en sus seres.

Curiosamente, ni Arksinad parecía demasiado interesado en procurarse un nuevo báculo. Se paseaba por aquí y por allá entre otros tesoros: las figuras, los orbes transparentes con los que adivinos hacían su trabajo, las alfombras voladoras que se habían supuesto un mito durante tanto tiempo o las estatuillas de dioses: Spenta con su lanza, o la encapuchada Ianna, o la misteriosa Hodaihe envuelta en harapos. Reed lo siguió con la vista, lo vio desaparecer tras una pila de rubíes que pulsaban de calor, y luego aparecer del otro lado, con una multitud de caros sombreros apilados formando una torre multicolor en su cabeza.

-¿Cuál crees que me venga mejor con mi ropa blanca?

-Ninguno.

-La terrible honestidad- el mago inclinó la cabeza hacia un lado, haciendo brillar las marcas en su boca y toda la pila de sombreros coloridos dio contra el suelo- Es difícil perder la costumbre. ¿Nunca has tenido algo que sientas que te identifique, algo sin lo que no puedas vivir?

-Mi escudo.

-Ah.

Arksinad se inclinó, buscando entre todo el ropaje revuelto y terminó por escoger uno tan blanco como su nuevo traje deva, más elegante que el anterior que lo unía a Asherat. Lo ciñó sobre su rubia cabellera y sonrió satisfecho, pero no optó por ningún arma.

-¿No llevarás báculo?- inquirió Reed.

-Vannael no lo usa.

-Pero Vannael sabe golpear- se encogió de hombros el muchacho, pero no dijo nada más. Notaba que el poder dentro de su amigo se había multiplicado exponencialmente desde que su cuerpo había vuelto a la vida, y Scarrow le había enseñado que inconscientemente un mago siempre sabía cómo adaptarse a esos cambios. Además, Arksinad se veía tan joven ahora... Parecía como ver a otra persona, en ocasiones- ¿Dónde está Reaper?

-Aquí estoy- el tosco guerrero se apareció, desplomando al pasar varias pilas de lingotes- No me llevaré nada. Todas las armas de aquí son basura en comparación a las de mi padre.

Había en su terquedad cierta reticencia que Reed comprendió. Tal vez no había habido nunca un verdadero propósito por el que bajar allí, más que vivir otra aventura como las que sentían que pronto iban a perder. Si las palabras que aún resonaban en sus cabezas eran ciertas, el mundo estaba a punto de sumirse en una gran sombra.

-Vamos entonces- silbó Arksinad- De vuelta al dulce hogar.

Levantó su sombrero del ala, satisfecho y, esta vez sin báculo, giró una mano enguantada creando los símbolos con sus dedos. El sello de teletransportación se extendió bajo sus pies, creciendo con un color verde como el pasto, por sobre las

superficies ardientes que pisaban, y Reed le dio un último vistazo a la Forja, al hueco que había sobre ellos y que atravesaba varios niveles, al silencio que reinaba.

Luego, como tantas otras veces, el sello los cubrió, y tal vez por haber pasado tanto tiempo desde la última vez Reed sintió que el viaje lo atolondró como un golpe en la nuca.

4. Libres Para Ser Tú Y Yo

Sentía paz, aunque fuera sólo la paz que un hombre puede sentir antes de la tormenta. Quizás en respeto a su posición de general, o tal vez tan sólo porque ya lo conocían y sus carceleros simpatizaban con él, le habían dejado un par de libros en la pequeña mesa al lado de su catre, y los había estado leyendo lo suficiente como para memorizarse algunas páginas.

Pero ahora sólo contemplaba. Su ventana, alta y de barrotes gruesos, daba justo contra la inmensa luna que alumbraba Fariel. Nunca había visto una luna tan grande, en todos sus años. Tampoco lo habían mandado a prisión jamás. Esas dos casualidades, unidas en una sola, fueron el trasfondo para que su mente avezada se perdiera en un delirio apaciguado, en el que la voz grave de su consciencia rememoraba los fragmentos de las páginas arrugadas junto a su cama en un murmullo constante, que buscaba ahogar sus preocupaciones.

Recordaba: *“el ruiseñor silvestre no bebe el agua del suelo, sino que la recoge con su pico de una fuente, y no vuela más que en el día, cuando los grandes sabios pueden ver el batir de sus alas y juzgarlo hermoso.”*

Y sacaba su conclusión: *“Fariel está en peligro.”*

O releía en sus recuerdos, sin darse espacio a una sola coma: *“y el mundo podría ser mucho mayor en ese antaño cuando las sombras lo dominaban tanto así que se calcula que su dimensión era tres veces la que ahora se conoce pero en su mayoría estaba poblada por seres que nuestra inteligencia no podría comprender los que hoy llamamos sin más alegato que nuestra ignorancia dioses...”*

Y, considerando aquello, Yeguilex pensaba: *“Fariel está en peligro.”*

En ocasiones, los fragmentos se volvían tan bizarros que le costaba darse una idea de si eran de los libros que estaban con él, o si existían tan sólo en la parte más turbia de su inconsciente, por decir: *“el ser que renace nunca está, pero sonríe, pero sabe, pero lo vive todo como si existiera, como si fuera uno solo con todas sus virtudes, abraza al mundo en una única carcajada que lo comprende todo y lo adora, y lo anhela con la tristeza del verdadero amor.”*

Analizaba esa idea por largas horas, sintiéndose increíblemente cansado, la mirada fija en un ladrillo descubierto justo frente a sus ojos. La daba vueltas, pesaba sus palabras, las ponía de lado, cambiaba el orden de las oraciones, su significado, intentaba pensar si la vida o muerte del autor tenían algo que ver con su sentido.

E, invariablemente, llegaba a un sólo y definitivo axioma:

“Fariel está en peligro.”

Pero, nada podía hacer contra tal realidad. Allí en su reducida celda, sin probar bocado de la grasienta sopa que le habían alcanzado bajo los barrotes, con la luz de esa inmensa luna bañándolo con su claridad, descubrió por fin lo que significaba sentirse impotente. Iba a ocurrir. Había una guillotina, para su cuello, una que de seguro el verdugo afilaba en ese preciso instante, y al sonido repetitivo, rítmico de su filo, Yeguilex lo sentía con miedo. Pero no era miedo por él mismo. Jamás, que recordara, había temido por su propia persona.

Era miedo por sus hombres, por el Castillo de Faudó, por quienes le habían condenado, por los nobles, por los inmigrantes, por los mercaderes, por la alegría de los niños que jugaban por las calles, por las discusiones de ancianas en las ventanas, por los amantes que se veían bajo los faros de la plaza, por quienes preparaban bastones fritos en las tabernas atiborradas y quienes trampeaban en los garitos, por artistas y músicos, por las miles y miles de vidas que se sucedían en las inmediaciones de Deneb Algedi, comunes y felices. Una ciudad nunca era la suma de sus edificios. Una ciudad era su pueblo, y a eso él lo sabía.

Al pueblo de Deneb Algedi, de momento, Yeguilex le había fallado.

Su estómago rugió, pero él entonces movió, como casualmente, el cuenco ya frío de sopa boca abajo, dejándolo derramarse por la rendija que constituía su baño. Era una especie de castigo personal. Juntó las manos, las cadenas de esos inútiles grilletes chirriando mal aceitadas entre sus muñecas y contempló de nuevo la luna, ese disco inmenso, preguntándose cómo era que se había hecho tan grande, su última visitante en ese espacio ignoto.

Tal vez, algún día...

Tal vez con la muerte, la miseria del fracaso se apagaría.

Tal vez su final era sólo suyo, pero su misión seguiría en pie. Si Duran... Si alguien...

“Pero ya no hay nadie” se dijo, desconsolado. Duran Id Scion no había podido tener éxito, pues entonces él no estaría allí. Quién sabía lo que le había ocurrido al viejo Dos. Sus hombres... Leude continuaría su legado a su manera, de seguro, y Bullwe y Gio vivirían, ¿pero qué sentido tenía aquello? Un leve consuelo, para un hombre que ya estaba muerto. ¿Qué iban a proteger sus hombres, más que una inútil guerra, si lo que estaba por pasar se daba? Con suerte, como mucho, serían la chispa de la rebelión y la verdad.

Al pensar en eso su pecho se infló un poco, renegando de morir sin orgullo. Hubo fragmentos dispersos, recuerdos varios regando ese dolor: se vio en su hogar, estudiando, y recordó a su padre y su madre –una noción vaga, difusa, de dos personas de labor que morían poco a poco por la enfermedad-, y también el día en que los kiels rescataron su aldea, y recordó más libros, la primera vez que sintió el peso de una espada, las lecciones aprendidas no de memoria sino que entendidas, compartidas, la disciplina, el mundo de la rectitud. Vio como escritas en su retina las palabras del emperador, y un viaje en barco y una carta a un anciano que parecía para él de otro mundo, su sorpresa ante una tierra tan hermosa como la del continente central. Amaba ese lugar. Entendía que los kiels nunca hubieran quitado sus ojos de allí, y él, que había nacido al borde de la muerte, lo atesoraba más que ninguno de los que le habían mandado a defenderlo. Se vio paseando, se vio a solas, se vio acompañado por cada vez más hombres, por viejos soldados, vio su primera misión y su primer fracaso, cuando

arrastró a un malherido Leude por la playa el día que les ordenaron recuperar las reliquias de la guerra, y captó, de refilón, la admiración en el ojo de ese hombre. Luego más, más, y más, un flujo que no parecía tener fin. Sonrisas, fragmentos de voces, vaivenes de polleras, Bullwe rascando su barba rala, un medio ahura acobardado arrojado en una celda, una fiesta en Mib en donde todos se amontonaban, ser derrotado, Tezca revisando sus documentos sin saber que era observada, pasado, presente, futuro, y mil ecos de voces que le daban la bienvenida a un paraíso que sabía inexistente: “*Mi capitán*”, lo saludaba gente que ya estaba muerta, gente que tal vez lo estaría “*Usted actuó con honor, mi capitán*”, agradecimientos, risas, el ruido de vasos al chocarse, los reclamos de alguien que perdía una partida de cartas, un golpe bien colocado, un apretón de manos, la calidez extendiéndose en sus entrañas y dominándolo por completo. Todo iba a acabar. Cuando sin poder creerlo notó que un par de lágrimas resbalaban por sus pómulos, uno de esos ecos se hizo presente, nítido y real. Tan real, que lo arrancó de su miseria.

-Se ve delgado sin su armadura, mi general.

Se volteó, reconociéndolo. Allí se hallaba Bullwe, que poco tenía de Bullwe pues se había afeitado y peinado, y en su mirada siempre indiferente se entreveía alegría y preocupación.

Pero era él. Era Bullwe, su capaz, haragán, despreocupado subordinado quien estaba frente a él. El pánico lo dominó por completo.

-¡Vete! No sé qué haces aquí, pero si te descubren terminarás con tu cuello en una soga. ¡No pierdas tu tiempo! ¿Crees que Yeguilex DaWillse necesita palabras de consuelo?

-Creo que Yeguilex DaWillse está en aprietos- respondió el soldado- Pero hemos venido a rescatarlo.

Sintió un extraño agradecimiento mezclarse con el orgullo previo.

-¿Y cómo planean sacarme de aquí, sin que la Cámara de los Diez los descubra? Ya me sorprende que hayan podido entrar.

-No se preocupe, general. Ellos tienen mi permiso.

Una pequeña figura se coló en su campo de visión, al lado de Bullwe. Un niño, apenas, de cabello rojo oscuro y ropajes lujosos, oscurecida su mirada por un ancho sombrero que ocultaba sus rasgos. Hubiera sido imposible no reconocerlo, de cualquier modo.

Era un miembro de los Diez quien estaba allí: Unnaon Zetha, el talentoso prodigio de la familia Vander. No lo había comprendido al principio, pero ahora era obvio que sus hombres no habían podido entrar a la fuerza a su prisión. Sin embargo, que tuvieran a alguien de tal prestigio respaldándolos...

Sintió que algo estaba mal.

-¿Qué está ocurriendo aquí?

Los ojos verdes del niño destellaban de aprensión.

-Duran ha muerto.

La noticia lo golpeó como una cachetada, haciéndolo desplomarse contra la pared de su celda. Pero la verdad era que lo había sabido desde hacía mucho. Ya no había espacio para más posibilidades, Duran había intentado advertir del peligro y ahora estaba muerto. Y, ¿quién podría haber matado al segundo mejor mago del mundo, si no el primero?

-Fuimos unos necios, general- inclinó la cabeza el Vander- Me disculpo en nombre de la Cámara.

Yeguilex pensó en responder, sincero, lo poco que le interesaban esas disculpas, o hasta poner en duda tal pedido de perdón lanzado del otro lado de la celda por un décimo de sus integrantes. Pero no hizo nada de ello. El hecho de que para él Zetha siguiera siendo sólo un niño, habiendo renegado de su nombre o no, apagaba todo posible descontento.

En cambio se incorporó, lánguido, y miró a Bullwe.

-Si saben que Duran ha muerto, no deberían estar aquí. Bullwe, ¡deberían estar denunciando esta conspiración! -gritó- ¡Deberían estar con Unnaon Alpha, con los ejércitos de afuera, buscando el modo de defender a Fariel! ¿Qué hacen en mi celda?

Ambos lo oyeron sin decir nada. Había infinita tristeza en sus ojos.

-Es que general...- musitó Bullwe, pero no pareció animarse a terminar su idea.

-Deneb Algedi ya está pérdida- dijo en cambio Unnaon Zetha, destruyendo su esperanza. Sintió los fragmentos de su propósito decaer, uno por uno, en cristales filosos que le cortaban- Venga conmigo, porfavor. Hay un carruaje esperándonos afuera.

Por ser una zona tan despoblada aquella que hacía de sur a la capital del reino, ningún aislado granjero pudo presenciar cómo fulgores interrumpían la quietud nocturna, cómo destellos de otro mundo irrumpían en la atmósfera liberando descargas que quemaban la hierba, abriendo un portal por la cual emergió una abominación negra, inmensa y metálica, caminando herida y chirriante como un escorpión bajo las nubes. Se materializó de a poco, desdoblándose y cambiando sus piezas a medida que se estacionaba, humeante, sobre la plana llanura, hasta alcanzar la altura del más alto de los edificios.

Una vez estuvo erguido, el silencio continuó, pero ya regado por la visión de esa masa negra que maliciosa precedía a Deneb Algedi. Dentro de ella Linith, atrapada aún en sus laberínticos pasillos, supo que algo había ocurrido. Algo malo.

La humedad en el ambiente había cambiado. Esa fue su primera sensación: la de que aun dentro del Tártaros, el aire que se filtraba por las ventanillas era denso, cargado de agua. Se sintió sofocada y se obligó a correr, escaleras arriba en búsqueda de los tres que habían partido hacia Grimold. Sin asomarse por ninguna rendija entendía lo que había pasado.

Estaba en el otro mundo. Gradualmente, a medida que pasaba más y más aberturas, captó el mar de pasto que se extendía allí abajo y sintió ganas de llorar. Tanto... verde. Tanta vida. Era imposible que ese fuera su hogar.

Jamás se había hallado tan desorientada. Salir, a un desierto pesado y desconocido, o mantenerse dentro de esa tumba, todas las opciones le parecían igualmente espantosas. Apretó las manos junto a su pecho como en una plegaria, pensando en Baal, pensando en sus padres que aún la estarían esperando.

"Ilumina mi camino", rezó.

Luego oyó un ruido, afuera. Alguien estaba hablando. Se echó al suelo, y se arrastró hacia otro hueco por el cual el aire entraba, helada. Hacía demasiado frío allí.

Reaper, Arksinad, Reed, ninguno le había dicho que su mundo era tan... vacío e inhóspito.

Se asomó, y desde donde estaba pudo ver otra de las puntas del Tártaros, otro espacio angular negro recortando la escena. Dos figuras contemplaban, desde esa terraza, a la ciudad que brillaba bajo la luz de la luna.

-La muerte ha llegado.

Sintió su cuerpo desfallecer al ver al monstruo de Diakaza aún con vida junto al hombre de blanco. Tal vez los otros tres ya estaban muertos. Se echó contra el piso, protegiéndose de ser vista bajo el alfeizar de ese espacio y se dispuso a oír de qué hablaban. Toda mínima información podía servir a quien batallara contra el mal.

-¿No te parece una hermosa vista, Grimold?- habló Vannael, la magnífica ciudad de Deneb Algedi reflejándose en el rojizo de sus ojos- La construyeron los kiels, años antes de que los devas escaparan de Baal, alzándola como un bastión infranqueable... Pero en cuanto Idgray llegó, corrieron con el rabo entre las piernas a Gikeldor. Sabiendo lo que va a ocurrir ahora, debo decir que esas inmundas criaturas fueron inteligentes.

-Puedo sentir... Tanta vida... Tanto dolor...- el esqueleto no prestó atención a la explicación, inclinando su pesado cuerpo hacia los edificios, hacia el gentío que se adivinaba como puntos en la deriva; sus ojos chispas de hambre. A su lado Necrostacia no dejaba de temblar de la excitación.

-Millones de habitantes. Pero ninguno será tu alimento, Señor del Tártaros.

La espada negra chilló indignada, pero el monstruo no dijo nada. Linith observó al monarca de blanco ponerse una mano en el corazón, brillar con todo el resplandor nocturno.

-Necesitaremos toda esa energía para traerlo aquí. Sólo tú puedes juntarla, Grimold. Es por eso que me encargué de que te despertaran.

-Los humanos entraron a mi tumba... No tú...

Una jovial carcajada salió de la máscara de Vannael, quien sujetó su rostro con una mano enguantada. Grimold lo observó con ojos muertos. El rey mago continuó riendo, y luego estiró ambos brazos hacia su compañero.

-¡Ninguno de esos humanos hubiera ido a la Ciudad Dorada de no ser por mí! ¡Ni te hubieran llevado a Necrostacia, para que la tomaras de nuevo! ¡Deberías estarme agradecido, Grimold Styxer!

Se giró, y con su mano tomó la imagen de Deneb Algedi, apretándola entre dedos largos y blancos.

-Ah, no, no- suspiró- Tal vez pedirte agradecimiento sea mucho, después de todo. Fue todo tan sencillo... Grimold, los corazones humanos no son tan complejos. Les gusta, por supuesto, creer que hay una infinidad de recodos en sus emociones, pero la verdad es que son muy fáciles de controlar. Desean. Eso es todo lo que hay en ellos, un deseo imbatible, absoluto, por poder, por amor, por calma... Tal vez le de talla a tu gula.

Y al oír aquello el monstruo se irguió desde su encorvada postura, como si hubiera sido insultado. Vannael colocó de nuevo sus manos en los bolsillos, y lo miró altanero.

-Quieres comer, Grimold Styxer, lo sé. Ahora mismo, eres el único que podría arruinar cientos de años de planificación. Pero si haces algo equivocado... Bueno, digamos que no me das mucho miedo. No soy humano, Señor del Tártaros. Soy el vasallo de un héroe, y a un héroe quiero traer. Le devolveré al mundo la mirada de Idgray Decaheron.

Necrostacia se alzó, iluminada por la luna su negrura aserrada, y Linith se estremeció al ver a Grimold dispuesto a luchar. Pero al instante el ser clavó su espada frente a Vannael, mirándolo a los ojos con esas ranuras torcidas, angulares sobre la calavera.

Y sorprendentemente, en su cráneo se dibujaba por fin algo similar a una expresión.

-Queremos ver... a tu héroe.

El monarca sonrió, asintiendo. Hizo un gesto vago con la cabeza, hacia un sitio en toda la llanura, el único que destacaba: ese lugar donde la tierra se elevaba, disfrazando enormes amatistas con polvo, tapando un hueco posicionado en el suelo como una boca voraz en medio de la nada. Linith reconoció al instante la huella de una Puerta Eclipse ya abierta y palideció.

-En la antigua Dammed Oah, nuestro campeón duerme desde hace siglos. Es hora de que lo despertemos para que viva por siempre.

Gio Reda era quien conducía el carruaje, tirado por dos fuertes corceles, que los sacaba a toda velocidad de Deneb Algedi por intrincados callejones. Adentro, en el respaldo que les garantizaban los cojines que había dispuesto Zetha para la larga travesía, se hallaban el Unnaon, Yeguilex DaWillse quien se iba colocando de a partes las piezas de su valiosa armadura y, a su lado, un Bullwe que roncaba, la boca tan abierta como era posible y un hilillo de saliva resbalando de sus labios.

Al principio hubo silencio; sólo el traqueteo de los caballos que irrumpían la noche fue lo que hizo coro a esa huida, a los pensamientos turbulentos de Yeguilex quien veía a la luna seguirlo desde la ventanilla, dispuesta a no abandonarlo a su suerte mientras él ceñía las placas metálicas en sus piernas, aseguradas con cintos de cuero que debía ajustar a la perfección.

El ronquido estruendoso de Bullwe logró llamar la atención de Unnaon Zetha, que los veía rezagado, y Yeguilex por fin desvió su atención a su nuevo aliado.

-¿Desea que lo despierte?

-No- levantó una mano el niño- Está bien. Puedo atestiguar que no ha dormido desde hace mucho.

-Necesitarán su ingenio después.- afirmó el general. *¿O era ya un exgeneral?* pensó también, sintiendo amargura por su condición, pero decidió concentrarse en lo que importaba- *¿A dónde nos dirigimos?*

-A las periferias, por la zona sudeste. A donde se encuentra estacionado el Treceavo Escuadrón de las Fuerzas Especiales de Fariel, esperando el momento de combatir.

-Una espera inútil, y un viaje inútil. Deberíamos estar yendo con Unnaon Alpha. Si Duran ha muerto...

-Es demasiado tarde, general- lo cortó el Siete, cerrando los ojos con el esfuerzo de contener el estrés.

-¿Me está diciendo que...?

-La ciudad- lo interrumpió el niño- No aguantará más. Tanto su niño rescatado como una nueva carta del emperador de Zubeneschamali parecen confirmarlo. Deneb Algedi será atacada hoy mismo.

Sola la mano de Yeguilex resbaló, haciendo que su pernera cayera contra el suelo del carruaje, un rebote que alertó a los caballos y los forzó a galopar con más ímpetu. El hombre intentó dominar el temblor en sus manos, pensando a toda velocidad.

-Pero si es así, aún más motivos...

-No puedo contactar con ninguno de los Unnaon en tan poco tiempo- se lamentó Zetha- Y la muerte de Duran... Los magos del Geral están bajo control. Una espía pudo confirmarme lo que ocurrió, pero tampoco ella tiene libertad de movimiento. Dicen que Vannael ha desaparecido otra vez, que Kamui prepara tropas, y nuestra milicia se está formando para resistir la invasión. La profecía de la guerra quizás sea una profecía auto cumplida, después de todo.

»Pero cuando pienso...- se restregó el puente de la nariz, y sus ojeras parecieron acentuarse, dándole un aspecto macabro- en Duran, en lo que investigó... Podríamos haber frenado esto. Ya es demasiado tarde. Sólo nos queda intentar comunicarlo a las tropas. La destrucción de Deneb Algedi es el desencadenante que el Rey de Cel-Neckar ha preparado para esta batalla sin sentido. Y además... -dudó- Creo que tal vez Unnaon Delta no era el único aliado de Vannael en esta empresa.

Aquellas palabras quedaron flotando entre ambos. Yeguilex, los ojos bien abiertos, las manos temblando y las casas que pasaban tras él por la ventana del carruaje con una presencia increíble, las vidas que allí pulsaban y parecían a punto de apagarse, se sintió desencajado. ¿Otro traidor? ¿Otro espía?

-¿A qué se refiere?

-No es nada- negó el niño. Pero no hizo falta que lo confirmara. El general pensó en los otros Unnaon, en Beta, en Gamma, en los que manejaban la milicia y luego pensó en la figura del más grande de ellos, el primer líder de Fariel, el anciano e inmaculado Unnaon Alpha, poseedor de grandes conocimientos, tan sabio e impasible. Recordó su desgano, sus ojos cansados cuando lo había juzgado. Era un hombre mermado por los años, eso había pensado. Eso había creído.

La duda se atoró en su garganta, y prefirió ver de nuevo sus manos: una acorazada, la otra no. Ambas inútiles, en ese instante.

-¿Le sorprendería saber que Vannael era un brujo?

Alzó sus ojos violetas, malhumorados, al pequeño que tenía en frente.

-Estaba en prisión por saber que ese monstruo era un brujo.

-Sin embargo- continuó el Vander- Puedo asegurar que ya ninguno de los Unnaon que quedan conviven con demonios. Entonces, ¿por qué iban a apoyarlo? ¿Qué ganaría Unnaon Alpha dejándose morir con el resto de su pueblo?

No contestó, perdido. Pensó de nuevo en ese gesto viejo, agotado, en esa oscuridad tras los ojos. Recordó las historias que los kiels le habían contado sobre Fariel, sobre la ciudad que había debajo, sobre el pueblo de los devas que adoraban a Horrxikrron y su líder, el hombre de los ojos sin alma que los había obligado a huir a Gikeldor.

Horrxikrron. El dios de la nada, el dios de la inexistencia. Quien acababa todo cansancio, quien acababa todo placer, para quien no se podían componer canciones, para el que ningún héroe del bien o del mal podía trabajar. Se estremeció, pensando en Unnaon Alpha. Quizás habían quedado seguidores de Horrxikrron en el mundo, después de todo. No podía saberlo. Todo lo que tenían en ese momento eran conjeturas.

Volvió a mirar al pequeño, destilando ira.

-Ustedes fallaron tanto como yo, y ahora miles van a morir.

Las lámparas que iluminaban las calles emitían luz, y esta luz les marcaba tatuajes fugaces desde la ventanilla. El rictus de Yeguilex estaba cruzado por la indignación y la furia. Frente a él ese pequeño sólo podía sentirse culpable.

Un ronquido al lado de ambos se interrumpió, y Bullwe tomó la palabra, saliendo de su sueño a medias.

-Es triste que de entre diez hombres y mujeres, sea sólo un niño el que se alce.

-Gracias por excusarme, pero no es necesario- levantó una mano el Unnaon-General, cometí un grave error en confiar en Vannael, y ahora Duran está muerto. Fariel está en peligro y, sin el apoyo de toda la Cámara, en esta confusión, no puedo hacer nada. Pero he intentado mover todos los recursos de los que dispongo. No mucha gente me ha querido escuchar, pero lo que pueda salvar...

-¿Me está diciendo que ha intentado sacar a la gente de Deneb Algedi?

El pelirrojo asintió.

-Apenas pude reubicar algunas decenas de familias a pueblos circundantes bajo promesas de trabajo u Órdenes de Obediencia. Su escuadrón me ha estado ayudando, aunque no hay mucho de legal en lo que hacemos. Sin Duran con nosotros, temo haber puesto los ojos de los allegados de Vannael sobre mí. Yo también debo huir, general.

-Es un trabajo duro y sucio- acotó Bullwe- Pero no tenemos opción. Se me ocurrió también hacer reclutamientos forzosos, trasladar gente con la excusa de formar una fuerza mercenaria adyacente en las ruinas del noroeste. Leude escuchó mi consejo y lo puso en práctica, por lo que pudimos actuar aun con nuestras Órdenes revocadas como lo estaban. Pusimos espías en los escuadrones Octavo, Quinto y Tercero, para que implantaran la misma idea- confesó, rascándose donde de nuevo, de a poco, emergía su barba rala- Creo que ha servido de algo.

-Saben que los ejércitos no serán destruidos.

Ambos asintieron.

-Lo que ese rey quiere- razonó Bullwe- Es guerra. No destrucción, lucha. Quiere que nuestra armada sospeche de Kamui, y que miles de vidas desaten un combate como el de años atrás. Pero con suerte, eso será su perdición. Necesitamos quitar a las tropas del engaño.

Pero Yeguilex ya no escuchaba a su subordinado. Sus dedos seguían perdidos en la hebilla de la pieza plateada que cubría su otro brazo, y su mirada también lo estaba en el cielo, en la enorme luna que los venía siguiendo desde allí, mientras su mente recorría callejones adversos, aun citando frases de esos libros ya leídos, entremezclados con lecciones de sabiduría kiel repetidas estrictamente. Las lecciones kiels eran distintas a las humanas. Un humano consideraba, en general, que lo importante era tender a la bondad y que el orden y el desorden, necesarios en cualquier sentido, eran algo que se atenia a ese hecho. Pero los kiels no lo veían así. Para los kiels, no importaba ser bueno o malo, ser cruel o inocente, injusto o tenaz. Los kiels tenían códigos, y esos códigos eran irrompibles, eran lo que sobrevivía a uno. Yeguilex siempre lo había comprendido. Había una misión, un objetivo para cada vida, que la trascendía. Sintió un estertor salir desde su pecho, en un lamento silencioso. Tal vez lo peor de todo era que aquella era una noche hermosa, como hacía mucho no las veía en la ciudad.

-Detén el carro.

-¿General...?- murmuró Zetha. El pie acorazado golpeó el suelo con furia.

-¡Detén el carro, Gio!

El medio ahora obedeció asustado, tirando de las riendas, y los caballos brieron y se detuvieron taqueando el suelo. No estaban muy lejos de la salida. Por ese lado las casas eran más dispersas, más rústicas, con paredes de madera y techos de chapa barata sobre los cuales la lluvia solía dejar grandes charcos. Yeguilex abrió la puerta, pero la mano de Bullwe se apoyó en su hombro.

-¿Qué hace?

-Sigan de largo. Aún quedan familias por ayudar... Todavía hay cosas por hacer. Espérenme con Leude y los demás. Nos encontraremos en-

-No joda conmigo, mi general- le espetó Bullwe. Las palabras hicieron que Yeguilex se helara.- Usted no va a morir aquí.

Lo miró, desencajado.

-Podríamos rescatar más gente, Bullwe, intentar...

-Nunca serán suficientes. Ni para usted ni para nadie.

Unnaon Zetha los miraba desde adentro, asustado. La mano de Bullwe apretó con más fuerza el hombro de su líder.

-Vuelva al carruaje, por favor. Su emperador lo llama. Aún tiene mucho que hacer por Fariel.

Un forcejeo débil irrumpió la tranquilidad de la noche. Las casas alrededor parecían vacías, despobladas.

-¡Debemos irnos!- apuró Gio.

-Bullwe, ustedes no saben si...

-Será ahora.- le contestó, parco, y luego repitió- Será ahora. Esta ciudad está perdida. Pero nosotros, general... Lo necesitamos. No rompa ese deber tampoco.

Y Yeguilex pensó. Pensó, o más bien recordó, su vida pero esta vez en reversa: la prisión, el juicio, su garganta doliendo por gritar a los altos líderes de la ciudad, Duran mecendo su barba y tomando té mientras complotaban, la altura, sus hombros, los mercenarios que murieron a su servicio, la fiesta en el pueblo, Reaper Assadan cabeceándolo, Tezca espiándolo dormir con expresión triste, Gio acobardado en una celda, una armada, una carta, un sello, un Leude siendo arrastrado desde los hombros por la arena, el brillo respetuoso en sus ojos, un viaje, los kiels, su entrenamiento, la sonrisa de tigre del emperador. Las tierras al norte de Gikeldor, tan hermosas y desiertas como siempre, su gente silenciosa. Se estremeció, en lo más hondo de sí.

Lentamente volvió al carruaje, y se sentó al lado de Zetha sin decir una palabra. Gio volvió a poner en marcha los corceles, y él, como hipnotizado, continuó colocando su armadura, sintiendo un peso enorme que lo arrastraba, tirándolo hacia eso que dejaba a su suerte. Se concentró en las runas del metal que encajaba en su cuerpo, en la pechera, en las gruesas hombreras con gemas incrustadas. Esa armadura no era una simple orfebrería. Era un shakkoku, un arma kiel, mágica, que aumentaba su fortaleza, y un signo de la confianza puesta en él. Era lo único que se había traído de Zubeneschamali, cuando llegó al continente hacía años, y era lo único que se llevaba de vuelta.

Las últimas casas ya desaparecían, y el campo les abría su extensión. Captó de reojo la mirada apenada de Unnaon Zetha, y en el verde de sus ojos creyó captar una pregunta, una curiosidad muda.

“¿Qué lo trajo a Fariel, Yeguilex?”

Esa inquisición no hecha lo dejó congelado por unos instantes, interrumpido su acto de protegerse. No había venido por voluntad propia. Los saltos de las ruedas contra el terreno más rugoso lo mecieron, y la respuesta también quedó en su mente.

“Tenía una misión”.

Pero pensó:

“Una misión que no cumplí. Jamás encontré la espada Drassil, ni pude proteger la ciudad. Sólo fui un informante, el más barato y conocido de los espías.”

Y se hundió más en su asiento, la amargura creciendo en su pecho. Por la ventana, lejos de él, ya una nube gris cubría la blanca luna pero nadie de entre los que allí estaban supo ver este inútil presagio.

Faltaban apenas segundos para que la ciudad a sus espadas dejara de existir.

De momento, apostado en las cercanías de la ciudad, el Tártaros se hallaba vaciado de sus principales ocupantes. Linith continuaba allí, escondida y esperando; pero ya hacía bastante que Grimold Styxer y el sujeto de blanco habían desaparecido, dejándola sola con su incertidumbre.

Y, ajena ella a esto, como un rayo ambos se habían vuelto a aparecer junto con Drassil, nada más ni nada menos que en lo más alto del Castillo de Faudo, la construcción principal de Fariel. El viento revoloteaba sus ropajes y se alzaban orgullosos sobre el techo, bajo las estrellas, como leones a punto de abalanzarse sobre sus presas. El ritual que tanto había ansiado uno de ellos estaba por comenzar.

-Duermen como ovejas- dijo Vannael viendo despectivo las casas, las lomadas irregulares en las que se apilaban construcciones rústicas, desde la altura que les daba su posición- Pronto cada uno de ellos será la llave para despertar al dios del nuevo mundo.

-¿Qué harás?

Bajo las garras de Grimold la misma piedra del castillo de Faudo parecía corromperse, llenándose de ranuras esmeraldas. El rey vio de reojo ese hecho, y sonrió tras su máscara.

-¿Yo? Yo no haré nada.- y luego añadió, aún concentrado en el paisaje- Zauriz, puedes aparecer.

Hasta el Señor del Tártaros pareció sobresaltarse cuando del vacío emergió, creciendo con una fuerza similar a la de un tornado, una persona encapuchada, los rasgos oscurecidos, la barba inmensa asomando de entre sus ropas. En un silencio mortal ese individuo, Dordo Id Quaria el Antiguo y también Zauriz El Terrible, hizo presencia frente a los dos portadores de espada.

Pero no dijo nada, esperando. Su sólo ser emanaba maldad, maldad inmortal y pura que iba más allá de todo acto y palabra.

-Verás, Grimold... Albion tenía muchos recursos.- explicó Vannael, sin prestarle más atención- Cuando asaltó Dammed Oah, hace tantos años, su poder seele era ínfimo comparado con el de su hermano... Pero tenía otras artes. Poseía neu y magia, lo suficiente como para ser considerado una leyenda. Sé por boca de quienes lo vieron que usó un truco sucio para forzar el empate, mezclando esos tres poderes para obligar al alma de Idgray dentro de su espada...

E hizo un gesto a Drassil, el escudo, arrojado entre los dos. Como un disco el arma sola se paró, tal si los oyera, tal si entendiera. La sonrisa de Vannael se estiró tras

su máscara, y de entre las sombras que cubrían su rostro Zauriz miró con algo más de muerto interés.

-Para devolver a Idgray a su cuerpo, necesitaba igualar el poder que lo había llevado ahí. Fue un problema que no hubiera un cuerpo humano capaz de tolerar tal cosa... En cambio, un cuerpo de demonio...

Hizo una reverencia al silencioso encapuchado, que se adelantó paso a paso.

-Zauriz tiene la magia de cada miembro del Geral que haya perecido, gracias a los tatuajes que utilizamos, y ha conservado su poder seele por años para por fin cumplir su objetivo este día. Lo único que nos faltaba era el neu. Necesitábamos espíritus en él, los suficientes como para mover un alma: cientos, miles de ellos deben recaer en este antiguo seguidor de Albion.

-¿*Albion*...?- musitó Grimold, desconfiado, apretando sus dedos en el mango de Necrostacia.

-No te preocupes.- le restó importancia Vannael- Albion no tiene ya seguidores. Zauriz, aquí, ha acompañado mis planes desde hace años.

-*Leal*...

-No es leal. Pero obtendrá el poder que desea.

El esqueleto no pareció querer averiguar más, y en cualquier caso, el antiguo seeler tampoco buscó explicarse, encallado en su mudez, los ojos difuminados como si estuviese dormido. Tanto el rey mago como el rey monstruo miraron de nuevo las luces de la ciudad, los carruajes que transitaban por las calles, los niños que en las ventanas dormían arropados bajo la insulsa protección de sus hogares.

-*Espíritus*...- aspiró Grimold sintiendo reverberar su hambre- ¿*Puedes... matarlos a todos*...?

El de blanco asintió.

-Aun con el devastador poder mágico que poseo, fue difícil encontrar un conjuro lo suficientemente poderoso como para destruir una ciudad entera. La respuesta me vino de un desesperado herrero de Kamui, uno que buscaba aliviar el dolor de su pasado. A cambio prometió mostrarme secretos divinos que hasta yo desconocía. ¿Puedes imaginarte mi desconcierto? Años y años de búsqueda, de investigaciones y viajes, y un pobre, consumido y patético hombre era quien tenía en sus manos el saber de la magia perdida que yo añoraba. El destino es cruel.

Tras la espalda de Vannael la luz se condensó, hasta abrirse en un par de resplandecientes alas que derramaron plumas sobre la terraza de Faudó.

-Azrael Shunoros, Uriel Shunoros, Selaphiel Shunoros, Zadakiel Shunoros, Raguel Shunoros y Jegudiel Shunoros, las grandes artes Poneron que conjuran luz sagrada para descargar castigo divino a mis oponentes. Pero, el hechizo más devastador -del dorso de sus alas se formaron cintas, que le envolvieron los brazos como lazos- es el más simple de todos.

Hubo algo estático, eléctrico que se condensó desde el aire, haciendo que Grimold se moviera incómodo y se agitaran los harapos que cubrían a Zauriz. Un calor distinto, diferente al del sol, completamente mágico los envolvió mientras Vannael iniciaba su hechizo, mientras realizaba el ritual requerido para liberar todo su poder.

-Observa, Grimold. Hace años estas tierras eran habitadas por kiels. Perdonamos su intromisión por respeto a su control, y los dejamos huir como cobardes. Apenas se fueron, ya los bárbaros comenzaron a invadirlas, a tomar lo que no le pertenecía a ninguno de ellos entre absurdas peleas de bestias. Y así pasaron cuatrocientos años...

»Y ahora... Los humanos viven sobre Dammed Oah en calma, regocijándose en su felicidad... ¡Pisan el territorio sagrado de los verdaderos devas! ¿No es ese el más imperdonable de los crímenes?

Levantó sus brazos, cruzándolos por sobre su cabeza, y toda la luz que emitía pasó a concentrarse en un punto entre sus palmas. El resplandor aumentaba, se intensificaba a velocidad alarmante convirtiéndose en un faro en la tierra, una corona deslumbrante y albina por sobre el centro de la ciudad. Ya las pocas personas que transitaban en la noche alzaron la vista, sacadas de su ensueño, o emergieron de sus hogares maravillados por el extraño fenómeno: mujeres, trabajadores, sonámbulos desvelados que asomaban para entender por qué brillaba tanto el hogar de la Cámara de los Diez, qué estaba ocurriendo.

Un extraño chillido fue penetrando en los oídos de todos, expandiéndose desde el centro a cada rincón de la ciudad, como el alarido hiriente de un animal, suave primero y luego tomando la intensidad de una tempestad. Pero no era un grito. Era magia, tanta magia y tan concentrada que estaba a punto de estallar, magia apilándose en forma de luz, la luz de una habilidad inmensa, incomprensible. Vannael dio una carcajada insana, la esfera inmaculada entre sus brazos levantados definiéndose como un pequeño sol que parecía más bien nieve ardiente, que erosionaba el suelo donde pisaban.

-¡Voy a PARTIR a todos esos humanos que caminan sobre mi dios! ¡Voy a enjuiciarlos, voy a borrarlos, voy a utilizarlos como el despreciable ganado que son! ¡No se alzarán una ciudad profana sobre estas tierras, JAMÁS!- como coreando su grito, el círculo aulló con vida, esta vez abriendo una boca entre toda la energía que lo componía. El Rey Brujo echó su cabeza hacia atrás y exclamó, su voz siempre tan serena y profunda haciéndose raspada como la de un demonio- ¡Los débiles no tienen lugar en la Ciudad de Los Héroes! ¡Mi señor, voy a matar a todos esos estorbos, y con sus vidas iluminaré el camino hacia su renacer! ¡Soy el Ángel del Nuevo Mundo! ¡METATRON SHUNOROS!

El poder blanco sobre su cabeza dejó ver entonces un par de ojos amarillentos, redondos, y abrió su mandíbula hasta desdibujarse, expandiéndose a una velocidad imposible desde el mismo centro de Deneb Algedi justo en el momento en que Vannael y Grimold se transportaban a la periferia. La luz de la explosión formó primero un pilar blanco, clavado como una espada en el castillo y atravesándolo de arriba abajo, paralizando a quienes observaban boquiabiertos. Luego continuó su extensión.

Al quedar borrado el hogar de los Diez, muchos se percataron de que debían huir. Fue en vano. *Metatron Shunoros* creció anormalmente, superando a cualquier pie, al trote de cualquier corcel, una pared imparable de destrucción que lo arrasaba todo a su paso, sin emitir calor, sin advertir, tan sólo llevándose lo que tocara su consistencia perfecta. Los edificios saltaron, arrancadas de cuajo sus estructuras. Los tejados estallaron en pedazos, lastimando el suelo, las ventanas estallaron en millares de fragmentos que el viento diluía. Baldosas y el pavimento de los callejones hirvieron y burbujearon, fundidos junto a la tierra que había debajo en una masa turbia, que se tragaba lo que hubiera.

Nadie tuvo mucho tiempo para reaccionar. Años después se comentaría, entre historiadores y fogatas graves en la guerra que continuó a ese hecho, que la explosión fue a su manera piadosa, pues apenas se percataron de que todo terminaba. Familias enteras desaparecían en segundos, sorprendidas mientras dormían, mientras disfrutaban un café nocturno. Quienes se hallaban afuera, paseando, apenas atinaban a cubrirse.

Unos pocos carruajes buscaron huir, desesperados, sólo para encontrar el fin, y cualquier aviso de alarma era acallado de improviso por la muerte blanca, por aquel hongo que todo lo fulminaba sin reservas, cuya expansión barrió las llanuras por kilómetros. La luz invencible del más poderoso de los hechizos Shunoros los envolvió a todos con su juicio total, desvaneciéndolos en una carencia de color. El río quedó reseco, los grandes palacios de nobles se desintegraron, árboles y animales perecieron por igual, barridos, cancelando toda marca que los hiciera perdurar. La explosión se llevó a la capital de Fariel por completo, negando su existencia, clamando la vida de todos sus habitantes con su resplandor enceguedor, y las sombras huyeron en círculos concéntricos, asustadas de ese absoluto poder.

Por minutos, Deneb Algedi fue un inmenso monumento, monstruoso brillando rebelde contra la noche que se le ceñía encima.

Lo suficientemente más lejos, de pie sobre la escarpada colina de roca, Yeguilex observaba sin poder hacer nada la destrucción de su ciudad.

La luz abrasadora del pilar siguió creciendo y creciendo, aproximándose cada vez más, y aunque veía a la perfección la muerte blanca yendo hacia él, no se movió ni un centímetro de donde estaba. Tal vez hubiera sido más piadoso que el hechizo también lo matara, porque la sensación que bullía en su pecho era lo más doloroso que Yeguilex hubiera tenido que pasar en su vida. En aquella ciudad había miles, millones de niños, mujeres, madres, hombres trabajadores y honestos, mendigos y nobles, amistades que habían aprendido a convivir en igualdad, que se identificaban por una sola causa. Había también historia y cultura, había secretos de los kiels que los humanos no habían llegado a descubrir, y celebraciones, fiestas, bailes y música, llantos y amantes, besos y dolor. Todo eso se borraba ahora frente a sus ojos. Todo eso desaparecía por culpa de las ambiciones de un sólo hombre.

Tras él, protegidos del brillo por el carruaje, Unnaon Zetha vomitaba sin melindres los restos de su anterior cena y Gio Reda lloraba a lágrima suelta, con los oídos tapados para ahogar aquel insoportable sonido, incapaces de creer lo que había ocurrido, lo cerca que habían estado de morir, de perder lo último que les quedaba.

Pues lo demás, con esa luz, ya lo habían perdido.

-¡General, apártese de ahí!- le volvió a gritar Bullwe. Esta vez Yeguilex no le hizo caso. Seguía ciego, sin importarle, concentrado en toda esa blancura que se intensificaba y pensando en todo en lo que allí adentro ya no existía, en los libros que había dejado dentro de su celda, en su celda, en el castillo de Fauda, en las casas, las colinas, los sitios de toros, la plaza, todo ahora ocupado por esa luz absoluta, inmensa.

No hizo caso de nadie, y cruzó los brazos bajo su pecho, altivo, viendo fijamente a la explosión que avanzaba, hambrienta de más destrucción. Si moría en ella, había muerto dándole un servicio a Fariel, como durante toda su vida. Si lograba sobrevivir, iba a encargarse de vengar su ciudad. El destino lo elegiría.

Ningún soldado se atrevió a acercarse cuando la pared de luz llegó frente a la colina. Tentados a correr cuesta abajo, seguros de que morirían, resistieron en cambio inclinados contra el suelo, dispuestos a rezar. Él se quedó quieto, frente a todos,

mirando al Metatron Shunoros sin pestañear. El destello siguió aumentando, barriendo la tierra y el cielo, cada vez más lento hasta casi rozar su nariz, pero Yeguilex no cedió ni un ápice su posición.

Luego de unos segundos de estarse detenida, como si sólo hubiera querido probarlo, la pared luz comenzó a retroceder. Poco a poco, la destrucción que había sembrado se fue revelando: nada, ni una sola muestra de civilización o vida, era lo que le había dejado la explosión a esas tierras. Se lo había llevado todo, inclusive gran parte del suelo que, ardiente ante sus ojos, se desplomaba despellejado de sus caminos y jardines. Ni un sólo edificio, ni una sola casa o calle, ni el más mínimo muro había resistido el ataque. Ahora, en donde antes estaba Deneb Algedi, existía un gigantesco cráter que se desplomaba sobre sí mismo.

Cuando el pilar de luz ya se había contraído al tamaño de un alfiler, otra vez volvió a estallar, no de manera masiva como lo anterior, sino en un millar de plumas que cayeron, meciéndose con dulzura por sobre la ruina, danzando llevadas por el viento. Y cada vez que una de esas plumas tocaba el suelo, parte de él se hundía y desaparecía: se desnivelaba, iba perdiendo altura, se fundía ante un millar de pozos. Yeguilex se sintió capaz de vomitar también, pero se obligó a seguir viendo la exagerada destrucción de su ciudad.

Pronto notó algo. Las plumas no estaban chocando contra tierra común, estaban colisionando y destruyendo algo mucho más duro. Tardó un tiempo en comprenderlo y enfocarlos bien, pero pronto pudo ver de qué se trataba: amatista, amatista que, desgastada y sucia, era fácilmente erosionada por la luz que caía del cielo. Cada vez que una amatista se desplomaba, el suelo se hundía en un gran agujero y otro paisaje se revelaba. Yeguilex tragó saliva, y sus soldados que habían recuperado la compostura y estaban con él miraron aterrados como, desde debajo de la extinta Deneb Algedi, la tierra se abría para dejar entrever otra ciudad oscura y magnífica. Podía ver ya las casas de la nueva polis, tal como se las habían descrito, construcciones extrañas y ahuecadas, incompletas, de formas irregulares e ilógicas, muchas arrojadas como si fueran ladrillos, algunas incluso de cabeza. Las calles de Dammed Oah estaban desoladas, y ahora lo único que las adornaba eran los pedazos de amatista que caían del cielo. Todo era gris allí.

-¿Qué diablos ha ocurrido?- Gio perdió la compostura y dio un alarido, pateando una roca colina abajo, hasta girar y sujetar a Unnaon Zetha de la manga del cuello- ¡¿Qué diablos está ocurriendo?!

-Vannael...- suspiró Bullwe, mirando la destrucción. Lentamente, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, pero no hizo nada para quitárselas. Gio había soltado ya al Vander, que miraba aterrorizado la nueva ciudad, y atinó sólo a echarse en el suelo y cubrirse las orejas punteadas con las manos, como intentando rechazar todo lo que le rodeaba.

Yeguilex, en cambio, continuaba mirando la tierra que se desmoronaba y revelaba ese nuevo y horrendo espacio. Cuando Reaper Assadan había vuelto de allí, le había hablado de monstruos pero, viendo las calles, estos parecían haber desaparecido por completo. Recorrió con la mirada aquellos extraños edificios grises, las estructuras rotas, los monumentos geométricos, y vio que algunos pocos se desmoronaban al caerles gigantescos pedazos de la amatista. Pronto un edificio llamó su atención.

No estaba antes, sino que irrumpía en la escena, y era gigantesco, una fortaleza móvil de color negro. Desentonaba, desentonaba aun con todo el horror que le rodeaba, caminando, como una pirámide de magia, por entre los escombros y el abandono,

pisando con patas metálicas las casas, como un insecto de muerte, bañado por la nieve de luz. Y se dirigía, con toda claridad, al edificio principal de Dammed Oah.

El estruendo había sido tal, tan cegador su poder que Linith había creído que Baal se había aparecido al fin allí, para castigar a Grimold y a todos los pecadores. Pero lo que vio en cambio, asomándose por la rendija de su escondite, fue que el horizonte se interrumpía por una pared blanca, imposible, de luz en estado puro. Y al verlo, las piernas le fallaron y se obligó a caer de rodillas. No sabía qué era eso. No sabía en qué parte del otro mundo estaba. Pero podía percatarse de que algo estaba ocurriendo. Un horror mudo, ajeno a toda especie o condición le trepó por la espalda, y se contuvo para no desfallecer.

“Debo ser fuerte” se dijo. Pero era difícil serlo. Roto pero indetenible, el Tártaros reinició su avance, por la llanura y ella tan sólo se dejó caer contra una pared, con los ojos cerrados, su cuerpo sacudido por los bamboleos que daba el edificio. Todavía no la habían descubierto. Aún estaba viva, después de todo.

Y, por sobre todo, esta vez los dos monstruos habían regresado, acompañados por una tercera figura. Era tan muda, tan quieta la presencia que habían traído con ellos que al principio le costó adivinarla, pero en cuanto lo hizo se sintió descompuesta, en su alma, como si hubiera visto a la maldad misma encarnada en un hombre. Se descubrió sabiendo que hubiera preferido caer en las manos de Styxer que en las de ese extraño, fuese quien fuese.

Debía recordar, todo lo que estaba ocurriendo allí. Tal vez en algún momento podría serle útil a alguien. Debía verlo, y sobrevivir.

Atravesaban una ciudad, ahora, pero como ninguna que hubiese visto antes. Linith reconoció la arquitectura deva en los edificios que había allí arrojados, antigua tal vez, de la época de Ailai y los grandes héroes. Pero no era normal, no era como la felicidad de la Ciudad Dorada. Las casas, los templos, los monumentos, todo estaba desmoronado, desplazado como una maqueta mal construida, haciendo de testigo silencioso a la muerte negra que surcaba el desastre. Se dirigían al único lugar en pie, un castillo derruido y gris. Era un sitio inmenso, y hundido, justo donde antes había visto esa pared de luz. Se sintió capaz de llorar. Allí había habido gente... Gente de su pueblo, hermanos, niños y niñas tal vez. Lo veía. Lo sentía. Pero ahora sólo quedaba desolación, y temía que lo que hubiera en ese castillo no fuera bueno para nadie.

-¿No es hermoso, Grimold?- escuchó Linith a Vannael estirar los brazos con gozo, trozos de amatista y de plumas caían a su lado- Ese idiota de Albion creyó que podría cerrar la ciudad para siempre. Es una pena que no esté aquí para ver esto.

-Tanta comida... Necrostacia tiene hambre...

-Vamos. Podrás comer a tu antojo en cuanto Idgray haya vuelto.

Y al decir eso, el Tártaros frenó. Los tres seres volvieron a desaparecer de un salto, justo frente al edificio principal de Dammed Oah, flotando hasta el suelo y perdiéndose por el portón arrancado de sus goznes. Linith apenas podía verlos, desde el techo destruido, los huecos que allí se habían abierto por algún previo combate. Vannael

fue primero, entre calmado y dominado por un ansia indeleble, y de un movimiento de la mano hizo volar el trono con el cadáver de Albion que se interponía en su camino. Huesos y ropas se esparcieron, contra el suelo, convirtiéndose en motas de polvo que el viento se llevó.

Sobre un altar, acostado, yacía un hombre de cabellos inmaculados y largos, que parecía dormir plácidamente en un sueño inaccesible. Vannael chasqueó los dedos y el escudo de Reed cayó de la nada, impactando contra el suelo y levantando una tonelada de polvo, frente a aquel hombre.

-En este escudo, el alma del héroe Idgray Decaheron ha sido encerrada desde hace ya más de cuatro siglos. –recitó el brujo- Su cuerpo ha quedado durante todo este tiempo en un estado de estasis, sin poder morir ni vivir, esperando su despertar. Albion creyó que con esto iba poder detener a su hermano... Pero en este mundo, hay algunas fuerzas que son simplemente imparables. Grimold, es tu turno.

El bestial esqueleto dudó apenas un segundo, pero luego se adelantó y alzó a Necrostacia.

-Miclanteurión... Revela los espíritus...

Sobre ellos, sobre la atmósfera de Dammed Oah y lo que había sido Deneb Algedi, una multitud de luces comenzó a aparecerse, verdes, flotando como orbes por sobre el cielo y el suelo, cientos y miles de espíritus de todas las personas que habían muerto recientemente bajo la explosión de magia del rey. No había excitación, ni pena en Vannael al ver ese sacrificio. Entre ambos Zauriz abrió las manos, manos arrugadas y de largas uñas, como exigiendo algo.

-Dáselas, Grimold.

-Un banquete se desperdicia...- al moverse, la mandíbula que colgaba entre las costillas del ser se zarandó un poco- *Por otro mejor.*

Y Necrostacia resplandeció, con una horrenda carcajada. Grimold hizo descender a su garr, tomando control de todos esos espíritus con su neu. Los millones de puntos de luz esmeralda que el cielo contenía vibraron, se movieron y empezaron a confluir en una sola corriente furiosa que giraba como un tornado hacia ellos, destacando rostros de agonía en su forma acuosa, lágrimas, angustia contenida. Eran los muertos, todos los muertos de la ciudad. Zauriz el Terrible abrió bajo la capucha una boca, una boca con colmillos, inhumana, y los espíritus ingresaron por ahí perdiéndose en un vacío total.

Los devoró por un largo tiempo, bajo la mirada serena de los otros dos: un flujo que parecía no acabar nunca entrando por sus labios, haciéndolo temblar, moviendo sus harapos. Cuando el último de los espíritus ingresó en él, Zauriz bajó su cabeza y estiró su mano rugosa con lentitud. No necesitó ninguna orden. Tocó el escudo, y la misma magia que había utilizado Albion tantos años atrás se activó de nuevo, esta vez en reversa.

Pero el seeler no se quedó a verlo, sino que desapareció tan rápido como había aparecido. A Vannael, a Grimold, y a la Linith que espiaba metros arriba desde el Tártaros no pareció importarles. Lo que ocurría con el deva dormido, de momento, era mucho más impresionante.

El escudo se sacudió, como inflado por el calor, produciendo sonidos metálicos; y por último estalló, en un sinfín de ramas plateadas que separaron a los dos de Idgray Decaheron. Y, al mismo tiempo, los ojos de Idgray se abrieron de par en par, y miraron el cielo sin pupilas, un iris gris y absoluto perfectamente seccionado en su interior.

Desnudo, el héroe se sentó sobre su altar, y quedó allí en confusión, irguiéndose tembloroso tal un niño. Pero luego pareció adquirir firmeza, voluntad.

Dio un paso.

-Soñaba.

Vannael sonrió, en éxtasis. La voz era glacial, profunda y calma, pero no dijo más mientras caminaba hacia sus seguidores. Dio otro paso, y otro. Las ramas a su alrededor se acercaron a él, solícitas, mientras caminaba en silencio, y lo envolvieron, rodearon sus brazos, sus piernas y su pecho en un extraño abrazo, se apretaron entre sí hasta formar una armadura de acero negra, opaca y segmentada; y su cabello pareció reabsorberse con cada nuevo avance en ese camino: se acortó, salvaje y gris, dejando ver su rostro y el estigma enorme que partía de su ojo izquierdo, conectando con su oreja.

Un paso más, y otro. Ya la armadura de Idgray estaba perfectamente ceñida, una capa seeler se desplegó amplia a su espalda. Se había utilizado la piel de un daeva real para crear esa capa. Idgray frenó, y torció el rostro.

Del aire, las ramas que habían quedado se juntaron y formaron una espada que descendió como una guillotina, cayendo a su espalda con un estruendo filoso: una garr simétrica, de borde irregular, llena de figuras rúnicas.

Drassil, la Espada Gris de la Nada.

-Bienvenido de vuelta, mi señor- dijo Vannael, arrodillándose frente a él. Grimold lo imitó más lentamente, por primera vez en años azorado por el poder que emanaba de ese héroe.

Los ojos de invierno de Idgray se posaron en su seguidor, su rostro sin mudar su gesto sereno.

-Tú...- alzó la vista, hacia el Tártaros, en un mudo interés. Mucho más allá, Linith no pudo romper el contacto de esa visión, que la había adivinado aun a tal distancia, y se dio cuenta de que todo se había perdido para ella.

Pero Idgray en cambio continuó levantando el cuello, y observó el cielo, las amatistas y las plumas que caían sobre él evaporándose sin poder tocarlo. Ya algo de sol asomaba por entre las nubes que los cubrían, y sus rayos se reflejaron en sus enormes ojos, en la nada tras ellos.

-Reed... Por fin estoy aquí.

5. Reencuentros

Cuando apareció, un dolor agudo fue su otra vez bienvenida, pues había aterrizado con la espalda encajada en el borde del Arca, y al mismo tiempo también cierta sensación placentera mermó la incomodidad: la de la madera, lustrosa, bendiciendo el tacto de sus manos con su familiaridad.

Había cerrado los ojos en algún momento desde que el hechizo comenzó, y los mantuvo así por un rato, aspirando el aire fresco que ya hacía tanto que extrañaba y sintiendo el suave sol sobre el rostro. Aire, por fin. Aire libre, brisa marina, calor y la sensación de estar vivo.

-Reed. ¿Caíste bien?

El muchacho asintió y se incorporó, tomando la mano que Reaper le alcanzaba.

-Nos ha salido bastante bien.- suspiró el guerrero- Vamos ya, boca-cortada, deja eso.

Reed miró a Arksinad, quien caminaba pasando las manos por el arca, sonriendo como enajenado. Parecía como si se hubiera reencontrado con una vieja mascota de su infancia. Reaper suspiró y los tres saltaron del barco cayendo en la arena. Un par de colinas más abajo ya se podía ver al pueblo de Eclant, su tierra roja, las casas simples de barro y piedra. Era extraño, pensaron los tres al mismo tiempo. Era raro imaginar que mientras ellos habían surcado las arenas de otro mundo, enfrentado horrores y esquivado al filo de la muerte, ese sitio siguiera siendo siempre igual, los siguiera recibiendo de la misma forma. No había cambiado nada desde que lo dejaron por última vez: sus caminos, las risas de los niños que jugaban, el sonido de las olas no muy lejos y la sal que el viento les traía. Tal vez eso era lo que podían llamar un hogar.

-¿Ansioso de ver a Amu, Reaper? Ya ha pasado mucho tiempo.

-No lo preguntes como si no supieras que va a intentar matarme en cuanto me vea.

Arksinad hizo una risita burlona, y los tres siguieron el sendero que llevaba al pueblo. Esa caminata apacible, después de todos los peligros vividos, era una pausa necesaria.

Algo más allá pudieron divisar a una figura aproximarse. Esbelta, con ropajes de pueblo y el cabello rojo ahora suelto hasta la cintura, no les fue muy difícil reconocerla. Ella también abrió los ojos de par en par al verlos.

-Esta vez sí que se tomaron su tiempo, ustedes.

Ya en su propia casa, la joven prometida de Reaper los agasajó con un banquete digno de Kamui Minmedor: carne en abundancia, pan chato untado en grasa y sopa de mariscos sazonada con sal marina, que sorprendentemente no les hacía sentir la necesidad de escupir sus propias entrañas dentro del plato. Antes de sentarse a comer, sin embargo, los había mandado casi a patadas a lavarse.

-Prepararé la cena mientras se bañan. No se dan una idea de cómo apestan.

-Venimos de robar armas del lugar más seguro del mundo.- se excusó su prometido.

-Sí, bueno, y yo estuve aprendiendo a cocinar de una vieja decrepita. No hay excusas. Reed, ¿te molestaría dormir en el sillón otra vez? Sigo sin ánimos de desocupar mi cuarto de utilería.

-Está bien. Me encanta el sillón.

No se podía quejar. Una cama, un baño y una comida caliente era más de lo que había podido pedir en mucho tiempo, y si algo había aprendido de su viaje a la Ciudad Dorada y de su encuentro con Baal era que era inmaduro de su parte esperar mucho de la vida. Se organizaron expeditivamente, con el estómago rugiendo, y lavaron sus cuerpos por turnos.

Había dos baños en la casa de Amu Id Eclant: el central, ubicado cerca del comedor, atiborrado y lustroso, y el del fondo; otro ingenio de la joven que buscaba tener una bañera con agua perpetuamente caliente y que sólo funcionaba de vez en cuando, dependiendo de con qué intensidad lo golpeabas. Reed fue al primero, sin atreverse a experimentar. En ese reducido espacio, limpiándose toda la arena y la mugre pegada al cuerpo –mugre de otra dimensión, observó fascinado-, se sintió interesado en comparar su brazo derecho con el izquierdo, el que Baal había retrocedido en el tiempo a través de su sacerdotisa. Sólo una delgada línea negra, punteada, era lo que lo marcaba; impresionante si consideraba que un daeva lo había utilizado como afilador de colmillos. Sintió al agua perder temperatura al recordar la crueldad de Saurva, el crujido con el que había partido su hueso. Jamás había experimentado tanto dolor antes.

Esa memoria lo obligó a apretar los labios y a dejar el baño limpiar los poros de su piel por su cuenta. Se sintió de repente incómodo. Lo quisieran o no, Nakku y Shimari podían haberse salvado, pero era muy seguro que la niña deva ya estuviera muerta. Imaginó la cara de Lialbe y Desma, desconsolados por saber qué había sido de su hija, o el terror de Linith si Grimold la encontraba. Nada de ello era bueno.

“Hemos causado muchos problemas... a ambos mundos.”

Pero, considerado aquello, ya nada les quedaba por hacer. Más aun, necesitaban un descanso. Se restregó el cabello, dejando que el jabón corriera por su rostro, y se sintió abrazado por la calidez del vapor, su estómago pesado como una piedra, los sonidos que se oían desde la cocina aun con el estruendo del baño. Se sentía tan hambriento que hubiera devorado cualquier cosa que Amu le diera, hasta le hubiera hincado el diente a una de las Ornas de la Ciudad Dorada.

Se estaba demorando mucho, por lo que decidió salir de una vez. Ya estaba limpio. Ajustó la válvula que conectaba el agua de arriba con la de su canaleta, y esta se fue disminuyendo hasta ser un hilillo pequeño, cristalino. Cuando la última gota tocó el suelo, la voz lo azotó.

“¿No te da curiosidad, Albion? Saber qué piensa tu hermano luego de tanto tiempo. Cuánto... te odia.”

Era la burla de Vannael, que lo obligó a apoyarse en la pared. Esas palabras, dichas en la oscuridad del Tártaros, le habían quedado rondando en la mente desde entonces. Idgray. Idgray Decaheron, su hermano, su escudo, su guía. Su pecado, su culpa, su deseo de destrucción.

Inspiró hondo, dejando que todo se fuera, que fluyera como el agua que drenaba bajo sus pies desnudos. Y comenzó a vestirse, para disfrutar del banquete.

-Vaya Amu, esto es una pasada. ¿Dónde aprendiste a cocinar sin veneno?

Enfrascados como lo estaban en devorar de su cuenco sin darse un respiro para formular palabras, Reed y Arksinad sólo atinaron a asentir repetidas veces con la cabeza, las mejillas infladas por todo lo que engullían. La sopa *cansai*, los trozos de molusco hundidos dentro del pan caliente, la grasa casi picante de los cuencos y la carne tan especiada, todo se les asemejaba a un manjar prohibido, al que accedían por designio de los dioses o, más bien, de Amu. Acompañaban cada bocado con un trago de cerveza, suave y amarga que los refrescaba e incitaba a comer más, a devorar hasta que el mundo se extinguiese.

-Pasaron bastantes cosas desde que ustedes se fueron- la joven, dando miradas curiosas a Arksinad se echó contra el respaldo de la silla, y malinterpretando su confusión Reaper tragó sonoramente, cauteloso.

-Porque no tiene veneno, ¿verdad?

Aquello logró que los ojos verdes de su prometida dejaran de instigar con duda al rejuvenecido mago, enfocándose en él.

-Quién sabe.

-Pensé que le darías la bienvenida a Reaper con una patada en la cara o algo- confesó Arksinad- Eso siempre logra hacerme reír.

-No me obligues a golpearte, boca-cortada.

-Lo planeaba, pero estoy agotada y en verdad es bueno verlos- Amu bajó la cabeza, y revolvió con desgano su propio cuenco- No pueden imaginar las cosas que están sucediendo ahora mismo. Creo que en pocos días me vendrán bien un par de manos que me ayuden con el taller... Lo que me lleva a otro asunto.

Se irguió un poco, y rodeó al trío con la mirada.

-¿Consiguieron lo que buscaban?

Y Reed pensó entre pausas de su atracón.

Resucitar a Arksinad... Sí, una victoria que habían conseguido tras semanas de luchas, conflictos e inútil guerra, y por eso podía agradecer seguir teniendo al mago de

su lado, más joven y sin riesgos de convertirse en un monstruo. Al eliminar a Asherat de su cuerpo, lo habían desligado del control de su maestro.

Rescatar a Shimari... Una misión ridícula, pues la reina se las había apañado sola perfectamente para sobrevivir a los daevas. Habían subestimado a la realeza de Kamui enormemente.

Y por último, salvar a Scarrow... No, eso había sido un imposible desde el primer momento. Ni siquiera Baal, que sólo ahora Reed sabía –y lo guardaba como un secreto- que no era un dios, había podido evitar la muerte de su maestro. Se hundió un poco en sí mismo, taciturno, pero no puso frenos a su comida. Al final, se sentía más entristecido por la pérdida de su escudo que por la de la posibilidad de volver a hablar con Scarrow.

-Digamos que sí- torció la mandíbula Reaper, poco convencido- Pero hemos liberado algunos problemas más.

-Bueno, eso es estar en sintonía con el universo. Aquí Shimari ha desaparecido, Sulfur Houppe fue asesinado en pleno palacio real y nuestros duques han declarado la guerra a Fariel ante los ojos de todo el mundo. Temo que el mercado de pociones curativas tenga un trágico incremento.

Lo dijo y una sonrisa sarcástica le cruzó los labios, pero en su rostro se evidenciaba la preocupación. Reed buscó la mirada de Reaper, para inquirir sobre quién era Sulfur Houppe –algo que, evidentemente, todos parecían saber menos él- y se sorprendió al ver al tosco guerrero tomar la mano de su prometida con sus dedos encallecidos, viéndola a los ojos como si nada más existiera.

-Sabes que Eclant estará bien, Amu. Este pueblo no es posición estratégica para nadie. Es por eso que Osald lo aceptó.

Los dedos de ella se entrelazaron con los de él. Reed vio a Arksinad pero este no se burló, ni hizo muecas, en sus ojos castaños seguramente reflejado el recuerdo de Osald Assadan, ese viejo veterano de la anterior batalla que Kamui había librado. El mago, Reaper, incluso Amu... Para Reed, que nada sabía de las guerras más allá de considerarlas, como cualquier héroe promedio, buenas cuando luchaban contra el mal y malas cuando dañaban a gente de bien, la idea de lo terrible que sería otro enfrentamiento como el de años atrás no llegaba a hacer la debida mella en su mente. Él era de Vant, de Tikielder, donde ningún conflicto los había azotado hasta el día en el que el dragón descendió, donde la máxima belicosidad era familiar, rural. Y sin embargo, al ver la gravedad con la que su anfitriona tomaba la palma de su amado y la colocaba en su mejilla, al menos un pequeño resquicio de su ser se abrió, de repente avergonzado por su ignorancia.

-Lo sé- suspiró Amu- Pero...

-Allon.

Ella asintió.

-Desde hace tiempo que no llegan noticias del Palacio Real ni de la capital. Allon estaba allí. No quiero enterarme de que...

-¿Crees que Ann dejaría que Allon muriese?

Amu rio, pues el tono de Reaper había sido jocoso, y terminó por asentir como quitándose un mal pensamiento.

-Lo siento- se giró a sus invitados, sacudiendo el largo cabello, y Reaper retomó su salvaje comilona sin añadir más- No debería recibirlos así.

-Ni lo menciones- sonrió Arksinad y, por primera vez, ella le devolvió el gesto- Y además, quería agradecerte. Noté que te dirigías hacia mi Arca cuando nos encontramos. ¿La estabas cuidando?

La joven asintió.

-Cada idiota del pueblo intenta subirse o hacerla flotar. No necesitas agradecérmelo. Pensaba también ver si podía estrellarla contra Reaper en cuanto lo volviera a ver, pero no hubo caso. ¿No es así, cariño?

El joven de Kamui palideció ante el suave y melodioso tono de voz de su amiga de la infancia, que dio una risita y se levantó, dejando su plato sin tocar y cruzando los brazos sobre la cabeza para estirarse.

-¿Y tú, Reed? Te noto algo callado desde que llegaste. ¿Te encuentras bien?

-Wefalo afi- Reaper habló atragantado con la comida- Fa fawado for mufas wosas...

Toleró la mirada de Amu entonces sin hablar más, y tragó sonoramente con un asentimiento. Era cierto, después de todo, sí había pasado por muchas cosas y su personalidad había sido endurecida a martillazos. Esa tarde, de cualquier forma, no se enfocaría en eso sino en poner algún tipo de orden a su voluntad.

Cuando terminaron de comer, ya saciados, pusieron manos a la obra: los tres, sintiéndose culpables por ocupar el hogar que les brindaban, se encargaron de acomodar los muebles y los ingenios de pociones de la pelirroja para hacer espacio, sacaron el colchón en el que dormiría Arksinad y lo dispusieron sobre el suelo y por último hasta se ofrecieron a trabajar en el jardín, cosa que ella rechazó temiendo que arruinaran su obra, los geranios que crecían en el clima árido de Eclant, las hortalizas, las raras hierbas con las que producía su arte. Amu era muy exitosa en lo que hacía, entendía Reed. Recibía pedidos de los reinos principales, en grandes cantidades, y experimentaba con las propiedades alquímicas de los elementos sin ninguna restricción, lo que despertaba la envidia de más de un mago compenetrado en el arte de armar brebajes. Reed mismo había experimentado lo conveniente de una de sus pociones curativas el día en el que su brazo casi había caído por la mordida de un Negróvalo.

Aunque buscaron ocuparse, el día terminó siendo de relaje, y aunque el día fue de relaje, terminaron preocupándose al tener en cuenta la posibilidad de la guerra, de que la paz diera fin en sus días. Paseando por los lindes de Eclant, pateando guijarros y viéndolos caer por entre las formaciones rocosas que se acercaban a la playa, pudieron hablar y Reed oyó a sus amigos comentar sobre las noticias que habían oído, sobre la muerte de ese tal Sulfur Houppé, lo que significaba para el mundo.

Había sido, según Arksinad, el miembro número Veinte del Geral Veintiún y posiblemente por eso un servidor de Vannael, mientras que Reaper era insistente en considerar a Houppé un humano noble que había limado las asperezas entre Fariel y Kamui y que se desvivía intentando aliviar las duras vidas de los indigentes en Gikeldor, llevando una propia austera y heroica. El Campeón, le decían ambos, de esa tierra inhóspita en donde Reed sabía que los seelers lo esperaban. Ahora, sin ese campeón, opinaban también ambos, Gikeldor estaría en problemas y la posibilidad de que terminara integrado a la batalla mundial que estaba por suceder era cada vez mayor.

Pero aunque discutían esas intrigas -¿Quién había matado a Sulfur? ¿Qué ocurría en el palacio? ¿Estaba Kamui realmente declarándole la guerra a Fariel o era todo un plan de Vannael?- Reed tenía en cuenta la invitación de Balefor en la Forja, y le parecía que hablar o debatir sobre los intereses políticos de cada reino era cuanto mucho una trivialidad, pues que toda nación batallara era algo que iba más allá de sus posibilidades,

algo similar al destino del cual Tearu Vattar le había hablado en las arenas del desierto. No era que tuvieran una chance de detenerlo. Fariel, Cel-Neckar, Kamui y Gikeldor, todos se verían arrastrados en esa contienda y el bando que debían tomar estaba más que claro. Ahora bien, pensaba, ¿serían reclutados? Como ciudadano de Tikielder, nadie podía obligar a Reed a batallar a menos que fuese arrestado, y la condición de fugitivo de Arksinad le daba más o menos el mismo tratamiento. Pero si la milicia de Kamui pasaba por Eclant, de seguro Reaper sería llamado a engrosar las filas junto a los otros pocos jóvenes que pudiera haber allí. Y si Reaper, que tan ensimismado se veía ante la perspectiva de revivir otra guerra como la que había llenado de desasosiego a su padre, debía enfrentar a la armada de Fariel, no sentía que le quedara otra opción más que acompañarlo en calidad de mercenario.

Aun así, todos esos eran pensamientos que no sentían tan inminentes. No tenían motivos para creer que la batalla fuera a darse realmente, más que la certeza en la perversión de Vannael Danterkiss Eel y sus planes. Vannael... Iba a revivir a Idgray, pensaba Reed, o quizás ya lo había hecho. No podía saberlo. Su unión con el escudo, que tanto lo había alimentado antes, le daba ahora una sensación vaga, pero mucho más arraigada en él que la que sentía todavía por su unión de alma con Nakku. Sentía que algo había cambiado, que la parte de él que faltaba se había condensado, tal vez, pero no podía asegurar que la mente de Idgray Decaheron ya estuviese amenazando al mundo con sus deseos de control como lo había hecho hacía siglos.

Entre la incertidumbre y el miedo al futuro estaba, por encima en ese caluroso presente, el gozo de continuar viviendo. Como entendiendo que su libertad no sería larga, Reed, Reaper y Arksinad aprovecharon toda esa tarde –y la siguiente, y la siguiente a la siguiente, y así en adelante- en disfrutar lo que era un apacible verano de Eclant, llenándose de tareas inútiles y largos paseos: visitaban las zarzas de la propiedad privada en la que un pequeño Assadan se había inmiscuido antes con sus amigos, acompañaban a Amu al mercado a conseguir pescado fresco, frutos o productos regionales –por primera vez, Reed probó la carne frita en aceite y su estómago maldijo por días su atrevimiento-, o lavaban el Arca del Cielo bajo la mirada atenta de todos los niños que tanto se habían encariñado con esa reliquia, -dándole baldazos de agua a una madera que ya era limpia- hasta invitando a algún afortunado, cada tanto, a dar un paseo volando, a ver el mar desde la altura pasar erosionado por el viento, las costas lejanas de Kamui Minmedor y, sólo Reed, el horizonte donde el océano se perdía y él sabía que allí, invisible a sus ojos, lo esperaba por siempre su pueblo y sus aldeanos, Caxer, su madre, y la carcasa vacía del dragón al que habían matado.

Él era un héroe, para Vant, y aun así ya no se sentía heroico para nada. Pasaba las noches entre risas y juegos de fuji, largos y enmarañados, en los que las cartas se iban deteriorando por el trato ebrio que les daban, o se atrevían a cantar si la borrachera se les subía a la cabeza, abrazados lado a lado con Arksinad hasta que Amu los despabilaba con un baldazo de agua fría, o en calurosos momentos de insomnio se deleitaban contándose historias de sus vidas hasta el momento en que el sol asomaba por la ventana de la cocina: el mago narraba sus misiones retratándoles a un Vannael mucho más sereno que el que conocían, todo lo que había vivido en diversos sitios del mundo, pintando ya su expectación sobre la yerma Gikeldor; o Reaper contaba de su infancia en Eclant y de las historias que rondaban por el pueblo y que Amu solía corregir, siempre ácida y con un comentario punzante en la punta de la lengua, o los tres –y en esto Amu se interesaba aún más que sus amigos, fascinada- le inquirían sobre su

jornada con Deihr Bellow y cómo había sobrevivido a los demonios que les daban caza, el arte que había aprendido de la discípula de Albion.

Y, al hablar de eso, siempre recaía la conversación sobre el romance que adivinaban entre ambos.

-Es demasiado para ti.- comentaba Reaper- Es demasiado para cualquier persona que no quiera terminar acuchillada. Sería demasiado para Skectral.

-Te matará- concordaba Arksinad.

-¿Así que tú y esa muchacha...?- terminaba la pelirroja, y completaba el gesto uniendo ambos dedos con genuino deleite. Reed enrojecía apenas y no contaba más, soportando las carcajadas de sus amigos y sin atreverse a decir que, en realidad, había sufrido con Nakku más de lo que había disfrutado; corriendo de lado a lado, soportando las inclemencias del sol y luego triturado como un muñeco de trapo bajo el poder de Ashmogh, Saurva y Tauriz; todo ello le pesaba aún más en la mente que el sosiego y los besos que habían intercambiado en el resguardo del oasis. Y lo peor era que toda aquella experiencia, que tanto le hacía extrañar a su maestra, no le permitía en ese momento impresionar a sus camaradas con el arte seele pues al haber perdido su escudo había perdido toda posibilidad de realizar los ataques de alma; al menos, se consolaba en que le creyeran por haberlo visto antes de tal lamentable suceso.

En cierta forma, todo lo que hacían era esperar. Esperaban las terribles noticias, esperaban oír de una muerte, esperaban con ansiedad los pasos rítmicos de la milicia, el cuerno de algún mensajero, que la realidad de esa guerra se desatara del todo sobre sus cabezas. Pero mientras esperaban, también disfrutaban. Ahora, como nunca lo habían sido antes, eran por fin libres. No había para ellos ningún lamento que los persiguiera acuciante, no había ningún padre perdido, ninguna posible traición, no había demonios ni tiranos que quemaran sus pueblos, deseos fulminantes de destrucción ni rescates en lo profundo, no existía el conflicto que los absorbiera ni la necesidad que les obligara a actuar. Sólo existía la vaga felicidad estival de Eclant, las risas de los pequeños que merodeaban pateando bolas de trapo entre las calles rojizas, el vaivén eterno del mar ante el jolgorio del puerto, las largas siestas con el sol en lo alto, entumecidos, dejándose arrastrar por una pereza sosa, blanda; o las noches en vela bajo el influjo del alcohol y la buena comida, Reed despertando y viendo un techo oscuro, su percepción sacudida por Arksinad, que ante la mesa jugaba con el Rubí de Sangre que Linith le había dado, pasándolo entre sus dedos, examinando su brillo escarlata. Sólo cada tanto era que ese ensueño veraniego se interrumpía; pero no en los tres sino sólo en uno: Reaper, quien por fin volvía en paz a su pueblo natal, recuperaba en ocasiones el silencio y el frío de la casa de los Assadan presa de algún sueño febril que les había confesado con reticencias: Grimold Styxer, arrastrando los cadáveres de quienes había conocido y abriéndose paso por el bosque sacro del norte, o su sombra cadavérica cerniéndose amenazante sobre Amu, o un Allon muerto que caminaba, poseído, bajo el coreo de Necrostacia; y esas visiones lo llevaban a practicar como guiado por una fuerza de inercia la elaboración de armas tal como su padre lo había hecho; intentando imitar con éxito moderado las guadañas, las espadas brillantes o los pesados escudos forjados por Osald a base de golpes de yunque, de largas esperas en las cuales el metal enfriaba bajo su contemplación absorta. Ese vacío, esa falta de acción que se extendió a lo largo de varios días fue para ellos un bálsamo embriagador en el que sumergieron a sabiendas de que no iba a durar, con la certidumbre de que, en ese entonces, existían ya demasiados hechos en el mundo que les impedirían tener una existencia tranquila.

Eran libres, sí, pero también estaban sujetos a los designios del destino. Que las noticias sobre Sadalsuud demoraran tanto, que los barcos mercantes empezaran a escasear en la costa del pueblo, que Vannael hubiese tenido planes para con su alumno o que los miembros de la Organización de Albion lo esperaran en Gikeldor, todo eso era un límite en la línea temporal en la que ahora nadaban, a ciegas, intentando disfrutar cuanto les fuera posible. Tal vez esos serían sus últimos días de calma, hasta el fin de sus noches. Tal vez cada nueva mañana en la que Reed abría los ojos, viendo la luz naranja filtrarse desde la ventana en la oscuridad de la cocina, con el cuello escociéndole por el sillón donde había reposado era la última en la que podrían estar juntos, reír juntos, jugar juntos. Era un anhelo desesperado el que los obligaba a esperar.

Y para Reed, por sobre todas las cosas, no eran tales eventos sino el llamado mudo, triste que le hacía a su alma su escudo perdido el que más le indicaba que debería dejar esa felicidad conseguida. Cada vez estaba más seguro de lo que sentía. Su hermano, Idgray... Volvería a hablar con él, frente a frente. Baal les había hablado de la posibilidad de alterar el destino, los senderos del futuro, y aun sabiendo eso, aun entendiendo que cada nuevo día podía haber sido otro día, que él pudo no haber sido Reed Id Vant, que podría estar muerto, que podría vivir otra vida, se aseguraba a sí mismo con total convicción que no existía una sola existencia en la que el encuentro que tarde o temprano tendría con Idgray Decaheron no fuera a darse.

Fue en la segunda semana que las cosas comenzaron a cambiar. Sin embargo, no fue ni el tronar de un cuerno, ni la muerte, ni las noticias del norte las que marcaron la diferencia: sino en cambio el gesto molesto, preocupado de Arksinad en la hora del desayuno, al lado de Amu, mirando su plato de maicena y leche con la boca fruncida con desagrado, concentrado en un punto aleatorio de la mesa. Se excusó de improviso, levantándose, y salió afuera a los tropezones. Tal vez por haber estado muerto, sus emociones se habían enfriado, y ahora que volvía a estar joven y vivo el controlarlas le era difícil, por lo que todos entendieron que algo había ocurrido.

No volvieron a verlo hasta la tarde, cuando regresó con una bolsa de compras y, haciendo una leve reverencia a Amu, habló como si se desgarrara.

-Necesito un favor.

La joven se hallaba ocupada en su jardín, con el atuendo arremangado y los guantes negros, removiendo la tierra en la que crecían unos brotes violáceos, succulentos. Más allá Reaper se hallaba haciendo abdominales sobre el césped y Reed estaba tirado, hojeando un libro de pociones con la lentitud que caracterizaba su lectura.

-¿De mí?

-De ti- asintió el mago.

Amu lo miró con desconfianza.

-Quiero pedirte que hospedes a una amiga.

Entonces Reed bajó su libro y Reaper frenó su ejercicio, mirándolo. Arksinad parecía avergonzado, pero Amu lo miró fijo, quitándose los guantes incrédula.

-¿Amiga...?

-¿Es Merady?- preguntó Reed interesado.

Su amigo asintió. Apretaba los puños bajo las mangas blancas de sus nuevas ropas.

-Desde ayer... He estado recibiendo una señal de ella desde nuestro Sello de Convocación. Creo que está pidiéndome permiso.

-¿Permiso?- se sentó Reaper y arrancó distraído el césped bajo sus rodillas, lo que le ganó una regadera en la cabeza de su prometida.

-Para venir conmigo. Siendo así... Debe de estar en una situación incómoda. Sospecho que su señal viene desde antes, desde que estábamos en la Ciudad Dorada. Por supuesto, en ese momento no la podía contactar.

Se miraron, recordando a la joven o, en el caso de Reed, recordando con pena a su hermano, a Eluid rugiendo de furia y recriminando a todos por haber sido tan permisivos, tan débiles. Amu dio un largo suspiro, y asintió sin mucho preámbulo.

-Está bien. Sería interesante tener un invitado inteligente por aquí, ya que estamos. ¿Pero dónde dormiré? Tal vez podríamos usar la casa de Allon...

-Dormiré en mi cama- le contestó el celestiano, decidido- Y yo dormiré en la casa de Reaper.

-Ni hablar- negó la joven- Hay un hueco gigante en esa casa, ¿no lo has notado?

-No es que haga frío precisamente...

-Iré con él- se incorporó Reed. Lo había decidido de último momento y le pareció entonces lo más correcto, más cuando Arksinad le sonrió con agradecimiento. Después de todo, el mago tenía razón. Nadie robaba la casa de los Assadan, y si lograban ambientarla estarían bien pasando las noches allí tan sólo para dormir. Y, además, así le libraban a Amu el peso de tantos huéspedes.

-Reed...- dudó la joven, pero su prometido le hizo una seña y al final no se atrevió a más. Le hizo prometer a Arksinad que intentaría reparar con su magia el agujero dejado por los Jormungands y les aseguró, tan directa y brusca como siempre, que estaban invitados a seguir allí cuanto tiempo quisieran y que al menos tenían la obligación de comer con ellos. Ambos asintieron encantados. En realidad, en ningún momento se les había cruzado por la cabeza comer en otro sitio que no fuera la casa de Amu, más desde que sus habilidades culinarias habían dejado de parecerse al contenido de un manual de demonología.

Entonces, esa misma noche y frente a los otros tres espectadores ansiosos, Arksinad devolvió por fin el llamado que su amiga de Cel-Neckar le estuviera haciendo desde hacía semanas. Lo hizo con cierto nerviosismo, probablemente temiendo que nada regresara allí con él, que Merady estuviese muerta o fuera aquello una trampa de Vannael, el momento exacto en el que todo culminaría.

Tocó su sello, y al principio nada ocurrió. Unos segundos de espera nítidos se interpusieron entre el instante en el que lo había hecho y el momento en el que un relámpago azotó el suelo del comedor, trayendo a la figura de la noble con ellos. Desgreñada, con los volados del vestido desgastados y el cabello alborotado, lo primero que hizo Merady Skardtril fue arrojarle en los brazos del mago.

-¡Ark! ¡Estás vivo! Pensé que...

El celestiano también la abrazaba, y la calmaba dándole palmadas de afecto sobre la cabeza. Amu miró la escena boquiabierto, como si hasta ese momento no hubiera creído que Arksinad pudiera tener otros amigos.

-Te llamaba y...- sollozó ella- Y no había respuesta, me temí que... Y Duran dijo que me fuera, y él... ¡Oh, pero creo que me seguían! Ese pueblo... ¡Estás tan cambiado! ¿Qué te ocurrió, Ark...?

-Sí, sí- sonreía el rubio. Estuvieron así un buen rato, hasta que ella pareció calmarse y logró respirar, secándose las lágrimas. Y entonces, como si todo hubiera sido un acto –o un acto a medias, pues evidentemente estaba feliz de ver al mago- se separó de él y lo miró, sonriente.

-Lo siento. Perdóname, Ark. Pero Eluid tampoco contestó mi llamado... Por un tiempo pensé, de verdad creí... Que me había quedado sola otra vez.

-¿Eluid?- inquirió Reaper, que había estado viendo la escena sentado con el mentón sobre el respaldo de una silla. Merady se volteó e hizo una reverencia para saludarlo.

-A Reaper y a Reed ya los conoces- los señaló Arksinad, y se volvió a Amu- La de allí es la prometida de Reaper, Amu Id Eclant.

-¿Estamos en...?- dijo Merady, y palideció un poco. Se recuperó al instante y se inclinó a la pelirroja- Lamento las molestias.

-Ni lo menciones. Eres bienvenida aquí cuanto tiempo quieras quedarte. Pero ni imaginé... -rio la joven, observando a Arksinad de reojo- Bueno, supongo que no creí que tuvieras alguien por quien preocuparte. Creo que me equivocaba sobre ti.

El aludido sólo atinó a inclinar su cabeza, confundido. Reaper rio, y Amu pasó a examinar con atención el elaborado atuendo de la noble recién llegada, como tomando las medidas para darle ropa más acorde al calor de Eclant, pero Reed se había quedado encajado en el pasado, en la mención anterior. Eluid no estaba atendiendo los llamados de su hermana. Y, siendo tan protector de ella como pensaba, presentía que esas no eran buenas noticias. O algo importante estaba ocurriendo, o el asesino de dragones estaba...

La posibilidad le parecía terrible. Pero se contuvo de pronunciarla, hundido en sus pensamientos, y observó a Amu motivarse más y más por su nueva invitada.

-Desocuparemos el cuarto de utilería para darte una habitación. ¿Ya cenaste?

-Hum...

-¿Desocuparé yo el cuarto?- suspiró Reaper.

-¿Quién más?

-¿Por qué no hicimos eso antes?- inquirió Arksinad, tirando del cabello trenzado que caía delante de su oreja- Claro que no es que no me agradara el piso pero...

-Porque ustedes son unas bestias- le sonrió Amu- Y me esperaba otra bestia más, pero me traes aquí a toda una doncella. ¡Oh, esto es tan bueno! Hacía años que necesitaba a una amiga en este pueblo.

Y la abrazó, como si fuera una muñeca. Atrás, yendo a arrastrar las cajas, los artefactos, ropas y muebles viejos que se atoraban dentro del pequeño cuarto del fondo Reaper fue gradualmente perdiendo color, como si recién comprendiera el cómo afectaría a su vida esa nueva situación.

De allí en adelante, las cosas no cambiaron particularmente, pero Reed entendió que sus días de reposo estaban contados. Junto a Arksinad se trasladó a la casa de los Assadan, repararon el enorme hueco que había en el taller –bastó un poco de magia de tierra para cubrirlo con una pared sólida, mal formada de argamasa que impidiera que el aire ingresara- y durmieron en el desorden, protegidos del frío por el fuego que el mago encendió con su magia. Todo el siguiente día, excepto las pausas que utilizaron para volver al otro hogar y comer junto con Amu, Reaper y Merady, lo gastaron en poner orden a esa casa destruida: abrieron ventanas, ventilaron, limpiaron con baldes de agua, remangados hasta los codos, desempolvieron los cientos de estantes de libros que había, libros sobre forjas, sobre espadas de leyenda, sobre mitos, sobre magias arcanas o dioses; revisaron distraídamente las cientos de cartas que Osald Assadan hubiera escrito en su enfermiza búsqueda de paz y hasta encontraron un viejo dibujo de Reaper, hecho con ceniza endurecida, en el que el niño se imaginaba a sí mismo como el capitán de un navío pirata. Las risas abundaron. A la noche, al volver de cenar –un delicioso guiso, barato pero muy espeso- la casa de la familia Assadan parecía un lugar distinto, más cálido y acogedor, aunque no se atrevieron a dejar la posición de acampado de sus colchones en el salón principal a la hora de dormir. Si hubiesen ingresado en la

habitación de Reaper, o en la de Osald, la tristeza que se impregnaba en el vacío de esa morada hubiera resurgido en ellos, y los recuerdos de esa muerte en la Forja los hubieran asaltado apurando el momento de renuncia. Sólo por dormir allí, en ese espacio tan cercano al pasado y a la infancia de su amigo, Reed se sentía como un intruso pero, por sobre todo, sentía que jugaba una apuesta oscura, tentando a la suerte a devolverlo a sus días de aventura.

Luego de eso, los días retomaron cierta monotonía distendida. Amu parecía haberse encariñado con Merady en muy poco tiempo: la llevaba al mercado, en donde compraron ropa para ella, o daban largos paseos por los caminos del monte, o entablaban una relación a base de charlas en las que la noble le desgranaba la realidad vana de la alta vida de Cel-Neckar, o su etapa en el culto a Ianna, o las intrigas románticas de la corte, y la otra aprovechaba para descargar toda molestia que pudiese tener para con su prometido mientras emprolijaba la melena rubia hasta la nuca y oía los sacros consejos que recibía a cambio. Así, en tan sólo unos días, ambas se volvieron amigas.

Reaper en cambio no se veía tan animado.

-¿Amu con una amiga?- suspiró, una mañana en que los tres habían decidido dar un paseo sobre el arca hasta el siguiente pueblo en busca de noticias de la guerra- De sólo verla, comienzo a extrañar la frescura y privacidad del Tártaros.

Al final, todo marchó bien. Merady terminó por acostumbrarse con velocidad a la vida en Kamui y Amu encontró una nueva aliada a la hora de destilar su sarcasmo sobre Reaper. Arksinad y Reed continuaron viviendo en la casa de los Assadan –al levantarse, casi siempre, a los gritos los niños lo invitaban a jugar con el trapo en la calle y Reed accedía, luego de realizar las meditaciones que le habían inculcado ya en su rutina- y el guerrero pudo continuar sus experimentos junto con ellos, habiendo ya separando en un estante una nueva guadaña *Caronte* para cuando fuese necesario. Y poco a poco, entendiendo que pronto terminaría, Reed comenzó a tener el deseo ínfimo, reluciente, de que esa existencia continuara por siempre.

“Si esto fuera mi vida...” pensaba, cuando acababa de exhalar el aire juntado a la mañana, o cuando se bañaba viendo el techo enmohecido *“Si así fueran todos los años que me quedan, si sólo encontrara en mi camino esta paz, esta tranquilidad que adormece...”*

Pero no sabía cómo continuar esa idea. Su deseo de aventura, tal vez, había muerto, pero una vida como aquella también era perfecta a su manera y por eso temía encariñarse, temía descubrir que cuando terminara su odio absoluto volviese a resurgir. Aún recordaba, en noches en vela, la sensación rugosa del cráneo de Ragnar Amix prendido en llamas, o la mirada de Daivok al caer a la lava, o las visiones tan conocidas –sueños de un sueño, verdaderas alucinaciones de algo que él había visto de verdad en algún momento- lo visitaban y se volvía a ver junto a las esculturas de hielo, en ese galpón donde las motas de polvo flotaban atravesadas por el sol de los altos ventanales y la figura corría, instándolo a perseguirla entre las columnas.

No, no podía caer de nuevo. Y más aún, Nakku y los demás debían de estar esperándolo, aunque se resistiera tanto a ir. Cada nuevo día, extrañaba más a su maestra. Una mañana despertó con la total seguridad de que la amaba, y aunque la emoción había sido muy fuerte luego pudo ponerla en duda por debajo de una verdad: la quería, de seguro, y la necesitaba. Pero volverían a encontrarse. Tal como creía que iba a ocurrir con el alma de su escudo, sentía que esa era una realidad inevitable.

Y entonces, una tarde especialmente calurosa en la que habían decidido continuar acostados, abanicándose con viejos manuscritos del baúl de Osald, él y el mago perdidos en sus pensamientos, el jaleo de Eclant comenzó a ascender y ambos comprendieron que algo había ocurrido. Se asomaron afuera para ver a una multitud reunida en torno a una figura que caminaba envuelta en una desgastada capa: allí se amontonaban las viejas madres de Eclant, los jóvenes, los comerciantes o hasta los niños corriendo entre las piernas, y el joven noble que tan distinto era a todos ellos por sus ojos celestes y su cabello claro los saludaba amable, estrechando manos, emitiendo palabras de felicidad mientras le daban la bienvenida, esquivando las preguntas que le hacían.

-¡Allon!- exclamó Reed saliendo y vio cómo se abrazaba con Reaper, cómo en la fuerza con la que se estrechaban quemaban la posibilidad de que uno de los dos hubiese muerto. Más allá desde la otra casa Amu y Merady veían al recién llegado como azoradas, una por encontrar a otro celestiano –así lo tomaba- entre aquellas gentes de pieles tostadas y cuerpos reacios y la otra, más concedora, por el extraño brillo oscuro que había en los ojos del Ser de Eclant al pasar entre su pueblo.

Celebraron una comilona como no las habían tenido en semanas, disponiendo sobre el mantel fuentes colmadas: cerdo, vegetales del jardín, ajo asado, tajos de carne salada y cuencos de pescado triturado con hierbas; todo regado con buen vino, buena cerveza; y hasta una copa de licor de naranja que Allon se había traído desde Sadalsud para agasajar invitados. Comieron y bebieron copiosamente en torno a la mesa, se presentaron quienes no se conocían, bromearon y recordaron las anteriores partidas de fuji, que revivirían en unas horas.

Durante toda la cena, Allon evitó contarles sobre qué ocurría en el norte, con Fariel o los duques, y ninguno intentó tampoco presionarlo. Venía desde lejos, un largo trayecto que atravesaba todo el continente y parecía dispuesto a descansar. Dejó en claro, eso sí, que su aparición en Eclant se debía a fines políticos y que tenía un deber que cumplir. En una semana, como mucho, volvería a dejarlos y retomaría el camino a la capital y a sus obligaciones de noble.

No dijo más que eso, y todos accedieron a ese pedido de tranquilidad tácito y charlaron, quemaron las horas nocturnas. Y bebieron. Bebieron mucho, como impulsados por la alegría del reencuentro, y el tiempo se les fue haciendo un concepto difuso entre cada aliento y cada chiste pronunciado con voz tomada de emoción.

Un poco después, ya tres jarras se habían caído con un estrépito que no oían y sus risotadas ahuyentaban el silencio a golpes, entremezclados en una partida de cartas doble –Arksinad y Reed contra Allon y Reaper- en la que las trampas, los comentarios insidiosos, las interrupciones para dar largos tragos de licor o jugo de Zamora bien estacionado de las despensas de Osald abundaban. Reed tomó también, mucho más de lo que nunca hubiese tomado en su vida. En cada nuevo sorbo, en el que su cuerpo le pedía alcohol y su mundo se tambaleaba se sentía más feliz y comprendía menos de lo que ocurría a su alrededor, tan poco acostumbrado a ese estado, sonriendo como un

idiota por lo que pasara como si recuperara su alegría infantil en ese mundo difuminado, inestable.

Amu se hallaba acostada, intentando dormir y Merady había vuelto a su habitación, para dejarlos en calma. Pero ni aun así Allon dijo nada. Continuaron todos enfocados en el juego, que cada vez se volvía más caótico hasta que, borracho como una cuba, Arksinad se levantó de improviso y sacó de su bolsillo esa piedra roja, el Rubí legendario, y girando como un trompo gritó.

-¡Merady! ¡Mee-ra-dy!

-¿Hum...?- la noble abrió la puerta, bostezando. Una parte consciente, en el interior de Reed, se preguntó qué tan tarde era.

-¡Es tuyo!- le dijo Arksinad poniendo la joya en sus manos- ¡Todo tuyo!

La celestiana sólo lo miró, curiosa, quizás alerta por el brillo que destilaba su consistencia rojiza.

-Ark, no creo que...

-¡No quiero ese peso!- negó el mago, e hipeó- Lo siento tanto, pero no quiero ese peso...

Y cayó hacia atrás, desmayado. Merady volvió a la privacidad de su habitación y Reaper, que era el que más se sostenía del grupo tomó a Arksinad y lo llevó a cuestras hacia el comedor, pero en vez de ponerlo en una cama lo sentó en la silla y apoyó el respaldo contra un mueble, para que apenas se sostuviera. Rio un largo rato, su carcajada opacada por Reed y Allon que cantaban una canción en un afónico coro, incrédulos ambos de haberla conocido como si no hubiese sido famosa en el ancho mundo:

*“Y si tienes que partir
Recuerda siempre que
Esta vida sólo vale
Lo que tu alma le dé*

*Sólo sigue viajando
Por el camino ya pisado
Somos soles que brillan
Y aunque nos apagamos*

*Es el viaje que hacemos
¡El que nos ha guiado!
Es esta llama nuestra
¡La que todo nos ha dado!”*

Y reían, reían mucho, aunque Reed siempre había pensado que era una canción muy triste y sin sentido. Todavía recordaba la primera vez que la había escuchado, junto a Yeguilex, Bullwe, y los demás soldados de Fariel en el pueblo de Mib, camino a la capital, cuando todos peleaban y él se perdía en esa felicidad, en el jolgorio bruto de los

aldeanos. Aquel momento le parecía tan lejano que más bien se asemejaba a un sueño. Su parte consciente, que perspicaz seguía emitiendo sentencias sobre su indolora actitud de borracho le susurró algo al respecto, que le hizo sentirse frío aun entre el calor y las carcajadas. Había pasado tanto tiempo...

Unos segundos después Arksinad despertó otra vez, murmurando como sonámbulo, y se levantó de la trampa en la que lo habían tendido sin que la silla temblara siquiera un poco. De dos saltos trepó a la mesa, extendiendo sus brazos como si quisiera abarcar todo el aire con su cuerpo y gritó exaltado:

-¡Les diré la verdad! ¡Soy-!

Pero cayó, golpeado por Reaper que de un puntapié lo derribó de su pedestal. Quedó allí, durmiendo boca abajo, como si nada le hubiese importado y el guerrero se tambaleó más consciente, y viendo que había obrado bien y que lo había desmayado se dejó caer contra la pared.

Allon y Reed mantenían su desastrosa interpretación musical como si la vida les pendiera de ello, por lo que se perdieron el momento en el que una malhumorada Amu recuperaba a su pareja de entre el desorden y la conducía a su habitación, dejándolos a solas con el mago dormido. Cantaron las estrofas finales con voces quebradas, agudas y cerraron con un brindis, terminando lo último de sus vasos en un largo trago. Con una coordinación que no habían tenido para el ritmo ambos cayeron adormecidos, puestos contra la mesa.

El sopor, el mareo, los sonidos que parecían venir de bien lejos. El estar despierto, pero saber que uno va a dormirse pronto y que olvidará lo que está a su alrededor. La incertidumbre sobre qué es lo que está alrededor en realidad. El peso del cuerpo, de los brazos y los dedos que como acalambrados parecen pertenecer a alguien más, ser el soporte de otra persona que no desea moverse. La suave pereza del ensueño que envuelve la mente, los pensamientos que se dispersan, ilógicos, triviales, el sabor amargo en el paladar y el embotamiento de todos los sentidos; todo eso lo hundía más y más contra sus codos, su mejilla aplastada contra la tela de su camisa, los ojos apenas entreabiertos.

Arksinad no roncaba, pero había un sonido que perturbaba el ambiente. En el estado en que estaba, Reed tardó en comprender que eran sollozos y más aún, tardó en comprender que los sollozos provenían de su lado. Y cuando lo descubrió, más que consternación, fue una curiosidad neutral la que lo instó a mirar a Allon.

El noble lloraba, temblando apenas, gruesos gotones resbalando de su pálido rostro. Hundía su cabeza entre los brazos y las lágrimas fluían, brillosas, y Reed lo miraba al principio sin comprender, preguntándose qué parte de la canción era aquella, hasta que su conciencia, cuyo volumen era cada vez más bajo en sus oídos, hizo otra sugerencia muda y le obligó a recuperar su cuerpo, a sacudirlo.

-Allon.

Como si no hubiera oído nada el otro continuó, sacudido por un temblor. Reed volvió a moverlo, sintiéndose presa de la angustia.

-Allon, ¿qué ocurrió?

Y el Ser de Eclant se irguió de repente, arrebatado por un impulso violento, la cara llena de mocos como la de un chiquillo reprendido. Ambos se sintieron espantados. Las manos del joven temblaban al recordar, la angustia se apoderaba de sus facciones, el miedo que sólo el vino podía haberle liberado de los huesos.

-Nos... atacaron... La guerra... Oh dioses, Ann... Yo no quiero...

-¿Quién los atacó? Allon.

Lo oyó desvariar, perdido entre llanto, frases inconexas, reflejos de un combate que no se había sucedido hacía mucho lo sobresaltaban, enfebrecido. Poco a poco su propio sopor fue desapareciendo, dejándolo sobrio como si todo lo anterior hubiese sido una broma. El alcohol le daba solo un sentimiento vago, terrible de que algo que no podía evitar estaba pasando, había pasado.

-¡Allon!- lo sacudió con ímpetu, aterrado.

-Fariel... -hipeó el rubio, volviendo a la consciencia de un animal herido- Nos odian, Reed. Pero nosotros no fuimos, lo juro, te juro que nosotros no... ¿Me crees, Reed? Por favor, alguien... ¿Alguien nos creerá alguna vez? Y esos hombres... No, por favor. Nadie podría querer eso. Nos odian... Ya es muy tarde para todo, hasta para llorar, y yo soy un inútil... Oh, ¿Quién puede haber querido eso...? ¿Quién se atrevería a tal horror? Si lo hubieses visto, Reed... Si hubieses estado ahí cuando atacaron, como bestias... No quiero otra guerra. La guerra es para los fuertes, para los perversos, pero yo quiero estar con ustedes, con Reaper, con Amu, con mi Ann, no... No esto. Esto es un infierno, y no puedo más. Aún no he perdido nada, y tengo mucho miedo.

»Pero ellos lo perdieron todo, incluso antes de que los matáramos. Tenían hijos. ¡Hijos! Y tenían amigos, o esposas, hogares... Nada. No sé qué hay allí ahora. Me enferma el sólo pensarlo. Sentí que debía vomitar mi alma al suelo. Pero su ciudad... Lo que conocieron, lo que vivieron, Deneb Algedi entera fue arrasada. ¡Y no queda sino luchar! ¡Ellos, y nosotros, pues yo no quiero perderlos! ¡No quiero perderlos, Reed! ¡No así!«

6. Bienvenidos A Nuestra Ascensión

“Soy un cobarde. ¡Gallahard Arleon, eres un cobarde!”

Apretaba los puños con fuerza, hasta dejar marcadas las uñas en sus palmas y que las hendiduras se perlaran de gotitas rojas, minúsculas como el rocío que bañaba los jardines de la ciudad. Ese era el único gesto que imperceptible traicionaba la calma en su cara, el bello rostro frío y sereno al avanzar entre los rosales, las magnolias, el aroma de los jazmines. Bajo esa máscara se ocultaba una mente perturbada, que se maldecía a sí misma de mil formas distintas.

“¡Cobarde! ¡Un cobarde!” se seguía repitiendo, una y otra vez, intentando lacerarse con sus propias palabras sin éxito. Pero podría haber llorado. Daba paso tras paso sin perder velocidad, pues sabía que apenas tuviera un descanso las escenas resurgirían: Duran combatiendo contra Vannael, pidiéndole ayuda, Duran siendo arrojado por el torreón del castillo para encontrar su muerte en el patio interior, quebrado por la altura. Duran, aquel viejo cascarrabias, su mentor y tal vez lo más parecido que había tenido a un padre desde los piratas que lo habían rescatado en su niñez, a alguien que lo guiara por el sendero correcto. Y él, Gallahard, le había fallado. Había temblado en el momento crucial, se había acobardado y por su culpa Duran estaba muerto. Duran estaba muerto, y ya nadie podía defenderlos.

Jamás se había despreciado tanto en la vida. Al comer, al beber, al intentar conciliar el sueño, en las horas gastadas junto a las damas que le frecuentaban o cuando intentaba dispersarse esculpiendo con su magia, el sólo verse a sí mismo captado en un imprevisto reflejo, o el ver sus manos pálidas moverse, le daba un asco inimaginable, unas nauseas completas por estar vivo. Duran estaba muerto. Había intentado avisarles, luchar por lo que era justo, pedirle su ayuda; y ahora Gallahard tan sólo perdía el tiempo, continuaba viviendo como si nada. Pero ya no vivía. Lo que hacía no tenía espíritu, no tenía el vigor que había constituido su juventud. ¿Qué le importaban ya a él los enredos de la corte? ¿Qué le interesaban las mujeres que le coqueteaban empolvadas en maquillaje, los maridos furiosos, los duelos vencidos? ¿Qué le importaba su poder, su arte, que tanto lo había colmado antes? Se sentía estúpido, infeliz por haberse ocupado tanto en asuntos tan triviales. Mientras él reía, bebía y gozaba de su juventud, Duran había estado haciendo lo que por su sola pertenencia al Geral Gallahard sabía era también su deber.

Y no era sólo su deber. Era el deber de todos, pero ya nadie estaba actuando. Como organización, el Geral Veintiún estaba muerto desde que la verdad tras su líder se había descubierto. Unnaon Omega, Eterea Midenheart, Zaqqa Quasar, y él, todos los magos que no habían sido corruptos desde un principio y habían presenciado la batalla entre el Dos y el Uno esa tarde de lamento se hallaban inactivos, incapaces de moverse y alertar a nadie.

Los estaban vigilando. Gallahard lo sabía, había aprendido a percibirlo, adoptando la misma actitud que su compañero había tenido. En el salón de té de Silva Fourland, o cuando se inmiscuía en alguna casa ajena, o cuando se perdía dentro de su propia mansión se percataba de que ojos antipáticos seguían sus movimientos. ¡Pero qué vergüenza, que pensarán que quería oponérseles! Le atribuían un poder del que se sentía absolutamente desprovisto. No, no tenía el valor. Cuando juntaba coraje, cuando pensaba que Duran había muerto por él y que la verdad estaba de su lado; sólo llegaba a pensar en Vannael –monstruoso, alado, los ojos rojos de odio- y su cuerpo se ponía blando, tembloroso como la manteca vieja. No podía hacerlo, por los dioses, que le perdonaran, pero no podía. Los demás... Esperaba que alguno de ellos actuara, pero lo sabía improbable. Eterea, Omega, Zaqqa... ¿Qué iban a hacer contra el Uno, contra sus seguidores, contra los miles de hechiceros que le rendían pleitesía? Nada. Esa era la triste verdad. No había nada que pudieran hacer. Cualquier intento de formar una resistencia, de alertar a las masas, de obtener la ayuda de alguien externo se vería burlado por quienes los acechaban, o por el mismo poder incomparable del rey.

Sí, tenía mucho, mucho miedo. Ni siquiera en el pasado, cuando la sangre lo cubría y se arrastraba sobre vidrios rotos, huyendo de su casa mientras los alaridos de la servidumbre le tiraban hacia atrás, se había sentido tan asustado como lo estaba ahora, y más desde que las noticias habían llegado de Fariel. Porque lo que había ocurrido...

Mientras recorría el jardín, las charlas, cuchicheos, y debates de los paseantes rondaban el mismo tema: el cataclismo inimaginable, la catástrofe que había destruido por completo la ciudad de Deneb Algedi. Gallahard oía retazos de conversaciones, y lo que formaba con ese entramado era la certidumbre de que nadie –ni los vasallos, ni los bardos, ni los viajeros jactanciosos ni los nobles del salón- parecía saber en realidad qué era lo que había ocurrido con la capital.

Se hablaba de un ataque de Kamui, un armamento mágico que habría destruido el corazón del reino enemigo antes de comenzar la guerra, buscando la victoria fácil. Casi todo el mundo estaba de acuerdo al menos en esa parte, aunque de allí los detalles variaban: algunos comentaban que había sido un explosivo que descendió desde el cielo, convirtiéndose en una lluvia que barrió la ciudad por completo; y otros aseguraban haberlo visto expandirse desde el castillo de Faudó, creciendo hasta convertirse en una torre de luz que devoró sus alrededores. Las teorías en cuanto al culpable también eran de lo más diversas, desde agentes infiltrados del imperio kiel que habían obrado con el respaldo del ducado kamuita hasta la constancia de algún profeta demente, que sostenía que habían sido los Unnaon mismos quienes habían vendido su reino al enemigo. Se decía también, de boca en boca, que otra ciudad ruinosa había aparecido en el mismo sitio donde Deneb Algedi había desaparecido, alzándose gris e imponente y que cuando los escuadrones de avanzada llegaron a investigar el lugar el culpable había huido envuelto en una capa negra, pero no había podido evitar que reconocieran su rostro: el de Sefhid Silas, el conocido guardaespaldas de Shimari Kaharis Hertón y quien la habría influido para establecer su alianza con Gikeldor; o, en

otras historias, el de Unnaon Alpha quien había revelado unos increíbles talentos como mago: derrotando a los soldados y huyendo por los cielos.

Lo cierto era que nadie sabía realmente si alguno de los mandatarios había sobrevivido: tal era el caos que reinaba; y Omega se había escondido en alguna parte de Babel, evadiéndose de acudir en rescate a su pueblo no tanto por su implicación en el horror sino –pero a esto sólo lo sabían unos cuantos- porque también estaba siendo acechado como Gallahard lo era todos los días, más aún que el resto de ellos. No los dejarían en paz. Hasta que la guerra de Vannael no diera sus frutos, no les permitirían actuar.

El Tres no pensaba mucho realmente sobre la destrucción de ese otro reino, aunque sentía que de algún modo era parte de lo que fuera que Duran había querido detener. Que la explosión se hubiera dado justo cuando Vannael reveló sus colores, luego de que desapareciera, que la milicia de Fariel hubiese estado fuera del rango, perfecta para responder con un ataque al culpable señalado en Sadalsuud, en todo veía las pistas obvias que el resto de la gente jamás hubiera llegado a imaginar. Porque él ahora sabía. Seguía siendo un cobarde, más que nunca, pero ya no estaba ciego. Vannael no era Vannael, no era quien había creído conocer. Quizás nunca lo había sido. Esa era una verdad a la que Duran había querido alertarlo, y sólo con su muerte lo había logrado arrastrar fuera del humo vano de su lujuria y desgano.

No, por su parte él ya no sospechaba de Kamui. Alguna vez, hacía sólo semanas, hubiera seguido esa corriente sin pensarlo dos veces dando por sentado que el enemigo era ese reino, sin siquiera comprender o preocuparse sobre qué era lo que constituía una guerra como la que iba a desatarse. Pero ya no. Había un enemigo, lo sabía, pero ese enemigo no estaba entre los aposentos del palacio de Shimari ni en el continente occidental. El enemigo era un diablo vestido de blanco y algodón, grave, triste y desequilibrado.

Se estremeció. Ignoró los saludos de algunos estudiantes de magia que lo reconocían, tímidos; y evitó acelerando el paso el rubor candente de un par de doncellas al verlo atravesar el umbral de zarzas de ese edén ciudadano. No estaba de humor para hablar con nadie. No quería que lo colmaran con sus chismes, con sus teorías, con sus estúpidas acusaciones. Necesitaba un momento para sí mismo, en su hogar, para dejarse llevar por las emociones que le hacían ebullición en el pecho.

Así que no prestó atención, y se dirigió cruzando la plaza mayor, en línea recta hacia el mercado. Evitaba tanto el castillo como la Torre de Babel como a la peste, pues de llegar allí el arrepentimiento y los recuerdos hubiesen sido demasiado fuertes. Si hubiese pasado frente al estudio de Duran, si oyera en su consciencia su voz regañándole...

Las uñas se hundieron más en su carne, y su mandíbula se tensó. El día anterior incluso había ido a la Torre de las Palomas, o a la biblioteca, buscando algún mensaje que el Dos hubiese querido dejarle, algún pedido, algo que lo obligara a quebrar su miedo y actuar; pero sólo el silencio acusador le esperó en esos lugares y lo obligó a volver arrastrando los pies. Había también intentado hablar con Silva Furland, la atareada dueña del salón que ambos frecuentaban y sus veladas inquisiciones – demasiado veladas, demasiado tímidas- habían quedado en nada, pues la mujer se veía con un ánimo sombrío y lo rechazaba ahora como si él mismo hubiese matado al Dos; aunque luego Gallahard había comprendido que esa actitud se debía a los magos que les espiaban, tan evidentes en sus asientos y con sus capuchas negras. Hasta Dordo, el anciano maestro de Duran Id Scion había desaparecido hacía días, y nadie podía

asegurar que no hubiera muerto en la explosión de Deneb Algedi. No, no tenía consuelo. Sus intentos eran magros, débiles, a medias por el miedo.

“Perdóname, viejo... No puedo. No puedo hacerlo. ¡No quiero morir!”

La puerta desvencijada se irguió ante él, protegida por una reja negra que ni siquiera se había molestado en cerrar. Aquel espacio reducido, tan cerca del centro de la ciudad era una de las muchas propiedades que le pertenecían como herencia de su familia asesinada, uno de los sitios en los que podía dispensarse. Su mansión, en las afueras, el chalet en el sur y tres casas más en la ciudad; eso era todo lo que le había quedado junto a su título de nobleza. Antes, los Arleon habían tenido más poder. Mansiones en Gikeldor, casas de veraneo en Kamui, acciones en las construcciones de Fariel y parte en los centros de comercio de cada reino, el apellido Arleon había sido realmente importante, una firma a la que los ducados de Sadalsuud se inclinaban. Pero desde la masacre... Tan sólo quedaba Gallahard, y Gallahard nunca había sido bueno para administrar su dinero. Además, no le importaba. Hasta hacía poco, su vida se trataba simplemente de quemar el tiempo entre mujeres y arte, en un delirio hedonista de placer y desgano.

Se sorprendió de lo frío que le resultó el interior de ese hogar cuando ingresó a oscuras. No le costó nada crear una luz mágica con su mente y así despejarse la vista, para dirigirse al pequeño salón donde un cómodo sillón lo esperaba. Se arrojó y aplaudió dos veces.

Más luces se encendieron. Nunca le había gustado la oscuridad, pero tampoco quería abrir ninguna ventana. Necesitaba ese encierro. Se echó contra el respaldar, ahogando un suspiro, y aflojó la vincha roja con la que siempre se ataba la frente.

Luego miró, la apacibilidad de ese apartamento. El silencio, la claridad, los muebles desordenados, el polvillo sobre ellos que se aclaraba al pasar el dedo. Vio que había dejado una de sus esculturas, incompleta, sobre la mesa: algo pequeño esta vez, un cubo donde se asomaba mal formada la imagen de un globo terráqueo. Había estado intentando formar un continente en miniatura, pero luego se había rendido. Él sabía cómo era el mundo, no necesitaba un mapa que lo guiase. Pero había abandonado la tarea a medias, y su representación ahora parecía la de un niño, con gran parte de esa esfera opacada por las capas sin tratar. No era que estuviera tan mal. En realidad, el mundo era mucho más grande y misterioso de lo que sabían.

Sintió la figura en su guante, dejándola helarle los dedos. Tuvo la repentina necesidad de tomar su cincel, crear otro hielo y ponerse a tallar algo, algo que le limpiara la mente y lo expiara de la culpa que sentía. Esculturas perfectas, como las que había logrado con su padre; de hombres, o de ancianos, de demonios y dioses, de danzarinas sensuales atrapadas en medio de su baile por sus mortales ojos. Había dejado de esculpir, cuando ocurrió lo de su familia, pero ya desde antes había sido bueno. Su padre, esa figura que tan lejana y amable le parecía ahora lo abrazaba cada vez que creaba algo, y completaba esas obras con su prolijo accionar, apilándolas unas y otras en su mansión de Gikeldor. Tal vez aún continuaran allí. Cada vez que creaba algo, Gallahard lo enviaba a ese lugar pero nunca se atrevía a pasar demasiado tiempo él mismo en los pasillos, ante los ventanales mal reparados, en donde la incomodidad de los recuerdos podía azotarlo. Ya no sentía a ese sitio como suyo. La tragedia que había acaecido sobre los Arleon se había dado cuando todavía era demasiado joven, y la mansión del desierto era sólo un almacén, algo que debía llenarse pero no verse, tan frío y tan cercano para él. Cuando Duran lo conoció, recordaba, y cuando le enseñaba magia y lo regañaba; Gallahard había dejado ese pasado tan atrás que dolía, y las esculturas

mal formadas que había intentado con dedos infantiles y regordetes eran algo viejo, olvidado, reducidas a un pequeño rincón en su mente. Luego Duran lo había visto crear, distraído, con su magia una pequeña codorniz transparente. Y por primera vez desde que lo había conocido, el Dos había sonreído. Desde allí, Gallahard había retomado su camino como artista, perfeccionándose y haciendo uso de su magia para terminar sus obras y hacerlas inmortales. Serpientes, arboles, jardines de rosas y juncos, héroes y leyendas, criaturas oscuras y realistas descripciones de sus amantes; todo sus manos formaban, moldeaban, cincelaban sin darse un respiro en un tributo a los años que por un tiempo había llegado a olvidar. Era verdad, en su caso, que ya apenas recordaba a Gaedal Arleon, que no podía extrañarlo. Pero al esculpir, al mover sus manos con cálculo preciso para formar lo que quería; sentía que el Gallahard niño que asustado y cortado corría en busca de ayuda lloraba, se abrazaba por la muerte de ese padre y esas figuras que se le habían perdido en la memoria: su madre, las sirvientas, el mozo de cuadra que le regalaba golosinas a escondidas cuando daban paseos a caballo; voces distantes apagadas violentamente, aplastadas a un espacio ínfimo de su consciencia.

Amagó una sonrisa amarga, apretando la figura y se contuvo de gritar al cielo, de romperlo todo. Y entonces oyó un sonido. Un peso, puesto sobre el sillón donde hacía unos segundos había estado, y una luz albina que le reveló una nueva presencia en su hogar.

Su corazón, antes ardiendo en su pecho, dio un vuelco.

“Voy a morir.”

-Gallahard.

Se volteó, guardando la figura en el bolsillo. Como en la peor de sus pesadillas allí estaba el rey, sentado, relajado y con algo de alegre en su actitud, en la mirada rojiza tras la máscara. El Tres se quedó parado como un idiota, las manos flojas a los costados, rogando porque el sudor no bañara su frente. Vannael lo estudiaba con atención, divertido.

Entonces Gallahard pareció comprenderlo, e hincó la rodilla mirando el suelo.

-Su Majestad.

-Vaya, Gallahard. Cualquiera diría que te estás poniendo serio.

Aguantó el embate de esa mirada sin levantar la cabeza. No podía calmar el temblor imperceptible que le dominaba las manos. Se maldijo. Se maldijo a sí mismo mil veces.

-No... Lo esperaba aquí, Su Majestad. Pensé que...

-Tuve un par de asuntos a los que atender- se revolvió el cabello el rey, desenfadado. Hablaba como si él no lo hubiese visto matar a Duran, como si fuera una reunión más, como si no supieran la horrible verdad- Un reencuentro muy esperado. Pero ahora las noticias han sacudido al mundo, y me temo que estaré muy ocupado en los próximos días. Por eso quería pedirte un favor, Gallahard.

Se irguió, por fin. Tuvo que forzar callar un alarido al ver que Vannael también se había levantado, y estiraba una mano enguantada hacia él. La mano se apoyó en su hombro. Era liviana, pero su peso era terrible.

No pudo hablar. Si Vannael lo hubiera querido... Si hubiera utilizado su luz...

-Necesito que viajes a Kamui, junto con Zark y algunos otros magos. Hay un... Bueno, digamos que otro criminal que quisiera que trajeran a la ciudad. Pude localizarlo con mi Zadakiel Shunoros, por suerte, antes de que sea demasiado tarde. No creo que les cueste mucho apresarlo.

Tragó saliva, pálido como la luna. No podía sostenerle la mirada. Atinó a asentir a medias.

“¿Por qué finge que está todo bien? ¿Por qué actúa sereno, erguido, por qué no me pateas y me mata en este mismo momento como lo hizo con Duran?” y la respuesta le vino de improvisto *“Es un monstruo.”*

Se esforzó por controlarse, por no aullar.

-¿Puedo confiar en ti, Gallahard?

Con el tacto de su mano en el hombro, de repente pudo percibirlo. Comprobó con horror que Vannael estaba casi vacío. Sin maná. Había gastado una cantidad gigantesca, abismal, que le trajo de vuelta las frases oídas en el jardín, la explosión que había devastado Deneb Algedi. Sintió la boca reseca ante la revelación del crimen, de la oportunidad.

Vannael debía de estar indefenso. Si se esforzaba, entonces, si actuaba ahora, en la privacidad de su apartamento... Si lo congelaba...

Sus dedos se tensaron.

“No... Sólo está jugando conmigo. Se burla, pues sabe que le temo. Me está probando. El venir aquí, de esta forma, en vez de llamarme con su Sello... Quiere saber si tengo la espina como para enfrentarlo.”

El rey lo miraba. Era sólo un movimiento. No tenía maná, no debía poder defenderse. Un sólo desliz de sus dedos, y podría congelarlo, podría terminar con aquel horror, podría vengar a Duran. Era como si ambos lo esperaran. Su mano tembló, conteniendo el reflejo, y sintió que su corazón se quebraba por la vergüenza.

“Ah, pero cuánto se equivoca.”

Se aflojó, inclinándose.

-Sí, Su Majestad.

Y Vannael lo vio por unos instantes, callado. Luego asintió.

-Me alegra tenerte conmigo. Zark tiene los instructivos. Reúnete con él y los demás en el castillo. Dordo podrá llevarlos allá en un instante con las coordenadas correctas.

Ninguno de los dos dijo nada más, y Vannael desapareció de su vista. El Tres quedó así, inclinado, duro, sintiendo el sudor secándose en su cuerpo y al último hubo un temblor mínimo en sus dedos, que se extendió a sus puños cerrados como trampas mortales, a los brazos que se sacudieron como los de un poseso y luego al pecho, subiendo por la garganta. Gritó. Por fin, a solas, dejó salir un aullido horrible y aferró la figura de hielo de su bolsillo, estrellándola contra la pared, presa de la histeria.

“¡Gallahard Arleon, eres un COBARDE!”

Tal eran los hechos como los había vivido Allon Id Eclant: primero, en una tarde que parecía una tarde cualquiera, la totalidad del palacio de Sadalsuud se había visto afectada por un ataque mágico, que había convertido a sus residentes en marionetas, entes sin mente que atacaban a quien se les acercase y que cuando no asesinaban permanecían quietos como muñecos. Duques, nobles, seres, servidumbre, mozos,

doncellas, invitados ilustres y familia real; todo había quedado petrificado excepto unos pocos que habían logrado resistirse: Sephid, el guardaespaldas de Shimari que recién regresaba de la Forja, el Duque Jubeau Beaver y el mismo Allon, que había podido refugiarse en una de las torres a último momento.

-Debieron haber visto eso- les comentó al otro día, cuando el episodio de borrachera se había borrado de su mente y por fin les confesó qué era lo que había ocurrido- Todo el palacio, en el silencio más absoluto. Ni los pájaros cantaban.

Por suerte, como esperaban, Sephid había querido actuar de inmediato y buscar al culpable. Fue entonces cuando divisaron al campeón Sulfur Houppé ingresar, de lado de uno de los duques controlados. Pero cayeron en un grave error, al considerarlo un enemigo. Los duques mataron al héroe, y la maquinaria que daría inicio a la guerra comenzó a ponerse en acción.

Se habían separado, en ese entonces, liberado a Ann de su control y Sephid había desaparecido. Allon no sabía en dónde estaba, y ninguno se atrevió a contarle lo que les había dicho Vannael, la posibilidad de que estuviera muerto. A decir verdad, no la creían. Alguien tan resistente como el discípulo demonio de Albion no hubiera caído tan fácilmente.

Por el otro lado, Allon, Ann y aquel duque libre se abrieron paso y escaparon del palacio, reagrupándose junto con la milicia que respondía a Beaver. Volvieron dos días luego, rompiendo las puertas de la muralla y recuperaron el sitio. Pero lo que descubrieron fue que los duques que habían declarado la guerra a Fariel ya estaban todos muertos. Se habían cortado la garganta a sí mismos, y el culpable de haberlos controlado había desaparecido sin rastros.

De ahí, por sobre todo, buscaron organizarse. Querían evitar esa guerra. Allon contó las innumerables cartas, petitorios, ofertas de mercenarios que recibieron en ese momento, las multitudes que marcharon en protesta o en apoyo, la situación que se vivía. La más curiosa de todas, sin embargo, debió ser la carta del emperador kiel en Gikeldor, Crandor Paglawastros IV. Con el típico laconismo de su especie, la misiva sólo contenía la palabra “*Pinza*”, que Jubeau –forzado encargado de Kamui en ese momento- no pudo descifrar si correspondía a la estrategia a utilizar a la hora de enfrentar a Fariel y Cel-Neckar, a cómo les habían forzado a unirse contra ellos, o a algún código que tuviesen que descifrar en la búsqueda de una alianza. Allon consideraba que eran todas, y que quizás aquella era la carta que más interés deberían tener en responder.

Pero no lo hicieron, confiados en que las cosas se calmarían. Redactaron un comunicado de paz de inmediato, y por detrás también alertaron a los nobles a reunirse, a los herederos ducales de las noticias de fallecimiento para que tomaran sus nuevos títulos y a las armadas para que se pusieran al servicio de Kamui. Por un tiempo, todo marchó bien. Hasta que oyeron una mañana las noticias, irreales, de que Fariel marchaba sobre ellos, que interrumpían en el continente desde la frontera cerrada en Al Tarf.

Allon se integró a quienes corrieron a defender, incrédulos. Pero era cierto. Dos escuadrones de la milicia farielense marchaban como fieras hambrientas; quemando casas, asesinando y mancillando lo que vieran, saqueando y destruyendo. Al principio pensaron que eran bestias. Sus propios ejércitos respondieron, en la capital. Los heridos parecían innumerables, y los soldados luchaban como si la vida se les fuera en ello, con lágrimas en los ojos, con un odio que parecía imposible de entender.

Los enfrentamientos duraron seis días y seis noches. A los dos escuadrones se les habían sumado desertores de otros sectores que continuaban apostados en las afueras de la ciudad, a la espera de órdenes. Las tropas kamuitas los redujeron, aprovechando la ventaja de terreno y su furia para tenderles emboscadas; y cuando la victoria ya era segura los mensajeros trajeron las verdaderas noticias y por fin Allon lo comprendió todo.

Habían destruido Deneb Algedi. Algo había barrido la ciudad por completo, arrasando por igual a todos sus habitantes. Quienes peleaban, quienes rabiosos los insultaban y entregaban sus cuerpos para quemar a Kamui eran hombres ciegos de ira, enloquecidos por las muertes de sus familias e hijos.

Se dieron cuenta, entonces, de que ya era demasiado tarde para todo. Los habían matado. La milicia de Fariel respondería a aquel insulto, a la masacre que ellos no habían causado. Algo había ocurrido.

La guerra había iniciado.

Jubeau Beaver llamó entonces a todos; nobles, vasallos, nuevos duques y generales, almirantes de la flota y líderes de culto, y les dio el mensaje de reagruparse; no marchar, sino reagrupar cuantos hombres tuvieran y convocar a la armada de Kamui, lista para defender a su ciudad. La carta del emperador, de momento, esperaba para ser contestada. Allon había sido enviado de vuelta a Eclant, a reclutar a cuantos jóvenes quisieran participar en el combate. No creía que fuera a conseguir muchos, pero quienes lo acompañaran sin duda serían valientes. Porque lucharían contra hombres heridos, hombres muertos en vida, que tenían razón en odiarles dentro del error de cálculo que tenía su acusación. El horror que se había desatado en Deneb Algedi parecía justificar toda futura muerte.

Cuando oyó la noticia, y en todos los pocos días que siguieron, Reed se halló dividido en dos personas: una que continuaba el transcurso de su rutina, que comía, que reía, que meditaba o se ejercitaba luchando contra Reaper; y otra que simplemente se hallaba en un lugar vacío en donde el silencio era el producto de un millar de alaridos, de gritos superpuestos que se convertían en una música inexistente, retumbante, que crecía como la explosión que había tomado Fariel. Él había estado en Fariel. Yeguilex, Bullwe, Leude o Gio; había conocido gente allí que lo había acompañado, y que sin duda ahora estaban muertos. Se sintió quebrado, por una abominación que estaba más allá de su comprensión y que era ajena a los monstruos que había odiado, que pertenecía al hombre mismo. Recordaba cada tanto las palabras de Skectral a Scarrow, antes de que lo mataran. Quizás el dragón había tenido algo de razón, después de todo. La guerra, esa figura misteriosa que le daba recién una probada de su poder, era hija del hombre. Los casilleros estaban ordenados. Las piezas puestas en el tablero. Pero quien jugara a ese juego perdía algo, una misericordia que todavía los hacía personas.

De allí en adelante, como si fuera posible, intentaron olvidar al mismo tiempo que se preparaban. En el pueblo la voz corrió, y un puñado de jóvenes vigorosos se presentó ante Allon, dispuestos a engrosar las filas de la armada. Reaper los entrenó, aunque si él mismo planeaba unírseles o no era algo que no mencionaba, y que Reed, Arksinad y en especial Amu esperaban saber con ansias.

-Lo que ese idiota de Beaver debería hacer- sostenía el guerrero cuando discutían, como si fueran viejos generales, en tardes calurosas de cigarras el accionar de los reinos- Es recurrir a los kiels de una vez. Sacar a toda la armada es una estupidez. Fariel marchará hacia nosotros, con el respaldo de los magos, y tendremos que hacerles frente solos.

-Pero si establecemos una alianza con los kiels, no habrá forma posible de evitar...

-¿Evitar qué?- pifió Reaper- ¿Que luchen? Allon, sabes tan bien como yo que ya no hay modo posible de evitarlo. Esta pelea va a darse. Cierren Al Tarf, ignoren al emperador, hagan lo que quieran. Más bien nos convendría que se dé allí y no aquí.

Y luego de discutir se marchaba cada uno para su lado, y Allon se quedaba charlando apacible y Reaper continuaba forjando sus guadañas, sus espadas, sus escudos que ahora serían destinados a la juventud que tan dispuesta estaba a arriesgar su vida para proteger el reino. En realidad, el hijo de Osald se hallaba tan o más preocupado que su amigo de la infancia sobre la posibilidad de un combate, aunque lo encaraba con el valor y la aceptación con la que encaraba todos los pesares de su vida, asegurándose a sí mismo que en el peor de los casos, cuanto menos se encargaría de proteger a Amu.

Sabía, así como Reed y Arksinad, de la propuesta de los dragones y entendían que si Jubeau Beaver había buscado refuerzos no era por miedo –Reaper, que despreciaba al viejo duque, al menos por dentro lo reconocía como alguien medianamente capaz– sino por darse importancia ante los aliados que quizás solo él entendía estaban a punto de obtener. No eran los kiels lo vital, para ese hombre. Lo vital eran quienes les esperaban en Aterror, la impensable alianza que constituía que esos monstruos alados quisieran por fin inmiscuirse en un conflicto que a él le parecía humano.

Pero de esto Allon sabía poco o nada, limitado por su condición de Ser. Reaper prefería que lo desconociera. Si era como pensaban, los jóvenes de Eclant y Allon se estaban organizando en vano; y sus ansias serían por suerte nunca mermadas, pues constituirían el telón de fondo que defendería Kamui mientras el reino marchaba de improviso sobre Fariel. Y a esto lo creía porque los dragones no actuaban en defensa. Los dragones siempre atacaban, y más si planeaban resolver la disputa de quienes consideraban seres inferiores. Si Aterror se inmiscuía en esa contienda mundial, Kamui tendría que sí o sí tomar la iniciativa ante sus nuevos aliados y debería golpear a la milicia farielense, reducirlos antes de recibir un golpe en sus puertas. Y los pueblos de Minmedor: Eclant, Petrae, Kaus Australis y tantos otros que se perdían en el sur, sin duda serían sólo reserva que se mantendría dentro del continente, protegiendo el hogar de posibles incursiones.

Eso era lo que en realidad Reaper sospechaba el emperador kiel había querido decirles con su carta de una palabra. *Pinza*. No era necesariamente la táctica, o un comentario sobre la situación. Era un llamado a la acción. Debían moverse rápido, y fulminar, antes de perder ese caprichoso favor de los monstruos que podía equilibrar la balanza de su lado. A Crandor IV no le importaba que Kamui contestara su misiva o no. Era para él ya un hecho que estaban aliados, una verdad innegable que kiels y humanos deberían luchar lado a lado. Su mente, que había heredado el resentimiento arcaico de quienes habían sido alejados en Gikeldor por tantos años, sin duda estaba hambrienta por saltar al combate, por hincar los dientes en el enemigo.

Reed y Arksinad se mantenían neutrales en el debate, enfocados en alternar su vida apacible con la sutil toma de consciencia que los instaba a prepararse. Cuando se levantaban, luego de desayunar en lo de Amu, Reed volvía a la casa de los Assadan y meditaba en la oscuridad, sentado con las piernas cruzadas, regulando su respiración como su maestra le había enseñado, mientras que el mago pasaba tardes charlando con Merady, llevándola a volar en el arca o actuando despreocupado negociando con los

hombres del mercado. Pero estaban tensos. Ambos notaban a Reaper esforzarse, y a su manera también se mantenían en forma: Reed se ejercitaba, cuando se hallaba a solas, o continuaba pidiendo prácticas de combate a modo de juego y Arksinad continuaba practicando su magia renacida, acostumbrándose a ese cuerpo joven y henchido de vida. Seguían descansando, pero era ya un descanso vacío, una felicidad fatua. Se hallaban listos para actuar. Sin embargo, no decían una palabra al respecto. No querían forzar a Reaper a tomar una decisión drástica, y, además, no querían tentar al destino más de lo que lo habían estado haciendo hasta el momento.

Llegó a un punto en el que las discusiones con Allon se hicieron más y más intensas, hasta la noche en que por fin la riña entre ambos se desató.

Ocurrió que Reaper –a esto lo oyeron de Amu, que se veía poco afectada por el asunto- tuvo una noche una idea, que no tardó en exponer a su amigo de la infancia.

-Quiero que me des potestades de Ser.

Hasta allí, las cosas habían marchado bien.

-¿Para?

-Jubeau demorará los trámites demasiado. Déjame utilizar el título de mi padre para viajar a Gikeldor y hablar con el emperador. Lo convenceré de ayudarnos en un ataque que...

-Ni hablar- lo había cortado el otro en seco.

Reaper había soltado un bufido, conteniendo la indignación.

-¿Entonces qué? ¿Esperarás hasta que Fariel y Cel-Neckar estén aquí para actuar? ¿Pedirás ayuda a los kiels mientras degüellan a los niños de Eclant?

-No quiero que Kamui sea quien...

-¡Allon, ya es tarde! ¡Lo sabes bien! Devuélveme el título de Ser. Marcha con los otros a Sadalsuud, y espera noticias. Sería mejor eso a tener a esos hombres en nuestros hogares... Con nuestra gente... No viviré lo que vivió mi padre.

-No- negó Allon, de repente frío como el hielo- No lo harás. Pero sabes, Reaper... Tú también entiendes que esta guerra es una insensatez, una suma de malentendidos. Puede que sea tarde para frenarla, pero no es tarde para hacer lo correcto.

-Lo correcto no va a salvarnos, Allon.

-Pero sobrevivir tampoco. Eso deberías saberlo bien. Y además –añadió, herido- ¿Tan poca confianza me tienes? Osald me dio el señorío de Eclant a mí. No soy tan cobarde como para necesitar que me arrebaten mis derechos de entre las manos.

Y dicho eso, se había marchado de la casa. A la mañana siguiente, además, terminó también por marcharse del pueblo. Lo siguieron el puñado de hombres –el sólo hecho de que fueran a combatir, a los ojos de Reed, les daba el mérito de la hombría- que habían querido acompañarlo a Sadalsuud, equipados con las armaduras y armas de los Assadan. Se veían tan imberbes al partir, con las barbas incipientes y los cuerpos tan menudos que el joven rogó, rezando por primera vez en su vida a la gracia de Ianna, que no tuvieran que probar el fragor del combate.

Reaper no medió palabra, ni los despidió. Se encerró huraño y continuó forjando, entrenando sus músculos bajo el golpear del yunque y sin comentar el asunto; que de por sí a Reed no le parecía que fuese tan grave ya que las diferencias entre ambos amigos se daban precisamente por el cariño que se tenían. Las peleas dadas por amor, en el fondo, no eran crueles. Revelaban la importancia del otro en uno.

La pelirroja debía de pensar similar, por cómo pifió con sorna al mencionárselo.

-Dales cinco días, y los verás bebiendo juntos sin más. Esos dos han sido así siempre. ¿Sabías que antes solían pelearse por mí?

-¿De verdad?- había preguntado Merady, que sorbía jugo de Zamora sin alcohol desde un vaso de vidrio.

-¿Cómo no hacerlo?- se jactaba la joven, revoleando su largo cabello.

Así, pues, Allon los dejó de vuelta hacia la capital y la vida en Eclant continuó, sencilla y plácida. No llegaron más noticias de Fariel o la guerra, más que rumores aislados, alianzas inexistentes, luchas que nunca se habían sucedido y que recorrían el imaginario del pueblo, haciendo que las viudas añoraran a héroes que no existían y los ancianos lloraran a mártires que nunca habían perecido. La jornada de Reed se volvió predecible. Se despertaba, siempre a oscuras y con Arksinad a su lado desacomodado – el mago no parecía hallar nunca un punto estable para dormir en el colchón– se estiraba, se lavaba, salía y sentía el sol calentarle la piel, saludaba a los niños y jugaba con ellos, pensaba en su escudo, desayunaba junto con Amu, Reaper y Merady, descansaba en el sillón, viendo el techo, pensando en su escudo, ayudaba a la joven con el jardín, volvía a la casa, descubría que Arksinad se había ya levantado, se sentaba en el suelo frío, cerraba los ojos, meditaba, pensando en su escudo, inspiraba y expiraba repitiendo las formas del arte seeler, pensaba en su escudo, paseaba, iba al bazar y compraba provisiones, daba largas vueltas en el Arca del Cielo dejando el viento acariciarle el cabello mientras pensaba en su escudo, dormía largas siestas, pensaba en su escudo, y a la tarde luego de pensar en su escudo se ejercitaba, entrenaba ocasionalmente contra cualquiera de sus amigos, hasta que el sudor lo bañaba, se bañaba con agua helada mientras pensaba en su escudo, cenaba hasta colmarse, bebían, jugaban a las cartas y por último se volvía a la casa y se arrojaba en el colchón, viendo el techo, pensando en su escudo, pensando en su escudo, pensando en su escudo.

Sí. Alguna vez, recordaba, perdiéndose en las memorias de cuando era niño, de cuando su padre vivía y él a escondidas lo descolgaba de la pared para jugar... Alguna vez ese acero gris había estado con él. Alguna vez le había acompañado, apoyado, guiado.

Le había *hablado*.

Al despuntar de un alba como cualquier otro no despertó por su cuenta, condicionado por la calidez que bañaba las paredes; sino que lo hizo con un sobresalto, por golpes veloces en la puerta. Se levantó a los tropezones, vistiéndose y abrió somnoliento, sorprendido de ver a Amu en el umbral.

La joven se inmiscuyó rápido y cerró, evidentemente agitada.

-Los están buscando.

Tardó unos segundos en procesarlo, y poco a poco se sintió sacudido de un sueño demasiado largo.

-¡Arksinad!- fue hacia el mago- ¡Arksinad!

-¿Eh...?- gimió el celestiano, despertando.

-Son magos- les dijo Amu- Están yendo casa por casa y preguntando. Buscan a alguien de Cel-Neckar.

Entonces Arksinad abrió los ojos de par en par, levantándose como un resorte y tomando su nuevo sombrero.

-Vannael- alcanzó a murmurar.

Esperaban que el monarca no se hubiera tomado el trabajo de venir por su cuenta a cazarlos. Reed dudó, pero al espiar por las rendijas de la ventana no notó agitación en el pueblo.

-¿Cuántos son?

-Al menos siete. Dos parecen más peculiares que el resto.

-¿Y Reaper?

-Se levantó temprano, así que no sé dónde está. Pero conociéndolo, debe de estar marcándoles el paso.

Asintió, irguiéndose y tomando el arma que había sacado del quinto nivel de la Forja. Arksinad también se preparó, listo para combatir. Siete magos, quizás más. Pero si Vannael les enviaba siete magos a buscar a su alumno prófugo, nadie les aseguraba que no enviaría otra camada en caso de que los derrotaran. Su paz en Eclant había oficialmente terminado.

De repente Arksinad frenó su actitud, saboreando una idea nueva.

-Espera.

Reed lo miró, impaciente por salir. Más que el combate en sí, le producían grandes nervios los momentos previos y prefería lanzarse sin pensarlo.

-Me buscan a mí- razonó su amigo- Vannael debió haber utilizado su *Zadakiel Shunoros* para saber que me hallo aquí. Pero quizás no sea conveniente que los enfrentemos. Amu, ¿Merady está segura?

La joven les asintió. Pero Reed negó, decidido.

-No se marcharán, Ark. Vamos por ellos, y lo terminemos de una vez.

Hubo duda en los labios sanados del otro. Oyeron un sonido lejano, los fragmentos de una charla que a cada segundo se hacía más y más acalorada. Entendieron por el acento que una de las personas no era de allí. La tonada algo pomposa de Cel-Neckar se percibía en la inflexión violenta que daba a las palabras.

Amu chasqueó la lengua, molesta.

-Ya están cerca de casa. Será mejor que me vaya por el taller.

La dejaron ir, para que pudiese contestar al llamado de esos magos. Reed se había temido que fuese una invasión; pero era claro que lo que estaba pasando se trataba de un operativo de rastreo, más característico del Geral Veintiún. Estaban buscando a alguien. Mientras los habitantes del pueblo les abrieran sus puertas y los dejaran inspeccionar no se pondrían agresivos, pero si se resistían serían capaces de echarles las casas abajo. Era mejor que Amu estuviese en donde pudiera atenderlos.

El corazón de Reed latía leve, pulsando las venas de su brazo. Una emoción que no había sentido en mucho tiempo comenzaba a dominarlo. Se miró con Arksinad, y asomó de nuevo por la persiana. No veía al hombre que interrogaba, pero oía los quejidos de protesta de una voz anciana, cercana al llanto.

-¡Abre la puerta, vejestorio!- se oyó, y luego se escuchó un chasquido seguido de un grito.

Arksinad dudó, inseguro, pero Reed no perdió más el tiempo. No era un héroe. Nunca lo había sido. Pero no necesitaba ser uno para hacer lo que sentía estaba bien. Salió a la calle, deslumbrado apenas unos segundos por el sol y luego viró a su costado,

ante la escena. No era la que creía. Allí donde había esperado ver a una anciana indefensa siendo interpelada por un siniestro mago de Cel-Neckar lo que sus ojos encontraron fue a Reaper, estrellando la cabeza de un encapuchado contra el muro de la casa de su vecina, mientras que la mujer retrocedía agradecida y se volvía a encerrar.

El invasor vestía una túnica negra, bien ceñida, de las tropas mágicas de Babel. Era evidente que servía a Vannael. Doblando contra la pared contra la que el guerrero lo había impactado, cayó lentamente, como un caracol que se deslizaba dejando una marca de sangre en donde el animal hubiese dejado un rastro de baba. Escupió dos dientes e intentó erguirse, pero Arksinad le apuntó con una palma brillante.

-No te muevas. Mantén las manos en el suelo.

El mago obedeció, viéndolos asombrado. Reed contempló a Reaper, que se sobaba el puño.

-¿Vannael los envió aquí?- preguntó el Nueve.

-No se saldrán con la suya- masticó las palabras su cautivo, y pedazos de un diente partido salieron escupidos de sus labios- Hay otros ocho magos además de mí y...

-Cuatro.

El encapuchado vio a Reaper y levantó una ceja.

-Cuatro- repitió el guerrero, aun sobándose el puño que parecía gastado por tantos impactos- Ya me cargué a otros cuatro de tus compañeros antes de ti, así que ahora son menos. Bienvenidos a Kamui, hijos de perra.

El hombre palideció, sin atinar a contestar. Parecía haberse dado cuenta que nadie lo ayudaría si se decidían a matarlo.

-¿Me buscan a mí?- inquirió Arksinad de nuevo.

La comisura ensangrentada del soldado se dobló al contemplar a quien le interrogaba, y la confusión se incrementó todavía más.

-No sé quién eres. Buscamos a la chica.

Entonces Arksinad, Reed y Reaper intercambiaron miradas, también confundidos. Y la revelación descendió sobre ellos con la fuerza de un meteoro.

Merady.

-¡Están en la casa de Amu!- alertó Reed, captando a la distancia la puerta arrancada de sus goznes. Reaper también la vio, y de una patada mandó a dormir al intruso, dejándolo a merced de la misma anciana a la que había amenazado.

Corrieron por donde habían caminado tantas veces, con el pecho desbocado por lo que fuese a suceder. Algunos habitantes asomaban por sus ventanas, inseguros, pero Reaper no se dignaba a mirarlos, sino que puso más ímpetu y se adelantó a sus amigos. Derrapó por la calle, levantando una polvareda con sus largas piernas y se perdió por el hueco de la puerta arrancada en búsqueda de su prometida.

Se oía jaleo en el interior. Reed y Arksinad ingresaron tras él, y apenas prestaron atención al desorden que había: la mesa donde tantas veces habían comido, arrojada de lado contra la cocina, el sillón agujereado, algodón regando el piso como copos de nieve en el verano, los vidrios de una ventana partidos y peligrosos contra las sillas desparramadas, cortándoles las suelas de las botas al pasar.

-¡Retrocede, *mujerr* estúpida!- se oyó un graznido furioso, seguido del sonido de algo al ser pateado.

A los tropezones fueron por el pasillo del fondo, pero luego entendieron que estaban en el patio. Retrocedieron cuan rápido podían. No tenían nada claro en mente, excepto que debían luchar y rápido.

-¡Merady!- gritó Arksinad.

-¡Ark!

Aún estaba con vida. Cuando emergieron, la vieron apoyada contra la pared con temor: Amu se interponía, más valiente, entre ella y el puñado de magos que allí se les cernían como lobos, dispuestos a llevársela. Ninguna de las dos parecía herida, pero la situación no se mantendría así por mucho tiempo.

-¡Fuera de mi casa!- les gritó la joven.

Eran cuatro. Dos de los magos eran encapuchados de negro, como el que habían interrogado; soldados básicos de la milicia celestiana que servían de refuerzo a miembros más importantes en sus filas. Los otros dos diferían enormemente: uno era un joven apuesto, de cabello rubio aleonado atado en una vincha roja y un abrigo azul eléctrico, escamado; y el otro era jorobado, con la cabeza llena de vendajes y retazos de pelo rojo escapándosele por la nuca. El último era el que gritaba, con un acento de lo más extraño que marcaba la erre hasta convertirla en un temblor perpetuo entre sus dientecillos puntiagudos.

-¡Las *arrestaremos* a ambas! ¡Vamos a *divertirnos* un montón juntos, *prreciosa*!

Se interrumpió, al percibir a los recién llegados. Uno de los magos encapuchados levantó su vara, dispuesto a atacarles, pero fue echado al suelo por un hechizo de Arksinad que lo fundió en un instante. El otro retrocedió un paso, precavido.

-¿Estás bien, Merady?

La noble asintió, y Arksinad miró sin humor a sus invasores. Los reconocía. Zark Argocette, número Cuatro del Geral Veintiún, y Gallahard Arleon, el Tres. Aquello no iba a ser sencillo.

-¿*Perro* a quién tenemos aquí?- se relamió Argocette, zarandeando los brazos como muertos contra su pecho- ¡El *prrofugo*, la *escorria*, la *miserria* que *traicionó* a *nuestro* rey! ¡Oculto en este reino de *bárbaros*!

Y rio como un engendro, escupiendo gotas de saliva en las flores del jardín. Arksinad no contestó, y Reed desenfundó su arma. Veía al joven rubio, que se hallaba ensimismado más atrás sin actuar y descubría que ya lo había visto en algún sitio. Lo había conocido...

Recordó entonces al mismo joven, hablando teatralmente con Shimari en el palacio de Sadalsuud, diciendo ser un enviado del rey de Babel. Así que, por fin, los habían encontrado.

-Si vienen por mí, Zark, entonces dejen a Merady en paz.

Arksinad se adelantó, precavido, y Reaper viró por el costado. Estaban más que dispuestos a enfrentarlos. El jorobado hizo una seña al otro soldado que quedaba, para que les lanzara un hechizo; pero antes de que este pudiese actuar recibió una pedrada de Amu en la cabeza que le hizo caer hacia adelante. Entonces al mismo tiempo, como si fuera una serie de jugadas por turno, Reed lo derribó de un cabezazo y el tal Zark aferró a la pelirroja con un brazo bulboso, tomándola de rehén.

-¡Quietos todos!- aulló- ¡Hagan algo, y *verremos* que tan bien se ven sus *entrañas* en el pasto!

Se paralizaron. El mago derrotado aullaba en el piso, pero no parecía querer dignarse a levantarse. Gallahard continuaba enmudecido, con los ojos apagados, como perdido en otro mundo. Una gota de sudor resbalaba de la sien de Reaper, que no despegaba los ojos de su prometida cautiva. Todos esos sucesos debieron haber transcurrido en un segundo, tal vez menos, pero Reed los veía con espantosa nitidez.

-No tienen motivos para arrestarla- continuó Arksinad- No es una criminal como...

-¡No necesitamos motivos, *escorria!*- carcajeó Zark, sacando la enorme lengua con el símbolo del Cuatro tatuado en ella- ¡Somos el *Gerral* Veintiún! ¡*Nosotros* decidimos qué es justo!

Al oír aquello Reaper tensó los puños, y Amu palideció. En cambio, Merady pareció salir de su temor y se adelantó.

-¿Son del Gerral? ¿En dónde está Duran? ¡Respóndanme!

-¡Cállate!

El nombre hizo que Gallahard se sacudiera, como impactado por un relámpago. Zark liberó su brazo y golpeó a la noble; pero con el movimiento su agarre aflojó y Amu pisó su pie, arrancándole un aullido de dolor y obligándolo a soltarla.

En ese preciso momento Reaper vio su oportunidad, y corrió hacia el mago. Argocette lo apuntó con un dedo, y de repente el guerrero quedó paralizado. Ni Arksinad ni Reed se atrevieron a moverse todavía, pero en cambio Merady se incorporó, con hilos de sangre resbalando de su frente y volvió a acercársele, furibunda.

-¿Qué hicieron con Duran?

-¡Que te calles, perra estúpida!

Volvió a querer golpearla, pero sólo logró empujarla y con eso dio tiempo a Arksinad a lanzar otro hechizo, que atinó a esquivar saltando justo a tiempo. Tierra, raíces y flores salieron desperdigadas junto a trozos de un cántaro que había sido cuidado con esmero. Zark Argocette escupió al suelo, maldiciendo y volvió a enfocarse en los tres, esta vez apuntando otra mano hacia el alumno de su señor.

-¿*Quierrren* bailar? ¡*Bailarrán!* ¡Les *harré* bailar en su *sangrre!*

Y Arksinad también quedó paralizado, como si los músculos no les respondieran. Apenas visibles, disfrazados dentro del mismo aire los hilos de magia mental que había utilizado el Cuatro se ataban tanto a su cabeza como a la de Reaper, tomando control de sus cuerpos. Reed retrocedió, cauto –la historia de Allon, de lo que había acontecido en el palacio de Sadalsuud resonaba en su mente- y aferró su espada con fuerza, viéndose solo ante tamaños enemigos.

-¡Baila!- gritó Zark, y Reaper golpeó su propia cara, con tanta fuerza que creyeron oír un crujido. Cayó derribado contra el suelo, y Argocette rio- ¡Baila!

La mano de Arksinad sola fue hacia su boca, entrando lentamente los dedos hasta los nudillos. Planeaba asfixiarlo. Reed lo sujetó, sacándole esa mordaza propia y el jorobado volvió a reír con sorna, apuntándole su magia a él.

-¡Baila tú también, condenada rata!

Era una sensación espantosa, la de perder el control. Sintió Reed como otra magia le llenaba los nervios, los músculos, y vio con horror como su brazo propio se desdoblaba y lo golpeaba en pleno estómago, doblándose a la mitad, aplastado por las carcajadas de su enemigo. Amu corrió hacia su prometido, que hacía grandes esfuerzos por levantarse; pero no llegó muy lejos, pues Zark la pateó y tomó del cabello, levantándola a su altura.

-¿Lo ves, *prreciosa?* ¡Nada detiene al *Gerral* Veintiún! ¡Nada!

Y la lanzó contra la pared, relamiéndose. Caminó hacia ella, amenazante mientras que Reed intentaba con todas sus fuerzas tomar el control de sus piernas, pero no podía, no le pertenecían, se resistían a los comandos que les daba su cerebro, y antes de que dijera nada un trozo de tierra partió volando sobre su cabeza.

El Cuatro atinó a cubrirse, despedazando la roca con sus hilos en millares de fragmentos que se desparramaron contra su espeso abrigo de piel. Chilló, indignado, y se volvió a Arksinad, quien había a duras penas logrado sobreponerse a su control y lanzárselo.

-¡*Erres* un...!- estalló, y levantó otra mano de titiritero- ¡Arráncate los ojos! ¡Arráncate ese *rostrro* bonito!

Concentraba todo su maná en ese ataque, por lo que el Nueve no tuvo chances de repelerlo. Las manos de Arksinad buscaron por cuenta propia bajo la frente, impedido de gritar, los dedos pálidos hundiéndose poco a poco en sus cuencas mientras se retorció y Zark reía, reía con sorna, con odio, con envidia, daba una carcajada animal que se prolongaba hasta el cielo y que los dominaba por completo, que se estiraba con la certeza de que pronto oirían un alarido de agonía.

La carcajada frenó de improviso.

Se desplomaron, recuperando el control de sus cuerpos, y alzaron los ojos para verlo. Donde Argocette había estirado el brazo había ahora un pilar de hielo, que se lo sujetaba a la perfección y que dejaba ver translúcido su rostro de sapo, desencajado.

Atrás Gallahard se reflejaba aterrorizado, pero con los ojos brillando como nunca antes lo habían hecho. En su mano levantada sostenía un estoque que humeaba.

-Tú...- dijo Zark, escupiendo con desprecio las palabras. Se movió, intentando librarse, y Gallahard buscó sus ojos y buscó la ira que había estado guardando.

-Esto es por Duran.

-¡Quién te *crrees* que *erre*-!- empezó el otro, pero no pudo terminar su frase. En un parpadeo quedó convertido en un enorme bloque de hielo, que irregular aplastaba las malezas del patio de Amu.

Como si el frío se hubiera extendido también al tiempo, todos quedaron congelados, viendo al joven apuesto que temblaba, en perfecta pose, apuntando a su camarada con el estoque, incrédulo de lo que él mismo había hecho.

-¿Gallahard?- preguntó Arksinad, anonadado. El aludido lo miró con el rostro de quien está a segundos de conocer el filo del verdugo. No atinaba a formar palabras.

-¿Estás bien?- le dijo Merady en cambio, reconociéndolo. Más allá Amu levantaba a Reaper, quien escupía sangre y parecía mareado. Reed enfundó su espada, admirado del enorme bloque acuoso en donde su enemigo se hallaba cauto, el vapor helado que emanaba. El gesto de sorpresa de ese monstruo, su lividez, todo había quedado preservado a la perfección entre las formas brumosas del agua.

El Tres los vio a todos, y asintió a medias. Las manos le temblaban incontenibles. Pero entonces, por detrás de él, Reed comprobó con horror que los ojos de Zark dentro de su prisión se movían, enfocándolo.

Hubo algo estático en el cielo, inconmensurable, como si un mar se hubiera aparecido sobre sus cabezas en tan sólo unos segundos. Entendieron que era magia, magia guiada por los ojos del Cuatro. Enormes orbes de luz violácea cayeron contra la casa de Amu desde el firmamento, con un sonido tan potente que acallaba todo lo demás.

El hielo estalló en pedazos, y Zark salió liberado. Lo primero que hizo fue apuntar al Tres, tomando repentino control de su brazo y obligándolo a hundir el estoque en su pecho. Luego corrió, entre las explosiones, saltando como un animal, entre el estruendo y los temblores y la luz púrpura que lo consumía todo y tomó a Merady, aferrándola contra él.

-¡Están invitados!- les gritó, sangre resbalando por su ancha cara, aguantando los pataleos de la joven- ¡A la ascensión de Su Majestad! ¡Vannael! ¡*Danterrkiss*! ¡Eel!

Llamó el nombre de su amo, con tal devoción y potencia como nunca lo hubieran oído. Y más proyectiles descendieron de entre las nubes, desde quién sabía dónde, y bañaron el jardín con tanta destrucción que ninguno pudo ver más.

Cuando el brillo cegador se fue, Gallahard se hallaba en el suelo, boca abajo sobre un charco de su propia sangre. Merady Skardtril, en cambio, había desaparecido por completo de Eclant.

7. El Matadragones

Por suerte para él, el filo del estoque que usaba como vara había evitado milagrosamente el corazón o cualquier arteria que pudiera ser vital, por lo que el saneamiento de Gallahard consistió más bien en cerrar la profunda herida con cuidado, dándole importantes dosis de medicamentos para evitar que la sangre ahogara el procedimiento. Reed consideraba más bien que Gallahard había corrido con suerte al ser herido cerca del reservorio de pociones curativas más grande de todo Kamui, pudiendo ponerse de inmediato bajo los cuidados de Amu.

Aun así, el noble convaleció por días. El resto de ellos, aunque más sanos –sólo Reaper había estado cerca de fracturarse la mandíbula- no se halló del mejor humor. Habían secuestrado a Merady. Al final, el poder de los aliados de Vannael todavía era mucho para ellos. Reed todavía la recordaba pataleando, la imagen vívida en sus ojos, y se preguntaba cómo encararía a Eluid al respecto, qué tendrían que decirle.

Mientras tanto, sus amigos parecían haberse encerrado aún más en sí mismos, golpeados por lo ocurrido. Reaper seguía confeccionando sus armas, como si pudiese hallar algún secreto, alguna fuerza en esa acción perpetua, maquinal. Arksinad pasaba las tardes en el arca, buscando el refugio de la soledad. Sólo Amu, que se veía ojerosa y preocupada por la suerte que hubiese corrido su nueva amiga intentaba aparentar estar bien, aunque gastaba una enormidad de tiempo ayudando a curar al Tres, limpiando sus heridas y preguntándose por qué había hecho lo que había hecho.

-Creo...- les dijo Arksinad una noche, mientras lo veían roncar, ansiosos por interrogarlo en cuanto despertara- Que Duran Id Scion ha muerto.

La expresión en sus ojos era sombría. Reaper y Reed no hicieron más inquisiciones, y lo dejaron ser. Recordaban haber oído sobre Duran, el segundo mejor mago del mundo, pero no sabían del todo qué conclusión había sacado Arksinad sobre la actitud de Gallahard al respecto.

En cualquier caso, la inconsciencia del apuesto noble se extendió por más tiempo del que esperaban. Lo azotó una fiebre que apenas pudieron aplacar; y su herida estuvo a punto de infectarse aun con todos los cuidados administrados, lo que obligó a Amu a buscar en lo más profundo de su conocimiento para sanarle.

Y al final, a los cuatro días, Gallahard abrió los ojos una mañana en que a su lado Amu preparaba el paño de agua fría.

-¿Estoy muerto acaso?- preguntó- Veo a una diosa cuidándome.

-Muy divertido- sonrió ella- Pero no sé si estás en condiciones de hablar.

El Tres hizo un gran esfuerzo para incorporarse, apoyado en el respaldar de la misma cama en la que Merady se había hospedado. Al último dio un suspiro fatigado.

-Mi gran momento heroico, y termino en un charco de mi propia sangre. Qué acto patético.

-No te muevas.

-Ya lo creo- continuó él, revolviéndose el cabello sin escucharla- ¡Ah, mi bella vida! ¡He pisado todo lo que tenía! ¡Y además-! ¡Auch!

Gritó, pues Amu hundía el paño en la herida ya cicatrizada.

-¡Eso duele! ¡Duele, duele, y por si no quedó claro, duele!

-Eres toda una niñita llorona para ser un miembro del Geral.

-Me insultas- se calmó el joven, y tomó la mano de su cuidadora- Pero contigo a mi lado, creo que podría enfrentar cualquier dolor que...

Se interrumpió al recibir una bota en plena frente, que lo obligó a acostarse de nuevo. Reaper se apoyaba en el umbral del cuarto, con las venas en su cuello marcándose y una sonrisa poco convincente en el rostro.

-No me des motivos, niño bonito.

El rubio se sobó entre los ojos, viendo la luz del techo sin emitir una palabra. Luego se compuso parpadeando repetidas veces.

-Veo que cometí un error. Era de esperar que una dama tan bella ya tuviera compañía.

-No parece ser de los que se detienen por eso- rio Amu.

-Oh, pero últimamente me he estado sorprendiendo a mí mismo- el joven miró contento, y revisó el dorso de su mano. Le habían arrancado su Sello de Convocación con Vannael a punta de cuchillo, para evitar que el monarca lo llamara de nuevo a su lado, y sólo una fea cicatriz indolora le quedaba- ¿Qué soy aquí, entonces? ¿Un rehén? ¿Un convaleciente?

-Eso depende de qué respuestas tengas para nosotros.

Había hablado Arksinad, entrando tras Reaper y apoyándose en la pared del cuarto. Gallahard lo miró con una sonrisa insulsa, como atontado.

-¿Respuestas?- rio- Me disponía a atacarlos, pero tropecé y terminé por congelar a mi compañero. Gajes del oficio.

-No puedes volver a Cel-Neckar.- le dijo el mago, haciendo caso omiso de la broma- Eres tan fugitivo como yo ahora.

Poco a poco la placidez en el rostro fino del Tres se fue diluyendo, escapando hacia sus manos. Sus dedos largos aferraron las sábanas sobre sus piernas, tal vez para contener la ira al explicarse.

-Duran ha muerto.

Reaper y Amu no comprendieron, pero Arksinad emitió un largo suspiro. Era exactamente lo que se había temido todo ese tiempo.

-¿Y tú?

-Pensé que no me importaba- rio Gallahard, pasando su mano por su frente, el número tatuado brillando ante los ojos de todos- Era un viejo irritante. Vannael lo mató, frente a todos. Y yo tenía miedo. Pero aun así...

Los dedos se apretaron más, y los ojos enrojecieron.

-No puedo perdonar al rey. El viejo... El viejo confiaba en mí, y lo defraudé.

Se hizo silencio, mientras que Gallahard se ensimismaba en su propio dolor. Amu retiró los paños, y se alejó de la habitación. Había tenido ya suficiente de dolor en los últimos tiempos.

-Si lo que quieres es golpear a Vannael- dijo Reaper al final, descruzando los brazos y examinándolo con detenimiento- Bienvenido al equipo.

-No se fíen de mí- pifió Gallahard, con amargura- He desperdiciado todas y cada una de las oportunidades de redención que he tenido, y ni siquiera pude evitar que se las llevaran. Diablos... Ser bueno requiere de demasiado coraje.

Se mordió los labios, pensativo, y por último los miró con un gesto extraño, esperanzado.

-Pero ustedes, ustedes tal vez sí podrían. Deben saber que no hay mejor momento que este. Vannael está vacío.

El mago y el guerrero se miraron, y luego lo interrogaron con los ojos.

-No tiene maná. Lo ha gastado todo.- explicó el Tres, quedo- Apostaría que fue él mismo quien voló Deneb Algedi en pedazos. Tardaría meses en recuperar siquiera una parte de su poder.

Los latidos en los corazones de ambos se incrementaron, excitados. Aquella era información muy valiosa, mucho más de lo que habían esperado. Jamás se habían creído capaces de vencer a Vannael. La diferencia entre el mejor mago del mundo y sus tristes habilidades era inconmensurable, siempre lo había sido. Pero si de verdad su maná se había agotado, si de verdad no tenía de momento el poder para utilizar su magia de luz contra ellos...

Debían encararlo cuanto antes, aprovechar la oportunidad. Se miraron, y luego volvieron a ver a Gallahard.

-Te dejaremos descansar- le dijo Reaper- De momento. Luego veremos qué hacer contigo. Vendré en una hora a chequear tus vendajes.

-¿No puede venir tu chica?

-Eso depende, ¿quieres que te haga tragar tus propios dientes?

Arksinad rio, pensativo. Nunca hubiese esperado una reunión como aquella. Reaper suspiró fastidiado y se marchó, y él lo siguió dando un último reojo a ese Gallahard convaleciente, que sonreía pero en cuyos ojos se reflejaba una enorme tristeza. No, no creía que el Tres estuviese pensando en mujeres precisamente, no en ese momento. Lo vio, derrumbado en la cama, y se preguntó por qué nunca había confiado en Duran cuando tuvo que huir de Cel-Neckar. Tal vez si lo hubiera hecho, las cosas hubieran sido diferentes.

Había un gran vacío en la casa de Amu, aunque sólo Merady se hubiera ido. El desorden, el desastre que habían causado los magos invasores del Geral ya había sido acomodado, pero aún la destrucción perduraba dejando marcas indelebles que les recordaban a cada segundo el secuestro de la noble, su desaparición, y en sus mentes aparecían preguntas o preocupaciones que evitaban mencionar para no traer el mal en sus días. Pero ya era tarde. El mal estaba ahí, había estado. Los huecos en el sillón

destrozado, la pata quebrada en la mesa, la tierra escarbada y el cantero hecho pedazos en el jardín donde Amu tanto se había esmerado eran pruebas fehacientes de ese hecho.

Así que era el momento de decidir, lo quisieran o no. Sin haberlo acordado antes, como movidos por una consciencia compartida que hubieran desarrollado gracias a todas las peripecias vividas juntos; esa tarde Reed, Reaper y Arksinad dejaron sus inútiles quehaceres, sus tiempos de desgano y dispersión y se juntaron en ese comedor oscurecido, en medio de la destrucción, sin cartas ni alcohol de por medio. Gallahard aún dormía recuperándose de su herida, y Amu lo imitaba agotada por los cuidados que le había administrado y, sospechaban más bien, por el estrés de los últimos eventos.

Aceptado ya en forma tácita como el líder del equipo, fue Reaper quien aventuró la propuesta.

-Quiero que viajemos a Gikeldor.

Los otros dos no dijeron nada, oyendo sólo el goteo de un caño quebrado, los tintineos que hacían eco en las penumbras. Reed pudo percibir el disgusto en los labios de Arksinad, tan claro como si hubiera estado utilizando visión seeler. Miró a Reaper, y sus ojos hicieron todas las preguntas.

-Allon no quiso escucharme, pero fervientemente sigo creyendo tener la razón. La guerra ya está dada. Los grandes generales de Fariel no se permitirán quedarse de brazos cruzados ante una ofensa como la destrucción de su capital. Atacarán. Y mientras tanto, Kamui todavía no consolida su alianza con Gikeldor o Aterror. –puso el dedo en el platillo vacío que había sobre la mesa, obligándolo a girar como un trompo y viendo los restos de sal danzar ante su juego- Claro está, ir a Aterror antes del día del Eclipse Boreal es un suicidio. Pero podemos hablar con los kiels. Conseguir aliados.

Arksinad suspiró, dignándose a encararlo.

-¿Aliados? ¿Para qué?

-Porque Vannael ha estado haciendo lo mismo. Oyeron a Balefor –el plato se continuó moviendo, y la mano del guerrero lo estampó contra la mesa trayendo un sonar de vibraciones- No estoy seguro de cómo resultaría una guerra entre reinos en esta era pero sí sé que, de producirse, Cel-Neckar tendría toda la ventaja. Las huestes de Fariel se han estado especializando desde hace años. Kamui en cambio se dejó estar, feliz en su victoria. Necesitamos aliados, y pronto.

-¿Necesitamos? Kamui, tal vez, ¿pero nosotros? Y además, Reaper, no son sólo soldados y magos los que se enfrentan. Vannael habló de traer a ese héroe, Idgray, si mal no recuerdo. Un hombre al que mi maestro mismo admira. Hemos visto los prodigios del escudo de Reed, y ahora que sabemos que es Drassil, podemos contar con que no conocemos ni un décimo de su potencial. Y ese hombre, Idgray Decaheron, es el verdadero dueño de la espada legendaria. ¿Cuántos aliados crees que necesitamos para rellenar eso? ¿Cuántos más si los necróvalos de Dammed Oah se les unen, cuántos más si los barcos de la Isla de la Luna responden a su llamado?

-¿Y qué sugieres si no? ¿Nos unimos a Cel-Neckar para sobrevivir? ¡Hay que desafiarlo!

Arksinad se encogió de hombros.

-Duran, el segundo mago más poderoso del mundo, lo desafió y acabó muerto. No te equivoques –lo miró a los ojos, sereno- No tengo miedo. Y quiero recuperar a Merady de sus manos. Pero esta guerra también me es ajena. ¿Para qué entregarse por una masacre total y sin sentido? Esto ya no es una cuestión nuestra. Vannael nos utilizó para que solucionar nuestros problemas significara ayudarlo a alcanzar sus metas, pero eso también significa que ya solucionamos nuestros problemas. Vant, la búsqueda de tu

padre, el demonio que habitaba en mí, todas esas cosas ya terminaron. No hay necesidad de buscar más lucha. Tan sólo... hagamos una última misión, salvemos a Merady, y olvidémonos de todo. Un último viaje, para por fin descansar.

Cuando recién se conocían, Reed hubiera esperado que tal soliloquio del hechicero despertara inmediata antipatía en el kamuita, o una burla prolongada. Pero Reaper no se crispó. Lo que habían pasado en la Ciudad Dorada, las batallas que habían vivido habían limado un entendimiento entre ambos que de por sí era agudo. Hizo unos segundos de silencio antes de responder, y cuando por fin comenzó, su tono era sereno y su porte por una vez noble, alejado de aquella actuación de villano que tanto se deleitaba en hacer. Lo que más sorprendió a Reed, sin embargo, fue que llamara al mago por su nombre.

-Arksinad, todo esto está muy lejos de estar fuera de nosotros. Lo sabes. Quieres descansar, pero dime, ¿en dónde descansaremos, cuando esta guerra empiece a azotar el mundo en el que vivimos? ¿Crees que Eclant estará realmente a salvo? Yo mentí, mentí a Amu. Eclant no es un lugar sin importancia estratégica. Mi padre no lo escogió, se lo cedieron creyendo que él sabría defenderlo en el peor de los casos. Y si estas tierras rojas se lustran de sangre, si el barro de las casas se desploma ante mil botas, ¿dónde encontrarás tu paz? ¿En Cel-Neckar, donde ese demonio reina? ¿En la miseria de Gikeldor? ¡No en Fariel, ciertamente! ¿O te irás a Vant, navegarás esos mares infernales y tendrás una casa allí, una vida entre los valles, entre los cultivos y aldeanos?

»Olvídalo, Arksinad. Esta guerra nos incumbe. Tu maestro te incumbió desde el momento en el que te puso bajo su cuidado; lo que sea que trama me ha incumbido a mí desde que dio Oblivion a Osald y a Reed desde que mandó a Skectral a su pueblo. Fuimos sus peones, como lo dijiste, al solucionar nuestros problemas. Pero eso no significa para mí que estemos en términos iguales.

»Vannael nos hizo daño. Tuve que enterrar a mi padre, sabiendo que nunca lo vería felicitarme por mi primer hijo, que nunca compartiría una cerveza con él bajo el toldo de mi hogar. Reed perdió a su maestro, y su dolor sólo él puede comprenderlo. Y tú... Aún recuerdas a Ruin, ¿verdad? A Haluar, y a todos esos magos de quienes me contaste, que murieron luchando por lo que creían justo, las lágrimas que pudiste derramar aquel día. No estamos en cero. Debemos. Les debemos algo a ellos, y le debemos un ataque a Vannael, a sus seguidores, a todo quien esté involucrado en el plan enfermizo del rey. No quiero escapar, ni quiero que tú lo sigas haciendo.

»Devolvámosle un poco –dijo, levantándose- Aunque sea desesperado, aunque sea un golpe al vacío. Aceptemos su invitación, a su supuesta ascensión, y hagamos que se haya arrepentido de emitirla, que su mente perversa se pudra de remordimiento por lo que nos causó. Viajemos a Gikeldor, y pongamos a los kiels en su contra, hagamos realidad su mentira. Pongamos a Aterror en su contra, a los demonios del infierno, a los ángeles de YGG, a cualquier hombre de bien que quiera prestarnos sus armas y luchar por lo que es justo. ¿No les parece eso lo mejor? ¿No estás conmigo, Arksinad?

La boca del rubio se torcía, como si buscara imitar su vieja cicatriz de brujería. Pero sus ojos estaban abiertos, abiertos más que nunca desde que le había oído mencionar a Ruin y a los magos conspiradores del Geral.

Dio un paso hacia atrás, pensativo, pero al instante se cortó y emitió un largo suspiro que pareció flotar en la densidad del ocaso.

Al último se quitó el sombrero, y se abanicó mirando a otro lado.

-Está bien- accedió. Pero en su reticencia había más sinceridad que en un salto triunfal, y a eso lo sabían- Sólo recuerda que ese discurso no funcionará conmigo una segunda vez.

-Me alegra que estés con nosotros en esto, boca-cortada -sonrió Reaper feliz, y luego se volteó hacia Reed- ¿Y tú, Reed? ¿Qué opinas?

Él lo miró, ya decidido desde un inicio y apoyando la mano en el pomo de su espada. No tenía ningún tipo de duda o confusión al respecto, ni su temple se veía sacudido por el individualismo o el miedo.

-Que quiero ir a Gikeldor. La Organización de Albion me espera allí.

Era un viaje que había esperado hacer junto con Nakku, pero ya no importaba. Se miraron, contentos de tener un objetivo en común otra vez y Reaper hizo tronar sus nudillos, viendo el cielo ya nocturno asomar por la ventana abierta y traerles un frescor distinto.

-Estamos juntos en esto. Si fallamos, perderemos habiéndolo intentado.

Y esa frase, que Reed esperó no tuviera nada de profética, abrió lo que sería tal vez la última noche que pasarían en Eclant. Luego sería prepararse, juntar sus bolsos y sus armas, cerrar la casa de los Assadan, despedirse de Amu, de los niños en las calles de tierra, del mercado y del aroma del mar; y embarcarse en el Arca del Cielo para un último viaje y una última aventura.

Cada vez más y más ilustres comandantes llegaban por las puertas del derruido edificio, apesumbrados por haber tenido que atravesar esa ciudad extraña, tan escabrosa con sus monumentos torcidos y sus casas arrojadas, con el aire muerto que danzaba entre sus construcciones. Eran acompañados cada uno por una guarnición de sus mejores soldados, que los rodeaban con el horror y la desconfianza atravesando todas las capas de compostura que sus años de veteranos les habían cedido al comprobar que lo que habían oído era cierto, que Deneb Algedi no existía más, que la capital había sido arrasada y sus familias habían perecido en la masacre junto a millones de habitantes.

Sin embargo, esta vez no lloraban. El tiempo de luto ya había pasado, y el dolor mermaba bajo un odio austero. Habían recibido una invitación, los Quince Grandes Generales del reino, al centro de esa nueva polis que se alzaba ahora donde antes estaba su hogar; y acudían desconfiados, tal vez asustados por las formas ajenas que les cerraban el paso. Marchaban, pisando los suelos grises con las duras botas sin freno, rememorando las antiguas leyendas; y atravesaban las puertas de madera resquebrajadas hasta aparecer en donde el trono les aguardaba, y allí el héroe que el mensaje les había prometido.

Idgray Decaheron se hallaba sentado, la capa haciéndole de cubreasiento bajo su armadura afilada, el gesto impasible escudriñando a cada uno de los recién llegados sin decir una palabra mientras se presentaban ante él. Apoyaba su mejilla en una mano, pero no parecía desatento ni aburrido, más bien congelado en su posición. A su lado, aferrando y aflojando sus dedos acorazados sobre el largo mango, sostenía clavada en el

suelo al garr Drassil: gris, lacerante, de formas caóticas y una punta pinzada, tan callada como su amo.

A sus pies en las escalinatas Linith aguardaba también sentada, intentando mantener la compostura. No la habían matado. El campeón de Dammed Oah la había detectado en un instante al renacer, sí, pero le había evitado el cruel destino de ser devorada por Grimold. Pero Linith no creía que fuera por piedad, o cariño alguno. Idgray quería algo de ella, se le ocurría. No la miraba, ni se dignaba a dirigirle la palabra, pero la había reservado a su lado durante todo ese tiempo sin dañarla, como si respetara los tratados de su raza que prohibían herir a los bendecidos de Baal.

Pero no podía tratarse de aquello. Linith miraba al hombre, asombrada, veía su gesto estático y le parecía sentir que estaba bajo una leyenda, bajo algo que había escapado de las viejas canciones que cantaba para Tearu en el Domo. Aquel era Decaheron, el gris, el invencible, quien había amado a Ailai por sobre todas las cosas y quien había traicionado al dios del destino. Y ahora estaba vivo. Sin embargo, toda la calidez de las historias había desaparecido en esos ojos sin pupila. Se lo veía reservado, distante, como poseído por algo más. Como si fuera la extinción de una llama.

Los generales de Fariel se alinearon a los costados, y esperaron. El último de ellos, no un general sino una máxima autoridad, llegó rengueando y apoyándose en su bastón. A Linith le sorprendió que un viejo tan magullado y lleno de vendajes pudiera caminar con tanta dignidad, atravesando el largo pasillo hacia Idgray sin bajar la vista.

Se plantó al último ante el héroe, examinándolo como si fuera un antiguo monumento. Luego golpeó con su bastón el suelo, y los generales a su alrededor formaron.

Esperaron.

-Son menos- sentenció el deva. Sus labios apenas se habían despegado para hablar. Linith lo miró, y luego se volvió al anciano de piel amarillenta, que asintió despacio.

-Algunos de los nuestros... Han cedido a su furia, y han encontrado la muerte ante nuestros enemigos.

Cerró los ojos con dolor, en una reverencia a los muertos. Cuando los volvió a abrir, contempló al del trono con una pregunta que estaba en las mentes de todo su séquito.

-¿Eres el héroe prometido?

Idgray no contestó, sino que continuó imperturbable.

-Su ciudad fue destruida. No puedo devolverles eso.

-Pero puedes traernos justicia- añadió el viejo, y levantó sus vendajes para mostrar que parte de su cabeza había sido lacerada, la piel parecía de cuero y había marcas de heridas profundas, quemaduras hechas por un fierro de verdugo. Linith se contuvo para no estremecerse, pero la inexpressión de Idgray no cedió un ápice. -Héroe Prometido, en la ciudad me llamaban Unnaon Tau, quien dirige a los ejércitos. Mi verdadero nombre se perdió hace años, incluso para mí mismo. Estas heridas que te muestro, las recibí en la última contienda que este reino vivió, y es por eso y por la pérdida de mis camaradas que rehuía enfrentar el combate de nuevo. Pero en este momento... -los hombros se juntaron, y el líder volvió a colocar su parche- Creo que ya no hay más opción. Nuestros enemigos nos han provocado lo suficiente. El toro debe aplastar al león. ¿Puedes tú ayudarnos, como el Rey de Cel-Neckar nos lo dijo, y como nuestro líder nos lo prometió? ¿Puedes encontrar al culpable y hacer descender la guillotina del juicio en su cuello?

Hubo silencio.

Todos miraban a Idgray. Linith rehuía enfrentarlo; en cambio miraba el suelo. Quería ser ignorada. Quería gritar algo, retorcerse, escapar y pedir ayuda, pero no tenía a quién. Si huía, tal vez Idgray la entregaría a Grimold o la ejecutaría con su espada. El monarca de blanco que antes había estado allí había tenido la sensatez de encargarse de que el señor del Tártaros no estuviera para recibir a los humanos que llegaban, pero sin duda aún rondaba en algún sitio de la ciudad; y aunque el poder del hermano de Albion fuese mayor, al menos la mantenía con vida.

Pero había algo, en ese Idgray... Apretó sus brazos, sintiendo frío, y entonces notó que este se había incorporado. Su armadura rechinó, la pesada capa negra ondeándole y caminó, sin responder, sin emitir una palabra pasando al lado de Tau, de los Altos Generales, de quienes lo miraban asombrados, cargando a Drassil en su espalda.

Los humanos parecían confundidos, pero lo siguieron. Idgray salió por donde ellos habían entrado, y les hizo una seña. Cuando todos estuvieron afuera, clavó su espada en el suelo.

-Crece.

Surgió de improviso. El Garr cimbrió, como si hubiera un terremoto y luego esa sacudida se extendió al resto de la ciudad balanceándolos de lado a lado, estremeciendo violentamente casas y personas. Sólo él se mantuvo en pie, observando su creación, viendo las ramas de acero que surgían de su espada para hundirse en el suelo, en el cielo, despedidas hacia todas direcciones.

Las ramas crecían, y crecían. Era como si la materia de Drassil fuera inagotable. Se multiplicaron y entrelazaron de manera grotesca, se introdujeron bajo la tierra como raíces, se inmiscuyeron en las construcciones y en los monumentos, aferrándolos, pasando por sus aberturas y levantándolos, cargando con toda la ciudad, ascendiendo.

Crecía, en efecto. Crecía, y se manifestaba en todo su esplendor. Se expandía inconmensurable, alzando Dammed Oah, convirtiéndose en Dammed Oah misma bajo los ojos de todos; y pronto las ramas treparon sobre el edificio principal y este empezó su ascenso, bajo los humanos aterrados y sus juramentos, haciéndoles llegar a los cielos.

El Árbol De La Nada se abrió, levantando sus brazos al firmamento. Estaban altos, muy altos. Veían abajo, los pocos edificios que habían quedado en el gran cráter donde se hallaban y los veían diminutos, insignificantes. A lo lejos, acariciada por el amanecer azul una extensa planicie les revelaba un espectáculo pavoroso. Todo eran ramas, ramas metálicas, grises, que se reafirmaban a sí mismas, que crecían y se separaban, se volvían quietas o se sacudían para encontrar algo que elevar.

Los hombres estaban aterrados, pero también estaban maravillados. Miraron a Idgray con gestos descompuestos. Este no les hizo caso, sino que chasqueó los dedos y de otra rama que se le acercó retiró de nuevo una espada igual a la anterior. La cargó de nuevo a su espalda, y apoyó su mano en esa corteza dura, helada.

-Sephid Silas, demonio de Kamui. Yo te desafío. Ven a mi morada, y enfrenta el fin.

No había emoción alguna en su voz al decir eso. El mensaje se propagó por las frondosidades del Árbol, y salió despedido en un sonido apabullante, que se expandió por toda la ciudad, a kilómetros y kilómetros de distancia.

Sephid Silas, demonio de Kamui. Yo te desafío. Ven a mi morada, y enfrenta el fin.

Terminó aquello, y se dio vuelta. La boca era una línea recta, dura. Desde adentro del edificio, que ahora se alzaba como cúspide de esa ciudadela-árbol, Linith contempló cómo de inmediato Unnaon Tau se postraba, conmovido. Lo siguieron uno, y otro, todos los generales que allí se habían presentado sin excepción. Tenían a su héroe, y su héroe iba a vengarlos.

Los humanos marcharon después, con la promesa de regresar y aclarar los planes de guerra contra Kamui y sus otros posibles enemigos. El Árbol de la Nada los depositó cuidadosamente de vuelta al nivel del suelo, dejándolos ir en paz y contar el milagro al resto de los ejércitos.

Linith vio a Idgray regresar, caminando altivo tras esa hazaña, con el rostro de haber olvidado ya qué había ocurrido. “¿Es este el héroe de las leyendas?” se preguntó. “¿Es este Idgray Decaheon, el general, el traidor?”. Pero no pudo hallar respuesta.

El deva volvió de nuevo a su trono, pasando a su lado. Tensa, Linith se permitió encararlo y hablar.

-¡Sabes quién destruyó su ciudad! ¡Creen en ti, pero deberían temerte!

Idgray la miró impávido, sin mostrar un asomo de culpa. En cambio inclinó la cabeza con curiosidad, y preguntó.

-¿Sabes por qué creen en mí, bendecida de Baal?

Así que lo sabía. La niña deva tragó saliva, esforzándose por sostenerle la mirada. El hombre la fulminó con esos ojos desalmados.

-Por una carta- le explicó- De su finado y más grande líder. Un anciano sabio, experimentado, conocedor del mundo y de los grandes secretos. Y un seguidor de Horrxikkrron a puertas cerradas, tal vez uno de los últimos que hayan quedado en esta tierra desde que Albion hundió a los míos. Murió junto a su ciudad, continuando el plan de mi servidor y me propuso como el campeón que esos guerreros heridos necesitan, cediéndome su respeto. ¿Qué piensas de ello?

No supo qué contestar. Se sentía enfurecida, impotente, incapaz de creer que alguien de su propia especie pudiera provocarle tanto miedo. Necesitaba el apoyo de Baal con ella o terminaría por ceder su voluntad, terminaría por romper en lágrimas y rendirse.

-En el fondo- se contestó Idgray- Los hombres más sabios ansían la inexistencia.

Luego volvió a quedar quieto viendo el frente. Pero Linith no se quiso dejar amedrentar. Se levantó, furiosa, y gritó lo primero que le vino en mente.

-¡Reed te detendrá! ¡Les dirá...! ¡Baal, Reaper, alguien va a frenarte! ¡Reed te hará pedazos!

Pero quedó callada al segundo, sintiendo un temor que nunca había sentido antes y retrocediendo a los tropezones. El deva no le contestaba, sin dignarse a mirarla. Y en su gesto, por primera vez, una inclinación en el labio al escucharla le pintaba una sonrisa vacía, de ensueño, tan queda y espantosa que la redujo a quedar en silencio, más allá de cualquier plegaria o escape, en el pavor abyecto de quien contempla la desesperación más absoluta en la cara de un hombre.

Partieron tan sólo dos días después de su decisión. No fue una despedida épica, ni el pueblo de Eclant se fue a saludarlos agitando pañuelos y enjugando lágrimas emocionadas; sino que fue en una mañana temprana, azulada, que se escabulleron llevando los bolsos con provisiones al arca, acompañados solamente por Amu.

Gallahard fue con ellos, tenaz quizás en redimir lo que consideraba había sido otra falla personal al dejar que se llevaran a Merady. A decir verdad, pensaba Reed, el noble no tenía ningún lugar al que ir. Se treparon al Arca del Cielo de un salto, cortando sus inútiles amarras y contemplaron en ese amanecer apacible las casas de barro y los cordeles de banderines desde esa poca altura.

-¡Los estaré esperando!- les gritó la pelirroja desde abajo, viéndolos ascender poco a poco. Los tres se asomaban por la barandilla, mientras que Gallahard se apoyaba en el otro lado, mareado- ¡Prométanme que volverán! ¡Habrá más alcohol y mejor comida!

Les sonreía al despedirlos, pero había preocupación en sus ojos. Reaper la había besado largamente antes de subir; y aquel beso le había dado a ella el sabor de un saludo final, de la posibilidad de que no volviese ver a alguno de ellos.

Por eso los saludaba así, buscando atarlos a su regreso.

-¡Por supuesto!- le dijo Reed. Recordaba tiempo atrás, cuando recién se conocían, que ella le había pedido que protegiera a su prometido una mañana frente a la visión de la Forja de Xshathra. En ese momento no lo había entendido, ni se había sentido capaz de tal tarea. Pero ahora estaba listo.

El Arca siguió ascendiendo contra el frío aire, convirtiendo a Amu y al pueblo en una mancha indefinida, estacionada contra la estepa rocosa y árida de Kamui Minmedor. Los azotó una brisa, que se calmó en cuanto Arksinad encendió la barrera protectora de su nave, sentándose otra vez junto a la esfera dorada con la que la guiaba.

Las velas de los costados se desplegaron, magníficas. La embarcación cargó su poder, desperezándose de tan largo descanso y salió despedida, para surcar por fin otra vez el nuevo día. El alba los iluminaba, y la calma reinaba.

Verían mucho mar, esta vez. No sería como el viaje anterior, en el que habían atravesado todo Kamui y cargaban con la totalidad del continente a sus espaldas, en donde habían hecho un paneo por todas las vidas que se sucedían en esa tierra larga y variada. Esta vez viajarían en horizontal, primero a la Isla de la Luna y luego a Gikeldor.

La primera parada había sido sugerida por Gallahard. Había insistido en acompañarles, y los tres habían aceptado sin problemas, felices de tener a un mago de tanto poder apoyándolos en su jornada. Pero, además de ese poder, se sorprendieron al descubrir que ese joven tan despreocupado parecía conocer más de las políticas gikeldianas de lo que hubieran esperado.

-¿Quieren hablar con el emperador, verdad?- les había preguntado el día anterior- Pues no crean que les será tan fácil. Crandor es cruel como amante de Fonit, pero cerrado como una dama de Ianna...

Había interrumpido su analogía al ver sus caras consternadas.

-Lo que les quiero decir- explicó sonriendo, sacudiéndose el cabello- Es que necesitan ser alguien para tener audiencia con ese sujeto. Gikeldor no acepta que los nobles y ricos de los Reinos Superiores les dirijan la palabra con tanta facilidad, créanme. Así que les recomendaría que bajáramos a la Isla de la Luna al pasar. Conozco a alguien que podría ayudarnos a obtener una chance decente de dialogar con Crandor IV.

Estuvieron de acuerdo. Con Allon negándose a ceder a Reaper su título, no tenían opción alguna ya. Pensaban también que una parada en la cual descansar y abastecerse un rato de lo que sería un viaje largo y tedioso rodeados por un paisaje siempre igual no les vendría nada mal, además por supuesto de su interés de conocer más sobre ese misterioso archipiélago cuya cultura precedía a la de muchos reinos.

La Isla de la Luna, a todas luces, había sido colonizada por Cel-Neckar y por eso podían afirmar que se inmiscuirían en territorio enemigo al aterrizar en su capital, Eta Piscium. Aun así, no se sentían preocupados. No, esta vez, por un exceso de confianza en sus habilidades, sino porque la historia de esas islas y de sus habitantes hacía que la posibilidad de ser capturados por algún sirviente del rey fuera remota. Eran tierras pequeñas, rocosas y azotadas por tormentas heladas, tierras de animales marinos que caminaban por la tierra y de grandes cardúmenes revolviendo las aguas de sus playas, tierras que albergaban a todo tipo de criminales y contrabandistas, de piratas y marinos taimados, de ladrones reacios que el reino de los magos jamás había podido educar o doblegar. Los habitantes de Eta Piscium no tenían mucho respeto por los señores que los habían dominado. Servían, sí, con su flota a los intereses de Babel, pero por detrás tenían mil mercados negros abiertos, mil estafas contra sus mismos amos, mil burlas para quienes decían estar por encima de ellos. Eran hombres desdentados, fornidos, acostumbrados a la intemperie, a la muerte por hipotermia, a la cerveza bien tirada y la comida cruda. Muchos de ellos descendían de Gikeldor, habían nadado hasta ese espacio escondido en busca de trabajo y habían sido convertidos en esclavos, luego grumetes, luego marinos y luego capitanes de sus propios barcos, de sus propias flotas, y no sentían que el mundo les debiera nada ni que ellos debieran nada a ese mundo.

Así pues, tratarían con esa gente. Lo tenían en cuenta, mientras trazaban una línea invisible en el firmamento y dejaban al Arca navegar los aires tranquila, ondeando apenas, golpeando con su proa puntiaguda los vientos cada vez más potentes que les embestían y abriéndose paso ya fuera de la masa continental de Minmedor, hacia el este sobre el extenso mar que alguna vez Reed había cruzado a bordo del *Emperador* de Van Lyder.

La ruta era sencilla, casi recta. Utilizaban la brújula mágica para guiarse; descansaban sobre la madera lustrosa, relajados, tal vez capturados por un desasosiego que se les escapaba. Gallahard, sentado en el suelo con la cabeza sobre las manos, tarareaba viejas canciones que hablaban de doncellas ardidadas, de pasiones consumadas, de amoríos de puertos. Sentado en la punta, contemplando el horizonte, Reed esperaba ver las formas de la isla aparecerse. Faltaría mucho para que eso ocurriera. La travesía se extendería por días. Mientras tanto, viéndose los cuatro allí en ese reducido espacio, con tanta quietud y tristeza, el muchacho pensó que, así como una vez había clamado estar experimentando su hora más oscura, vivía ahora su hora más gris.

Contemplaba la vasta extensión de agua, y no pensaba en nada. Se sentía desprotegido, vacío, extrañaba a su escudo y a Nakku. Lo azotaban imágenes, sueños lúcidos de Idgray y de todo lo que había vivido, como si fuese la canción de un cisne y aquel fuera el último viaje hasta su final, hacia su último destino, tan ocupado por la

melancolía. Gallahard continuaba sus melodías, más atrás (*“me dio su mano, tan blanca y tersa/ se vio dispersa, por altamar/ mi amada muerta, mi amada incierta/ ¿no ves que tu amor, me va a matar?”*) y algo en esos versos le hizo estremecer, obligándolo a aferrar su muñeca y a acariciar su propia mejilla, donde su estigma gris le dibujaba un surco angular, hondo como los lamentos que había vivido.

De esta manera continuaron volando, el resto del día. Luego la noche llegó, imperiosa con sus truenos, y por una vez al ver tanta oscuridad Arksinad propuso que bajaran al interior de la nave, a comer bajo la luz mágica y el calor de esas abarrotadas paredes.

Sacaron cebolla, jamón en salazón, legumbres de la huerta de Amu y las distribuyeron entre los cuatro. Comieron en silencio, entre monosílabos y expresiones de placer, reconfortados por lo hogareño de ese espacio. Luego uno por uno se fueron durmiendo, o allí abajo o en la cubierta, donde el temporal ya azotaba con sus lluvias heladas a la protección que les defendía.

El siguiente día fue mucho más animado. En principio, porque Reed despertó a todos a los empujones impresionado en sobremanera por la criatura que había divisado saltar sobre el espeso oleaje.

-¡Chicos!- les dijo- ¡Vi un unicornio marino!

Arksinad y Reaper se miraron, levantando ambos una ceja. Más atrás Gallahard en cambio rompió a reír a lágrima suelta.

-¡Un unicornio marino! Oh dioses, es lo mejor que he oído en todo... ¡Un unicornio marino!

Pero luego se interrumpieron al sentir un chapoteo en el agua. Volaban a baja altura, casi al ras de las corrientes, y por eso fue claro para todos. Arksinad y Reaper contemplaron asombrados al extraño animal, un pez grande y azulado, con un cuerno espiralado con el que hincaba el mar cada vez que se volvía a zambullir.

Miraron a Gallahard, burlones.

-Eso es un narval saltarín, gente- hizo el Tres un gesto con la mano- No un jodido unicornio marino.

Fuera lo que fuera, Reed nunca había oído hablar de aquella criatura. Su asombro sin embargo fue en aumento, mientras más se aproximaban a las tierras de la Isla de la Luna. Lo primero que le llamó la atención fue ver enormes cascos de hielo flotando a la deriva, placas que se fragmentaban en pequeñas erupciones, esparciéndose y convirtiéndose en más agua. Esa temperatura tan baja lograba atravesar un poco de la protección del Arca, haciendo que sus alientos formaran vahos que se difuminaban en el aire y obligándolos a abrigarse más, mientras descubrían maravillados a los otros seres que pululaban ese invierno húmedo: las focas, blancas y peludas se arrastraban por la tierra, los pingüinos en grandes conglomerados, moviéndose lado a lado en sus ridículas patas, las morsas de colmillos brutales y por sobre todo las orcas, crueles animales que dibujaban su sombra bajo ellos para disfrazar sus ataques a las otras bestias, cuando la sangre se derramaba por el hielo y creaba pinturas rojas, vívidas entre tanta blancura.

Era otro mundo, tanto como la Ciudad Dorada les era otro mundo con su aridez y su sofocante calor. Si asomaban su rostro, las pestañas se les llenaban de suave escarcha, y en ocasiones sobre ellos caían copos de nieve, uno tras otro, formas simétricas que Reed sostenía en su palma apenas unos segundos antes de verlos fundirse en más agua desabrida. Gallahard era el único acostumbrado a tal paisaje. Se notaba que conocía mucho de las desventuras del mar, de los barcos que veían pasar abajo, de las criaturas que allí habitaban y sus costumbres. Un día cualquiera, mientras navegaban a

metros charlando y contándole sobre las cosas que habían sucedido antes de que lo conocieran, el apuesto noble se frenó y sin preámbulos apuntó con su estoque al agua, lanzando un hechizo. Levantó de allí un inmenso bloque de hielo: en su interior se debatía un pez gordo y colorido, de dientes grandes y punzantes.

-El *Aleoct*- les dijo- Una delicia como ninguna. Claro que, con tantos pinches, lo que se le puede comer es más bien poco.

Lo devoraron esa misma noche, cocinándolo con un fuego mágico. A Reed le supo a manteca y a tomate fresco, con un dejo punzante que deleitaba el paladar. Más tarde, acostados en el interior del barco, sintiendo el espacio vacío en el que flotaban; continuó hablando con Gallahard durante horas y pudo por fin decir que ya no le era un desconocido.

Aun así, el Tres no mencionaba nada de su pasado. Sus contactos, su familia, quienes le habían enseñado, todo para él se reducía a “uno”, “alguien”, “un tipo”, “el viejo”, o su favorito, “una bella noble”. No parecía dar nombres o no tenía interés en recordarlos, aunque sí parecía parcialmente curioso por descubrir la historia de Reed, de su pueblo, lo que había vivido y lo que había enfrentado. Fue sin embargo cuando el muchacho le contó sobre Nakku que por fin Gallahard sonrió avezado, pasándole una mano sobre el cuello.

-¡Así me gusta!- le dijo, zarandeándolo- ¡Me alegra que lo hayas logrado! ¡Deberíamos celebrar, cantar! Eso es lo que importa en la vida. Qué tan suaves son los besos de una dama, qué tan fuerte el pulso en su pecho. ¿Es ella tierna como la seda, elegante como los encajes?

-Me disparó una vez- alcanzó a decir él, aunque Gallahard no comprendió qué significaba aquello. Continuó cantando, divertido, y Reed se resignó a seguirle el coro aunque fuera para pasar las horas.

En el tercer o cuarto día, a contraluz sobre un sol que bañaba las aguas asomando su inmensidad por el horizonte, los primeros indicios de que llegaban a destino comenzaron a surgir. Era un escenario vasto, extenso, en el que los primeros islotes asomaban: formaciones rugosas, negras como el carbón y sin un rastro de vida, como si el mismo hielo las hubiera chamuscado.

Luego se extendían, y en ellos asomaban las primeras construcciones, los primeros edificios. Tiendas, mercados, escondrijos y burdeles, todo apretujado o interrumpido por la inaccesibilidad del terreno, contruidos uno sobre otros, mirando direcciones opuestas, como madrigueras de alimañas. Pasearon por esas calles frías, atiborradas de gentes que los veían pasar y lanzaban saludos o gritos, de bravucones con pañuelos en la cabeza y tullidos, de mujeres fáciles que los miraban asombradas volar donde tantos navegaban, y dejaron esa isla, y luego otra similar, y luego otra.

Eta Piscium se alzaba ahora a su alcance, con su forma de luna y sus cavernas, llenas de los tesoros del mercado ilegal y el contrabando. Gallahard les hizo una seña, para que descendieran con suavidad. Cualquier navío podía ingresar allí, eso era seguro pero dejarlo ya no era un asunto tan simple. En esas tierras las relaciones afectivas tenían tanta importancia como un contrato de cien firmas. Esclavos dejaban de ser esclavos porque sus amos se les encariñaban, o concubinas se hacían esposas en noches alocadas bajo las promesas fervientes del alcohol. El noble aspiró ese aire, nostálgico.

-Aquí- les dijo, y bajaron poco a poco, en donde adivinaban a un grupo de marineros que los veían atentos, preparados para cualquier cosa. El líder, que se adivinaba más adelante, les hizo una seña para que se presentaran ante él. Debía de ser

uno de los muchos señores pirata que moraban la isla, que la utilizaban como puesto de parada y reparo.

Hubo un sonido seco cuando por fin el Arca se posó en la tierra. Reaper, Reed, Arksinad y Gallahard se bajaron de un salto, mareados por la repentina inmovilidad de la superficie que pisaban, y contemplaron a esos marinos de aspecto brutal, de tatuajes y gordas panzas, de brazos tensos para golpear.

Arksinad los veía uno por uno, y la cabeza le dolía. Observó al líder, su mandíbula cuadrada, barbuda, el pañuelo en la frente y los puños gruesos como jamones. Recordaba... Creía recordar...

“Esa no es forma de dirigirse a una dama tan bella.”

Ruin. El poblado de Qwillah. El jaleo en la taberna, los piratas que Duran les había mandado a echar, Jalomar Id Piscium y su caballería.

Jalomar Id Piscium.

Abrió la boca del todo, reconociéndolo.

-¡Tú!

-¡Tú!- lo reconoció a su vez Brisafiel, sacudido. Pero luego miró a Gallahard, y una sonrisa le crispó los labios, haciéndole abrir los brazos de par en par- ¡Y tú!

-¡Yo!- le correspondió el Tres, saltando sobre él. Se fundieron en un abrazo paternal, con Jalomar riendo de la felicidad y haciéndolo dar vueltas en el aire. Arksinad miraba a uno y a otro intercaladamente, anonadado.

-¡¿Ustedes?!

-Nosotros y ellos- añadió Reed con suficiencia. Reaper en cambio no se agració con aquello.

-Mátenme ahora mismo.

Los piratas guardaron las armas, enternecidos. Uno tras otro fueron saludando a Gallahard, abrazándolo, estrechando su mano y haciéndole preguntas sobre su paradero, sobre su situación, revolviéndole el cabello y llamándole apodos. El trío los contemplaba incapaces de creer lo que veían.

-¡Ah!- dijo el Tres a sus viejos amigos, señalándolos- Esos de allí son Arksinad Eel, Reed Id Vant y Roger. Han venido aquí en busca de tu ayuda, Brisafiel.

-Voy a golpearlo, niño bonito.

-¡Ya los conozco!- brillaron los ojos del marino, acariciándose la barbilla- Al menos a uno de ellos. Normalmente no toleraríamos magos imberbes de Babel aquí, pero creo recordar que tu amigo sabía repartir buenos golpes con su magia. Será un placer tenerlos en nuestro hogar.

El resto se mostró de acuerdo, celebrando el reencuentro con un vítor al cielo, y los condujeron entonces a la taberna donde se habían asentado antes de su nueva travesía.

Resultó que, increíblemente, habían sido Brisafiel y los suyos quienes habían rescatado a un pequeño Gallahard que huía de su hogar, el día en que los genios habían asesinado a su familia y a todo quien trabajaba para los Arleon. Desconociendo su

procedencia, simpatizando con su sufrir y lo que les había contado –muchos de ellos eran gikeldianos, y conocían las barbaridades de los genios- decidieron adoptarlo y tenerlo en su flota como un grumete, sin darle demasiado trabajo; como si todos esos hombres rudos pronto sintieran un acceso paternal, por aquella infancia arrancada de imprevisto y con tanta crueldad.

Le enseñaron de pesca, de negocios sucios y de peleas, de la vida austera del navegante y de la intemperie del mar. Pero pronto descubrieron, asombrados, que el niño al que habían rescatado no era común en lo más mínimo. Sostenía un poder apabullante para ellos: el de la magia. Y el pequeño Gallahard, tan contento de tener una nueva familia y de sentirse incluido otra vez en el mundo, no dudó en poner la suya en el servicio de sus estafas, de la roba de flotas y las operaciones de pillaje que Brisafiel y los suyos cometían.

Lo recordó entre risas y alcohol, en aquella taberna escarbada en una caverna, soltando por fin todo lo que se había guardado en el viaje. Eran años pasados ya, de los cuales no se avergonzaba pero que no repetiría, en los que embaucaba a capitanes hechizando sus cargos, creando ilusiones de navíos para asustarlos y forzarles a rendirse, manufacturando sacos de hielo para hacerles creer que se trataba de pescado fresco. La había pasado bien. Y por sobre todo, la tripulación no lo utilizaba. Eso Gallahard lo sabía, pues se habían encariñado con él a sobremanera.

Todo terminó cuando Duran Id Scion por fin lo encontró, tras haberlo buscado por años al enterarse de la muerte de Gaedal Arleon y los suyos. Al principio, Gallahard se había resistido a irse con el anciano. Pero luego había desistido, empujado por Jalomar y su grupo. Sabían, todos, que el jovencito tendría un mejor futuro bajo las altas ventanas de Babel que en la vida de jolgorio y sinsentido que llevaban.

Así por fin había marchado con el Dos, su nuevo maestro, quien intentó borrar las maneras aprendidas e inculcarle respeto por la moral, ética, pasión por las artes y la lectura. Gallahard, reticente al principio, terminó por ablandarse ante el intento honesto de aquel iracundo mago de guiarlo por el camino correcto. Se sumió en los juegos de la corte, perfeccionó su arte, hincó la rodilla ante el rey de ese mundo que en su infancia lo había rodeado, pero que en principio le pareció muy lejano. Vivió, creció, y recibió de Dordo el tatuaje que lo nombraba el tercer hechicero más poderoso del globo. Pero nunca había olvidado a los piratas, a Brisafiel y a quienes lo habían rescatado, a quienes tanto les debía.

Eso les contó, y ellos lo oyeron con asombro. Jalomar asentía en la cabecera a cada palabra, con orgullo, tan feliz de verlo. Pidió a su nombre una ronda de cerveza para toda la taberna y los cantos y los gritos se propagaron en honor al niño que regresaba hecho hombre y a sus acompañantes.

Luego fue el momento de las decisiones.

-Brisafiel- le dijo Gallahard, señalándolos- Quieren hablar con el emperador.

El pirata los miró uno por uno, avezado, e hizo una mueca.

-¿Por qué querrían tratar con ese tigre loco?- inquirió, tomando una botella de aguardiente y vaciándose la mitad de un trago.

-Porque puede ayudarnos a salvar a Kamui- le respondió Reaper- Y no pienso quedarme de brazos cruzados.

El grueso brazo secó la boca, y Brisafiel lo miró.

-Hablas de la guerra.

-Claramente.

-A nuestras flotas también las llamaron, por decreto- les dijo- Debemos rondar el continente, e interceptar los barcos que se acerquen a Fariel por el mar del sur. Por supuesto, no sé cuántos de los nuestros obedecerán esa orden.

-¿Y tú?- le preguntó Arksinad del otro lado de la mesa. Los ojos del marino volvieron a brillar.

-Lo hubiera hecho, pero ahora tengo cuatro críos a quienes llevar de paseo a Gikeldor. ¿Quieren hablar con Crandor? -bebió un trago más- Les haré hablar con él. Pero no será sencillo. Mi reputación sola no es suficiente para que me abra sus puertas.

-¿Y entonces?- inquirió Reed.

-Conozco a un tipo, que conoce a un tipo- explicó, mostrando los dientes- Puedo hacer un petitorio al nuevo Campeón de Gikeldor, y él sí podría acercarnos a Zubeneschamali.

Se miraron entre sí, y volvieron a enfocarse en el criminal.

-Sulfur Houppe murió- continuó él, cerrando los ojos como si fuese una obviedad- Pero Gikeldor no perdura sin un Campeón que interceda con los Mercaderes. Con Houppe fuera del mapa, otro recibió el título. Esta vez sin embargo tuve que sorprenderme. Es celestiano, ¿lo imaginan? -miró a Arksinad e hizo un gesto con la mano, disculpándose- No es por ofender, pero ustedes bebedores de té no son precisamente el tipo de modelo que la gente hambrienta del continente suele seguir. Sin embargo este... Parece salido del infierno, no de los pulcros muros de los magos. Se cuentan todo tipo de leyendas a su nombre. Que mató al emperador de los dragones, que cazó a mil gusanos cuando apenas era un niño, que vio arder a su pueblo y que maneja el trueno, que es noble y justo como lo era Sulfur. No lo creerían. A mí, en realidad, me pareció un mozo demasiado arrogante. Eluid, creo que se llamaba -recordó, acariciándose el mentón- Sí, Eluid Skardtril. Un nombre refinado para alguien de tanto coraje.

8. Emisario Del Comienzo Oscuro

Fueron muchos los que se ofrecieron a acompañarlos en el siguiente trecho, al punto que se temieron tener que llegar a Gikeldor a bordo de toda una flota de barcos. Señores piratas de grandes barbas y sombreros, mujeres de camisas abiertas y actitudes libertinas, avezados corsarios de bigote fino que se habían sentido inspirados por su historia se postularon para llevarles hasta destino pensando que no poseían medios de transporte, mostrándose mucho más amables con los extranjeros de lo que sus apariencias hubieran prometido. Sin embargo, y por suerte para ellos, la autoridad de Jalomar fue suficiente como para acallar ese envalentonado intento de darles apoyo y por fin sólo el veterano criminal fue quien soltó las amarras de su barco, *El Marmota* – ceja inclinada de Reaper- para seguirlos por agua en su trayecto hacia Rasalhague, capital del continente oriental.

La nave de Brisafiel era veloz en comparación con el *Emperador* de Van Lyder, pero no por nada eran las arcas voladoras más avanzadas en tecnología, y su compañía les obligó a mantener un ritmo de viaje pausado, paralelos al barco y a sus muchas velas raídas, para no perderles la vista desde el Arca del Cielo. No los importunó. Allí, continuando la segunda mitad del camino, con los piratas de Eta Piscium lanzándoles ocasionales saludos se pudieron volver a sentir relajados, imaginando que las cosas estaban en marcha. La idea de ir a Gikeldor, si bien determinada como lo había sido, no había tenido una base sólida hasta que conocieron al marino.

En duración debió de haber sido similar, pero al final para Reed ese segundo tramo terminó sintiéndose mucho más corto que el primero. Se movían con cierto sosiego, sí, y las olas y el hielo que antes le impresionaron tanto disminuían; su corazón aún sentía las ansias de llegar y conocer a quienes allí lo esperaban, o los nervios por tener que volver a encarar a Eluid; y continuaban teniendo la misma tristeza ligera, dada por los fracasos que habían enfrentado y que perduraban en sus mentes, pero algo en su nueva situación, en la disposición alegre de sus nuevos aliados, en el camino fácil y lo sólido de las proas que desde mar y cielo se movían apuntando al continente les daba una confianza, una base en la que asentarse y pensar que sólo les quedaba esperar, que llegarían a destino.

Y llegaron. Pero no fue para nada como Reed lo había imaginado. Las historias, los comentarios, las crueles anécdotas que toda su vida había oído sobre Gikeldor quedaron acalladas de inmediato, en cuanto puso sus ojos sobre la vasta tierra yerma

que se extendió bajo el arca, contra la orilla del mar. Había tenido algún chiste ingenioso en mente, alguna burla, pero sólo pudo quedar en silencio, observando ese mundo, su oscuridad, su desgarró, los árboles resecos que se adivinaban más allá y las montañas peladas, las manchas arrojadas cubiertas de moscas y peste.

No pudo decir nada. Vio esa inmensidad, esa desolación, y le llegó un pensamiento distante, que no lo había sorprendido antes en todo el viaje.

“Este es el lugar que le quitó a mi maestro su valor.”

Era extraño. Cuando Scarrow le había contado su historia, aquella noche en el refugio de los rebeldes, cuando le había hablado de sus aventuras en el Geral, de sus camaradas, de Lu y Dour y de su vergüenza; Gikeldor había sido sólo un punto pequeño, diminuto, que sin embargo como la cima de un triángulo echaba hacia abajo el resto del relato. No le había dicho mucho, y por eso se había condenado. Reed siempre se había preguntado, en sus lapsos de furia con el mundo, por qué su mentor no se había explicado, por qué no le había hablado de la profecía que hablaba de su muerte, por qué no lo había detenido de su acto suicida. Pero ahora, con el primer vistazo a esa tierra lo comprendía. Gikeldor no era algo que uno pudiese contar. Gikeldor era algo que se vivía. Más allá del fuego de Diakaza, del hielo de Eta Piscium; más allá de los festivales de Kamui y las bibliotecas de Cel-Neckar, por sobre el jaleo de Fariel y lo inexplorado de su hogar, Gikeldor un mundo propio; distinto, reservado sólo para quienes pusieran sus pies en él.

A su lado, sus perfiles contemplando la extensión rasa con el sol apenas brillando a sus costados, Arksinad y Reaper parecían estar considerando algo similar. Sólo en el mago, sin embargo, resplandecía el reconocimiento de un sitio ya visitado.

Aterrizaron en una playa fría, pegajosa por como una melaza se había depositado en las arenas, y *El Marmota* tendió allí sus amarras. Reed forcejeó con la sensación de soledad que aquel páramo le daba, con aquella gelatina incolora que hacía ruido bajo sus botas negras y todavía más con una angustia que subía por su pecho.

-¿Qué es esto?- terminó por preguntar, separando su pie de esa capa espesa y viendo pequeños hilos sacudirse como los cordeles de un llamador- Es desagradable.

-Aguas vivas- le contestó Brisafiel, desempacando un bolso y un gran sable sin prestarles gran atención.

-¿Vivas?

-Muertas.

No comprendió, pero se dijo que hasta la Ciudad Dorada con sus Ornas le resultaba menos extraña. Superó su incomodidad al ver que los piratas ya habían descargado todo su equipaje y contempló al resto: a Gallahard, que ya había subido la colina alejándose del pegote, a Reaper que lo pisaba sin preámbulos, apresurado y a Arksinad que contemplaba el mar frío que habían atravesado. El cielo sobre ellos pronto se había vuelto no gris sino pardo, como si un juntadero de polvo les tapase el sol. Era como si el mundo fuera a caerse sobre sus cabezas. Como si hubieran llegado a las costas más lejanas de la muerte, como si pronto pudieran ver a las almas en pena haciendo filas hacia su destino.

Un fuerte viento les revoleaba las ropas. Se contaron: los tres, Gallahard, Brisafiel y otros siete hombres de su tripulación; completaban una compañía de doce personas. Con ese cálculo hecho, el pirata accedió a que tomaran el camino principal y no un desvío. La razón se debía a que, siendo tan sólo un par menos, podían dar por hecho que los intentarían asaltar al menos un centenar de veces por el sendero a la capital. Con su número Brisafiel esperaba que tan sólo les quisieran robar una veintena.

Emprendieron la larga marcha, en fila, atentos al terreno que se escarpaba y a la aparente soledad que los rodeaba. No serían muchas horas, si mantenían el ritmo. Fue un camino cansador, en subida muchas veces, por tierras pardas y rocosas, por entre las plantas reseca con frutos que se desinflaban de podredumbre, paso tras paso, piedra tras piedra, y sólo el inmenso cielo sobre ellos con sus nubes de mugre y polvo les juzgaba.

Se cruzaron en un momento con un carruaje, que llevaba a una serie de maleantes encima, bebiendo, armando jaleo mientras los caballos famélicos reventaban sus cascos contra el suelo. Pero no les hicieron nada. Desde la seguridad de su carro, aquellos delincuentes parecieron darse por enterados de que los superaban en número y se limitaron a insultarles y burlarse desde la lejanía. Brisafiel ordenó que no hicieran caso, y continuaran.

Terminaron por llegar al primer pueblo antes de que el sol estuviera en su cenit. No había mucho allí a lo que pudiesen llamar un asentamiento. Varias chozas de paja, montículos elevados en el terreno, espacios vacíos que les hacían pensar que el lugar había sido atacado por un dragón y tan sólo un anciano hecho de piel y huesos en la entrada, que murmuraba. Reed recordó, viendo las chozas desocupadas, viendo a quienes allí morían lo que le había contado Nakku, cuando había huido a esa tierra en búsqueda de su padre, cuando había encontrado a los Bellow. Daivok había nacido en un lugar como ese. La sola idea, lo tan diferente que se le hizo la vida del ahora con la suya le provocó un temblor incontenible.

Caminaba ahora al último, para no tener que apresurarse. Veía con ojos piadosos los niños que se les acercaban pidiendo comida, los muertos putrefactos en las ventanas, las viejas brujas ahora que les cantaban maldiciones en una lengua corrupta, antiguas adoradoras de Angra Mainyu. Allí había... maldad. Pero no era la maldad que siempre había soñado atravesar con su espada. Era brujería producto de odio, odio producto de resentimiento, resentimiento dado por envidia y la envidia dada por la necesidad. No podía Reed ya juzgar a esas personas. ¿Qué podía decirles a quienes los miraban con ojos febriles, ansiosos y nublados por la peste, pasar como altos señores con las bocas tapadas para no contagiarse, con el paso tan fuerte y seguro hacia algún futuro? Esos pueblos muertos, esos habitantes que ya estaban muertos, ese rencor que se le pegaba a la piel le revelaba una naturaleza cruel, distinta a la que había conocido en sus idas pero no por ello menos cierta, menos terrible. No sabía si podía enfrentar tal sufrimiento, sin volver a su yo anterior, sin querer borrarlo todo. No sabía si podía ser como Nakku, que lo desafiaba a consciencia, o como Shimari que lo aceptaba con gracia. Apretó el puño, viendo a su propia comitiva mostrarse tan desinteresada con aquel pequeño ahora que les sacudía las mangas en búsqueda de una migaja y, cuando llegó su turno, pensó en Daivok y le regaló una pieza de bronce.

El niño la tomó, se la quedó mirando unos segundos y echó a correr sin dar las gracias. Jalomar frenó en seco, volteándose hacia él.

-¿Qué acabas de hacer?

-Estaba muriendo de hambre- se defendió con naturalidad- No quería dejar que...

-¿Qué comida comprará, con tu moneda?- le preguntó el pirata, verdaderamente curioso- ¿En qué mercado la gastará?

Reed apretó los labios, sin saber qué contestar.

-Si hubieras querido ayudarlo de verdad, lo hubieses invitado a unírseos en nuestro viaje y le hubieras pagado un almuerzo en la capital. Pero dudo que pudiera

llegar muy lejos. Esta gente está muerta, muchacho. Este pueblo está muerto. Aquí la caridad es un crimen.

Se sintió arder de vergüenza. Todos lo miraban, así que buscó objetar.

-Al menos lo he ayudado.

-Mira qué bien le has hecho- suspiró Brisafiel- Y a nosotros. Volverá con más gente. Será mejor que apresuremos la marcha antes de que traiga a alguien inconveniente para todos.

Los piratas se miraron, y redoblaron el paso. Reed volvió a apretar los puños herido en su orgullo propio. A su lado Gallahard le palmeó la espalda, mostrándose compasivo con su irritación. Los otros dos no le dijeron nada, dejándolo estar y él se quedó de nuevo al último, esta vez no por la melancolía del calvario que atravesaban sino por el azoramiento.

En efecto, unos instantes después, cuando ya dejaban el pueblo, el pequeño ahura volvió a aparecer. Esta vez traía compañía. Primero fueron uno, dos, tres los mendigos harapientos que se aproximaron, acariciándoles sus ropas con manos llenas de llagas, con susurros patéticos pidiéndoles sustento. Los ignoraron lo mejor que pudieron, apenas apoyando las manos en sus armas, por si de repente se les ocurriera ponerse violentos. Luego llegaron más. Una decena, dos decenas, un mar de pobres que surgían –a ojos de Reed- desde debajo de la tierra, desde el polvo en el cielo, desde los techos de las chozas y bajo los cadáveres ya muertos. Una turba hambrienta, desesperada, empujándolos como marea desde todos lados, rogándoles por supuestos hijos, agitando muñones cortados y caras de piel inflamada, bulbosa, llena de lepra o afecciones, llorando a lágrima suelta y sacudiéndolos en busca de que cayera una moneda, alguna miga, algo sobre lo que tenderse como cuervos. El mismo niño ahura sacudía a Reed, insistente, con los ojos brillando y exigiéndole algo que el muchacho no podía oír, aturdido por tantas voces, sofocado por el hedor que emanaban esos muertos en vida y buscando escapar, mirando a los demás para entender cómo debía obrar. Pero sus compañeros tampoco hacían nada. Hasta Reaper, tan poco amigo a ser tocado se dejaba tantear con las venas en su frente palpitando y los puños tensos, y Arksinad sujetaba su sombrero y se cubría como podía, evidentemente nervioso. Por un tiempo largo, todo lo que sintieron fueron manos, manos reseca, manos y voces y ojos que como una selección los juzgaban, los recorrían centímetro a centímetro y se mezclaban en un sólo alarido.

Luego Gallahard desenfundó su estoque, y los indigentes retrocedieron aterrados. Pero el mago no los atacó. Apuntó el cielo, y de allí lanzó un rayo azulado.

Todos observaron el fenómeno, alarmados. Hubo un trueno entre la oscuridad sobre sus cabezas, un destello nublado, eléctrico, que decenas de ojos vieron con la misma preocupación. El Tres enfundó su arma, satisfecho.

Una sola gota, gruesa y clara, aterrizó sobre la frente del pequeño ahura que aferraba la manga de Reed. Luego otra, y otra, gruesos gotones que se repetían, cada vez más seguidos y más fuertes, hasta convertirse en una verdadera lluvia torrencial que lavó los cuerpos de esos enfermos, sus llagas, sus heridas y les dio de beber. El pequeño ahura lo soltó, y los doce apresuraron el paso por sobre el barro, empapados de pies a cabeza, sin decir una palabra. Al último Reed se dio vuelta y vio al niño, que entre toda la gente escualida con su lengua saboreaba el regalo del cielo, vio sus andrajos y las costillas que le asomaban, su desnudez, sintió que algo en su pecho se abría del todo para nunca volver a ser cerrado y se volvió, sin pensar en ver atrás nunca más, a donde Brisafiel y el resto se dirigía.

Rasalhague fue, en comparación con lo que vivieron en esas horas, una hermosa parada. Era, aunque pareciera imposible, una ciudad hecha y derecha; no magnífica como las que Reed ya había visitado pero sí real, sí presente, sí viva. Con sus toldos, sus techos coloridos, con el oro falso que la hacía deslumbrar, inútil y de mal gusto puesto en todos los postes, todas las calles, todos los muros como una parodia de la riqueza que allí no existía, con el ajetreo de las multitudes que allí efervescían en un bullicio alegre y lleno de vitalidad esa ciudad les dio su primera bienvenida a Gikeldor, sin espantar a quienes recién la conocían y sin crear ilusiones en los experimentados.

No se engañaban: allí la pobreza también habitaba; pero tantos eran quienes no comían como los que sí, y los primeros al menos vivían al abrigo y caridad de los últimos, recibiendo sobras, cálidos alimentos, la fachada de un hogar. También, sorprendentemente, había sol. En deleite al sentir su luz calentarle el cuerpo, recuperarle su humanidad, Reed se imaginó que, años atrás, habría sido el mero hecho de que la colina sobre la que estaba construida sí fuera tocada por el astro lo que impulsó a los primeros habitantes a llamar a aquel sitio una capital y reunirse allí. Que el oro falso que utilizaban, creado con las micas de piedras rugosas, fuera tan bueno para reflejar los rayos del día parecía probar más aun el punto que su mente imaginativa sostenía.

Se dirigieron confiando en Jalomar hacia una taberna espaciosa, con un gran letrero que rezaba “*Va Ver*” –una parodia de Babel, pronunciada en el abrupto acento de la zona- y el típico jaleo que hubieran esperado de una posada tan abarrotada.

-Este bar es regentado por uno de los Mercaderes más prestigiosos de la ciudad – les explicó el marino- Así que, si buscamos al Campeón, preguntar aquí nos dará buena información.

Coincidieron, contentos de poder refrescar sus gargantas con algo. Ingresaron al tufo de adentro y Brisafiel fue directo a la barra, a pedir las habitaciones en las que descansarían e información sobre el paradero de Eluid. Gallahard partió de inmediato, habiendo localizado a una atractiva mujer como si usara una afiladísima visión seele, y los piratas se dispersaron a su vez, para sumarse a los juegos de cartas y a la bebida.

Quedaron los tres entonces regalados, a sus anchas en ese continente tan alejado. Iba Reed a proponer que subieran a su habitación a pasar el día durmiendo cuando alguien tocó el hombro de Reaper.

Se dieron vuelta. Un verdadero gigante les hacía sombra con su cuerpo, regalándoles una sonrisa desdentada y perversa. Dudó unos segundos de que siquiera fuera humano.

-¿Primera vez en la ciudad, niñitas?

El muchacho lo miró impávido, y Arksinad sonrió. Reaper en cambio no le prestó atención y volvió a voltearse, analizando a Jalomar que continuaba dialogando con el tabernero.

Aquella voluntaria indiferencia pareció ofender al matón, quien lo sacudió del hombro con brusquedad.

-Estoy aquí, rata de Kamui. Aquí. Vienes de muy lejos, y no muestras la más mínima educación.- el joven continuó sin oírlo, y el grandulón entonces cambió su estrategia, viendo a Arksinad- Tú pareces casi una niña. Te confundí por un segundo. Pareces las niñas que venden de Cel-Neckar a nuestros mercaderes.

La mirada del mago se ensombreció.

-No le hagas caso- le dijo Reed- Intenta provocarnos.

Pero Reaper ya se había dado vuelta otra vez, y lo miraba fijo.

El grandulón rio, acariciándose la barbilla como en un gesto descuidado.

-¿Qué pasa, niño malo?- metió un dedo en su nariz, y lo pasó por el abrigo negro del otro- ¿Quieres golpearme?

Reaper sólo lo miraba. Hubo otra risa desde esa boca ancha, ennegrecida y el bribón dio un manotazo al aire. Pero Reaper no parpadeó.

-¿Estás congelado? ¿Quieres hacerte el hombre ante tus amigos? Escúchame bien, mocoso de Kamui. Aquí hay reglas, pero parece que ustedes no las conocen. Si luchamos, serán dos golpes los que se den: mi puño golpeará tú cara, y tu cara dará contra el suelo. ¿Entiendes lo que digo? Así que recomendaría que tomes tus cosas y...

El puño de Reaper se incrustó contra esos dientes dispersos, y la frase terminó en un gemido agudo, disminuido hasta el silencio. Un diente ya flojo se soltó, liberado de la encía y los brazos del matón se desplomaron a los costados. Pero más allá de eso, no cayó. Quedó desmayado de pie, babeando sangre y con la mirada apagada, sin reflejar sus ojos las luces que los rodeaban.

-Creo que acabo de hacer algún tipo de record- comentó el guerrero viendo su propio puño impresionado.

Arksinad silbó, y Reed sonrió anonadado viendo a aquella mole convertida en una estatua. Pronto los tres sintieron aplausos, variados aplausos que les llegaban desde una mesa próxima. Allí, no muy lejos, un par de ahuras los habían estado viendo y les sonreían, llamándolos a acercarse. Tenían una baraja de cartas, y jarras de cerveza con las que los invitaban.

Los ojos de Reed brillaron, tentado por la idea. Arksinad sonrió y vio a Reaper, quien otra vez contemplaba a Brisafiel.

-¿Te sumas?

-Vayan ustedes- bostezó el joven, caminando hasta el pirata- Yo iré a pedir la llave de la habitación.

Se inclinaron de hombros, y lo dejaron marchar. Tomaron lugar entonces frente a los ahuras que los felicitaban: uno, lánguido y de ojos rasgados, perfil afilado y barba puntiaguda, y el otro más bajito y regordete, con cierto aire de imbecilidad que les obligó a reprimir sonrisas.

-La hicieron muy bien con ese sujeto- les dijo el más flaco, acercando una jarra a Reed y maniobrando el mazo de cartas con gracia- ¿Les apetece una partida de fuji?

Se miraron, antes de que Reed diera un trago.

-¿Es con apuestas?- inquirió Arksinad.

-Jugamos para divertirnos- rio el otro, e hizo danzar las cartas en sus dedos- Parecen nuevos aquí. Pensamos que podían entretenerse un rato, ya saben, como para pasar el mal momento que nuestro compatriota de ahí les dio.

Aceptaron, y el ahura repartió las cartas. Ya se habían acostumbrado a jugar en equipo durante el largo verano en Eclant, por lo que la partida no les deparó grandes sorpresas. El fuji era un juego sutil, presto a la mentira, en la que los palos se volvían dioses o humanos, héroes o monstruos, y cada carta podía matar a otra u ocultaba trucos

variados que daban vuelta el escenario en unos segundos, por lo que la balanza nunca se quedaba quieta. Pasaron, barajaron, mezclaron, engañaron, se hicieron señas e intentaron descifrar la de sus oponentes y luego de unos minutos el juego terminó en un empate, que despertó grandes carcajadas del de la chiva rojiza. Reed bebió más cerveza, entretenido, y el hombre le hizo un gesto.

-Esta vez, si quieres, hagamos una apuesta pequeña. Ese trago me costó cinco piezas de cobre. Es verdaderamente un precio insignificante, tal es la gloria de Rasalhague. Si ganan, no deberán pagarme ni una pieza. Si pierden, me devuelven el dinero. -vio los gestos dudosos, y añadió sacudiendo una mano- ¡No, no se preocupen! Es sólo para hacerlo más emocionante. Invitaré más tragos mientras jugamos.

Volvieron a aceptar, entonces, y esta vez el otro ahura, el más bajito y de cara tonta repartió con manos torpes. Esta vez ganaron limpiamente. Su nuevo amigo se sorprendió, de la suerte que tenían esos extranjeros tan nuevos y los invitó a otra cerveza, para dar fe de ser un buen perdedor. Luego postuló otra apuesta, mínima, de diez monedas de bronce. Arksinad y Reed se miraron, confiados, el muchacho sintiendo de a poco el mareo de la cerveza y por último volvieron a aceptar entre risas.

-Todo.

-¿Todo?- el pirata se pasó la mano por el rostro, con pesadez- ¿Cómo que lo perdieron todo?

Arksinad no podía ni hablar, preso de la ira, por lo que era Reed quien debía pasar la vergüenza de explicar qué había sucedido, apenas despabilado de todo lo que había bebido. Hasta sus memorias eran borrosas.

-Nos invitaron a jugar... Unos ahuras en una mesa. Y empezamos bien. No eran muy buenos, claro. Creo que... -se rascó la cabellera azabache, pensativo- Bueno, nos engañaron bastante. Comenzamos a subir las apuestas, y resultó que no eran tan malos como nos lo había parecido. ¿O nosotros no éramos tan buenos? No lo sé. Pero antes de que me diera cuenta ya no me quedaban monedas en el saco.

-Al menos no perdieron sus ropas- comentó Gallahard, recostado en una cama más atrás junto con una jovencita que roncaba con suavidad. Reed no consideró que estuviera ayudando a su caso.

Jalomar Id Piscium se frotó el puente de la nariz y dio un largo suspiro.

-Esto es peor de lo que imaginaba.

-Lo siento.

Arksinad seguía sin decir nada. El pirata lo miró, interesado, y terminó por hacerles un gesto vago.

-No me molestaré con ustedes. En Gikeldor se aprende a la fuerza. Mientras tanto, tendré que pagar su hospedaje con lo que tengo. Pero preferiría que guardáramos algún soborno. Oí que otros grupos también esperan al Campeón por la ciudad, y podríamos tener problemas.

Reed se inclinó contra el suelo.

-¡Muchas gracias! ¡De verdad!

Por fin una media sonrisa volvió a aflorar en el rostro cuadrado del otro.

-Ya, ya, descuida. No se repetirá. A decir verdad, a mí también me embaucaron un par de veces en mi juventud, aunque me cueste admitirlo.

-Lo devolveremos- habló Arksinad entonces, con tal furia y determinación que captó la atención de todos. El hombre lo miró, atento, como si recién se percatara de lo curioso que era ese cuerpo tan joven.

Los ojos cobrizos de Brisafiel brillaron cuando habló.

-La dama... -dijo, y luego se aclaró la garganta- La jovencita elven que estaba contigo en Qwillah, si mal no recuerdo...

Gallahard y Reed miraron curiosos, y en el gesto de Arksinad hubo un dolor profundo, que lo sacó de su enojo.

-Murió- contestó al fin, calmado. El pirata cerró los labios como si ya se lo esperara, y el rubio dio por terminada esa charla. -Vamos, Reed. Creo que sé cómo recuperar nuestro dinero.

Lo siguió, recuperando el control de su cuerpo y saliendo de la habitación que compartían el noble y el capitán, doblando por los pasillos del segundo piso de la posada en busca de su propio cuarto. Arksinad caminaba con paso pausado, apretando los puños, como si al rencor que le hubiera dado la forma en la que los habían engañado se sumara ahora una tristeza distinta, mucho más profunda sobre quien fuera aquella tal Ruin de la que Reed ya había escuchado otras veces. Pensó en decirle algo, en hacer alguna pregunta, pero a su voluntad se opuso el hecho de que ya habían llegado y que Arksinad se volteaba, revisando en uno de los compartimientos de su nuevo atuendo blanco.

-Toma- dijo, y le tendió dos monedas de oro- Las tenía escondidas por si las moscas.

Sintió el peso de esos dos discos relucientes, su forma mal hecha y doblada contra su palma. Levantó la vista, curioso.

-¿Qué hago con esto?

-Baja, y compra las bebidas más fuertes que te alcancen. Compra algo tan bueno como para tumbar a un dragón.

-¿Vamos a ahogar nuestras penas?

-Tú ve- le dijo el mago, palmeándolo y forzando una sonrisa.- Ya verás lo que se me ocurrió. Creo que podré hacer tanto dinero como para comprar el sombrero que llevo tres veces.

Se resignó a obedecer, y descendió al trote a donde se hallaba el tabernero que administraba el sitio. El jaleo continuaba, allí abajo –y era increíble la diferencia que había entre el ruido, el sofocamiento y la música de allí con la calma de los desvencijados pasillos superiores- pero logró hacer oír su pedido, que el hombre aceptó luego de examinar las dos monedas minuciosamente.

Luego apoyó, sistemáticamente, una, dos, tres, hasta seis botellas de un líquido claro, tan claro que Reed comenzó a dudar si no estaba pagando agua fresca. Se tragó sus dudas, tomó aquella carga como pudo y volvió a subir al cuarto, siempre atento a ver si volvía a encontrar al par de ahuras que los habían estafado con tanta maña.

Cuando llegó, Arksinad lo esperaba en la puerta. Examinó su compra, entretenido, y su rostro adquirió una mueca de asco.

-Vosche.

-Parece agua de lluvia.

-Lo parece, pero sabe a fuego de infierno y amargura de viejo- sonrió el mago, ayudándolo con las botellas y entrando.

Era un cuarto espacioso el que tenían, con tres camas desordenadas sobre un piso viejo y empolvado. Reaper dormía en la del medio, su pecho subiendo y bajando al compás de su respiración y los dedos aún aferrados a su guadaña, como si se dispusiera a luchar.

Arksinad se sentó a su lado, y lo sacudió levemente. El guerrero no tardó en despertarse. Abrió los ojos por un instante como asustado, perdido, y luego vio la botella que el otro le tendía contra la cara.

-Bebe.

-No me despiertes para esto, boca-cortada- se desperezó, restregándose los ojos. La paciencia de Arksinad se colmó en el acto y lo tomó del cuello de la camisa, sacudiéndolo.

-¡No pienso quedarme aquí sin dinero! ¿Oíste? ¡Ni hablar! ¡Así que comienza a tomar!

Como el anuncio había recorrido ya no sólo las inmediaciones de la posada, sino también del resto del bazar y se había expandido hasta los mismos bordes de la ciudad, la confluencia dentro de la taberna de “*Va Ver*” fue quizás una veintena de veces la que había sido en cuanto llegaron; pues ya habían atravesado por sus puertas toda una serie de personajes de lo más pintorescos: humanos, sucios y atolondrados, pobres o ricachones, séquitos de maleantes como los que se habían cruzado en el camino hasta allí, más estafadores ahuras, serios kiels de cuerpos grandes y amplios cuernos que observaban todo con gravedad; mujerzuelas y hombrezuelos de empolvado maquillaje y también varios brujos que evidenciaban su situación con los tatuajes que marcaban sus rostros curtidos, vestidos en harapos negros y espiando con recelo desde las esquinas. Hasta creyó ver, asombrado, a un par de elvens famélicos, de los últimos que debían quedar por el mundo.

Brisafiel y sus piratas también estaban allí, observando el espectáculo en la barra junto con un tabernero que parecía en éxtasis por la cantidad de gente que había entrado a su negocio. El único que continuaba ocupando alguna de las habitaciones de arriba era Gallahard, que dormía sin importarle nada, pero por lo demás parecía que todos los habitantes de Rasalhague se habían reunido en ese mismo punto, para presenciar o responder al desafío que los tres habían levantado.

En medio de un espacio cercado por mesas acostadas, sentado como muerto y con Reed sacudiéndolo cada tanto para que no cayera dormido, Reaper cabeceaba borracho como una cuba. Seis botellas de vosche prácticamente forzadas en su garganta por el mago parecían haber dado efecto, y el guerrero de momento no parecía tener mucha idea de quién era, de dónde venía, qué quería o en dónde se hallaba exactamente. Sin mostrar mucha preocupación por ese hecho, más adelante Arksinad agitaba un brazo sonriente ante la multitud que lanzaba escupitajos, que estiraban monedas y gritaban improperios.

-¡Bienvenidos!- dijo, como un presentador- ¡Al evento de esta noche!

-¡Comienza de una vez!- le aullaron. Él asintió y levantó una mano hacia su compañero fundido.

-¡El juego es simple! ¡Quien derrote a nuestro campeón en combate uno a uno desarmado, recibirá mil piezas de oro! ¡No hay reglas en la lucha, más que mantenerse dentro del espacio delimitado por las sillas! ¡Precio por participar: veinte monedas de bronce!

Reed se sintió helado. Si alguien llegaba a ganar... Bueno, de más era decir que no había en ninguno de sus bolsillos mil piezas de oro con los que pagarle.

-¿Reed?- le dijo Reaper, bostezando, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor- Creo que... Tengo sueño... Y el jamón mágico...

-Arksinad, no creo que esto funcione- dijo en cambio él, viendo a su amigo que se aproximaba triunfal con las primeras monedas de bronce resonando en la palma.

-Pues yo creo que sí. Plan dos: recolectamos lo que podamos y comienzo a lanzar *Shinoras* a diestra y siniestra.

No estuvo muy seguro de si aquella respuesta era una broma o no. El primer contrincante de la noche entonces saltó las mesas, irguiéndose contra Reaper y apretando dos puños fibrosos, de nudillos afilados. Era un ahura luchador, como su cuerpo lo demostraba, que analizó al borracho con detenimiento, rodeándolo y escudriñándolo con sus ojos ámbar antes de lanzar un golpe.

Arksinad y Reed se alejaron del escenario para dar espacio. El puñetazo del ahura pasó por el aire, porque Reaper había caído como sin querer hacia adelante y se inclinaba con el torso sobre sus piernas, a punto de vomitar.

El rival entonces quiso probar una patada. Con unos reflejos impensables el guerrero la esquivó, y su movimiento fue tan potente que hizo caer la silla hacia atrás, derrumbándolo en el suelo y también haciendo que su pie partiera la quijada del otro en el trayecto.

Reaper continuó con los ojos cerrados, casi roncando mientras su enemigo caía. Se hizo un silencio de unos segundos, atónito, y luego todos los que miraban estallaron en aplausos y vítores. Un empleado de la taberna que actuó como juez se llevó arrastrando al que había perdido, y en su lugar lo reemplazó un kiel barbudo, de orejas puntiagudas y cuernos de carnero, que corrió gritando hacia el inconsciente para arrastrarlo en una mortal embestida.

El kamuita tan sólo giró en el suelo, saliendo de la silla y con aquello el grandulón pasó de largo, de cara contra el piso. Contaron unos segundos y terminaron por retirarlo también de la arena. Los espectadores rugían, entre risas y gritos de asombro y ya eran una decena los que agitaban bolsas de dinero ante el mago, pidiendo un intento o una probada de la fuerza de ese humano alcoholizado.

Mientras tanto ya Reaper se había incorporado, tambaleándose. Cacheteaba el aire con gran molestia, intentando apagar el sonido.

-¡Dejen dormir! ¡Joder! ¡Aturden!

Pero no parecía enterarse de lo que sucedía. Un par de elvens pidieron entrar juntos, pagando el cuádruple de lo que deberían; pero fueron derrotados por un movimiento que más bien pareció de baile, con el kamuita girando con sus palmas sobre el suelo y pateándolos contra las mesas. Luego quiso participar el líder de una pandilla – tres dientes rotos, una costilla fracturada, una mano dislocada- un antiguo guardaespaldas de Mercader ahura –fémur quebrado, golpe al estómago que lo quitó del juego- y hasta un supuesto militar kiel que consideró aquello un duelo de honor –

hematomas en la cabeza y plexo hundido-. A ese punto, ya las pocas reglas en las que consistía aquel desafío se fueron diluyendo, olvidadas para convertirse en un juego similar al que alguna vez se había dado en un poblado de Fariel: todos, absolutamente todos, se arrojaban para intentar derribar al borracho, buscaban derrotarlo ya no por el interés de ese premio que nadie iba a darles sino por algún tipo de orgullo personal, que los obligaba a seguir participando aunque Reaper los hubiera quebrado, a levantarse, pagar y continuar saltando hasta la arena para volver a ser lanzados contra las mesas, contra la barra, hasta contra las ventanas del local. Las monedas de bronce, plata y hasta oro llovían sobre Arksinad, quien apenas daba abasto para cobrarles a los participantes y reía, mientras que Reed se hallaba más preocupado por el caos creciente que los rodeaba, por la cantidad insospechable de personas que ingresaban al juego para vengar a algún camarada que hubiese perdido, para probar sus hazañas o tan sólo presionados por el alcohol que bebían desde la cantina y los gritos de aliento de las mujeres ahuras.

Tenía que ir esquivando, dando vueltas alrededor del escenario, los cuerpos que salían despedidos desde donde su amigo continuaba su perorata bebida. Se agachaba y pasaban por encima, haciendo trizas lo que impactaran, pero nadie parecía amargado al respecto sino que se seguían sumando, y pronto ya nadie consideró necesario pagar su oportunidad –en cualquier caso, los bolsillos de Arksinad ya estaban colmados- sino que se adelantaban sin más, a los empujones, y eso les hacía colisionar con otros en encontronazos violentos que se regaban con vosche y carcajadas, con el coro de los músicos sobre la tarima superior.

Entre aquel desastre, logró ver que Gallahard aparecía, poco motivado ante la multitud que se golpeaba y chocaba contra todo. Corrió hacia él, gritándole.

-¡Gallahard! ¡Haz algo!

El Tres levantó un pulgar, asintiendo. Buscó a una de las mozas y la tomó de las manos con dulzura.

-¿Quieres que te proteja de estos bárbaros? Arriba estaremos más seguros.

Se perdió unos segundos después junto a la chica, bajo la mirada atónita de Reed, que había visto en el hechicero la última de sus esperanzas para poner pausa a aquel descontrol. Aumentando el desenfreno de la noche, los músicos dieron más ímpetu a sus instrumentos: tambores, violines, flautas tronaron apagados por el bochinche, y Reed se volteó para observar, incrédulo, la montaña de gente que había quedado inconsciente por el guerrero y a Brisafiel y los suyos estallar en carcajadas, también borrachos, mientras que Reaper ya se veía más lúcido y continuaba repeliendo a sus atacantes sin problemas, entretenido por el combate. A su alrededor, humanos cabeceaban ahuras, elvens se retorcían con kiels, hermanos se cacheteaban en una danza feroz que superaba con creces a la de Mib, moretones y dientes rotos, ropajes sujetos y desmayos.

Arksinad contaba monedas, en una mesa separada al resto, apilándolas en grandes torres que por poco no se derrumbaban ante las sacudidas del bar. Cuando puso la última sobre la pila, con dedicado esmero, todas cayeron en un estrépito por entre los tablonces de madera.

Un portazo había irrumpido, apagando todo el jaleo. Reed, Brisafiel, las multitudes combatientes, Reaper, Arksinad, y hasta Gallahard que subía las escaleras con su conquista se voltearon, viendo al encapuchado que allí apareció arrastrando su arma, examinándolos con una media sonrisa.

-¡Vengo a responder al desafío! ¿Hay aún vacantes?

Se hizo el silencio. El recién llegado bajó su capucha, dejando ver un rostro rubio y de ojos claros, un rostro conocido apenas surcado por un par de nuevas cicatrices que brillaban contra las luces del local. Avanzó hasta la arena, por entre los que se hallaban quietos como estatuas, dejando su martillo para que otro lo cuidara y se sonó el cuello, mostrando los dientes a Reaper en una sonrisa orgullosa.

-¿Qué te está pareciendo Gikeldor, kamuita?

-No lo sé, celestiano- devolvió el guerrero el gesto, tensando los puños- Su bebida es un asco.

Todos los miraban, tensos. Ambos jóvenes apenas llegaron a ladear la cabeza, y luego sus brazos se movieron como serpientes, más rápido que lo que captaba el ojo. Eluid y Reaper se golpearon en pleno rostro, sin caer, y luego los dos como en una coreografía ya planeada se agacharon, volvieron a embestir, comenzaron a intercambiar puñetazos sin que ninguno retrocediera un ápice.

Reed observaba al campeón, al hombre que había contribuido a matar a su maestro, al mismo que él había echado de Tikielder una mañana soleada. Lo observaba tener ese encuentro, lo veía reír ante las luces y la atención que los espectadores le prodigaban y sentía una sensación extraña, efusiva, subirle de a ratos desde el pecho hacia la garganta, como si hubiera bebido algo que quisiera salirse por su boca. No era miedo, ni era culpa, ni vergüenza ni odio. No odiaba a Eluid. No hubiera podido odiarlo aunque quisiera. Era más bien la sensación de algo que se pensaba dejado atrás, una incomodidad que trepaba, que irritaba de la misma manera en que lo aliviaba, tejiendo su futuro.

Hubo otro impacto, y otro, y otro. Sonaban como chasquidos secos entre el silencio asombrado que les veía. Al último ambos se separaron, plantaron pie con firmeza y se cabecearon con un sonido que fue como el redoblar de un tambor, cayendo por fin rendidos al suelo.

La quietud se agudizó, y hasta Jalomar entreabrió la boca en desconcierto. El Campeón y el borracho que había vencido a todo Rasalhague continuaban arrojados, en perfecta simetría. El golpe de sus cabezas había sido tan potente que ahora muchos dudaban de que no estuvieran desmayados.

Pero se movían. Poco a poco, con pausas, como guiados por un ritmo que el resto no oía, sus pechos bajaban y subían, dominados por el temblor, y ante la incredulidad del público ambos reían a las carcajadas, felices de reencontrarse, con los ojos pegados al techo y sin dar importancia a lo que los rodeaba. Viéndolos allí tumbados, en esa bienvenida tan extraña, Reed agradeció por primera vez al destino que hubiera jugado en contra de sus deseos devolviendo a Eluid a su camino. Sin embargo, maldijo también, pronto deberían darle las malas noticias.

No lo habían sabido al llegar, pero Reed Id Vant, Reaper Assadan y Arksinad Eel eran famosos en Gikeldor. Desde los confines del sur hasta los desiertos maltrechos del norte, pasando por los deshielos costeros, sus nombres habían sido oídos y repetidos con admiración, de boca en boca como los poderosos héroes que junto al nuevo

Campeón habían matado al Emperador de los Dragones Skectral en combate. Tal hazaña era contada innumerables veces con interminables cambios en la historia: en una versión, un demonio los ayudaba a vencer a cambio de sus almas, en otra convencían a los habitantes de ese lejano lugar a destrozarse al dragón con pura superioridad numérica, en otra combinaban sus poderes en un sólo ataque que lo desaparecía de la faz del planeta; y su sola mención había hecho que artistas y trovadores a lo largo del continente escribieran melodías a su gloria, algunas de las cuales ya habían escuchado de paso sin percatarse de que referían a ellos.

Una de esas canciones sonaba, en honor al grupo, en el lujoso salón en el que el Mercader apoderado de la taberna les recibía junto con Eluid. Reed la oyó a medias, incrédulo, mientras los agasajaban con deliciosos bocados que valían fortunas y los colmaban de atenciones y cumplidos.

*“En el castillo, sobre colinas
La bestia ruge, el fuego encandila
Y como un trueno, que empuña el alba
Seis héroes nacen, alzan su espada...”*

No supo explicar por qué, pero le pareció de mal gusto. Se liberó también de la joven que intentaba masajearle los pies, molesto, y continuó viendo con asombro velado al cazadragones, en un asiento más adelantado al resto, su sonrisa confiada mientras veía al Mercader cenar sin probar él un sólo bocado. A ambos lados Arksinad también oía la música, amodorrado, y Reaper cabeceaba por la resaca de lo que había ocurrido la noche anterior.

El gordo señor de Rasalhague continuaba engullendo su aperitivo, bebiendo hidromiel de una copa del más puro cristal y ofreciéndoles con gestos imperceptibles las decoradas bandejas de masitas, de turronecillos acaramelados, las compotas de manzana bañadas en suave miel o los trozos de chocolate trozado con frutillas, traídas desde Cel-Neckar. Al principio, Reed había accedido a echar por lo menos un trago del hidromiel, tentado por las capas de crema y los adornos con los que habían florecido su copa. Pero al instante lo había dejado, sin probar nada más. Se dio cuenta de que era injusto. Veía a aquel hombre, a su riqueza, a la desidia con la que ordenaba a sus sirvientes que siguieran trayéndole comida para saborear con sus labios de babosa y le daba un asco infinito, una infinita sensación de que algo estaba mal y de que más bien le valdría haber gastado su tiempo en el niño ahora desnutrido con el que se había cruzado en aquel poblado sin nombre.

Por eso ahora sólo se concentraba en dos cosas: Eluid, que desde que había llegado actuaba como si el episodio en Vant nunca hubiera sucedido, y la música que resonaba en la estancia, la historia oculta que ellos habían vivido y que evocaba tan mal el pobre bardo al arrancar sus hermosas notas de entre las cuerdas.

*“Altivo, nuestro campeón,
Lideraba a los seis libres,
Del Kamui, un asesino,
Y un niño, de gran valor*

*Un guerrero, de ojos grises
Que luchaba, con gran pasión
Y una bella doncella
De cabellos bien rubios...*”

Arksinad escupió lo que justo había tomado, mirando al cazadragones. Eluid palmeó al compás de la música, ya habiendo mostrado lo que quería.

-¿Bella doncella?- inquirió Reaper también curioso.

-Ya saben, los mitos cambian un poco de tanto en tanto- le contestó el celestiano. Por su sonrisa satisfecha, se notaba que había tenido un papel importante en aquel cambio.

-¡Detén esa estúpida canción!- hizo una seña Arksinad al músico, ante los ojos del sorprendido Mercader- ¿Te parece que es una bella doncella?

-¿Es una fea doncella, mi señor?- inquirió el hombre solícito.

Eluid y Reaper estallaron en carcajadas. Arksinad se palmeó la cara y no dijo más, y se dispuso a soportar el siguiente tema que trató sobre Tikielder, una isla de jade en medio de la tormenta en cuyo seno los hombres luchaban con lobos todas las mañanas, arrancaban su sustento de las bocas de leones y construían viviendas excavando montañas, sin conocer el amor, sin honrar a dioses y canibalizando a los muertos para sobrevivir. A Reed le pareció de lo más entretenida.

-He terminado- se limpió la boca el Mercader con un pañuelo en ese momento, o más bien, dejó que uno de sus sirvientes lo limpiara- ¿Pudiste hacer tu trabajo, Campeón?

Eluid se serenó.

-Ese dragón ya está muerto. Los poblados del sur no tendrán que sufrir más.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Reed, quien contemplaba la espalda del cazadragones. Así que ahora, después de tanto tiempo... Aun después de haber acabado con quien había destruido a su pueblo... Era como una avalancha. El día en que Skectral había matado a casi todos los habitantes de Rigel, había desencadenado para su raza una masacre mucho mayor, mucho más indetenible. Las palabras que el dragón alguna vez dijera a Scarrow antes de morir resonaron en su mente.

-Y con ese- dijo el Mercader, chupándose los dedos- Estarían todos. Ya no más ataques de esas bestias, de momento.

El cazadragones no dijo nada, esperando. En su semblante se volvía a ver una oscuridad profunda, llena de resentimiento.

-Dales un rato.

-Sin embargo, ¿no te parece curioso? -le dijo el gordinflón, sus ojos brillando con inteligencia- Que frenasen sus asaltos, sin ton ni son... Hasta tú debes comprender que es algo extraño.

Los tres intercambiaban miradas entre el amo y Eluid, escuchando con detenimiento. Hablaban de los dragones. Los dragones habían dejado de atacar Gikeldor.

Sabían bien por qué era.

-Creo que Crandor se está metiendo en algo complicado- terminó diciendo el noble.

Su anfitrión asintió, acariciándose la papada con desgano.

-Nada bueno- dijo- Sale de esa bestia.

-¿Esa...?

-No los dragones- agitó una mano el ahura, corrigiéndole- Los odias, lo sé. Son malvados, me perturban. Pero son también predecibles. Les das un pueblo, un desafío, una barrera a su fortaleza y la toman como algo bueno, como algo que debía suceder, como si la muerte de miles de sus retoños fuera algún drenaje para sus impurezas. No, no me refiero a ellos. Me refiero a Crandor. Ese hombre... es demasiado similar a un dragón, después de todo. YGG nos proteja de un hombre que pueda pensar como un monstruo y sonreírle a las adversidades de esa forma. Que nos engañe... con su apariencia mortal.

Ninguno dijo nada. Al último el rico resopló, con una risita tonta, y dio un movimiento con la mano.

-¿Contactó ya contigo?

Eluid asintió.

-Partiré en tan sólo unos días.

-Bien- el Mercader hizo un gesto, y un esclavo con argollas de oro en los tobillos le trajo una fuente llena de racimos de uva- Sabes bien qué hacer. Recuérdale que no contará con nuestro apoyo si actúa por su cuenta.

-No creo que el emperador se sienta muy intimidado.

-Recuérdale entonces que no contará con *tú* apoyo- sonrió el gordo- Es un guerrero. Estoy seguro de que eso lo dejará desconsolado.

Y se giró, dándoles la espalda para seguir comiendo. Reed, Arksinad y Reaper se levantaron siguiendo a Eluid, sin estar del todo seguros sobre qué acababan de presenciar. En cualquier caso, las palabras y la invitación de Balefor seguían apareciendo en sus consciencias, traídas por la conversación oída. ¿Qué pensaría Eluid, de una alianza con los señores de Aterror? ¿Qué opinaría si le dijeran que ellos consideraban tal unión necesaria, en vista de los enemigos que tenían? Su reacción no sería buena, lo sabían. De momento, lo indicado era sólo revelarles lo que realmente le incumbía.

-¿Puedes explicarnos qué acaba de ocurrir?- le preguntó Reaper primero, adelantando el paso.

Eluid aminó la marcha por los elegantes pasillos, poniéndose a su nivel.

-Más bien ustedes deberían decírmelo. No creo que hayan venido aquí de visita.

Se miraron, y el kamuita prosiguió.

-De hecho, veníamos a pedir tu asistencia. Para...

-Para convencer al emperador de salir en ayuda de Kamui, claro- asintió el joven restándole importancia- Dalo por hecho. Tengo que partir a Zubeneschamali en poco tiempo, de cualquier forma. Un emisario kiel vino a reclamarme en sus tierras.

-Pero algo no te agrada de todo el asunto- comentó Arksinad.

-¿Unirnos con Kamui?- se inclinó de hombros el cazadragones, suspirando- Estoy de acuerdo con eso. O más bien, no me provoca grandes sufrimientos. Los Mercaderes, sin embargo, no están muy contentos. Ya oyeron al gordinflón de allí: temen que Crandor se esté tomando demasiadas libertades.

-No entiendo- le dijo Reed, por fin hablándole. Eluid lo miró como si nada hubiera ocurrido.

-Gikeldor es una tierra pobre. Sin embargo, compra mucho. ¿Increíble, no es así? Los Mercaderes se encargan de que cada vez que alguien tenga aquí una sola pieza de cobre, la gaste en productos de Gosico Fonit. Gracias a eso recibimos bonos de Cel-

Neckar y podemos mantener a flote a varios de los pueblos que si no morirían por la peste.

»Los kiels del norte intentan conseguir la independencia a duras penas, pero el control de los Mercaderes también les regula. El emperador Crandor está atado... Y no es un hombre al que le guste ser limitado. ¿Qué solución puede dar? Económicamente, Gikeldor es insalvable. Nuestra moneda sólo vale para los mercados de Babel, y los magos de allí la ajustan a gusto y placer para atajar sus propias pérdidas. La tierra es infértil, y la riqueza está mal distribuida. ¿Vieron a ese ahura? Es desagradable. Y sin embargo, hoy en día los gikeldianos lo consideran un mal necesario.

Salieron a los jardines del amo, donde el sol les daba de lleno y se respiraba un aire más fresco que el del resto de la ciudad. Los guardias y los empleados los saludaban con reverencias, reconociéndolos como los héroes de sus historias y dirigiéndoles miradas llenas de interés. Eluid continuó.

-Crandor sabe que debe dar un golpe. Sus opciones, por lo que entiendo, habían sido recibir el mismo trato que nos da Cel-Neckar, pero de Kamui, Fariel o la Forja. Es un hombre orgulloso, por lo que nunca aceptó tal cosa. ¿Cuál es la diferencia entre uno u otro? Todos son reinos que proclaman ser bondadosos, que proclaman defender los intereses de la justicia y la libertad, pero puertas adentro sólo traman en su beneficio. La mayoría de los Mercaderes están aterrados, pensando que van a ser reemplazados por mandatarios kamuitas; pero pocos son como el que acabamos de ver, que entienden a nuestro emperador. No... A Crandor nunca le interesó esa oportunidad.

Ya habían atravesado los muros, y paseaban por las calles de la ciudad siguiendo el paso seguro del joven. Reed notaba ahora ávido el colmillo de Skectral, la daga estilizada de hueso que colgaba del cuello de quien hablaba.

-Lo que Crandor quiere- se dio vuelta Eluid- Es un nuevo hogar. Libre de esta tierra muerta, de los Mercaderes, de los grandes reinos. Planea reconquistar Fariel, feliz de la guerra en la que quieren inmiscuirnos. Por eso ha declarado a Cel-Neckar su enemigo.

-Pero esa es una batalla que no puede ganar a solas.

-Y él debe entenderlo- asintió el joven. Doblaron por una esquina, metiéndose dentro de un callejón escarpado en el que los mendigos parecían manchas en el suelo. Aliarse con Kamui está dado. Pero eso aún no basta. Así que lo que temo que haga...

-Es aliarse con Aterror- continuó Reed, como si no lo hubiera sabido todo ese tiempo. Eluid se frenó entonces, y se volteó.

Lo examinó con ojos claros, turbados, brillantes en la oscuridad de aquel pasaje. Luego volvió a asentir.

-No pienso permitir eso. Estoy de acuerdo en que quiera liberarse de Vannael y los suyos; pero el monarca nunca fue mi enemigo. En cambio los dragones... Una alianza tan impensable no le traerá ningún bien a nadie.

Callaron, tensos. Luego Arksinad dudó.

-Eluid. Secuestraron a Merady.

El ambiente se condensó. Arrancado de sus divagaciones el joven palideció unos instantes. Luego su rostro se crispó y sujetó al mago de la túnica.

-Dime que estás bromeando.

-Fue Vannael- contestó el otro sin amedrentarse, pero con evidente culpa. Quisimos evitarlo, pero no lo logramos.

-¿Vannael...?- murmuró el cazadragones, sin comprender- ¿Por qué...? ¡En qué diablos metiste a mi hermana!

Lo sacudió con firmeza, y Arksinad no respondió. Reaper apoyó una mano en su hombro.

-Por eso también te buscábamos. Queremos que nos ayudes a recuperarla.

Como una fiera el guerrero se volvió, soltando con brusquedad a Arksinad quien cayó al suelo. Apuntó con un dedo al mago, furioso.

-¡Este asesino va a hacer que condenen a mi hermana!

-Vannael no le hará nada- se limpió el barro de sus ropajes el hechicero, incorporándose con dignidad- Si la tiene, es porque quiere que volvamos a encontrarnos. Me quiere de nuevo frente a frente, para completar el plan que ha estado tramando desde que envió a los dragones a todos esos pueblos como Rigel o Vant.

-¿Me estás diciendo que realmente Vannael...?

Se hizo una pausa, en la que Eluid examinó sus expresiones culposas. Poco a poco su semblante parecía admitir lo que nunca había creído, que el Rey de los Magos no era tan sólo el dechado de justicia egoísta que siempre había asumido. Sus ojos se abrieron, recorridos por una nueva luz, y sus puños se aflojaron cayendo inútiles a los costados, con resignación.

Cerró los ojos, e inspiró largamente.

-Lo siento. No tengo derecho a enfadarme con ustedes.

El joven se volvió a Reed con apeno.

-Alguien se llevó a Caxer.

Aquel cruce le pareció ridículo. Apenas levantó la vista, para examinar el rostro de Eluid, incrédulo.

-¿Cax?

-Tu hermano- hundió la cabeza el joven en su cuello con un suspiro- Quiso acompañarme, cuando salí de la isla. Quería buscarte.

Un latido, fuerte, despertó vibraciones que lo desdibujaron todo. Se adelantó un paso a duras penas.

-¿Caxer te siguió hasta aquí?

Pensaba en aquel niño, al pequeño enfermo que tanto se le parecía y que tan herido había quedado tras los sucesos ocurridos en Tikielder. Tragó saliva, interrogando a Eluid con la mirada.

-Sí. Pero una noche... Nos tendieron una emboscada. Y se lo llevaron. No he vuelto a verlo desde entonces.

-¿Quién pudo haber hecho algo así?- inquirió Reaper. También había consternación en la tez pálida de Arksinad. A ese intercambio de malas noticias nadie lo había esperado.

Reed buscaba a toda velocidad, en sus recuerdos de su pequeño hermano, como si pudiera haber algo en esas miles de imágenes y voces que le pudiera dar una pista de dónde se lo habían llevado, de quién hubiera podido desearle el mal. Las posibilidades eran aterradoras, en especial las más probables. Quería creer que aquello había sido algún movimiento de Vannael, algo que solucionar con un viaje como el que hacían, y no la terrible y repentina ausencia de la pérdida, de tener que explicarle a su madre que su hijo predilecto había desaparecido sin dejar rastro, y que nunca lo recuperarían. Comenzó a ser dominado por los nervios, por el temor, por la idea de que quizás nunca lo volvería a encontrar. Gikeldor era enorme, y los casos de venta ilegal de esclavos abundaban, en especial si los secuestrados tenían potencial mágico como Caxer lo tenía. Recibir una noticia de ese modo... Se habían dado un golpe doble, con Eluid, otra vez.

-Tengo una sospecha- les contestó el cazadragones al rato, viendo el suelo- Es por eso por lo que también quiero apurar mi viaje al norte. Les hablaré de ello en algún lugar más privado. De momento, quisiera que...

Se interrumpió, porque a su lado hubo un portazo. De una de las muchas entradas que se perdían en aquel pasadizo dos hombres cayeron, pateados, al suelo. Estaban desnudos, y ocultaban sus vergüenzas con las manos.

Eran el mismo par de taimados ahuras que los habían embaucado al llegar. Eluid suspiró como si fuera poca cosa, viéndolos levantarse y huir aterrados, y los tres quedaron perplejos, oyendo el grito que venía desde el umbral abierto.

-¡Y no vuelvan hasta que sepan apostar como es debido!

Una voz joven, conocida. El trío cruzó miradas, y Eluid se revolvió el rubio cabello, molesto con la interrupción.

-Zubeneschamali trae emisarios cada vez más pintorescos. Pasen por allí, por favor. Es mi hogar, aunque está algo atiborrado de invitados. El enviado de los kiel que vino a buscarme afirmó conocerlos.

Atravesaron esa abertura, desconcertados. En ese cuchitril, en efecto, estaban tres personas que no habían esperado ver nunca más en sus vidas: Bullwe, con la cabeza sobre las manos masticando una brizna de pasto, el medio ahura Gio Reda, barajando un mazo de fuji e; iluminado contra el sol velado de la ventana y envuelto en una pesada capa, el hombre que alguna vez los hubiera arrestado bajo Belekraz, Yeguilex DaWillse mismo les dio la bienvenida con su expresión grave y cansina.

9. Drassil

Por fin, después de tantos años de planes y entrenamiento, lo habían logrado. Ese era el primer pensamiento que pasaba por sus mentes al ver cómo la tierra ocupaba una llanura que antes había sido ciudad, como las amatistas se enterraban bajo el polvo desapareciendo las evidencias de la magia y sólo asomaba una abertura, un hueco insignificante por el que todos habían ya huido.

Debían de ser cincuenta, tal vez más, tal vez menos. Muchos habían muerto durante el asalto a Dammed Oah, y no podían contarse, presos de la agitación. Todavía tenían un deber. Se mantenían frente a la Puerta de Eclipse, en guardia, preparados para fulminar a cualquier deva que saliera escapando de su ciudad enterrada. Tensos, con sus armas seeler en mano, sabiendo que lo que habían cometido era una masacre, que habían perdido a su líder y ya no les quedaba nada.

“Ahora todos somos malditos.”

Ese era el segundo pensamiento que rondaba sus cabezas. Alguno de los seelers lo murmuró, a medias, y Sephid lo oyó también a medias desacreditándolo en su interior, sintiendo que eran malditos por necesidad, no por gusto. Él había conocido la maldad. Lo que Albion había hecho con su raza... Había sido egoísta, sí, quizás desesperado. Pero no le parecía malo. Lo defendería ante todos los tribunales de dioses, si fuera necesario.

Pero en el momento no pronunció palabra, con la mano puesta sobre el mango de Necrostacia, mientras contemplaba bien atento la polis enterrada. Su maestro descansaría allí, hasta que fuera el momento indicado. Miles de devas descansarían allí, hasta el fin. Se había enterrado junto con ellos. Aquel había sido el final, de sus aventuras, de su unión y su gloria, de sus risas compartidas.

No dejó que la emoción lo embargara, sino que continuó observando como un ave rapaz. En aquel momento, él era quien tenía más autoridad entre esa gente. Contempló ese hueco, esa boca hambrienta, y luego vio a algo sacudirse de entre su oscuridad, emergiendo hacia ellos.

Se prepararon, pero no lanzaron sus poderes. Debían de ser los últimos. En efecto, varios se permitieron suspiros de alivio al ver a Ventrysten y a Zauriz emerger sobre la Puerta que ascendía, envueltos en sus capas negras y en un silencio sepulcral. El más viejo, erguido y horroroso como siempre, parecía adormecido y llevaba en sus manos las memorias de lo que había ocurrido: una esfera porosa, maleable, que

sostenía con dedos putrefactos de maldad. Sephid la observó con ansias, deseando contemplar los últimos momentos de Albion y sabiendo que le sería prohibida.

El más joven, en cambio, arrastraba a Drassil. La espada de Idgray parecía resistirse a estar junto a Ventrysten, pero el arisco humano la mantenía bien sujeta mientras la puerta completaba su trayectoria y los devolvía al mundo exterior. Por último la placa de piedra terminó su ascenso, sellando Dammed Oah para siempre con un pesado chasquido.

No hubo vítores, ni aplausos, ni gritos de satisfacción cuando aquello ocurrió. Todos comprendían que habían hecho algo terrible. Sephid observó a lo lejos a Ventrysten, alzar el garr de plata y mostrarle la puerta al arma que debía contener el alma de Idgray.

-¿Sabes qué es esto, no es así?- preguntó burlón, y tal vez sólo fue Sephid quien lo oyó a tal distancia- Estas puertas existen en tu mundo. Para esta, sin embargo, no hay llave alguna.

Como esperaban, Drassil vibró en un murmullo indignado. Luego hubo un sonido helado, filoso, y la espada se expandió como si hubiese explotado por dentro. Ventrysten retrocedió, y todos contemplaron como el arma legendaria se desdoblaba, giraba, manipulaba su materia ensanchándose y redondeándose, hasta absorbiendo los colores que antes nunca había tenido.

Cayó contra la puerta, convertida en un arma distinta. Un escudo gigantesco, rojo y provisto con una estrella de oro: la llave necesaria para abrir el camino hacia el antiguo cuerpo de Idgray Decaheron.

Era tal como Albion lo había predicho. Sephid se permitió una incipiente sonrisa, y comenzó a avanzar hacia Ventrysten quien contemplaba ese escudo con fascinación. Todo había salido de acuerdo con el plan. Ahora, el escudo con el alma de Idgray estaría obligado a ayudar al nuevo Albion, al único que podía pasar la barrera de Belekras y abrir la Puerta Eclipse con las gemas. Sus pies se arrastraron por el sendero inexistente, acercándose a su compañero; y en ese momento, como un fulgor, creyó ver un rostro sacudiéndose tal reflejo en el escudo. Pero, de algún modo, aquel segundo le dejó una cicatriz en su memoria que prefirió olvidar para siempre.

Despertó empujado hacia delante, cubierto de un sudor frío que hacía décadas no experimentaba. Un sueño como ese... Se estaba volviendo blando. Sin embargo, en cuanto se calmó de lo terrible de una pesadilla que no difería en nada con el pasado, se permitió sentirse maravillado. Había recordado. Desde hacía años las imágenes de su asalto a la ciudad de los devas lo acosaban al descansar, pero nunca, desde la misma siguiente noche en la que habían perpetuado la masacre, Sephid había vuelto a presenciar aquel instante tan curioso en el que creyó ver el alma de Idgray reflejada en el escudo que la contenía. Era como si su mente hubiera rechazado aquel momento, lo hubiese cancelado por lo inverosímil que le parecía, por la crueldad de lo cometido o por algún oscuro secreto que no alcanzaba a develar. Sintió un malestar indefinible en su interior, agravado por las penumbras de la habitación en la que se hallaba, y pensó en qué motivo podía ser el que le hubiera devuelto a sus ojos aquel recuerdo maltrecho e inútil.

Lo mejor sería olvidarlo. Lo más probable era que su consciencia le jugara malas pasadas, influidas por las noticias y el mensaje que le había llegado desde Fariel. O tal vez había algo, en ese instante, que debía descifrar y que no acudía a su mente: Ventrissen burlándose del alma en Drassil, el silencioso Zauriz con las memorias de Albion en sus manos, los seelers mirando temerosos a la llanura interrumpida por la Puerta de Eclipse; algo en todos esos elementos que debiera parecerle en discordia con el resto, que debiera alertar su sentido práctico con alguna revelación.

Antes de ninguna revelación, sin embargo, llegó la comida, de la mano de esa joven tímida que vivía sola en ese poblado desconocido de Kamui Medor. Esta vez se había esmerado: había carne de cerdo, frita, y había también huevos cocidos con sal y pimienta, que devoró agradeciendo con un asentimiento, sabiendo que aquel sería el último de sus atracones en aquel sitio.

El día en que la noticia llegó hasta allí, la muchacha que lo había estado cuidando se acercó de inmediato a decírsela; acompañando con aquello el magro pero dedicado desayuno que le acercaba todos los días desde que lo había acogido, cuando lo halló como una sombra malherida que huía arrastrándose de un peligro invisible.

Aquella aldeana lo había llevado a su hogar, le había ofrecido una cama y alimento; hasta ir en busca del sanador, cosa que él prefirió evitar por inútil y para no delatar su ubicación a los esbirros de Vannael. Sefhid lo agradecía, en su interior, pero entendía también que era el momento de irse. Su lealtad no estaba allí. Su lealtad estaba con Shimari y, más atrás en el tiempo todavía, con el fantasma de Albion Decaheron.

Decidió curarse de manera normal, con la simple espera. Una herida como aquella normalmente le hubiera tomado un día, quizás menos en regenerarse, pero por haber sido hecha con una magia de luz que devoraba las mismas sombras que lo reconstituían fue que esta vez tuvo que pasarse semanas en cama, viendo el techo, esperando estar completo de nuevo bajo las atenciones silenciosas de su anfitriona. No se podía quejar. Cuando era humano, heridas mucho menores hubieran podido quitarlo del mundo.

Mientras tanto, su único entretenimiento fue mantenerse enterado por boca de su cuidadora de los inclementes sucesos que sacudían el mapa: que Sulfur Houppé había muerto, asesinado por los duques del palacio real, que Kamui declaraba la guerra, que Fariel ponía sus tropas en las afueras de la ciudad, que Gikeldor organizaba sus ejércitos, que el puente de Al Tarf cerraba su paso por ambos lados, y luego el silencio, el enterarse de que Deneb Algedi había sido volada en pedazos, de que innumerables vidas se habían perdido en la explosión.

Al oír aquello, él mismo cerró los ojos con calma. Así que había iniciado. Cosas como esas eran las que Albion había querido detener, al hundir Dammed Oah. Una masacre, para evitar miles de futuras masacres. Y sin embargo, habían fallado.

Habían quedado seguidores para el hombre de los ojos sin alma, después de todo. Escondidos como fantasmas, con objetivos fantasmas que buscaban desplomar todo el orden logrado, detentando posiciones de poder, tramando y organizándose bajo sus narices. Al final, parecía que en aquella guerra Albion había perdido.

Porque después de la explosión, las noticias comenzaban a ponerse perturbadoras para quien comprendía. Y Sefhid comprendía. El ataque de los soldados desertores a la capital, aplastados sin piedad por los ejércitos kamuitas, sumaba una ofensa entre ambos reinos que jamás sería perdonada. Las flotas que eran pilladas por barcos de Eta Piscium, comandados por Cel-Neckar, las teorías sobre cómo se alinearían los bandos en esa contienda. Y los rumores sobre el surgimiento de una

ciudad que se alzaba por entre las ruinas de Deneb Algedi, de un nuevo héroe que había tomado el liderazgo de toda la armada y que decía buscar justicia para todos aquellos humanos.

Dio un largo suspiro, pensativo mientras masticaba la tierna carne. El desafío de aquel ser que no debería estar vivo había llegado, de boca en boca y de bardo en bardo, a sus oídos, repetido textualmente por miles de gentes, comentado por quienes hacían complicadas teorías sobre lo que estaba sucediendo y sobre quienes buscaban causas políticas; y en todos ellos en realidad lo esencial de esas palabras había pasado desapercibido, por no saber de lo ocurrido hacía cuatrocientos años.

Sephid Silas, demonio de Kamui, es desafiado por Idgray Decaheron a enfrentar el fin.

De entre todas esas personas, herido y recuperándose en un pueblo sin nombre, sólo él lo había escuchado, lo había aceptado y lo había interpretado como era correcto. Ese mensaje era sólo para él, el más fiel y leal de los seguidores del mago de las leyendas.

Porque, Sephid creía ahora, se hallaba solo. No sabía en dónde se encontraban Reed y los suyos. No sabía dónde se hallaba Shimari, que había desaparecido tras la puerta de la Ciudad Dorada para no regresar. Los nobles se ocuparían de Sadalsuud, y de la guerra, y Ventristen y el resto de la organización hacían las suyas en Gikeldor sin seguir realmente el plan que su líder les había trazado. Él, solo y herido, era el último de los bastiones que pudiera perpetuar el sueño de Albion.

Detener a su hermano.

Inspiró, apartando el desayuno y tanteando su pecho. Ya no había rastros del hueco que Vannael le hubiera hecho, tan sólo una cicatriz como pozo, que apenas dolía. Las sensaciones del cuerpo se le habían mermado. Después de haberse fracturado, perdido brazos, piernas, de haberse despellejado y roto contra tantas cosas, todo para que las sombras lo reconstruyeran de nuevo, sentía la agonía tan sólo como una picazón irritante.

Se levantó, acostumbrando su cuerpo al movimiento, y salió fuera de la casucha. La aldeana se hallaba contemplando las nubes de tormenta junto a la ropa tendida. Había hecho calor los últimos días, y pronto comenzaría a llover.

-Debo irme.

Ella lo miró, atenta. Sephid inclinó la cabeza.

-Muchas gracias.

Luego, antes de oír una respuesta, se esfumó hecho sombras. No sabía qué tanto sabía ella, ni quería saberlo. Tal vez la joven comprendía que su repentina partida se relacionaba con el desafío que el misterioso héroe gris había realizado al supuesto culpable de la destrucción de Fariel. Tal vez no. En cualquier caso, mientras menos entendiera lo que ocurría mejor sería para su seguridad.

...

En su forma de sombra, plegándose por sobre las cosas y planeando invisible al gentío común, adquiriría una velocidad inconmensurable. Tardó lo que tarda un cabello

en caer al suelo en llegar al puerto más próximo e infiltrarse en un barco mercante, tal como lo había hecho en su infancia para huir del continente oscuro.

Allí esperó, sin comer y sin preocuparse, sentado por días entre los toneles y las ratas, sus viejas amigas de la noche. Arriba en cubierta se oían los murmullos de los pocos marineros, que más que nada se hallaban aterrados ante la posibilidad de un ataque pirata y juraban y perjuraban que aquel sería el último viaje que realizarían hasta que los conflictos acabaran.

Él no se molestó tanto. Si venían piratas, le servirían como calentamiento para lo que planeaba hacer. Fueron días de travesía, de vaivén que revolvía el estómago, de un mar sacudido por el viento; del hedor del miedo de los humanos; en los que su decisión se reafirmó una y otra vez, sólida e inquebrantable: enfrentaría a Idgray, lo derrotaría, y terminaría con su amenaza. Era ese un deber que descansaba sobre sus hombros.

Sin embargo, comprendía que no iba a ser tan sencillo. Acariciaba el amuleto de cruz que siempre traía en su pecho, su arma seeler, y se decía a sí mismo que estaba preparado para cualquier cosa.

...

La barcaza encalló a poca distancia de Dropedam, y Sephid pasó como una saeta entre su tripulación, tocó tierra firme y empezó a surcar lo que ahora era territorio enemigo. Pero para él, no existían territorios enemigos. En realidad, jamás le había importado. No le interesaba Kamui, más que su deseo de proteger a Shimari, ni le había interesado la Forja, y le desagradaban las guerras en las que cientos de miles morían por los deseos perversos de unos pocos. Para su alma, el mundo era uno solo y las luchas que se desataran sobre él debían responder a un sentido práctico, que iba más allá del mal y el bien.

Idgray era un peligro, y por eso su lucha contra él era necesaria. Así lo pensó mientras atravesaba el reino, rápido como un daeva, infiltrándose hasta llegar a las mismas zonas de campamentos donde los ejércitos farielenses se preparaban para combatir. No estaba muy lejos ya de la destruida capital.

Vio lo que le parecieron una infinidad de hombres: armados, entrenando o formando, haciendo retintinear sus espadas unos contra otros bajo los gritos de sus coroneles. Había grandes carpas, donde los soldados descansaban, y en cada movimiento, en el que barría, castigado, en el cadete al que obligaban a correr en círculos por el campamento, en los veteranos que intercambiaban chistes, en los altivos generales, Sephid creyó detectar la ira abrasadora, posesiva, de quien desea vengarse, de quien fue herido en lo profundo. Se preparaban. De alguna forma, habían estado preparándose desde las guerras bárbaras; mientras que Kamui se había relajado militarmente, confiado en su victoria. Ahora las cosas no marcharían bien para el reino occidental, tan atrasado en sus armadas con respecto a esos soldados.

Habían sido engañados, se lamentó, pero explicarles el cómo se le escapaba. Se filtró entre ellos, y luego le llamó la atención una carpa mayor, verde y de banderines elevados. Al ingresar, arrastrándose invisible por entre medio de sus guardias, se

encontró con que habían dispuesto un escritorio allí, y un hombre lisiado frente al mismo redactaba una misiva.

Aquel era Unnaon Tau. Lo reconocía, debía de ser uno de los pocos de la Cámara de los Diez que había sobrevivido a la destrucción de Deneb Algedi. Y lo que escribía... Agudizó la vista, desde el techo de lona colgando de cabeza, y captó un par de palabras que le indicaron que aquella era probablemente la estrategia de guerra que el hombre hubiese planeado para el futuro.

Sus dedos crujieron, apenas. Unnaon Tau era un peligro, a su manera quizás uno mayor que Vannael. Se sabía que había sido su sola habilidad lo que había obligado a Kamui a detener sus pretensiones luego de su victoria, por miedo a las últimas derrotas que en las batallas había infligido con sus tácticas y conocimientos. Si lo mataba... Tal vez ayudaría a Kamui en futuras contiendas.

Suspiró, y aflojó su mano. No era lo que había venido a hacer, y no le sentaría bien asesinar a un hombre inocente e inválido.

Entonces se esfumó de allí, directo a la nueva ciudadela-capital.

Directo a Dammed Oah.

...

La visión del inmenso árbol de acero recortándose contra el horizonte lo heló, y lo devolvió a los recuerdos de lo ocurrido hacía cuatrocientos años. Casi pudo ver a Albion a su lado, sonriente como un niño, terminando su diario antes de iniciar el asalto.

Todavía aquella era la construcción que más le impresionaba por cómo se alzaba, por lo complejo de sus enredadas ramas, por los edificios que sostenía, por cómo se esgrimía indolente como si fueran cientos de brazos cargando al mundo con su fuerza. Ahora, además, notaba una diferencia interesante. En la base del Árbol, estancado entre sus raíces, una pirámide llena de escalinatas y destellos verdes parecía dormir con placidez bajo el peso de Drassil.

No era algo que hubiera visto antes, por lo que le llamó mucho la atención. La entrada lo reclamaba, como el inicio de una cripta, con su oscuridad y su viento helado; sus paredes parecían acero oscuro, reluciente contra el ocaso de la vasta llanura. Sephid se aproximó, curioso, y apoyó su mano en ese muro metálico. Extendió su aura rojiza, y también abrió su vista seeler.

Lo sintió, con la palma sobre él. Era un sitio inmenso, y atravesarlo le traería horribles peligros. Una construcción retorcida, una pirámide repleta de cadáveres que volverían en vida al irrumpir, antiguos guerreros resucitados con el sólo propósito de matar, con trampas que se activarían para perderlo, con salas en donde la confusión y la locura acechaban. Una obra impresionante y perversa, designada por la misma muerte, que lo invitaba a adentrarse por sus oscuros corredores.

La invitación no le agradaba.

-No, gracias.

Apoyó un pie sobre la superficie metálica, sujetando su collar y cargándose de poder de alma. Luego se hizo sombra, y avanzó no adentrándose, sino escalando por su superficie en diagonal, evitando meterse. No era tan idiota como para agotarse por

cuenta propia. El atajo de escalarlo, que por demás nunca a iba a matarlo con su altura, le resultaba mucho más práctico a la hora de enfrentar tales peligros.

Subió y subió, a toda velocidad, dominando el vértigo que apenas sentía. Se había acostumbrado a maniobras como aquellas, y hacía ya demasiado tiempo que no experimentaba el miedo. No miró hacia atrás, sino que siguió deslizándose en su forma de penumbras, manteniendo también su visión seeler por si alguna de las criaturas de ese infierno se atrevía a salir a enfrentarlo.

De pronto sintió algo distinto, muy distinto a todo aquello. Era un alma, tal vez, pura y fresca como la de cualquier otro, llena de vitalidad apesumbrada.

Usó paso seeler, arrancado de su plan original y se adelantó hacia allí movido por la curiosidad. Una colección de oscuridades atravesó sus ojos, hasta que se volvió a materializar en un cuarto apretujado y sin luz.

Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra. Halló una celda de reducido espacio, y allí una pequeña niña de piel bronceada y rubios cabellos.

Parpadeó atolondrado. Creía estar viendo a una deva.

La niña retrocedió aterrada, contra la esquina de la pared. Sudaba y no lo perdía de vista. Sephid se inclinó hacia ella.

-No soy tu enemigo.

Aquello sirvió apenas, pero la jovencita al menos intentó aparentar estar más calmada.

-¿Cómo creerte?

Su acento era extraño, tal como lo había sido el de Albion. Sephid no se permitió sonreír.

-Lo decides por ti misma. ¿Cómo te llamas?

-Linith.

-¿Qué haces aquí?

La deva se abrazó las rodillas.

-No debería estar aquí. No quiero estar aquí.

-Puedo sacarte- le ofreció él- Pero tendrás que bajar tú sola. Tengo cosas que hacer.

Los ojos lilas de ella lo escudriñaron atentos, interrumpidos en su inicio de llanto.

-No puedes. No podrías...

Él ladeó el rostro, poco sorprendido de que lo subestimaran, y Linith negó de nuevo al borde de las lágrimas.

-Él está aquí. Grimold guarda este lugar. No podríamos escaparnos tan fácilmente. Están los ankous, y quién sabe qué más, y yo ya no puedo seguir aquí, pero tampoco puedo irme. No quiero morir. No...

Poco a poco su voz calló, ante el gesto ensimismado de su interlocutor. Sephid ya no la veía. Sus ojos brillaban, y una expresión de feroz júbilo lo dominaba por completo.

Grimold.

Grimold Styxer, Señor del Tártaros y de Necrostacia. Este debía de ser su hogar, el sitio del que Albion le había hablado. Al contrario que lo que la crisis de fe que aquella pequeña atravesaba le decía, él se sintió más contento con los dioses de lo que jamás había estado. El destino verdaderamente le daba regalos.

Se levantó, altivo, y volvió a inquirir.

-¿Quieres que te libere?

Ella no contestó, asustada de sus ojos rojos. Sephid se resignó y levantó una mano. Allí reunió un pedazo mismo de su palma, arrancado por su cuenta y lo envolvió con aura, aura que se plegó a la carne de demonio como atraída, que se concentro hasta convertirse en una pequeña esfera brillante y naranja. Se la tendió a la niña, a través de la reja.

-Si lanzas esto, explotará con fuerza. Úsalo cuando creas conveniente escapar.

Linith asintió, contemplando la pequeña esfera en sus manos.

-Gracias.

Parecía poco a poco ganarle confianza. Lamentablemente, Sephid no tenía tiempo para esas cosas. Ahora, antes de enfrentar a Idgray Decaheron, había algo que quería hacer con todo su ser.

Se esfumó con paso de alma, dejando a Linith atrás, y volvió a percibir todo el edificio con su visión. No le costó demasiado encontrar lo que buscaba, la presencia enorme y tan cargada de poder que merodeaba por una de las plantas más bajas.

Volvió a traspasar, como una saeta roja. Aterrizó esta vez en otro cuarto, algo más iluminado por los ventanales que había y tras el monstruo que había ido a buscar.

Grimold Styxer se dio vuelta lentamente. Era brutal, carente de piel o carne pero ancho de espaldas y encorvado, y sostenía a Necrostacia con una mano ennegrecida. La espada chilló de ira al reconocerlo. Sephid captó con atención el sol pálido en el pecho de ese esqueleto, apoyado entre las costillas, y se preguntó con pena qué habría sido del joven que acompañaba a Reed en su jornada. Al final, la espada lo había consumido tal como él le había advertido.

-Un... invasor...

El enemigo había estado un paso por delante, pero por una vez aquello no le importaba. El mal ya estaba hecho. Vengaría a Assadan.

Levantó el rostro, y su sombra se estiró y voló el ventanal en pedazos. Fragmentos de vidrios saltaron por el aire, entre el silencio en el que demonio y monstruo se encaraban. Antes de que cayera el último, Grimold lanzó su ataque.

Sephid lo esquivó yéndose por la ventana, y dando una vuelta aterrizó de nuevo con los pies sobre la superficie exterior del Tártaros, sintiendo la brisa y observando las ramas de Drassil desde esa posición, verticales a sus ojos. Como esperaba, una garra asomó por el agujero y su objetivo a comenzó a seguirlo trepando.

Bien. Así evitaría pelear en donde conviniera a su oponente. Corrió, desafiando la gravedad y llegó a un balcón oscuro, a una terraza que se recortaba contra las formas macabras que las ramas del árbol ocupaban. Grimold salió tras él, dando un impresionante salto y cayó para fracturar el suelo.

-Has venido... A morir...

Era una voz horripilante. Él no contestó, sino que extendió su aura carmesí ocupando todo ese balcón. Aquello logró que el tirano negro se detuviera de improvisito, sintiéndose perturbado, y que bajara a Necrostacia un tanto.

-No puedo sentirlo... Tu espíritu. Estás... Vacío...

El viento revoleaba la capa de Sephid, desde esa altura. Encaró a Grimold apretando los labios, haciendo crujir sus dedos bajo la tela negra.

-Asumo que nunca has visto un demonio antes, Grimold Styxer.

Las garras de Grimold apretaron a Necrostacia, irguiéndose terrible contra la noche. Parecía indeciso sobre atacar o no, inseguro sobre aquella criatura que se presentaba en sus dominios sin un espíritu que ser devorado; y también sobre el brillo ardiente que había en los ojos de Sephid, la rabia controlada.

Como respuesta el seeler movió su mano, instándolo a acercarse.

-Ven, Señor del Tártaros. No te conozco, pero siempre te odié. De todos los males que azotaron al mundo, no hubo uno que detestara más que el que condenó a mi mentor a la muerte. Así que acércate. Prueba si puedes devorarme.

Al oír aquello Styxer no se hizo esperar. Se expandió, con su inmenso tamaño y lanzó un brutal corte con su garr hacia el joven.

Pero Sephid lo esquivó con un paso calmo. Grimold giró el mango de hueso de Necrostacia, y lanzó otro golpe horizontal, que podría haber partido a cualquier hombre al medio. El demonio lo evitó agachándose, tomó la muñeca que sostenía el arma y se giró en el aire sobre ella, cargando su pie con energía seele y lanzándolo contra el rostro descubierto de su enemigo.

La patada no hizo que Grimold retrocediera, pero sí lanzó su torso hacia atrás, con mucha más fuerza de la que este hubiese esperado. El brazo libre del monstruo aferró entonces ese pie, lacerándolo y sin volver a acomodar su cuerpo volvió a mover su espadón.

Antes de que lo cortara, la energía carmesí con la que lo habían golpeado estalló, adherida a su quijada. Una explosión seeler que se expandió hacia arriba como un tornado lo tambaleó y Sephid volvió a caer ileso, viéndolo sujetarse el cráneo que echaba fuego y se fracturaba, viéndolo chillar y golpear el aire con furia.

-Eres viejo, Grimold Styxer. Has estado dormido demasiado tiempo.

El tirano no contestó, sino que se lanzó con más ímpetu hacia él, ignorando las heridas que Necrostacia curaba con los espíritus de su corazón. Intentó asirlo de los hombros, pero Sephid se esfumó hecho sombras y apareció tras él, generando otra explosión que lo lanzó de cabeza contra el piso, marcando el acero del Tártaros con su cuerpo.

Grimold comenzó a erguirse, en su inquietante falta de habla reflejándose la sorpresa de lo que estaba ocurriendo. Giró de repente su torso, golpeando con su espada a donde su enemigo estaba, pero Sephid simplemente saltó, y lo volvió a golpear con el pie, creando otra explosión localizada que lo levantó por los aires y le obligó a caer sentado en el suelo.

-*Cómo...*

-¿Cuántos?- le dijo Sephid, caminando hacia él- ¿Cuatrocientos, setecientos; acaso mil? ¿Cuántos años has vivido, Grimold? Esa ridícula espada te ha debilitado más de lo que te fortalece. Eres lento, Señor del Tártaros, y yo he tenido siglos para prepararme. Soñaba con este instante.

-¡*Mis esclavos!*- bramó el esqueleto. Del suelo emergieron manos cadavéricas, y los ankous creados con los cuerpos de devas fueron poseídos por los espectros del Miclanteurión, levantándose para sumarse a la lucha del balcón.

-Y por sobre todo- añadió Sephid, y golpeó el suelo con seele. Su energía se expandió por la superficie, derribando a los esqueletos y luego se fundió a sí misma, estallando en grandes espirales que enmarcaron al estático e incrédulo Grimold- Lograste hacerme enfadar.

Grimold no retrocedió, aunque sin ojos, ni boca, ni músculos con los que expresarse lograba verse desconcertado. Entonces Sephid se adelantó como sombra, pasando por entre los mismos ankous que había hecho estallar y volvió a patearlo, desde abajo, en aquel cráneo duro y oscuro, más satisfecho de lo que nunca había estado. La siguiente explosión de alma ocupó desde la cintura hacia arriba, haciendo que el cuerpo corrupto de ese ser hirviera.

Necrostacia gritó, y sola se lanzó hacia él. Sephid la volvió a esquivar con facilidad, y continuó usando sus ataques una vez, y otra, y otra, danzando alrededor del brutal espadón y de su dueño, activando sus explosiones de seele con maña y saña en una verdadera masacre. Sabía que era inútil. Sabía que no poseía medios para destruir la espada y, que por lo tanto, por mucho que lo dañara Grimold terminaría por regenerarse. Pero no le importaba. Se hallaba por primera vez satisfecho, feliz de golpear a quien tanto había odiado, por Albion, por su muerte, hasta por los miles de devas que había asesinado. Pensó que en alguna parte de su inconsciente, de esos pensamientos ocultos que se formaban en la niñez y perduraban hasta la muerte, todo su entrenamiento seeler, su guardia, su insistencia en no abandonar del todo el contacto con la Organización, todo había sido con el expreso propósito de hacer lo que hacía en ese instante; de darle una paliza al monstruo que lo había iniciado todo y vengar el recuerdo de Albion con sus propios puños.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, una sonrisa afloraba bajo sus ojos rojizos, y se permitió sentirse como el demonio terrible con el que lo habían caracterizado. Fueron segundos, en los cuales no le importó Idgray, ni la guerra que vendría, ni Ventrysten y los suyos, ni Shimari, ni Reed, ni las historias y leyendas, ni la sospecha de que algo estaba mal; sino que lo único en lo que se dejó concentrarse era en sus dedos, en su aura envolviendo a Grimold; en los intentos cada vez más desesperados del gigantesco esqueleto de aferrarlo y cortarlo y en su frustración cada vez que el poder seele lo hacía explotar, fracturaba sus huesos o lo derribaba contra el suelo. En aquel mudo intento de resistirse, en el reconocimiento lento de que alguien podía matarlo que Grimold se estaba haciendo, Sephid halló una felicidad perversa que hubiera tenido vergüenza de admitir ante gente como Albion o su reina.

Pero no le importó. Esquivó un corte, se elevó por los aires y golpeó con el talón la base de la espalda, pateó la mano que aferraba la espada, dislocándola, hasta se agachó y quebró de un impacto la rodilla del monstruo. Todas esas heridas estallaron entonces al mismo tiempo. Su técnica seeler era impecable. Eran pocos los que como él podían hacer que sus golpes de alma crearan puntos de explosión, algo que requería una cantidad inaudita de aura y de concentración, como manipular la composición del veneno con el que se humedece la hoja de la espada durante el combate. Pero, gracias a su condición de demonio, Sephid había perfeccionado ese arte hasta límites insospechados.

De entre los fuegos rojizos que se extendían hacia el cielo Grimold elevó un brazo cadavérico, reacio a morir. No parecía rendirse; se veía que la posibilidad de perder le parecía inexistente, aunque su cuerpo estaba ya todo fragmentado por los golpes y los espíritus acudían uno tras otro desde su pecho, haciendo que los huesos astillados se regeneraran y unieran, devolviéndolo a su estado anterior.

Sephid torció el cuello, dejando ese brazo pasar por sobre su cabeza y luego aferrándolo dio un rodillazo a Grimold en el mismo centro de todo su poder. El Miclanteurión vibró, impactado por el ataque seeler y el monstruo retrocedió dos pasos, alzándose cuan alto era, aferrando con garras derruidas su corazón que parecía silbar, que se cubría del aura del demonio.

-Desaparece de mi vista- masculló Sephid, de espaldas. Había concentrado una gran cantidad de su poder en ese ataque. La luz salió disparada como rayos, de entre los dedos del ser, bañando a Necrostacia que gritaba de rabia y escapándose por sus cuencas vacías, por sus piernas, opacando a su brillo mortecino.

Luego Grimold estalló, en una explosión que ocupó toda la terraza. Sin esperar un segundo más, Sephid Silas retomó su forma de sombra y se lanzó de nuevo hacia las ramas, para dirigirse a cumplir su verdadero objetivo; y no el que su corazón le había pedido a los gritos.

...

El Árbol de la Nada era un árbol, tal vez, pero no por eso eran simples sus caminos. Encontrar el sendero al tronco principal, que le llevara hacia la cima y hacia Idgray era una tarea que se complicaba por la cantidad de edificios que sostenían esas ramas: por los muros que se apoyaban contra las divisiones, por las plazas que como jardines colgantes se enganchaban desde la altura; por los monumentos y templos vacíos que convertían a aquello en una verdadera ciudadela construida en vertical. Sephid la subía, como sombra, ocultándose de cualquier vigilancia y sintiendo en todo el sitio al alma de Idgray resonar, seguramente detectándolo.

Estaba muy alto, tanto que sentía que surcaba el territorio de los dioses. Cruzó pasillos de grandes balcones, desde donde lo único que se veía era la inmensidad del firmamento azulado. Saltó rama tras rama, apoyando sus pies en esa superficie rugosa, y ascendió con presteza hacia la construcción más elevada de todas: el castillo, el mismo castillo en donde Albion e Idgray se hubiesen enfrentado alguna vez, puesto en la copa del árbol y sostenido con gruesos troncos que se curvaban imposibles resistiendo los embates del viento.

Hizo un salto seeler, y llegó al pasillo más alto. Allí se agachó, y detectó una presencia conocida. Pasos.

Se plegó a la pared, convertido en sombra. Vannael Danterkiss Eel venía de visitar a Idgray, evidentemente, caminando con las manos en los bolsillos y arrastrando su largo abrigo blanco por las baldosas de piedra del corredor. Esperó, bien atento al monarca, con la esperanza de que pasara de largo y se evitara tener que enfrentarlo antes de batallar contra Idgray.

Pero por supuesto Vannael frenó de inmediato al pasar frente a él.

-Sé que estás ahí. Sal.

Sephid chasqueó la lengua. Después de todo, aquello había sido una mala idea. Se reveló, cayendo al lado del rey de los magos.

-Buenos días.

Sus dedos acariciaban su collar, preparado para cualquier cosa. Vannael era rápido, y estaba equipado con una magia de luz que podía causarle gran daño, como ya había experimentado. Vencerlo no sería tan sencillo como lo había sido con Grimold.

-¿Vienes por Idgray?- inquirió el monarca. Sephid se tomó unos segundos para asentir, tenso.

El otro se encogió de hombros y continuó su camino por las escaleras, sin darle importancia. Luego y antes de que los hombros del invasor perdieran su tensión, desapareció.

Aunque Sephid ya se esperaba una jugada como aquella, lo tomó desprevenido. Vannael apareció tras él, y levantó sus manos.

-Azrael Shunoros

El hechizo voló parte del pasillo, el suelo, y hasta el muro revelando el cielo donde se hallaban, la planicie de abajo y hasta los montes del horizonte desde donde los ejércitos de Fariel se acercarían. Pero no logró conectar esta vez. Sephid se había esfumado, y caía arrastrando los tobillos del otro lado, separados ambos por la luz que se inmiscuía desde esa nueva abertura.

-Me sorprendes, Tadeus- le dijo Vannael, apuntándolo de nuevo con su palma. La última vez que nos vimos te hice pedazos, y albergué la esperanza de que aquello te hubiera acabado... Pero parece tener cierta reticencia a morir. No sé cómo te has arrastrado de vuelta aquí tal gusano, y no me interesa. Es prodigioso el no tener que buscarte.

Las alas de luz se abrieron tras él, preparándolo para el combate. El demonio tomó su cruz seeler, también listo, y ambos se observaron con rencor hasta que una voz clara los interrumpió.

-Vannael, déjalo entrar. Yo lo llamé.

Bajo su capa su espalda se heló al oír ese tono glacial. Vannael bajó su brazo de inmediato, sin perderlo de vista, como resentido de aquella invitación que el Señor de Drassil hubiera hecho a Sephid y no a él; como si no supiera qué tipo de invitación era.

Hizo aquello, y luego movió un poco el rostro, desafiándolo a cruzar el portón que lo separaba de Idgray Decaheron. Sephid lo aceptó, y sintiendo la mirada desquiciada del rey acuchillándolo desde atrás abrió esa gigantesca entrada, cruzando al salón más alto de todo el Árbol de la Nada y a su último destino.

Allí, sentado en un inmenso trono de ramas plateadas, con su armadura oscura y su capa envolviéndole los hombros, Idgray lo esperaba. Sus ojos eran grandes, pozos de agua clara y deshielo, y carecían de una pupila por lo que terminaban convertidos en un símbolo, en un escudo gris cruzado por cuatro líneas donde la luz no ingresaba, que le recordaron al mismo emblema de los seguidores de Horrxikkron.

Lo veía. En ese lugar, que tan alto estaba y donde la luz del ocaso bañaba todas las paredes, los ojos de Idgray parecían negar todo otro brillo y sus alrededores se volvían penumbras, rodeando el acero frío de esa mirada. Sephid no se dejó amedrentar, plantó pie, y le sostuvo la vista maravillándose al ver a ese rostro, las cejas oscuras, el cabello gris despeinado, la mandíbula cuadrada y dura. Era en realidad aquella la primera vez que veía a Idgray Decaheron, cientos de años después de haberlo atacado junto con los demás en su ciudad. Si había creído que aquel hombre se parecería a su maestro, se equivocaba. No había mucha similitud entre el deva que parecía esculpido más que gestado y su pequeño hermano siempre sonriente.

-Aquí estoy- dijo Sephid, sacando la cruz de su collar y levantando el puño hacia el frente- Decaheron.

El héroe se irguió sobre sus perneras de acero y caminó hacia él. Drassil sola se volvió hacia su espalda, como apoyándose en su amo sin decir una sola palabra. El fenómeno no pasó desapercibido de los ojos de Tadeus.

-¿Sabes quién soy?- preguntó, perturbado por el silencio.

Idgray tomó el mango de su garr, y lo levantó al cielo. Las luces centellearon sobre las formas caóticas de la espada.

-Un muerto.

Con que así eran las cosas. No se tomaría aquello a la ligera. Pasó sus dedos por su cruz, activándola, inmiscuyó su alma dentro de aquel pequeño amuleto y lo vio extenderse de repente, creciendo hasta convertirse en un espadón largo y fino; la

verdadera forma de su arma seele. Luego se hizo sombras y se hundió en el suelo, avanzando a toda velocidad hacia Idgray.

Escupió sangre, sin comprender. El deva lo había pisado desde arriba, apareciendo sobre él con salto de alma y ahora Sephid se vio lanzado hasta el techo, observando que la mirada gélida de Idgray no lo perdía. Desde el aire blandió su propia espada entonces, chocando contra Drassil y utilizando todo su poder para presionarlo.

Idgray resistía aquella fuerza con un sólo brazo. El héroe giró el filo de su garr, dejándolo caer, y lo pateó hacia el costado. Fue un impacto tan fuerte que sintió varias de sus costillas partirse, y voló contra una de las paredes de piedra, reventándola en escombros.

“Es fuerte. Se mueve con la inocencia de un niño, pero es demasiado fuerte.”

En esa posición, cayendo fuera de la cima del Árbol de la Nada, había poco que pudiera hacer. Idgray se apareció tras él, sujetándolo de la cabeza y lo estrelló contra la pared exterior del castillo, arrastrándolo y destruyendo su rostro al correr, desafiando toda gravedad. Por segundos lo único que Sephid percibió fue el dolor, el aire helado de la altura y los pedazos de su piel que le ardían siendo desprendidos al pasar contra los ladrillos de piedra; hasta que usó paso seeler y se hizo intangible, saliendo del agarre de Idgray y volviendo al interior a través del muro.

Cayó a duras penas, tomando distancia. Su mano rozó la mitad del rostro, convertida en una masa mal coagulada de sangre que goteaba; por su capa, por el suelo, hasta por el arma que sostenía, viendo con su único ojo disponible a su enemigo caer de nuevo del techo. Era implacable, tal como le habían dicho. Albion, que podía hundir ciudades a antojo, jamás que había querido enfrentar a su hermano y ahora Sephid podía ver por qué.

Pero no iba a rendirse tan fácil. Se hizo sombra, y apareció tras el deva. Intentó golpearlo, pero Idgray bloqueó el impacto sin verlo, por puro instinto. Sephid continuó danzando a su alrededor, buscando aberturas tal como lo había hecho con Grimold; pero era en vano pues los reflejos del héroe eran imbatibles y las explosiones de seele de su arma eran neutralizadas por la misma poderosa aura de Drassil.

“Con esto tengo suficiente” se dijo entonces, retrocediendo. Comprendía que vencerlo era un imposible. Había, sin embargo, estado preparado para ese momento.

Pasó los dedos de nuevo por su arma, y esta vibró. Con un poco de energía, logró que cambiara su forma: dividiéndola, la volvió algo más similar a una inmensa espada doble, que giró y volvió a armar haciendo sonidos filosos en el ambiente de la cima. Idgray se adelantó impávido, pero de repente se frenó.

En sus ojos había una expresión muy curiosa.

-No la has dominado por completo.

Sephid no respondió, preparando su técnica final. Si no podía matarlo... Si no podía derrotarlo por la fuerza, al menos podía sellarlo otra vez. No de la forma en la que Albion lo había hecho, pues carecía de tal poder, sino de un modo más burdo y difícil; que aprovechaba su condición de demonio, una técnica que había aprendido a lo largo de los años y que ni siquiera su maestro podría haber utilizado. No estaba seguro de poder hacerlo. Pero si lo lograba... encerraría a Idgray de nuevo, no en Drassil, sino en esa espada.

-No eres como los otros seguidores de Albion- notó el deva- No tomaste pleno control de tu arma.

Sí, así era. Sephid nunca lo había hecho. Había optado por controlar aquel collar a medias, volviéndolo un espadón cuando fuese necesario, o dejándolo ser adorno que

mermara su condición de demonio para hacer tolerables sus días en la Forja o junto a Shimari. Tal vez, en realidad, era simplemente que no podía lograrlo. Para tomar control de un arma seel, se necesitaba tener una paz de mente que con toda su calma él nunca había conseguido, una idea del “yo” que jamás hubiera podido alcanzar.

Apretó los labios, preparándose.

Saltó hacia Idgray. Este levantó una mano, y de las ramas que salían del techo, que sostenían el suelo y se veían afuera brotaron espadas, filos, lanzas que salieron despedidas hacia él. Corrió, sin importarle, y las desvió con su espada, girando, siendo atravesado en las piernas, sin ceder en su avance a su enemigo. Dos largas jabalinas se le estacaron en el estómago, pero Sephid las partió, sintiendo qué tan llenas estaban de poder, qué tanto le dolían y comenzaban a matarlo. Todas esas armas eran Drassil. Todo lo que Idgray creaba, toda esa cuantiosa cantidad de acero era Drassil. Era distinto a como lo había sido antes.

No dejó que el pensamiento le infundiera incertidumbre. Idgray ya estaba a un palmo de distancia, y con un movimiento hacía un golpe horizontal con su garr, segador. Sephid lo esquivó agachándose, viendo por primera vez una abertura.

Pero el arma no pasó por sobre su cabeza. Idgray la detuvo justo sobre él, y giró el filo apuntándole.

“No es p...”

Drassil descendió, sobre su rostro ensangrentado, casi partiéndolo al medio. Él retrocedió, malherido, y volvió a tomar distancia.

Había algo distinto, esta vez. Había algo que estaba mal. A duras penas se tenía en pie, y se daba cuenta de que iba a morir, pero igual lo notaba. Que todas esas armas estuvieran ocupadas por el alma de la espada, el poder abismal que le percibía, cierta oscuridad gris que se escapaba de su acto silencioso...

-Todo termina- le dijo Idgray, avanzando amenazante hacia él, cada uno de sus pasos marcando un chasquido duro contra el suelo.

Sephid tosió sangre, una arqueada negra que se desplomó contra el suelo echando vapor. Estaba muy herido. El ser demonio siempre había sido para él un arma de doble filo. Por un lado, sus ataques seeler eran más potentes que la media, pero por otro también él recibía el mismo daño con creces. Se había arriesgado demasiado.

Amagó una sonrisa, levantando la vista hacia Idgray.

-¿Y ahora qué? ¿Qué harás luego de matar al último de tus enemigos?

El deva se acercaba, impasible. Sephid sabía que no iba a poder resistir otro asalto. Jadeó, sin dejar de encararlo.

-¿Conquistarás el mundo? ¿Lo pondrías a servirte, aun en contra de los deseos de tu hermano?

-¿Conquistar?- lo interrumpió Idgray, turbado. Extendió su mano libre, y apretó los dedos como si sostuviera algo en ella- Tengo al mundo en mi palma. Es un peso estúpido que nadie debería anhelar.

Retrocedió un poco, e Idgray se continuó acercando. Algo en aquello no le gustaba. Iba a morir, sí, pero ese no era su problema. El problema era otro. El problema era lo que se veía tras los ojos de ese héroe caído.

-Lo que yo deseo- le dijo Idgray- Es morir.

Tragó saliva. Ya la pared estaba contra su espalda, y no tenía energías. Pronto sería el choque.

-Quiero llevarme todo conmigo. Quiero terminar el sufrimiento de todos, la locura que nos rodea. Negados de nosotros mismos, encontraremos la calma, la paz, la

felicidad que tanto se ansía. La condición más elevada de la existencia es la inexistencia.

-¿Quién...?

Los pasos se frenaron. Idgray lo contemplaba con el rostro en sombras, la boca convertida en una recta dura, la capa ondeando por el viento. Sephid volvió a tragar saliva. Comenzaba a experimentar una emoción que hacía siglos no sentía.

Miedo.

-Tú eres...

Luego Idgray se lanzó hacia él.

Para cuando Vannael volvió al salón superior, alertado por los sonidos, se encontró de nuevo a su señor reposando en el trono, acariciando su mejilla y sin un sólo rasguño.

El resto de la habitación era un desastre: paredes destruidas, charcos de sangre bañando el suelo; una masacre visceral que se esparcía insólitamente, prueba de la lucha reciente. El rey mago no sonrió al ver el arma seeler arrojada a los pies de Idgray, único resto de lo que había sido alguna vez Tadeus Silas. No había esperado otro desenlace para tal enfrentamiento, después de todo.

Se inclinó apenas, servicial.

-Llamaré a los magos, para que reconstruyan este sitio. Tal vez podríamos...

-Déjalo, Vannael- contestó el deva sin mirarlo. Las gigantescas ramas del árbol asomaban por la abertura, inmensas serpientes que mantenían aferrada la estructura del sitio, envolviéndose hacia el trono- El encierro no me atañe.

El monarca asintió, dando una reverencia.

-¿Necesita algo más?

Idgray lo miró.

-Quiero a Drassil.

El Uno no comprendió, pero sus ojos rojos se volvieron al garr que Idgray sostenía. Este lo levantó, observándolo, y volvió a hablar.

-Quiero la parte de Drassil que me falta. Necesito el último trozo que se separó.

La espada abandonada de Sephid repiqueteaba a sus pies, ensangrentada. Las sienas de Vannael se movieron tras su máscara al intentar recordar, entendiendo a qué se refería.

El escudo. Había separado una pieza del mismo, el nuevo Albion y su grupo, y lo habían entregado como una Estrella Oscura falsa hacía ya tanto tiempo a la Cámara de los Diez, a través de ese general Yeguilex. Y esa joya, esa estrella dorada que tan inútil les había parecido a todos...

-Comprendo- dijo Vannael- Si lo que busca es eso, tendré que enviar a mis hombres a Gikeldor.

-¿Qué hace mi pieza, en Gikeldor?

La mirada de Idgray era helada. Vannael volvió a mirar el suelo.

-Lo entregué... A uno de mis sirvientes. No pensé que fuera a tener importancia para usted.

-¿Y puede él devolverla?

El rey se inclinó de hombros.

-Me temo que se ha pasado al bando enemigo.

Los dedos acorazados de Idgray volvían a acariciar la mejilla descubierta, la que no tenía el estigma gris rayándole la piel, como si alguien lo hubiera golpeado allí. No dijo nada, y Vannael suspiró, asintiendo.

-No se preocupe. Yo mismo me encargaré de recuperarla.

Idgray ya había dejado de verlo. Contemplaba el ancho cielo que se adivinaba en una abertura por sobre su cabeza. No parpadeaba, sino que parecía devorar esa luz.

-No- le dijo al final, y Vannael se sobresaltó apenas- Despierta a Grimold, y haz los preparativos. Iré personalmente.

Y entonces las ramas que le hacían de trono, las gruesas columnas de plata que se asomaban como torres por afuera abriéndose mil veces se retorcieron, sacudidas por una brisa inmensa, que se elevó por los altos cielos como sonando la campana del inevitable destino.

10. Las Demandas De La Eternidad

Zubeneschamali era, para muchos, tanto un misterio como una esperanza. Se sabía en todo Gikeldor que las directivas que los Mercaderes recibían del pueblo kiel eran escritas desde ese misterioso sitio; pero pocos de sus habitantes en verdad lo habían visitado y eran muchos menos los que podían ubicar al último de los asentamientos del imperio kiel en un mapa, señalarlo entre los variados ecosistemas que poblaban el continente. Para todos, casi sin excepción, esa ciudad perdida era el único bastión de cultura que le quedaba a esas tierras, por encima de lo burdo de Rasalhague, con sus tabernas y fechorías en cada esquina.

Pero cuando Reed llegó a Zubeneschamali, a bordo del Arca del Cielo junto con los demás –sólo Jalomar se había vuelto junto a sus piratas hacia la Isla de la Luna con la promesa de reencontrarse- terminó por encontrarlo, a su opinión, bastante decepcionante. Había vegetación, sí, un césped bien cuidado que desentonaba con el resto de aquel mundo árido y carente; pero lo demás eran chozas de paja, no muy distintas a las que ya habían visitado y desde las cuales los kiels les observaban pasar sin sorpresas, como acostumbrados a los barcos voladores. Era un paisaje que no hubiera desentonado demasiado con su pueblo de Vant.

Más allá se adivinaba una ruinoso construcción que intentaba asemejarse a un castillo. Supuso que el emperador residiría allí. A su lado, contemplándolo todo codo a codo entre él y Arksinad, Eluid dio un suspiro resignado.

-No parece muy impresionante, ¿verdad?

Reed lo vio, guardándose de emitir opinión. Arksinad en cambio soltó un quejido.

-Cualquier aldea del demonio me sirve, siempre y cuando podamos aterrizar. Este barco está demasiado atiborrado.

-Lleva tus quejas a quien le importen- lo calló el cazadragones con un movimiento de su mano. Atrás Gallahard componía una melodía, sacando notas de un laúd que Brisafiel le había comprado por tres monedas de plata a un mendigo- ¿Quién es el bufón?

El aludido se interrumpió, e hizo una reverencia teatral.

-Gallahard Arleon, a su servicio.

Eluid lo midió por unos instantes.

-Tu rostro me suena familiar.

-Quizás me hayas visto en Babel- sonrió el Tres- Te pareces mucho a tu hermana. Aunque claro, Merady es un alma más dulce y refinada. Y más bella.

-¿Puedo golpearlo?- miró Eluid a Reed con interés. Reaper chasqueó la lengua.

-Haz fila.

Gallahard no se dio por aludido, y continuó cantando sus eternos sonetos de amores desvariados y doncellas ultrajadas que se suicidaban arrojándose en altamar. Reed lo contempló de reojo, pensando en qué tan herido lo había visto cuando su intento de interrumpir el secuestro de Merady Skardtril había fallado. Eluid nunca sabría eso, tal vez, pero ellos sí. Gallahard podía hacer el tonto todas las veces que quisiera, pero en el fondo estaba en ese viaje por un motivo. Era tan enemigo de Vannael como cualquiera.

Fueron descendiendo de a poco, en donde Yeguilex les indicó. El general estaba más taciturno que nunca, mucho más que cuando se había separado de ellos hacía ya tanto tiempo, pero nadie albergaba duda sobre cuál era el motivo que impulsaba tal cambio de actitud. Aterrizaron con un sonido de aire oprimido, que levantó una onda de polvo alrededor de la nave.

Luego bajaron todos de un salto, y Reed sintió que una mano le palmeaba el hombro. Era Bullwe.

-Estate preparado.

-¿Preparado para?

-Para el emperador- le contestó en cambio Gio sonriente.- Para no poder hablarle.

-O peor aún, para hablarle- añadió Eluid agitando su martillo y poniéndolo en la espalda.- Es un tipo jodido. Heredó la sangre del mismo Batezek.

Yeguilex dirigió una mirada de reprimenda al campeón, que con tanto desenfado se refería a su amo y señor, pero a Eluid no le importó. Empezaron la marcha cuesta arriba, hacia el castillo.

Los kiels se asomaban de sus hogares para ver a la comitiva, pero sus ojos se veían desinteresados, con una templanza que no dejaba translucir sus emociones. Reed en cambio los examinaba con curiosidad. Los había de dos tipos: kiels que parecían humanos, tan sólo más grandes y de cabellos coloridos desde los cuales asomaban grandes cuernos; y también kiels de piel grisácea y curtida, musculosos y con rostros duros, las patas anchas y torcidas como las de un animal. También vio, por primera vez, a las mujeres de esa especie. Le llamó la atención la altura, el porte digno con el que los observaban, con esos ojos oscurecidos de pupilas derretidas que no parecían perder detalle en su supuesta desidia.

Una chiquilla pasó corriendo frente a ellos, con el cabello verde y cuernos de carnero, y viéndola dirigirse al pozo más próximo él intentó recordar qué sabía de ese pueblo tan aciago. Más bien nada. Habían sostenido un imperio, alguna vez, pero ahora poco quedaba. La razón de eso, que los humanos habían estado tan felices en adjudicarse, se debía más a la invasión de los devas rebeldes liderados por Idgray hacía tantos años. Si quería un aliado contra su antiguo hermano, allí debería conseguirlo.

Acostumbrado a esa calma, el general Yeguilex los guiaba. Eluid y Reaper iban tras él, observando a los habitantes kiels con interés y continuaban la marcha los dos magos, con sus enigmáticas sonrisas. Sólo Reed tenía, tras todos ellos junto con Gio y Bullwe, cierta incertidumbre.

-¿Así que los estafaron?- le preguntó el medio ahora, para sacarlo de su ensimismamiento.

Asintió con algo de pena.

-Ni me lo menciones.

Bullwe rio.

-Mi abuelo solía darme tres consejos en la vida- comentó- No confíes en ahuras, no confíes en mujeres, y no confíes en lo que se entrega fácilmente. Conclusión lógica: aléjate como si fuera la peste de las ahuras mujeres que se entregan fácilmente.

No estuvo muy seguro de cómo ese refrán se aplicaba a su caso. Gio dio una carcajada y lo palmeó.

-No es grave. Lo que les hicieron es un truco de novato, a decir verdad.

-¿Conoces este lugar?

El joven asintió.

-Nací aquí. Mi madre era una ahura, como las que Bullwe se refiere. Mi padre un aventurero de Fariel. La dejó preñada, y luego ella murió por la *arleri* a los meses de tenerme. Tuve que alejarme de esta tierra por mis propios medios, y sobrevivir desde pequeño. Pero voy bastante bien, ¿no te parece?

Asintió con una sonrisa. Se hallaba contento de volver a ver a los soldados, de saber que habían sobrevivido y estaban bien. Hasta se lamentaba de que Leude no se hallara allí con ellos, ocupado en dirigir a las tropas de Fariel leales a Yeguilex que acampaban cerca de la capital. Verlos a todos de vuelta le hubiera traído recuerdos muy pintorescos sobre Belekraz y los inicios de su aventura.

Pronto casi choco con Arksinad. Habían llegado. Los reacios guardianes kiel de la puerta –con ilustres armaduras de plata- reconocieron a Yeguilex y los dejaron pasar sin decir una palabra.

Se adentraron en el hall, de repente sintiéndose como animales. Tal era el caso porque a derecha, a izquierda, todo a su alrededor se alzaban en ese salón palcos desde los cuales multitudes de viejos kiels de caros atuendos y barbas largas y prolijas los observaban, alertados de su llegada. Eran la corte imperial, los muchos señores y consejeros de importancia que aún residían en Zubeneschamali, quienes examinaban a los recién llegados con ojos aviesos, y se burlaban por lo bajo.

Con la misma actitud jactanciosa, en un trono que se elevaba a metros del suelo sobre una tarima escalonada, Crandor Paglawastros Eitei IV los contemplaba aproximarse con una sonrisa malintencionada bajo los ojos rasgados, felinos. Era un kiel de los que parecían humanos; pero al mismo tiempo se veía más feroz que ninguno de ellos: con su barba puntiaguda descendiendo por el mentón, el cabello oscuro y largo, enmarañado, las orejas alargadas y los cuernos que se abrían como astas, torciéndose rectos en la punta. Estaba en cueros, con el atuendo blanco desacomodado sobre las piernas, y en toda su actitud se percibía la exaltación de la bestia, del jaguar, de quien se halla a punto de atacar.

Se pusieron frente a él, y todos se inclinaron. Los ancianos cuchicheaban en sus tarimas. Yeguilex fue el primero en hablar.

-Salve, Su Alteza.

-Has traído a muchos más de los que te pedí, Yeguilex- mostró los dientes Crandor- ¿Podría tener el gusto de conocer sus nombres?

Se presentaron entonces uno por uno los extranjeros. Gallahard, Arksinad, Reed y Reaper dieron sus nombres y títulos sin gracia o reparo, pero los ojos de Eluid destellaron al proclamarse frente al emperador. Había sido llamado, como Campeón de Gikeldor, a comparecer contra la corte kiel y detener los intentos de este de fortalecerse; una tarea que sin duda estaba dispuesto a aceptar si como sus contratistas sospechaba

que Crandor planeaba aliarse con los dragones, y dispuesto también a rechazar si significaba tan sólo la unión con Kamui que podría ayudar a Reaper; pero cuya consecuencia Reed desconocía si eran, tal como se imaginaban, ambas las alianzas que se concretarían.

Por eso la mirada aguamarina del cazadragones desafió con ira al líder kiel. Pero el del trono lo ignoró, y dirigió su interés en Reed como si hallara hilarante su presencia.

-¿Me repites tu nombre?

Él asintió, pensando que se burlaban de su acento.

-Reed Id Vant.

Crandor hizo una mueca con la boca, y se volteó dirigiéndose a alguien de pie tras su trono.

-¿No es al que esperabas, Ventrysten?

Se desconcentró al ver, esta vez mucho más corpóreo de lo que había sido aquella vez en la casa de los Evenstar, al encapuchado padre de su mentora Nakku Deihr Bellow. Ventrysten lo observó desde arriba con disgusto, a través de las rendijas del visor metálico que le cubría la cabeza cuadrada, de cabello castaño despeinado hacia atrás y una barba incipiente, varonil. Se adelantó, fundiendo a Reed con un gesto y asintió lentamente.

-Me temo que sí.

-¿Quién es?- le susurró Arksinad, curioso. Él no despegaba la mirada de esa máscara.

-El padre de Nakku.

-Con razón me cae tan mal de sólo verlo- añadió Reaper con otro susurro.

Crandor levantó una mano hacia el hombre.

-Ventrysten es mi nuevo consejero imperial, así que les pido que sean amables con él- sonrió- Su sabiduría me ha ayudado mucho, a mí y a Gikeldor.

Las palabras hicieron que Eluid concentrara su ira en el seeler.

-¿Y qué es del Anciano?

-El Anciano se halla débil y postrado- hizo una reverencia Ventrysten, respondiendo por el emperador- Temo que su muerte se aproxima.

Tras la rendija sus ojos castaños brillaron, pero de amargura. Reed se aclaró la garganta y se permitió hablar en voz alta.

-Lo conseguimos- le dijo, pasando la charla a otro terreno- Nakku y yo, obtuvimos lo que estaba escondido en el lugar donde el cielo se ponía rojo. Pero tuvimos que separarnos, y ahora ella no está conmigo.

Sintió la expresión de desagrado de ese hombre, y sus nervios afloraron.

-Sin embargo, ella me enseñó...

-No sirve.

Ventrysten lo había cortado de repente, con tal brusquedad que Crandor dio una carcajada.

-¿No sirve?- preguntó Reed, apretando los puños.- Conseguimos la herencia de Albion. Aprendí seele y...

-¿Aprendiste... seele?- masticó las palabras el consejero imperial, ladeando la cabeza- Mi hija se ha vuelto blanda en todo este tiempo, porque siento que no has aprendido nada junto a ella. Desaparece nuestra existencia, Reed Id Vant.

No supo qué contestar, sintiendo como un idiota los brazos flojos a sus costados. Bajó la mirada. No era capaz de llevar a cabo tal orden, y no sólo por la locura que

representaba. Sin su escudo, carecía del poder para invocar su aura para matar al más grande de los kiel o al más insignificante de los insectos.

-No puedo.

-No tienes ya un arma seeler- asintió el hombre- Y por lo tanto toda tu enseñanza se reduce a nada. No puedes hacer nada. Sin Drassil, nos reducimos a ver y no actuar. Esa es la verdad de nuestro arte.

Crandor sonreía, entretenido. Reaper se adelantó, dispuesto a no dejarse amedrentar y cambiando de tema se dirigió al emperador.

-Vengo en nombre de Kamui para pedir un favor.

Era una forma muy directa de iniciar, pero al kiel pareció gustarle. Ventrissen dejó de torturar a Reed con su mirada para concentrarse en el guerrero que comparecía con Eluid a su lado.

-Habla.

De pronto había una sonrisa a medias, bajo el visor. Las sienes de Reaper latieron, pero encaró a Crandor con dignidad.

-Quiero pedirte que envíes barcos al puente de Al Tarf. Hombres, no todos, claro, pero acaso...

-Dimitido- pronunció Ventrissen.

El rostro de Reaper se desencajó.

-¡Ni siquiera han escuchado...!

-Planeas que gastemos recursos en defender Sadalsuud- masculló el consejero- Un viaje largo e inútil, que nos llevaría tanto tiempo que al llegar ya Kamui pertenecería por completo a Fariel. Zubeneshamali no está interesado en tales desperdicios.

-¿Y si te negara el apoyo de los Mercaderes?- aventuró Eluid, irguiéndose.

-Obsérvame temblar, celestiano- se relajó Crandor en su trono.

La conversación estaba subiendo de tono. Yeguilex miraba a ambos bandos nervioso, temiendo que todo estallara.

-¿No ayudarás a Kamui?- inquirió Reaper acusador, sin mirar a Ventrissen sino a Crandor, que sonreía peligrosamente- ¿No ayudarás a tu aliado en esta contienda?

-Tu pedido fue dimitido, Reaper Assadan- interrumpió el seeler. Reaper se adelantó, hirviendo de la furia.

-¡Menuda ayuda nos prestarán ustedes, si actúan de este modo! ¡No podrán hacer nada contra Cel-Neckar y los suyos!

-Reaper Assadan, ¿tendré que pedir a los guardias que te retiren?- comenzó de nuevo el padre de Nakku, pero Crandor levantó una mano y entonces se hizo el silencio. Un silencio que se extendió por toda la sala, que acalló los murmullos de la corte que habían sido un ruido de fondo para aquella contienda verbal, y que los dejó de repente aislados, rodeados de enemigos.

Inclinó su torso muscular, y encaró a Reaper atusándose la barba del mentón.

-No enviaré hombres a Al Tarf- le dijo- Porque a mi parecer, es conveniente que Kamui sea una distracción para el enemigo. Unos cuantos muertos, seguro, pero ¿qué es eso en una guerra?

Reaper Assadan palideció, y lentamente sus manos se acercaron al mango de la guadaña que reposaba enganchada en su abrigo negro.

-Tú...- miró a ambos, a Crandor y a Ventrissen, lívido- Ustedes ni siquiera están realmente pensando en aliarse.

El kiel resopló, sus ojos brillantes de malicia.

-Bienvenido al juego, humano. Aunque claro, ustedes los de los Grandes Reinos suelen estar acostumbrados a estar en la retaguardia del tablero.

-Envía flotas a Sadalsuud.

-¿Tú me ordenas?- rio Crandor- ¿Bajo qué derecho...?

Calló ahora él, porque Reaper había desenfundado su guadaña y lo apuntaba.

-¡Assadan!- bramó Yeguilex, pero Eluid lo frenó. Los ancianos de la corte lanzaron gritos de asombro, y los guardias corrieron hacia ellos.

-Yo te desafío, Crandor Paglawastros Eitei- escupió el guerrero al suelo- Te desafío a un duelo kiel.

El gesto del emperador era de la más absoluta perplejidad. Ventrysten frenó a los guardias con una seña, y todos vieron por unos segundos a ambos, a Crandor tomado de sorpresa y a Reaper, que le apuntaba con unas gotas de sudor resbalándole por la frente. Era una jugada peligrosa. El corazón de Reed latía desbocando su pecho, y la tensión aumentaba.

Pero Crandor rompió a carcajadas, y la misma tensión decreció como el calor del día tras la lluvia. Su risa era también salvaje, descontrolada, y hasta sus propios súbditos lo observaron temerosos mientras se arqueaba de gusto en el trono.

-¡Es bueno! ¡Kamui tenía algo de valor, después de todo!

Poco a poco la guadaña de Reaper fue descendiendo, su atención en el kiel aumentando más y más. Crandor se secó unas lágrimas, pero antes de que pudiera decir nada Yeguilex se postró a sus pies.

-Pido disculpas, en nombre de Assadan. No conoce las costumbres de nuestro pueblo.

-¿Mi querido Yeguilex, defendiendo así a un kamuita?- se acarició el mentón el kiel- No olvidaré esto nunca. Puedes relajarte.

Sus pupilas rasgadas se clavaron en Reaper.

-Al menos, has probado ser más interesante de lo que esperaba.

Dejó de hablar, como si de repente ya todo el asunto no lo motivara y Ventrysten continuó con su media sonrisa.

-No estás en posición de exigir nada, Reaper Assadan. Y además, ya no nos queda tiempo. Deben recibir el bautismo del Anciano Sabio. Doy por terminada la reunión.

Iban a replicar, pero una seña de Yeguilex los instó a guardarse sus quejas. Hicieron otra reverencia, hirviendo de ira y se dieron la vuelta para marchar a los aposentos que les tenían preparados.

Sólo Eluid, en la retaguardia, se volvió hacia el emperador y su consejero.

-Esto no ha terminado, Crandor. Lo sabes.

La mueca cruel del kiel se ensanchó, enmarcado por su trono, por su corte, por toda aquella regalía que desentonaba tanto con su porte de guerrero. Pero no dijo más, y la capa blanca de Eluid fue lo último en atravesar las puertas de nuevo al exterior.

Bullwe los invitó, displicente, a un pequeño aperitivo de nueces y castañas tostadas sobre budín de sémola, que devoraron con violencia mientras despotricaban a pulmón sobre Crandor, sobre los kiels, sobre Ventrysten y todo lo que había ocurrido, decepcionados más que nada por el recibimiento que les daban después de ese largo viaje.

-¡Ese maldito bastardo!- golpeó la pared de la choza en donde se albergaban Reaper, y su puño se hundió en la paja sin quebrar nada- ¡Ambos!

-Esto es peor que en la Ciudad Dorada- añadió Arksinad jugando con su sombrero.

Bullwe y Gio se miraron, creyendo no haber oído bien aquello. Reed también se hallaba enfadado, aunque lo dejaba todo regalado a su mundo interno.

Ventrysten... El padre de Nakku, de quien ella tanto le había contado, el líder de la Organización desde la muerte de Albion. No era un hombre común, y a eso Reed lo sabía. Tal como su hija, pertenecía a un pasado remoto y había acumulado una vasta experiencia, similar a la de Sephid. En su rechazo y en el aparente desprecio que le tenía debía de existir alguna razón, que Reed esperaba no tuviera nada que ver con su relación con ella.

“No puedo hacer nada” pensó, sintiéndose de repente inútil. Ventrysten tenía razón. Sin su escudo, sin Drassil o un arma seeler desocupada no tendría la capacidad de rematar a Idgray; y además, ¿podría siquiera hacerlo ya? Porque entonces había sido eliminar a alguien que dormía, desalmado e indefenso, pero ahora se trataba de vencer a quien sin duda era el ser más poderoso del mundo. No había entrenamiento que pudiera comparar a Reed con alguien que sabía vencer a un hekantoquiro a puño limpio en combate singular.

La frustración le cerró el estómago, y apartó su plato. A su lado, Reaper y Arksinad seguían maldiciendo y los soldados de Fariel los calmaban, asegurándoles que todo se resolvería. Tanto Eluid como Gallahard compartían no haber hallado nada de inesperado en esa serie de acontecimientos, aunque en la mirada turbia del caza dragones Reed detectaba una actitud diferente, de la que ahora se cuidaba más. Era tal vez la misma mirada que Eluid había portado durante toda su estadía en Vant, antes de asesinar a personas inocentes con tal de no dejar a su presa escapar, sólo que en ese entonces él no había podido detectar la oscuridad que implicaba.

Sintiéndose responsable por ellos y su líder, Yeguilex se había marchado de inmediato, muy afectado, para hablar con Crandor y resolver la disputa. Por eso fue que, cuando sintieron a alguien aplaudir en la puerta de ramas entrelazadas donde la luz se filtraba, imaginaron que el general había regresado a reprenderlos.

Pero quien apareció allí fue un niño, de ojos cerrados y cabello negro largo, un niño extremadamente pálido y delgado. Su visión los impactó con la fuerza de un cadáver. Sólo Gio y Bullwe lo saludaron con una sonrisa.

-El Anciano Sabio los espera- dijo el pequeño. Debía de ser tan sólo un par de años más joven que Cax- En su caverna. Por favor acompáñenme.

No esperó respuesta, y se volvió. Era ciego, pero no tuvo problemas en emprender el camino hacia donde pensaba guiarlos. Reed y el resto pidieron explicaciones a Bullwe y a Gio con la mirada.

-Es complicado- dijo el soldado, masticando una rama- Lo rescatamos de un servidor de Vannael, a él y otros tantos, y ahora los kiels le dan asilo. El Sabio lo ha elegido como su sucesor.

-¿El Sabio?

-El antiguo consejero de Crandor- Bullwe se echó, y Reed detectó una expresión sombría en Eluid, que evitaba mirar el sitio por donde el niño los había dejado- Sigán al rapaz, antes de que se les pierda.

Reaper, Arksinad, Gallahard y él se incorporaron. En el umbral el primero se dio vuelta, viendo a Eluid con una ceja levantada.

-¿No vienes con nosotros?

-No lo necesito- dijo el cazadragones agitando una mano- Diviértanse.

Sin decir más, persiguieron la figura de aquel ciego, que se movía con gracia esquivando a los kiels que se le cruzaban como si dispusiera de un sonar tal el de los murciélagos. Su paso ligero los obligó a esforzarse, atravesando las chozas, los fardos de alfalfa, a los guerreros que iban por aquí y por allá y a las mujeres de grandes cuernos que con elegancia los evitaban; siguiendo un camino que sólo existía por haber sido marcado matando el pasto pisada tras pisada.

En todo ese trayecto, Reed tuvo tiempo de preguntarse qué era lo que estaba sucediendo allí en Zubeneschamali. El consejero de Crandor iba a morir, y Ventrysten lo había reemplazado. Crandor aceptaba la guerra con gusto, seguramente feliz de aliarse con los dragones, pero rechazaba la unión con Kamui o la tomaba a medias, por conveniencia. ¿La Organización tenía algo que ver con todo aquello, o Ventrysten actuaba por intereses personales? ¿Qué tanto sabía el emperador sobre Idgray Decaheron y la misión de Albion? No sentía que Ventrysten lo estuviera manipulando. Pero había algo que no le gustaba, algo que no podía descifrar.

"*No sé nada*" se dijo, pero ese pensamiento lo desmotivó menos que su incapacidad para actuar. Comenzó a extrañar a Nakku mucho más de lo que la había extrañado en Eclant, necesiéndola a su lado. Y Cax...

Tragó bilis, y se sorprendió al ver que ya habían llegado. El niño ciego se había parado en frente de una gruta, y los esperaba mirando al vacío.

-Que entre el primero.

Se miraron, inseguros. La entrada al hogar del Anciano se veía escalofriante, una hendidura retorcida y reseca, donde las expuestas raíces de los árboles irrumpían formando puentes en miniatura. Reaper se aclaró la garganta, y comenzó a encaminarse hacia el niño. Pero entonces este miró a Gallahard, como si pudiera detectarlo con su ceguera.

-Usted conocía al señor. El señor que me salvó.

El Tres no respondió, pero palideció de repente y sus ojos claros se fueron abriendo como un amanecer. Fue un cambio que se produjo a la vista de todos, que lo sacudió visiblemente.

-Espera. -se adelantó, por primera vez motivado- Espera, Kamui.

Reaper se frenó, curioso. Gallahard miraba tanto al pequeño como a él.

-Quiero entrar primero.

El guerrero se inclinó de hombros. Su sorpresa al ver al mago tan serio era evidente.

No hubo que decir más, y Gallahard Arleon se perdió tras la neblina de esa gruta, dándole vistazos atentos de tanto en tanto al niño que lo guiaba.

Y allí para Reed inició la primera de tres largas esperas.

Reaper fue el segundo en ingresar, al salir Gallahard de allí, y Arksinad fue el tercero. Cada uno de los tres, al volver, portaba una expresión diferente. En Gallahard, que regresaba arrastrando los pies, había una sonrisa y los increíbles indicios de lágrimas de dolor, bien secados por la manga pero mal ocultos por su expresión. Al pasar al lado de Reed sus puños temblaban.

El kamuita volvió pálido de pies a cabeza. No quiso responder qué era lo que había visto, por lo que el muchacho se resignó a esperar el turno de Arksinad.

Pero el mago tampoco le dijo nada. Salió con el rostro distendido, indiferente como si tan sólo hubiera recibido una indicación banal sobre el clima. Sin embargo, por conocerlo, fue esa incertidumbre tan arraigada que por una vez no podía encontrar una sonrisa que la calmara la que le dio la pista a Reed de que lo que ocurría en el fondo de ese agujero era significativo para todos los que ingresaban.

Y entonces fue su turno. Se irguió, estirándose para relajarse, y siguió al infatigable niño sin dejar de pensar en Cax, superponiendo por tantos a la figura de su hermano con la de aquel guía silencioso, ayudado por la densidad de la niebla que de a ratos los separaba. Se agachaba, sin parar de caminar, y apartaba las raíces que le molestaban, tentado de utilizar su nuevo sable para cortarlas. Pero no hizo nada de ello, y pronto llegó a un recoveco en donde una fogata centelleaba frente a una figura encorvada.

El Anciano era aún más viejo de lo que había imaginado. Era tan viejo que dormía, quieto como una estatua, y su barba enmarañada se confundía con los cuernos inmensos, que giraban una y otra vez sobre sí hasta simular un casco bajo el cual asomaban sus orejas puntiagudas, afiladas. El rostro era una maraña inescrutable de arrugas y bulbos.

El niño le indicó que se sentara, en la piedra frente a aquel kiel. Reed obedeció en silencio.

Entre ambos el fuego danzaba, levantando lenguas que batían el aire con jolgorio. Centró su atención en el anciano que roncaba levemente. Sí, pensó Reed, era viejo. Muy viejo, no podía saber cuánto pero no tenía duda de que había vivido muchas veces lo que uno de su especie viviría normalmente. Cada arruga, cada verruga, cada mancha morada en la piel gris; todo revelaba una vivencia, una historia, un dolor.

Cuando pensó aquello se sintió sobrecogido, recordando. Scarrow. Scarrow, que había perdido su valor en Gikeldor, gracias a la profecía de un sabio kiel.

En el momento en el que lo comprendió, el anciano abrió los ojos. Sus globos oculares parecían luchar por escapar de las cuencas, y estaban verducos por la edad, clavando sus pupilas espiradas en él, desnudando su alma para observarla. Reed tembló, y el fuego entre ellos se elevó más alto que nunca.

-Un joven confundido.

Lo dijo más jovial de lo que lo hubiera esperado. Dudó unos momentos, y asintió.

-¿Puede decirme qué busco?

-¿Puedes no hacer el tonto?- replicó el kiel, agitando su papada ofendido- Yo no puedo decirte qué buscas. Eso lo buscas tú, no yo.

Se abstuvo de contestar. El otro no necesitó más y rebuscó entre su manga, todo bajo la presencia del niño, que más allá sobre otras rocas esperaba en silencio. Sacó de allí unos polvos oscuros, que comenzó a arrojar a la fogata entre ellos.

Reed retrocedió apenas, dudando.

-Es comino, cúrcuma y cilantro- recitó el viejo.

-¿De verdad?

-No- concluyó, lanzando la última pizca. Al hacerlo las llamas se elevaron altas, muy altas, hasta abrazar el techo de esa caverna o aquello le pareció en ese momento.- Acércate, joven. Aspira el vaho del fuego. Déjalo que ilumine tu sendero con su gracia. Tienes que... dormir, para poder despertar.

Se acercó, obediente. El humo era azulado, púrpura, variaba de tonos y colores y se le pegaba a la cara, lo asfixiaba, lo hacía lagrimear. El fuego danzaba como una torre, cambiaba de forma y potencia. Reed aspiró más, sintiéndose de repente embriagado. Vio a través de toda esa luz al Anciano, que temblaba como un poseso y luego vio a algo oscuro e inmenso bailar por entre las confluencias del humo.

Después, al salir, dudaría de esa visión, y de todas las que tuvo después. Pero mientras las vivió, fueron indudablemente reales, tan reales para él como lo eran el calor, la sensación de sus manos sobre sus rodillas, la incomodidad y el sueño.

En algún momento, las llamas se habían convertido en cortinas, y en algún otro momento, esas cortinas se abrieron. Pero no dieron a un escenario, o a un espectáculo, o a la antesala de un ritual. Lo llevaron en cambio a un paisaje que creía desconocido, a un suelo que no tenía memorias de haber pisado jamás.

Se elevaba como un risco, en un mundo natural y perfecto, desde el cual se podía ver abajo el mar rugiente, subiendo para alcanzarlos. Esto Reed lo supo antes de asomarse, porque allí, en principio, creyó entenderlo todo.

Sephid lo estaba esperando, sentado en la punta y con las piernas colgando sobre el barranco. La capa se le arremolinaba, pero no parecía molestarle. El viento era fuerte. Llevaba con él las voces de lamentos, sufrimientos y verdades.

Caminó, y se sentó también con las piernas colgando al vacío, al lado de Sephid. No dijo una palabra. Entendía que él quería hablarle, decirle algo, pero sabía también que aquel momento era único y debía ser aprovechado.

El mar... Su vasta magnitud, bañada por el sol, que arrancaba reflejos destellantes a sus olas, que se repetían infinitas hasta el inalcanzable horizonte. El cielo anaranjado, guardando sobre ellos con su suave calor estival las cadencias del agua y de la brisa. Era algo magnífico, incomparable. Una realidad que existía más allá de la realidad misma, un sueño eterno que nunca podía caer, el hogar de un dios único que pasaba largas tardes meditando en paz.

Se sonrió a sí mismo. Sephid habló.

-Reed.

No respondió. No estaba seguro de poder verlo al rostro. Tal vez Sephid tampoco lo estaba viendo.

-Eres Reed.

Era una afirmación un tanto extraña, pero el demonio parecía comprenderla por primera vez. Sintió que había algo triste, melancólico en todo aquello.

-Yo... Me equivoqué sobre ti.

Esta vez sí lo miró. Contemplaba el mar, sus pestañas punteadas y duras, los ojos brillando con el deseo de un largo viaje.

-Estábamos equivocados- continuó- Lo siento mucho.

Comprendió, aunque no lo que él quería decirle.

-Sephid, tú...

El guardián le sonrió, y su capa revoló sobre su espalda. El viento comenzó a ponerse violento. Ya no era una brisa placentera. Era un vendaval que irritaba, lleno de gritos, lleno de dolor y espanto. Reed se tapó los oídos, en agonía, y cayó retorciéndose al costado. Sephid continuaba en calma.

-¡Hazlo parar!- gritó.

-Nunca para- le dijo el demonio- Tienes que abrazarlo y seguir. Frenarlo del todo es una locura.

Reed aulló, y giró sobre el precipicio. Entonces contempló el mar. No era agua lo que había allí bajo el firmamento anaranjado. Era metal líquido, ramas, una inmensidad abominable que se elevaba incomprensible, creciendo bajo él, chillando para acallar el dolor.

“Joven, retírate de allí.”

Entendió que era la voz del anciano. Gritó, intentando alcanzarla, mientras todo enmudecía y Sephid continuaba observando el horizonte como un recuerdo muerto. Sephid estaba muerto.

“¡Sal de ahí ahora mismo!” le gritó el kiel.

Y Reed cerró los ojos, y con eso se transportó atravesando mil puertas a otro mundo.

Hacía calor. Mucho calor, mucho más del que nunca hubiera sentido. Esta vez, por lo menos, tenía pleno control de su cuerpo y su consciencia. No se sentía como en un sueño. Observó la arquitectura del sitio, la galería de gruesas columnas doradas en la que se hallaba, vio el cielo inclemente, en donde un gigantesco sol fulminaba todo con rayos como serpientes y percibió en la piel el aire árido, reseco que ya había soportado alguna vez.

Estaba en la Ciudad Dorada. Miró hacia arriba, en busca de respuestas.

-¿Por qué estoy aquí?

El Sabio no respondió, pero era claro que lo estaba escuchando. Reed se volvió a preguntar lo mismo en su interior, resignado.

Se aproximaban pasos.

Vio a una mujer, de cabellos blancos, ondulados, avanzar rodeada por un séquito de cuatro guerreros. El rostro estaba tapado por los rayos de luz. Se dirigían hacia él. Retrocedió un paso, intimidado, y entonces esa deva elevó una mano con gracia.

-Fue un gran combate, Idgray.

Comprendió que no lo veían. Era como un fantasma. Al darse vuelta vio al niño, vestido con ropajes de esclavo que caminaba impávido hacia la antigua Sol de Baal. Ojos grises, bien abiertos, el cabello del mismo color despeinado y la piel de deva albino apenas bronceada por el sol. Sólo por el estado de sus ropas y por el sudor en los músculos de los brazos se percibía que había estado luchando.

El pequeño Idgray se arrodilló, obediente. La mujer deva sonrió, y uno de los hombres que la acompañaban chasqueó la lengua.

-Lo premias mucho, Ailai- dijo- Yo podría vencerlo en un abrir y cerrar de ojos por ti, si lo deseas.

La sacerdotisa miró a su protector, entretenida.

-¿De verdad crees eso, Kaleho?

El guerrero deva rio, echándose el cabello hacia atrás para dejar su frente despejada. Dio una mirada despectiva a Idgray, que continuaba quieto como una estatua.

-En tan sólo cinco segundos, lo haría volver a los entrenamientos básicos del coliseo.

Los otros rieron, aunque no tan convencidos. Reed observó a otro niño, que observaba el encuentro desde tras una columna. Se sintió conmovido al entender que era Albion.

-Pues bien- dijo Ailai, su rostro aún cubierto- Tienen cinco segundos. Pruébense.

Kaleho abrió los ojos, sorprendido, pero la deva no bromeaba. Idgray no necesitó comprobación. Se levantó, apretando los puños.

El deva más grande dudó, pero entonces y sin mirarlo, rápido como un relámpago asistió un golpe que conectó en el estómago del niño. Los músculos abdominales de Idgray recibieron el impacto, pero no lo tumbó. Tomó la muñeca con ambas manos, echando a Kaleho hacia abajo con una fuerza increíble, y cerró sus piernas con una llave en su cuello.

Con un sonido seco el adulto cayó al suelo, intentando golpear al niño sin éxito, retorciéndose mientras que Idgray lo asfixiaba. Ailai observaba todo tranquila, y los demás guardianes se hallaban anonadados. El rostro de Kaleho se volvió rosado, luego rojo, luego morado en tan sólo instantes.

-Suéltame...- alcanzó a pronunciar, ya golpeando sin fuerzas- Me rindo, suéltame...

Idgray no le hizo caso. Continuó apretando, hasta que Ailai levantó su mano y entonces aflojó de inmediato, dejando a Kaleho toser humillado contra otra columna.

Los guerreros lo miraban como si les hubiera llegado un nuevo mesías. Ailai se aproximó al niño y le besó la frente, un gesto que logró que Idgray se sorprendiera.

-Eres fuerte, Idgray. ¿Vivirías por mí?

El niño asintió.

-¿Me defenderías?

Volvió a asentir. La sonrisa de Ailai se continuaba. Todos comprendían que le estaba haciendo hacer el juramento, que lo estaba eligiendo como su campeón, a esa increíble edad.

-¿Morirías por mí?

-Sí.

Se arrodilló, y Reed más atrás observó todo embargado por una extraña emoción. Ailai lo hizo levantarse, haciéndole un gesto para que la acompañara.

-Creo que te equivocabas Kaleho. Aún no lo he premiado lo suficiente.

Su sonrisa era lo único que se veía, una sonrisa que él estaba seguro de haber visto en algún lado antes. Caminó, con Idgray que la seguía y Albion observando todo más atrás, invisible para los demás al igual que Reed. Se fueron perdiendo, mientras esa realidad cedía, y la luz del sol se incrementó y se incrementó, cegándolo, retirándolo de allí y de la oscuridad en la que ese recuerdo se hundiría.

“Tu alma está infesta” le dijo el Anciano, mientras viajaban a la siguiente parada. “Hay algo retorcido en ti.”

Reed no dijo nada, dejándose llevar a través de mil dimensiones, de mil imágenes pasadas, viendo el universo crecer ante sus ojos y volverse del tamaño de una aguja; mundos distintos, mundos de nobles y grandes fiestas, mundos de tecnología y guerra, mundos desérticos y helados, fantasmagóricos, negros. Comprendía más. Lo que el Anciano estaba haciendo... era seele. Era seele como el seele debía haber sido, sin el uso de Drassil, seele natural y afilado como la roca a la que la cascada golpea por eones. Era una lástima que no pudiera enseñarle el cómo lograrlo. Sabía que no tenían tiempo. Buscaban algo, algo en él y en toda su existencia.

Llegó a un valle verde, conocido. El pasto picaba bajo sus pies descalzos. Más allá, esperándolo como Sephid lo había esperado, otra figura de capa parda se hallaba sentada, contemplando el cielo y a las aves volar, la brisa meciendo con suavidad su cabello castaño poblado de canas, su báculo de madera firme a su lado.

“Scarrow...” pensó Reed, con nostalgia. No se atrevía a acercarse. Sabía que de hacerlo, el mundo se destruiría tal como había ocurrido con Sephid. Era algo absoluto que lo perseguía siempre, a todos lados, sin darle respiro.

El Sabio también pareció reconocerlo, o eso le pareció a Reed por su silencio.

“Con que aquí...” dijo luego de un rato, con tristeza “Era un joven arrogante. La arrogancia siempre cae con más peso.”

Reed asintió. Scarrow continuaba viendo el cielo, con tristeza y felicidad entremezcladas, continuaba viendo las águilas que sobrevolaban en libertad.

“Él siguió su camino” le dijo el kiel.

Volvió a asentir. Lo comprendía. Esta vez sí lo comprendía.

No dijeron más, sino que pasaron al siguiente y último mundo. Fue como si algo se quebrara cuando vio de frente a las esculturas, al galpón de grandes ventanales de vidriales rotos, a los techos abovedados bajo los cuales cientos de figuras permanecían estáticas, congeladas. Al respirar, su boca lanzó un vaho que se esfumó por el aire.

Caminó, en calma, sintiéndose más allí que nunca. Era ese, ese era el lugar que había visitado tantas veces en sus sueños. Pero ahora parecía vacío, y nadie correteaba escondiéndose de él entre las estatuas transparentes. Sintió maravillado el contacto del hielo en sus manos, cómo le quemaba. Barrió con sus pies el suelo, el polvo que allí se acumulaba. ¿Qué era ese sitio?

“¿Lo conoces?” preguntó el anciano. Su voz sonaba débil y cansada.

Negó. Jamás había estado allí en su vida.

“Entonces debes estarlo” respondió el kiel a su pensamiento. “Debes hallar lo que se encuentra aquí”.

Asintió, decidido a hacerlo. Pero también se sentía incapaz, pues desconocía en dónde se ubicaba el galpón, en dónde estaban las estatuas y lo que le esperaba. El resplandor de la ventana molestó sus ojos. Notó trozos de vidrio molido en el alfeizar. Ese sitio existía. Lo visitaba ahora, en esas visiones, pero también ocupaba un espacio del mundo real en el que él habitaba.

Y lo que había allí... Lo vio, por fin, a lo lejos, y comprendió que no era algo que tuviera que conocer. Era algo que tenía que recuperar, que ya había cargado en sus manos.

La estrella dorada de su escudo reposaba sobre un pedestal, en perfecta quietud. El descubrimiento sacudió a Reed y tambaleó esa realidad de lado a lado. Un trozo separado de Drassil, el arma seeler vacía que necesitaba.

Quiso correr hacia ella, pero entonces el ambiente estalló. Cayó por una espiral, rodando y rodando, y vio miles de manos grises que intentaban aferrarlo. Se vio a sí mismo, repetido infinitas veces, y vio cada segundo de su vida estirado hasta la eternidad, ocupándolo todo. Entendió muchas cosas que sabría olvidar al despertar. Gritó, pero no de dolor ni de furia, sino de sobrecarga. Caía. Buscaba una mano de la que aferrarse, pero todas lo empujaban hacia abajo. Caía. El entorno le daba vueltas, mareándolo, no distinguía por dónde subir y por dónde bajar. Caía. Y se hallaba atado a algo que ya estaba en el fondo, que esperaba el impacto con dulzura.

Abrió los ojos.

Ya el fuego se había apagado entre ellos, y el anciano kiel estaba con los párpados cerrados, duro como una piedra. Sus labios apenas se movían entre murmullos constantes.

Anestesiado por todo lo ocurrido, Reed se aproximó para oír sus últimos estertores.

-...te tenía... tanto miedo...

Parecía reír al repetir esas palabras. Lo dejó ser, observando sus momentos finales. Más allá el niño ciego dormitaba sobre su roca, al abrigo de la intemperie. El cielo estaba oscuro y debían de haber pasado horas desde que todo había iniciado.

Era muy extraño. El último aliento del sabio escapó de su boca, y al salir redujo su cadáver a poco más que un montón de cenizas con la forma de un kiel. Se había ido.

Reed se levantó, sintiéndose más distinto que nunca, en blanco, y se aproximó al niño. Este despertó antes de que lo tocara, y se incorporó sentado.

-El Anciano...

El niño asintió. Ya lo sabía. Percibía que sólo quedaban dos seres vivos en esa gruta.

-Vamos- le dijo, levantándose del todo- Ya se hace tarde.

Por las noticias que portaron al volver de aquel bautismo, el pueblo kiel se puso de inmediato en luto por el Anciano que los había acompañado durante tantos siglos con su sabiduría y su experiencia. Se organizaron en silencio, encendiendo velas de azufre y se sumaron a una procesión que marchó por todo el pueblo, trazando un camino de puntos luminosos por entre las chozas y el castillo, llegando hasta la entrada de la gruta y depositando uno tras otro una piedra en el sitio, para sellarla por siempre.

Reed y los demás no se sumaron a aquel ritual, sentados en el pasto viendo a los kiels pasar. No se sentían con ánimos, después de todo lo que habían visto. Era como si lo que sea que aquel viejo muerto les hubiera mostrado perteneciera a lo más recóndito de sus seres, a lo más profundo de sus almas, algo que de sólo ser observado ardía con el peor de los dolores. Cada tanto, algunos de los kiels más jóvenes escrutaba a Reed con curiosidad. Aquel humano había sido el último en recibir un bautismo del sabio. Sólo por eso, lo consideraban especial.

La procesión pasó frente a ellos decenas de veces, infatigables. Se necesitaron muchas vueltas para cerrar del todo la que sería la tumba de aquel hombre que era una herencia del pasado, pero nunca los kiels de Zubeneschamali parecieron cansarse. Niños, mujeres, hombres y viejos, todos marchaban por igual, como rebaños, y depositaban grandes piedras, pequeños guijarros, puñados de tierra húmeda con los que llenar las aberturas. Su organización era sorprendente.

El emperador no salió de su castillo en todo el día, aunque se rumoreaba que había sido afectado por la noticia. El que sí emergió, cuando la luna estaba en lo alto y ya todos habían regresado a sus hogares, fue Yeguilex DaWillse. Hizo una seña, y pidió a Reaper que lo acompañara. Los demás volvieron a la choza, en donde Eluid dormitaba con la cabeza sobre los brazos.

Tanto Reaper como el general hicieron entonces otra vez el camino hacia la gruta, intercambiando monosílabos. Yeguilex marchaba con el mismo ímpetu calmo que el resto de Zubeneschamali había marchado, tomando su tristeza con dignidad.

Llegaron al sitio, en donde la hendidura por la que antes habían pasado estaba ya del todo ocupada por las piedras. Nadie molestaría el reposo de aquel anciano junto a las cenizas de su hoguera.

-Era un hombre viejo- le dijo Yeguilex.

Reaper asintió.

-Pero todos los maestros deben morir- recitó, recordando el día en que Bravino, aquel marino que tanto lo había querido en su niñez había perecido- Porque viejos son sus cuerpos y hábiles sus mentes vagan, y con el sacrificio de los grandes se ilumina la esperanza de los alumnos.

El general sonrió al oír esto.

Se agachó, y levantó con los dedos acorazados de su armadura una piedra grande y gris. Se arrodilló en señal de respeto, y la depositó junto a las demás.

Reaper lo vio obrar, pero no hizo nada hasta que Yeguilex le dio la seña. Entonces él tomó también un puñado de tierra, y lo lanzó. Los pequeños granos cayeron sobre el resto, terminando de sellar la entrada.

-Los kiels tienen un precepto similar- dijo Yeguilex, levantándose- Aunque algo más lacónico.

-¿Y ese es?

-“*Debes morir*”- le explicó el general- Pero también debes vivir, y debes obedecer, y debes enfrentar el mal y luchar. Hacer lo correcto.

Asintió. El aire de la noche estaba frío, como si se hallaran en la base de Belekraz.

-Assadan, lo que hiciste al desafiar a Crandor frente a toda su corte fue una locura. Lo entiendes, ¿verdad? Él tiene ahora el derecho o la obligación de matarte.

-Que lo intente.

El otro suspiró.

-Sin embargo, lo has logrado impresionar- lo miró de reojo.- A puntos insospechables. Cree que se halla frente a un verdadero guerrero, que no le teme a nada, que puede llevarse al mundo en sus brazos. Es posible que quiera elegirte como su campeón.

Reaper no dijo nada, mirando las piedras.

-En cambio- continuó Yeguilex, sincero- Yo vi mucho temor en tu actitud. El temor desesperado de quien no quiere perder algo.

Siguió sin responder. Las piedras tenían formas de sombras, de muerte enterrada y silenciosa.

-¿Temes por tu reino, Assadan? ¿Por quienes conoces allí?

Lo encaró, fastidiado.

-Conocí la Ciudad Dorada.

Los labios de Yeguilex se apretaron en sorpresa.

-Conocí la Ciudad Dorada, y por primera vez allí temí. Deseé poder, y ese deseo me hizo equivocarme y condenar a muchos. Crandor se burla de mí con sus consideraciones. Estoy seguro de que lo sabe. El poder que yo deseaba... Sirvió para traer aquí a ese héroe del que todos tanto hablan ahora. Debí haberlo destruido, pero lo utilicé, pensando que podía controlarlo por sobre todas las advertencias que me hacían. ¿Qué crees que vi en esta gruta que ahora está tapada? De nuevo contemplé la muerte, al monstruo que devolví al mundo y su sombra cernirse sobre quienes amo, segándolo todo, burlándose de mi error. Y ahora, sí, tengo mucho miedo. Pero tengo que ser fuerte. El chaval y boca-cortada no podrían seguir en pie sin mí.

Yeguilex asintió. Se veía satisfecho con la respuesta.

-Assadan, hubieras sido un magnífico kiel.

Reaper resopló, con una sonrisa amarga.

-Te debo la vida- añadió Yeguilex de repente, aun contemplando la gruta- Desde que me la perdonaste en Belekraz, y por eso voy a ser honesto contigo. Me desagrada verte así.

No dio tiempo al kamuita a replicar, sino que continuó.

-Es patético, Reaper Assadan. Este no es el hombre que me derrotó alguna vez. ¿Quieres poder? Pues tómallo, y defiende lo que debes defender. Pisa tus temores, y alzate por encima de ellos. Golpea a tus demonios internos en el rostro, búrlate de sus lamentos. Y si cometiste un error, tienes también el deber de enmendarlo. Lo que sea que hayas malogrado en la Ciudad Dorada, son tus manos las que deben devolverlo al orden, y no las de alguien más. Esa debería ser tu verdad. ¿Has entendido?

El gesto de Reaper poco a poco se transmutó en un despertar. Yeguilex no dijo más; se retiró con las manos en la espalda, dejando al kamuita mirando el suelo meditabundo. Luego Reaper se irguió.

-Eres hiriente a veces, Yeguilex.

-Nada que una rata de Kamui no merezca- levantó una mano el hombre caminando.

-Gracias.

El agradecimiento flotó entre ambos, y Yeguilex terminó de alejarse. Ya eran altas horas, y el pueblo se hundía en un silencio de ensueño.

En el alma de Reaper Assadan, sin embargo, una nueva energía palpitaba de resolución.

Cuando todavía se hallaban en la choza, jugando cartas, bebiendo, o tan sólo descansando sobre los mullidos colchones de algodón, tolerando el apretujado espacio y el sueño, el mandatario kiel al que esperaban se apareció para indicarles que se dirigieran al castillo. El emperador había tomado una decisión, y los requería.

Cruzaron las puertas, como si la vida les hubiera dado la oportunidad de repetir aquel día con nueva sabiduría adquirida, y aparecieron en el salón real. Pero ya no estaban allí los ancianos, ni ningún miembro de la corte excepto por Crandor y Ventrysten. Aquella farsa se había terminado.

Plantaron rodilla, ante el kiel, Reed, Reaper, Arksinad, Eluid, Gallahard, Yeguilex, Bullwe y Gio. La sonrisa felina del hombre creció. Si la muerte del anciano lo había herido, lo ocultaba a la perfección.

No habló, esta vez, sino que Ventrysten se adelantó hacia Reed.

-¿Qué viste?

-Existe aún un arma seeler desocupada.

El enmascarado sonrió. Reed entendió que ya lo había sabido.

-¿Sabe en dónde se halla?

-Pregúntale a tu amigo.

Todos se voltearon a quien el consejero señalaba, incrédulos. Gallahard, ahora bajo todas esas miradas, se hallaba aún más incrédulo que el resto.

La respuesta llegó a Reed de inmediato.

-Gallahard.... Cuando Vannael compró la Estrella Oscura a Fariel... ¿por casualidad te la dio a ti?

El joven dudó, recordando. Hizo un asentimiento poco convincente.

-¿Es importante?

-Es más importante que tu vida- masticó con desprecio las palabras Ventrysten- Y, si no me equivoco, la dejaste en la mansión Arleon al norte de aquí, ¿no es así?

La mansión Arleon. Las esculturas de hielo. Pronto todo cerraba más y más para Reed. Aquella arma hecha de Drassil lo había estado llamando.

El Tres asintió, compungido. Crandor dio una carcajada salvaje.

-¡Esto es perfecto, Ventris! ¡El destino nos favorece!

No entendían. El seeler se dirigió a Reed.

-Es hora de probarte ante la Organización, Reed Id Vant. Quiero que vayas a esa mansión, y consigas ese trozo de Drassil. -luego añadió, ladeando la cabeza- Si lo logras, te entrenaré personalmente.

Asintió, decidido. Los caminos de Baal se estaban cerrando a ese punto inevitable que ya había predicho.

-Lo acompañaremos- dijo Reaper adelantándose. Ventrysten lo miró levantando una ceja.

-En efecto, pero no por lo que creen. Reaper Assadan, cometiste una ofensa imperdonable. Sin embargo, nuestro emperador se halla satisfecho con tu valía. Ha considerado convertirme en su campeón personal.

Reaper ignoró al consejero y miró directamente a Crandor. El kiel sonreía esperando su respuesta.

El guerrero asintió.

-Está bien.

-Sin embargo, como campeón aún debes probarte. -la mano de Ventrysten emergió bajo su manga oscura, creando la imagen difusa de un individuo de piel celeste y rasgos bestiales- Este de aquí es Djinn Archelande. Domina los desiertos de Aldebarán junto con su clan de genios, y ha masacrado a los convoyes que transitan al norte durante años con sus crueles asaltos. Si desean ir a la mansión de los Arleon, el desierto se halla de paso. Mátalo, Reaper Assadan, y te ganarás el favor del emperador. Y con ese favor, tal vez podamos oír lo que tengas que decirnos sobre Kamui y la guerra.

Reaper apretó los puños, pero volvió a asentir. Con que así serían las cosas.

-Partiremos mañana en la mañana. -miró al Tres- ¿Puedes tú guiarnos?

El joven asintió a medias. Sabían, todos menos ellos tres, que el desierto de Aldebarán era un sitio lleno de peligros, tal vez el más mortal de todos los lugares del mapa después de Antares y Aterror. Yeguilex también hizo una reverencia.

-Su Alteza, pido permiso para...

-No, Yeguilex- sonrió Crandor- Tú te quedarás aquí. Te necesito.

Sus ojos brillaron, y el general también cedió poco convencido. Entonces Eluid suspiró, y colocó su martillo en la espalda.

-Eres habilidoso, Crandor- habló- Han planeado todo esto muy bien, tú y tu nuevo consejero. Sin tener que ordenarme, no me dejan más opción que seguirlos a esta trampa. Sabes que no podrían sobrevivir por su cuenta, y sabes también que no pueden negarse.

El emperador no respondió, todavía escrutándolo con sus ojos afilados. También Ventrysten le dirigía una mirada reprobatoria.

-Con una mano- dijo Eluid, levantando una palma- Lavas la otra. Lo que no necesitas lo tiras, y lo intercambias con maña para que sirva a tus propósitos. Tienes una mente retorcida, como las de tus amigos los dragones de Aterror. No creas que no puedo verlo. Veremos cómo se te da. Sin embargo, déjame decirte algo, Crandor Paglawastros Eitei: yo no respondo a los Mercaderes. No me interesan esos gordos banales más de lo que te interesan a ti. Yo respondo a la justicia. Y puedo asegurarte que el mundo al que tus acciones apuntan es más terrible que el que se cierne sobre todos ahora. Temo que estemos cometiendo un error al pedir tu envenenada ayuda.

Dicho esto, se dio vuelta hacia el resto, dándoles la espalda a ambos líderes.

-Reed, Reaper, Arksinad. Los guiaré por el desierto de Aldebarán. Será un viaje largo.

Serían ellos cinco.

Pero nadie en el grupo, en ese momento, adivinó que la jornada que se les avecinaba sería tan significativa y trágica como las visiones que les habían visitado en la tarde, ni que otros tres individuos -Vannael Danterkiss Eel, Grimold Styxer, e Idgray Decaheron- se dirigían al mismo objetivo en ese mismo instante, volando a toda

velocidad sobre fuerzas de alma que les hacían atravesar continentes en instantes para completar dos líneas en el mapa que pronto colisionarían.

Con esa decisión, ya el futuro estaba escrito.

11. El Último Éxodo

El sol despuntó con fuerza, irradiándoles energía mientras finalizaban los últimos preparativos para partir. Cargaron las provisiones para los tres días que Eluid calculó les tomaría el viaje: sacos de comida y tambos de agua fresca que los kiels de Zubeneschamali les cedieron con gran reparo, contando cada litro como si fuera oro y anotándolo en sus expensas. En Gikeldor, ya lo percibía Reed, la generosidad se reservaba a los héroes y a los mártires.

Subieron todo al arca, y se dispusieron a partir. Aunque su idea original era volar directamente hacia la mansión de los Arleon, y de allí usar a Gallahard para ingresar y tomar la estrella de oro, Eluid fue insistente en que llevaran también equipo para caminar por las arenas del desierto: cantimploras, capas de tela seca con las que cubrirse del sol y del viento y también herramientas para cavar, en caso de que fuera necesario, pozos en los que guarecerse durante una tormenta. Por una vez, Reed no se sintió intimidado ante tal perspectiva. Había ya tenido una jornada por los desiertos de la Ciudad Dorada junto con Nakku, y sabía lo que podía esperar de esos climas extremos.

A la segunda misión, que le había sido otorgada a Reaper, Eluid la despreció con un gesto de su mano.

-Los genios nos atacarán, eso es tan claro como que mañana amanecerá. Y si sobrevivimos, Djinn Archelande terminará por aparecerse. Son mucho más unidos de lo que la gente imagina.

-¿Y ese Djinn es...?

-Djinn es un título- les explicó Eluid, al tiempo que el arca comenzaba a ascender con los cinco arriba, bajo la mirada atenta de Yeguilex y sus hombres- El líder de cada clan de genios es llamado Djinn por sus congéneres. Archelande es quien domina toda la extensión de Aldebarán desde hace ya varios años. No es un genio común.

-Y es un miembro del Geral- acotó Arksinad.

Lo miraron, anonadados. Eluid levantó una ceja.

-Eso se dice. Pero honestamente es una locura. Que un genio pueda usar magia...

No dijeron más, dejando ya al pueblo y viendo pasar el castillo como una ruina antigua bajo ellos. Genios y dragones, sabía Reed, compartían la misma situación: una cantidad abismal de maná, pero ningún tipo de talento o habilidad con el que expresarlo. Que existiera uno de ellos que pudiera lograrlo les podría traer graves problemas.

-¿Qué número era ese tal genio, boca-cortada?- inquirió Reaper sentado en la barandilla del barco, afilando a Caronte con una piedra caliza.

-Diecinueve- contestó el mago. Gallahard asintió, aunque se notaba que no tenía la menor idea. En sus ojos sin embargo había cierta aprensión, que todos comprendieron. Estaba regresando a su hogar, al pasado que los genios le habían arrebatado y que había evitado por tantos años. Quien sabía qué había visto en la caverna del anciano, qué nueva decisión lo había hecho tan solícito a acompañarlos a una misión que tiempo atrás no le habría incumbido en lo más mínimo.

Sobrevolaron las nubes, charlando y soportando la tentación de ingerir las provisiones por puro aburrimiento. A la tarde Reed sacó su mano y acarició aquellos algodones naranjas que flotaban a su lado, y terminó dejándola tan empapada y fría que tuvo que recuperar el calor envolviéndola con su abrigo. De pequeño, recordaba, había estado convencido de que las nubes eran blandas y esponjosas.

El atardecer los golpeó desde el este, llenándolos de su cansina luz y bajo ellos vieron de improviso la abrupta línea que marcaba el inicio de Aldebarán: donde la tierra yerma y sus resecos arbustos de repente terminaban, dándole espacio ahora a las dunas inmensas, a los retorcidos vaivenes de aquel mar terrenal en donde se adivinaban cuevas, escondites, señales de tela clavadas en rústicos mástiles de caucho, perdiéndose todo por el horizonte como si hubieran llegado al final del mundo. Abajo, las ventiscas creaban torbellinos en la arena, y los pájaros de rapiña esperaban a que las serpientes dejaran sus madrigueras para procurarse sustento. Era un paisaje inclemente.

-Prepárense. -dijo Eluid.- Normalmente, debería darles dagas en este instante.

-Ya estamos armados.

-Pero las dagas son más fáciles de esconder- le explicó el cazadragones- Si los genios llegaran a capturarnos, el suicidio sería para nosotros la opción más piadosa. Esos seres son los mayores adoradores de Angra Mainyu que puedas conocer. Son sádicos, crueles, pero por suerte no poseen la inteligencia de los dragones. Sin embargo, preferiría que no los subestimásemos. Hasta un duende puede matar a un mago demasiado confiado.

Dio un vistazo a Arksinad, y este asintió. El desierto inmenso se extendía frente a ellos, incomparable, vasto. Año a año iba creciendo, hundiéndose al continente en la sequía, tan sólo refrenado por los esfuerzos que los kiels hacían desde Zubeneschamali al empujarlo. Con su arena tapaba lo que años atrás habían sido praderas, caminos, ríos y bosques que la familia Arleon se había encargado de plantar utilizando su influencia, esperando poder ayudar a esa tierra tan magra y triste. Hacer el bien, pensaba Reed, no los había salvado; pero les otorgaba una nobleza que ni la más cruenta de las muertes les podía arrebatarse.

Hubo un retumbe.

Al principio creyeron que se habían confundido. La línea, la sonrisa de dientes puntiagudos que había en el cielo debía de ser alguna nube, un reflejo del ocaso, una mugre que se interponía en sus ojos engañándoles. Se removieron en sus posiciones, aterrados, y Eluid dio un grito a Arksinad.

-¡Máxima velocidad!

El Nueve obedeció, y tocó la esfera dorada del arca. El navío extendió sus alas y tomó una rapidez impresionante, confundiendo al desierto que tenían abajo con una alfombra amarillenta que les corría en dirección opuesta. Pero la sonrisa en el cielo seguía allí, definiéndose absoluta sobre ellos. Pronto adquirió más rasgos. La piel,

azulada y trasparente, el cabello puntiagudo como espinas blancas, el rictus feroz y los aros dorados que atravesaban la quijada.

Era inmenso, y los observaba como quien ve a una mosca zumban inútil contra su cuerpo.

-Bienvenidos a Aldebarán, forasteros. ¡Bienvenidos a nuestra humilde morada!

La voz resonó por todo el desierto, barrió la arena, sacudió el Arca del Cielo. Tomaron sus armas. Había iniciado demasiado rápido.

-¿Es una ilusión?- inquirió Reed viendo al genio, al gigantesco genio que parecía un dios jugando con ellos desde arriba.

-Torcimiento de la realidad- explicó el mago, también atento- Está en algún sitio, y se nos presenta de esta forma. Tengan cuidado. Nos estará observando todo el...

-El tiempo de hablar terminó.

Un rayo carmesí emergió, desde algún lugar indefinido, y golpeó una de las alas del arca haciéndola pedazos. El barco se sacudió de lado a lado, casi arrojándolos fuera.

-¡Arksinad, aterriza la nave!- gritó Eluid.

El mago se concentró, y empezaron a iniciar el descenso. Otro rayo de energía pasó a centímetros de la proa, y Reaper masculló un insulto. Se hallaban bajo ataque.

-¡Derecha!- gritó Gallahard. El arca se viró y Reed perdió el equilibrio, rodando contra la barandilla. Lograron esquivar con ese abrupto movimiento el tercer láser, que la hubiera destruido por completo.

-¿Es esto una jodida broma?- masculló Reaper, sosteniéndose con su guadaña. Reed tampoco podía creerlo. Más luces surgieron, en procesión, y Arksinad maniobró para esquivarlas con éxito moderado. Una de ellas destrozó parte trasera del vehículo, lanzando astillas de madera contra la arena que cada vez se veía más próxima. Una gota de sudor recorrió el rostro del mago. El siguiente disparo fue directo a ellos, pero Gallahard lo apuntó con su estoque y terminó convertido en una torre de hielo que les indicó desde dónde los atacaba su enemigo. Eluid volvió a hacer una seña desesperada al Nueve.

-¡Baja!

-¡Eso hago, maldición!

Hubo otro retumbe, y una risa sepulcral. La gigantesca figura de Djinn, etérea pero presente, estiró un brazo hacia ellos, un brazo que parecía un camino y una mano con la que podría haber aplastado el arca con facilidad. Traspasó, sin embargo, pero generó con aquello un viento tan fuerte que otra vez se tambalearon a punto de caer. El arca giró, perdiendo el control.

-¡Cierra las velas!- ordenó Eluid.

No hizo falta, porque las velas se soltaron solas, y salieron volando por los aires. La risa de Archelande se propagó.

-Vengan... Vengan a mi red. Los estábamos esperando. Su carne debe ser tierna.

Bajaban en una picada caótica, directo hacia la arena. Arksinad gritó en frustración, e intentó elevar el barco. Era inútil. El arca parecía haber cedido por completo. Los láseres habían frenado, al menos, pero no parecía haber forma de detener el violento choque contra el suelo.

Reed cerró los ojos, aferrándose como podía y pensando en su muerte. Esa era su muerte. Era un pensamiento muy extraño. Estaba muriendo. Sacudidas, el viento cegándolo, el miedo y el vértigo, los sonidos que zumbaban y la presencia inmensa del genio riendo, todo se le sumaba en un frenesí incomparable. Iba a morir.

Al pensar eso chocaron, pero no se estrellaron. Chocaron en vertical, echando chispas y fragmentos, contra un muro de hielo que se elevaba en la altura paralelo al barco que caía. Gallahard se aferraba a duras penas con un brazo, sujeto de la túnica por Eluid y con la otra mano tenía el estoque en alto, creando una pista de hielo inmensa contra la que daban tumbos desprolijos, que se curvaba poco a poco para amortiguar la caída.

Era una idea demente, pero era la única que tenían. El tobogán colosal de hielo que el joven creaba comenzaba a atajarlos, a redireccionarlos poco a poco haciéndoles recuperar el eje de su marcha. Ya no volaban, sino que se arrastraban sobre la superficie resbalosa, a bordo de algo que a duras penas se mantenía unido. Más que disminuir, el vértigo se incrementó. Dieron dos grandes tumbos, y derraparon dando vueltas como un trompo por la pendiente, golpeándose unos con otros. Luego el arca dio otro salto, y otro, y giró por los aires junto a un reguero de telas y maderas.

Unos segundos de estar boca abajo, con la sangre subiéndosele a la cabeza. Luego Reed sintió el impacto seco, estruendoso que necesitaba. Habían aterrizado en tierra firme, y estaban vivos.

Los ecos de la risa de quien los veía desde el cielo resonaron, obligándolos a ignorar sus raspones e incorporarse de inmediato. Arksinad, quien había sido lanzado contra una duna corrió hacia su reliquia. Se veía conmovido de verla tan destruida, pero se relajó un poco al inspeccionarla.

-Sigue funcional. Pero no resistirá otro ataque.

Sobre las rodillas, Reed sentía que los músculos no le respondían. Aun así buscó mantenerse en pie.

-¿Qué tan lejos estamos de la mansión, Eluid?

La respuesta del cazadragones no fue optimista.

-Lo suficiente como para que nos maten.

Se sacudía la arena de la capa, irritado. Precavidos, los cinco aferraron sus armas.

-Podré transportarnos aquí, si avanzar falla- dijo Arksinad- Sin embargo, algo en esto no me agrada.

-Archelande estaba preparado- opinó Reaper, muy de acuerdo.

Sobre el cielo, Reed seguía contemplando esa figura etérea, que los enfocaba certera. Tendrían a aquel gigante encima de sus cabezas durante todo el trayecto, pero al menos reconfortaba saber que no podía tocarlos.

-Creo que es obvio a dónde debemos ir- dijo al final, haciendo una seña.

No muy lejos se veía la columna de hielo, ya fracturándose de a poco y a punto de ceder. Aquel era el ataque de calor que Gallahard había congelado primero, y seguramente allí se encontraba el enemigo.

-¿Los encararemos directamente?- preguntó el Tres- Podría ser una trampa.

-Es una trampa- asintió Eluid, y chasqueó la lengua- Todo este condenado desierto es una trampa. Crandor sabía muy bien lo que hacía al mandarnos aquí.

No dio más opiniones, sino que comenzó a encabezar la marcha hacia la columna. El resto lo siguió, echando cada tanto vistazos al coloso que los observaba, que se relamía, cuyos ojos brillaban hambrientos desde el cielo. Ese genio debía de estar en algún sitio, pero la inmensidad del desierto era imposible de acaparar. De momento, lo mejor sería estar atentos a lo que pudiera hacer.

-Han caído. Van a conocer el dolor.

Lo ignoraron, y se movieron hacia su objetivo.

-Creo que...- dijo Eluid, meditando- Tal vez en medio día podríamos acercarnos lo suficiente. Asumiendo que podamos sobrevivir tanto tiempo. Sin embargo-

Otra oleada de energía obligó al campeón a callar, haciendo un hueco de arena quemada que se extendió como un túnel al lado de ellos.

-Maldición.

Se reagruparon en un instante, con Gallahard y Arksinad al frente. Quien fuera que lanzaba esos ataques no estaba jugando, y sin el arca no tenían la velocidad suficiente como para esquivarlos. La mejor opción era detenerlos en el camino.

-Es un mago- masculló Eluid- Un condenado mago está con los genios. Sabían que vendríamos.

Tensos, comenzaron a moverse hacia el enemigo. Un silbido agudo, como el de una olla a presión les advirtió del siguiente rayo, y el olor a tierra chamuscada fue suficiente para despertar los reflejos en ambos hechiceros. Arksinad levantó una barrera, y Gallahard congeló la energía justo cuando estaba por impactarlos. Se formó otra columna de hielo, ahora derrumbada tan larga era contra la tierra, que les indicó aún mejor hacia dónde ir.

Fue una marcha difícil, pero ambos magos consiguieron ir ganando terreno. A cada rato, buscando sorprenderlos, uno de esos ataques que tanto se parecían a los de Rashka Wisel aparecían, trazando líneas en la arena y dejando un hedor a sulfuro; pero el Tres y el Nueve los desviaban, bloqueaban o congelaban sin perder el ritmo, agudizando sus sentidos para defender a los otros guerreros que tan inútiles se sentían en esa contienda.

Avanzaban. Se frenaban, cuando los granos repiqueteaban o el sonido les daba la alarma, y entonces se cruzaban las direcciones: *“a tu derecha” “al frente” “congela” “cubre”*, y los dos celestianos, como mecanismos de un reloj, se encargaban de evitar ser carbonizados por los asaltos que les llegaban desde la lejanía.

Fueron acercándose más y más. Eluid, Reaper y Reed caminaban tras ellos vigilando los alrededores con las armas en alto, preparados por si los genios saltaban de sus escondites a lanzarse sobre sus cuellos. Se sentían como en un mar, flotando a la deriva, náufragos buscando algo de lo que sostenerse allí donde los tiburones los esperaban con las fauces abiertas. Pero no había elección. Desde el momento en que habían caído a Aldebarán, su única opción era una lucha hasta la muerte por sobrevivir.

-Quietos.

Otro láser pasó al lado del grupo, haciendo otra hendidura y errando por completo. Ya la columna se veía muy cercana, y sólo unas dunas ocultaban lo que había más allá. El enfrentamiento era inminente.

Se aproximaron con sigilo. Sobre todos, asomando por entre las nubes anaranjadas, Djinn Archelande cambió de posición en un silencio expectante.

Arksinad levantó su palma hacia la arena.

-*Shinoras*.

Un foganazo de luz blanca barrió todo lo que había ante sus ojos, allanando el camino hacia la batalla. Pero cuando los guerreros se aproximaron corriendo para saciar sus ansias de combate, palidieron al notar que no había allí ningún enemigo.

-¡Arriba!- gritó Arksinad.

El ataque de magia venía ahora desde el cielo, recortado por la mirada de Djinn. El antiguo alumno de Vannael se adelantó, y creó un campo de espectros que logró atajarlo a duras penas, mandándolos a todos contra el suelo.

Sólo Gallahard se había logrado mantener en pie, y escudriñaba la altura entretenido, con la mano de visera para protegerse los ojos del sol.

-¡Haber sabido que el Geral Veintiún mismo nos visitaría! Me hubiera arreglado más.

Reed observó. Flotando, vestida con una túnica negra abierta y con ambas manos extendidas hacia ellos, una mujer de aspecto hermoso y larga melena anaranjada los encaraba para matarlos.

-Audula Adahiada- dijo Arksinad, consternado- Número Ocho del Geral.

-Y no viene sola- Eluid aferró su martillo, y entonces algo rápido pasó entre él y Reaper, obligándolos a tomar distancia. Un hombre enjuto, lánguido, vestido con un traje opaco.

El individuo hizo una reverencia pronunciada.

-Su Majestad nos ha enviado a encargarnos de ustedes, caballeros.

-Jarbil Pil- notó Arksinad con amargura- Así que Vannael está detrás de esto. Debió haber predicho que cruzaríamos Aldebarán.

El Diecisiete hizo una mueca torva a su compañera.

-Elimínelos, señorita Audula.

La maga asintió, preparándose para cargar un nuevo ataque desde la altura.

-Me sorprende- comentó Gallahard mirando encantado a la mujer- Alguien tan hermosa al servicio de Vannael, arrastrándose como Zark lo hace... ¿No preferirías bajar de allí y discutir esto con un trago?

-Lo lamento- dijo ella, y el cabello comenzó a revolverse, mientras energía empezaba a ser absorbida por las manos que traían dibujos de bocas en las palmas- Pero ya tengo a alguien. *¡Erador Maldito!*

Fue un rayo más agudo, que el Tres esquivó saltando a un lado con un gesto desenfadado. Atrás Jarbil Pil decidió no perder el tiempo y se lanzó a atacar a los demás, usando sus impensables reflejos para ocuparse de Eluid y Reaper al mismo tiempo.

-Ah...- suspiró Gallahard- Lo imaginaba. ¿Unnaon Omega, no es así?

Los ojos de Audula brillaron. Reed, que no se decidía en qué pelea participar y por lo tanto sólo se hallaba atento en búsqueda de nuevos enemigos notó que el tatuaje del Ocho en su ombligo se iluminaba, pulsando de magia mientras sus manos volvían a absorber el calor del desierto para lanzar un nuevo proyectil.

-Sí. Claro.- continuó el Tres, disfrutándolo- Seguro que Vannael te prometió conservarlo con vida cuando destruyera Deneb Algedi. Sin embargo, has visto lo que nuestro rey puede hacer, Audula. ¿De verdad no quieres rendirte y unirte con él?

Otro láser, que el joven esquivó dando un salto elegante hacia atrás para volver a mirarla.

-No me agrada atacar doncellas, y más si son tan bellas como tú, Audula.

-Lo que quiero es que te calles y mueras- rezongó la maga, y las bocas en sus manos se abrieron lanzando otras destructoras ondas rojizas- *¡Erador Maldito!*

-*Hielora Nornir.*

Gallahard chasqueó los dedos, trazando una línea con su mano enguantada. Se oyó un crujido profundo, y la maga, su ataque, hasta la energía que la rodeaba quedó solidificada, convertida en una majestuosa escultura que se alzó refrescándolos del calor con su imponente tamaño.

Reed quedó boquiabierto.

-Me agrada tenerte de nuestro bando, Gallahard.

Pero le pareció que el joven se veía sereno, y que otra vez aquello había sido una actuación. Había dejado a Audula viva, bajo aquella capa de hielo, y no parecía tener más ánimos de luchar.

Contempló Reed entonces el otro lado de la arena, en donde Reaper y Eluid encaraban al mago delgado y alto. El martillo y la hoz chocaban contra el cuerpo de Jarbil Pil, quién les hacía frente sin armas, sobrepasándolos en velocidad y maniobrando para golpearles en sus puntos ciegos. Ambos resistían como podían aquellos embates, pero sus intentos de alcanzarlo eran difíciles y, más aún, cuando lograban conectar sus golpes fallaban, repelidos por la misma piel de aquel siniestro individuo.

-Qué clase de hechizo...

El Diecisiete golpeó a ambos con ambas piernas, obligándolos a caer.

-Cazador de Belerofonte- les reveló, fallando en ocultar el placer que le generaba darles aquella golpiza- ¿Tal vez conocen la historia del Behemoth?

El oír aquel nombre trajo recuerdos a Reed. Pensó en atacar a Jarbil por la espalda, pero una seña de Eluid lo instó a quedarse en su sitio junto a los otros dos magos.

-Una criatura legendaria- se deleitó Pil- Que habitaba las planicies de Belekraz. Capturado por el mismísimo mago Albion, del que las historias tanto hablan.

Estiró una mano, y su piel allí se reveló gastada, curtida como el cuero.

-Puedo seleccionar criaturas, tratarlas como invocaciones y fusionarme con ellas. Adquirir sus atributos, caballeros. Y Vannael me ha otorgado una de leyenda. El Behemoth me aporta una dureza incomparable que...

-Hablas demasiado- Reaper se incorporó, y le arrojó su guadaña. El mago se quitó a *Caronte* de un manotazo, pero por ello mismo no pudo esquivar el puñetazo que partió su nariz en dos- Cállate.

Jarbil Pil cayó contra la arena, la sangre manando a borbotones de su rostro.

-¡Pero cómo...! ¡Es magia...! ¡No puedes simplemente...!

El martillazo con el que lo impactó Eluid lo dejó fulminado bajo el sol.

Reaper contemplaba sus nudillos, también curioso de que hubiera funcionado. Fuera como fuera, los cinco se congregaron de nuevo en el centro de aquel sitio, atentos al coloso que se batía en silencio aguardando su nuevo movimiento.

-Con Audula fuera, tal vez podamos utilizar el Arca- aventuró Gallahard.

Los otros contemplaron la escultura con la mujer atrapada, atónitos, pero Arksinad se negó rotundamente.

-Ni hablar. No comprometeré más mi barco. Y además, Archelande sigue allí arriba y puede volver a sacudirnos. Tendremos que seguir a pie. ¿Dijiste medio día, Eluid?

-Si es que los asustamos lo suficiente como para impedir que nos ataquen durante todo el trayecto, creo que tenemos posibilidades de llegar antes del próximo amanecer. La noche nos permitirá ocultarnos mejor de nuestros cazadores.

No dijeron más, y reanudaron el camino. El joven parecía ubicarse mejor que todos ellos por los senderos de aquel infierno, encontrando en sus vientos, en la posición del sol, en las sutiles huellas de la tierra pistas topográficas que para el resto eran invisibles. Encabezaba la marcha altivo, atento y echando tragos cortos a cada rato, lo suficiente como para humedecer la boca con su cantimplora pero no para gastarla, una precaución innecesaria en cuanto que todos se hallaban bien cargados ya del preciado líquido. Si las cosas salían bien, el morir de sed era la última de sus preocupaciones.

Arriba, el colosal Djinn Archelande se volvió a acomodar, observándolos embelesado como quien construye una maqueta de hormigas.

-Estas son nuestras tierras, forasteros.

No se dignaron a mirarlo. Su voz profunda retumbaba contra las dunas, contra el cielo. Realmente parecía el dios de ese mundo.

-No saldrán con vida. Los placeres de la oscuridad harán de esta su tumba. Y mis hermanos y hermanas están ansiosos. ¿No oyen su música?

Tamborileos lejanos, sonidos rítmicos y salvajes. La espalda de Reed se sacudió visiblemente con un escalofrío. El sol demoraba demasiado en ocultarse.

Archelande lanzó su risa espectral. Continuaron en fila, un paso, y otro, bien atentos a cada cosa que pudiera suceder. No parecía haber vida en aquel basural. No llegaban a ver escorpiones o alimañas, y los pájaros que antes surcaban los aires se habían escondido, como si todo el ecosistema de aquel sitio los reconociera como una víctima reservada. Sólo suelo, duro y reseco, y los retumbes que venían de lejos, los gritos agudos, frenéticos, de quienes desde sus madrigueras surgían para darles caza. Los podían imaginar a la perfección.

-Vamos- apuró el paso Eluid. Señaló más adelante, en donde el desierto se endurecía y elevaba para convertirse en un entramado de cavernas y barrancos.

Se sobreponían a la tentación de correr. Los aullidos se elevaban, sedientos de sangre.

-Decoraremos el lampal... Con sus huesos. Con su piel. Con sus gritos.

Había un motivo, por el que temían a los genios mucho más de lo que habían temido a los dos magos del Geral. Audula y Jarbil, por más poderosos que fueran, eran extraños a aquel desierto, tanto como ellos. No desconfiaban de sus capacidades a la hora de enfrentarlos y sobrepasarlos, pues ya habían encarado oponentes similares antes.

Pero Archelande y su clan... Eran Aldebarán mismo. Llevaban el aire seco, el terreno irregular, el sol despiadado en su sangre. No se cansarían, los perseguirían por siempre, sobrepasándolos en número, poseídos por la locura cruel de querer sus calaveras para sus ritos. Luchaban en el territorio enemigo, sin saber desde dónde los atacarían, y la mejor manera de vencer era entonces simplemente esconderse. No podrían sobrevivir a todos los asesinos de piel azul que allí los buscaban.

Ya el sol era una línea fulminante en el horizonte, en el que se mezclaban brillos anaranjados con el negro de la noche. Las cavernas no se hallaban muy lejos. Los gritos se perpetuaban, acompañados de extraños ladridos que al principio Reed pensó eran de simples perros, pero que más próximos se convirtieron en risas enajenadas.

-Hienas Sardi- explicó Eluid sin mirarlos, siempre viendo al frente, como si sólo girar su cuello pudiera robarle valiosos segundos de huida- Las usan para rastrear nuestro aroma.

Tragaron saliva, y continuaron. De repente extrañaron demasiado el arca que habían dejado atrás. El genio inmenso aproximó su rostro, la barbilla puntiaguda, y les mostró sus dientes en una brutal sonrisa.

-Gocen, hermanos y hermanas.

El siguiente ladrido estuvo a pasos de distancia. Pero, por suerte para ellos, la entrada a las cavernas también lo estaba.

-¡Ahora!- gritó Eluid.

Arksinad y Gallahard levantaron sus manos al mismo tiempo, conjurando viento. No necesitaron gastar mucho maná en aquello: ya todo lo que pisaban era polvo, polvo

que se elevó de improviso cegándolos a todos y ocultándolos de Archelande y sus enemigos, en una tormenta que se extendió por kilómetros a la redonda.

Oyeron gritos de protesta, alaridos histéricos en una lengua extraña y los ladridos de las hienas. Los ojos de Reed escocían. Reaper lo tomó de su abrigo, y lo arrastró para que los siguiera intentando ubicarse entre la polvareda, hasta que todos ingresaron por el primer hueco que se abría en el barranco, ayudándose a subir de a uno y luego se perdieron por la oscuridad, preparados para caminar durante horas para que les perdieran el rastro.

Aun cuando apenas podían verse los contornos y titiritaban incontrolables por el frío, no encendieron una fogata por miedo a revelar su ubicación. Se habían apostado después de una larga caminata en una cueva poco profunda que se escarbaba al costado de un peñasco, utilizando magia de viento para posicionarse en aquel lugar tan inaccesible con la idea de pasar el resto de la noche allí; desde donde se veía el horizonte en donde la barrera de los Arleon se alzaba y también, mucho más próximo, la pesquisa de los genios que no daban descanso para hallarlos.

Los genios tampoco eran amigos del fuego, se notaba, pues los buscaban sin la menor luz, y sus formas eran más bien algo que Eluid debía señalar a Reed con calma, ambos controlando sus movimientos: se mimetizaban sus pieles oscuras con el polvo y la arena, en distintas pandillas que armadas de estilizadas dagas, de cadenas, de lanzas y pértigas avanzaban en una búsqueda silenciosa, entrando y saliendo de los cientos de agujeros que había, subiendo y bajando los valles y esperando cada vez que las nubes dejaban la luz lunar caer sobre ellos para quedar quietos, casi invisibles contra las piedras, revelados por la proximidad y el aullido de sus hienas.

Archelande, en el día ocupando todo el firmamento, se había de momento desvanecido. Debía de estar reubicándose, o tal vez guiaría él mismo a su especie en su propósito.

-No estamos tan lejos- opinó el cazadragones luego de observar, calmado, los movimientos aleatorios de los genios- No dan con nuestras huellas. La hemos hecho bien.

Contra el muro, juntos para darse calor, Reaper, Arksinad y Gallahard lo escuchaban.

-Honestamente- rio el Tres- Esto se puso más difícil de lo que lo había imaginado. Y ciertamente no planeaba pasar la noche en una caverna apretujado junto con otros cuatro hombres.

Arksinad rio, pero Reaper puso los ojos en blanco. De pronto a Reed, quien se acostumbraba al frío por pura determinación, se le ocurrió una idea que le sorprendió no hubiese cruzado su mente antes.

-¿Gallahard, no puedes transportarnos a tu mansión?

Todos miraron al mago. Este palideció, y se palmeó la cara.

-¡¿Lo dices en serio?!- se exasperaron Arksinad y Reaper al mismo tiempo, y el primero añadió- ¡Arriesgué mi arca!

Pero Gallahard rio, y retiró la palma de su mano.

-Era broma. No puedo.

Eluid asintió, apoyándose también contra la pared de la caverna, cruzando los brazos en un gesto supino que tenía mucho que ver con la baja temperatura.

-Probablemente, dejaste de tener acceso a tu residencia desde hace unos meses, ¿no es así?

El joven asintió.

-Solía dejar mis creaciones allí, enviándolas directamente desde Babel... Pero pronto mis intentos de teletransportarme a su interior fueron vanos. La magia que domina el ambiente se ha torcido.

-Djinn.

Gallahard chasqueó la lengua.

-Sin embargo, tengo constancia de que los genios no han ingresado a mi viejo hogar otra vez. Posee una barrera infranqueable, que el mismo Duran me ayudó a diseñar. Incluso –dudó unos segundos- Ustedes tampoco la podrán atravesar.

Reaper amagó ahorcarlo, pero el joven lo esquivó adelantándose y levantando las palmas, conciliador.

-¡Tranquilo! Entraré yo, y la desactivaré desde allí. No es un asunto muy complicado, a decir verdad.

-Pero podría acarreamos problemas- suspiró el campeón, y rebuscó en su bolsillo hasta sacar un trozo de raíz amarillenta, que masticó sonoramente- Esto nos mantendrá despiertos. Propongo que hagamos rondas para vigilar.

Tomaron los trozos bulbosos, pero sólo Reaper y Reed se atrevieron a probarlos. Poseían un sabor picante, que irritaba la lengua. Luego Gallahard aplaudió.

-¡En fin! Despiértente cuando Ianna nos quite de aquí.

Y se tendió de espaldas a todos, bajando su vincha hasta los ojos para conciliar el sueño.

-Yo vigilaré- se ofreció Reed. Se sentía calmo y despierto, y la noche y el hecho de que los estuvieran cazando allí abajo le despertaban una excitación que creía olvidada. Reaper decidió acompañarlo, y entonces los tres celestianos se tendieron a dormir, sin almohadas ni abrigo más que sus ropas y el suelo.

Pasaron las primeras horas ambos viendo el desierto desde la entrada de la caverna, y tomando nota mental de los grupos que iban y venían, por dónde ingresaban, si las hienas parecían captar su esencia en el aire o si obtenían alguna mínima pista de que los hubieran localizado. No se sentían seguros, pero se permitían cierto relaje. Al ver a los genios aullar –de lejos, a Reed, le parecieron más salvajes y primitivos que nada que jamás hubiese visto antes- golpeando de frustración sus cuchillas contra la roca, el frío los dominó aun más y decidieron, sin decir una palabra, cubrir también las horas de vigia de los otros. No tenían sueño.

Hablaron, en susurros, de su situación actual, de los métodos posibles para huir en caso de ser encontrados y también recordaron entre risas mermadas los primeros días, cuando se habían encontrado en el barco de Van Lyder, esa época en la que Reed se sentía un completo desconocedor del mundo y de su propia oscuridad. Ahora, después y al cabo de tanto tiempo, volvía a pasar un periodo a solas con Reaper, que lo retraía a ese pasado tan distinto y le hacía ver también a sus nuevos compañeros, otra vez pensando en Baal y en los hilos del destino; cómo se trenzaban, cómo dolían o aliviaban su vivir.

Estaba bien. La noche era perfecta, y la luna resplandecía rodeada de miles de estrellas. En los riscos, en las grutas, en todos lados su luz desvanecía las sombras, barriéndolas con una paz que el día no podía conocer y allí, como si todo Aldebarán hubiera recibido una advertencia del Creador, otra vez las cosas se frenaron y hasta ellos mismos apretaron los labios, sintiendo cierta melancolía en sus almas ante un mundo que, cruel e inhóspito, podía ser también a su manera bello.

Horas después Eluid despertó –si es que siquiera había dormido- y se ofreció para suplantarlos. A regañadientes terminaron por aceptar, comprendiendo que hacer el siguiente trecho muertos de sueño no los hubiera favorecido en lo absoluto. Reed se tendió al lado de Arksinad, quien roncaba suavemente, con la incomodidad de aquel duro suelo y el frescor. La figura vengadora de Eluid, con el mentón sobre una rodilla y la otra pierna colgando del precipicio mientras observaba a sus enemigos fue lo último que observó antes de sumirse en un sueño tan helado y lánguido como lo había sido esa noche.

Lo despertó Gallahard, sacudiéndolo y tendiéndole sin mucho preámbulo una barra de havla, un turrón hecho de almendras y leche de cabra que los kiels solían comer como aperitivo antes de iniciar el día. Donde antes se había sentido helado Reed ahora volvía a estar sofocado por el calor; y donde las sombras los protegían ahora rayos fuertes lo deslumbraban, cegando sus ojos grises.

Se los restregó, bostezando, y observó al resto del grupo que comían junto a él. Eluid continuaba en el umbral de la caverna, observando al desierto, tal como lo había dejado al acostarse.

-Duermes mucho.

Se estiró cuanto pudo, sintiendo su espalda crujió. Luego desmigajó poco a poco el havla, sintiendo su consistencia pegársele al paladar.

-¿Y los genios?

-Desaparecieron- dijo Arksinad. Se había desatado el cabello y lo arreglaba muy concentrado- Se esfumaron de la nada.

-Pero nuestro amigo azulado volvió- comentó Reaper con la boca llena.

Apenas se volvió a la salida, desde la cual Eluid encaraba con ojos atentos el cielo. Una sombra se movió, haciendo que un par de buitres huyeran despavoridos, y Reed comprendió que el gigantesco Djinn Archelande volvía a dominar Aldebarán con su presencia, seguramente buscándolos para echarles sus huestes encima de nuevo.

-Podríamos hacernos invisibles- sugirió. Arksinad negó.

-Tienen tanto maná como para detectar magia aplicada, tal como los dragones. No tendría caso.

-La mansión no se halla tan lejos- dijo Eluid, volviéndose hacia el horizonte- Creo que podemos lograrlo. Mago, ¿puedes realmente desactivar la barrera, no es así?

Gallahard Arleon hizo un saludo militar, asintiendo.

-¿Y luego activarla?

El Tres volvió a asentir, y el cazadragones sonrió satisfecho.

-Una vez allí, estaremos seguros de Archelande y los suyos. Así que en pie- se incorporó, sacudiéndose el polvo de su armadura escamada a base de golpes, e hizo un gesto con la cabeza para que lo siguieran- No perdamos más el tiempo.

Lo imitaron, tragando los últimos bocados a los apurones. Eluid contempló al gigante desde ese lugar resguardado, calculando el momento propicio para salir. Alzó una mano, manteniéndolos en espera y luego la descendió con un movimiento.

-Ahora- dijo, y saltó al vacío. Reaper, Reed, Arksinad y Gallahard lo siguieron tragándose cualquier miedo, y los dos últimos conjuraron un viento que los levantó, atajando el impacto y haciéndolos golpear abajo con suavidad. Sin darles un segundo el campeón volvió a agitar su brazo, para que lo siguieran en una marcha apresurada. Arriba Reed pudo observar a Djinn, otra vez buscándolos, husmeando el aire, translúcido, más grande que nada que jamás hubiera visto antes. Los ojos estaban inyectados en sangre, y respiraba afanosamente, endureciendo su rictus bestial ante la ira de haberlos perdido.

-Salgan. Ratoncitos.

Se pegaron contra la pared, porque la imagen del genio se adelantaba. Un brazo inmenso otra vez surgió contra las irregularidades del desierto, tanteando el terreno. No podía tocarlos, lo sabían, pero tal vez con aquel viento sí tenía algún modo de detectarlos y por lo tanto prefirieron esperar a que el paneo terminara antes de proseguir.

-¡No se escondan! ¡Queremos jugar!

La muñeca celeste, tatuada y provista de adornos dorados pasó por sobre sus cabezas con un sonido estruendoso. El cazadragones volvió a dar una seña, y todos continuaron subiendo el camino de aquel peñasco, cuan rápido podían pues entendían que mientras más ascendieran más expuestos estarían a los ojos de Archelande.

Pero además, descubrió Reed, al ascender descubierta podía darse una idea mucho mejor del camino que les quedaba por recorrer. Vio extenderse ante sus ojos miles de senderos y cavernas, de fisuras que les tomaría un buen tiempo cubrir y que, de repente, se cortaban para dar de nuevo lugar a la arena amarillenta, a las ondulaciones blandas del desierto que a su vez se interrumpían de improviso ante otra visión esplendorosa, que el ocaso les había ocultado antes.

Una barrera inmensa se erigía, translúcida, y tras su energía Aldebarán dejaba de ser tierra yerma, para convertirse en un paraíso repleto de abundancia: pasto, amplios jardines de magnolias y rosales, cántaros de agua que se derramaba libre contra el césped, estatuas de mármol blanco erosionadas por el tiempo y caminos de piedra bien cuidados, que conducían a las gigantescas dependencias de la familia Arleon. Quedó boquiabierto. Parecía que otro mundo se hubiera inmiscuido pronto en el que estaban, rechazando con su presencia toda la maldad y carencia que habían visto antes. Gallahard dio un silbido desenfadado.

-Mi viejo hogar.

Era magnífico. A través de la cúpula que impedía allí la entrada de intrusos los rayos agresivos se volvían cálidos, acariciando con dulzura las flores y los arbustos, convirtiéndolo en un edén en medio de la crueldad de los genios.

-Se ve más grande de lo que esperaba.

-Otra vez, tienen que perder cuidado- Gallahard cruzó una mano sobre su hombro, riendo sin problemas aunque avanzaban por un sendero que corría peligro de desmoronarse- Conozco ese sitio como la palma de mi mano. ¿Divisas el galpón, allí al costado del jardín de orquídeas?

Agudizó la vista. Sí, creía que lo veía. La boca se le resecó al comprender que aquel cobertizo de amplios ventanales era exactamente el mismo lugar que lo había llamado en sueños durante tanto tiempo, sólo que visto desde afuera.

-Allí guardaba todo, así que no hay más que decir- se soltó Gallahard, revolviéndose el cabello- Incluso podrán ver algunas de mis magníficas esculturas.

“Ya las he visto.”

-La emoción me mata- dijo Reaper en cambio.

El Tres le sacó la lengua en una mueca obscena. Eluid dio un largo suspiro.

-Contra la pared.

-Mi favorito- comentó Gallahard, y recibió un golpe de Reaper en la coronilla para que callara. Todos se plegaron contra la tierra endurecida, pues el rostro inmenso de Djinn bajaba sin divisarlos, echando espuma por la boca y moviendo las pupilas de lado a lado.

-¡Su demora sólo hará peor su sufrimiento, humanos! ¡Desearán haber muerto!

-Se está enfadando- opinó Arksinad.

Eluid asintió.

-No es bueno. Será mejor que pongamos más prisa antes de que se le ocurra hacer algo dañino con todo ese poder mágico que tiene. Avanzar a través de una tormenta no sería bueno.

Pusieron manos a la obra, casi corriendo ya por los senderos que subían, que se curvaban, que se perdían dentro de huecos en los cuales se inmiscuían en fila, sin darse un segundo para el descanso, pasando ante sus ojos la luz del sol y la oscuridad de las cuevas de manera sucedánea, deslumbrando o calmando la visión de Reed.

Por suerte, al menos Djinn había cesado sus provocaciones, y por las zonas en las que escudriñaba con atención iracunda, calculaban que no tenía la menor idea de en dónde se hallaban los intrusos. Hasta Eluid, quien era el más propenso en esperar un ataque repentino parecía haberse calmado, y llevaba su martillo bien bajo mientras los guiaba, subiendo por las pendientes escarpadas, abriéndose paso por los zigzagueantes atajos que adivinaban.

Al caer su bota contra algo mullido Reed se relajó, comprendiendo que ya llegaban a la etapa final. Frente a ellos los valles agujereados desaparecían, reemplazados por las dunas doradas, que hacían de base al domo transparente tras el cual el verdor y el lujo de la mansión de los Arleon asomaba. Un último esfuerzo, y estarían allí. Un último esfuerzo y por fin podría retomar en sus manos parte del escudo que había perdido.

Seguía siendo de día, pero no faltaba demasiado para que el sol se ocultara al horizonte. Como si fueran un ejército cambiaron su formación lineal, dejando a Eluid adelante, seguido de Reaper y Arksinad, y al último Reed junto a Gallahard en un cuadrado compacto. No había más sonido que el de sus respiraciones, los tragos que daban en sus cantimploras, los silbidos del viento desde el cañón que dejaban atrás y que les seguían como lamentos fantasmales, y por eso se permitieron, aunque ansiosos por llegar, aminorar la marcha. No llegaría la noche hasta que estuvieran allí.

Creyó ver algo sacudirse en la arena. Antes de que su cerebro pudiera siquiera advertirle de aquella irregularidad, Eluid pareció captarla y lo empujó con todas sus fuerzas.

-¡ATRÁS!

Lo derribó, pero a cambio le salvó la vida. Una cuchilla afilada pasó por donde antes su talón había estado, acompañada de otras siete que como flores mortales brotaron del suelo, arrancándose los genios a sí mismos de la arena.

-¡Emboscada!- gritó Reaper, quien había saltado el filo por puro reflejo. Tomó a Arksinad de la túnica y también lo logró evadir del ataque, mientras que las otras dos cuchillas que iban dirigidas a sus compañeros fueron simultáneamente detenidas por la coraza de escamas de Eluid, quien se interpuso salvando al Tres.

Reed rodó, y se puso de pie de inmediato desenfundando su nuevo sable, sintiendo el equilibrio perfecto de esa arma en sus manos. Los genios surgían del suelo en saltos acrobáticos, sacando largas lenguas, riendo de placer al haberlos hallado, silbando para marcar su posición. Eran distintos a todo lo que hubiese visto antes. Famélicos, pero fibrosos, de orejas puntiagudas enormes y la piel del color del cielo; se asemejaban mucho más a los necróvalos de lo que hubiera imaginado. Vestían turbantes que les envolvían la cabeza, o estaban desnudos, adornados con aros y pulseras, cadenas que se enganchaban en su piel dolorosamente tanto en hombres como mujeres.

Pero sobre todo los ojos eran frenéticos, sedientos de sangre. Temblaban en sus claras las pupilas pequeñas, rasgadas, y entre los colmillos puntiagudos lanzaban chillidos de anticipación mientras se movían su alrededor, completando un círculo de cortes y movimientos que no los dejaría avanzar.

-Llamarán refuerzos- dijo Eluid, alzando el martillo- Terminemos con esto rápido y corramos a la barrera.

Dos de los genios saltaron hacia Reaper, quien aún traía la guadaña guardada. Con un sólo movimiento el joven se agachó, esquivando sus ataques, y dio un giro con el que segó la cabeza de uno, mandando al otro contra la arena con un poderoso puntapié. El piel azul quiso incorporarse, pero entonces Reed lo cortó con su sable, lanzando un reguero de gotas rojas, nítidas, que mancharon el rostro de otro de los aldebarianos que agitaba su maza hacia él. No pudo llegar lejos, pues Gallahard lo apuntó con el estoque y el genio cayó al suelo, hecho una estatua.

La misma estatua estalló en pedazos cuando Eluid la impactó con su martillo, lanzando un relámpago que se esparció por la arena e inmovilizó a los enemigos. Arksinad aprovechó esa ventaja, y estirando su mano creó una garra de espectros con la que destrozó a dos genios al mismo tiempo dejando otra pintura roja secarse al sol contra una duna, efusiva memoria de aquel combate sangriento.

Quedaron dos de aquel grupo, que cautelosos retrocedieron. Uno de ellos traía un cuerno colgando del cuello. El otro se les lanzó, para dar tiempo a su compañero.

¡Awnn!, resonó aquel instrumento, alertando a todo el desierto.

¡Awnn!, y los alaridos se propagaron, y los ladridos de las hienas comenzaron a oírse desde la distancia.

¡Awnn!

Una sombra se cernió sobre ellos con deleite.

-Con que aquí estaban...

Archelande reía por lo bajo, y de todos lados los clanes de genios se precipitaban hacia ellos.

Y allá, a lo lejos, la barrera.

-¡Corran!- gritó Eluid, desnucando al del cuerno de un martillazo- ¡A territorio seguro!

Ya no había tiempo para planes. Pusieron pies en polvorosa, sin mirar, allá donde el verde les esperaba con su riqueza y su calma, coreados por los alaridos de los

genios y los correteos de sus perros, que azuzaban con látigos, por la risa perversa del Diecinueve sobre ellos. Fue similar a cuando habían tenido que atravesar el salón de la Desesperación en la Forja de Xshathra. Reed sólo pudo estar consciente de su cansancio, del sol que en ocasiones lo cegaba, de los gritos y de la dificultad de correr sobre un terreno que se hundía bajo su peso, todo sabiendo que en cualquier momento podía morir o sentir el helor de un arma hincándosele en la espalda.

Algunos de los genios poseían cerbatanas, con dardos humedecidos con las sustancias venenosas de las plantas de Aldebarán, por lo que comenzaron a dispararles. Entre su agotado correr Arksinad elevó un campo de energía que los defendiera, aunque un par de esos proyectiles casi acertaron en sus objetivos. Corrieron. Una de las hienas se adelantó jadeando, y quiso morder la pantorrilla de Reed pero el muchacho la alejó de una patada sin perder velocidad. Corrieron. Aun con todo el peso de su armadura Eluid encabezaba la marcha, pero echaba vistazos cada tanto hacia atrás para asegurarse de que todos lo siguieran. Corrieron. El inmenso brazo de Djinn se acercó hacia ellos.

-Es hora de jugar.

De tanto agotamiento, ni se molestaron en preguntarse qué estaba haciendo. Tras sus dedos celestes se veía la barrera, cada vez más próxima, infundiéndoles esperanzas de salvarse, pero los genios también estaban próximos. La mano de Djinn juntó un puñado de arena, inmenso para ellos, lo apretó y le insufló vida con su poder.

-Reino del Voodoo.

El deforme gólem de tierra rugió, levantando brazos embarrados por sobre sus cabezas. Ahora les cerraban de ambos frentes. Arksinad, que parecía a punto de desmayarse por el cansancio, levantó una mano hacia aquel enemigo.

-¡Shinoras!

Lo borró por completo, pero no fue suficiente. Ya Djinn, como un juguetero dedicado, creaba más gólems de arena con sus manos, criaturas amorfas que se arrastraban con sus cuerpos resecos y se lanzaban contra ellos sin darles un segundo, buscando refrenar su avance.

-¡Corran, humanos! ¡Corran, corran, corran! -rio el genio- *¡No pueden sobrevivir a Aldebarán! ¡No pueden sobrevivir a nuestro hogar!*

Uno de los monstruos levantó un antebrazo grueso, del que pedazos de piedra se desprendían. Eran creaciones incompletas, hechas en el momento y que no durarían mucho antes de desmoronarse, pero aun eran un problema. Reaper rodó fuera de su golpe, con increíble destreza, pero Eluid se detuvo y voló aquel miembro de un martillazo, luego saltando contra la criatura y destruyéndola con más impactos, furibundo por la situación.

-¡Vamos!- les gritó, haciendo otra seña. En ese momento Reed se dio vuelta, pálido, y pudo ver a los clanes que corrían hacia ellos, a las decenas y decenas de genios que chillaban, sus extravagantes armas, las calvas o los cabellos puntiagudos atados en medias colas, sus cuerpos desnudos cubiertos de pintura tribal. *-¡Arriba!*- volvió a gritar Eluid, cayendo junto a los restos de aquel golem.

Arksinad comprendió lo que decía, y conjuró él esta vez magia de tierra. La duna donde se hallaban se elevó de improviso, lanzando a todos por los aires como si un géiser hubiera estallado en sus profundidades. Reed se encontró volando por los cielos, dando giros incontrolables, a punto de quebrarse contra la arena; vio también al desierto, a los genios que parecían un verdadero ejército, al cañón que ya estaba tan lejos. Antes de caer, un viento invocado por el mago redujo su impacto. Habían logrado adelantarse de aquella forma, y la barrera estaba a unos pasos.

-¡Gallahard!- gritó Reaper entonces. El hechicero no se hizo rogar dos veces, y entró corriendo, atravesando aquel muro de magia que a ellos les frenaba. Entonces los otros cuatro se dieron vuelta, entre la espada y la pared, y encararon con sus armas en alto a las legiones de genios que corrían en la distancia, listos para resistir lo que fuese necesario.

12. Tres Grados De Destrucción

Al pasar al otro lado la temperatura descendió hasta convertirse en una calidez dulce, estival. Aquel cambio obligó a Gallahard, quien cruzaba sin perder nada de su velocidad anterior, a encogerse de hombros para soportar el nuevo clima, pensando en lo irrelevante de preocuparse sobre tal cosa cuando allí afuera sus compañeros estaban resistiendo, tal vez muriendo ante mil sables y látigos.

Corrió. Sabía bien hacia dónde se dirigía. Las estatuas erosionadas que dejaba atrás, los bellos jardines, las flores que machacaba bajo sus estilizadas botas; todo le era conocido. Aquel, en sus primeros recuerdos, había sido su hogar. Por esos mismos jardines había dado paseos con su madre, observado a la servidumbre recolectar frutos de los manzanos, o había visto a su padre charlar con sus asociados; había aprendido a montar y había pintado terribles frescos bajo el sol de la tarde, creaciones infantiles que Gaedal Arleon y su esposa atesoraban con cariño. Tal vez muchos de esos dibujos seguían bajo su lecho, si los genios no los habían destruido también en su salvaje ataque. A esa parte sí que no la sabía. Tras recuperar su propiedad y aislarla del desierto, Gallahard había evitado visitarla todo lo posible. Ahora, además del recuerdo de su padre muerto, le traía también la memoria amarga de Duran, su viejo mentor y amigo, su tercer padre presente en aquella barrera que lo protegía todo, que había estado defendiendo su pasado durante tantos años.

“*Gracias, viejo*” pensó, emocionado. Jamás, hasta el momento de su muerte, se había percatado de cuánto tenía para agradecer a aquel hombre, y cómo había fallado en hacerlo. Sin embargo, si los espíritus existían, Gallahard no tenía dudas de que el de Duran velaba por él ahora mismo y que hacer lo que estaba haciendo era un agradecimiento más que suficiente. No se sentía capaz, en verdad. No se consideraba inteligente, ni fuerte, y su talento con la magia siempre le había parecido algo inútil, opacado por su cobardía. Pero, al menos intentarlo... Para no llorar, para no maldecirse a sí mismo. No tenía más opciones si quería seguir viviendo. Aquello era lo que el Sabio le había mostrado, en esos mundos en los que volvió a hablar con su cuidador, en los que volvió a visitar todo lo que creía dejado y reencontró la determinación que había creído perdida. Tenía un camino, algo que no había tenido desde hacía muchos años, y pensaba seguirlo hasta el final.

Y, además, comenzaba a comprender que su accionar tenía algo de personal.

“*Djinn Archelande mató a mis padres.*”

Lo había entendido, en aquella jornada con Arksinad y los demás. Hacía años, cuando apenas tenía consciencia, los genios habían atacado su hogar y habían masacrado a todo aquel que habitara aquellos muros que ahora cruzaba, aquellos hermosos huertos y establos. Sin embargo, sólo ahora sabía quién había dominado a los genios durante tanto tiempo. Archelande, número Diecinueve del Geral Veintiún, a quien había evitado ver tantas veces por temor a su especie en otros años. Pero además de eso...

No, en cierta forma Gallahard no odiaba a aquella criatura. Le resultaba desagradable, pero no le generaba el instinto de venganza que sabía que gente como Assadan o Skardtril podían tener. Por detrás de aquel monstruo, la mano blanca que lo había estado moviendo por tanto tiempo...

Era Vannael.

Por esa misma conclusión corría, movido por el descubrimiento de su ignorancia. Vannael, Vannael Danterkiss Eel, quien los había maldecido a todos tantas veces, quien había arruinado su infancia y su juventud. La ira de Duran de pronto se le hizo próxima, dolorosa por la traición. ¿Acaso, su padre había sabido lo que el rey se tramaba? ¿Acaso Duran había seguido ese hilo, sólo para encontrar la muerte? Y acaso él ahora era un tercer intento, una última mano empuñando la antorcha que iluminara la oscuridad, una última furia que quisiera chocar contra el monarca celestiano.

Gallahard sabía, ahora que estaba en el interior de su propiedad, algo de lo que los otros cuatro no podían percatarse. Audula Adahiada y Jarbil Pil los habían encarado, en el inicio de su jornada, para demorar su avance o matarlos. Djinn Archelande mismo era también parte del Geral, como lo eran Zark y todos esos seguidores del Uno. Pero además,

descubría que era el jefe mismo quien había llegado hasta allí en búsqueda de algo. El corazón de Gallahard dio tumbos en su pecho mientras se adentraba por un portón abierto, cruzando los lujosos pasillos con dirección certera. Era un poder mínimo, sutil, pero era un poder que reconocía perfectamente el que palpitaba en donde tenía que llegar, el mismo poder que lo había llamado antes tantas veces.

Vannael se hallaba en la mansión. Su propósito o interés allí le eran desconocidos, pero no tenía dudas de ese hecho. Tal vez planeaba matarlos, y se había tomado el trabajo de venir personalmente. O tal vez...

Las manos le temblaban, incontrolables, y avergonzado por aquello puso más empeño en ir a donde el monarca lo esperaba. Debía abrir la barrera a como dé lugar, y el sitio en donde podía hacerlo era el mismo en donde la familiar energía pulsaba. Dobló por otro corredor, la madera del suelo crujiendo bajo su paso, y cruzó conteniendo el aire hasta la habitación de desactivación.

Tal como lo había esperado, Vannael se hallaba allí, apoyado contra una pared, esperando. Pero había también otros dos individuos que resaltaban tanto o más que el brujo. Uno era un esqueleto inmenso, o eso le pareció en su desconcierto, del color de las sombras y agrietado en varias partes, con trozos de una armadura cuya manufactura le era desconocida y un sol pálido debatiéndose entre sus costillas. Y el otro... Tampoco era humano, eso lo notaba. Un guerrero de armadura negra, con una capa de sombras que ondeaba sin cesar a su alrededor, el cabello gris y los ojos desprovistos de luz, enfocados en él con una calma absoluta.

Se frenó en el umbral, apretando los puños para frenar el temblor. El tótem de desactivación se hallaba entre medio de aquellos tres monstruos, esperando que pusiera su mano en él. Vannael se incorporó apenas, viéndolo.

-¡Gallahard! Te estábamos esperando.

-¿Es él?- preguntó el de cabello gris, apenas curioso. Vannael asintió complacido.

-Te presentaré a mis asociados, Gallahard- le dijo- Grimold Styxer, Señor de Diakaza, y mi señor Idgray Decaheron... Creo que te hablé de él alguna vez, ¿no es así?

Palideció, recordando al cuerpo que había visto en esa reunión de Fariel, que había logrado hasta llamarle la atención a él. Era la misma criatura, sí, al fin despierta. Pero lo que antes le había dado esperanzas, ahora le parecía una monstruosidad.

Soportó su instinto de retroceder, y se adelantó un paso con la palma sobre la empuñadura de su estoque. Luego se sacudió el cabello, y rió.

-¡Su Majestad!- hizo una reverencia, y siguió avanzando ante aquellas miradas- No recordaba haberlos invitado... ¡Pero bienvenidos a mi humilde hogar!

El tótem no se hallaba muy lejos. Tras su máscara, sólo Vannael comprendía su sarcasmo y lo contemplaba con expresión divertida.

-Y díganme...- continuó Gallahard, pensando en Reed, Reaper, Arksinad y Eluid que allá afuera estarían luchando, pensando en el valor que apenas podía juntar- ¿Cómo es que cruzaron la barrera, si me lo permiten saber?

-¿Había una barrera?- fue la pregunta de Idgray. La inocencia con la que dijo tales palabras lo hizo estremecer. Podía notar que, sin el más mínimo poder mágico, aquel hombre era una leyenda incomparable, lo suficiente como para atravesar las protecciones de Duran sin darse por enterado. Controló el impulso de estallar, acercándose más al tótem. Sólo tres pasos. Sólo tres pasos, y podría...

-Desactívala, Gallahard. No estamos aquí para matarlos.

La voz del Uno le quitó su concentración, pero en vez de gritar aprovechó y corrió el último tramo, poniendo su mano en la boca de aquel pedestal. Pudo sentir a la perfección la cúpula de energía que rodeaba toda su propiedad, un mapeo perfecto de todo lo que allí adentro había, de cada edificio, de cada elemento, de cada mínima puerta o secreto guardado con llave. También, además, percibió la vida que había en uno de sus bordes, en donde sus compañeros luchaban. Creó allí un hueco, para que pudiesen cruzar, y en cuanto sintió que lo habían hecho lo volvió a cerrar tan rápido podía. Tal vez algunos genios habían llegado junto con ellos.

Pero lo importante era que estaban adentro. En cuanto a él...

La bilis se le subió por la garganta al erguirse, ante las miradas de Idgray y Vannael. No estaban para matarlos, eso decía el Rey, pero por su parte él creía entender que lo que esos tres buscaban era lo mismo que ellos.

-Gallahard, ¿recuerdas la Estrella Oscura que te regalé hace unos años?

Retrocedió, un paso volviendo su mano al estoque. Un sudor frío le resbalaba por la sien, una gota molesta que se derramaba contra el collar de su abrigo.

-Me avergüenza admitirlo- rio Vannael- Pero debo pedirte que me la devuelvas. Prometo recompensarte como lo encuentres necesario.

Actuaba jocosamente, pero sus ojos rojos no guardaban apariencias. Gallahard también rió, buscando posicionarse en el umbral.

-¿No puedes con tu magia predecir dónde se halla, Vannael?

El Rey se inclinó de hombros.

-Este sitio es grande.

La bestia llamada Grimold se inclinó con violencia, exhalando un vapor verdoso. Sostenía una espada enorme y aserrada en su brazo, y parecía tener la intención de ir a matarlo, pero Vannael lo frenó con un movimiento de su mano.

-No te haremos daño, Gallahard. No me interesa lo que le hayas hecho a Zark, o qué juegos juegas ahora con tus nuevos amigos. Sólo dinos en dónde se encuentra la estrella.

-Vete al diablo- respondió- *¡Hielora Nornir!*

Movió un dedo al costado, intentando congelarlo como lo había hecho con Audula. Sabía que las reservas de maná de Vannael estaban vacías, se seguían reconstituyendo y no tenía el poder que había tenido al enfrentar a Duran.

Sin embargo, su intento de ataque quedó en nada. Una estructura apareció, en el aire, pero cayó hecha trizas antes de terminar de solidificarse. No había sido obra del rey, sino del héroe que esperaba tras él robándole el alma con su mirada.

Jadeó, ya incontrolable.

-¡Atrás!- le gritó, y elevó sus manos. Necesitaba hacer tiempo, tiempo para los demás, tiempo para que obtuvieran lo que habían venido a buscar y se retiraran, aunque significara su muerte- ¡Ya no te tengo miedo!

Si no podía congelarlos, al menos podría refrenar su avance. Saltó contra el umbral levantando con su poder un muro de hielo que cubrió la mitad de la habitación, más grueso que cualquier pared, tan duro como el más resistente acero. Todo su cuerpo se sacudía, temblaba, pero en el fondo descubrió que sus palabras no habían sido sólo bravuconería. No tenía miedo. Tenía la resolución llena de coraje, de querer acabar con aquel enemigo, de oponerse a su control.

-¿Miedo?- se oyó la voz de Vannael del otro lado, incrédula- Si bien admiro tu valor, deberías temerme, Gallahard. La diferencia entre nosotros es como la de un lago...

Levantó un dedo, apuntando al hielo que los separaba.

...y un océano.

La muralla helada salió hecha pedazos, impactada por el ataque de luz, en un estruendo que se asemejó a gritos. Uno de los trozos despedidos se incrustó en el ojo de Gallahard, mandándolo contra el suelo en un alarido de dolor. Su cabeza chocó contra el borde de la puerta, cercano a la inconsciencia, pero por sobre todo fue el sufrimiento lo que lo mantuvo despierto.

Jamás lo habían herido de tal forma. El trozo de hielo que se clavaba en su cuenca se derritió en un segundo, su maná escapándose de su control, y aquellos tres hombres avanzaron hacia él. Gallahard se retorció, sujetándose el rostro del cual manaba la sangre, cegado e incapaz de erguirse.

El ser llamado Idgray se aproximó a él, y desenfundó su espada. Era inmensa, como la de Grimold, plateada y de diseños variados en el filo. Pensó que todo terminaba, viendo aquella punta de pinza dirigirse hacia su frente. Pensó que todo acababa y lo invadió la frustración, el rencor, pero también el alivio pues el dolor por el que pasaba era intolerable.

-Quiero *saber*.- dijo Decaheron, y apenas lo tocó con esa arma. Entonces Gallahard sintió una agonía distinta, muy diferente a la que hacía que su cara estuviera manchada y herida. Era como una infinidad de raíces que se le enterraban en el alma, que lo escudriñaban pasando cada defensa, tocando algo que nadie jamás había tocado antes.

Era lo mismo que había hecho el Sabio en la caverna, sólo que desprovisto de toda consideración, despiadado. Con un grito mudo vio cientos de imágenes pasar ante sus ojos: sus dolores, sus orgullos, sus conquistas, secretos que no quería revelar, sus risas y lamentos, las memorias, cada instante de lo que había vivido, lo que había creído

alguna vez y lo que pensaba ahora, todo quedó expuesto ante esos ojos grises, que impávidos lo analizaban todo. Aulló de dolor, intentando apagar aquel sonido, un sonido que lo estaba dominando todo desde que esa espada lo había tocado. Iba a volverse loco. Nadie debía poder soportar algo como aquello.

Sólo cuando Idgray terminó, Gallahard entendió que no había habido ningún sonido. Lo que había oído era el más absoluto silencio, una quietud incomparable que callaba a la misma existencia.

Catatónico, apenas se podía mover de su lugar en el suelo. Sentía la boca reseca, las pupilas muertas, la espalda arqueada y la humedad cálida de la sangre que salía a borbotones de su ojo herido, pero no atinaba a formar palabra. Idgray dejó de prestarle atención, pasando hacia el umbral, seguido por sus dos aliados.

-Está en el galpón de la zona este.

La garra de Grimold pisó el suelo a su lado, dejando marcas rotas en las baldosas. Gallahard tosió, sintiéndose consumido en todas sus formas. Aquella cosa... Aquel silencio... Ese hombre no era como los demás. No era un mortal, no era algo que perteneciera al todo.

Al caminar Vannael a su lado, Gallahard logró aferrarlo del tobillo con una mano débil.

-Tú...

Ya no temblaba. Su único ojo logró ascender, encendido en un azul como el de la mañana.

-Tú mataste a Duran...

Si al menos podía frenarlos unos segundos más... Si pudiera distraerlos...

Creó hielo, cuanto hielo pudo. La estructura fue aprisionando como una red, estalactitas que subían y tapaban la entrada, enfriando el cuarto, quebrando las paredes con fuertes ruidos, haciendo estragos los decoros y soltando la araña que había en el techo, que cayó con un estrépito de cristales y oro rotos. A Gallahard no le importó. Tenía una determinación única, absoluta de morir luchando hasta su última fuerza. Había conocido la nada. Pero precisamente por eso, necesitaba darlo todo de sí antes de desaparecer. No iba a permitir que se fueran.

Grimold Styxer se adelantó, rompiendo su magia con su avance.

-Molestia. Devoraré... su espíritu...

-Preferiría que no- lo frenó de nuevo Vannael con un suspiro.

Continuó creando hielo, cuanto podía, hielo que se pegaba a los pies de sus enemigos, a la capa de sombras de Idgray, al cuerpo del monarca y de aquel otro monstruo. Pero ninguno de los tres pareció alterarse. Era un ataque patético, de un mago que había perdido toda su concentración por sus heridas.

-Duran también era mi amigo, Gallahard- le dijo el rey. Lo miraba con un gesto extraño, de respeto nuevo y velado, pero también de pena- Hubiera preferido no tener que matarlo. Sólo en su memoria voy a perdonarte la vida.

-¡No... menciones su nombre!

La furia lo obligó a rugir, incapaz de erguirse, sintiendo su consciencia ser retraída a un espacio profundo. Del hielo salieron espinas afiladas, transparentes, pero se quebraron antes de poder hacer algún daño. Idgray seguía de espaldas, sin el menor interés.

-Vannael, Grimold.- los llamó- Acompañenme.

Y los tres entonces se desvanecieron en un instante, convirtiéndose en una mancha colorida que ascendió fuera de toda barrera. Gallahard gritó de frustración, otra

vez en un charco de su propia sangre, y no pudo llegar a arrastrarse muy lejos antes de desmayarse del todo.

Habían luchado con dientes y uñas durante el tiempo que Gallahard demoró en dejarlos ingresar a la barrera, dándolo todo de sí mismos para sobrevivir a los ataques indómitos de los genios y sus criaturas, de los gólems que Djinn seguía creando sin cesar y que les empujaban contra aquella pared mágica, dando gritos para darse coraje y fuerza con la que seguir cortando, machacando rostros, segando piernas y brazos.

Estaban arrinconados, pero lo habían conseguido. La superficie invisible fue recorrida por una onda, similar a las de una gota al caer sobre una fuente de agua; y una abertura se extendió en aquel muro, por la cual cruzaron cayendo de espaldas. Tres genios y medio pasaron con ellos, el último cortado a la mitad en cuanto la energía protectora volvió a restaurarse, dejando una mancha rojiza que se borró de inmediato.

Los otros, pisando un suelo también desacostumbrado a ellos, intentaron matarlos sin importar que hubiesen perdido el apoyo de sus compañeros. El filo de un sable hirió el costado de Reed superficialmente, antes de que el muchacho hundiera su propia arma en el pecho de aquel hombre. Lo contempló retorcerse, escupir sangre y mover una cola leonina, y luego el genio cayó contra el pasto con una sonrisa agria arrugándole las facciones.

Ya no le importaba matar, si era por sobrevivir. Pero por unos segundos aquel gesto lo preocupó, preguntándose si no había sido envenenado. Al rato desechó su miedo. Había aprendido a dominar su cuerpo desde que aprendió seele y se convenció a sí mismo de que ese no era el caso.

Aun sin eso, se hallaban heridos. Sobrevivir a tal batalla sin rasguños era una fantasía: Eluid portaba un corte profundo en la mejilla; Arksinad había sido herido en la palma mientras lanzaba un hechizo y Reaper tenía parte de la espalda magullada por un mazazo atajado a medias, pero conseguía mantenerse en pie.

Del otro lado de la barrera las huestes de Archelande golpeaban inútilmente, sacaban largas lenguas y lanzaban provocaciones en un idioma desconocido, furiosas porque su presa hubiera escapado. Eluid suspiró, indiferente, y Reaper les respondió con un gesto poco apropiado.

-Vamos- dijo el cazadragones, tocando una de sus hombreras de calavera que había sido ya destrozada- No durmamos en la victoria.

Lo siguieron, perdidos entre el jaleo del combate de hacía unos instantes y lo relajante del sitio en el que transitaban ahora. Allí parecía que los tordos cantaban, felices, y la primavera se mantenía eterna con sus azucenas y sus orquídeas, marcando el paso de caminos de baldosas elegantes, de hierba suave y fresca.

La mente de Reed no prestaba atención a nada de esto. Sentía una preocupación vaga, una nota atorada en la garganta, que le decía que algo marchaba mal. Que Gallahard no apareciera de vuelta en su camino de inmediato era una de las mayores razones.

Pasando un cobertizo, terminaron llegando al enorme galpón en donde el noble guardaba sus obras. Su entrada se extendió hacia ellos: una puerta maciza, del más caro roble que se deslizaba en vez de abrirse como las puertas normales. Reaper forcejeó con ella un rato, hasta que por fin pudo empujarla al costado. Entonces allí se extendió, esta vez en persona, lo que los ojos de Reed habían visto tantas veces en sueños.

Se adelantó al resto, embelesado, absorto por aquella extraña sensación de estar viviendo una ficción. Por supuesto que era diferente: las esculturas eran quizás más frías, y la luz que entraba desde los ventanales partidos no era tanta ni le irradiaba tanto esplendor de las obras; lo sabía, pero aquel era el lugar, su sitio, el momento que lo había estado llamando por años. Caminó, sus botas haciendo golpes duros contra el suelo helado, y observó maravillado las altas creaciones, el cuerpo transparente de un anciano dios, de la misma bailarina que había visto antes –le faltaba un brazo, a la versión real-, a un lagarto inmenso que se enrollaba en su propia cola, similar a un dragón. Cada una de sus escamas aguadas parecía brillar con una tonalidad diferente. Sintió congoja por el talento de Gallahard.

Debía de estar cerca. Caminó, con más prisa, pasando entre otra escultura que representaba un barco en miniatura, y otra de un ogro de caverna que elevaba un garrote, tan realista que casi despertó su reflejo de cubrirse. No había ninguna voz, ninguna risa, ningunos pasos danzarines que le señalaran hacia dónde ir, pero de algún modo lo sabía. Dominado por la ansiedad, moviéndose paso a paso sin cautela, entre tantos monstruos y rostros, entre tantas representaciones estáticas del mundo, Reed llegó de repente al pedestal que esperaba; ya listo, ya por fin en donde debía estar.

La estrella dorada de Drassil se hallaba allí, la última arma seeler separada de la espada. Reed la levantó del pedestal, alzándola en sus brazos. Al igual que su escudo, no pesaba. Sin embargo, como arma le era imposible de discernir.

“Pero me permitirá usar seele” pensó, aliviado de volver a sentir su poder fluir por sus venas. Lo había logrado. Había cumplido la misión que Ventrysten le había encomendado, y por sobre todo volvía a tener parte de lo que creía perdido. Se sintió más completo que antes, un adicto que retoma su necesidad, pero esta vez sabe poder controlarla.

Justo cuando pensó eso se oyó un estallido, que arrojó ecos a lo largo y ancho de aquel atiborrado salón. Se dio vuelta, contemplando a Arksinad con las manos en el aire y a la escultura que había arrojado, cuya identidad era ya imposible definir pues se había reducido a pequeños fragmentos que se derretían por el suelo. Reaper se palmeó la cara, y el mago palideció.

-Gallahard no se enterará, ¿verdad?

-Lo olvidará rápido- rio Eluid- Aquí hay demasiadas de estas porquerías. Una o dos que falten no...

Un silencio audible, una luz que cayó haciendo una abertura desde el techo y una onda expansiva que barrió todas las creaciones del galpón al mismo tiempo, derritiéndolas por completo, haciendo que el suelo se llenara de un agua clara y fría y lanzándolos a ellos empapados contra el suelo. Reed aferró el mango de su sable y la estrella que había obtenido, seguro de que aquello era el mal presentimiento que había tenido al llegar. Si tan sólo hubiera utilizado su visión seele....

La luz grisácea fue menguando poco a poco ante sus miradas atónitas, revelando a las tres figuras que allí aparecieron. No les costó reconocer a Vannael. Del otro lado el brutal Grimold Styxer se alzaba, en su habitual silencio, y al medio había un hombre al que jamás habían visto antes.

Con excepción de Reed, quien había conocido al pequeño deva que adoraba a Ailai en sus visiones. Ahora lo volvía a ver, adulto, envuelto en su armadura y su capa oscura, los mismos ojos abiertos viendo al frente como si no se enterara de nada de lo que sucedía. Retrocedió un paso, sintiendo el agua que se removía en el suelo metérsele en las botas, intentando controlar su respiración. Lo reconocía. Idgray Decaheron.

Su antiguo hermano.

Los ojos del deva se clavaron en él de inmediato. Si hubiera podido definirse lo que hizo como una expresión, hubiese sido llamado una grata sonrisa.

-Reed.

Se sintió sacudido, aferrando su tesoro con una mano y su arma con la otra. Lo había llamado por el nombre. Pensó en todos los días que había pasado junto a su escudo, en los años de entrenamiento con Scarrow, en su mirada infante perdiéndose en sus reflejos cuando se hallaba colgado en la casa de su padre. Idgray. El alma que lo había acompañado durante tanto tiempo.

No retrocedió más, pero tampoco se atrevió a acercarse. Los otros tres se habían incorporado, las piernas y brazos mojados, y observaban a los recién llegados con animosidad.

-Otra vez, el rey aparece aquí- dijo Reaper, sacando su guadaña y preparándose para cualquier cosa. Sus ojos pasaron por el Uno, luego por Idgray, extrañados, y al último por Grimold y Necrostacia, que dio una risita burlona- Me hubiera gustado no tener que verte el rostro de nuevo.

-Somos dos- rio Vannael, ladeando la cabeza hacia su alumno- Buenos días, Arksinad.

El mago no contestó, sombrío. Eluid se adelantó con su martillo en mano, pidiendo confirmación a ambos con la mirada. Al recibirla, encaró al monarca.

-¿Tú tienes a mi hermana, Vannael Danterkiss Eel?

No recibió respuesta, sino que el brujo siguió viendo a su alumno.

-¿Vendrás...? A mi ascensión.

-Como si tuviera opciones.

Grimold se adelantó, henchido de hambre y ansias. Los ojos de Reed, que hasta el momento sólo habían estado enfocados en Idgray, se pasearon por sus grietas y roturas, por las partes sanadas que se le veían en la coraza oscura. Alguien lo había dañado. La imagen de Saphid contemplando el horizonte pasó por sus ojos dándole una tristeza nueva, pero también infundiéndole valor.

-¿Por qué están aquí?

-Creo...- escupió Reaper al suelo- Que tal vez todos hemos venido por el mismo premio.

Era lo más posible, pero todavía se le escapaba a Reed el por qué Idgray y los suyos iban a querer otra arma seele, si ya tenían a Drassil en sus manos. No había nada en la expresión del héroe que traicionara sus intenciones, por lo que desistió de buscar más respuestas, y se preparó para la contienda más grande de su vida. Si no era que Idgray quería la estrella... Sería tal vez que planeaban matarlos. Y si eso ocurría, estaban ahora contra los tres oponentes más poderosos que hubiesen visto.

Se movieron, cercanos al enfrentamiento. El mango de Drassil asomaba tras la espalda de Idgray, pero el guerrero no hacía amagues de tomarla. En cambio miraba a Reed, sin que nada lo distrajese.

-Es una lástima que deba reencontrarse con su hermano así, mi señor- suspiró Vannael.

El seeler negó. Parecía estar pensando en otra cosa. A su lado Grimold volvió a adelantarse.

-Tengo... hambre... Quiero comerlos... Devorar...

Otra risa, de Necrostacia. El agua hacía chapoteos mientras se movían, sin darse la espalda, preparados. Eluid apuntó de nuevo a los enemigos con su martillo.

-Contesta, rey de Cel-Neckar, en dónde se halla mi hermana.

Arksinad y Reaper aguardaban, dispuestos a atacar a Vannael primero que todo. Recordaban la información que les había dado Gallahard, el hecho de que este hubiese agotado sus reservas de maná. Si querían matarlo, aquella era una buena oportunidad.

-Oblígame- inclinó su cuerpo el de blanco, provocador.

Levantó un brazo y la luz comenzó a formarse en alas tras su espalda, pero Idgray lo frenó adelantándose. Por fin el deva dejó de contemplar a Reed, y en cambio vio a sus compañeros.

-Necesito un calentamiento- comentó, sereno- No intercedan.

Ambos retrocedieron un paso. Pero corriendo, avanzando sobre el agua como una saeta, Reaper se dirigía ya directo hacia el rey de los magos.

En menos de un parpadeo Idgray ya lo había interceptado, moviendo su espada con toda la intención de partirlo al medio. El golpe hubiera funcionado de no ser por Arksinad, quien disparó un hechizo derribando las piernas de Reaper hacia delante, obligándolo a caer y esquivar aquel ataque.

El kamuita sujetó la muñeca de Idgray, y dando un giro lo pateó en pleno rostro. Se oyó un chasquido, y Reaper cayó hacia atrás sobándose el talón.

-¿De qué diablos estás hecho?

Idgray no se inmutó, sino que avanzó hacia él. Antes de que pudiera hacer nada, percibió que alguien más se sumaba a la lucha. Eluid corría hacia el héroe, cargando su martillo con truenos y saltando por los aires para impactarlo.

Idgray lo esquivó, y el golpe dejó un inmenso cráter. Drassil arrojó aura, creando un surco de energía que abrió una brecha a lo largo del salón, y que Eluid evitó por unos pelos. Luego el cazadragones recibió un ataque que lo mandó contra uno de los pedestales.

Decaheron giró, estirando una mano hacia Arksinad. Del enorme garr que traía brotó una raíz, un cable que como látigo aferró al mago del tobillo para revolearlo contra un ventanal. Reaper lo atajó, y ambos cayeron dando tumbos contra una pared, arrojando polvo y escombros.

Pero Reed no iba a dejar que aquello fuera en vano. También se sumó, y saltó elevando las manos, respirando, cargando su aura en la punta de los dedos.

-¡Seu...!

Drassil partió hacia su rostro, la rama que salía de su filo reabsorbida. Atajó aquel espadón con su sable, interrumpido su intento de fundirle, y los dos pares de ojos grises se contemplaron, como un reflejo del uno al otro.

Idgray clavó su espada en el suelo, y con su mano libre le dio un puñetazo en pleno rostro. Era una experiencia que Reed hubiera preferido ahorrarse. Como si el tiempo se hubiera detenido sintió esos nudillos, sintió el dolor en su nariz al partirse, incluso creyó sentir alguna de las muelas del fondo sacudirse ante aquella fuerza descomunal. Luego salió despedido, cruzando todo el salón hasta caer él también contra el suelo, arrojando gotas de agua como un cometa durante toda su trayectoria.

Se permitió sentir un momento aquel horrible ardor dominar su cara antes de volver a incorporarse. Sus aliados también se levantaron, y más allá Idgray enfundó a Drassil de nuevo, como si no la necesitara.

-Ese hijo de...- masculló Reaper, viéndolo desde esa distancia, viendo a Vannael y a Grimold que observaban aquella batalla en el fondo.

-¿Algún plan?- preguntó Arksinad.

-Yo tengo uno.

Lo miraron. Reed no los vio, sino que continuó observando a Idgray Decaheron bien atento, la Estrella Dorada aún en una mano y su brazo armado frotándose el puente roto.

Eluid lo tomó del hombro.

-Habla.

No podían huir, eso lo sabían, no contra esos tres. Pero si lograban cegarlos, al menos... Luego buscar a Gallahard, y retirarse de allí al Arca del Cielo con lo que necesitaban. Sí, creía que la idea que rondaba su mente podía funcionar.

-Cúbranme- dijo, y partió corriendo sin más explicaciones hacia el deva.

Tras Idgray decenas de ramas metálicas brotaron como una explosión, saliendo de Drassil, serpientes que se dirigieron a interceptarlos. Ese era el poder de la espada, la capacidad de transformación de la que Nakku le había hablado. Esa era *su* espada. No llegó a esquivar dos de los tentáculos, que le lastimaron el estómago, y desvió otro con un golpe resistiendo el dolor. Varias de las ramas se juntaron, formando un puño inmenso que se lanzó como una saeta contra su cuerpo, pero Eluid lo aplastó de un martillazo antes de que lo alcanzara. Continuó corriendo, con sus compañeros cerca. Los brazos de Drassil se volvieron más violentos en su accionar, lanzándose contra ellos con furia. Reaper los detenía girando su guadaña, pero pronto uno levantó a Arksinad por los aires.

El kamuita frenó, y con un golpe impresionante logró quebrar esas ramas. Arksinad cayó, y levantó una palma brillante hacia las extremidades.

-¡*Shinoras!* ¡Ahora, Reed!

El hechizo borró varias, y a las demás las dejó aplastadas contra el suelo. Era lo que necesitaba. Pasando por entre el agua y las raíces, saltando, levantó la Estrella Dorada con ambos brazos y apuntó a su antiguo hermano para acabarlo por completo.

-¡*SEULA CHYRMAL!*

Una energía etérea, celeste salió de su estrella, directo hacia Idgray que lo observaba sereno desde abajo.

El héroe lo apuntó con el índice.

-*Anima Mundi.*

Se dibujó un círculo inmenso, que acaparó toda la mitad del salón. De allí y hacia ellos emergió una luz seeler inconcebiblemente potente, del color de la piedra caliza, que se extendió como la corriente de un mar en su dirección, evaporando el agua, haciendo pedazos los pedestales y estallando todos los vidrios, volando por los aires el techo como si fuera de papel, revelando la noche que llegaba. Reed intentó bloquearlo con su propia aura, pero terminó también siendo despedido, sintiendo su propio ser herido, su propia existencia debatiéndose entre pertenecer a aquel mundo o no.

Era una locura. Un ataque de alma que lo superaba a todo, inalcanzable para su propia habilidad, todo por el poder de Drassil. Se vio arrojado, como atravesado por cien estacas, e incapaz de moverse cayó con un sonido seco. Los otros tres también quedaron arrojados, convulsionando por aquel arrebató.

Idgray ladeó el rostro. Tras él Vannael sonrió divertido.

-Magnífico, mi señor.

-Quie...- el héroe se interrumpió de improviso. Reed lo veía desde su posición en el suelo, intentando que los músculos le respondiesen, sin poder hacer nada. El perfil de Idgray se le dibujó borroso mientras este se aferraba la mejilla.

No dijo nada, y la curiosidad de Vannael tuvo que esperar. Dos personas habían logrado sobreponerse a la fuerza de Drassil, y a duras penas se mantenían en pie.

Eluid, y Reaper.

Había cierta molestia en el gesto del deva, pero los jóvenes no hicieron burla alguna. Por sus expresiones, ambos entendían que se aproximaba el momento de morir.

-Déjame...- se adelantó Grimold, ya incapaz de contenerse- *Mi hambre no se sacia...*

Idgray no respondió, regresando al lado de Vannael. Sus dedos seguían tocando la mejilla, como si algo estuviera mal.

-El arma ya se perdió. Está en las manos de Reed.

Vannael bajó su máscara.

-Lo lamento mucho, mi señor. -luego se volvió al otro- Grimold, procura no matar a mi discípulo. Puedes deleitarte como quieras con el resto.

El esqueleto lanzó un gruñido de hartazgo. Sus garras hacían ruidos de succión al fracturar el húmedo suelo, avanzando amenazante hacia los dos jóvenes que lo encaraban, que buscaban defender a los inmóviles Arksinad y Reed. Débiles y heridos como se hallaban, entendían que debían pensar algo rápido pues no durarían mucho en otro enfrentamiento.

Necrostacia dio un alarido, levantada por los aires, y su filo quiso caer sobre Reaper. El martillo de Eluid se interpuso, sosteniendo la brutal fuerza con ambos brazos.

-¡Reaper! ¡Usa el...!

El mango que frenaba al garr negro se partió al medio en cuanto Grimold volvió a empujar. La punta aserrada de Necrostacia atravesó el estomago de Eluid, emergiendo ensangrentada sobre su cintura.

Reed quiso gritar, pero carecía de fuerzas. Oyó una risa, tal vez de Vannael, resonando como un recuerdo por la sala.

Sólo podían contemplar con horror como unos hilillos de sangre resbalaban por los labios del celestiano, como su espíritu comenzaba a ser absorbido por la espada. Pero cuando creyeron que la vida de Eluid se había esfumado, este, perforado y muriendo aún tuvo fuerzas para aferrar el filo que le atravesaba con ambas manos, el rostro crispado y rojo, el grito saliendo de sus pulmones.

-¡Destruyela!

El colmillo de Skectral que colgaba de su cuello se zarandeó, sacudido por los intentos de Grimold de retirar a Necrostacia. Eluid mantuvo su fuerza, dejando el garr en su interior, y Reaper pareció despertar de un trance. Arrancó la cadena, y de un golpe azotó aquel acero negro con la punta de ese diente.

Necrostacia no se destruyó, pero recibió unas fracturas y dio un chillido espantoso. El espíritu que estaba devorando volvió de nuevo a su cuerpo, y Eluid sonrió victorioso antes de que la garra de Grimold lo empujara, aplastándolo contra el suelo. El Señor del Tártaros rugió como una bestia, y alzó de nuevo su arma hacia aquel joven.

-Grimold- dijo Idgray- Retrocede.

Por su lentitud no tuvo tiempo. Antes de que rematara a Eluid, Reaper lo embistió con su guadaña, empujando a aquella mole metálica hacia el costado. Grimold Styxer se tambaleó, y con un movimiento quiso librarse de esa molestia, pero Reaper esquivó su avance saltándole por encima.

-Retírate- le advirtió Idgray. En su calma se percibía el conocimiento de algo terrible.

-Maldito... humano...

Una patada de Reaper lo desestabilizó, pero el monstruo plantó pie, inmenso, ante la mirada de Reed que no podía creer lo que ocurría. El brazo oscuro de Grimold se giró, dirigiendo a Necrostacia hacia la cabeza del guerrero con otro movimiento.

Pero la espada aulló, incapaz de moverse, con un espasmo de terror.

-¿Qué ocurre...?- habló el antiguo deva a su arma, incapaz de comprender-
Qué...

Entonces, las cuencas vacías de su cráneo se enfocaron en el rostro de su oponente. Retrocedió un paso. El rictus de Reaper Assadan parecía el de un demonio. Los ojos se abrían, las pupilas se contraían de odio, las venas pulsaban en su frente y su mirada parecía invitar a la misma muerte a conocer los sufrimientos del averno.

Empuñaba el colmillo de Skestral en una mano, y avanzaba en un silencio mortal hacia su adversario.

Sucedió en unos segundos. Grimold obligó a su garr a obedecerle, y dirigió otro golpe de guillotina hacia el kamuita, pero Reaper lo esquivó tal Sephid lo había hecho, y pasando bajo su brazo le asestó un impacto con el colmillo en la espalda. Otro arco trazó Necrostacia por el aire, y el guerrero volvió a evitarlo dando una vuelta, echándose hacia el suelo y de espaldas dirigiendo su brazo armado contra aquel filo.

El colmillo se hundió en Necrostacia, quien lanzó un alarido estremecedor. En donde ya se había fracturado la espada se quebró, deshecha en decenas de gruesos fragmentos negros, como si se tratara de cristal. La empuñadura de hueso se deshizo sola en la mano de su dueño.

Grimold retrocedió dos pasos, tambaleándose, y el *Miclanteurión* lanzó ondas de vapor iridio, inestable. El tirano rasgó el aire, incapaz de comprender, aturdido, rugiendo de dolor y rabia.

-Nos vamos- dijo Idgray.

Proyectó su aura, un aura que de tan inmensa les era invisible: pues ocupaba el galpón, la mansión, los jardines, y se extendía más allá incluso que la misma barrera que los contenía seguros. Con un parpadeo activó su poder, y el campo de protección de los Arleon se hizo pedazos, cayó como Necrostacia convirtiéndose en una fina capa de polvo y dando acceso a todo el desierto al lugar.

-Djinn, encárgate de ellos- dijo Vannael al cielo.

-Con gusto- se oyó una voz desde la altura. Grimold continuó azotando el aire entre chillidos incontrolables, destruida su razón y sustento, y los otros dos decidieron no perder más el tiempo. Sólo Reed llegó a ver una última mirada de Idgray dirigirse hacia él mientras intentaba incorporarse, y luego los tres desaparecieron en la misma luz gris en la que habían llegado.

Se hizo la calma, pero una calma tensionante pues sabían que se hallaban de nuevo desprotegidos. Reed Id Vant logró con un esfuerzo incomparable erguirse por completo. Todo el cuerpo le ardía, su propia alma se hallaba turbada y los músculos fallaban en responderle. Nada de eso le importó. A los tropezones se dirigió hacia Eluid, que continuaba arrojado boca arriba en el suelo, sangrando copiosamente.

Aún vivía, pero no parecía que por mucho.

-¡Boca-cortada!- rugió Reaper. El mago también consiguió ponerse de pie, y se aproximó hacia Eluid. Ya desde lejos se sentían los sonidos de los genios que ingresaban por los jardines, que rompían macetas y geranios, que afilaban sus cuchillas hacia ellos.

-¿Y Gallahard...?- inquirió Reed, y se interrumpió pues Eluid escupió una sangre espesa. Su respuesta le llegó en cuanto vio al apuesto mago aparecer por el umbral, caminando a duras penas y con parte del rostro también bañada en sangre.

Gallahard observó la situación, y sin decir una palabra se inclinó hacia Eluid. Apoyó la mano sobre la herida de su estómago y comenzó a enfriarla, para intentar detener el flujo sanguíneo.

-*Ahora van a maldecir, queridos humanos...*- se oyó a Archelande reír, seguramente gigantesco en la altura- *Ahora venimos por sus corazones, por sus cuerpos, por sus mentes... Escuchen nuestros gritos.*

-Arksinad- dijo el Tres, viendo como de los ventanales rotos asomaba la primera cabeza azul, el primero de tantos genios que había descubierto su ubicación- *Transpórtanos de inmediato.*

El Nueve aceptó, y apoyó una mano en el suelo. El sello se extendió con velocidad, y una luz se elevó cubriéndolos por completo.

Pero al menguar, volvieron a hallarse en el mismo sitio.

Se miraron, extrañados. Los genios se aproximaban, y Eluid parecía delirar allí abajo, respirando con dificultad. Uno de los aldebarianos saltó hacia Reaper, pero este lo mató con un movimiento de su guadaña.

-¡Otra vez!

El mago volvió a intentar la técnica, pero fue en vano. Cuando la luz menguaba, volvían a hallarse en el galpón. Ninguno comprendía por qué estaba fallando, pero no podría haber sido en un peor momento.

Rodearon a Eluid, buscando defenderlo, mientras más y más salvajes caían desde las ventanas, por la entrada, riendo y agitando látigos hacia ellos. Por el techo el rostro de Djinn se apareció, dominando el cielo, y mostró unos dientes puntiagudos como cuchillos.

-*Aquí mueren. ¡Reino del Voodoo!*

Tres genios saltaron hacia Reed, pero él logró barrerlos con un ataque seeler. Arksinad siguió tras él, intentando transportarse inútilmente, maldiciendo cubierto de sudor y sangre, mientras los otros dos continuaban manteniendo a sus oponentes a raya.

-¡Ark!

Presionarlo era inútil. Vieron de reojo a Eluid que se movía apenas, y la realidad pareció ceder. Era como si todo cambiara. El agua que había desaparecido volvió, y Reed sintió que el mundo giraba lentamente, que él podía sentir ese estúpido giro a la perfección. Más genios llegaban. Se retorció, y uno de ellos usó sus dientes para morderlo arrancándole un alarido. No paraban de aparecer. El agua se alzó, formando esculturas que se solidificaban, con muecas burlonas que reían de ellos.

Arksinad volvió a intentar moverlos, pero no tuvo éxito. Uno de los genios atravesó a Reaper con su cuchilla en el estómago, y de un cabezazo este se lo pudo quitar de encima. Seguían saliendo. Las ventanas parecían bocas eternas, de donde esas criaturas aparecían sin cesar. El aire dio un retumbo, el firmamento sobre ellos convirtiéndose en criaturas, seres oscuros que reptaron difuminados por el sol que

descendía. Djinn Archelande acercó su brazo, una mano a la que le faltaban algunos dedos, las uñas amarillentas grandes y gastadas.

Despierten.

Reed quiso defenderse, pero aquella mano lo sujetó, aplastando a algunos de los genios en su avance. Se retorció como pudo, aterrado, sintiendo la piel celeste lustrosa, el calor, el saber que pronto iba a ser aplastado. Gritó, y su grito se confundió con el caos que lo rodeaba todo.

Despierten.

La boca de Archelande se abrió de par en par, para tragarlo. El cielo estaba en la tierra, y las nubes eran rojas, y arriba había algo que no llegaba a distinguir. Sintió el aliento del Diecinueve, y los dientes aserrados se fueron hundiendo en su pecho, partiéndolo, obligándolo a gritar y retorcerse, llenándolo de una agonía que le arrancó lágrimas verdaderas mientras era devorado por...

-¡DESPIERTEN!

Abrió los ojos. El cielo de Aldebarán, sombreado por el ocaso le dio la bienvenida a su cuerpo, arrojado boca arriba contra la madera del Arca del Cielo. Tuvo unos segundos para dudar de si todo había sido un sueño, pero el ardor en su nariz continuaba.

Se levantó, confundido, y observó la escena. Eluid se hallaba de rodillas, cubierto de heridas, sosteniéndose el estómago y respirando a duras penas; y a su lado Reaper apuntaba con una guadaña a Djinn Archelande, ya no inmenso, pero alto aún de rodillas, con las manos levantadas rindiéndose. Arksinad también estaba de pie, y Gallahard se incorporaba a su lado.

-Eluid...- dijo Reaper, sin perder de vista al genio- Gracias.

El campeón rio, escupiendo más sangre. Se veía al borde del desmayo.

-Ustedes son muy inútiles. Caer... en un truco así...

Entonces Reed comprendió que, desde el primer instante, la transportación de Arksinad sí había funcionado. Habían vuelto al Arca, pero Djinn Archelande se hallaba allí mismo, esperándolos, y los había atrapado en su manipulación de la realidad. Eluid, único en soportarlo, había tenido que defenderlos de sus ataques mientras ellos creían defenderlo a él. Una decena de cadáveres de genios arrojados por la borda o bajo el casco confirmaron su teoría.

Observó a Eluid con respeto, tan admirado como preocupado estaba por su suerte. Contra la proa Djinn sonrió, bajando la cabeza, postrándose ante ellos.

-Me han derrotado, humanos. Veo que el nuevo Campeón se resiste a morir tanto como mi querido Sulfur.

Reaper y Arksinad no respondieron. Esperaban en cualquier momento un movimiento a traición.

-Sin embargo...- dijo Djinn, alzando la vista- Les ruego que perdonen mi vida. Dejen Aldebarán sin matarme, y yo y mis hermanos no los molestaremos más. Sólo obedecíamos órdenes.

Su descaró dio a Reed ganas de acuchillarlo en el rostro en ese mismo instante. Reaper pareció pensar algo similar, pues avanzó hacia el genio dispuesto a matarlo.

-¡Espera!- dijo Archelande, retrocediendo- ¡Espera humano! ¡Me he rendido!

Se frenó, y volvió a arrodillarse.

-¡Puedo concederles un deseo!- rio- ¿Lo saben, verdad? Está en mi poder. Puedo...

Reaper miró a Arksinad. Este dudó. Era una leyenda conocida que los genios podían realizar tal cosa, aunque la sospecha refería a que tal habilidad se debía más bien a ilusiones, a engaños que esa especie hacía con los viajeros del desierto.

Tras Reed Gallahard se adelantó, mirando al genio.

-¿Puedes devolver la vida de a quienes mataste?

Djinn Archelande palideció. Reaper se volvió al hechicero.

-¿Quieres encargarte de él, Gallahard?

El Tres negó, melancólico. La mitad de su rostro era una mancha roja, y sólo un ojo se mantenía abierto.

-No vale la pena.

Entonces Arksinad apuntó su palma al genio.

-¡Por favor!- aulló Djinn- ¡Soy del Geral Veintiún, humano! ¡Compañero! ¡Maldito humano, sólo sigo órdenes...! ¡Maldigo a sus ancestros si...!

-Y nosotros seguimos órdenes del emperador- razonó Reaper, y no agregó más.

La luz del Shinoras impactó a Djinn Archelande de lleno, borrándolo y dejando sólo humo que se elevó por la oscuridad de la noche.

...

Después de eso Arksinad consiguió poner en funcionamiento su nave, que se sostenía a duras penas, y pusieron rumbo inmediato de vuelta a Zubeneschamali, llevando a Eluid que moría acostado en la borda, entre lapsos de consciencia en los que se las pasaba viendo el cielo, las nubes, o largos desmayos en los que temían perderlo.

Sus ánimos eran sombríos. En el fondo, todos comprendían que no llegarían a tiempo, que no había cuidado médico que pudieran administrarle, ni siquiera en el hogar de los kiels. Necrostacia lo había atravesado por completo, y la zona en donde habían detenido la hemorragia era ahora una mancha que se estiraba violácea, hundida, reseca y muerta.

Tuvo ataques de fiebre durante horas, y Reed y Reaper se mantuvieron a su lado, mientras que Arksinad continuaba junto a la esfera dorada, guiando la marcha. Eluid temblaba, en sus sueños, y pronunciaba en ocasiones nombres que ninguno de ellos conocía, como si estuviera reviviendo momentos de su vida cuyo significado les estaba perdido, entremezclado con visiones de su infancia y de todo aquello que lo había motivado a ser quien era.

Lloró, en un momento, y sus párpados temblaron. Por sus sacudidas Reed pensó que, en el mundo en el que estuviera transitando ahora, aquel Eluid más joven corría de terror y espanto. Sintió la amargura atorarse en su interior.

Continuaron navegando los cielos, pasando el tiempo, controlándolo sin decir una palabra. Todo lo que había ocurrido los agotaba, les hacía sentirse miserables y crispados, y Aldebarán continuaba siendo una presencia inmensa, terrible, de la que querían alejarse cuanto fuera posible. Abajo todo eran dunas pardas, y arriba mil estrellas formaban conglomerados plateados en el cielo.

Reed continuó velando por Eluid, pensando en tantas cosas. Intentó curarlo con seele, pero desconocía el procedimiento y su intención quedó en nada. Lo perdían. Al

menos, luego de ello el convaleciente pareció tranquilizarse, y no tembló más sino que se mantuvo calmo por horas, sólo su respiración apenas audible confirmando su vida.

Cruzaron la estepa, los áridos caminos, los montes calvos que habían visto antes. La tonalidad negra del horizonte fue menguando, cubierta por una mañana que volvía a llegar. Era un nuevo día. Entonces Eluid abrió sus ojos, y pudo ver a Reed a su lado, a ese muchacho ojeroso, tan preocupado.

-Supongo que me merezco esto- sonrió débilmente.

Reaper también se aproximó, y ambos se le acercaron solícitos.

-No digas idioteces- le dijo Reed- Podremos sanarte. No falta mucho para que lleguemos a...

-No necesito que me vengan con eso- suspiró el celestiano, y lo miró fijamente- Reed, lo siento mucho. Lamento lo que le hice a tu pueblo.

La angustia afloró, haciéndolo moverse con dolor. Cerraba los ojos, mostrando el padecimiento que por orgullo siempre había ocultado.

-Dioses... maté gente.

Se aproximó al celestiano, dándole firmeza a sus palabras.

-No te resiento, Eluid. Nunca te resentí de verdad.

-Pero yo me resiento a mí mismo- sonrió el otro con tristeza, y añadió viendo el cielo pasar- Dile a Caxer que me perdone, cuando lo encuentres. Sé que se halla con vida. Tu hermano es un mocoso muy valiente.

Asintió. Arksinad y Gallahard oían en silencio, uno guiando y el otro sintiendo el aire transitar por la borda.

-Y a Merady...- pensó Eluid, viendo las nubes- Díganle a mi hermana que sea fuerte. ¿Pueden prometerme eso?

Reaper puso una mano en su hombro, y le dio el sí. Eluid sonrió, cerrando los ojos.

-Qué manera estúpida de morir. Pero fue una buena pelea, Reaper.

-Lo fue.

-Sí...- rio Eluid- Ciertamente lo fue. Estos días han sido como el fuego para mí.

Las lágrimas caían por su rostro, deslizándose hasta la madera del arca, y su pulso se debilitaba.

...

El barco volador que regresó al poblado de Zubeneschamali no fue el mismo que había partido de allí hacía unos días a los ojos de los kiels que lo recibieron. Antes magnífico y lustroso, ahora parecía reducido a una chatarra que apenas se mantenía en el aire, sin sus alas y despintado, roto.

Pero logró descender, dando tumbos contra el suelo, y de allí sus tripulantes bajaron. Una sombra que parecía inhumana se desprendió; y los kiels, siempre tan calmados, siempre tan serenos, retrocedieron al contemplar, por primera vez, algo que en su tierra era inexpresable: pues allí llegaban dos humanos, cargando a un cadáver entre hombros, y en el muchacho al que el Sabio había dado su última visión las lágrimas caían a borbotones, y en el guerrero de piel bronceada la tristeza también se

reflejaba y atrás los magos rubios los seguían a paso moderado, afectados. Pero curiosa, para esos espectadores, era la expresión del joven muerto al que llevaban: sonreía, plácidamente, y su alma parecía soñar cosas dulces y distintas, ya inalcanzable por los lloros de este mundo.

13. Todo Fuera De Guerra

Por la Orden Imperial dictada ese mismo día, todo aquel que sirviera a Su Majestad Crandor Paglawastros Eitei IV y que se hallara en Zubeneschamali debía presentarse de inmediato a la ceremonia que el kiel realizaría, en donde seleccionaría a su nuevo campeón y elevaría oficialmente la declaración de guerra contra los reinos enemigos de Cel-Neckar y Fariel ante los ojos de toda su corte.

Formalmente, y aunque fuera tan sólo una simple celebración, aquello significaba que la contienda ingresaba a una nueva etapa muy distinta a las anteriores. Hasta el momento, todas las batallas que se habían desatado desde la declaración de los duques kamuitas habían sido escaramuzas: operaciones de pillaje a los barcos que iban desde Sadalsuud hasta las islas sureñas, asaltos en los que algunos Mercaderes habían debido abandonar el continente ante la amenaza de sus conciudadanos -azuzados por los kiels para obtener liberación-, o el choque de algunos escuadrones rebeldes del ejército de Fariel, que marchaban por su cuenta hacia el Puente de Al Tarf con la intención de invadir la capital y eran rechazados de cuajo por la armada, agrupada en ese punto para su defensa.

Con la participación de los kiels, lo que era tan sólo un empujón entre tres fuerzas pasaba a ser mundial, una guerra de dos frentes en los cuales obtendría la ventaja quien tomara la iniciativa. Todos en Zubeneschamali comprendían esto.

Y aunque era un paso importante –y era, además, el paso que habían buscado- Reed, Reaper, Arksinad y Gallahard no se manifestaron en lo más mínimo emocionados cuando los invitaron a presentarse ante Crandor. Desde que habían regresado de Aldebarán había pasado una semana, ya, en la que se habían negado descaradamente a reportar al emperador y se mantenían encerrados en su choza, casi sin dialogar, sólo enterándose de lo que ocurría gracias a las visitas del ocupado Yeguilex o de sus hombres.

Sentían que habían dado un paso en falso, o que eran un tercer bando cuyos miembros se podían contar con la mano, que no podían confiar en la ayuda de Crandor, ni de Kamui, ni de nadie que tuviera poder en sus manos. Discutían, sin importarles la posibilidad de que oídos ajenos los escucharan a través de la magra protección que ofrecían esas paredes de paja, cuánta razón había tenido Eluid al sostener que la misión que el emperador y su consejero les habían otorgado había sido una trampa cuidadosamente preparada. Porque sabían, comprendían muy bien que el deshacerse de

Eluid había sido, sino un objetivo, una condición necesaria de los kiels para robarles a los Mercaderes, que ahora eran asesinados, el control del continente, y que aquella encomienda que los había obligado a atravesar uno de los sitios más peligrosos del mundo no había sido casual. Y sin embargo, ellos habían sobrevivido. ¿Cómo podía saber Crandor que el celestiano iba a perecer y no por ejemplo, Reed o Reaper que eran más necesarios en sus planes?

La respuesta, que en el fondo todos conocían, descansaba sepultada en una gruta bajo cientos de piedras, tan muerta como el mismo Eluid. Que el joven se hubiera negado a hablar con el anciano sabio hacía que Reed tuviera dudas, que lo que había oído decir y lo que había visto obrar en su compañero muerto cobrara otro significado, se volviera una aceptación a regañadientes de su destino final. Tal vez, después de todo, Eluid había sido como Scarrow. No lo sabían. Rememoraba también que le había hablado de cierta sospecha, con respecto a la ubicación de Caxer, pero el tiempo y la urgencia les había impedido que pudiera contársela. Con Eluid muerto, Reed había perdido la única pista que le quedaba para recuperar a su pequeño hermano.

Cuando Yeguilex mismo fue a rogarles que se presentaran a una ceremonia que les competía, terminaron por aceptar por respeto al general. Una segunda presencia fue también la que los impulsó: atracó, después de unos días, un barco conocido y una tripulación que les había llegado a coger cierto cariño, y otra vez vieron a Jalomar y sus hombres junto con ellos, misteriosamente en Zubeneshamali.

-Se los ve desanimados, muchachos- les había dicho el pirata. Ninguno le comentó demasiado de lo que había sucedido, pero su sola suspicacia bastó para comprender mucho- Vamos, de pie. A veces hay que ensuciarse para lograr cosas.

-¿Por qué estás aquí?- le preguntó Reaper entonces, con verdadera curiosidad.- ¿No deberías estar...?

-Por si no lo han notado, mi lealtad no está precisamente ya lo que se dice con Cel-Neckar. Pero he servido de espía, hasta el momento, y conozco los planes de las flotas de Babel. Zubeneshamali pidió mi ayuda.

Lo aceptaron, y resolvieron salir de su melancolía y acudir a la invitación. Hubiera sido una ofensa rechazarla, de cualquier modo. Pero aunque por fin emergieron a la luz del sol, dejando su encierro, aunque caminaron altivos hasta el castillo ruinoso por tercera vez, en los corazones de los cuatro estaba la constancia certera de que, de nuevo, no se hallaban en pares. No iban a perdonarle a Crandor el haber conducido a Eluid a su final.

Se presentaron en el salón de la corte, en donde todos los esperaban. Eran muchos más incluso que la primera vez: los viejos empolvados ahora se duplicaban, y traían de compañía a militares kiels avezados, a experimentados comandantes que los observaron sin burla o recelo, tan sólo considerando qué tan valiosos serían aquellos jóvenes en una batalla. Yeguilex se hallaba entre sus pares, por una vez sin diferenciarse o ser odiado como lo había sido en Fariel, una armadura de plata entre decenas de ellas. Caminaron, ante cientos de miradas, e hincaron rodilla ante Crandor sin inclinar la cabeza. No lo habían planeado o hablado antes, sino que se resistieron.

El kiel sonrió y, siempre tras él, Ventrysten los contempló con su eterno gesto reprobatorio.

-De pie- dijo Crandor.

Se irguieron. Se hallaban lado a lado, viendo al frente, ignorando los murmullos. Todos sus ojos –siete de ellos, pues Gallahard había perdido el izquierdo y cubría la

escabrosa cuenca con la misma cinta roja con la que antes decoraba su cabeza- ardían con la determinación del fuego, de las heridas.

-Han probado ser dignos guerreros- habló el emperador mostrando los dientes- Valientes, confiables, y seguros en su deber.

Todos oían, y ellos no respondieron. La mirada de Ventrysten se clavó en Reed en un silencio que decía muchas cosas.

-Por lo tanto- siguió el líder- Y por haber exterminado a la cabeza de los clanes de genios que azotaban Aldebarán, por haber ayudado a Gikeldor a convertirse en un mejor sitio, yo los declaro héroes del continente. ¿Alguien, de mis vasallos, se opone a mi juicio?

Silencio. Rectos, duros, los espectadores tampoco dijeron una palabra. Contra una esquina, alejado de toda formalidad, Brisafiel se hallaba de brazos cruzados y oía con interés. Crandor continuó.

-Aun así, en estos tiempos tan difíciles, considero necesario tener a un campeón propio, alguien que responda por los habitantes de Gikeldor, por mí y por los ideales de mis ancestros, que se remontan al linaje de Crandor Argadrobaros Ilgor, Primero del Imperio. Reaper Assadan, de Kamui –lo llamó- ¿Estás dispuesto a convertirte en mi campeón?

La cabeza de Reaper se movió de arriba abajo.

-Entonces acércate.

El joven se aproximó. Sentado desde su ancho trono, Crandor hizo un gesto y uno de sus asistentes le acercó una espada de hierro. La desenfundó, y Reaper hincó la rodilla a pocos pies de él.

-¿Juras darme tu lealtad, por sobre todas las cosas?

-Lo juro.

-¿Juras defender la causa kiel, con tu vida y muerte?

-Lo juro.

-¿Juras servir al débil, respetar la fuerza, luchar por lo que es importante durante el resto de tus días?

-Lo juro.

El filo de esa espada se levantó, pero no tocó a Reaper. Hasta el guerrero se sorprendió cuando Crandor apretó el filo con sus manos, haciendo que la sangre bañara la hoja sin dar un sólo gesto de dolor. Luego el emperador le colocó la espada en el cuello, haciéndole un pequeño corte.

-He perdonado tu vida, Reaper Assadan, y por eso me pertenece. Ahora, levántate. Tu sangre es mi sangre. Eres mi campeón.

Ninguna mención sobre Eluid, o sobre los Mercaderes, sobre todas las herencias de campeones de Gikeldor que no habían respondido jamás al emperador como el nuevo debía hacerlo. El desplace se había hecho a la perfección, pensó Reed admirado. Pero también se hallaba, por ser él y conocer a Reaper, muy satisfecho. El joven que levantaba esa espada de hierro al cielo, al que kiels veteranos contemplaban con abnegación tenía una determinación increíble, una resolución y un coraje que lo superaban todo. Que hiciera todas las promesas o juramentos del mundo. Crandor jamás podría doblegar a Reaper Assadan.

Pero se hallaban atados, ahora, y por lo tanto Reaper no volvió con ellos sino que se colocó del otro lado del emperador, junto a Ventrysten. El colmillo de Skectral que le había quitado a su predecesor aún bamboleaba en su pecho al compás de su respiración, y más allá de la espada que le había sido cedida, manchada con la sangre de

su nuevo amo, no llevaba armas. Sin embargo, Reed sabía que Reaper se había traído algo de la mansión de los Arleon en su regreso. Algunos fragmentos de la destruida Necrostacia centellaban en sus manos como espejos negros en el tiempo en que habían pasado alejados de todo, reflejando alguna idea que a él de momento se le escapaba.

-Maravilloso- comentó Eitei, viendo jactancioso al frente, al futuro- Con esto hecho, es hora de comunicarles a mis fieles seguidores cuál será el porvenir de nuestro imperio.

Entonces se puso de pie, revelando ser aun más alto y fornido de lo que habían imaginado, siempre echado como un felino en su asiento. Y con un vigor inusitado levantó un puño, como aferrando el más ferviente de sus deseos ante los ojos de todos los allí presentes.

-¡Mis vasallos...!- dijo, con una voz que parecía una risa salvaje- ¡Mi corte, mis amigos...! ¡Mis sabios consejeros de toda la vida...! Me han dicho, en ocasiones, que yo no me parezco a ninguno de ustedes. Que soy distinto, demasiado libre, demasiado ambicioso para tratarme del heredero de mi padre, para portar la sangre del antiguo Crandor y del linaje que me convirtió en emperador. ¡Pero no es eso motivo de disgusto para mí!

Extendió los brazos y rio.

-¡Quiero ser distinto, quiero ser la ola que barra todo aquello que nos detiene! ¡Los antiguos kiels tenían fuerza, pero carecían de ambición! Tiempo atrás, Crandor II eligió retirarse antes de enfrentar al enemigo, y por su decisión nuestro hogar se vio sumido en la ruina, ocupado por la barbarie, y nuestro orgullo fue saqueado y pisoteado durante siglos. ¡Y ninguno de los siguientes emperadores más que él siquiera consideró enmendar tal error! Esos fueron los pecados de mis padres, de mis abuelos, de todos mis ancestros: el perpetuar tal cobardía. Tenían miedo, al combate, al oponente desconocido, a las intrigas de la guerra ¡Pero yo, Crandor Paglawastros Eitei, no rechazo la guerra! ¡Somos kiels, y por nuestro glorioso Batezek, la abrazo con mi alma!

»Démosle al mundo que nos arrinconó razones nuevas para temernos. Démosle escaramuzas, choques, el resueno del yunque y los gritos de valor, las hazañas que pasarán de boca en boca hasta el fin de los tiempos. Démosle el terror del inocente, démosle el olvido grabado en las ruinas, el silencio de muerte que lo ensordece todo con su expansión, las maquinarias del ingenio perverso que nuestra sangre acarrea. La guerra no es una triste poesía, como lo creía el primer Crandor, sino una marcha incansable que realza el espíritu de quienes viven. Desde el momento en que nacemos, luchamos. Luchamos para respirar, para sonreír, para sobrevivir y devorar. Y luchamos como hermanos. ¡Es un deber, para con nuestra condición de seres vivos, el continuar luchando! Es por esto por lo que yo, por juramento ante los dioses y los hombres, declaro formalmente la participación de Gikeldor en ayuda de Kamui, y pongo a los reinos ladrones de Fariel y Cel-Neckar ¡como nuestros jurados enemigos!

Generales y miembros de la corte de inmediato se inclinaron, aceptando tal decisión. Reaper, quien se encontraba ahora detrás del trono, dio un suspiro de alivio contenido.

Pero Ventrysten y Reed seguían chocando miradas, ajenos a tal furor.

-Y lo primero que haremos- finalizó Crandor- Será un golpe digno de leyenda. No me contentaré con invadir pueblos, con saquear chozas miserables y botines de ratas inocentes. Invadiremos al mismo sitio que volvió a Gikeldor una ruina, al corazón económico de Cel-Neckar. Encabezaré a nuestra armada, en barcos cruzando el mar hacia el continente central, y golpearé la misma mano que tanto nos arrebató estos años,

saquearé y quemaré Gosico Fonit hasta los cimientos. ¡Y todo nuestro imperio proclamará el regreso hacia nuestro antiguo hogar! ¡Así lo declaro!

Cien brazos se levantaron, y con la prolijidad que los caracterizara, descargaron su furor elevándose repetidas veces, interrumpidos por pausas rítmicas, de tambor. Todo comenzaba, azotarían al enemigo con un ataque que no tenía nada de recatado, directo hacia el mayor signo de poder de Cel-Neckar.

Bajo su capucha negra, el rostro de Ventrysten se elevó con una media sonrisa arrogante.

Más entrada la noche, en los niveles superiores de aquel castillo, unos sirvientes se encargaban de ceñir una nueva armadura en el cuerpo de Reaper Assadan: construida con hueso de dragón; se trataba de una coraza ligera y espinosa que le permitiría moverse con la velocidad de siempre pero resistir así mismo el impacto de una estrella ardiente. Era un regalo de Crandor, quien se hallaba también en la sala junto con Ventrysten, observando a su campeón adquirir gracias a su nuevo atuendo cierto aspecto sepulcral.

Sentados en una mesa, también contemplando, Reed, Arksinad y Gallahard acompañaban a Reaper a todos lados. En otra esquina Brisafiel masticaba una raíz amarga, para mantenerse despierto después del largo viaje. Yeguilex se hallaba junto a su emperador también, pues su conocimiento del continente central lo ponía por encima de muchos generales en cuanto a la invasión que planeaban llevar a cabo.

-Has apuntado muy alto- comentó Reaper, levantando los brazos para que ajustaran los cintos de cuero curtido que sostenían sus nuevas hombreras- ¿Estás seguro de esto, Crandor?

El kiel pifió.

-¿Creen que alguno de los que allí estaba fue tomado de sorpresa por mi declaración? Vengo planeando mis jugadas desde hace años.

Ventrysten, de brazos cruzados sentado en un estante, contemplaba a Reed con la boca fruncida.

-Muéstralo.

Él asintió, y sacó de bajo su abrigo la estrella dorada. Bajo el fuego de la chimenea aquel material que buscaba imitar al oro pero que no era más que Drassil adquirió un resplandor enfermizo.

-No es muy... cómoda, como arma- dijo.

-Eso puede arreglarse- tras las rendijas de su visor, los ojos de Ventrysten resplandecieron- Mañana mismo comenzaré tu entrenamiento. Aprenderás todo lo que mi hija no pudo enseñarte.

Hizo una reverencia, convencido de que sería golpeado. Aún le ardía cada tanto la nariz, que un curandero le había arreglado pues se había partido ante el puñetazo recibido por Idgray en la mansión Arleon, pero se resignó a tener que resistir más dolor para seguir adelante.

-¿Hay algún motivo, por el cual comenzar por Gosico Fonit?- inquirió Arksinad, estirando las piernas bajo la mesa- Parece un tanto arriesgado. En cambio, unirse a las tropas de Kamui desde Sadalsuud...

-No planeo regresar a nuestro hogar dando saltitos de la mano de Shimari, celestiano- habló Crandor. Se dirigía ahora a ellos con mucha más familiaridad, sin la pompa y la regalía con la que debían comunicarse antes, quizás por considerarlos aliados de su campeón- Tomaré Gosico Fonit. Siendo de esa patria de magos, imagino que sabes que las importaciones del reino van directamente hacia esa ciudad, ¿no es así?

Arksinad asintió, perplejo. Crandor pasó una mano por su barba, una mano provista de uñas largas y negras.

-Si ocupo Gosico Fonit, ¿qué creen que ocurrirá? Primero que nada, obtendremos lo que más nuestros hombres necesitan: sustento. Las raciones de nuestra milicia son escasas. Segundo, desestabilizaremos el comercio de Cel-Neckar, obligando a Vannael a retirar su apoyo para con Fariel y a retrasar la marcha de ambos hacia Kamui. Por último, y esto es lo más divertido, las importaciones de los pueblos quedarán congeladas. Todos los mercados se abarrotarán. Tendremos un camino colmado de regalos hasta llegar a Deneb Algedi.

-Dammed Oah- lo corrigió Ventrysten secamente.

-Dammed Oah- aceptó Crandor con una sonrisa.

-Usted...- Reed tragó saliva, contemplando los ojos amarillos del kiel- ¿Conoce sobre Dammed Oah?

-Ah... el muchacho- le vio este- Claro que sí. ¿Eres tú la tan esperada reencarnación de Albion?

Dudó, ante la mirada de todos, pero terminó por asentir. Crandor no aplaudió ni sonrió, sino que lo continuó examinando.

-Y tú, entonces, fuiste quien volvió de Belekraz hace años- dio un vistazo a Yeguilex, y este inclinó la cabeza- Y quien portó a Drassil todo este tiempo. Verás, nuevo Albion: Dammed Oah es una mancha en la historia de mi imperio. A mi antepasado Crandor II, nuestro difunto sabio le recomendó huir de su ciudad, de los devas liderados por Idgray y su poder, y él obedeció sabiendo que en algún futuro, cuando los kiels pudieran desarrollarse, lograrían devolver el golpe y recuperar esas tierras.

»Yo soy ese futuro –declaró- Así me lo dijo el anciano. Pero además, soy la oportunidad de redención de Crandor II. Cuando su pueblo tuvo que huir a esta tierra de miserias, cuando los humanos ocuparon el continente y de pronto la amenaza deva se puso en pausa, él se volvió una figura tan detestada que lo desterraron. ¿Lo imaginas, nuevo Albion? ¡Un emperador, desterrado!

Lanzó una carcajada al aire, y los fuegos de la chimenea danzaron.

-Convertido en menos que un mendigo, decidió recuperar a Drassil por su cuenta, abrir la entrada a Dammed Oah y tomar el poder que necesitaba para el día en que Idgray Decaheron regresara. Lo que no sabía –miró a Ventrysten- es que la Espada Gris no se hallaba en la ciudad maldita. No pudo descubrirlo, pues ni siquiera llegó a cruzar la puerta del Centro. En Belekraz desapareció, como tantos que enviamos y que no eran... Bueno, tú.

Un recuerdo hizo que los tres se miraran, pálidos. Un esqueleto fornido, con una mano aferrando desesperadamente una de las gemas de la montaña.

-Nadie quiso tomar el nombre de Crandor, desde su humillación- continuó su historia Eitei- Hasta mi nacimiento. He nacido para arreglar los errores de ese hombre,

para llevar a los kiels a su antigua gloria y cumplir el mayor de mis sueños: arrebataré la vida de Idgray Decaheron con mis propias manos.

-Muy encomiable- opinó Reaper, y el otro rio ante su sarcasmo. El guerrero torció el brazo, en donde otro de los asistentes ajustaba ahora una pieza que también parecía de hueso tallado, punzante. Aún sin casco, con aquella protección terminaría pareciéndose a un dragón de huesos en forma humana, pensó Reed.- Pero, como tu campeón, deberías decirme de verdad cuáles son todos tus intereses en comenzar por Gosico Fonit. Sabes que de ocupar esa ciudad todo Cel-Neckar te caerá encima de inmediato. ¿Realmente crees que tu armada puede resistir al mayor juntadero de magos del continente?

-¡Cómo nos subestimas!- rio Crandor largamente, ante la mirada malhumorada de su campeón.- Eres igual a Ventris. Siempre con una ceja levantada y la amargura en la boca.

-Preferiría evitar la comparación- masculló el seeler. Reaper asintió, y entonces el emperador se echó aun más sobre su asiento, sobre sus ropajes blancos, que mostraban el amplio pecho sobre la faja. Con sus dedos separó de una bandeja una uva; sin llevársela a la boca, aplastándola para que el zumo violáceo le manchara el dorso de la mano.

-Creo que es hora ya de que todos dejemos de hacer el tonto, ¿no les parece?

Como sacudidos de alguna contemplación todos lo vieron: Reed, Reaper, Arksinad, Gallahard que apretaba su nueva cicatriz y Brisafiel, bien atento siempre a lo que ocurría. Yeguilex se inclinó, turbado por aquel inesperado giro en la actitud de su señor.

La mano de Crandor se dirigió a su boca, y sorbió el jugo que la manchaba.

-Ustedes saben muy bien por qué iremos a Gosico Fonit.

Se miraron. Reaper asintió.

-Porque Aterror está cerca.

-Exacto- Crandor terminó de beber, y distraído aplastó otra uva- Diles, Ventris.

-La Organización ya los está esperando en Betelgeuse junto con los dragones- explicó el enmascarado- Ellos mismos se han ofrecido a ayudar en el ataque a Gosico Fonit, y a acercarnos a la isla para la Cumbre del Eclipse Boreal. Por supuesto, los mandatarios de Kamui también están invitados.

-Con que era verdad- Jalomar descruzó sus brazos, pálido.- ¿Cómo sabemos que no es algún tipo de trampa?

-Yo confío en los dragones- sonrió Crandor. A quienes habían luchado contra Skectral, la oración les pareció una incoherencia, pero prefirieron no argumentar en contra. La idea de que estaban por traicionar los deseos del difunto Eluid aún les hacía mella pero, ¿qué opción tenían?

-Bien...- el pirata se pasó una mano por el rostro cuadrado, sudoroso- Esto es algo que ciertamente no esperaba vivir. Surcar los mares de Aterror hasta el hogar mismo del demonio, codearme con los grandes gusanos. Ya tendré qué contarle a mis nietos antes de morir.

-Estoy guiñando de la emoción- añadió Gallahard tirando de su parche.

-Y luego del Eclipse...- dijo Crandor ignorando a ambos, y tomó todo el racimo haciendo un enchastre con su puño- El ataque. Ni a los dragones ni a mí nos gusta dar tiempo al oponente. En una batalla...

Sus ojos brillaron, sumido en una crueldad infantil. Sólo entonces Reed tuvo la certeza de que aquel kiel ya había matado, que se había bañado en la sangre de un rival.

-...vence quien tiene más voluntad de pelear.

Al día siguiente Reed se levantó bien temprano, sintiéndose extrañamente muy descansado. Esa misma noche recorrerían el camino hacia la base militar y se unirían a las flotas que partirían desde el norte, bordeando el continente principal hasta Gosico Fonit. Luego, comenzaría la invasión. El sólo considerar que formaría parte de aquello – él, que era de Vant, que tanto se habían maravillado sus ojos al conocer Cel-Neckar por primera vez, que tan poco tenía que ver con las grandes corrientes que dominaban al mundo- lo hacía temblar por dentro, pero contenía sus emociones adversas con la tranquilidad que los ejercicios seeler tantas veces practicados con Nakku le habían brindado.

Recorrió Zubeneschamali solo, tal como en su infancia lo había hecho con su propio pueblo. Sabía a dónde debía ir, pero se permitió un desvío para ver cómo los kiels trabajadores se conglomeraban alrededor del barco, como pintaban y daban los últimos retoques al Arca del Cielo. Crandor había decidido que era un instrumento demasiado valioso como para perderlo y, en agradecimiento por la misión realizada, no había reservado gasto alguno en repararla. La magnificencia de aquella nave volvía a relucir ante la mañana, como si nunca hubiese sido dañada: su sonrisa de tiburón en la proa, las velas invertidas de dragón, ahora gruesas por la piel de los yaks gikeldianos, la lustrosa madera de la quilla, todo volvía a la normalidad.

Todo... menos lo perdido. No sabía si el seeler lo había hecho a propósito o no, pero el sitio que Ventrysten había elegido para iniciar su entrenamiento no distaba mucho de donde habían enterrado a Eluid. Por eso, y en vista de que el consejero imperial no se presentaba, también aprovechó para presentar sus respetos a la humilde tumba que le habían prodigado a su compañero: una roca gris, cerca de la tierra removida en esa colina, y un ramillete de flores blancas cuya mano le era desconocida. Pensó que ni Reaper ni Arksinad eran del tipo de personas que tendrían gestos como esos con un muerto.

Viéndola, sintiendo la brisa y la quietud de quien ahora estaba más allá, se vio sumido en una calma apacible. Sentía, presentía desde que había visto a Idgray que el final de su historia se aproximaba. Que aquel destino elegido por Baal estaba conduciendo a algo, trenzando sus caminos.

“Mi hermano” pensó.

-Un noble sacrificio.

Si había respeto en las palabras que sonaron tras su espalda, su tono de desprecio lo apagaba por completo. Se dio vuelta para contemplar a Ventrysten, envuelto en su capa de piel demoníaca, con el visor de acero y el cabello castaño, en largos mechones echado hacia atrás.

Hizo una inclinación amable.

-No tenemos mucho tiempo- le habló el líder caminando hacia él- Así que te daré nada más las pautas de tu entrenamiento. ¿Puedes decirme qué aprendiste con mi hija?

Asintió.

-Toda consciencia está formada por alma, magia, y espíritu- recitó- Ni alma, ni magia, ni espíritu pueden existir sin un cuerpo que las contenga.

-Y las tres existen en la misma proporción- completó Ventrysten- Eso es básico. Extiende tu aura.

Obedeció, sintiendo los poros de su piel arder. De él emergió una energía fluctuante, del color del cielo con nubes grises haciendo retazos como chispas que se expandió algunos metros en su alrededor. Su nuevo mentor no pareció muy impresionado.

-Tienes potencial. Podrías ser uno de los mejores seelers que el mundo haya visto. Pero controlas tu alma como un ciego.

Se aproximó, y alargó un brazo hacia él. El aura de Reed reaccionó violentamente ante aquello, envolviendo como llamas al intruso, a la capa negra que se arremolinaba en aquel miembro. No retrocedió. El puño de Ventrysten se apoyó en su frente.

-Borra mi brazo.

Dudó.

-Pero...

-*Ghila*- dijo el otro, apuntándole el pie. Reed contuvo un grito cuando algo de energía seele quemó su bota, abriendo un diminuto hueco cerca de su pulgar y obligándolo a caer al suelo- No te he pedido que dudes. Tenemos cosas más importantes que hacer en el futuro, Reed Id Vant, mucho más importantes que tu pusilanimidad. Idgray Decaheron no es un oponente al que puedas enfrentarte con tu nivel actual... Y sólo un seeler podrá pasar sus barreras.

-¿Y por qué no lo hace usted?- preguntó, sobándose el pie con resentimiento.

Ventrysten pifió.

-¿Sentiste mi aura?

No contestó, porque era cierto. Al ingresar aquel brazo.... Su propia alma había reaccionado, sí, pero su percepción fallaba. Era como si aquel hombre fuera una proyección astral, un fantasma, algo que no perteneciera del todo a ese mundo.

-Mi alma es débil- admitió el padre de Nakku- La inmortalidad que porto no es más que la maldición que me hizo una princesa, y posee sus... desventajas. Con tu potencial, eres la mayor esperanza de la Organización para detener a Idgray. No espero que alcances el nivel de Albion, pero...

-¿Cómo era?

Aquello pareció distraerlo, pues tras el visor los ojos castaños lo observaron turbados por la interrupción. Intentó hacer de cuenta que no percibía su antipatía, y volvió a preguntar.

-Cómo era yo antes. Quiero decir... Albion. Nakku me dijo que usted lo conoció. Quiero saber qué clase de persona era... en ese entonces.

Hubo por primera vez duda en el semblante del líder, y una sonrisa algo cruel al contemplarlo titubear.

-Era un payaso que sólo sabía pensar en sí mismo. Nuestro amado Mesías.

Fue como un flechazo al corazón, pero se contuvo de contestar. De todos modos, ya lo había esperado. El pedestal en el que hubiera puesto al legendario mago en su infancia se había quebrado en pedazos desde que había descubierto el modo en el que había dispuesto de su hermano.

Pero si había habido resentimiento o no en el rostro inexpresivo de Idgray cuando se enfrentaron, Reed desconocía la respuesta.

-Te lo resumiré con una pequeña anécdota- levantó la quijada Ventrysten- Cuando la Organización recién iniciaba sus pasos, ¿sabes cuál era nuestra mayor dificultad?

-¿Dominar el seele?

-Conseguir dinero. Todos éramos pobres, Albion inclusive. Debíamos robar para sobrevivir. Por supuesto, se hablaba de que Zauriz poseía riquezas inimaginables en sus tierras de Antares, pero de ser ese el caso de cualquier modo nunca buscó compartirlas. Así que nos manteníamos día tras día recolectando lo que podíamos, evitando las quejas, pidiendo a los grandes señores de antaño fondos que por supuesto nos eran negados. Nadie sabía realmente qué hacíamos, ni siquiera nosotros. Albion nos había juntado, sí, bajo una misión muy vaga que sólo comprendimos años después. Pero a aquel estúpido deva se le había olvidado la importancia de, digamos, alimentarse.

"*Estás hablando de mí*" pensó en amonestarlo Reed, pero supuso que no sería una buena idea. Esperó. Ventrysten lo analizó y continuó al instante.

-Un día, dos de nuestros miembros, los hermanos Burok y Barak, hallaron una gema brillante y mágica en una de sus recorridas por las cavernas del este. La presentaron ante Albion, satisfechos, y la ilusión nos dominó a todos. Un tesoro de tal calibre, caído del cielo hasta nosotros... Creo que algunos comenzaron a planear qué cenarían esa noche, y todos estábamos en éxtasis. Albion mismo la tomó, y dijo que la vendería esa misma tarde. Yo y algunos otros nos opusimos, pero el líder fue insistente. Partió de inmediato, a la casa de un famoso mercader.

-¿Y entonces?

-Y entonces no volvió hasta tres días después.- torció la boca Ventrysten- Sin una pieza de cobre encima. El mercader lo había engañado, emborrachándolo y haciéndole vender la joya a un precio ínfimo. Luego había estado días vagando por la ciudad.

-No se atrevía a volver con ustedes.

Ventrysten negó.

-Albion era incapaz de sentir culpa. Simplemente se había perdido. Así nos lo dijo, riendo, cuando por fin lo encontramos. Y dijo que no era tan grave, que por qué nos veíamos tan tristes.

»En esa época yo solía provocar a Sephid a cada rato, y, sin embargo, ese día ambos estuvimos comprometidos en golpear su trasero hasta que nuestros corazones se contentaran. Zauriz tuvo la idea de despellejarle los brazos. Creo que le hubiésemos dejado, de no ser porque Nyssa intervino en su favor.

-¿Nyssa?

-Mi hermana. Era muy parcial con el deva.

Su intento de recordar a esa joven de su anterior vida basada en el rostro de Ventrysten le creó tan sólo la imagen de una Nakku de cabello más salvaje. Se resignó a desconocer.

-Nyssa nos pidió que le diéramos otra oportunidad de arreglar el desastre. Nos contuvo- recordó Ventrysten- Y Albion Decaheron, muy campante, partió de nuevo a la casa de aquel mercader.

-¿Volvió sin ropas?- aventuró Reed.

-Volvió a los pocos minutos. Había sumado a aquel adinerado ahora a nuestra misión. El mercader nos cedía todos sus recursos y ofrecía su mansión como base de operaciones. Esa noche cenamos carne importada de Kamui y vino de la Forja.

No le vinieron palabras a la boca ante aquel giro de la historia.

-¿Cómo...?

-Cómo- repitió Ventrísten, sereno- No es una mala pregunta. Reed Id Vant... ¿Sabes que un alma puede influir a otra, no es cierto?

Apretó los labios, y asintió algo azorado. Lo había descubierto, en el desierto junto con Nakku. El alma de la joven lo había limpiado en parte de la influencia de Idgray dentro de su escudo. Creía entender que su padre así lo había previsto.

-Amor- dijo Ventrísten- O también odio. Todas las emociones de poder sirven para extender el aura, para entrelazarla con las de otros. Si amas a alguien lo suficiente, y eres amado, tu alma se fusiona con la de esta persona. En casos inauditos, pueden volverse una sola unidad. Ahora, ¿has pensado que para un seeler esto podría funcionar al revés?

-No comprendo.

-No me sorprende- se adelantó Ventrísten, y su capa negra revoleó como sombras- Figúrate que tú extendieras tu aura, y envolvieras a una persona. Le comunicaras un deseo de unión. ¿Qué crees que ocurriría?

Sintió la boca agriarsele.

-Me... Me amaría.

El otro asintió.

-Puntos que se interconectan. Desconozco el por qué, pero eso es lo que somos. Creo que saber eso puede ayudar a aclarar tu mente en algún futuro. No te equivoques. Cuando Albion convencía a sus seguidores de su perfección, de su grandeza, de ser alguien digno de leyendas... Tal vez sólo lo que hacía era extender un poco de sí hacia ellos.

La idea le parecía espantosa. Y, también, le parecía espantoso el proyectarla a su experiencia junto a su mentora en el desierto. Si había amado a Nakku, debía ser por su propio corazón. Sí, estaba seguro de que era así. Sus emociones habían estado primero, y luego...

Dudó, sintiéndose perdido. Pero además, pensaba en su escudo, en el amor que también le había profesado. Lo recordaba en Vant, cómo los aldeanos se sentían obsesionados, como él, ante su presencia; y se descubría viendo las imágenes de su infancia ahora cubiertas por una película grisácea, de energía seeler, influyendo en los corazones de todo un pueblo.

Negó, sacudiendo la idea de su mente. Ventrísten lo observaba impávido.

-Ya no nos queda tiempo- dijo- Buscaré enseñarte cuanto pueda en el viaje a Gosico Fonit, pero me temo que estaré ocupado con los preparativos para la invasión. Hay, sin embargo, algo más que debes aprender.

Alzó el rostro, asqueado, pero dispuesto a oír.

-Esa estrella que traes...- le dijo Ventrísten- Ese trozo de Drassil. Aún no es tuyo. No del todo. Existen dos caminos que puede tomar un seeler en cuanto a su arma, y te tocará a ti ver cuál puedes escoger. Pero hablaremos de ello después. De momento, tengo un ejercicio para que practiques. Toma la estrella, infúndela con tu aura, e intenta cambiar su forma a una más aceptable para el combate. Me importa un comino lo que escojas.

-Pero no sé cómo...

-Prueba, Reed Id Vant- contestó el consejero dándose la vuelta, dando por terminada la reunión- Prueba y erra. En la época de Albion, todos aprendimos por nuestra cuenta. Juzgaré tu progreso dentro de tres días.

El *Magnatos* era el buque insignia del emperador Crandor, y quizás también uno de los pocos colosos dignos de admiración que provenían enteramente de Gikeldor.

Más que un barco, parecía un belicoso islote móvil, que dominaba la costa acompañado por centenares de naves menores que como hijas se amontonaban a su lado, listas ya y con las velas elevadas para zarpar. En su superficie, sujeta firmemente con cadenas, el Arca del Cielo se veía como un lujoso juguete.

Navegando al lado, con cuidado para no destrozarse ante su avance, *ElMarmota* de Brisafiel también distaba de parecer impresionante. Les habían ordenado permanecer siempre cerca de la movida principal, para sortear mejor los obstáculos marinos en el camino hasta Cel-Neckar. No era un trabajo fácil. Los militares de Zubeneschamali, como lo descubrieron, no eran grandes navegantes en comparación con sus proezas en tierra. Al despedirse del continente, muchos de ellos se hallaban pálidos.

-Pensé que los kiels tenían temples de acero- había comentado Reaper a Yeguilex, al observar aquella falta de afinidad de los frente-cuernos al amarrar sogas, para detectar los vaivenes del viento antes de que Jalomar lo hiciera, el cómo temblaban sus manos con sólo ver la inmensidad del océano.

-Y los kiels piensan que los humanos sólo pueden hacer frente a lo que no temen- observó entonces el general, contemplando el mar- Pero tales consideraciones suelen ser falsas en ambos casos. Oí lo que sucedió en Aldebarán, Assadan. ¿Cómo se siente el haber conquistado tu miedo?

Frente a ellos, la rugosa línea continental de Gikeldor se alejaba. Dejaban atrás la aldea, Rasalhague, la pobreza y el espanto. Y para quienes vivían allí, lo dejaban en búsqueda de un mejor hogar, uno que conseguirían con garras y dientes.

-Me siento libre- admitió Reaper viendo su brazo. Allí los tatuajes que le había hecho la corrupción de Necrostacia se habían vaciado, secos, cicatrices en la piel- Como si hubieran arrancado un montón de carne putrefacta que se me pegaba, que me sustraía de mí mismo. Pero aún me falta fuerza.

-Sabes qué hacer. Ahora, como Campeón de Crandor, tus posibilidades se han expandido.

-Dime algo, Yeguilex- preguntó el kamuita entonces observándolo- Si tu lealtad al emperador y tu aprecio por mí se pusieran en juego entre ambas. ¿A cuál elegirías?

Por su expresión al responder, quedó claro que una pregunta similar ya había rondado su mente.

-Fingiría ser ciego y sordo. Pero defendería la vida de ambos, cueste lo que cueste.

Entonces Reaper sonrió, y algo de la tensión que cargaban sus hombros se vio librada por los aires. "*Descuida*" parecía decir todo él sin palabras "*No llegaremos a ese punto*". Sin pronunciarlo, ambos hombres contemplaron la lejana deriva y parecieron llegar a una paz mutua.

El resto del viaje, tanto para ellos, como para Reed y los demás, no tuvo demasiadas particularidades. Se movían por el calmo mar agrupados, una amplia flota

interconectada por las órdenes del emperador desde su buque insignia, por los mensajes que desde cubierta se gritaban los capitanes de cada nave unos a otros, por el silencio en el que navegaban, un sólo archipiélago de pequeños hogares que maquinalmente se movían acercándose a la bienaventurada tierra prometida. De noche, cuando las tareas de los marineros eran menores, la mayoría de los kiels montaba guardia o dormía y lo único que interrumpía una quietud plena eran los sonidos desde *El Marmota*, en donde Brisafiel y sus hombres hacían jolgorios a los que invitaban a los jóvenes a unirse, compartiendo sus reservas de alcohol y jugando a las cartas sin apostar un tercio de pieza. Entre las risas, los cantos desafinados y las borracheras, aquel barco parecía una luz de vela entre la oscuridad serena de los kiels, un niño inmaduro que no se daba por enterado –o no planeaba enterarse- de lo que les esperaba. Les esperaba combate, y la posibilidad acuciante de morir, y en realidad era precisamente el saber esto lo que, como otras veces, los motivaba a divertirse y a tener inútiles discusiones, para librarse de las preocupaciones que llegaban.

Cel-Neckar estaría alerta sobre su ataque, pero lo que mejoraba su humor era que los magos no podían tener idea de que Crandor planeaba golpear Gosico Fonit directamente. La flota, en toda su inmensidad, era imposible de esconder. No buscaban un asalto sigiloso. Cuando vieron dos barcos de la Isla de la Luna, a la distancia, el emperador ordenó dejarlos ir aun aunque significara que reportaran a Babel lo que se avecinaba sobre el continente. Detenerlos era innecesario. Y además, esto lo sospechaban los tres, Crandor *quería* que se supiera que estaba viniendo. Como un verdadero depredador, gozaba oler el miedo de su enemigo antes de hincarle el diente.

Lo otro que ocupó el día a día de Reed fue el intentar cumplir la tarea seeler que Ventrysten le había encomendado.

Allí, la frustración lo dominó una y otra vez hasta hacerle perder los estribos.

Pero había logrado un cierto avance, a costo de esfuerzos y maldiciones. Tomaba la estrella dorada, la alzaba con sus manos, y la imbuía de su aura, cuanta aura podía, llenando un vacío que parecía infinito con su propio ser etéreo como el cielo. El primer día, la superficie había burbujeado, como si hirviera. Luego le había quemado las manos, obligándolo a soltarla y a golpearse el pie ya de antes herido por el ataque de Ventrysten. Dominado por el mal humor, había dejado la práctica para la siguiente mañana.

En la siguiente había conseguido moldearla por primera vez. Antes de que echara burbujas, había probado maniobrar esa misma aura en su estrella, estirándola para obtener una espada. El resultado fue algo similar a un garrote amorfo. Lo elevó por sobre su cabeza, poco convencido, y en segundos volvió, como si fuese un resorte, a tomar su forma anterior. Los intentos posteriores resultaron infructuosos.

Fue en el tercer día cuando el líder de la Organización decidió por fin aparecerse, para controlar su desarrollo. Al mostrarle Reed aquella estructura alargada que podía crear, el otro lo rebajó con la mirada antes de comentar.

-Serás como Sephid, entonces.

-Se refiere a lo de poder moldear mi arma.

-¿Qué más? - Ventrysten entonces estiró un brazo de su capa negra, y su propio trozo de Drassil emergió: una cuchilla invertida, que iba desde su muñeca hasta encima del codo- La mayoría de nosotros podemos ocupar nuestro fragmento con nuestra aura, y crear así un arma estable de mayor poder. Es lo recomendable. Pero algunos... se manifiestan incapaces. Ya no tenemos tiempo para intentar cambiarlo. Tendrás que enfrentar a Idgray de esa forma, por lo que buscaré enseñarte trucos para moldear esa

estrella de un modo aceptable e intentar mantener esas figuras temporales cuanto puedas. Cambiarás poder por variabilidad en el combate.

Asintió, aunque en el fondo no se hallaba convencido. A él, cuya mayor concesión a la originalidad había sido el que su escudo tuviera un tamaño anormal, el ser variable en el combate no le parecía cercano. Era algo que podía atribuir más a Reaper, con su ágil e ingenioso estilo de pelea. Con una espada y un escudo, su corazón estaba contento y cómodo a la hora de luchar.

Pero debía conformarse. Y además, el seguir los pasos de Saphid también le agradaba a su manera.

-¿Hay algún motivo...?- preguntó- Algo por lo cual no pueda conseguirlo.

-Deberías percartarte tú mismo- arrugó la nariz su entrenador- De qué es lo que te falta.

Y sin decir más, había comenzado la práctica real. El objetivo del entrenamiento, que se realizó a bordo del *Magnatos* y bajo la atenta mirada de varios de los generales más leales al emperador, fue el despertar sus reflejos internos y su control sobre su estrella, para darle distintas formas cuando fuese necesario. Consistía, básicamente, en que Ventrysten creaba una multitud de copias astrales de sí mismo, que como siluetas danzaban alrededor de él y se le lanzaban. Reed debía resistir sus embates, bloquearlos convirtiendo su Estrella Dorada en una espada, en un garrote o en un escudo, en lo que fuese necesario dependiendo de la intensidad de los ataques o de la resistencia de aquellas curiosas proyecciones. El resultado: una pantorrilla deshecha, cortes en el rostro y la mejilla, una rasgadura profunda en el antebrazo izquierdo que le ardió el resto de la travesía y también contusiones de todo tipo en la cabeza y las piernas. Pero también, que sorprendentemente mejoraba. Ya sólo en la primera sesión, había logrado crear algo similar a su anterior escudo y mantenerlo durante unos buenos dos minutos. Y aunque le dolía –de una manera distinta a los simples golpes, de una manera que era característica del *seele* y que había experimentado en su máxima expresión al recibir el inmenso poder de Idgray Decaheron de frente- se resistió a derramar la más insignificante lágrima, siempre pensando que Nakku seguramente había tenido que vivir algo similar de niña, antes de que el descenso en su vida ocurriese y hubiera perdido a su padre y a quienes conocía. Si ella había podido, él debía poder. Si ella había sido su maestra, y Ventrysten era el padre, entonces debía probarle a él que lo que había aprendido con su hija sí le había servido de algo, aunque fuera a construirle un nuevo temple.

Y así pasaron mañanas, tardes y noches. No era un viaje largo, pero la lentitud con la que avanzaban tantos navíos lo terminó extendiendo mucho más de lo que esperaban. Entrenaban, para no dejarse entumecer los músculos, y se preparaban para el día del destino. Charlaban, y comían sus magras raciones del ejército, y contemplaban también luego a las gaviotas, cuando ya la tierra estuvo próxima.

Comenzaron a ver barcos mercantiles, que les huían, pero Crandor ordenó que se los dejase en paz. Iban por los botines de la tierra, no por los del agua. Una mañana, la vanguardia anunció que el objetivo estaba en la mira. Gosico Fonit se alzaba a unas pocas horas de navegación, con la bandera de parlamentar levantada.

-¿Parlamentar?- había preguntado Reed al enterarse, hundiendo su codo en agua fría pues Ventrysten había estado a poco de fracturárselo en su último encuentro.

-Más bien, deben de estar inseguros sobre cómo obrar. No saben luchar. Probablemente esperan que la flota pase de largo, directo a ayudar a Sadalsuud con sus

problemas. -Arksinad se revolvió un rizo rubio, en apariencia muy divertido con todo aquello- ¿Tú qué piensas, Gallahard?

-Lo veo todo de una manera muy particular. - contestó el Tres, lavando también la herida carnosa que dominaba parte de su rostro- Que sería en concreto algo arrojado hacia la derecha.

-Crandor me dijo que iba a aceptar la propuesta de parlamento- notó Reaper- Envió un bote al Ser de Gosico, con sus condiciones.

-¿Y esas son?

-Se las resumiré diciendo que no planea parlamentar un diablo. Va a ir con todo. Así que vayan preparándose. Nos espera una tarde angustiante.

Dicho y hecho, la tarde del desembarco; que dio oficialmente comienzo a lo que la historia registraría como las Invasiones Kiel y cuya justicia o causa estaría largamente disputada por los letrados en años posteriores, fue para Reed una de las más frenéticas porciones de su vida, aunque no por las razones que imaginaba.

A la señal de los grandes generales, las primeras naves atracaron en el puerto de Gosico Fonit. Los puentes levadizos descendieron con pesados ruidos, y la ciudad en cuarentena se cubrió de una estática mental, de la revelación del invasor que se acerca. Los kiels emergieron de los barcos, marchando en perfecta formación, desplegando su genio militar ante los ojos de sus enemigos. Iban organizándose para nunca quedar en grupos reducidos, donde pudiesen emboscarlos, y vigilaban constantemente la lejanía en busca de hechiceros que pudiesen querer resistirse. Pero aquella urbe mercantil parecía en ese momento vacía. Para cuando el *Magnatos* arribó a tierra, dejando por fin a Reed y compañía en el suelo, mareados por los largos vaivenes que habían tenido que soportar, ya el grueso del ejército había ocupado los mercados y el bazar, y se organizaban en largas columnas rastreando las calles, con prolijidad, sin entrometerse en las casas, con un respeto que ellos admitían los humanos jamás hubieran mostrado a un enemigo.

Crandor marchó altivo, al palacio de gobierno del Ser de Gosico Fonit. Pero tal como esperaban, lo encontraron completamente desocupado. No habían querido luchar.

Otras unidades ocuparon las capillas de Ianna, y los ministerios del norte y sudeste con igual facilidad. Ninguno se confiaba, aun así, de los magos celestianos. Los habitantes de Gosico Fonit seguían ocultos en sus casas, queriendo evitar siquiera ver a los ojos a los kiels a los que habían menospreciado tanto antes, de los que tanto se habían aprovechado y que ahora venían a pisotear sus flores y lujos. El emperador emitió un comunicado, instándolos a continuar su actitud. Quien se viera merodeando fuera de su sitio sería al instante ejecutado.

Luego se sentó, en el despacho del anterior Ser.

-Cobardes.

-Hasta a mí me da un poco de vergüenza- musitó Arksinad- Pero siento que esto aún no ha terminado. Imaginé que con la falta de Duran las defensas se debilitarían, pero al resto del reino no le hará gracia que...

La puerta de roble se abrió de par en par, entonces, y de allí emergió un mensajero.

-¡Su Majestad!- se puso de rodilla, inclinándose ante Crandor y su campeón, ante Ventrysten, Reed, Arksinad, Gallahard y Yeguilex.- ¡Noticias urgentes!

El kiel se removió en su nuevo asiento, excitado.

-¿Van a pelear?

-No, Su Majestad- se levantó el emisario- Pero recibimos un informe... Han desalojado Babel completamente.

Se miraron, tomados por la misma sorpresa. Gallahard y Arksinad tampoco parecían comprender el propósito de tal acción.

-¿Fuente?- inquirió Ventrysten.

-Etere Midenheart- reveló el mensajero- Una hechicera del Geral Veintiún. Espía para nosotros desde hace meses.

Gallahard y Arksinad asintieron al mismo tiempo. Habían esperado algo como aquello tras la muerte de Duran.

-¿Tal vez sea una buena idea invadir la capital?- inquirió Yeguilex- Si está vacía... Los hombres que tengo bajo el comando de mi teniente Leude podrían acercarse y ocuparla en poco tiempo. Tendríamos el control de Cel-Neckar asegurado.

-No- el Nueve negó- Esto no es normal. Vannael se trama algo.

-Hay más, señor- dijo el mensajero.

-Habla- le ordenaron Ventrysten y Reaper al mismo tiempo.

-Babel...- tragó saliva el hombre- La capital... Se está moviendo. Está volando, Su Majestad. Por sobre los cielos. Se dirige hacia aquí ahora mismo.

14. El Día De La Victoria

Subiendo desde la templada tierra, ascendiendo, atravesando frías nubes que eran millones de gotas diminutas, estáticas en el aire, trepando a donde los rayos del sol adquirirían cierto aspecto de divinidad, de las campanas de una iglesia devota, la mirada de un observador se hubiera sorprendido al encontrarse de frente con un muro, blanco y pulcro.

Más por arriba de aquel muro, pasando todavía los grandes bloques de mármol sólidamente sujetos con magia, si algún espíritu libre se hubiera izado a sí mismo para abarcar con sus ojos todo lo que sobre el firmamento se movía, se hubiera revelado ante sus ojos una ciudad impecable, de grandes torres que flotaban entre sí comunicadas con hilos, una ciudad simétrica que volaba, que se mantenía en los aires por su propia cuenta, la alta torre en su centro lanzando pulsaciones a sus corredores vacíos, a las casas deshabitadas, a los monumentos que parecían tristes parodias para ser visitados por los ángeles.

Una ciudad, sí. Y también un arca voladora, mucho más vieja que ninguna. Esto era *Babel*, era lo que siempre había sido: una nave, la nave de Vannael Danterkiss Eel, la más inmensa y poderosa de todas. Ahora, por fin, volvía a retomar su actividad y su gloria. Y en su edificio principal, si el espíritu ficticio ingresara a curiosear, si pasara los mecanismos mágicos, los sellos desde una alta ventana, si subiera decenas de pisos a través de todo obstáculo; se hubiera topado con la espalda descubierta de una joven, que avanzaba con ritmo melódico hacia el trono de su señor.

Los ojos de Mila brillaban, ámbares refulgentes. Allí, frente a ella, el hombre al que amaba dormitaba sentado, recubierto por una capa de escarcha que lo inmovilizaba. Era el resultado de estar recargando parte de su magia, utilizando el núcleo de su propia nave y la confluencia de maná que tenía con este. Normalmente, Mila hubiera odiado interrumpirlo. Pero se acercaban al objetivo predicho por sus visiones.

-Su Majestad- se arrodilló la bruja, las mangas de seda de su vestido bajando como alas- Despierte.

En la máscara blanca, dos focos rojizos se encendieron.

Una mano, luego el brazo, luego la espalda y el rostro. El hielo que recubría al monarca se fue desprendiendo de su cuerpo en pedazos. Deberían pasar meses para que recuperara todo su poder, tal vez años, pero algo debía bastar.

La palma enguantada se apoyó en la máscara con aplomo. Vannael se inclinó sobre sí mismo.

Lanzó un gemido de dolor que dio ecos contra el techo abovedado de la sala. Temblaba.

-Tuve una pesadilla. Soñé con un monstruo.

Mila se puso de pie, atenta.

-Pero el monstruo soy yo- con un sólo movimiento, la figura como de nieve del Uno se levantó con gracia de su asiento. Elevó las manos, e hilos negros se movieron bajo el abrigo, de las heridas que había recibido, que reabrió con sus uñas con locura- La pesadilla soy yo. Esa es la mejor forma de no temer.

La joven sonrió, complacida, y los dedos de él acariciaron su mejilla. Vannael suspiró, dándose la vuelta y comenzando a caminar.

-Pero el recordar... Todo lo ocurrido. Me dio una perspectiva, Mila. Me devolvió mis convicciones. Albion mató a los devas, los hundió con su ciudad, y creyó que había enterrado a Dammed Oah por siempre. ¿Sabía él, que alguien había escapado? ¿Sabía que un muchacho había partido a Pólux, en ese momento? El destino tiene imprevistos tan sutiles.... Esa es la maldición de todos. Nos ataca por donde no podemos verlo.

No esperó respuesta, sino que siguió avanzando por los grandes salones de la torre, por su elegancia abandonada. Sólo ellos dos, y nadie más. Hasta la servidumbre había sido retirada.

-Sí...- una puerta se abrió, y el rey pareció concentrarse- Comunícame con Zark.

Levantó un dedo, creando una runa. La voz melosa de Argocette inundó la habitación.

-Me alegraría saberr de usted. Mí amado señorr... Quierro decirr, sabe que-

-¿Están en posición, Zark?

-Sí- en el silencio de ese cuarto, ambos pudieron percibir que el Cuatro se relamía- Prrotegerremos Dammed Oah a como dé lugarr... En cuanto a la invasión de... escorrias, del este...

-Yo me encargaré de espantar esa molestia- lo cortó Vannael, y la risa de hiena de su lacayo sonó complacida al despedirse. -Mi poder comienza a regresar, Mila. Puedo sentirlo.

Movió dedos, y chispas volaron por aquí y por allá. Produjeron luz, que fue despertando de su sueño a los corredores que transitaban. Mila danzó frente a él, girando los pliegues de su vestido con gozo.

-En la noche...

...las pesadillas son reales- continuó él, tomando su mano y acercándola hacia su cuerpo. Sus rostros estuvieron a centímetros el uno del otro, y luego el hechicero la dejó ir. Mila giró, y abrió feliz la penúltima de las puertas- Y las mías... Son recuerdos.

En aquel cuarto opaco, una esfera de luz brillaba desde hacía días. *Raguel Shunoros*, el escudo perfecto que rechazaba cualquier ataque. Dentro de él, una joven de cabellos rubios vestida con elegantes ropajes kamuitas se hallaba encogida, observándolos con horror.

-Nuestra querida huésped- observó Mila, los tatuajes serpentinos de su cuerpo moviéndose con malicia- Tiene una piel tan tersa...

-Es sólo una carnada- Vannael no le prestó más atención, caminando hacia el portón final, el que daba a uno de los sótanos de la torre, de los subsuelos que eran parte de la ciudad más que de la estructura del edificio. El Rubí de Sangre brillaba en el cuello de Merady Skardtril, y ella lo aferraba con una mano ensangrentada, una mano en

la que habían cortado el Sello de Convocación que tenía con Arksinad sin mediar calmantes- Para que mi alumno se mueva como lo tengo previsto. Para estar siempre en su mente, desde un principio, no importa cuánto corra o planee alejarse de mí. Creo que es tiempo de iniciar, Mila.

Entonces desapareció con un fogonazo de luz. Su sirviente sonrió con cruel burla, observando a Merady allí encogida, y terminó por empujar la puerta final con ambas manos, para revelar el escenario.

En un espacio abierto, rústico en comparación con el resto de las instalaciones se elevaba un promontorio, en cuya cima reposaba un pedestal. Apoyado en este, un huevo negro como el carbón esperaba desde hacía tiempo. Vannael ya se hallaba tras él, a punto de tomarlo.

-Asherat- dijo- Yo te ordeno.

En la superficie opaca de aquel demonio, lo que parecieron una infinidad de ojos se abrieron enfocando hacia todas direcciones.

-Vomita a los condenados, Asherat. Vomita a quienes fueron tuyos, a quienes desearon vida y sólo hallaron desesperación. ¡Devuelve a este mundo las maldiciones que tu hambre formó!

El huevo vibró, y lanzó un alarido que cortó el aire. Las sombras crearon arcos, que se expandieron por toda la ciudad desde ese punto. Mila observó cómo, entre ella y aquella pendiente, una mano azulada emergía de la tierra.

-¡Levántense, mis servidores!- aulló Vannael- ¡Obedezcan a su amo! ¡Aún tienen deberes que cumplir, devas! ¡Aún tienen maldades que satisfacer! ¡Aún pueden brillar, y escupir resentimiento por sobre los vivos!

Los Necróvalos comenzaron a salir de Asherat, apareciendo desde el suelo, multiplicándose en cada rincón de Babel. Eran cientos. De pieles como los genios, sin bocas, con hendiduras hediondas en los cuerpos, salían tal sonámbulos y quedaban allí parados, oyendo la voz de su nuevo amo; antiguos devas de Idgray que habían sido forzados a cumplir el contrato con el demonio antes de morir, los niños que habían sido capturados por Unnaon Delta, centenares de brujos que habían deseado la inmortalidad y perecido para convertirse en guardianes silenciosos de aquel tótem. Unos pocos chillaron, con ritmos espeluznantes, agitando colas reptilianas. Criaturas diversas, enfermizas, de alas y de sombras brotaron ocupando las torres; daevas surgieron en la Gran Biblioteca, engendros pulularon las calles donde miles de magos habían dado sus paseos; volando, marchando, respondiendo al llamado con una voz única y grave, con la terrible maldad de aquello que no debería moverse entre los vivos.

Vannael tomó su máscara, y la retiró. Lágrimas de sangre caían desde sus cuencas, manchándole las mejillas, escurriéndose por su mentón. Alas negras, de luz oscurecida se abrieron a su espalda cuando extendió sus brazos, su rictus el de un demente, el de un diablo, el de un moribundo.

-¡Este es el final de mi noche!- clamó con devoción- Pronto mi día victorioso estará aquí. Tendré mi felicidad, y un amanecer eterno en el que regocijarme. ¡Tendré una nueva vida!

Miró a Mila, y amagó una triste sonrisa. Sus ojos gastados, débiles, apenas brillaban con el resplandor del *Zadakiel Shunoros*. Eran ojos grandes, rojos como la sangre, heridos por dentro y con los capilares reventados. Eran ojos que se debilitaban, pero que tenían una fe inquebrantable. Eran ojos que siglos atrás, en el sótano del palacio de Pólux, habían visto la oscuridad, habían sentido el horror, y habían rechazado la muerte para siempre.

Esa tarde, Linith Evenstar había juntado por fin el coraje para escapar de la prisión en la que se hallaba.

La había ayudado mucho, entre toda una serie de eventos, el por fin tener algo de compañía. La niña no sabía en verdad quién era el pequeño que había sido encerrado en una de las celdas contiguas a la suya, pero aunque un grueso muro los separara el sólo hecho de contar con otra presencia entre toda la muerte y oscuridad del Tártaros le había infundado un valor que le permitía actuar.

Aún tenía oculto en sus manos el regalo que le había dado aquel hombre misterioso. Idgray había regresado de su viaje, de donde fuese que hubiera ido, pero ya no le prestaba atención. Y Grimold... Parecía haber enloquecido. Se oían los golpes que daba, los alaridos; y merodeaba constantemente el edificio como en búsqueda de algo que no podía hallar. Linith temía esta nueva actitud, pero también comprendía que le era útil. Si Grimold se hallaba en un estado primitivo, esfumarse bajo sus narices debería de ser más fácil.

-Cax- habló- Debemos salir hoy.

Del otro lado, su compañero esperó unos segundos para contestar.

-¿Tienes miedo?

-Sí. Mucho.

-Descuida. Yo también estoy aterrado.

La bendecida lanzó un bufido al oír aquello.

-¡Se supone que tienes que darme ánimos!

-Pero *tengo* miedo.- replicó el niño. Algo en su tono le pareció increíblemente familiar. No habían hablado mucho, tan sólo unos días atrás ella había sentido sonidos, y alguien lo había dejado en aquella prisión, pero a través de las pequeñas conversaciones que habían tenido –cuando ella le había hablado de la Ciudad Dorada, cuando él le había contado sobre esa tierra pobre en la que curaba enfermos y cómo lo habían secuestrado- sentía haberlo conocido de antes. Linith cerró los ojos y tomó aire, intentando calmarse. Se sentía sucia y asqueada, y necesitaba ver luz. -Tendrás que ir por tu cuenta.

-No- le dijo- No quiero ir sola.

-Pero la...- lo oyó dudar- La cosa que tienes para escapar. Podrá abrir tu celda. ¿Y la mía? Debes dejarme aquí.

-¡No seas estúpido!- gritó ella- ¿Qué voy a hacer sola? ¿En dónde estoy siquiera? Este mundo es demasiado grande. No sé cuál es el norte ni el este, ni en dónde me hallo, ni quién es un enemigo y quién un aliado. Dijiste que eras un mago. Podrías usar un hechizo...

-No tengo ninguno para abrir este acero.

La deva masculló insultos, al borde de las lágrimas.

-Tú puedes- le dijo él- Ve, antes de que el hombre regrese.

Se sintió estremecer por la idea.

-¿Idgray?

-No- pudo percibir al niño negar con la cabeza del otro lado- El hombre de la máscara.

Debía referirse a ese tal Vannael. Lo cierto era que alguien visitaba, donde ella no podía verlos, a Cax, y mantenía largas conversaciones con este, murmullos que apenas podía alcanzar a oír. Se sintió desesperar. Apoyó la cabeza contra la pared metálica, sus dorados cabellos pegados a su dureza. Se sentía encerrada por su propio miedo. Del otro lado, tal vez en igual posición, aquel niño mantenía las esperanzas vivas sin la menor posibilidad de escapar.

-Huye, Linith.

-Yo... Buscaré ayuda. Te sacaré de aquí.

-Lo sé. Ve, por favor.

Se percató de que realmente él también sentía miedo. Se sintió estúpida, irguiéndose al fin. Una niña, en un mundo terrible y mortal. Apretó la esfera que tenía con una mano, y pronunció su rezo.

*“Baal, Dios del Sol y el Destino
Ilumina esta vida para que con tu calidez
Encuentre su futuro y su camino.”*

Del otro lado, Caxer la oía embelesado por una memoria antigua. Linith levantó el brazo, y estrelló con todas sus fuerzas aquella esfera contra los muros que la aprisionaban. El efecto fue instantáneo. Una oleada de energía etérea, rojiza, como la que había rodeado a aquel joven demonio que la visitó, que derritió el acero y lo hizo abrirse por completo como una flor.

Estaba libre. Pero esa jamás había sido la parte difícil del asunto.

-Adiós, Cax.

-Mucha suerte, Linith.

Inspiró hondo. Echó a correr, cuan rápido podía, sin darse otro respiro. Le dolían las plantas de los pies al pisar el suelo, pues sus sandalias se habían hecho trizas ya hacía mucho. Le dolían los músculos de las piernas, acostumbrada a estar sentada o hecha un ovillo, a sólo moverse con el temblar del miedo. Sólo se enfocaba en huir, en jamás frenarse ni darse la vuelta, en aquella construcción de locura, sin pensar, buscando instintivamente aquellos caminos que descendían, que la pudieran alejar del peligro.

Escapó. Caras muertas la veían atravesar los pasillos, más muertas que nunca. Los latidos mecánicos del Tártaros eran débiles. Algo se había roto, algo estaba mal con Grimold y sus esclavos. Linith no se dedicó a pensarlo, sino que presa de un frenesí saltó alturas que podrían haberla quebrado, se inmiscuyó gracias a su tamaño en rendijas insospechables, siempre bajando, siempre pensando en la tierra y en el amanecer azulado que se asomaba por las ventanas a cada tanto.

Baal, Tearu o Rashka, Reaper o Arksinad, inclusive sus padres o Reed. Necesitaba que alguien la ayudara. Tropezó, y se dio de cara al suelo, pero aguantó el ardor y las lágrimas y continuó corriendo. No estaba muy lejos. Quizás todo sería sencillo. Pasó por un cuarto, y la bestial figura de Grimold se lanzó hacia ella.

O quizás iba a morir allí mismo. Dio un alarido inútil, y logró evadir al esqueleto rodando en el suelo. Pero Grimold tenía poco que ver ahora con la lenta criatura que

había conocido antes. Donde antes había habido sólo huesos robustos, un gigante cadavérico que amenazaba con su presencia, ahora se debatía un monstruo de músculos formados con cintas verdes sobre el armazón, músculos hechos de energía espectral, de los espíritus del Miclanteurión que danzaban débilmente bajo su pecho. Era una cosa amorfa, que gritaba, que derribaba y rompía su propio dominio en un ataque de histeria.

No la había visto, en realidad. El cráneo sin mandíbula estaba recubierto de aquella carne falsa, y un solo ojo brillaba apuntando hacia todos lados como separado del resto del cuerpo. Grimold estaba sufriendo algún tipo de transformación, podía adivinarlo, y el resultado no sería bueno. Una larga cola barrió el piso, buscando detectarla, y el terror de Diakaza aulló palabras sueltas, incomprensibles en su gran mayoría.

-Necro... Necro... Mía... No... ¡No...! ¡Necesito COMER! ¡Necesito... una boca!

Notó entonces que no tenía su espada. Se sintió sobrecogida por aquella nueva forma, por el terror y la furia con la que se debatía en el aire. Sintió también de repente una infinita pena, y retrocedió lentamente.

Dejó a Styxer y a sus gritos por detrás, y corrió con un sentimiento nuevo en su corazón. Debía buscar ayuda. Avanzó, ya en control de su cuerpo y de sus emociones. Pasó los corredores muertos, los héroes trofeo que se guardaban en los gruesos pilares, las inconsistentes escalinatas que lo dominaban todo. Todo el Tártaros se movía, se transformaba junto a su amo.

Vio entonces luz, y atravesó la salida.

-¡Todos a sus posiciones!- bramó Crandor- ¡Todos prepárense para resistir!

La milicia kiel obedeció en el acto. Se organizaron con velocidad, formándose en pequeños escuadrones, dispersándose cuanto podían por la ciudad. Desde el balcón del palacio de gobierno Reed los veía actuar en silencio, admirado de la voluntad con la que se resistían a ver lo que se les venía desde el cielo. Porque la visión que se aproximaba en el horizonte era apabullante.

Un coloso immaculado navegando por los aires, una ciudad más descomunal aún que esa en la que se hallaban, moviéndose sola hacia ellos. Con sólo aterrizar, podría haber aplastado a Gosico Fonit y a todo el ejército. Las nubes de la tarde adquirirían tonalidades anaranjadas, amarillentas contra la blancura de sus muros, de la misma Babel sobre la que había caminado alguna vez, de aquella urbe que se había convertido en un inconmensurable navío de batalla.

A su lado Arksinad se hallaba boquiabierto. Reaper prodigaba maldiciones.

-Es...

-Una jodida arca voladora- terminó el guerrero- Denme una hoja que firmar, porque ya lo he visto todo.

-Ahora me siento estúpido andando en tu barquito- comentó Gallahard apoyado en la pared, viendo aquella cosa monstruosa conquistar el firmamento con su sola presencia- Mi casa está allí arriba.

Gio Reda, al lado de Reed, se veía pálido y aterrado. Bullwe se hallaba con Yeguilex, guiando también a un grupo de kiels. El sobrevivir o no dependía de dos grandes apuestas que el emperador había hecho.

La primera de ellas tenía que ver con cuánto se guardaría Vannael de atacar una de sus propias ciudades.

-¿Cuánto para que estemos a su alcance?- inquirió Reaper a un mensajero que pasaba.

-Minutos- le dijo este y se esfumó. Todo era un caos. Se gritaban órdenes, se preparaban para enfrentar un recibimiento que no habían estado esperando. El único que parecía medianamente divertido con aquello, si bien alterado, era el emperador, que parecía haber ganado onzas de respeto para con los celestianos y su poder militar. Los demás estaban sombríos. La estrategia era evitar una lucha directa. Babel estaba demasiado alta, y el único mecanismo que tenían para acceder allí era el utilizar el Arca del Cielo que se hallaba a bordo del *Magnatos*. Pero Crandor prefería dejar aquello como última opción, y hasta Ventrysten se manifestó en contra. No sería nada difícil para Vannael destruir el Arca recién reparada, y allí morirían sus esperanzas.

-Mi maestro está allí- comentó Arksinad entonces, viendo la sombra inmensa de la ciudad clamar el espacio de Gosico Fonit, descender sobre las primeras casas y mercados- Si lo derribáramos...

Reaper apoyó una mano en su hombro.

-No es el momento. Sigamos el plan original. Debemos resistir.

Gritos, y una alarma que resonó a través de los cuernos de las vanguardias. Algunos kiels habían traído sus gargantúas, imponentes monturas que utilizaban para desplazarse en saltos simiescos, buscando rincones en donde esconderse. Parecía una broma, pero la estrategia era aquella. Dividir la armada lo más posible, en escuadrones de tres a cinco hombres, y repartirla por la ciudad, entre los callejones, bien oculta de los altos ojos de Vannael. A menos que el rey decidiera aplastar su centro mercantil favorito con tal de matarlos, muchos lograrían sobrevivir.

Todo dependería de la segunda apuesta, que Crandor esperaba con ansias.

Ante un aviso de Ventrysten, todos abandonaron el palacio de gobierno. Era un objetivo demasiado jugoso como para querer pasar desapercibidos en sus muros. Ya Babel estaba casi por completo sobre sus cabezas, y no había sol que les iluminara. Como un eclipse, todo lo que hubo en Gosico Fonit fueron sombras. Como si jugaran al escondite, sólo que sus vidas dependían de ello, los tres, Gallahard y Gio se plegaron varias casas tras donde habían estado, hablando por señas, instando a moverse o a no moverse a los otros grupos que iban cruzando. El emperador y su consejero se perdieron quién sabía dónde.

Pensaron que Vannael iba a hablarles, que pronunciaría un discurso antes de cazarlos, para provocarlos, o para levantar los ánimos de su gente. Pero el brujo no dijo palabra. La totalidad del cielo pareció cargarse con estática. Reed la sintió levantándole el cabello, dándole chispazos sobre la nunca, molestándole la piel. No necesitó gritar, o alertar a nadie. Todos comprendían muy bien lo que se les venía encima.

El primer relámpago emergió de la base de la capital, y reventó al azar una de las pocas casas vacías del centro. La fulminó, dejando sólo unos tablones chamuscados y ceniza que se esparció en un frío viento. Fue entonces cuando todos se prepararon para la tempestad. Unidos, en una sola figura, buscaban preservar sus números y se movían constantemente, sabiendo que ningún refugio era lo suficientemente fuerte, que ningún escondite era lo suficientemente seguro.

Más rayos surgieron de Babel, atacando indiscriminadamente. Encendían de fuego los árboles, pulverizaban caminos convirtiéndolos en hondos pozos, acallaban con su rugir cualquier advertencia. El aullido de un vendaval húmedo, potente, brotó como un muerto en pena en los oídos de todos. Reed avanzó con su grupo, cruzando una plaza que segundos después, tras un silencio abrasador, se convirtió en un cráter humeante en el suelo. Entendía que podía morir. Que cualquiera de ellos podía morir.

Caminaron con prisa, intentando alejarse del centro y llegar hasta donde los barcos se hallaban. No planeaban volver allí, pues sabían que Vannael probablemente atacaría las naves para impedirles avanzar por el agua. Arksinad aconsejó insistentemente evitar toda posible humedad, pero al exclamar esas advertencias su voz era débil, por el poderoso viento.

Se cruzaron a otro escuadrón, liderado por un kiel que los reconoció. Con una seña, en la lejanía, les indicó una de las casas. Otra hendidura salió de Babel, y golpeó el punto justo entre ambos haciendo que no lo volviesen a ver. Pero entendieron su último mensaje, y Reaper usó su codo para quebrar una de las ventanas.

Se metieron uno por uno, a ese hogar desconocido. Irrumpieron en un living familiar, donde un grupo de hermanas con el hábito de Ianna los veía aterradas, tras el cuerpo tembloroso de su padre, todos temiendo lo peor. Reed levantó ambas manos, e hizo un gesto de silencio. Pareció alterarlos aún más. Gallahard en cambio se quitó el guante y mostró el número tatuado en su mano. Guiñó su único ojo disponible, y al instante la familia se vio más calma. Reed pensó que el mundo era algo injusto en ocasiones.

Sabían de todos modos que quedarse demasiado tiempo allí era un suicidio, pero necesitaban descansar y analizar la situación. ¿Pero qué había para analizar? Todo lo que ocurría era una locura, una imagen de pesadilla. Desde la ventana, enfundado en su armadura espectral, Reaper contempló la lluvia de relámpagos caer, los escombros que parecían diminutos puntos negros siendo lanzados desde el cielo, lo inconmensurable de aquel enemigo. Sólo podían esperar. Tomaron un largo respiro, se ubicaron en un lenguaje mudo y acordaron acercarse al puerto. Aquella arca voladora inmensa se movía lentamente, como un nubarrón divino, pero la mayoría de los ataques parecía provenir de su centro. Esperaban tener algún tipo de reparo en la periferia, donde algo de sol todavía bañaba Gosico Fonit.

Gio no pudo traicionar sus años de delincuencia, y robó un par de naranjas de la despensa de aquella familia celestiana. Salieron por la misma ventana por la que habían ingresado, dejándolos en paz. Mientras se movían el medio ahora pelaba la fruta, como si necesitara ocupar sus manos en algo. Todo parecía gris, sombrío, y los estruendos les impedían entablar cualquier tipo de diálogo. Kiels morían por decenas, quizás, pero parecía que la estrategia estaba funcionando. Al menos...

Atravesaron jardines en llamas, y cadáveres ennegrecidos, duros como la roca. Pisaron el polvo de la piel de guerreros incinerados, y cada vez que la tierra retumbaba veían por sobre sus cabezas, e intentaban adivinar en dónde caería el próximo proyectil. Pronto quedaron fuera del área de influencia del enemigo. La tarde amena calentó sus pieles, los cegó con su calor. El aroma a salitre les indicó que se acercaban al mar. No dejaron de esconderse ni un sólo segundo, moviéndose sigilosos. Como tanteando, un cable eléctrico descendió cerca de sus cabezas y derribó un arco hermoso, de piedra blanca, que se desmoronó en grandes bloques sobre ellos. Gallahard lo congeló en el acto.

Pero el uso de magia pareció alertar algo en el mecanismo de la ciudad flotante. Toda Babel bramó, el sonido de mil cuernos sopladados al mismo tiempo. Reed creyó oír latidos, aullidos espeluznantes desde arriba, desde lo que se ocultaba tras esos muros tan altos. Como si el infierno estuviera sobre sus cabezas. Como si los demonios fueran a descender sobre ellos.

Aferró, entonces, la estrella que colgaba bajo sus ropas. Había logrado reducir su tamaño constantemente, para poder llevarla con mayor comodidad, y se preparaba para erigir una barrera seeler. Estaba claro que un próximo ataque iba directo hacia donde se hallaban. ¿Podrían esquivarlo?

Lo dudaba. Arksinad y Gallahard se prepararon también para crear barreras. Todo pasó en un segundo, rápido, instantáneo, pero también por eso delimitado, como si Reed tuviese horas para analizar cada expresión, cada movimiento frustrado de labios, cada revelación en el gesto de sus compañeros. Comprendió en toda su capacidad que sería inútil intentar bloquear aquel devastador ataque. Que serían aplastados.

El relámpago surgió de Babel, una larga serpiente que descendió directa a ellos. A la mitad del camino, una potente llamarada que parecía escupir hasta roca líquida lo interceptó, y la explosión dominó los cielos.

Contemplaron con asombro a sus salvadores, a quienes habían estado esperando. Era una visión imposible, pero allí estaba. Cientos de ellos, con sus alas gigantescas, como una migración del fin del mundo. Las colas flechas en las alturas, la luz que despedían sus cuerpos, sus gruñidos de desdén al abalanzarse contra la nave de Vannael. Los dragones emprendieron un contraataque, lanzando llamaradas inmensas de sus fauces, deteniendo los relámpagos, creando explosiones que hirieron aquella arca.

-¡A las naves!- se oyó la orden, por doquier- ¡A las naves!

Vieron a más grupos de la milicia obedecer aquel comando. Los dragones no prestaron atención. Reed, Reaper, Arksinad y Gallahard se quedaron en su lugar, admirando la batalla. Gio en cambio se inclinó.

-Buena suerte, muchachos. Le enviaré sus saludos al general.

Lo despidieron, y el soldado se fue a unirse con los demás. Pero ellos debían mantenerse en su sitio. Un pequeño grupo se separaría del resto.

Mientras los ataques de dragones lograban forzar a la ciudad móvil a detenerse, Reed sintió resucitar el horror que aquellos monstruos le inspiraban. Los veía volar, salvarles, ayudarlos, y aun así no podía sacarse de la mente a Skectral, a su crueldad perversa y su risa. Pero esto estaba ocurriendo, pensó también. Un acto sin precedentes en la historia de este mundo. Captó de lleno a uno de los lagartos, mucho más grande y de movimientos sinuosos, y por su color rojo ardiente entendió que era Balefor quien dirigía al resto. Un poco más allá vio a un grupo de gente que se les aproximaba, también absortas en el espectáculo: Crandor, Ventrysten, Brisafiel y un grupo reducido de guardias imperiales, que lograban mantener la compostura ante aquel caos.

-Están aquí- sonrió el líder viéndolos- Me alegra que estén todos vivos.

Reaper asintió, sin dejar de mirar el combate. No había felicidad en sus ojos. El recuerdo de Eluid los azotaba a todos. Sólo mucho después Reed pudo notar que a Crandor le faltaba un brazo, que bajo el codo traía un muñón carbonizado, humeante que llevaba sin un sólo gesto de dolor. Se lo había causado al intentar separar a uno de sus hombres del sitio en donde impactaría uno de los ataques.

Pero en ese momento no lo notó, o no quiso notarlo. Veía las figuras aladas danzar por los aires, dar giros y golpear, y a la nave de Vannael perder algo de altura e ímpetu, ya humeando por sitios. Algunos truenos surgieron, contra los señores de

Aterror, y un par cayeron carbonizados. Balefor maniobró tras una nube, y lanzó otra potente llamarada que dejó una brecha en las murallas celestias. Escupía lava líquida, más que fuego, y aunque era viejo se percibía que era también fuerte, más de lo que Skectral había sido. Pero por la libertad en su vuelo, era obvio que en parte estaba jugando. Aquello, como sabían, era una distracción: le daba tiempo al ejército, para huir desde los barcos a su nueva posición, para buscar otro sitio desde el cual asaltar la tierra. Los subordinados del emperador se encargarían de organizar las tropas, de alinearlas cerca de donde ocurriría la batalla decisiva. También los dragones parecían haberse separado, pues varios se quedaron luchando contra el ingenio de Vannael, mientras que Balefor y unos otros tantos bajaron hacia donde ellos estaban, cometas impactando la tierra y juzgándolos altivos.

-Nos encontramos... Otra vez...

Brisafiel repetía un mantra similar a *“oh dioses, oh cielos, oh dioses, oh cielos”*, aterrado hasta la médula. Reaper escupió, adelantándose.

-A tiempo para su pequeña fiesta.

-¡Ja! Hablas como si este no fuera un buen momento para regocijios. –el viejo reptil miró a Crandor, y ladeó la cabeza- *Emperador.*

-Anciano- le saludó este. Fue más burla que cortesía, pero Balefor no se lo tomó con ira. No parecía tener el orgullo tan arraigado de sus congéneres.

-No perdamos el tiempo- habló Ventrissen, poco impresionado con la situación- *En marcha.*

Lo miraron, la mayoría sin comprender. El seeler exhaló con frustración.

-A Aterror.

-¿No tomaremos el barco?- sugirió Jalomar- *Me agradan los barcos. En este momento me agradan aun más que antes.*

Una pata resquebrada, hirviente, provista de garras que se alzaban como jabalinas apuntando el cielo cayó cerca de ellos. El humo negro y espeso salió desde los orificios del Senescal de los Dragones.

-Suban. Los llevaré a Aterror. No querrán perderse la Cumbre.

Los dragones que le acompañaban hicieron lo mismo, inclinándose.

-He elegido a los más humildes y en quienes desconfío menos- explicó el monstruo. Arriba los suyos seguían luchando y muriendo, pero no parecía importarles- *La mayoría de los nuestros... Encontraría hilarante el ser utilizado como medio de transporte. Pero no tenemos tiempo. La elección del nuevo emperador es cercana, y hay mucho que discutir. Suban.*

El tono de la última palabra hizo temblar a todos. Sin opciones, y sabiendo que era lo que debían hacer, accedieron a trepar. Reed se adelantó, y eligió la garra de Balefor. No podía creer que estuviera poniendo su vida en las manos de aquella bestia, no después de lo que había pasado con Vant. Arksinad fue junto a él, sonriendo como enajenado. Imaginó la cara de Eluid de estar presenciando aquel momento, y por momentos terminó hallándolo cómico.

“A Aterror” pensó *“A bordo de un dragón.”*

Era como dirigirse a un volcán activo a bordo de un león hambriento.

-Sujétense bien- Balefor movió las alas, alas que eran cuatro veces su tamaño cada una, y comenzó a remontar altura. Desde el principio Reed se sintió capaz de vomitar- *No querrán caer. Es un largo camino hasta el suelo. Agradézcan que nosotros no suframos de... ¿escozor, es la palabra?*

“¿Este dragón acaba de hacer una broma?” fue el pensamiento incrédulo de todos los allí presentes. Ya el suelo estaba muy abajo, y rítmicamente, con los abruptos movimientos del Senescal, comenzaban a alejarse de Gosico Fonit. Ventrissen y Gallahard se hallaban en otro dragón, y en un tercero Reaper compartía espacio con su emperador. Los otros llevaban a la elite de Zubeneschamali y a Brisafiel, que parecía llorar del desconsuelo. La expresión entre horrorosa y cómica de su rostro fue lo último claro que Reed pudo recordar con todo detalle, antes de que la altura fuera demasiada, el vértigo fuera demasiado, la aventura fuera demasiada y le nublara las memorias de aquel viaje de maravilla.

Tuvo una idea simple, tan simple como lo era el seguir siempre una misma dirección en línea recta. En su caso, no podía tener idea de hacia dónde aquella dirección la llevaría, de si se dirigía a su salvación, a una arboleda, a donde una mano amiga la ayudara o directa a un campamento de soldados que la retuviera pensándola espía y la volviera a entregar a Idgray. Aquella última posibilidad la aterraba, y más porque entendía que era la más probable. Se hallaba, después de todo, en territorio enemigo.

“Debo decirles” pensó, manteniendo el aliento y la velocidad mientras pasaba las casas, la conocida arquitectura de aquella ciudadela “*Estos humanos están... defendiendo a quienes les mató*”.

¿Pero quién iba a creerle? Hasta ella comprendía que intentar dialogar sería inútil. Por lo tanto, antes que nada, decidió que no confiaría en nadie que se encontrara. Todos debían de servir a Idgray, ninguno le haría caso. El único sitio donde podía encontrar ayuda no estaba en ese mundo.

Se hallaba cruzando un portal, pero Linith desconocía precisamente dónde. Sospechaba que era mucho más lejos de lo que había imaginado. En las lecciones que le habían impartido en Oesile Nede, junto a los demás niños, les habían hablado del mundo exterior y de su tamaño, de sus climas, de las cosas impresionantes que allí convivían. Pensó en el llamado océano, y en la posibilidad de tener que cruzarlo. Era una locura. No podía imaginar tal cantidad de agua, agua que se acumulaba profunda como un cielo invertido, agua en la que criaturas nadaban y se cazaban entre sí, tan vasta que las otras especies habían creado barcos para navegarla. Naves que no volaban. Parecía cómico de sólo pronunciarlo.

No le costó demasiado dejar Dammed Oah atrás. Con el Árbol de la Nada activado, poco quedaba ya de la ciudad maldita que no estuviera entre las ramas, en la altura. Linith Evenstar contempló la extensión que se abría frente a sus ojos, echó un vistazo a la gigantesca cosa que seguía creciendo contra el cielo, al Tártaros atrapado entre sus raíces –y allí se hallaba aquel niño que la había ayudado, ahora solo- y sin siquiera respirar volvió a echar a correr, hacia donde calculaba era el norte.

Pero no pensaba mucho ya en lo que estaba haciendo. No meditaba que seguir una sola dirección, en un universo desconocido, era una locura absoluta. Tenía hambre, sueño, dolor en el cuerpo, vestigios del terror vivido bajo la custodia de Grimold Styxer.

Tenía la terrible necesidad de regresar a Diakaza, a Oesile Nede, de abrazar a sus padres que estarían desconsolados, tan lejos de ella. Mordió su labio inferior resistiendo las lágrimas, y no dejó de correr. Sabía que algo como eso estaba muy lejos como para desearlo.

Pasaron minutos, tal vez horas, y el castillo de Idgray se convirtió en una silueta negra moviendo sus brazos en el horizonte. Supuso que el azar la había ayudado. Los campamentos enemigos no debían de estar por allí, se había topado con un camino librado de peligros.

A la tarde, cuando por fin se sintió segura, arrancó yuyos del suelo y los comió. Bajo su chaleco blanco notó que ahora las costillas se le percibían, y su piel, antes siempre bronceada por el sagrado sol, había adquirido una palidez mortecina.

No lloró, sino que de algún modo aquello le dio más valor. Tenía un objetivo. El sol de este mundo era distinto al que ella amaba y conocía: carecía de la presencia de Baal, de la bendición que otorgaba a quienes le adoraban. Era un astro frío, débil en comparación con su dios. A la noche se fue ocultando, mucho más rápido de lo que había esperado, y lo helado de esas tierras le caló en las entrañas. Pero resolvió que cualquier cosa era mejor a seguir dentro del Tártaros. Aprovechó, sintiéndose entumecida, y decidió por fin dormir un poco.

Para ello se acostó a un lado del camino, contra la tierra, buscando abrigo en esa suciedad natural. Las piernas le temblaban, y las sujetó hecha un ovillo, retomando su posición de dentro de la celda. El estómago le rugía. Comenzó a caer en el sueño mientras fantaseaba con pasteles, con carne en salazón, con un poco del delicioso guiso o las galletas de miel que su madre sabía cocinar tan bien.

La despertaron voces.

-Debe ser ella. La hallamos.

Se puso alerta, como un animal rabioso, sacudiéndose en su sitio. Dos soldados de armaduras hechas de placas rojizas la contemplaban con piedad en sus ojos.

-¡Aquí!- gritaron- ¡La encontramos!

Se oyeron más sonidos, silbidos y aplausos. Linith se sintió como una criatura curiosa, pero más que humillación tuvo espanto. La llevarían de vuelta a su celda. O quizás la matarían en ese momento. No había razones por las que Idgray la necesitara.

Cuando aquel humano quiso ayudarla a incorporarse golpeó su mano, e intentó correr. Otro hombre se le interpuso, tratando de atajarla, y Linith se escabulló bajo sus piernas. Trotó, sin fuerzas. Resistía el dolor, y el cansancio. La terminarían por...

Chocó algo blando, y sintió como la abrazaban. Era una sensación familiar, por la que se dejó adormecer. Al levantar la vista, vio que su captora no era ni más ni menos que la reina, Shimari.

-Ma...

La recordaba saliendo despedida del Tártaros, cuando se habían enfrentado al monarca blanco. La humana le acarició el cabello sucio, con dulzura.

-Te estábamos buscando, Linith. Tearu nos dijo que aparecerías por aquí.

Sintió la garganta reseca, y las lágrimas entonces sí afloraron. Se abrazó a aquella joven, y echó a llorar como nunca lo había hecho antes, sin que le importara que la mirasen, que se rieran, que le dijeran cualquier cosa.

Lloró, y lloró, y el agua caliente le fue lavando el rostro. Shimari no rompió su abrazo.

-Ya estás segura- le dijo, y miró a los que la acompañaban- Con eso estamos listos. Podremos partir de una vez.

-¿Y su...?

-Sephid no está aquí. Será mejor apresurarnos.- en la voz había cierta tristeza, que Linith captó. Notó que se había embadurnado la cara de mocos, y los limpió con una mano- Vamos, vamos- la palmeó Shimari- Ya estás bien. En el campamento podrás bañarte y comer algo. ¿Conoces a Nakku, verdad? Nos está esperando. Probablemente va a pedirte disculpas, pero no le hagas caso. Las tres vamos a hacer un viaje divertido. De mujeres.

La fue empujando, guiándola, y los soldados kamuitas que la rodeaban controlaron borrar toda huella posible. Linith siguió oyendo a la reina, lo que le contaba, dejándose adormecer por la felicidad de sentirse por fin acompañada y protegida. No se había percatado de la cantidad de dolor que había estado cargando en su interior, de cómo lo había estado reprimiendo, de lo pequeña que se había estado sintiendo todo ese tiempo. Shimari le habló de tonterías, de su tierra, de Tearu y los albinos, y le dijo que la habían estado buscando desde hacía días por la zona. Al parecer, quería su compañía para cierto lugar al que debían presentarse. Un sitio llamado Aterror, o eso creyó escuchar entre los gemidos y las lágrimas que seguía derramando sin querer.

No le decepcionó el conocer Aterror, y la juzgó digna de su nombre. ¿Qué otro sitio podía ser el hogar de los dragones, si no esa isla espinosa, oscura, húmeda, esa isla donde los peñascos formaban bocas de lobos en las cimas de sus montañas, en donde el pasto parecía ser una ocurrencia milagrosa, en donde volcanes vomitaban fuego y ardor al cielo cada tanto y todo parecía sacado de algún infierno, del padecimiento de la mente de algún artista?

Balefor fue descendiendo suavemente, y mientras más y más se aproximaba a aquel terreno inexplorado más Reed sintió que estaba perdido. Como en una cueva de murciélagos, cientos de criaturas aladas revoloteaban por aquí y por allá, entre los grandes palacios que dominaban las montañas, lanzando llamaradas y truenos cada tanto como saludo o advertencia. El Senescal ignoró a todos. Descendieron a una de las cimas más altas, donde una construcción punteada, irregular se alzaba, sin techos, más amplia que ningún castillo que jamás hubieran conocido. Las fauces del dragón se curvaron hacia arriba.

-Bienvenidos a mi hogar.

Se sorprendió al ver que había gente allí abajo. La mano del viejo dragón lo depositó en el suelo, y tanto él como Arksinad descendieron mareados, pero más aun confundidos por la presencia de aquellas personas envueltas en pesados ropajes blancos, de ojos oscuros y marcas en la frente.

-¿Son...?- divisó a Ventrysten, pero este negó.

-Mi servidumbre- explicó Balefor- *Ellos cuidarán de ustedes.*

El grupo de hombres y mujeres se inclinó. Reed divisó a un anciano, a un joven que tal vez tendría su edad y a una muchacha. Parecían humanos, pero al mismo tiempo algo en sus movimientos era distinto, como demasiado compasado, tal si siguieran una música cadenciosa y desconocida. En aquel lugar, en donde el frío y el calor se

entremezclaban blandiendo fuerza contra su cuerpo, donde todo le dolía y escalofríos descendían por su espalda, el misterio de esas personas le llamó aun más la atención todavía que las terroríficas posibilidades de morir o el impensable viaje que había hecho. A su lado Arksinad silbó, también curioso.

-Tienen mucha magia.

-Demasiada- comentó Gallahard- Esto es anormal.

Se miraron.

-Vannael- dijeron los dos al mismo tiempo.

-Preferiríamos evitar nombrar a ese traidor- el más viejo de ellos hizo una reverencia, instando a que lo siguieran- Nosotros nos encargaremos de que estén cómodos en las dependencias del amo. Por favor, cuiden el paso. Aquí algunas cosas se derrumban.

Reaper se adelantó con ellos, pero Crandor, Ventrysten y Brisafiel se perdieron por otro lado. Mantuvieron el paso de aquellas personas, sin sentirse aún del todo cómodos o seguros. Que hubiera humanos viviendo en Aterror...

-Nos parecemos- explicó el anciano- Pero no somos iguales.

Sobre él pasó volando Balefor, adelantándose a todos ellos para dirigirse a la cima de su dominio. Lo vieron arriba, imaginaron el terror que desataría al atacar un pueblo, al devorar a un hombre. Pero la servidumbre no se veía en lo más mínimo alterada ante la presencia de su amo.

-Son una especie distinta- notó Reaper.

-Así es- el viejo le sonrió- Pueden llamarnos Malals, pues carecemos de nombres individuales. Existimos para servir, desde el principio de los tiempos.

Era un descubrimiento que no estaba en ningún libro. Un pueblo inteligente, que sirviera a los dragones encasillados en Aterror, un pueblo de gigantesca capacidad para la magia, con enorme similitud a los humanos. Arksinad ojeó a la muchacha, de largo cabello negro, y terminó suspirando.

-Con que eso lo explica.

-Vannael es uno de estos bichos raros- resolvió Reaper.- Y creo... Que el niño de la caverna quizás también lo sea.

-Insisten en nombrarlo- su guía dijo eso, pero lanzó un suspiro avieso- La de Vannael fue una traición grande. Que lo conozcan allí en sus pueblos sólo termina haciendo que mi corazón tiemble con amargura.

-¿Quién es Vannael?- preguntó Arksinad, interesado.

-Uno de nosotros, efectivamente- sólo hablaba ese hombre, los otros permanecían en un silencio perfecto- Nació aquí, hace años. Cientos de años, pues nosotros vivimos más que ustedes, llevamos vidas lentas, sosegadas. Vidas de eterna soledad. Pero ese hombre... Se fugó. Faltó a sus deberes para con nuestros amos.

Los ojos le brillaron.

-Creo que por una vez no voy a juzgarlo- opinó Reaper viendo el cielo, las manchas que pasaban volando, haciendo sonidos de truenos, oscureciendo con su presencia la ya fúnebre apariencia de la isla- Sus amos son unos cretinos.

-Lo sé- respondió el anciano.

En el palacio de Balefor había dos tipos de construcciones, que se superponían o entremezclaban. Unas eran las salas principales, destinadas sin duda al lujo y gozo del dragón. Eran habitaciones amplias, destechadas, adornadas con tesoros cuya rareza llegó a sorprenderlos, a ellos que ya tantos galpones de tesoros habían conocido. Balefor no parecía interesarse por el valor de lo que coleccionaba, sino más bien por su

singularidad. Había figuras finas hechas con hilos de amatista pulida, que representaban centauros batallando contra faunos. Había oro en pepillas, tan pequeñas que parecían buen talco o arena. También vieron algunas jaulas, en las que animales rabiosos se debatían, y vieron a otros malals alimentarlos, o darles de beber con esponjas humedecidas en largos palos, siempre con expresiones indefinidas, sin gozo ni tristeza. Por la cantidad que cruzaron, Reed estimó que Balefor tenía de cien a doscientos sirvientes para mantener su hogar en pie.

El otro tipo de construcciones eran pasillos pequeños, a través de los cuales los malals accedían a las diferentes dependencias de la montaña. En ellos había espacios para cocinas, lavabos, habitaciones de colchones mullidos y hasta una forja, que Reaper contempló con gran interés. El colmillo de Skectral colgaba aún en su cuello, y los ojos de los malals temblaban al contemplarlo. Pero no parecían tomarlo como una ofensa.

-Dormirán aquí- les indicó al final el hombre un espacio, en donde varias sábanas impecables se apilaban en el suelo sin mucha organización. No tenía paredes, sino que era un balcón más, un sitio descubierto desde el cual se podía observar uno de los valles de Betelgeuse, a los cientos de puntos que volaban, al insondable espectáculo de terror con el que deberían conciliar el sueño- Estamos para cualquier cosa que necesiten. Nuestro amo no consentiría que la pasen mal en sus dominios. No disponemos de mesas para su... tamaño, por lo que el alimento les será traído directamente aquí.

-¿Será carne humana?- preguntó Reaper.

El malal sonrió.

-Me temo que no, pero cosechamos unas berenjenas exquisitas. También hay algo de cerdo salvaje. Esperamos satisfacer sus paladares. Mañana quizás quieran conocer a nuestros otros invitados...

Recibió miradas inquisitivas, y asintió con parsimonia.

-Los seelers, de la Organización de Albion- explicó- Sus grandes líderes se hallan aquí. Dordo Id Quaria también pasa sus días y noches en el torreón mayor de la Sala de Conocimientos; analizando las estrellas.

Tenía sentido, pues ahora todos sabían que aquel anciano había sido un seguidor de Albion. Aun así, al oír su nombre un presentimiento escabroso erizó la piel de Reed, como un presagio de muerte cuya procedencia desconocía. Pensó en Sefhid, en el Sefhid que le había hablado con tanta tristeza en su visión.

Los malals hicieron reverencias, uno tras el otro. Luego marcharon; dejándolos en paz.

-Bueno- resolvió Gallahard, arrojándose contra un atado de sábanas- Aquí estamos.

-Precisamente aquí.

Rieron. Curiosamente, no se sentían tan nerviosos como deberían. El haber conocido a los malals llenaba a Reed de una sensación extraña alejando su atención del infierno en el que habían terminado por llegar. Parecía una especie que, aunque sirviera, retenía su orgullo, y aunque retenía su orgullo también había descubierto algún tipo de sabiduría, una sabiduría que les impedía rebelarse o usar su poder para colmar ambiciones.

Y Vannael...

Vio de reojo a Arksinad, que parecía pensativo. Quién sabía cuál era la historia de aquel hombre.

-Es más cómodo de lo que pensé- comentó al imitar a Gallahard, aspirando el perfume de aquella tela y observando el cielo estrellado- Si me lo perdonan, creo que voy a dormir. Ventrísten me espera mañana para otra sesión de entrenamiento.

-Se desquita contigo por algo- opinó Reaper sentándose en el borde del barranco, relajado. Con el sueño invadiéndolo fácilmente y la pesadez de su cuerpo por el largo viaje sobre las garras de Balefor, Reed no supo ni quiso desmentirlo. Terminó cayendo inconsciente en segundos, presa de un cansancio que no había percibido en sí hasta ese mismo instante.

Unos minutos después Gallahard se levantó, diciendo que iba a dar un paseo. Tenía curiosidad de saber qué tan resistente era la sabiduría de las mujeres malals a sus encantos.

Reaper y Arksinad quedaron entonces sentados, con las piernas colgando del borde del precipicio, observando en silencio a los dragones de Aterror desplegar lo que para ellos serían sus vidas diarias, pero que para cualquier mortal que viera era tan sólo una serie de cruces caóticos, de rugidos y risas, de vuelos desenfrenados por el sólo placer de demostrar que podían dominarlo todo. Había dragones de todos los tipos. Dragones enflaquecidos, similares a verdaderos esqueletos, dragones oscuros, refulgentes, cubiertos de púas o diamantes; incluso algunos dragones blancos, espectrales, de la raza de Hueso sobrevolaban por encima de sus congéneres, más altivos que la mayoría. Betelgeuse era un nido para aquellas bestias. Algunas pasaban cerca de ellos, y les dirigían certeras miradas, pero no los atacaban. Parecían ser de repente invisibles, fantasmas en un mundo lleno de terroríficas fauces.

Sin embargo, Reaper supo que la expresión de contrariedad de Arksinad no tenía nada que ver con aquello. Suspiró, y lo miró. El mago tenía el cuello inclinado, y miraba sus propias piernas y el precipicio.

-Dime qué pasa por esa cabezota insípida.

-No es nada. Es sólo que...

-¿Tiene que ver con Vannael?

Arksinad pareció dudar, sobre lo que habían oído de los malals. De los antiguos cohabitantes del Rey de los Magos.

-No. Esta vez no. Reaper, ¿qué viste en la caverna del Sabio?

El kamuita dejó de examinar a su amigo, y observó el cielo de Aterror. La luna brillaba en la lejanía, entre la oscuridad y las densas nubes, una luna que pronto se convertiría en una luz infinita durante unos pocos segundos. Sería una imagen deslumbrante.

-Algo que ya superé –terminó por decidir contestar- Una visión... de mis miedos. Pero con Necrostacia hecha pedazos, esos miedos ya no me persiguen. Me siento libre. ¿Es eso lo que querías saber? ¿Qué viste tú en la caverna del Sabio?

La angustia en el rostro terso del celestiano afloró en una procesión de expresiones diversas. Pasó la mano por su rostro lentamente, con pavor.

-Vi... No, sentí. Sentí los últimos momentos. De Ruin.

Asintió.

-Lo comprendo.

Arksinad se recostó.

-Y yo...- cerró los ojos, y recordó las visiones que el kiel le había mostrado, a Zark Argocette y su compañero Goliat Sidewinder atacando a la princesa elven y a Salocin Arim- Me equivoqué. Ese día, me equivoqué por completo. Pensé que había ajusticiado al culpable, a quien la había asesinado. Pero estaba errado. Maté a un hombre inocente, el primero de tantos. Era otra marioneta. El mago que mató a Ruin...

-No pensé que algo como eso te importara.

-Tal vez sea por haber retrocedido. Me siento diferente, Reaper. Tengo miedo. Las manchas que dejé en mi pasado, no importa cuán joven me vea ahora... Están ahí, y me persiguen. Oíste a Eluid, en sus últimos momentos. Podía comprender su dolor. Toda la gente a la que he asesinado estos últimos años... Y Ruin. Porque Ruin creyó que yo era el culpable de su muerte. Me odiaba.

Sonrió. Era una sonrisa melancólica, que a Reaper no le agradó. Pero la dejó pasar, suspirando, y decidió contar algo él por su cuenta.

-¿Sabes? Sí cierro los ojos... En ocasiones puedo ver a mi padre.

Arksinad lo contempló espantado.

-Tenemos que buscarte ayuda.

-No seas idiota. No me refiero a su fantasma, ni a su cuerpo en vida. Osald está muerto, eso lo sé. Pero lo veo.

-¿Crees que...?- el mago comenzó a examinarlo. Él volvió a asentir. Recordaba las lecciones de Rashka y de los albinos del Domo del Sol.

-*Neu.*

-Necesitarías un arma para eso.

-Pienso hacer una- confesó- Pero a lo que voy, Arksinad, no es a aquello. Yo sé lo que debo hacer. Y te conozco. Cuando un pensamiento de desesperación se mete en tu cráneo no te puedes librar de él por nada del mundo. Pero debes dejarlo ir.

-Pero Ruin...

Pequeñas perlas claras aparecieron en los ojos castaños. Entonces el kamuita tomó al Nueve de su túnica, sacudiéndolo, mirándolo a los ojos con fervor.

-Esa elven. Esa princesa. Te odió, y te utilizó a su manera. Y aun así sabes que le debes algo. Pero lloriquear no hará que puedas pagarlo. Ella odiaba a alguien mucho más de lo que pudo llegar a odiarte. A kilómetros de aquí, tu maestro reposa en su ciudad voladora. Va a participar de la guerra que él mismo provocó, lo sabemos, no se lo perdería por nada del mundo. Y esa es nuestra oportunidad.

Con las lágrimas incipientes ya frenadas, Arksinad lo contempló asombrado.

-¿Oportunidad?

Reaper lo soltó, y rebuscó en sus ropajes, en los compartimientos que traía por dentro de su nueva armadura. Sacó un fajo de pergaminos amarillentos, algo desgastados pero todavía legibles, y se los tendió.

-Este fue el regalo que me hizo Van Lyder, días antes de atacar al dragón en Tikielder- explicó- Lo traje, pues pensé que podría servirte. Son las investigaciones de mi padre sobre la magia de luz, *Shinoras*.

-Quieres que las aprenda.

-Hay un par de hechizos interesantes allí. Hechizos que incluso Vannael desconoce. Sí, Arksinad, quiero que te hagas más fuerte. Y yo también me volveré más fuerte. Seremos tan fuertes como para pagar a Ruin Levan Aurora y a Osald Assadan lo

que les debemos. Extinguir la única vida que debió extinguirse en esta desafortunada historia.

-Vannael.

Asintió. Arksinad se secó la humedad de sus ojos con una manga, y su otra mano aferró aquellos papeles. Antes de que Reaper pudiera hablar, esta vez él lo encaró.

-Si vamos a hacerlo, quiero tu palabra de que volverás con vida.

-¿Lo dices en serio, boca-cortada? ¿Me has visto? Soy prácticamente invencible.

-No estoy bromeando, Reaper.

Sonrió mostrando los dientes. Era raro ver a Arksinad tan sereno.

-Está bien- accedió- Y también quiero la tuya. Cuando llegue el momento, asesinaremos al rey de Cel-Neckar, y ambos volveremos en pie para saludar a nuestros fantasmas y dejarlos marchar.

Tendió su mano encallecida, y Arksinad la tomó estrechándola con firmeza.

-Lo prometo.- dijeron al unísono.

15. Luchar Por Lo Que Perdimos

-¿Señor?- lo sacudió una mano con suavidad, como si temiera en realidad despertarlo- ¿Señor?

Abrió los ojos, de repente confundido. Un cielo abierto y claro se extendía sobre él, poblado de mil aves distintas que se confundían con el brillo del amanecer. Hacía calor, y se sentía sofocado.

-Necesito bañarme- dijo, más al aire que a nadie. La voz de la joven le respondió.

-Hay dependencias listas para eso. Le he traído algo de comida.

El trato formal lo desconcertó. Su rostro se desencajó al entender que las aves de arriba eran dragones.

Se incorporó de improvisto, recordando todo. Estaba allí, en aquel nido de muerte. Betelgeuse, capital de Aterror, capital de las criaturas más crueles y sanguinarias de su lado del mapa. Tragó saliva. La malal lo contemplaba con ojos grandes y curiosos. Traía una bandeja con distintos alimentos.

Reed le pidió que la dejara junto a su lecho con una seña, y ella se marchó. Entonces, sintiéndose un tanto más en privado, hizo un paneo general a su alrededor. De día su balcón era más ameno, aunque el estar descubiertos ante los dragones no creaba perspectivas de descanso muy relajantes. Se estiró, pensando en lo irónico que era decir eso luego de dormir como lo había hecho. Reaper y Arksinad no estaban. Unos metros más allá Gallahard dormía contra la pared, quieto como un cadáver.

Examinó la bandeja y le llamó la atención la prodigalidad del servicio. Parecía una broma. Moras, fresas y nata fresca, zumo de zamora, hasta cereal crujiente de sabor dulzón, con miel. Devoró todo en unos pocos minutos, dejando que el viento suave que paseaba por aquel valle le refrescara el cuerpo. Mientras tanto pensó en qué hacer. Imaginó que ocuparía parte del día en meditar, como siempre, y en entrenar con su Estrella. ¿Pero y el resto? Podía intentar pasear por la isla. No era una oportunidad que se le presentara a uno todos los días, estar allí era algo que ni Scarrow había logrado en sus historias.

Sonrió, pensando en qué le diría su viejo mentor de estar vivo, si lo viese.

“Ten cuidado” pensó, casi viéndolo a su lado *“Eso me diría. Y tendría mucha razón.”*

Exhaló un largo suspiro, y se incorporó limpiando las migajas. Buscó a su alrededor, a alguien que lo asistiera.

La joven malal se le volvió a acercar. No era precisamente grande, pero a Reed su corta edad le hacía recordar a algunas de las aldeanas de Vant, las que jugaban junto con él en su infancia y que eran lo más similar a hermanas que había tenido en su vida.

-El baño está listo.

-Gracias- contestó, aunque ya se sentía fresco- ¿Cómo te llamas?

-No tengo un nombre.

Aquello le pareció triste.

-¿Cómo puedo llamarte?

-Aplaudiendo.

Más triste aún.

-Apla.- le dijo- Condúceme.

Los ojos oscuros lo miraron extrañados, pero obedeció. Antes chequeó a Gallahard, como si quisiera controlar su pulso.

-¿Está bien?- preguntó Reed.

-Ayer quiso hablarme toda la noche.

“*Ese perverso hijo de...*” murmuró para sus adentros, pero mantuvo la compostura. La joven no parecía molesta ni perturbada. Gallahard dormía con las piernas apretadas, y parecía titiritar del frío aun con el calor que hacía.

-¿Te hizo algo?

-Hablamos- asintió ella- Pero creo que lo aburrí. No solemos tener muchos invitados por aquí.

Calló, y avanzó siguiéndola por las dependencias de Balefor, por pasillos lustrosos, lujosos, de candelabros dorados y adornos en las paredes.

-¿Puedo recorrer la isla libremente?- inquirió.

Apla negó.

-Sólo los territorios del amo Balefor. Y el palacio central, con sus torres. La Torre del Conocimiento, la Torre de la Difamación, la Torre de la Elección, la Torre del Constructo, todas están abiertas al público. Aquí hay mucho espacio libre, con seguridad. Pero imploramos que se mantengan alejados de los dominios de los demás dragones. Podrían sentirse tentados.

No tuvo que preguntar tentados a qué.

-Y la coronación del emperador...

-Es esta misma noche. Se hará en la Torre de la Elección. Esperamos contar con su presencia.

-¿Sabes quién es el elegido?

Ella asintió. Reed esperó más detalles, pero el rostro no se movió. Suspiró.

-¿Quién es?

-El Amo Ladón, de los Huesos.

Instintivamente su puño se tensó, como recorrido por electricidad. Huesos. Algún familiar de Skectral, con seguridad.

-¿Es... piadoso?

La malal se frenó, y lo escudriñó con perplejidad inocente. Reed consideró necesario explicarse.

-¿Es alguien a quien valga la pena servir?

-¿A quién vale la pena servir?

-A alguien justo- añadió- A alguien compasivo y bondadoso.

-¿Por qué alguien justo necesitaría servidumbre? No tiene nada que suplir de sí mismo.

La lógica de aquello lo superó. Continuaron caminando, doblando por un sendero que rodeaba una de las montañas, soportado por gruesas columnas. Algo en aquella arquitectura le recordó a las profundidades de Belekraz. Eran largas distancias las que había que cubrir en Aterror.

-Si estás aquí- dijo la malal- Y eres un seeler, podrías utilizar el balcón aural para meditar. Allí... El cielo se ve vasto, y claro. El eclipse será una visión hermosa, un regalo de este año.

Por una vez había habido algo de poesía en sus palabras. Levantó una ceja.

-¿Cuánto sabes de los seeler?

-Algo- dijo ella, y se frenó frente a un umbral- Sé que están aquí. Y que tienen un objetivo. Son pedazos viejos de un deseo egoísta y mal consumado. Pero si hablamos de saber... Tú, ¿cuánto sabes de ti mismo?

»Pareces perdido. Esperas a alguien, lo noto. Pero no sabes quién es. Y tu alma está confundida, impía. Es como si en el fondo creyeras que una decisión tomada es correcta, pero que no puedes sentirla. O que no es tu decisión, que pertenece a alguien más. No es miedo lo que detecto en ti, sino ruina. ¿Pero has venido aquí a calmar eso? Porque puedo percibir parte de tu destino. En algún punto, una cuenta regresiva empezó a sonar para ti. ¿Puedes sentirla?

Quedó en silencio. Aquello explicaba lo de Gallahard.

Tendió una mano a la joven.

-Toalla.

Se la dio, y Reed se dirigió hacia la tentadora fosa de agua caliente que se adivinaba del otro lado, con el rostro sereno como si nada de lo oído le hubiera importado. Pero segundos después, mientras hundía la cabeza en el burbujeante relaje, decidió no hablar más con Apla ni con ninguno de los malals en el resto del día, y evitarlos lo más posible durante su estadía.

No Apla, sino el joven que tenía su edad se acercó luego del baño para avisarle que Ventrissen cancelaba su entrenamiento hasta después de la coronación.

Aunque por dentro cuestionó esa falta de motivación para entrenar al único que supuestamente podía acabar con Idgray Decaheron, supuso que los deberes de consejero imperial lo mantenían ocupado. Pasó entonces la jornada recorriendo y tentando los límites de lo que podía pisar en aquel monumento al mal que era Aterror, analizando su estructura y fundamento. Era, sin duda alguna, un rincón impresionante, perdido entre mares furibundos como los de su isla, y con un misterio que se desentrañaba al llegar.

Tal misterio era: ¿Cómo mantenían unido los dragones, seres de impensable codicia y crueldad, un gobierno propio sin matarse unos a otros? ¿Cómo construían, cómo convivían, cómo se delimitaban sus derechos y obligaciones?

Y la respuesta, desde luego, eran los malals. Reed los veía meditar –eran seelers, todos ellos- y también los veía limpiar, encerar los suelos de los distintos palacios,

cocinar, resolver disputas, organizar metódicamente toda la vida en Betelgeuse. Llegó a cuestionarse, tiempo después, quiénes eran los amos y quiénes los esclavos.

Aunque la especie era servicial, al verlo paseando lo dejaron en paz. Reed recorrió el linde de la isla, arrojó rocas al turbulento oleaje sentado en uno de los húmedos peñascos, se embadurnó de barro y vio incontables dragones pasar por sobre su cabeza, distraídos en sus ocupaciones. Los preparativos para la coronación debían de estar sucediendo desde hacía días. Pensó en Skectral, que sin duda conocía aquellos lares. Un regocijo infantil y cruel lo invadió. Estaba muerto. Nunca le había agradecido a Reaper lo suficiente aquella hazaña.

Un poco más a la tarde volvió a su espacio por unos minutos, para comer una merienda traída de la mano del malal anciano –Reed lo apodó Visa- hecha con dedicado esmero. Gallahard continuaba adormecido, como si tuviera fiebre. Después de hacer la digestión acostado en las sábanas, acostumbrándose a la visión de espanto que era el vuelo de los dragones, a eso que le confirmaba que, probablemente, los condenados se aburrirían de los horrores del infierno en tan sólo un año u dos, se levantó y decidió buscar a sus amigos.

No tardó mucho en hallar a Arksinad. Se lo cruzó en uno de los muchos salones de Balefor, al parecer entrenando. El joven mago levantaba las manos y, sorprendentemente, Reed observó que la luz salía no de sus palmas sino de su espalda, que crecía y se endurecía hasta formar un par de alas pequeñas, orientadas hacia arriba.

-Zerachiel Shunoros.

Una gota de sudor resbalaba por su mejilla. Reed se le aproximó, curioso.

-No sabías hacer eso antes.

-Uno va aprendiendo- sonrió este. Traía un manojó de pergaminos apretados bajo el bolsillo.

-¿Puedes volar?

-Si me das mi Arca... Ah, pero mira lo que aprendí.

Se puso tras él, y Reed aguardó paciente. Colocó una mano en su espalda y la luz emergió.

-Jibril Shunoros.

Sintió como sus pies dejaban de hacer contacto con el suelo, elevándose. Flotaba, apoyado en la mano del Nueve. Rio. Arksinad dio un toquecito con el dedo, y Reed salió despedido a toda velocidad por los aires, dándose contra la pared.

Soltó uno de los adornos, con el impacto, y aquella gema incrustada pareció ser poseída por la misma velocidad, estrellándose contra otro muro. Comenzó a rebotar como un proyectil entre ambos; Arksinad que silbaba sorprendido y Reed que se frotaba el cuerpo adolorido, pasándose la lengua por los dientes para ver si no se le había partido alguno.

-Me cuestiono el propósito de ese hechizo.

-Lo siento- se inclinó de hombros el celestiano. El diminuto zafiro seguía golpeando suelo y techo, sin perder un ápice del impulso que se había transferido desde Reed hasta él- La verdad es que yo tampoco sé muy bien para qué sirve.

La gema le voló el sombrero, y ahora la velocidad se transfirió a la prenda. El sombrero de Arksinad fue directo hacia el umbral, pero una mano lo sujetó.

El hechizo se frenó de inmediato. Reaper sostenía aquello, y parecía sudoroso y agotado.

-¿Juegan a algo?

-¿Qué has estado haciendo?- preguntó Reed. Había marcas de quemaduras en los nudillos del guerrero.

-Herrería- respondió. Notaron que ya no traía el colmillo de Skectral en el cuello- Pero mi tiempo se agota. Deberíamos prepararnos ya para la celebración. Iré a bañarme. Preferiría que nos mantuviésemos unidos.

Estuvieron de acuerdo con aquello. Aunque la autoridad de Balefor y su protección parecían potentes, un sólo dragón que se descontrolara y...

Se estremeció.

-Vamos a despertar a Gallahard- sugirió Arksinad- Es injusto que duerma todo el día.

Pero cuando fueron, Gallahard los dimitió con un movimiento vago de la mano. Le causó la impresión de estar deprimido, o tal vez demasiado pensativo. Era una sensación que Reed conocía muy bien, así que convenció a sus amigos para que lo dejaran tranquilo. Al menos, supuso, había aprendido la lección y se frenaría de intentar seducir a las malals que los atendían.

Reaper se les unió unos minutos después, y como desde el mismo aire Aplá se materializó, para indicarles el camino a la Torre de la Elección. Debían dejar el palacio, y adentrarse al edificio principal que dominaba la montaña más alta de todo ese rompimiento geográfico. En Aterror, se maravilló Reed mientras transitaban los corredores de gruesas columnas; las sombras escamadas de los dragones danzando al paso con su vuelo; todo parecía magnífico, construido con la vanidosa intención de impresionar, todo eran palacios, no casas; balcones en vez de simples ventanas, lujurias en vez de rústica apacibilidad.

A unos metros antes de llegar a su sitio Aplá los dejó, indicándoles que continuaran por uno de los pasillos y doblaran a la izquierda. Había un balcón esperándolos, ya preparado con aperitivos y desde el cual se podría observar el evento a la perfección.

Del otro lado, los nuevos líderes de la Organización se acercaban.

Avanzaban por el pasillo, con cierto aire impotente que les conferían sus vestimentas, su rareza, la visión de sus auras envolviendo sus cuerpos. Ventrísten se había librado de momento de su capa negra, y traía un atuendo azul, sin mangas, dejando a la vista la cuchilla curva que formaba su arma seeler. Tras él avanzaba una mujer de aspecto pacífico y cabello castaño, vestida con ropas de noble celestiana. De los otros lados los guardaban dos sujetos radicalmente diferentes: uno era un viejo, de cabello blanco como el algodón y mirada disgustada, envuelto en una armadura rojiza; y con un estigma cruzándole como una equis el rostro arrugado. El otro era un hombre delgado y elegante, que se movía con cierta sonrisa de suficiencia y cuya marca era similar a un gancho en su ojo izquierdo.

-Con que aquí estabas- lo miró el líder- Permíteme presentarte a las figuras de la Organización.

Hizo una seña hacia la mujer.

-Mi esposa, Cirse Id Flow.

Estuvo a punto de dar un respingo. Cirse hizo una reverencia elegante, corta. Trasmítía una apacibilidad de la que el padre de Nakku carecía.

-¿Nakku sabe que...?

Ella negó. Tras Reed Reaper masculló un comentario por lo bajo, cuyo contenido pudieron adivinar a la perfección.

-Xelos Id Nein, de Kamui- indicó Ventrysten al viejo. Notaron entonces que tenía distintas cicatrices mal curadas, en la piel blanda del codo y en el rostro curtido- Antiguo general de la armada y veterano de las guerras bárbaras.

Reaper lo vio con curiosidad. Xelos ladeó el cuello, observándolo también de arriba abajo.

-El hijo de Osald. -constató- Tu padre era parte de mi legión.

El joven no comentó nada. La atención de Ventrysten fue para con el último de los seelers.

-Y él es Lenn Id Lavos, de Gikeldor- dijo, y este hizo una graciosa reverencia- Con eso ya estamos todos aquí. Aunque presiento que mi hija también vendrá, en algún momento.

-Aterror no podía ponerse peor.

-Cuida tu lengua, Reaper Assadan- escupió el líder- No tengo tiempo para tus idioteces.

Miró a su grupo, e hizo una seña para que lo siguieran. Los cuatro continuaron su camino sin decir nada; dejándoles una sensación incómoda en el pecho. Había algo en todo aquello que a Reed no le agradaba, más desde la advertencia que Aplá le había soltado al despertar.

“En algún punto, una cuenta regresiva ha comenzado a sonar para ti.”

Al pasar a su lado, Cirse Id Flow le dedicó una amable sonrisa, y el viejo Xelos chequeó una última vez a Reaper con interés sereno.

Se fueron, y el pasillo quedó vacío. Arksinad dio un silbido.

-Esposa.

-Me sorprende que alguien pueda soportar el carácter de ese sujeto.

Reed se inclinó de hombros.

-Podría ser peor.

-Lo dice el chaval que perdió la cabeza por Deihr Bellow- puso los ojos en blanco el guerrero- De tal palo tal astilla, puedo jurarlo. Pero al menos resultaron interesantes. Supongo que tendremos tiempo de conocernos todos muy bien.

Coincidieron en que aquello era cierto. Quedaba todavía más de una semana para que la Cumbre del Eclipse diera inicio. No todos los invitados se habían presentado todavía. Y de momento, la única sorpresa que les quedaba en el día...

Vieron la puerta, que daba a su balcón. Rugidos y caos les anunciaban que la coronación estaba a punto de iniciar.

-¿Entramos?- sonrió Arksinad.

Los malals habían preparado un escenario magnífico para lo que planeaba ser una ceremonia magnífica. En un espacio similar a una hendidura, a una caverna descubierta en el cielo, se habían dispuesto grandes tribunas desde las cuales emergían columnas tal costillas, en las cuales los señores de Aterror se posaban altivos, examinándolo todo desde su superioridad como si buscaran algún error, una falla en el

mecanismo de aquella celebración, agitando las colas, haciendo vibrar las membranas de sus largas alas con disgusto moderado.

Más abajo, resguardados con un toldo de seda, estaban los balcones destinados para el resto de los invitados. Reed, Reaper, y Arksinad se hallaron compartiendo el suyo junto al emperador, su guardia y Brisafiel, quien al menos ya no temblaba. Al frente había otro, en el que el consejero real estaba de pie junto a su grupo de seelers. Aun en la lejanía, tuvieron la impresión de estar siendo examinados.

“Deben de estar usando visión de alma” pensó Reed. Se colocó en su asiento, y prestó atención a lo que ocurría debajo, donde existía un suelo regado por cientos de huesos que asomaban sonrientes, macabros intentando evadirse de su hundimiento. Eran huesos de dragones.

Toda la sangre de su rostro fluyó hacia abajo cuando vio a Skectral, entre la multitud de dragones que iban ocupando sus lugares, descender con gloria desde el firmamento, batiendo sus extremidades hasta posarse sobre el espantoso sendero de cadáveres.

Se desengañó frotándose los ojos. Reaper y Arksinad también contemplaban al recién llegado con rictus de tensión, pero en el asiento mayor Crandor parecía emocionado. Aquel dragón... Sí, juraría que era aun más grande que el tirano de Da Skel. Y también parecía más puntiagudo, más agresiva su posición y su coraza, y en donde el monstruo que había matado a Scarrow tenía una sonrisa perversa y refulgente las fauces del nuevo emperador Ladón traían una serenidad cruel, en consonancia con el disgusto que mostraban sus congéneres.

Pero sin duda era alguna clase de familiar, tal vez de la misma camada de huevos. Tragó saliva, observándolo atento. El dragón parecía una roca inmóvil y malgastada entre todos los huesos que lo rodeaban.

Hubo rugidos. Voces aisladas, terribles, que arrojaban oraciones discordantes y malignas. Del otro lado del sendero, sobre un altar de roca, el inmenso Balefor aguardaba derramando lava, derritiendo la piedra y los cuerpos que lo rodeaban. Ambos permanecían inmóviles, como esculturas.

La boca de Balefor se entreabrió.

-Grandes Señores de Aterror. Y también, nuestros aliados de Gikeldor y el mundo.

Sólo unos pocos dragones no callaron, pero los demás parecieron respetar al anciano. Lo cierto era que Balefor no tenía nada de impotente. Con su cola enrollada en una raída columna, aún con las alas plegadas, era sin duda el dragón más gigantesco de toda la isla y de seguro el más sabio y viejo.

-Estamos aquí, a sólo unos ciclos de que la luna se convierta en la aurora de un nuevo día. Estamos aquí, crueles, inestables, y sedientos, reunidos para enfrentarnos a un peligro que se cierne sobre todos.

Su vozarrón logró acallar hasta a los pocos disidentes que quedaban. Reed y compañía se concentraron en él, aunque Crandor continuaba observando sólo al magnífico Ladón; y Ventrysten y los suyos parecían ajenos a su discurso, todavía viéndolos desde el otro lado.

-Tal vez, en poco tiempo, podremos olvidar la tristeza de tener que aliarnos con simples especies- en el tono de voz del Senescal, la ironía era un cambio apenas perceptible, que sólo algunos captaron- *Pero en este futuro que va a teñirse con el color gris de la ruina, nosotros que precedemos a la justicia misma debemos estar unidos, y*

refugiar la creación bajo nuestras infames alas. Debemos mantener vivo un mundo en el que podamos continuar surcando cielos.

»La amenaza de Dammed Oah pone en peligro nuestra existencia –clamó el dragón, y sacudió su largo cuello- Ustedes no lo recuerdan, imberbes Grandes Señores, pequeños gusanos. Pero yo sí. Cosas seguían al Señor de Drassil, al hombre de los ojos sin alma. Poderes albergaba ese deva que podían dar temor a nuestros corazones, y lo obedecían criaturas monstruosas e inmensas, cuya maldad y altura aún nos sobrepasan. Ahora, a diferencia de en ese entonces, tenemos la oportunidad de frenarlo.

»Son nuestros colmillos los que asestarán el golpe a Idgray Decaheron, al traidor Vannael, a los ilusos que les obedecen. Serán nuestras alas las que planearán por encima de las armadas, desbaratándolas con el fuego y el trueno. Lideraremos, por una vez, a las escorias menores para que puedan conseguir algo de valía.

-Qué amable- comentó Reaper. Sin embargo, entendían que si Balefor se dirigía de esta forma a Aterror era porque esa era la forma apropiada para que lo escucharan.

-Este gusano- continuó el Senescal, moviendo su cabeza hacia Ladón- Es sin duda el más orgulloso de los nuestros. Pero no es más orgullo lo que necesitamos. Tampoco humildad. Lo que ahora nuestra especie necesita, herederos del Dragón Diamante Negro, esbirros del Rey del Terror de las profecías, es saber aprovechar la oportunidad que nuestra nueva alianza presenta. Yo te pregunto, Nuevo Emperador de Aterror, ¿aceptas la alianza con los kiels de Gikeldor?

Silencio, excepto por el revoloteo de alas y algunas voces aisladas. La atmósfera apareció cargada, densa.

La roca erosionada que era Ladón se movió, y sus ojos brillaron.

-Lo acepto.

Miraba a Crandor, no a Balefor. El emperador le dirigió una sonrisa brutal, pero el dragón continuó sereno, hasta malhumorado con aquello. La cola de babosa del Senescal golpeó la piedra, echando rocas por doquier.

-¿Y si alguien se pone en contra de tu liderazgo, si traiciona a los intereses de nuestra especie, cómo prometes solucionarlo?

-Con muerte.

Varios de los monstruos lo aprobaron con rugidos estridentes. No era para nada el tipo de celebración que había imaginado. Se forzó a no retroceder, a permanecer en su lugar, deseó ser invisible. Brisafiel en cambio miraba sus pulgares, como encontrando algo muy interesante en ello, más que los gritos de los reptiles.

-¿Y si tu tiranía decae, y alguien quiere tomar tu trono, y tus posesiones se hacen disputa de todos, cómo prometes solucionarlo?

-Quebrando a los inconformes.

Más rugidos se elevaron. Todo Aterror parecía aprobar aquello. El muchacho malal se les aproximó, con elegantes tazas de té, y Reed tomó una embelesado con lo que oía, por la brutalidad aceptada por toda una sociedad.

-Eres fuerte, joven Ladón- se irguió Balefor- Tienes la fuerza que caracteriza a nuestra especie. Hasta el momento en que te vuelvas demasiado débil, demasiado estúpido, o demasiado sabio, yo te declaro nuestro Emperador. No habrá chillidos de inconformidad, sino tu rugido poniendo orden a nuestro mal.

Y al decir aquello, Ladón se paró sobre sus patas delanteras y estiró su torso, soltando un rugido abismal, poderoso que barrió con todos los huesos de sus congéneres muertos, la humedad del barro, que creó una fractura en la taza que Reed estaba

llevándose a los labios. Fue el rugido más bestial y esplendoroso que jamás hubieran oído. Varios de los Señores se unieron en un coro ensordecedor, y Balefor voló para unírseles en una de las altas costillas, dejando que el nuevo emperador se posara donde antes él había estado.

Crandor sonreía, sereno, viendo a la nueva realeza. Ojeándolo, a su lado en calidad de campeón, Reaper tuvo la certeza de que no sólo el emperador kiel y su correlativo dragón ya se conocían de antemano, sino que, ante cualquier expectativa o razón, habían conformado algún tipo de amistad.

Y sus dedos se apretaron en el vacío, pensando en el descargo que pronto llegaría.

El resto de la noche fue esperar hasta que les tocara su turno de presentar sus respetos al nuevo Emperador de los Dragones. Su lugar en el salón imperial les llegó bastante tarde, aunque no fue descortesía sino simplemente que Crandor había preferido pasar último. Para la lógica de los dragones, las cosas más importantes eran las que se dejaban al final.

Saliendo de la puerta volvieron a cruzarse a los seelers. Ventrysten apenas lo miró, pero sí hizo una reverencia hacia el emperador kiel. Tenía las venas bajo la nuca tensas, y parecía pensativo.

Cruzaron el umbral, y para Reed fue como volver a hallarse en el Palacio de Mármol, volver a encarar a una versión aun más maligna de Skectral después de todo ese tiempo. Ladón reposaba sobre unos inmensos almohadones, observándolos llegar quedo.

A su costado, más elevado y echado con pereza, Balefor parecía a punto de dormirse.

-Ah...- susurró- Los héroes bien-amados.

Se arrodillaron, y dijeron sus nombres ante el silencioso dragón. Sólo Crandor no hincó la rodilla. Miraba al otro emperador con una sonrisa franca.

-Has llegado aquí, después de todo.

La oración parecía contener el pasado de innumerables charlas, de innumerables recelos y frustraciones. Ladón apenas movió el cuello.

-Demasiado tardío. Demasiado molesto.

-¡Los jóvenes son siempre tan ansiosos!- dio una risotada Balefor, girando en su lecho- *Oh, gran Emperador. Tal vez deberías agradecer a uno de los humanos que están allí abajo. Reaper Assadan, el Asesino de Dragones... ¿No te suena el nombre?*

La atención del blanco se pasó del kiel a su campeón, que lo contemplaba indiferente. Resopló.

-Tú fuiste quien asesinó a Skectral.

Reaper asintió. No tenía miedo.

-Bien.

Eso fue todo. Balefor dio otra carcajada, y Ladón pareció rugir con irritación.

-¡Vas a parecerles demasiado emotivo, joven maestro!- dijo el Senescal- Ellos esperan que derrames alguna lágrima por tu pequeño hermano.

-Nada de eso me interesa- acotó el campeón.

-Es un alivio- Balefor inclinó su cuello, y el calor que emanaba azotó sus cuerpos- Skectral era una escoria, pero fue la escoria elegida. El nuevo maestro es más prometedor... Pero también más libre.

Hizo una mirada recelosa a Crandor, pero este ni se inmutó.

-Ya lo verán- se relamió el dragón- Más de lo que creen. Pero de momento, pueden retirarse a descansar. Mis aposentos los esperan. Ha sido una larga noche, y los deleites de esta isla no son escasos.

Se arrodillaron otra vez, y partieron con la sensación dudosa de tener dos de esos colosales monstruos acechando sus espaldas. Pero al menos, pensó Reed, realmente se estaba acostumbrando al horror. Y Ladón no tenía o no quería proyectar el aura de desesperación que Skectral había utilizado en Vant para con los pobres aldeanos, la que había secado sus esperanzas convirtiendo sus vidas en una pasta amarga, difícil de tragar. O, tal vez, tal aura se confundía con las millares que debían de superponerse en Betelgeuse, cancelándose unas a otras.

Crandor y su guardia se quedaron atrás, así que fueron ellos y Brisafiel quienes partieron al palacio del Senescal.

En el camino Reaper lideró la marcha, pero notaron como su puño se apretaba.

-Crees que...

-Sí- asintió el guerrero- Fue tal como Eluid lo dijo.

Cerraron los labios con fuerza. Reed pensó en el hermano de Merady, en la trampa a la que Crandor lo había conducido, en su muerte a bordo del arca. En la herida negra y putrefacta que le había dejado Necrostacia al atravesarlo. Vio, en la oscuridad de un futuro muy próximo e indefinible, a Ventrysten y a sus seelers, a Ladón y al emperador, y por encima de ellos los ejércitos de Fariel, Dammed Oah, y Cel-Neckar, Vannael y Mila, y la mirada de Idgray sobre todo, absoluta, gris, incomprensible.

Se enfocó en las elegantes baldosas del suelo, los patrones elegantes que tenían, y pensó en la comodidad del balcón. Un aire fresco recorría las instalaciones.

En algún punto, una cuenta regresiva continuaba sonando para él.

Si bien los dragones no hicieron más jaleo con respecto a la elección de su nuevo amo, sus servidores malos sí actuaron como si todo Aterror se encontrara en el mejor y más feliz de sus días. No adornaron los palacios, tal vez en respeto a su frugalidad y sabiduría, pero sí servían a los invitados banquetes dignos de reyes, tan llenos de manjares que se temieron los estuvieran cebando. Reed probó *gaum*, una salsa de pescado, probó liebre asada de nuevo –solía comerla en Vant, hacía años- también las dichosas berenjenas que el anciano Visa les había recomendado y que fueron un deleite para su paladar. Para beber había vino, de muy buena calidad aunque ni él ni sus amigos se consideraban expertos. Gallahard sí parecía saber, pero seguía desconcentrado, con la mente en otra cosa.

Así, pues, Reed Id Vant se atiborró de comida. Pero no fue tanto pereza lo que lo motivó, sino la necesidad de energía. Tenía, aunque aún no estuviesen haciendo nada, un día un tanto ocupado. Se despertaba temprano, como siempre, meditaba mirando por el balcón la profundidad donde los dragones revoloteaban sin dormir, y luego Apla le traía el desayuno, que devoraba hasta no dejar una migaja.

Después daba un paseo.

Aterror era grande. En los días que pasó allí, había terminado por percatarse de ello. Parecía una estrella caída desde el cielo, sobre la cual los grandes lagartos habían construido. O mejor dicho, ordenado construir. Pues estaba seguro de que ni un sólo ladrillo de aquellos grandes palacios había sido colocado por los señores de la isla.

Aprendió mucho más de los malals, en ese tiempo. Sí tenían algunas diferencias fundamentales con los humanos, después de todo, pero eran mínimas y tardó en captarlas. Además de su nivel de maná, y de que parecían nacer con la habilidad del seele en sus cuerpos, todos tenían la piel pálida y una complexión delgada, casi enfermiza, al punto de que Vannael, siendo de su especie, parecía fornido en comparación. Sus cabellos siempre eran lacios y negros. Los estigmas, que la Organización pintaba en los rostros de sus miembros, eran sólo puntos en la frente de los malals, puntos que se asemejaban a ojos, que hacían recordar a Hodaihe de la Vista Aguda. Muchos de ellos con seguridad eran seguidores de aquella diosa.

Pero además sin aviso sus ojos se oscurecían, tiñéndose de negro, y en tales momentos los sabios se convertían en perversos. Era algo que les pasaba sin que ellos lo notaran, y sin que se llamara más atención al respecto, pero le incomodó enormemente el día que vio la mirada amable de Visa o Apla o aquel otro muchacho al que apodó Tay volverse un pozo oscuro. Sin embargo, el cambio era sólo físico. Los malals continuaban reteniendo aún hasta en esos segundos su sabiduría, su paz, su tranquilidad perpetua, como si se hallaran en una constante meditación. En ocasiones, viéndolos hablar y postrarse, Reed se preguntaba quién servía a quién, si los malals servían como esclavos a los dragones o si tan sólo era un engaño, si los poderosos monstruos eran una tapadera y el verdadero peligro era el poder de aquellos individuos, un poder que su sabiduría les obligaba a esconder, a amansar poniéndose al servicio de sus amos en una simbiosis mutua.

Había visto, ya, lo que podía hacerle al mundo uno solo de esos malals suelto. Aquello, por consideración personal, también le quitaba parte de su día. Intentaba averiguar sobre Vannael. ¿Quién era? ¿Por qué seguía a Idgray, qué lo había motivado a despertar a alguien tan ajeno a él? Pero las respuestas que obtenía eran escasas. Sólo Visa lo recordaba, pero se guardaba de decir mucho. Vannael era un prodigio, le decía, un niño sabio y solitario, bondadoso y capaz. Era un niño que poseía la capacidad de ver más allá que cualquier otro, pero aquello sólo le había traído inconvenientes. Se había escapado. Había robado el Gran Arca formada con el corazón del Dios Dragón Diamante Negro, y se había fugado hacia donde vivían los mortales, a crear una ciudad, a ayudarlos.

El resto de la historia, con respecto a Babel, le era conocida, pero no le decía mucho más. Arksinad tampoco pudo aclararle gran cosa en sus charlas. Sólo sabía que, en algún punto de su vida, algo en el monarca celestiano había cambiado para siempre. Hasta había hallado un escrito, del mismo Vannael en su juventud, perdido en una de las bibliotecas del palacio principal de Ladón. Rezaba:

*“El viento sopla sobre las hojas,
Y se esparcen, libres, sin trazos
Pero bien sé yo que su marcha
Tiene la voluntad de pasos.”*

Su significado le fue inescrutable.

Cuando no intentaba desentrañar información, o no estaba meditando, comiendo, o charlando con sus amigos o recorriendo las inmediaciones del lujoso palacio de Balefor y revisando la cantidad anormal de tesoros robados por el viejo dragón, Reed se forzaba a asistir a los entrenamientos con Ventrysten. Le era insoportable, en realidad, pero estaba determinado a no dejarse amedrentar. Notaba que Ventrysten parecía más y más alterado, más desde que los suyos habían llegado, y esto se reflejaba en la brutalidad de los golpes que le impartía, en su hartazgo al luchar. Era como si no le interesara realmente su progreso. Pero Reed continuaba yendo todos los días, tomando su estrella dorada y encendiendo su aura, evadiendo sus ataques y entrenando las bases: la percepción, el control de su alma, el Seula Chyrmal, el transformar aquella estrella según le conviniera, estirándola y afilándola como una espalda, aplastándola hasta que se extendía y lo cubría como un escudo dorado, puntiagudo en los bordes, cálido reemplazo del que había perdido en el Tártaros.

Se volvía más fuerte, sí. Detectaba un potencial gigantesco en su ser. Y sin embargo... Le costaba destrabarlo. Algo le faltaba, lo sabía, un anclaje, como si su alma y su cuerpo pertenecieran a planos distintos y debiera alinearlos, volverlos uno con su identidad. Pero no conseguía lograrlo. La presencia de Cirse Id Flow, Lenn Id Lavos y Xelos Id Nein tampoco lo ayudaba, aunque era verdad que había albergado la esperanza de que alguno le tendiera una mano en el proceso. Pero no le prestaban mucha atención: la primera se mantenía al lado de su esposo, excepto durante los entrenamientos con Reed, el segundo paseaba cerca de Crandor o Ladón y el tercero, como mucho, solía rondar cada tanto a Reaper seguramente con la intención de darle algo de charla. El nuevo Albion, de momento para ellos, parecía pasar desapercibido.

Cierto día su práctica con Ventrysten se puso particularmente brutal.

-¡Defiéndete!- le gritó el enmascarado, y su silueta se dividió en lo que le parecieron cientos, que se le lanzaron como fieras, cortándole la piel, en la mejilla cerca del estigma, pateándolo contra el suelo- ¡Rápido!

Se lo veía más agrio que nunca. Reed apretó los dientes, y buscó esta vez pasar también a la ofensiva. Con aquella velocidad, debía impactar al padre de Nakku para evitar salir lastimado. Aquellos asaltos parecían estar viniendo en serio.

Sin embargo le era difícil. Ventrysten lo azotaba sin dejarlo respirar.

-¡Eres muy simple, Reed Id Vant! ¡No logras captar lo esencial!

Recibió un corte en el estómago, y la sangre se le derramó empañando su camisa rota. Concentró su aura en la estrella, y la convirtió en un escudo desde el cual erigió una barrera seeler. Pero Ventrysten la atravesó como si fuera un fantasma, y volvió a patearlo con tanta fuerza que Reed se dio de cabeza contra un muro, y el golpe seco lo hizo perderse.

-No nos sirves para nada- masculló el seeler.

No supo qué contestar. Aquel rencor...

-Levántate de nuevo- oyó a Ventrysten decir- La práctica aún no ha terminado.

Se esforzó, apoyándose sobre unas piernas que apenas le respondían. En realidad, si lo quería, si realmente planeaba hacerle la contra...

Sus ojos brillaron con determinación helada. Iba a levantarse, y Ventrysten se lanzó de nuevo hacia él. Pero alguien se interpuso en medio de aquello.

-Hey, hey, hey- se entrometió Brisafiel, cortando la lucha con una sonrisa amigable- Qué intenso. ¿No te parece *demasiado* intenso, consejero imperial?

-Esto no es asunto tuyo, pirata.

Otra vez había desagrado en aquel rostro cuadrado, en los ojos austeros bajo el visor. Brisafiel lo ignoró y se enfocó en ayudar a levantarse a Reed.

-Puede que no. Pero te robaré al muchacho por un rato. Parece sediento, y aquí tienen bebida de la buena. No puedes estar entrenando con sed, ¿verdad?

Dio una carcajada, tomando a Reed, y le dio la espalda al seeler. Ventrysten los contempló irse sin humor, y Reed, demasiado dolorido para expresarlo con palabras, agradeció a Jalomar su intromisión. Se había dado cuenta de que, al menos por unos segundos, habían estado a punto de enfrentarse de verdad.

Atado por la promesa hecha, Arksinad tampoco descuidaba su magia, y practicaba los hechizos que había hallado en los manuscritos de Osald sin darse respiro, hasta que agotaba sus expensas de maná y debía aguardar horas, con una fatiga mental indecible, a que volvieran a regenerarse.

En base, estos hechizos eran tres: uno ofensivo, llamado *Mikhail Shunoros*, uno defensivo, *Raphael Shunoros*, y uno para obtener movilidad, *Jibril Shunoros*. Eran de la misma clase que utilizaba su maestro, pero aún más especializados y por eso le costaba horrores dominarlos. Su nuevo –o tal vez mejor dicho viejo- cuerpo aceptaba el potencial latente sin rechistar, pero la falta de conexión con un demonio había bajado también su afinidad para con las magias Poneron.

Sin embargo, se esforzaba y poco a poco lo lograba. *Zerachiel Shunoros*, el hechizo fundamental que Vannael nunca le había enseñado, sin duda con el propósito de limitarlo, ahora emergía con naturalidad cuando lo invocaba y podía traer las alas de luz a su espalda, pequeñas pero sólidas, que aumentaban su capacidad para lanzar y le devolvían a un estado de certeza y seguridad.

Más allá de esto, había otras desventajas más mundanas a la falta de unión con Asherat. Al haber perdido su sombrero, tenía que moverse para obtener cosas que antes hubiera sacado de por encima de su cabeza. Fue para buscar un almohadón con el cual continuar practicando el Jibril Shunoros que tuvo que recorrer todo el trayecto, desde el salón del palacio que había escogido para su autoeducación hasta el balcón.

No llegó, pues en una de las despensas halló a Gallahard esperándolo. Le sorprendió verlo de pie. En todos esos días, el Tres se había pasado su tiempo durmiendo, dando vueltas entre las sábanas, o perdido en paseos donde no se cruzaba ni parecía querer cruzarse a nadie.

Pero ahora estaba allí, y lo miraba con su único ojo azul como el hielo.

-Tenemos que hablar.

Arksinad se sobresaltó un poco, pero asintió. Realmente le daba curiosidad.

-Escucha- dijo el noble, forzándose a encontrar las palabras adecuadas. Se notaba que le había dado largas vueltas al asunto- Hoy... Bueno, no hoy. El otro día, tuve una charla con esa chica malal. La de los ojos grandes.

-Oí que te rechazaron.

-No tiene importancia- hizo un gesto con la mano Gallahard, como librándose de un pesado moscardón- Pero ese día, pensando en lo que me dijo... Ya sabes, comencé a considerar muchas cosas.

-¿Cosas?

-Pistas- explicó- De un rompecabezas al que le faltan demasiados pedazos en mis manos. Quiero que me seas sincero, Arksinad. Antes de morir, Duran comenzó a investigar a Vannael. En ese tiempo yo no le prestaba gran atención, y sin embargo, algunos retazos de lo que hacía me han quedado. Hablaba con Merady, por supuesto, sobre ti.

Asintió. La joven le había contado de Duran, de su mensaje.

-Lo sé.

-Pero sé también que concertó reuniones con Unnaon Zetha, de Fariel. Creyó que no me había percatado, pero lo supe. Y buscando en mis memorias sobre aquel niño, no pude evitar recordar...

-Ruin.

Esta vez Gallahard asintió, contento de llegar al punto. Arksinad se puso a la defensiva, pero al mismo tiempo decidió mantenerse en la conversación. Era obvio que el apuesto joven estaba buscando algo con todo aquello.

-La princesa, y otros dos magos más del Geral, desaparecieron. Dime la verdad, Arksinad, pues no me interesa juzgarte. ¿Fuiste tú quien los delató a Vannael en ese momento?

Se sintió poblado de amargura. Pero no tenía motivos para criticar a Gallahard.

-No. Jamás hice tal cosa.

-Lo supuse- sonrió el Tres- Y sin embargo, fueron descubiertos. ¿Piensas que alguno de ellos pudo ser el traidor?

La pregunta lo desconcertó, pero decidió por una vez ponerle esfuerzo. No era después de todo un mal cuestionamiento. Pero de los que había conocido.... Haluar, Aibol, ¿tenía sentido de que traicionaran, siendo los líderes de esa conspiración? No, era en vano pensarlo. Y Ruin... Con el odio que la elven había tenido para con el rey, también la idea era inconcebible. Mat y Guthi habían muerto, y por lo que sabía, quedaban fuera de toda sospecha.

Antes, había creído con seguridad que Salocin Arim había sido el culpable, y hasta había intentado averiguar sobre su pasado y conexión con el rey. Aquellos eran los días en los que había conocido a Eluid. Pero ahora... Tras el haber estado en la caverna con el Sabio, había aprendido la verdad. Salocin había sido una víctima, como Ruin y los demás, tal vez el que más sufrió de todos en manos de Zark y compañía.

Negó, lentamente.

-Ninguno.

-Exacto- asintió Gallahard- Lo mismo ocurrió con Duran. Recuerdas al viejo, ¿verdad? Sospechaba de su propia sombra. Me cuesta pensar que haya muerto sin un plan de apoyo, que todas sus respuestas hayan conducido a su final absoluto. No era el tipo de persona al que uno podría poner en jaque, ni siquiera Vannael. Sin embargo, la

rebelión de Duran acabó sin que el monarca fuera apresado. ¿Sabes a qué conclusión llegué?

Le hubiera parecido conmocionado, pero Arksinad estaba demasiado desconcentrado como para captar aquello; se hallaba perdido en un descubrimiento casi olvidado de toda su historia. En ese momento ambos eran dos figuras frías, rubias hablando en una sala cuyo espacio los sobrepasaba enormemente, y los ecos de sus voces les devolvían susurros de conspiración.

-Creo que Duran confió en alguien en quien no debía. -lo miró el Tres- Y creo que esa princesa elven también.

La boca reseca, los párpados livianos, las palpitaciones en el cuello. Recordaba. Sí, ahora sí recordaba. El Pavo Real, la reunión con los magos del Geral. Ruin, que lo miraba desde su sillón, tan fría y distante. La sonrisa amable de Haluar, su atrevida proposición. Las luces cegadoras de ese cuarto mal amueblado. El temor de aquellos hombres. Un comentario de lado en una historia, una pequeña oración que en ese momento apenas le había llamado la atención, una traición.

“Fue él quien guió nuestra investigación hasta donde estamos ahora.”

Sus labios se movieron por su cuenta.

-Dordo.

Gallahard lo observaba con gravedad. Asintió lentamente.

-Es...- se secó el sudor de la frente Arksinad- Es ridículo.

-¿Quién más?

-Dordo es un buen hombre.

-Lo mismo pensaba yo sobre tu maestro, y mira en dónde estamos.

Arksinad negó tozudamente. Pero por dentro su cerebro se encendía con respuestas. Una última le hizo un golpe en la cabeza.

-Él está aquí.

-Lo sé- dijo Gallahard- Por eso vine a hablarte.

Pensó en aquel viejo de bastón, su barba inmensa, su tatuaje en el párpado y su sonrisa sonsa. Estaría en la Torre del Conocimiento viendo las estrellas, tal como los malals les habían dicho. Gallahard esperaba paciente, a que conectara las cosas que él ya había conectado en todos esos días. Salió de su ensimismamiento, arrojado por una resolución.

Se caló el sombrero.

-Vamos hacia allá.

Rítmicos, los sonidos de la forja se oían, escapando como música por los pasillos de piedra caliza: martilleos, el crepitar de las llamas, el vapor a presión saliendo de las maquinarias, la luz que escapaba de esa herrería en donde los malals forjaban joyas preciosas y espadas legendarias, tesoros para sus amos dragones con lo que estos les traían de sus hurtos y conquistas.

Reaper se secó el sudor con una mano, y volvió a martillar con todas sus fuerzas el metal oscuro que tenía frente a él. Su trabajo estaba casi terminado. Con cada golpe

que daba, sentía que la presencia de su padre era más fuerte, pero que también la de Eluid, la de Amu y Allon, la de todo lo que tenía o podía perder se incrementaba en esa única obra, en la primera y última espada que forjaría, la que utilizaría para cumplir el cometido que se había impuesto.

Volvió a golpear aquel acero. No había sido fácil conjugar bien los elementos con los que decidió crear su arma neu. Los años en la herrería de Osald lo habían ayudado. Sólo un herrero como aquel veterano le podía haber enseñado a unificar ingredientes tan dispares: por un lado, los trozos de la destruida Necrostacia, aquella cosa que parecía querer ser metal y no lo era; y por el otro, el colmillo de Skectral que Eluid le había legado.

Pensaba en qué sucedería, al realizar esa fusión, de dos cosas que se rechazaban mutuamente. Suponía que sería adecuado, pues si de algo se había percatado Reaper era de que su nuevo poder había estado aflorando desde hacía meses. Y esa negación, esa cancelación propia era un buen honor a tal habilidad.

Dio un último martilleo, satisfecho. El acero estaba rojo, candente. El calor le irritaba los ojos, le lastimaba la piel y las yemas de los dedos. Tomó su arma con la pinza, y la levantó.

-Con que heredaste de tu padre el gusto por este oficio.

Xelos Id Nein lo observaba trabajar, sentado en una banqueta.

-Al principio no me agradaba un ápice- confesó el guerrero. Llevó su espada al enfriador, para que se solidificara. Había distintos sortilegios en aquella máquina, que fortalecerían sus componentes a su máxima expresión. -Pero luego le cogí el gusto.

-Osald era una fiera- recordó el viejo- Un insolente y tenaz muchacho.

-Es decir que sabe que mi padre ha muerto.

El otro asintió.

-Si Osald estuviera aquí, no tendríamos tantos inconvenientes.

No pudo mostrarse en desacuerdo. El líquido enfriador continuaba mermando el fuego que consumía a su nueva arma, que vibraba como poseída por una vida propia.

-¿Sabes que él no te concibió, verdad?

El acero echaba chispas, vapor, haciendo reacciones de lo más interesantes. Reaper asintió distraído.

-¿Quieres saber sobre tu verdadero padre?- ofreció Xelos.

-Osald es mi padre.

El seeler lo aceptó sin decir más. Pasaron unos minutos de silencio, en los cuales Reaper ajustó las propiedades de runas que se le imbuían a su arma, las fue regulando justamente. La tecnología de aquel sitio era mucho mejor que la que poseía en su casa de Eclant, pero se las arreglaba.

-Cuando...- dudó Xelos- Cuando tu madre te tuvo y murió... Ese día hablé con tu padre. Y le dije que se deshiciera de ti. Que ya había pasado por demasiado.

Una runa para que sea resistente. Una para aumentar su filo. Otra para aumentar su rechazo a la magia o a otras formas de ataque. Para incrementar su maniobrabilidad, su velocidad de impulso.

-Me alegra que no le haya hecho caso.

-No me arrepiento - se removió Xelos, apretando los labios- La guerra sólo trae horrores. Y al ver a tu padre allí, envolviéndote en un abrazo, el odio y la pena en su mirada, mientras parecía cobrar años, mientras que su cabello se poblaba de canas... Pero él era más fuerte que yo, que era su líder. Fue insistente en mantenerte vivo.

Recuerdo esa visión de Osald, y pienso que acompasa todo lo que nosotros los soldados terminamos cobrando de tales luchas.

»Luego de eso no pude más. Me retiré del ejército, y de Kamui. Me sentía demasiado viejo como para tolerar más infortunios.

-Y Ventrysten te acogió- notó Reaper haciendo caso omiso a la mayoría de lo oído. Todavía sentía la presencia con él. Ya estaba casi lista. Su nueva espada estaba ya casi completa.

-El señor Ventrysten me dio un lugar, sí- Xelos inclinó la cabeza- Es un hombre capaz, también.

-Desde aquí parece un cretino.

No hubo humor en el rostro del veterano al oír aquello. Una de las venas azuladas en su cuello se movió, como por un impulso involuntario.

Reaper quitó su espada del ingenio rúnico, y la levantó. Estaba completa. Sólo le quedaba el elegir su nombre.

Como se hallaban dominados por la emoción, el largo viaje hasta el palacio central y el ascenso circular por las escaleras de la Torre del Conocimiento les pasó a ambos en apenas unos segundos. Frente a ellos, la puerta de la Sala de Astronomía se presentaba impecable, azulada, decorada con lunas relucientes y estrellas de platino.

Tomaron aire, e ingresaron con la certeza de obtener respuestas.

En ese recinto los malals habían construido algo magnífico. Un techo abovedado de vidrio, abierto en distintas partes, desde el cual colgaban los enormes instrumentos con los cuales observar el movimiento de los astros, grandes lentes proyectores, ingenios que aún no habían llegado siquiera a los grandes reinos. Se elevaba como en una biblioteca, entre grandes tuercas de maquinaria, un asiento que se tambaleaba sobre su largo soporte construido como un brazo acorazado, oxidado, que chirriaba al moverse y al estar quieto.

Arriba, Dordo Id Quaria, el de la Larga Vida, Maestro de Maestros, observaba el firmamento. Llevaba la capucha subida y desde aquel ángulo no podían verle el rostro, pero la barba que escapaba hasta su estómago, trenzada, atada con prolijidad, era imposible de confundir. Arksinad notó que llevaba las uñas largas, puntiagudas. Raspaba con ellas los botones, las tuercas que giraban, las palancas con las que ajustaba el óptico de su proyector.

Se plantaron firmes.

-Maestro Dordo.

Hubo un suspiro de la boca del observador. Tal vez fue un gruñido. Los engranajes se pusieron en funcionamiento. El asiento fue descendiendo, marcando un ritmo angular en su camino hacia ellos. Esperaron pacientes, sintiéndose cada vez más alterados sin entender el porqué. Arriba las constelaciones continuaban moviéndose, bañando con puntos de luz las sombras del observatorio.

Como si fuera un trono el asiento mecánico se apoyó del otro lado de la sala, y el encapuchado descendió. Traía botas grises, que se enrollaban dando vueltas en la punta.

Caminó arrastrándolas, creando una tensión imposible, y ambos magos se sintieron paralizados cuando su amenazante presencia se puso frente a ellos, cuando las manos arrugadas se estiraron, cuando los tomaron de los hombros, cuando...

Dordo los abrazó a ambos, y el aire volvió en sus pulmones. Arksinad pensó que aquello había sido una locura. Que se habían equivocado, que buscaban respuestas en donde no las había.

-Jóvenes- les dijo el Quince, y reveló su rostro apacible, de oveja- Los talentos del Geral, me alegra tanto verlos...

Sonrieron. Era obvio que divagaba, perdido en su olvido. Estuvo a punto de darse vuelta para dejarlo en paz, pero Gallahard se mantuvo firme.

-Maestro Dordo, hemos venido a hacerle unas preguntas.

Hizo una gentil reverencia. Dordo dio una sonrisa desdentada.

-Adelante, Gallahard, adelante. Siempre has sido un joven muy capaz. Si estos viejos huesos pueden ayudarte...

-¿Usted traicionó a Duran?

-¡Gallahard!- se sobresaltó Arksinad. Pero el Tres permaneció sereno. Y el silencio del otro lado lo hizo darse girarse lentamente.

Sólo llegó ver el reflejo de algo monstruoso, asomando en un ojo, en un colmillo. El rostro de Dordo Id Quaria volvió a la normalidad. Sonreía inocente, como procesando aquella pregunta.

Luego la papada le tembló.

-¿Qué dices, Gallahard? ¿De qué me acusas?

-Duran ha muerto- explicó el joven, calmo- Vannael lo asesinó. Pero yo creo que usted fue quien le contó al rey lo que investigaba. ¿No es así, Maestro Dordo?

-Gallahard, yo...- Dordo retrocedió, atolondrado- No te comprendo. No comprendo lo que me dices.

Arksinad se hallaba enmudecido. Las palpitaciones parecían a punto de arrancarle el pecho.

-Yo creo que usted me comprende muy bien. ¿Traicionó o no a Duran, Maestro? ¿Vendió a la princesa Aurora y a sus otros discípulos del Geral? Sólo quiero saber eso.

Dordo gimió. Fue un gemido innatural, más como el de un animal que como el de un niño. Se tapó el rostro con ambas manos.

-No comprendo. No comprendo.

-Gallahard, deberías frenar...

-No, Arksinad- lo paró el Tres sin mirarlo- Recordé algo, algo interesante. Recuerdas cuando capturaron a Merady, ¿verdad?

Asintió. Los proyectiles desde el cielo, que Zark había guiado con su mirada.

-¿No te resultó familiar esa magia?

Abrió los ojos como platos, y miró a Dordo. El anciano se retorció. Se cubría la cara con manos, manos que de repente parecían demasiado largas, y gemía, y sollozaba, temblaba como un poseso.

-Dordo...

-No creo que eso sea Dordo- dijo Gallahard- Ni que haya habido alguna vez algo de verdad en Dordo Id Quaria.

Más llantos, agudos, lastimeros. El viejo se tambaleó, chocó contra una de las estanterías, se fue encogiendo, alejándose de ellos, como perdido en un laberinto. Continuaba llorando. Un quejido, y otro. Lo veían, Arksinad absorto en el momento, Gallahard impávido. No caían lágrimas, pero sí había espasmos de dolor. Gemidos. Se

sucedían, unos a otros, cada vez más seguidos, hasta que parecieron una burla, falsete, una imitación asquerosa de la emoción humana. Se convirtieron en una risa ancestral, depravada.

Una oleada de sombra salió despedida de aquel cuerpo, y la capa se deshizo en pedazos. Se torció hacia ellos un gesto infernal, ojos carmesíes, con bulbos amarillentos ocupando el sitio donde deberían estar las pupilas. La puerta del observatorio se trabó a sus espaldas, y la oscuridad continuó envolviendo el cuerpo del anciano, cubriendo las paredes, el suelo, las estrellas. El rostro, con el cabello despedido por el cielo, con la barba como electrizada, punzante, se volvió algo amorfo entre esa negrura, algo que abría y cerraba una boca de colmillos desacomodados y hambrientos.

-Gozaba tanto. ¡Gozaba *tanto*!

Zauriz El Terrible flotó junto a los trozos de maquinaria, extendiendo su poder, riendo ante los dos magos. Jamás un rictus había inspirado tanto terror, jamás un rostro había emanado antes tanta maldad y odio. Era, después de todo, el de un demonio, que con su despertar continuaba el conteo para el momento culminante en el destino.

-Brindemos.

Las pintas chocaron una contra otra, produciendo un sonido de chapa. Jalomar se llevó la suya a los labios, y su nuez bajó y subió mientras bebía la cerveza de malta fresca. Reed lo imitó, adolorido, y descubrió que no le mareaba. Se había además acostumbrado al alcohol, por lo visto.

-Gracias por eso- pronunció al fin.

-No apruebo mucho el cómo hace las cosas ese sujeto- se rascó la barba el pirata, entretenido- Pero tú lo soportas como un campeón. ¿Te agrada ser golpeado?

Negó, dando otro trago y echando un vistazo a su alrededor. Había algunos malals limpiando las paredes, y en una cocina una decena de ellos preparaba los alimentos para los invitados. Supuso por el aroma que esa noche comerían langostino.

-Creo que me odia- resolvió al final- Pero no estoy seguro de por qué.

“¿*Es por Nakku?*” pensó para sus adentros, sin atreverse pronunciarlo. No, aquello era ridículo. En realidad, lo peor era que sentía en cierta forma lo contrario. Que Ventrysten no lo odiaba, que se forzaba a maltratarlo por algún propósito desconocido. Tal vez tenía que ver con el entrenamiento, o consideraba que le faltaba carácter.

-Quién sabe lo que pasa por la mente de algunos- Brisafiel le dirigió una mirada significativa, y acabó lo último de otro trago.

Justo cuando apoyó la pinta en la mesa, el sonido prolongado de un cuerno se oyó en toda la isla. Desconectado de su entorno como se hallaba, Reed tardó unos segundos en captar su significado. Pero Jalomar se puso de pie enseguida.

-Están aquí.

Se dirigieron a lo más parecido que había a un puerto en Aterror, consistente en una entrada de las aguas en donde las escarpadas pendientes de la isla descendían en una sórdida imitación de una playa. No existía arena blanda en la isla, todo era piedra áspera, negra. Por los batidos en el aire, Reed comprendió que había agitación. Los

dragones volaban, formando círculos alrededor del palacio principal. Se oyó otro cuerno, respondiéndoles desde el mar. Kamui se aproximaba.

En uno de los miradores se asomaron, junto a hileras de malals curiosos. Un barco de batalla inmenso avanzaba flanqueado por unos botes. Malals de más fuerza lo asistían para anclar, y arrojaban sogas a los pálidos marineros de a bordo. El miedo que reflejaban esos rostros diminutos era el que todos habían sentido, pero sabía que se acostumbrarían. Hasta Brisafiel había dejado de rezar plegarias cada vez que pasaba cerca de un dragón.

La compuerta de la nave se abrió, y un grupo liderado por Visa fue a recibir a los recién llegados. Eran aun muchos más que cuando habían ido a verles a ellos. Una serie de personas, los últimos jugadores de aquella partida avanzaron dando respuesta a la invitación que les habían hecho.

Reed se sorprendió al notar que Shimari Kaharis Herton aún no había quitado la tela blanca que adornaba su cabeza, utilizada para evitar el potente sol de la Ciudad Dorada. Pero allí ya no había tanto sol, y la noche se acercaba. Observó a la reina, sin que ella lo viera, y captó también la figura menos voluptuosa que avanzaba a su lado, a su mentora Nakku Deihr Bellow con la palma apoyada sobre el sable y la actitud serena, desconfiada. Inclusive, para alivio de su consciencia, creía estar viendo a Linith junto a ellas.

Se sintió extraño, muy extraño. Su mente se abstraía de Brisafiel, de las charlas que se sucedían en aquel improvisado puerto, de las figuras de esas mujeres y los truenos que resonaban en la altura.

Le hizo frío. Algo, no en su mente, ni en su alma, algo más allá de todo, en la misma corriente de la existencia, algo le resonaba como las pulsaciones de un cuerpo, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos.

Uno.

La Cumbre del Eclipse Boreal daba inicio.

16. Bismillah

Un suave y desganado puntapié.

-Despierta.

La figura pequeña se remueve, habiendo pretendido dormir. Cuando ve a su visitante algo en él se calma, por la costumbre.

-Es usted.

El sonido de una bolsa contra el suelo.

-Te he traído algo de alimento.

-Gracias.

-Come. Luego hablaremos. Aún queda mucho por resolver entre nosotros.

-Yo no sé quién...

-Eso no es importante –dice el visitante- No ahora. Come. Algo grande está sucediendo. ¿Has tenido ambiciones, niño?

El pequeño niega, entre mordisco y mordisco. Es una comida gomosa, pero no puede quejarse. Su visitante lo observa devorarla sumido en otra consideración, en otra historia.

-Las mías- dice- Pueden cumplirse ahora mismo.

Comenzaba formalmente la Cumbre del Eclipse. Era presidida desde luego por Balefor, Senescal de Aterror, quien se mantenía erguido de nuevo en su pedestal rocoso, envolviéndolo como una boa envuelve a su presa. En los vahos que emanaba su corpulencia y en su actitud perezosa se percibía el interés, tanto por la reunión como por los nuevos invitados.

Arriba del viejo dragón, más alto que todos, el nuevo emperador Ladón esperaba atento. En otras tarimas mucho más elegantes que las que habían utilizado durante la coronación, provistas de asientos de piedra y ornamentos dignos de realeza, se enfrentaba Shimari Kaharis Hertón, junto con Nakku, Linith y el grupo de duques que la

había acompañado; a Crandor Paglawastros Eitei, sentado tan sólo con Lenn Id Lavos de los seelers y un puñado de sus kiels de confianza. Su campeón, por el momento, se encontraba ausente.

Reed se hallaba con las mujeres, pero no había cruzado con ellas gran cantidad de palabras. Nakku apenas lo había saludado con un asentimiento y una mirada profunda, en la que se le leía el alivio de verlo bien. Era exactamente lo que había esperado, aunque había algo en su maestra que le parecía cambiado, encogido, como si llevara un nuevo peso sobre los hombros. La presencia de Linith también lo desconcertaba, tanto como lo calmaba. No había muerto. Pero por las ojeras bajo los ojos rosados y por las uñas desgastadas con las que arañaba cada tanto la piel bajo sus ropas, Reed supuso que había atravesado un par de experiencias poco gratificantes.

La única que se veía tan contenta y plena como siempre era la reina, que aguardaba en su asiento de piernas cruzadas, ojeando con curiosidad a Crandor y a los suyos. Había esperado que Reaper y Arksinad se aproximaran al oír el aviso, pero ninguno de ellos aparecía. Reed se preguntó qué los estaría demorando tanto.

-Al fin estamos todos- pronunció Balefor por lo bajo, y su cola se movió lentamente de un lado a otro- *¿Asumo que ustedes se conocen...?*

-No he tenido el placer- contestó Shimari. Su voz era amplificadas por una runa en el alfeizar de su balcón.

Eitei mostró sus colmillos en una media sonrisa.

-La reina de juguete- dijo- Ni se te ocurra creer que vas a llevarte la gloria en esta guerra, humana.

Reed se removió incómodo, y Nakku observó al emperador con desprecio.

-Sé cómo funcionan las cosas en Kamui- continuó el kiel, adelantándose un tanto- *¿Qué tanto poder tienes para decidir, Shimari? ¿Qué tanto manejas tu propio reino?*

-En este momento, diría que un ochenta por ciento.

Una respuesta tan concreta pareció dejarlo perplejo. Balefor lanzó una carcajada, y Ladón un gruñido de irritación velado.

-Con mis principales duques fuera del juego, la política se ha vuelto bastante sencilla para mí. Tengo poder de decisión sobre mi propia armada, y planeo utilizarlo para devolverle a Vannael el golpe que nos hizo al forzar esta guerra. ¿Eso te satisface, emperador de Gikeldor?

La sonrisa brutal del hombre no batió tampoco la de ella. Pero Reed creyó ver algo opaco en los ojos de la reina, como furia contenida. ¿Pero era hacia el kiel? Tal vez ya la había portado desde antes.

“Sephid” recordó. Estaba seguro de que el guardián...

-Me alegra que se lleven tan bien- dijo Balefor- *En cuanto a los preparativos para nuestro ataque...*

-Asumes que va a haber un ataque.

Otra vez Shimari logró desconcertar hasta al viejo dragón. Oyó a Nakku suspirar audiblemente a su lado. Parecía entender más que él sobre a qué estaba jugando la joven reina.

-¿Prefieres que nos quedemos sentados, Shimari? Tal vez podríamos invitar a Decaheron y a su perro hechicero para una fiesta.

-Temo que Kamui no dispone de los recursos para solventar tal gasto.

Los ojos de ambos brillaron. Balefor tosió, incómodo.

-Explícate, humana.

-No es nada- sonrió ella con indulgencia- Sin embargo, ¿no les parece innecesario caer en una provocación como esta? Tal vez lo imaginan, pero no fue mi reino precisamente el que decidió que iniciara este conflicto.

-El sólo comparar sus ejércitos con los de Fariel lo deja en claro.

-Hablas de ejércitos, emperador de Gikeldor, y pareces muy dispuesto a hacer marchar los tuyos hasta esa ciudad maldita. ¿Pero no te molesta seguir los caminos que Vannael nos ha trazado? ¿Ser otro peón de nuevo?

Se oyó, pero pocos se percataron realmente de ello, un sonido distinto, un gruñido inteligente, difícil de traer su significado con palabras en el medio de aquella discusión. Reed apenas lo vio de reojo, pues su similitud con Skectral le causaba sensaciones muy conflictivas, pero notó que Ladón se había movido de su posición inicial al pronunciarlo.

-Gikeldor ha sido un peón siempre- contestó Crandor- Hasta este día. ¿Crees que tus manipulaciones son más sutiles que las de ese rey? Al menos él nos comprende y ofrece lo que nuestra especie ansía. No caeré en niñerías de paz y entendimiento, humana. Yo soy Crandor Paglawastros Eitei IV, y estoy imbuido de un elevado propósito. Que no se te olvide.

-Todos lo estamos- comentó la aludida por lo bajo; pero en sus palabras parecía existir una gran cuota de burla.

-Ustedes pequeñas criaturas son más... belicosas de lo que esperaba- intervino Balefor entonces- *Su Majestad humana, si bien de seguro tiene alguna propuesta original para solucionar este embrollo, tal vez sería sabio que actuemos como si luchar fuese inevitable.*

Shimari lo contempló hablar, y asintió lentamente. Se la notaba impresionada, sobre estar en Aterror y sobre el ver aquellas bestias dialogar y volar los cielos, las historias que había oído de su abuelo y que ahora experimentaba en carne propia. Reed la comprendía. También comprendía, aunque lo admitía a regañadientes, que a él Balefor le estaba cayendo mucho mejor de lo que hubiera esperado.

El resto de la sesión continuó con mayor normalidad, durante el primer periodo. Lo que fuera que había buscado Shimari con sus palabras fue olvidado, y los líderes dialogaron en cambio sobre las posiciones de sus distintas armadas: Kamui, al norte de Damed Oah; el escuadrón rebelde de Fariel en donde se reagrupaban las tropas kiels, al sudeste, siempre en peligro de colisionar con la armada real que se asentaba en el sur y en el oeste. Y desde luego también la flotante Babel, que marchaba hacia el escenario luego de haberse quitado de encima a los dragones que la acosaban. Aquel sería un enemigo difícil de echar abajo. Quedaban también los restos de cultistas de la Forja que apoyarían a Vannael, los distintos grupos de mercenarios, los ejércitos empobrecidos de Gikeldor que no estaban bajo el servicio kiel, los piratas que desde el mar pudieran hacerse a la tierra, de la Isla de la Luna; el clan de Genios del difunto Djinn Archelande, y las criaturas de la ciudad maldita cuya existencia debían admitir y que representaban el mayor de los peligros, así como Grimold Styxer y sus ankous incansables. El enemigo era variado, numeroso. Sus posibilidades de vencer magras.

Sin embargo, Shimari continuaba sonriendo. Evidenciaba, con toda seguridad, el poseer una carta de triunfo.

Traga el último bocado de pan con un sonido claro. Mira al extraño con desconfianza, sin moverse de su lugar.

-¿Quién es usted?

El hombre se baja la capucha.

-¿Me reconoces?

Pero el niño duda. Lo asalta una imagen, al descubrir aquel rostro, pero es tan fugaz que no logra atraparla, que no saca nada en concreto.

Termina negando.

-No sé quién es usted.

-Eso no importa ya.

-¿Por qué me capturó? Eluid vendrá a buscarme.

-Eluid Skardtril está muerto.

Aprieta los labios, sin poder creerlo. Es imposible que Eluid esté muerto. Eluid es demasiado fuerte, demasiado arrogante, demasiado valiente y desmedido. No es el tipo de persona al que alguien pudiera matar, así que ese extraño le miente.

Su corazón se turba.

-No le hablaré.

-Tal vez consideres necesario no meterte en mis nervios- dice el otro- Tu hermano está en peligro.

Allí sí, sin querer hacerlo, se remueve nervioso.

-¿Reed? ¿En dónde está Reed?

-No importa.

-¡Respóndame!

-Tú lo pusiste en esta situación, ¿no lo sabías?

Retrocede, sin comprender. De pronto lo domina un terror ciego.

-Esta será la historia de su muerte- dice el hombre- La que debió haber sido desde el principio. Y es tu culpa, como tantas cosas.

-Sáqueme de aquí.

-Está demasiado lejos. No podrás evitarlo.

-Quíteme de este lugar. Debo encontrar a Reed y...

Calla.

Cierra los ojos, pensativo, y poco a poco se tranquiliza. El otro lo observa con evidente curiosidad.

-¿Qué ocurre?

-Nada- dice Caxer- Todo lo que usted dice son estupideces. Reed tampoco puede morir.

“Yo confío en mi hermano.”

Sus palabras parecen causar algún efecto en el hombre, pues la boca se le convierte en una línea dura, recta. La capa negra con la que se envuelve se remueve. Son dos figuras muy dispares, un niño, un adulto; vida, muerte, un rostro descubierto; una máscara.

Se enfrentan.

Las agujas del destino continúan moviéndose.

Luego de la primera hora, hubo que realizar un descanso.

Nakku lo aprovechó para ir en búsqueda de su padre, mientras que Reed decidió entablar diálogo con la reina. Linith se había ido a dormir, acompañada por los solícitos malals, por lo que en su balcón sólo quedaban algunos señores duques, hijos de los muchos que habían perecido en Sadalsuud tras los últimos escándalos y de momento subordinados a Shimari.

Ella se había ido al finalizar, y Reed la buscaba sin estar seguro de cómo decir lo que tenía que decir, cómo pronunciar una verdad de la cual carecía de pruebas. Sephid estaba... ¿muerto? No podía entenderlo. Lo había visto en su visión, y aquello le había parecido, había tenido la completa seguridad. Pero comunicar una noticia tan inconcreta como esa iba a resultarle difícil.

Pensó en ir a buscar a Reaper o a Arksinad, cuya ausencia era de lo más extraña. Justo entonces uno de los nobles se le acercó, para decirle que Su Majestad lo esperaba en el balcón a pocos pasos de su tarima. Se dejó llevar por sus pies hasta allí, olvidando su anterior propósito. Algo, en cómo había sido el día, o en la noche anterior en la que había dormido adolorido por los golpes del entrenamiento, algo le parecía difuso, inestable, como si toda la realidad fuera a desmoronarse.

Pero apretó la estrella dorada que llevaba en el cuello, imbuyéndole aura para que se mantuviera de aquel tamaño, y llegó hasta donde Shimari aguardaba. La reina estaba de espaldas, inclinada sobre un alfeizar y encuadrada por un paisaje impresionante: los desfiladeros de la isla, su oscuridad, el cielo nocturno que volvía a esa tierra algo similar a Antares, un espacio primitivo en el cual la justicia y la vida humana eran execrables, tan sólo la semilla de un nuevo mundo.

Se acercó sin hablarle, apoyando los codos sobre la barandilla a su lado. Aspiró el aire pulcro de esa altura, el aroma variado, a azufre, a flores de montaña, el viento removido por el vuelo de sus habitantes.

Contemplaron esa visión juntos, como hacía tanto tiempo habían visto Sadalsuud, las luces de las lámparas flotando a la deriva contra las estrellas.

-¿Puedo saber qué tiene en mente en esta Cumbre?

La pregunta brotó de sus labios sola. Miró de reojo a Shimari. La reina continuaba observándolo todo con el ceño fruncido, como juzgando a ese mundo. Los ojos verdes, brillantes, y el cabello del color de las avellanas, todo parecía de momento un torbellino apenas incontenible. Sintió que veía alguna clase de reflejo de sí mismo.

El gesto de ella se suavizó lentamente. No sonreía, sino que miraba al horizonte.

-¿Crees en la luz, Reed Id Vant?

Se sintió desconcertado, primero, y luego golpeado en lo más hondo de su alma. No pudo contestar. Volvió su mirada al paisaje, a la fuerza, examinó a los malals que labraban una tierra reseca, el fuego de un horno de barro echando un humo espeso que se disipaba en el cielo, la música melodiosa de la noche.

La luz. El bien, la paz, la amistad; todo lo que hacía a la existencia valiosa. Sus manos arañaron la piedra bajo ellas involuntariamente. Comenzó a pensar en muchas cosas, separado de su objetivo inicial. Pensó en su infancia, y se recordó con el picor del pasto en la nuca, oyendo a Scarrow relatarle una de sus historias. Sintió a Caxer, observándolos anhelante desde la ventana, el apretón de mano de Van Lyder, el ver la oscuridad junto con Daivok, dos oponentes arrojados en una cueva perdida en lo más hondo del mundo; percibió el jolgorio de las fiestas y bromas con los soldados de Fariel,

Yeguilex observando a Reaper con un respeto velado, Osald Assadan dejando la vida en manos de su hijo con una sonrisa. Vio a Amu, sentada, sola, esperando a su prometido en la quietud de su hogar. Sintió la calidez de las lágrimas de Allon, al llorar borracho y aterrado; y contempló a Rashka y a los albinos rezar a su dios, a Grimold Styxer consumirse entre las sombras, a Sephid esperar cientos de años a su mesías. Un niño hambriento bajo la lluvia, un prisionero muriendo en su celda, una familia ardiendo bajo las llamas de un hogar destruido, la tristeza en unos ojos de águila y la sonrisa fingida del que sufre, del que debe seguir viviendo. Captó en la lejanía la voz de Vannael, su desesperación y desconsuelo; y luego, y luego...

Una mirada gris, por sobre todas esas cosas. Eterna, perpetua.

“Creo en la luz” dijo, convenciéndose. *“Creo en ella.”*

“Pero...”

Había algo más, algo que siempre había estado con él. No podía verlo, pues era ciego, pero estaba allí. Danzaba, escapándosele, se reía, se agitaba en su desnudez llorando entre carcajadas, el ser más triste de todos, el único ser consciente de su dolor. Se extendía, florecía de los brazos, del cuello, del pecho, hasta volverse un árbol platinado, entre los vidrios rotos, entre las penas de todo el mundo.

No se atrevió a contestar la pregunta. No todavía.

A Shimari no le importó, pues sonreía. Esta vez ella le dirigió una mirada.

-Voy a buscar la paz.

Fue emergiendo de sus pensamientos. Se hallaba confundido.

-¿La paz?

La reina asintió, contemplando decidida el horizonte.

-No aceptaré los juegos de un alma como la de Vannael. Planeo detener esta guerra... Al menos unos años. Lo suficiente como para que alguien pueda salvarse, como para que la luz pueda brillar de nuevo sobre todos. Quiero darnos tiempo.

Ladeó la cabeza lentamente.

-¿Y sabe cómo lograrlo?

Shimari esperó un rato para responder. Los ojos le brillaban.

-Tu maestra ha sido muy útil. Me alegra que hayas encontrado a alguien así,

Reed.

-Gracias- respondió con sinceridad.

-En cualquier caso, Nakku no se molestará si te robo, ¿verdad?

Levantó una ceja.

-Me refiero- rio ella- A que cuando obtenga la paz que quiero y todo se calme...

Quiero que me ayudes a encontrar a Sephid.

Tuvo la sensación velada de un golpe en las entrañas. Así que ella lo sabía.

-Yo...

-Él te esperó por años. Si fuiste Albion Decaheron, tu responsabilidad es devolverle el favor.

-Estoy de acuerdo. Pero Sephid...

-Sephid está vivo- se volteó Shimari. No había ira ni dolor en su voz, sólo la completa seguridad de quien sabe algo que los demás no. Reed retrocedió, sobrecogido, y se descubrió de repente convencido de que ella tenía razón, de que tal certeza no podía ser infundada y la reina poseía un enlace, algo que la ataba a su guardián para comprobar lo que decía- Salvó a Linith, ella me lo dijo. No moriría tan fácilmente.

Lo aceptó, pensando en el joven demonio. En alguna parte del ancho mundo, tal vez...

-Será un largo viaje- comentó Shimari- Pero no escogería a otro para que me acompañe. Podré por fin desligarme de todas estas molestas ocupaciones que me han pesado desde que tengo consciencia. Podría resultar entretenido.

No dijo nada más, y Reed tampoco. Lo llenaba de curiosidad el intentar entender cómo Shimari planeaba obtener la paz entre los reinos. Aún si fueran unos pocos años... ¿era siquiera posible? ¿Se podía contener la avalancha, la furia, el desenlace inevitable que había causado tanto odio, tantas ofensas y rencor?

Una risa cantarina a su lado le hizo saber que la joven se hallaba en buen ánimo. Sonrió, meditabundo. A la distancia una campana sonó: la cumbre volvía de nuevo, y las largas negociaciones y charlas estratégicas con Crandor y Ladón se pondrían en pie al instante. Resopló, algo exhausto. Shimari dio un silbido particular, tarareó una canción con las palmas sobre la barandilla y luego se volteó, de nuevo hacia su tarima.

La campana volvió a sonar. Fue como un sueño el ver como la reina caía hacia delante, desvanecida. La logró sujetar por poco, en pánico. ¿Un ataque? Era...

-¡Su Majestad!- la llamó. Tomó su pulso: aún respiraba. Estaba durmiendo. Sintió varios sonidos repentinos, el golpeteo rítmico de un estruendo compartido. Una oleada amarillenta lo sacudió, haciéndolo tambalearse. Algo estaba mal. - ¡Despierte!

Pero ella no se movía de su plácida inconsciencia. Reed la depositó suavemente en el suelo del balcón, sin saber qué hacer, cómo obrar. Pensó en pedir ayuda. Luego su mente se interrumpió, al ver algo pesado pasar a toda velocidad por el mirador, hacia abajo.

Un dragón caía de su vuelo.

La constancia del horror lo fue invadiendo lentamente. Caminó unos pasos hacia la brecha, observando el escenario de antes. Ahora se veía muy diferente. Los dragones caían, uno tras otro, como una lluvia inmensa y desmedida: inconscientes, golpeaban contra las casas de los malals, contra las piedras punteadas, se quebraban sus corazas al impactar en los pequeños lagos de los valles o quedarse estacionados entre las salientes de las montañas. Hacían sonidos horripilantes al derrumbarse, bestias magníficas, bestias aladas, que hacían temblar los pulsos de los hombres, todas caídas, todas contra la fría tierra.

En su confusión divisó a algunos malals, que observaban tranquilos lo que ocurría, como si fuese un suceso de todos los días. ¿Qué estaba pasando? Se concentró, entre aquella destrucción, entre el estruendo que hacían los inmensos cuerpos al caer y utilizó su visión de alma.

No pudo creer lo que veía. Había energía seeler, dorada, irradiando en ondas desde algún lado; que entraba en contacto con los monstruos perturbando su voluntad, influía en sus almas de una forma específica hasta que perdían la consciencia y las fuerzas los abandonaban. Era una técnica impecable, especializada. Pero una sola persona no podía manifestar tanto poder.

Entonces vio a los malals, y descubrió que en su tranquilidad estaban ayudando con su energía a aquella cosa. Conectaban su aura a esa irradiación, a las vibras que resonaban como hilos de araña por toda Betelgeuse. Aquello era algo premeditado, preparado.

La alarma lo invadió, y se decidió a buscar ayuda. Era una trampa, Aterror era algún tipo de trampa. Se inclinó y levantó a Shimari, con tanto cuidado como podía, cargando su peso para llevarla a algún sitio seguro. Los estruendos y golpes se sucedían, dominaban toda la rugosa extensión de la isla. El cielo centelleaba.

Corrió al interior, buscando guarecerse bajo los techos del palacio. Había nobles dormidos, en el suelo, todos como si estuvieran muertos en vida, con los ojos abiertos, pálidos, con las respiraciones veladas e imperceptibles. Se dirigió a la tarima, sin mucha consciencia de lo que hacía, y depositó a la reina en su asiento especial. Si los malals estaban conscientes, si él estaba consciente, razonó, debía de ser que los seelers podían resistir esa influencia.

Oyó un sonido, y se volteó como un animal salvaje. Crandor lo contemplaba desde el otro balcón con sus ojos rasgados, sereno, miraba a Shimari con un respeto incipiente, expectante. No estaba dormido. A su lado, la sonrisa de Lenn Id Lavos se fue desvaneciendo al ver a Reed. El seeler sacó un pequeño báculo, precavido.

Utilizó su visión para detectar si ese hombre era el responsable, pero el aura de Lenn era verde, no dorada. Sin embargo, comprendió que la Organización estaba teniendo parte en aquel evento. Era como lo había sospechado, el grupo formado por su antigua encarnación ya no tenía nada que ver con los códigos que Sephid respetaba, con el objetivo que les había propuesto Albion. Tragó saliva, viendo al mudo Crandor que esperaba paciente, y se preguntó si debía o no ir a atacarlo. Quería entender qué estaba ocurriendo.

Una voz sonó a su espalda al dar un paso.

-Quédate quieto, Reed Id Vant.

Se dio vuelta. La proyección astral de Ventrysten se hallaba de pie cerca de los bancos, entre la penumbra de su capa. Tras el visor los ojos lo miraban ávidos.

-¿Qué está pasando?

Los impactos seguían resonando en la lejanía. Parte del techo se hundió, e hilillos de cal cayeron como cascadas entre él y el líder. Un dragón debía de haber aterrizado allí.

-Ven a lo alto de la Torre de la Difamación, solo. Te estaré esperando.

-Puede irse al diablo.

Ventrysten lo oyó y levantó el rostro, altivo.

-Sé en dónde se encuentra tu hermano Caxer. Te recomendaría que me obedezcas si planeas hallarlo con vida.

Una oleada lo sacudió por dentro, y tomó la espada corta de su cinturón. Pero atacar una proyección astral no tenía sentido alguno. Se contuvo. Caxer.

-Allí estaré - dijo, viendo a Ventrysten a los ojos.

La proyección se fue disipando lentamente, hasta dejar sólo el umbral del balcón ante sus ojos. Reed quedó unos momentos mirando la nada, pensando en algo indefinido, en su charla con Shimari, en Caxer y en Eluid muerto y su sospecha. Creía comprender ya qué había sospechado Eluid, por qué había aceptado tan rápido el llamado de un emperador al que detestaba. Él había sabido quiénes eran los que habían secuestrado a Cax.

Apretó los dientes, y comenzó la larga caminata hacia la Torre de la Difamación. A su alrededor, el mundo continuaba cayendo en un sueño perfecto e insondable.

Había acompañado a Linith al que sería su sitio de descanso, con la idea de conocer a través de sus asistentes algo más sobre la isla, quizás obtener un mapa con el que poder inferir en dónde se hallaría Ventrysten, quien no había aparecido para recibirla.

No le sorprendía en lo más mínimo que su padre hubiera actuado de ese modo. Desde pequeña, en las largas y duras sesiones de entrenamiento, durante las lecciones y al despertar, Ventrysten siempre había mostrado con ella cierta indiferencia, cierta dureza al responderle, al abrazarla, al entablar diálogo. Pero a Nakku no le importaba, pues sabía que su padre la quería. Jamás, en ningún momento de su vida lo había dudado; y el haberlo pensado muerto durante tanto tiempo había sido una de sus mayores desdichas.

Pero ahora sabía que, contra todo pronóstico, Ventrysten estaba en ese nuevo mundo junto a ella. Había algo en eso que le preocupaba, su innaturalidad, el misterio que representaba. En su niñez, recordaba a su padre y a los miembros de la Organización, sus capas negras, cuando habían llegado a Pólux y aquel rey demente los había acogido para que salvaran a su pueblo. Recordaba los gritos de esa princesa magullada.

Sí, su padre ciertamente podía ser un monstruo, pero la quería. Antes de dormirse, durante uno de esos días de experimentación, antes de que Aiwass estallara y apuntara su maldición hacia ella, el gesto desvelado de él al intentar cubrirla se lo había probado con creces. Y Nakku confiaba en él. Sin embargo, había sin duda algo de lo que no se percataba, algo que estaba mal. Eso había creído desde un inicio, cuando lo vio en la casa de los Evenstar junto con Reed, cuando tuvo el reencuentro que jamás había imaginado. Y ahora, cuando Linith se desvaneció contra las colchas de su cuarto de la nada, a la joven seeler se le ocurrió la idea de que una alarma que había estado mucho tiempo en espera comenzaba a resonar por todos lados.

Se oyeron golpes: en el techo, en lo lejos, como retumbes de un impaciente tambor, a la deriva, chapoteando sobre el oleaje salado del mar que les rodeaba, quebrando bóvedas y muros como un castigo divino. Nakku no necesitó asomarse a una ventana para averiguar qué ocurría. Controló que Linith estuviese viva, y activó su visión de alma. El entorno se le presentó como una amalgama de colores, todos interconectados por hilos amarillos, hechos de polvo de oro. Había un hilo pegado a su propia alma, pero su aura desarrollada impedía que la afectara.

Alguien estaba durmiendo a toda Aterror.

La estructura era impecable. La habilidad había sido preparada con anterioridad. Tomó su sable, precavida, pensando en quién sería el responsable. No era el aura de Reed, ni de su padre, pero no descartaba que estuviera involucrada con el último. No lo descartaba en lo más mínimo.

Con su percepción no le costó diferir desde dónde provenía aquella pulsación, cuál era el centro del conflicto. Fue sigilosa hacia allí, pasando por entre los malals, que no estaban dispuestos a darle respuesta. Todos ellos estaban metidos en esto. Pero si era un plan de los dragones, ¿por qué ellos también caían dormidos? Nakku tuvo que saltar varios de sus cuerpos, escalando a través de las espinas, cansada de que hubiera problemas y también frustrada, con la certeza de que Ventrysten había tramado algo.

“Kamui está aquí, Gikeldor está aquí” pensó “Todos los grandes líderes de la oposición se hallan aquí. Si el responsable lo quisiera...”

Chasqueó la lengua y se focalizó en el núcleo de las vibraciones. Sólo unos metros por arriba, desde una de las muchas habitaciones que había, de los edificios sin

dueño ni nombre que los malos reservaban para invitados que nunca llegaban. Se concentró, y tomó al instante forma etérea, de alma. Como una saeta fue directo hacia ese sitio, atravesando todo muro. Con dragones literalmente cayendo desde el cielo, lo mejor era evitar los caminos descubiertos donde pudiera ser aplastada.

El salto seeler siempre la desorientaba, la debilitaba, pero había recuperado la práctica y se mantuvo firme y alerta. Una figura menuda observaba en la ventana de la habitación. Sus ropas grisáceas contrastaban con la cara alfombra sobre la que ambas se hallaban, los decorados de demonios del Raganah gikeldiano, seguramente un tesoro invaluable como muchos de los objetos que residían en Betelgeuse.

Nakku encaró a Cirse Id Flow, su arma en mano. La había visto, junto a Crandor, y por eso sabía que era una seeler de la nueva Organización. Pero en realidad era la primera vez que se conocían.

-Explícame- demandó.

-Nakku- sonrió la esposa de Ventrissen- Por favor, toma asiento.

Percibió que la había estado esperando. Por su tranquilidad, como si la estuviera influyendo, la antigua Bellow terminó por guardar su arma lentamente, con desconfianza.

No se sentó, sino que se mantuvo en guardia. Su gesto parecía decirlo todo: si Cirse hacía algo extraño, atacaría de inmediato. Aquella mujer no parecía una combatiente, si bien su habilidad era impresionante.

-Eres más alta de lo que imaginaba- sonrió ella observándola- Tu padre me hablaba mucho sobre ti.

Palabra alguna escapó de sus labios. Sólo una ceja se le levantó, imperceptiblemente. La otra sonrió sumisa.

-Esto es... incómodo de contar, pero tu padre y yo estamos casados.

Le pareció increíble el sólo pensarlo. Ventrissen, cuya mirada siempre se ponía fija al hablar de su madre, cuyo corazón pareció siempre tan herido por esa pérdida al punto de hacerlo centrarse en sus experimentos...

-Lo hallé en un momento de debilidad- confesó Cirse, acercándose como una vieja amiga, tan llena de delicadez- Cuando el alma se halla débil, la influencia del amor es más fuerte. Pero no debes preocuparte, Nakku. Tu padre te quiere más de lo que me quiere a mí.

-No me interesa eso. Quiero saber por qué le estás haciendo esto a la isla. ¿Mi padre te lo ordenó?

-En efecto- respondió la celestiana. Se alisó la falda con dedicación, y luego se sentó en uno de los bancos, al frente del que había dispuesto para Nakku. Todo lo que hacía parecía invisible, inexistente- En este momento, tu padre se halla a instantes de cumplir el mayor de sus cometidos... O su fin. Dependerá de ti, después de todo.

-¿De mí? ¿De qué estás hablando?

Su madrastra se tomó unos segundos para responder. Recién entonces Nakku se percató de que entre las sillas había una pequeña mesita, y sobre ella una bandeja con tazas y hasta una tetera de porcelana. Todo en esa mujer le apestaba a la pomposidad de los magos de Babel, pero al mismo tiempo le parecía demasiado eficaz como para subestimarla.

-El mayor peligro para la Organización que Albion construyó...-dijo Cirse- Es Albion Decaheron mismo.

-Sé clara.

El agua caliente se vertió sobre las hierbas, y el aroma de la infusión subió entre ambas. Embelesada con aquello Cirse Id Flow habló.

-¿Tienes el legado de Albion, verdad?

Nakku asintió, desconfiada. La esfera que habían tomado tras tantos calvarios en la Ciudad Dorada estaba bajo su protección.

-¿Qué es?

-Son memorias- Cirse dio un primer sorbo, pero pareció quemarse y volvió a apoyar la taza con prolijidad en su lugar- De los últimos momentos en la vida de Albion. Zauriz tenía la habilidad de separar sus recuerdos de su cuerpo, y lo hizo. Albion quería que el elegido los viera, cuando llegara el momento. Que comprendiera qué había sucedido. Pero tu padre ya los conoce. Estuvo allí.

Sacó su sable, apuntándola. No logró arrancarle la más mínima sorpresa.

-Por favor, no te agites- dijo Cirse- Todo esto es una gran apuesta que él está haciendo. Quiere saber si eres suya... O de Albion.

-¿Qué diablos estás diciendo?

Algo en todo aquello la seguía frustrando, confundiendo. Cirse se tomó unos segundos para dar el primer trago de su taza, y más satisfecha la devolvió al platillo. Le hizo un gesto amable para que se sentara. Extrañamente, la joven le obedeció, aunque tensa y alerta.

-Escucha, Nakku- la oyó hablarle frente a frente, como dos mujeres que relatan sus vidas, sus amores, los vaivenes de sus sufrimientos- Como ya sabes, Dordo Id Quaria, el hombre que fue Zauriz, aún sigue vivo. Su estado mental es precario, pero continúa siendo el mismo. Si le devuelves esa esfera... Podría mostrarte lo que ocurrió en verdad con Idgray y Albion, hace tantos años.

-¿Y luego?

Cirse se apoyó contra el respaldar.

-Luego tú decidirás. Si aceptas el plan de tu padre o no.

Golpeó la mesa, harta.

-¿Plan sobre qué? ¡Explícame qué ocurre!

-Es mejor que lo veas tú.

-¿Y qué se supone que debo decidir?

-Ah...- la mujer pareció pacificarse aun más- Si Reed Id Vant debe morir o no.

Nakku parpadeó confundida.

-Reed es Albion. Si lo matan, Idgray...

-Ve con Zauriz, Nakku. Estará en el observatorio de la Torre del Conocimiento.

-¿Mi padre quiere matar a Reed?

Lentamente, el terso rostro de la celestiana asintió. Se sintió sacudida por un relámpago.

-Hay gente aquí... -dijo- Que daría la vida por defenderlo.

-Y cuando se sepa la verdad- respondió la otra- El mundo se desvivirá porque Reed Id Vant esté muerto. En el nombre de lo que existe, nadie lo dejará ir.

Algo viscoso, helado le cayó a lo largo de la espalda. Se puso de pie de inmediato, arrojando su silla al suelo. Cirse volvió a llevarse la taza a los labios, satisfecha, habiéndolo dicho ya todo.

Nakku echó a correr, en dirección al observatorio.

-¿Has pensado a veces en el amor, niño?- pregunta el encapuchado- No hablo de las cursilerías de poetas. Hablo del amor, del verdadero amor que siente una madre con un hijo, un hombre a una mujer, el amor de los hermanos que comparten su infancia.

Caxer niega. Le gustaría mostrarse perplejo, pero por algún motivo no puede. Escucha. Escucha a esa figura.

-Si lo persigues, huirá- recita esta- Si huyes, te perseguirá. No importa cuánto gastes, cuánto des, lo que hagas será nada, y si es algo, será demasiado y te devastará por completo.

Silencio, y oscuridad. Las palabras calan demasiado hondo.

-Aunque claro- retrocede el visitante- Dudo que sepas demasiado de eso a tu edad.

-¿Y usted?

El extraño calla por unos segundos, juzgándolo con la mirada. Hace una sonrisa de lado, cínica.

-Solía amar a dos personas: una se fue, y la otra lo acompañó. Ahora amo a algo que es de ellos juntos, a algo que no me pertenece. ¿Te parezco desdichado?

Asiente.

-Qué niño cruel. Sin embargo, también yo tengo quien me ame.

-¿Por qué quiere matar a mi hermano?

Ventrísten ríe. Pifia.

-¿Por qué?- mastica las palabras, agita la lengua, como pasando una amarga respuesta- Pues... Porque ese era el plan original. Porque tengo celos. No me incomoda tu mirada, niño; desde hace siglos soy una criatura de resentimiento. Una maldición, si quieres darme un nombre. Pero no soy una maldición inconsciente. Sé muy bien lo que estoy haciendo. A mi modo, directo y despiadado, estoy salvándolos a todos.

»Soy la verdadera herencia de Albion –dice- Y estoy cumpliendo mi misión. Reed Id Vant debe morir. A menos...

Hace una pausa, y Caxer vuelve a moverse, en su celda, en la oscuridad, en la quietud que los rodea a ambos. Quizás sólo está hablando con un fantasma, con su locura, y no hay nadie allí. No puede saberlo. Cualquiera cosa es mejor que la soledad, pero la voz de ese hombre...

-A menos que lo que amo sea de Albion- completa el extraño su pensamiento- A menos que me pruebe que realmente se llevó todo de mí. Entonces, tal vez convierta mi odio en apatía y deje a tu hermano marchar.

Era una espada impresionante la que destellaba ante sus ojos. Reaper la examinó palmo a palmo: era grande como un garr, pero mucho más elegante que la burda

Necrostacia; de un color platinado oscuro, su filo trazando arcos distantes y agresivos, simétrica en toda su forma. En el mango la había decorado con un pedazo de su armadura: la parte de arriba de una calavera se veía dibujada justo después del filo, dos cuernos negros servían de guarda, y en el pomo la quijada del esqueleto, firmemente sujeta. Cuando la levantó, contra la luz y el fuego de la forja, aquella cara muerta pareció tener vida propia.

-Parece un buen trabajo- comentó Xelos a su espalda.

Para ese entonces los sonidos y estruendos en la isla se continuaban, pero ninguno de los dos les hacía particular caso. No era que Reaper hubiera estado preparado para todo, pero entre su concentración al forjar, entre la historia del veterano y la figura que veía ahora junto con él, su padre, acompañándolo, poniéndole una mano en el hombro para hacerle saber que ahí estaba... Lo había tomado con calma. Pero el trabajo estaba hecho. Empuñó a su neu, y se volteó hacia el viejo.

-¿Puedes explicarme qué ocurre?

-Nada que deba importarte- respondió este- Si de verdad eres leal a Crandor.

Esperó, procesando el significado de aquello. Con que Kamui se hallaba en peligro. Lo que había supuesto, las sospechas que habían estado siempre de fondo entre los tres ahora se volvían una realidad.

-Me marchó de aquí- dijo.

Xelos se incorporó, bloqueando la puerta con su corpulencia.

-Preferiría que te quedaras aquí, hijo de Osald.

Se frenó, y la espada neu tintineó a su lado. Fue un canto masculino, muy distinto al de Necrostacia, pero lo tranquilizó. Xelos contempló el arma con aplomo.

-El señor Ventrissen- musitó- Debió predecir que no te dormirías tan simplemente como el resto. Eres tan bravo como tu padre. Aunque hay una explicación para eso, ¿verdad?

Reaper inclinó la cara a un lado.

-Y te mandaron a echarme un ojo encima.

-Sí. Así que quédate en este cuarto o...

El filo de su espada fue contra Xelos Id Nein. Los años del anciano no habían hecho mella con su habilidad de combate. Bloqueó el ataque con una pequeña hacha que traía en la cintura: un arma seeler, que expandió su aura rojiza a su alrededor. Reaper vio con claridad como esa aura lo envolvía, se endurecía, se sumaba en sí misma hasta volverse una armadura transparente, que rebotó su ataque.

Pisó firme, irguiéndose.

-No me interesa lo que quiera ese infeliz de Ventrissen- dijo- Pero soy el campeón de Crandor, a mi pesar, y su imbecilidad es mi responsabilidad. Apártate, viejo.

-Qué mocoso imberbe- Xelos se posicionó entre él y el umbral, y su expresión gruñona se intensificó, agria- Si tanto lo quieres, ven hacia aquí y muere. Voy a eliminar al error de Osald en este mismo instante.

Ambos se prepararon para luchar. El seeler, con su filo rojizo, con la agresividad de su aura que le confería una defensa y un ataque perfectos. No era una habilidad que poseyera antes de conocer a la Organización, y la había pulido a la perfección para combinarla con su capacidad como soldado de Kamui. El Campeón de Crandor en cambio se veía calmo, sin auras o poderes, tan sólo el largo filo de su espada lanzando su luz y la mirada certera, brillante, lista para utilizar su habilidad y acabar con su enemigo.

En tan sólo segundos, el ameno salón del observatorio se había convertido en una cueva, en un panteón al pavor y a la oscuridad. Arksinad y Gallahard se mantenían de espaldas en ese espacio de pesadilla, en el que caras inmensas y arrugadas masticaban desde las paredes y el suelo, en el que todo se había vuelto algo visceral, maligno. Entre los millares de inmensos rostros que parecían constituir esa dimensión, que babeaban y pronunciaban palabras sin voz, con ojos redondos, de araña, con dientes retorcidos como tentáculos, las sombras envolvían a la figura de Dordo Id Quaria, acoplándose a él, convirtiéndose no en una capa como las había utilizado Sephid sino en cambio en una larga túnica, de archimago.

Los hechiceros celestianos lo vieron con horror. Ya no existía un gramo del apacible Dordo en ese monstruo, en el demonio anciano que se les burlaba, flotando por el aire. Zauriz apuntó con una larga uña al suelo, cerca de ellos, y ambos tuvieron que esquivar un ataque que partió una de las muchas caras en un grito de agonía.

El viejo volvió a reír, y se acarició la barba, pensativo. Sus ojos, rojos y de bulbos dorados se oscurecieron; simulando concentración.

-Duran...- dijo, meciendo la barba. El cabello iba hacia arriba, en todas direcciones- Duran. Oh, sí, lo recuerdo.

Gallahard tomó su estoque. Arksinad ojeó a sus espaldas, pero la puerta del observatorio había desaparecido entre el delirio que lo cubría todo.

-Un joven muy serio- rio Dordo- Tanta rectitud... Me emocionaba. Hubiera dado todo por verlo quebrarse.

-Usted es un maldito desperdicio.

Otro filo. Gallahard lo esquivó a duras penas.

-Dirígete a mi persona con propiedad- dijo el enemigo, y pedruscos, trozos de carne y hueso se levantaron con su poder- Yo soy Zauriz, El Terrible, Zauriz, El Sedito, Zauriz, Quien Corrompe La Vida. El último de los daevas, el rey de Quaria, el precursor de la Plaga.

Su sonrisa se volvió ancha, enfermiza.

-Y sí... Fui yo quien hizo tantas cosas... ¡*Tantas cosas!*

-Ruín- dijo Arksinad viéndolo. Sudaba en frío, pues notaba que el poder de aquella cosa era monstruoso, que rivalizaba o incluso superaba al de Vannael- Fue usted...

-¡Deslicé a Haluar la posibilidad!- chilló Zauriz con alegría- ¡La posibilidad de que su rey estuviera implicado! ¡Ah, mi gran obra! ¿Quién iba a desconfiar del inútil, torpe Dordo? ¿De Dordo el Simple? Haluar y los suyos se lo tragaron sin más. Gaedal, Duran, todos tenían la misma inocencia de quienes creen en la justicia. ¡Verlos morir, como cobayos arrojándose de un acantilado!

Una baba negra, espesa resbaló de sus labios.

-Tu princesa lo pasó bien.

Arksinad se erizó como un felino, y sus manos se cargaron de luz. Gallahard lo frenó, viendo a aquel hombre con su único ojo.

-¿Por qué?

-¿Por qué?- repitió Zauriz, flotando distraído- Haces preguntas sin sentido. Pero si de verdad quieres saberlo... Me *aburría*. ¡La inmortalidad es tan aburrida! Ustedes no pueden imaginarlo. Desde que poseí este viejo cuerpo, en todos estos largos años, sólo encontré diversión bajo el mandato de Albion... E incluso eso fueron sólo segundos, un instante que recuerdo con gratitud. Pero Albion está muerto. Y ahora yo he cumplido mi otro cometido: he obtenido el poder completo, el mismo que el Mesías sostenía. ¿No pueden sentirlo? ¡Estoy a pasos de ser un dios!

Rio, y formas iguales a él se desprendieron de su cuerpo, se estiraron, formaron patrones psicodélicos en las paredes. Gallahard y Arksinad se estremecieron. El último pudo detectarlo. Neu, seele, magia. Zauriz poseía todas estas habilidades, era igual a como había sido Albion. No necesitó preguntar para que el demonio respondiese.

-Fue mi precio- se relamió- Por utilizar el conjuro para revivir a Decaheron. Necesitaba un poder igual al que lo había quitado de su cuerpo, y sólo yo podía contenerlo. Vannael lo comprendió. ¡Pero incluso tu maestro es un peón para mí! ¡Yo soy el más grande, el más alto, el último!

-Los ancianos horribles no deberían tener tanto ego- le apuntó Gallahard con su estoque. Una capa de grueso hielo congeló a Zauriz... Por unos segundos. Luego se quebró como si nada hubiera sucedido.

-¡Patético!- rio este- ¡Qué patético, joven! Creer que pudieras dañarme a mí, el más poderoso de todos. ¡Deberían arrodillarse y rezar!

Las manos arrugadas, veteadas de negro crearon dos esferas ardientes como soles, que lanzó hacia ellos con carcajadas. Gallahard las congeló en el aire, pero el fuego abrasador atravesó el hielo y apenas perdieron velocidad. Las esquivaron saltando hacia los costados; y las explosiones barrieron varios de los rostros, cuyos restos sanguinolentos se agruparon en versiones diminutas, que se movían, que chillaban tal parásitos.

-¡Todo este *poder*!- gritó Zauriz viendo sus manos- ¡Los gritos de los espíritus de Deneb Algedi, puedo sentirlos resonar en mi cuerpo! Amo los gritos de los inocentes. Encuentro melodioso el sufrimiento, la calumnia, todo lo que hace a la negación de este mundo. ¿Quieren saber más, de la gente a la que amaron? ¿Quieres saber más de cómo murió tu princesa, joven, del miedo que tenía? Me deleitaría contarles todos los detalles. ¡Sufrir es estar vivo, y amar el sufrimiento es amar a la vida!

Creó ahora un tornado, y se los arrojó como una serpiente de viento y peste. Fracturaba todo a su paso. Quisieron esquivarla, pero descubrieron que sus pies estaban congelados, que todo el piso estaba congelado. Arksinad apuntó su mano al suelo.

-¡*Shinoras*!

Se dañaron, pero el hielo se soltó y pudieron echarse abajo. El conjuro de viento pasó por sobre sus cabezas, casi volando el sombrero del Nueve, y se desvaneció a la distancia bajo la mirada demente de Zauriz.

-Ustedes son...- dijo el demonio- Muy aburridos para jugar.

Parecía haber perdido su cuota de humor. Pasaba sus manos por la larga barba, y los examinaba. Gallahard lanzó otro hechizo, pero el anciano lo desvió con un movimiento de su mano, apático.

-Sí- dijo- Es mejor que mueran ahora.

Los señaló con dos dedos, y las piedrecillas que flotaban junto con él vibraron y se alinearon. Zauriz sonrió, y una salió disparada a tal velocidad que destruyó parte del

hombro de Gallahard. El Tres se arrojó al suelo con un quejido. No había podido preverla. Era un hechizo simple, pero mortal.

-Y ahora...- continuó Dordo Id Quaria- Perezcan en su rencor. Sean el fermento de mi gozo.

Los proyectiles salieron disparados contra ellos. No había forma de esquivarlos. No tenían tiempo a cubrirse con un campo de energía, no poseían los reflejos para interceptarlos con otro ataque. Ni siquiera tuvieron tiempo para pensar en qué hacer, pero aun así hallaron la salvación que necesitaban.

De la nada un peso apareció, empujando a ambos detrás de una maquinaria. Varias de las piedras rasgaron su carne y ropas, pero evitaron la muerte.

Arksinad palideció al contemplar a Nakku.

-¿Qué haces tú aquí?

-¿Qué están haciendo ustedes aquí?- dijo ella, cubriéndose en el acero del ingenio y viendo al demonio que flotaba mudo, sinuoso observándolos con curiosidad en el aire- ¿Están... luchando?

-Hola- le dijo Gallahard, tomando su mano y dándole un beso en el dorso- No tengo el honor de conocerte. Pero puede que muera ahora, y me haría feliz el hacerlo a tu lado.

Nakku lo miró con disgusto y se dirigió a Arksinad.

-Toleraré hablar contigo mientras dure esto. Necesito acercarme a Zauriz. No parece muy estable, así que...

-Whoa, ¿me estás pidiendo ayuda?

El acero recibió un impacto fuerte, que lo abrió como los pétalos de una flor.

-¿Quién está ahí?- preguntó Zauriz- ¡Salgan, pilluelos!

-No puedo creer que Albion tuviera eso en sus filas.

-Te sorprenderías- Nakku espió a través de los huecos de su protección, y les hizo una seña- Cuando diga ya, aléjense. Creo que va a des... ¡Ya!

Saltaron hacia los costados, justo cuando una esfera de poder violácea desintegraba todo en pedazos. Se pusieron tras otras de las maquinarias, cada uno en un lugar distinto.

-¡Soy la hija de Ventrysten!- gritó Nakku- ¿No me recuerdas, viejo Dordo?

-¡Por supuesto que sí!- sonrió el otro- Acércate. Tengo hermosas memorias de tu niñez, siempre entrometiéndote en todos lados. Quisiera darte un *abrazo*.

La seeler masculó algo por lo bajo.

-Tal vez deberías ir- opinó Arksinad.

-Quiero golpear a ese maldito engendro en su barba- dijo Gallahard desde otro sitio indefinido- Como nunca he querido algo antes en mi vida.

Otros filos de energía partieron cerca de donde había salido su voz, pero el ataque pareció errar su cometido. En la oscuridad que había creado, ni el mismo Zauriz podía ubicarse. Nakku se movió aprovechando la distracción, acercándose a Arksinad.

-Escucha. Algo está pasando allí afuera, y tal vez esté en mi poder el solucionarlo. Salvar a Reed. Pero necesito hacer contacto con ese monstruo. Quiero entender. ¿Pueden ayudarme a aproximarme a él?

-No tengo problemas con tu padre, pequeña Nakku- habló Zauriz con dulzura desde el aire, pero el rostro macabro, enfermizo y amarillento que tenía hacía que todo en él sonara falso y ridículo- Pero si sigues ayudando a estos jóvenes... ¡Ah, la vida tiene tanta crueldad!

-Puedo intentarlo- le respondió Arksinad- ¿Estás lista?

Nakku asintió, rebuscando entre sus ropajes y sosteniendo la esfera granulada con las memorias. El Nueve se dirigió a Gallahard con un grito.

-¡A la cuenta de tres!

No lo oyeron asentir, pero era innecesario. Dordo Id Quaria se elevó aun más, iracundo.

-¡Colmaron mi paciencia! ¡Esta es mi última advertencia!

Gigantescas esferas de luz violácea, como las que había utilizado para destruir parte de Al Tarf o cubrir a Zark Argocette en su misión de captura se crearon a su alrededor, cargándose para ser disparadas.

-¡Uno!- dijo Arksinad. Hizo una seña, y apoyó la mano en la espalda de Nakku-*Jibril Shunoros*.

Dos de los ataques cayeron como potestades cerca de donde estaban, e hicieron estragos con las imágenes caóticas que se plegaban en todas direcciones. Los rostros gritaron.

-¡Dos!- dijo Gallahard, y congeló un tercer ataque. Zauriz detectó entonces dónde se hallaba, y mostró los colmillos con furia.

-¿Tres?- dijo Nakku.

-Esto es mi devolución por lo de capturarnos en la Forja- le sonrió Arksinad, y gritó- ¡Tres!

Gallahard salió de su escondite, y congeló otra vez al viejo monstruo. No hicieron falta más que unos segundos: Arksinad tocó la espada de la seeler con un dedo, y ella salió despedida a toda velocidad, por los aires, maldiciéndolo.

Pero iba en dirección a Zauriz, que desprendía de sí las capas de escarcha con evidente ira. El demonio no la vio venir. Lo impactó de lleno, derribándolo del aire con una patada, aferró su barba con una mano y con la otra incrustó la esfera granulada en su corazón, utilizando su aura para penetrar sus defensas de seele.

Los ojos del archimago se pusieron en blanco, y la boca se abrió tanto como pudo. Como por reflejo, las largas manos aferraron la cabeza de la hija de Ventrysten mientras ambos caían. Nakku se sacudió, perdiendo la consciencia, y cientos, miles de imágenes de lo que había sucedido hacía siglos en Dammed Oah la invadieron, revelándole la verdad que había estado oculta a los ojos de todos.

17. Espíritu, Camina Conmigo

Reed Id Vant marchó, hacia donde Ventrysten lo esperaba.

Aterror era un caos. Los dragones habían dejado de caer: todos permanecían en el suelo en posiciones absurdas, víctimas de una masacre sin sangre. Sólo unos pocos roncaban levemente; la mayoría parecían sencillamente muertos. Él caminaba entre sus cuerpos, sintiendo sus vidas, preguntándose qué estaba pasando y diciéndose a sí mismo también que la respuesta ya estaba en su mente.

La Organización había traicionado los sueños de su creación. Esa era la conclusión que sacaba de todo el asunto. Ventrysten y Crandor habían estado compenetrados desde un primer instante, habían traicionado a Kamui y les habían engañado para obtener lo que querían. El emperador debía de estar buscando un nuevo hogar... Pero Ventrysten, el hombre que lo había seguido en su otra vida, de él no podía hacer suposición alguna.

Pasó la mano por la coraza de esmeraldas de un dragón durmiente, y este reaccionó como si le hubiera hecho cosquillas. Reed pensó que era mala idea volver a intentarlo. Lo esquivó, y continuó avanzando, trepando escamas y escalones para llegar hasta lo alto de la Torre de Difamación donde lo esperaban. Pasó a través de un comedor, y vio a Brisafiel arrojado en una barra junto a decenas de jarras de cerveza. No estaba muy claro si se había dormido por el ataque seele o por la borrachera.

Caminó, y caminó, sintiendo que el llamado que le hacían correspondía a un saldo viejo, a algo que en otra vida no había podido cometer y que ahora volvía desde un pasado remoto a morderlo. Se preparó.

Al detenerse unos segundos en el umbral de la torre percibió una presencia, y vio a Apla mirarlo desde la ventana junto con Tay. Los saludó con un movimiento educado. Todos los malals estaban compenetrados en esto. Reed sabía que entrar a esa torre era una trampa. Quizás, incluso, una trampa inevitable. Ventrysten había tenido mucho tiempo para planear aquello, y su efectividad era de admirar. Con tan sólo un par de jugadas había desarmado a la principal oposición de Idgray y Vannael, y lo había obligado a obedecer.

Pero Cax...

No sabía si el líder de los seelers trabajaba para el rey de Cel-Neckar, pero sospechaba que estaba actuando por su cuenta. Mejor así. Si dependía de su vida, salvar

a su hermano, evitar que otra muerte destrozara su historia, no, su cotidianeidad, estaba dispuesto a meterse a voluntad en cuantas trampas le pusieran en frente.

Entró y ascendió los escalones en espiral. No sabía cuál era el propósito de la Torre de Difamación, pero en sus paredes había pinturas rústicas, variadas, escenas que le parecieron distantes y cercanas al mismo tiempo. Vio la historia de Aterror, grabada en esas paredes, vio un dragón negro inmenso, de cientos de cabezas, un dragón dorado al que reconoció como Baal, algo que parecían devas conviviendo con los malals en un antaño. Aquello no le impactaba mucho. Reginald le había dicho que su especie poblaba el mundo central, hacía tanto que ya nadie podía recordarlo. Tal vez Aterror había sido el punto de partida de cosas muy distintas y terribles.

Emergió en la terraza y el viento sacudió su abrigo rojo, su cabello, dificultándole ver a Ventrysten que lo esperaba de pie del otro lado.

Se preparó, con una mano cerca de su estrella dorada.

Ambos se encaraban.

-Te has demorado demasiado.

-Dígame en dónde se encuentra Cax.

-Tuve que apurar las cosas- Ventrysten se inclinó de hombros- Ya que Shimari regresó con esa niña...

¿Hablaba de Linith?

No había caso alguno.

-Estoy aquí. Respóndame.

-No estás en posición de hacer demanda alguna, Reed Id Vant. Has venido aquí a morir.

Esta vez él se mostró indiferente.

-No entiendo cuál es su problema.

Tuvo que reaccionar rápido, desviando una finta espectral que le vino por la espalda. Una de las proyecciones astrales de Ventrysten le había salido de la nada, justo como en los entrenamientos. Eran distintas a las que hacían los magos: parecían hechas con seele, y poseían una dureza singular y la capacidad de dañarlo.

Pero no se dejó amedrentar, firme. Él era más fuerte que Ventrysten. Lo sabía.

-Caxer- repitió con énfasis.

Dos copias más lo rodearon, pero Reed esquivó sus ataques agachándose y convirtió su estrella en una espada fina y larga. De pronto él tampoco tenía humor para juegos.

-Antes de que ese muñeco la sostuviera, tú tenías el escudo- dijo Ventrysten- Pero antes de que nacieras y me abandonara, Drassil era mía. Albion me cedió su cuidado hasta el día en que renaciera, cuando la espada me dejó por su propia cuenta. La sensación de perderla... Supongo que la conoces muy bien. Conozco la influencia que ese acero helado causó en mí. Deseo esa arma tanto como Albion o tú la deseaban.

Se sintió irritado. Uno de los espectros le vino de frente; lo partió al medio con un movimiento. Con que aquello era. Ventrysten había sido el anterior dueño de su escudo.

Pero algo así ya no importaba.

-Drassil es de Idgray Decaheron- dijo, con dolor- La espada ya ha elegido.

-No entiendes nada, Reed Id Vant- respondió el otro y tres figuras negras más lo rodearon- A quien le importen los deseos de las espadas legendarias es un necio o un idiota. Yo soy... El único que puede sostener a Drassil sin representar una amenaza para la existencia. El Árbol de la Nada no puede florecer en mi alma maltrecha por la

maldición de Aiwass. En tus manos es un peligro. Aunque sea sólo una pequeña posibilidad... Debes morir.

Era cierto que no comprendía, pero le enervaba el verlo hablar de esa forma. Sintió una punzada de celos, indefinidos, como si se trataran de dos hombres luchando por una misma mujer. Sólo, sin que lo atacaran, hizo un movimiento y cortó con seele a las proyecciones. Miró a Ventrysten a los ojos, serio.

-¿Entonces es sólo eso? ¿Quieres la espada?

-Quiero cumplir mi misión.

Otras figuras, pero Reed se libró de ellas fácilmente. Ventrysten estaba débil, no estaba dispuesto a luchar. Era obvio que esperaba algo.

Se quitó los restos malformados de su espada, y esta volvió a convertirse en una estrella. Dio un largo y malhumorado suspiro.

-Si de verdad estuvieras cumpliendo tu misión, estarías ayudándome a matar a Idgray. No atacando a tu antiguo líder.

-Tú no eres mi líder, Reed Id Vant- respondió Ventrysten- E Idgray... Idgray ya está muerto por lo que a mí respecta. Pero no debes comprender esto; tan sólo debes perecer.

Se lanzó él mismo, y Reed bloqueó su cuchilla creando un escudo dorado. Esta vez fueron decenas las proyecciones que surgieron del aire, danzando a su alrededor, trazando líneas de filo azuladas, cortantes. Ventrysten lo veía resistir del otro lado, sereno, y bajo su máscara se evidenciaba su propio estigma, trazos curvos bajo los ojos que parecían sucios, corruptos por la maldición que una princesa elven le había hecho inconscientemente hacía siglos.

-Sea lo que sea que intente- dice el niño- Mi hermano no caerá.

Ha habido silencio, en el cual Caxer ha meditado demasiadas cosas. El encapuchado vuelve a dirigirle una de sus sonrisas. Parece consumido y débil aún mientras le habla.

-Se resiste muy bien. Aunque no es todo lo fuerte que era antes.

No sabe cómo responder a eso. Lo distrae el aspecto emaciado de su interlocutor. De pronto teme que se desvanezca, que lo deje de nuevo solo en ese lugar.

-Usted...

-Soy una maldición- repite el hombre- Algo que debió haber muerto hace mucho, y que sólo vive bajo su rencor. Ese fue el maleficio que una princesa me hizo. No te preocupes por la salud de tu captor, niño. Preocúpate por tu hermano.

-No podrá dañar a Reed.

-Quizás yo no- admite el enmascarado- Pero mi legado... ¿O es ella el legado de Albion?

Piensa. Caxer lo observa sin comprender, sintiéndose azorado. El otro termina por sonreír con fatiga.

-Cuando Albion se fue...- rememora- Lo odié tanto. Pero mi hermana lo seguía amando. Ah, Nyssa. Siempre tan inocente. El tipo de joven que caería por alguien que nunca la amó.

-¿Nyssa?

-Ese era su nombre- continúa- A su manera, ella y Sephid fueron los más leales al mago. Sephid tuvo el padecimiento de vivir más allá de la muerte de su mentor. Pero Nyssa en cambio no sobrevivió a la pérdida de su amor. Y yo... Odio a Albion. Nos mintió. Cambió todo lo que nos había prometido por nada, abandonó su sueño sin pensarlo dos veces y con él, a nosotros, sus amigos, sus seguidores. Esta nueva historia que él ha elegido... No me satisface.

-No comprendo por qué quiere matar a Reed.

-Terminarás haciéndolo- le responde- Esto es una partida, niño, una partida entre Albion y yo. Él ya ha hecho todos sus movimientos de antemano, y yo respondo a ellos. Él está atado, ahora, y yo libre. La pieza principal es su legado. Quiero saber... Si la herencia de Nyssa cree en Albion, incluso luego de ver lo que este hizo, o si cree en lo que Albion dijo de sí mismo. Sólo entonces podré irme en paz, u obtener mi deseo.

-¿Cuál es su deseo?

-Cumplir la misión de la Organización. Salvarlo todo. Albion actuaba como que quería esto, nos decía ser un héroe y trabajar en contra del mal. Tan sólo quería protagonismo. Era un hombre patético, y aun así lo respetamos, Zauriz, Sephid, Nyssa, yo, todos. Pero en el momento de la verdad, su debilidad terminó siendo una condena para esta existencia. ¿Cuál de ellos era el Albion real? ¿Fue cobardía, culpa, lo que vi en la Ciudad Maldita hace tantos años? ¿O fue su verdadero ser, su amor? Sí... Todo eso quiero saber. Y cuando lo sepa, podré saber si deseo... Que Reed Id Vant muera, o deseo condenar la existencia por amor tal como Albion lo hizo en ese entonces.

Dice todo eso, y cierra los ojos por unos momentos, agotado. Cada vez parece más cansado, más débil, tan sólo por estar ante su presencia. La oscuridad que lo compone fluctúa y se desvanece. Su risa amarga se oye por entre las ramas plateadas y el eco de las paredes de roca.

Caxer se mueve incómodo. Percibe que, en algún lugar del mundo, algo importante está sucediendo, pero nada puede hacer para intervenir. Está limitado, por su prisión, por su miedo, por su incapacidad. Sin embargo, no desespera. Conoció, en Tikielder, a la gente que acompaña a Reed: Reaper, Arksinad, el capitán Van Lyder, Eluid, y quién sabe cuántos más; su hermano tiene amigos que lo protegen e impedirían que alguien pudiese dañarlo.

Sabe que puede contar con ello.

Con verdadero sentimiento en sus cuerpos, Reaper Assadan y Xelos Id Nein se encaraban. Ambos comprendían que aquel sería un encontronazo de tan sólo un golpe, en el cual quien tuviese mayor habilidad triunfaría. Ninguno planeaba dejarse vencer.

Con su armadura de aura solidificada, Xelos se agrandó cuanto pudo, fornido, bloqueando el acceso a la salida.

-Osald me agradecerá en el infierno que me libre de ti.

Era obvio que buscaba hacer tiempo. Nada en sus palabras motivó a Reaper Assadan a reaccionar. Sabía detectar a un mal mentiroso.

Simplemente le apuntó con su neu, decidido.

-Si no te apartas, te apartaré.

-Hazlo si te atreves. Tu padre...

-Mi padre está aquí, Xelos Id Nein- interrumpió el joven y sus ojos destellaron- Aquí mismo, ayudándome. Déjame mostrártelo. Corta lo que mueve al mundo, ¡Angurvadal!

Del filo de su espada emergieron unos lazos invisibles, veloces como estrellas cayendo, que salieron por varios lados hacia el seeler. Una figura emergió, transparentada, tras Reaper y su nuevo garr: un hombre joven, envuelto en una ruinoso capa, con una mirada arisca y el cabello oscuro, antes de que los horrores de la guerra se lo destiñeran.

Xelos no pudo reaccionar. El ataque lo impactó, mandándolo contra el borde de la puerta. Toda su armadura desapareció, pieza por pieza, dejándolo en sus ropas comunes.

Cayó al piso, aterrado. Había visto a un fantasma.

-No puede ser...

-Hay poderes del otro lado- dijo Reaper- que tienen que ver con algo distinto al seele y la magia. En estos días, he obtenido uno que me encaja. Desde que enfrenté a un dios... Quería algo que cancelara todo, que eliminara por completo las capacidades de un enemigo. Planeo utilizar esta espada para matar a Vannael, no a Crandor. Así que déjame pasar, viejo.

El anciano apretó los labios duramente, pero no dijo nada. Mientras Reaper caminaba tranquilo, arrastrando a Angurvadal con su derecha al dejar la forja, Xelos inclinó la cabeza y suspiró, pidiéndole perdón a Ventrysten mentalmente por su propia debilidad. No podía atacar a aquel joven, y menos si tanto evocaba con esa actitud a su difunto subordinado.

Deihr Bellow y Dordo Id Quaria se precipitaron al suelo, separándose con un chasquido y un grito unido, de horror. Arksinad logró atajar la caída de la joven, pero el antiguo demonio pareció quebrarse, romperse contra las baldosas del observatorio. Ya las caras se habían ido, esfumándose junto a su consciencia, y la sala, más allá de su aparente destrucción, volvía a la normalidad.

El cuerpo de Nakku tembló como posesa, obligando al frágil mago a soltarla. Cayó al suelo, pero no pareció enterarse. Tenía los ojos en blanco, las sienas le latían, respiraba pesadamente y se retorció con furia. Gallahard se aproximó, pero ella dio un alarido y golpeó el aire sin mirar. El joven se salvó por pelos de perder otro ojo.

Luego Nakku y el quebrado Zauriz despertaron al mismo tiempo de sus memorias.

-¡Reed!- dijo ella.

-Reed Id Vant- habló al mismo tiempo el demonio- Sí... Ahora lo recuerdo. Se lo veía centrado, muy centrado. La seeler se incorporó ayudada por Arksinad. Todo su cuerpo temblaba.

-¿Qué viste?- inquirió él- ¿Qué fue eso?

-Debo...- se levantó mareada, confundida, dominada por la urgencia. Se dio cuenta de que tenía ganas de llorar, pero aquel no era el momento- Debo ir hacia donde está Reed, antes de que mi padre...

-Ese mocoso de Ventrysten- dijo Zauriz arrojado, y se oyó un crujido: sus huesos rotos, el cuello, todo volvía a unirse a la fuerza con lentitud, como si se tratase de un muñeco, las extremidades giraban y se reunían, se plegaban, se soldaban a sí mismas cruelmente- Sabía lo que había ocurrido allí en Dammed Oah, y me mintió. Me ha jugado una broma pesada, haciendo que me arriesgue de este modo por su perverso sentimentalismo. Va a ser castigado. Luego. Primero debo encontrar al muchacho.

Algo en él hizo un sonido elástico, viscoso al pegarse. Gallahard y Arksinad lo miraron nerviosos. Nakku también le echó un último vistazo, adormecida, y se dirigió a los magos.

-¿Pueden encargarse de él?

Los bulbos de Zauriz enfocaron con un instinto asesino desde el suelo a los tres, y su torso se irguió como un resorte.

-Sí- dijo Arksinad- Ve.

-Sí...- el viejo Maestro de Maestros se acarició la barba, pensativo- Debo matar a Reed Id Vant cuanto antes. Albion... *falló*.

Gallahard le arrojó un hechizo, pero él lo desvió con una mano, sin mirar. Se lo veía realmente abstraído en su pensamiento. Ambos celestianos lo encararon certeros, mientras que Nakku huía por la puerta revelada.

-Primero deberás pasarnos a nosotros.

El rictus de Zauriz se estiró, se contrajo, se volvió mil expresiones demoníacas. Esferas violáceas se encendieron en sus palmas, floreciendo perpetuamente.

-¡Que *así* sea!

Una idea concreta ocupaba la mente de Reaper Assadan mientras corría hacia la Torre de Elección, o más bien, el compromiso implícito en una charla: esa que había tenido con Yeguilex a bordo del *Magnatos*, en la que su honor lo había instado a desistir de atacar a Crandor directamente. Aun aunque aquel kiel lo había dañado tanto, aunque buscaba socavar su reino, aunque había conducido a su amigo Eluid hasta su muerte y los había engañado a todos, Reaper le había jurado lealtad. Un juramento no era algo que él pudiera romper tan fácilmente, lo sabía. Pero sabía también que existían otras cosas más fáciles de romper.

Agazapándose, pasando por entre las construcciones destruidas por la caída de los dragones y trepando sus cuerpos derrumbados Reaper parecía un espectro, un guerrero de otro mundo, vestido de muerte, a la caza de una jugosa presa. Se echó el cabello hacia atrás, con fastidio, intentando desentrañar cuántos pasos le quedaban hasta

el salón de la coronación. Utilizar a Angurvadal lo había agotado, pero estaba orgulloso. Aquel neu era una obra maestra, una digna herencia de Necrostacia y sin ninguno de sus aspectos negativos. Le serviría muy bien en sus futuras luchas.

Había dragones de todo tipo, y viéndolos tan entregados al sueño, no pudo evitar tampoco el imaginar lo provechoso que sería para la humanidad el comenzar a exterminarlos uno por uno, borrando aquella especie del mapa antes de que despertaran y propagaran su crueldad por el mundo. Tales ideas no duraron mucho en su mente, aplacadas por el cielo que resonaba con truenos, por el azul que poco a poco, desde el horizonte, iba invadiéndolo todo como luces que se avecinaban, paredes de arcoíris melancólicos que danzaban como serpientes en el firmamento formando entre las nubes notas de música y concordia. Un espectáculo tan particular parecía proclamar el fin de una era, y el fin de una era requería tal vez de alianzas infortunadas. Era un infortunio, para él y para la memoria de Eluid, que estuvieran aliándose con los dragones. Era un infortunio para Ventrysten que sin duda estuviese aliado con Vannael, por muy capaz que fuera, porque Reaper no dudaba de que, obtuviera lo que obtuviera, su vida ya estaba perdida desde el momento en que inició su plan. Y era un infortunio, para Crandor, no el haberse aliado con Vannael o con los dragones sino el haberse aliado con él, Reaper. Pues ahora aquel tigre era su responsabilidad.

Llegó a la entrada de la torre de Elección, las puertas abiertas de par en par, y trepó las primeras escalinatas con la empuñadura de su garr firme entre los dedos, la mirada resoluta y la determinación del justiciero. Algunos malals lo contemplaban, con una sentencia muda, desde los alfeizares y las entradas de las otras alas del castillo. Un sólo amague de acercárseles los instó a huir pacíficamente. Reaper pifió. Aun con doscientos de ellos en una habitación se hubiera sentido infinitamente solo.

Oyó, a lo lejos, el murmullo de una conversación.

-...no estoy de acuerdo. Eso no es...

-Ya es demasiado tarde para arrepentirse, ¿no te parece?

-Aún no. Esto es una cuestión de orgullo. ¿No lo tienes?

-...si Vannael o Kamui...

-No lo es.

Palabras sueltas, fragmentos, susurros de un plan que llevaba mucho tiempo formulándose. Marchó por el pasillo, las luces de la aurora parpadeando sobre el techo interrumpido, revelando y oscureciendo su mirada de a partes. No tardó en emerger al salón de la Coronación. La luz allí lo inundó. Crandor veía altivo a Ladón, que parecía molesto. Se encaraban de frente, serios, no con ánimos de pelear sino con un entendimiento profundo, que le causó sorpresa e irritación en partes iguales. Tan concentrados estaban en ello que no lo sintieron llegar. Del otro lado, arriba sobre su columna, Balefor no dormía sino que echaba aire caliente de las fauces. El viejo dragón fue el primero en detectarlo, con una risa queda.

-Creo que vienen a buscarte... Emperador de Gikeldor.

El kiel dejó su enfrentamiento y lo miró, sorprendido. Reaper, en un silencio hosco, notó que tras él el seeler Lenn Id Lavos se preparaba para luchar. Sus ojos pasaron por el sitio: los dos mandatarios, el sorprendido Lenn, que debía estar preguntándose qué era del viejo Xelos, el burlón Balefor controlando todo desde la altura. Se frenaron en otro asiento: allí, Shimari reposaba profundamente dormida. Pero estaba con vida.

Haciendo caso omiso a sus miradas caminó hacia la reina, levantando su espada. Comprendía qué habían querido hacer; habían querido vender a los nuevos líderes de

Kamui, entregarlos al enemigo por el reino. Era una artimaña increíble, si no hubiese estado él para impedirla. Angurvadal lanzó un brillo vespertino cuando comenzó a activar su poder.

-¿Qué estás haciendo?- preguntó Crandor. Ladón, tan terrible y magnífico como era, también lo observaba en un silencio confundido.

-Voy a despertar a la reina- dijo Reaper.

-¿Posee una forma de resistirse al seele de Cirse?- Lenn palideció, pero mantuvo su irónica sonrisa- Vaya, vaya. Ventrysten tenía razón. Este es el más duro de ellos.

-Te ordeno que te detengas.

La frase del kiel quedó en el aire, pero lo alcanzó justo en el momento indicado. Reaper frenó el poder de su neu, y Shimari siguió respirando suavemente. Se volteó.

-Me temo, mi campeón, que sin la reina mi trato con Vannael no dará sus frutos- se acarició el cabello salvaje su señor con su único brazo, el otro un muñón cubierto con ropajes- Abstente de cometer una imprudencia.

-Vannael, ya veo- Assadan lo encaró, y ladeó el rostro tranquilo- Así que, el ataque de Babel...

-No estaba entre mis planes, ciertamente- mostró los dientes el emperador- Pero fue una buena actuación de su parte. Nuestras pérdidas fueron mínimas. Aunque puedo decir que me costó un brazo más de lo que esperaba.

-¿Ha sido así desde siempre?

Crandor asintió.

-Kamui, Cel-Neckar, Fariel. ¿Crees que me importa cuál obtengo? Sólo quiero un hogar para mi gente. Tus viejas tierras solían ser nuestras en antaño, pero todos eligen ignorar tal hecho. Y una vez tenga Kamui... Bueno, Fariel terminará por caer sola, eso lo sé. Obtendré la mitad del mundo con sólo un par de jugadas.

-Y a costa de tu orgullo.

Ladón se removió al oír aquello. Balefor, dejando ya su constante buen humor, los escuchaba también con mucha atención.

-No entiendes nada, kamuita- dijo el otro- Aquí no hay villanos ni héroes. Esto es sólo conquistar, ¡conquistar es lo único que importa! ¿Crees que Vannael es el villano, y que me rebajo al relacionarme con él? Esas no son más que patrañas, y lo sabes. Lo que yo hago, por encima de toda bondad y maldad, es devolver algo de justicia al mundo.

Entre ellos, en el espacio que los limitaba, todo parecía haberse condensado, cerrando la realidad a ese único par de presencias. Reaper escupió, ignorando ya a la dormida reina.

-Puede que tengas razón- terminó diciendo. Crandor, cuyos anchos hombros habían parecido tensos durante su habla, pareció perder cierta rigidez y sonrió- Te desafío a un duelo kiel.

La expresión del hombre se ensombreció.

-Me juraste lealtad, Reaper Assadan.

Él lo confirmó con un movimiento, caminando hacia su señor, pero al instante añadió.

-Juré defender la causa kiel con mi vida y muerte, y es lo que hago; pues la causa noble de tu especie poco se verá favorecida en una alianza con un monstruo como Vannael. Juré luchar por lo que es importante durante el resto de mis días, y por eso estoy aquí plantándome ante ti...

El único brazo de Crandor Paglawastros Eitei se tensó, viéndolo avanzar. Reaper continuó.

-Juré servir al débil: pero tú no eres débil, Crandor. También juré respetar la fuerza, pero yo soy más fuerte que tú...

Balefor dio una carcajada. El emperador continuaba en una expectación iracunda, compungida.

-Y por último- resolvió Reaper, plantándose al frente del hombre, a un palmo de distancia- Juré darte lealtad... Pero tiempo atrás también me declaré el campeón de otra persona, y por lo tanto de otro pueblo. Me temo que Kamui ya está reservado. Es mi hogar. Así, que, emperador Crandor, yo, Reaper Assadan, como tu campeón provisorio... ¡Te desafío a un duelo kiel!

Y entonces le soltó un cabezazo, que culminó con un profundo golpe seco, resonante. Ambos dragones y el seeler contemplaron anonadados como Crandor caía al suelo con un quejido, sosteniéndose la frente ensangrentada, derrumbándose con todo su peso.

Reaper lo observó, altivo.

-¡Por el cuerno de Batezek!- gritó el kiel, sobando la herida con ojos cerrados- ¡Lenn!

El seeler se aproximó a Reaper, y lo apuntó con el báculo. Quiso reaccionar de inmediato, utilizando el poder de Angurvadal para cortar cualquier técnica, pero el seele que el seguidor había utilizado con él no era un ataque directo en lo absoluto: fue su alma, no su corazón, la que comenzó a enturbiarse, sintiéndose ligado, sintiendo que se equivocaba, que Crandor tenía razón, que allí había un plan que coincidía con los designios del mundo y había sido un tonto, un iluso al querer oponerse. Por dentro gritaba sus convicciones sabiendo que nada de ello era cierto.

Sin embargo el sutil intento de Lenn Id Lavos de derrotarlo fue apagado en unos segundos. Hubo un temblor cuando la grandiosa garra blanca se posó tras Reaper, dejando un cráter en el suelo; y recortándolo con su magna presencia, Ladón, Emperador de Aterror, se estiró y lanzó el más poderoso de sus rugidos.

Resonó por el salón de elección, por la Torre, desde las ventanas del palacio, alarmando por fin a los muchos malals, sacudiendo del sueño a las víctimas de la habilidad de Cirse Id Flow. Quitó de su aturdimiento al kamuita con su fuerza, y Reaper levantó a Angurvadal contra el cielo altivo, clamando su victoria, dos figuras de blanco y espinas que parecieron en unos instantes una sola esencia, una sola resolución, un sólo designio de justicia. El sonido creó ondas, barriendo el camino frente a ellos. Lenn Id Lavos cayó al suelo, pálido; y retrocedió a segundos de desmayarse.

Ladón dejó de rugir, monstruoso, y resopló indignado.

-No pedí tu ayuda- le dijo Reaper sin dignarse a mirarlo.

-*Me importa un bledo. Es suficiente, Crandor. Tu campeón tiene razón.*

-¿También tú me traicionas, viejo amigo?

-*Esta no es la forma. Abandonar así el combate, utilizar la traición, dormir en vez de matar... Así actúan los rastros, no los orgullosos imperios.*

El kiel apretó la mandíbula, dominado por emociones ambiguas. Reaper sacudió el filo de su garr.

-Si de verdad crees que puedes vencerme, levántate. Puedes buscar tu armadura shakkoku si lo deseas. No tengo duda de que seré el ganador. Pero te juré mi lealtad, así que preferiría que eligieses terminar todo esto por cuenta propia.

Los tres, como jueces de distintos aspectos, esperaron. Desde el suelo el derrotado contemplaba el firmamento azulado, perdido en un sueño. Reaper no guardó su espada. Hasta Balefor estaba por fin implicado en lo que estaba sucediendo, y su falta de comentarios sardónicos en el momento lo hacía de vuelta la figura amenazante que era, el verdadero Señor de los Dragones que había estado dominando la isla detrás de cada emperador.

-Un hogar.

La boca de Crandor, más que Crandor, pronunció esas palabras.

-Quiero... Un imperio del que mis antepasados puedan sentirse orgullosos. Un hogar para mi gente. ¡No puedo estar equivocado en lo que deseo!

-Te daré tu hogar- le contestó Reaper, clavando a Angurvadal en el suelo- Pero no será mi tierra natal.

La risa amarga del kiel resonó entre todos. Shimari, que continuaba dormida, se inclinó un poco hacia la derecha sacudida por aquel ruido inarmónico.

-Eso es imposible. Puedo tomar Fariel de Idgray, quizás... Pero, ¿y luego? No duraría..., lo sé. Mi pueblo, mi gente... Somos débiles. Hemos sido siempre la escoria de este mundo, desde la caída en gracia del segundo Crandor. Esta era una gran oportunidad.

-No es imposible. Juro, Emperador de Gikeldor, que dedicaré mi vida a ayudarte a construir el imperio más grande que haya visto este mundo. Pero no será por sobre los cadáveres y la voluntad de quienes me aman.

Tendió su mano a Crandor, que lo observaba desde el suelo con expresión atónita.

-El pobre Yeg... Tenía razón sobre ti. No eres normal, Reaper Assadan. ¿Quieres ayudarme? No me intentes engañar. Tu amigo el cazadragones... Sabes muy bien que fui yo quien lo condujo a esa trampa.

-Lo sé.

-¿Y aun así hablas de sostener un imperio?

-Por Eluid Skardtril- dijo Reaper, y tomó la mano de Crandor por su cuenta, obligándolo a levantarse- Y porque fue tu ambición la que lo mató, así como su culpa, me encargaré de que no vivas un segundo de tu vida sin trabajar para cumplir ese sueño. Si alguna vez tu resolución falla, te mataré yo mismo. Te esperan... días como el fuego, emperador Crandor.

Y Balefor rio, hallando hilarante aquella respuesta, mientras que Ladón hacía un gesto prodigioso a su amigo, y la expresión de Crandor pasaba entre el impacto, la duda, el temor y el humor, una serie de sensaciones distintas que lo sacudieron por completo, hiriendo su orgullo hasta la médula. Shimari, ajena a todo esto, murmuró unas palabras en su sueño con una sonrisa victoriosa.

Los troncos del Árbol de la Nada se retuercen, crepitando alrededor de los oscuros muros, lanzando sus bramidos naturales entre los silbidos del viento y la soledad de la noche. Tanto el niño como el encapuchado siguen enfrentándose,

manteniendo un silencio que ya ocupa media hora. Por su jadeo, por su palidez, el pequeño mago comprende que esa criatura humana frente a él está en sus últimas, que el enmascarado va a apagarse tarde o temprano. Se mueve, tan curioso como preocupado.

-¿Reed...?

-Es... fuerte.

Aunque la capucha le ensombrece los rasgos, bajo el visor hay una sonrisa confiada. Caxer suspira con alivio. Reed aún sigue con vida.

-Tiene la fortaleza de lo que quiere vivir. Eso da esperanzas.

Él piensa en Gikeldor, en los enfermos de arleri o paludismo que ha atendido durante sus travesías con Eluid, en la determinación imperceptible en sus ojos y en el cómo se aferran a la vida, al hambre, a su sufrimiento para volver a levantarse.

Asiente lentamente.

-Mi hija, por ejemplo- dice el hombre, y Caxer escucha con atención- Es una prueba de esa fortaleza. No importa cuántas veces haya caído, cuántas lágrimas ha derramado, se levanta y vuelve a la lucha, crea un escudo a su alrededor, escruta de qué aferrarse. ¿No te parece algo maravilloso?

-Es...- dudó, recordando las palabras de Skestral a Scarrow- Es como somos las personas.

-No te compares con ellos- niega el extraño suspirando- Ni me compares a mí. Yo ya no tengo la fuerza de mi hija. Apenas puedo mantenerme a mí mismo sin desvanecerme. Estoy muerto, niño. Ya hace mucho de eso.

-Deje este mundo. Deje a mi hermano ir, y, como los demás, viva.

-Nunca.

La palabra le eriza la piel. Se recompone mirándolo.

-No creo... No creo que usted sea sólo odio.

-Ah... -el otro ríe- Por supuesto que no. Pero el poder del odio es un poder interesante. El que crea que siempre es derrotado por el amor... No sabe nada del verdadero odio. Te contaré un acertijo, niño, ya que mi tiempo se acaba. Hace siglos, cuando Albion murió junto a su hermano en la Ciudad Maldita, yo comprendí que él había abandonado su sueño y que nuestra misión había cambiado. Comprendí que no le importábamos. Sin embargo, en mi ira, en mi frustración, en la oscuridad que me devoraba al sostener la espada gris, había una luz de dulzura que me mantenía consciente. Esta era la existencia de lo mismo que Albion había rechazado: de los seelers, de mi hermana, incluso de Sephid o de Zauriz. Sin embargo, tras la maldición de Aiwass todos nos fuimos apagando. E incluso Nyssa, mi luz y mi amparo, murió tras dar a luz... A una niña.

Su media sonrisa se acentúa. Caxer siente como su boca se seca, como hay algo incómodo en aquella verdad que le cuenta su visitante. Ya han pasado horas desde que hablan. El cielo, el mundo a su alrededor mantiene una calma impasible.

-Esa niña- añade el otro- Era de Albion. Nyssa estaba embarazada. Cargaba en sí el retoño del mago, años antes de que este partiera a morir. Una criatura preciosa. Los ojos de él, quizás, pero la actitud y su voluntad eran como los de mi hermana. El sólo hecho de que esté en este mundo... Lima mi existencia, así como lo estás haciendo tú.

»Pero volveré al punto, niño, ya que el fin se aproxima. Presiento que adivino la respuesta de mi Nakku. Dime: si Albion nos traicionó, a lo que representábamos, por cariño a su hermano... Y yo, también, estoy dispuesto a abandonar mi sueño de sostener

de vuelta la espada gris por cariño a esa pequeña. ¿No somos similares? ¿No estoy, a mi manera, combatiendo a mi odio y a mi propia existencia? En cuanto mi sueño acabe, en cuanto Nakku elija en mi contra, desapareceré. Pero he esperado aquello por un largo tiempo; no podía darse de otro modo. Mi pregunta, niño, para ti que puedes ver las almas, es: ¿no estoy, después de todo, simplemente buscando desaparecer?«

Todo le había parecido inaudito, como una pesadilla que la perseguía mientras corría, como un garrafal error que nadie había previsto. Las imágenes, las visiones entrecortadas que había presenciado al tomarla Zauriz de las sienes la seguían asaltando, interrumpiendo como impulsos eléctricos el camino que tenía adelante, amargándole el corazón y los remordimientos. Reed. Se habían equivocado, ella había estado equivocada todo este tiempo. Reed era...

Corrió, cada paso marcando un camino que sabía sería el más importante de sus años. Corrió hacia donde su padre la esperaba, hacia donde Reed la esperaba. Comprendía a Ventrysten. Ya entendía qué pensaba, qué era lo que quería de ella.

Pero era incapaz de hacerlo.

A lo lejos, destellos azules y grisáceos restallaban en la cima de la Torre de Difamación. Se le revolvieron las entrañas al comprender que ya estaban luchando. Sólo le quedaba correr, ir, y luego... Y luego... Una decisión imposible, tal como la que Albion había hecho en su recuerdo.

-Dame fuerzas... Daivok.

Dijo eso sintiendo la presencia del ahura; otra familia, provisoria a la que había perdido tras Aiwass y su largo sueño. Si su hermano adoptivo estuviera ahora con ella, si los Bellow continuaran su existencia y la acompañaran, ¿qué hubiera hecho el líder?

Sin duda, pensó Nakku, hubiera decidido ir en contra de todo y salvar a Reed. Y eso era entonces lo que haría. Ventrysten tenía razón, lo sabía, bajo su despiadado modo de obrar se ocultaba la carga del que ha comprendido las cosas por demasiado tiempo. Pero aun así, aunque la existencia estuviera en juego, que fuese Reed contra el mundo... No, ella ya no podía matarlo.

Pisó firme, quebrando una de las ramas arrojadas con un crujido que quedó en su mente por un largo rato, y se adentró a subir las escaleras de la Torre de la Difamación.

-¡Arksinad!

Ambos magos evadieron por los pelos un hechizo que dejó una brecha humeante en el suelo. Volando de nuevo, Dordo Id Quaria lanzó una carcajada.

-¡Vamos a jugar! ¡Son ustedes cosas muy entretenidas!

Chasqueó los dedos arrugados, y Arksinad y Gallahard se prepararon. Bajo sus pies todo pareció hundirse. Cayeron por un tobogán inmenso, por un tubo de colores oscuros. No era una ilusión, ni estaban realmente dejando el observatorio. Zauriz estaba manipulando la realidad.

Cuando emergieron de ese impulso, los esperaba un lago de lava. En el aire, antes de caer, Gallahard creó una espesa capa de hielo bajo sus pies y los mantuvo a flote, ambos deslizándose sobre su superficie.

-¿Hielo sobre lava?- silbó el Tres.

-Simplemente no lo menciones.

Zauriz se apareció frente a ellos, y lanzó una cadena de relámpagos. Cada uno de los fulgores, que esquivaban con cuidado evitando resbalar, iba destruyendo la base creada por Gallahard, instándolos a caer de vuelta en la roca ardiente.

-*Zerachiel Shunoros*- conjuró Arksinad, mientras evitaba los impactos, y las pequeñas alas de luz aparecieron en su espalda- *Raphael Shunoros*.

Creó un escudo con esas plumas, que absorbió la magia de Dordo y se la devolvió con mayor fuerza. El anciano rio, pero fue atravesado de par en par.

La habitación entera, la lava y el hielo desaparecieron. Ahora se hallaban de vuelta con las maquinarias, la silla aparato destruida, la cúpula de donde los fragmentos de vidrio caían erosionados por todo el poder que se estaba utilizando. Dordo, de cuya herida brotaba una espesa sangre negra, sonrió.

Algo similar a una sanguijuela oscura emergió del hueco en su estómago, lanzándose hacia Arksinad y arrancándole un trozo de carne del brazo. Parecía una alimaña hambrienta, que muda buscó a ciegas obtener otro bocado de comida. Gallahard la cortó con un movimiento de su estoque, pero esta estalló y del cuerpo de Dordo Id Quaria emergieron entonces cientos: como daevas, sombras de dientes puntiagudos, perversiones de las profundidades que se lanzaron hacia ellos, hacia todas las direcciones posibles abriendo sus asquerosas fauces contra lo que tuviesen en frente.

Un campo de energía apoyado por el maná de ambos les bastó para retenerlas, pero a las sanguijuelas no pareció importarles. Con sus dientes barrieron el suelo, las paredes, el techo, desgarrando el tejido de la realidad de a trazos desprolijos, una maraña de gusanos hambrientos que se lo llevaban todo. Otra vez el escenario comenzaba a cambiar, devorado por aquellas criaturas. Se hallaron en una casucha, sin mucho espacio, algo rústico y anticuado lleno de vitrinas de experimentos alquímicos y pociones humeantes.

Las sombras volvieron hacia Zauriz, se envolvieron, formaron sobre él la imagen de un perro babeante y violento. Quién sabía a dónde los había llevado, qué terrible nueva prueba les esperaba sobrevivir. El viejo enseñó los colmillos, los bulbos en sus ojos rotando con gracia.

-¡Mi antiguo hogar!- dijo extendiendo las manos.

Arksinad y Gallahard bajaron los hombros.

-¿Es broma?

-Sentí la *necesidad*- explicó el demonio- De regresar a donde comenzó todo. Aquí, hace siglos, poseí a este cuerpo maltrecho. Y liberé una plaga...

Dio una risita insoportable y aterrizó contra el suelo. Había una silla, un aparador, la comodidad mediocre de alguien que vive solo. Sabían que aún se hallaban en el observatorio, por lo que no confiaron en nada de lo que veían. Zauriz corrió su silla, y se sentó. Rozaba lo ridículo verlo así: una figura terrorífica, sus ropajes de oscuridad flotaban, el largo cabello se elevaba por los cielos y la barba hirsuta desatada,

el horror en sus facciones y en su mirada, todo eso esperando sentado en una simple silla de madera.

-Tomen asiento- les dijo.

Gallahard y Arksinad volvieron a mirarse. El último levantó una palma hacia el anciano.

-*Shinoras*.

La luz impactó a Zauriz, pero este abrió su boca como un tiburón, y devoró el conjuro sin más.

Los miró quedo como un muñeco. Algo había cambiado sin que se percataran.

-*Siéntense*.

Otras dos sillas de mimbre se materializaron. Con justificadas dudas, Arksinad y Gallahard obedecieron, influidos por el seele de aquella criatura.

-Podría retorcer sus pescuezos- dijo Zauriz- Podría arrancarles la piel, comerme sus cabezas, transportarlos a alguna estrella lejana para que los fulmine con su soledad. Sin embargo, me he percatado de un problema. Me hallo en una encrucijada.

Arksinad levantó una ceja.

-Si te mato, alumno de Vannael, no sólo tu maestro se pondrá en mí contra, sino también el mismo Baal. Ahora lo percibo; eres un elegido. Respeto a Baal, como el dios que es, y aún no tengo... Me falta poco para obtener la fortaleza necesaria como para incurrir en su ira. Por lo tanto, *dejemos* de luchar.

Lo repentino de aquello los desconcertó. Gallahard se puso de pie de inmediato, pero Zauriz levantó un dedo.

-¡Si!- dijo- ¡Si ustedes prometen no atentar contra mi vida, yo prometeré por mi cuenta no atentar contra la vida de Reed Id Vant! ¿Qué les parece esa oferta?

-¿Estás rogando?- lo encaró Arksinad.

De la boca del demonio emergió como un resorte una de esas sanguijuelas, que estancó los dientes a centímetros de su cara. Arksinad calló, pálido.

-Podría matarlos en un instante- explicó el Quince- Oh sí, claro que podría. Pero ansío vivir. ¡Debo vivir para verlo todo! Así que, pequeños, los insto a tragarse su rencor. Repasaré la lista de mis pecados: soy quien destruyó Antares, soy quien causó la muerte de Gaedal Arleon y su noble familia, soy quien causó la muerte de la princesa Aurora y mis discípulos, Duran incluido. Soy todo eso y más, y los espíritus de millones de inocentes habitan en mí en perpetua agonía. Soy la noche eterna de Quaria. Y ahora, ustedes, deberán perdonarme.

Los labios se le fracturaron, abriéndose y dejando ver una sonrisa enorme, llena de colmillos amontonados en las negras encías. Arksinad creyó vislumbrar un par de pequeños ojos de insecto dentro de su boca. Era verdaderamente un ser repugnante.

Dudó.

-Esto es ridículo.

-No perdamos más el tiempo- Gallahard no sacaba sus ojos del demonio- Creerle es una imbecilidad.

-Oh, pero yo sé que aceptarán- rio el anciano- Tu amigo no podría permitir que el joven Reed Id Vant pereciera. Y yo no puedo permitirme morir, no ahora que mis planes son fructíferos. Cortemos esta lucha. Los ayudaré a vencer a Idgray y a Vannael, y me saldré con la mía. El recuerdo... de no haber podido vengar a sus muertos los atormentará por siempre. *Ese* será mi gozo y deleite.

Aunque parecía a punto de atacar, Gallahard fue bajando su arma lentamente. Arksinad también parecía pensativo, desconfiado.

-No buscarán venganza.

Dudaron, el seeler de aquel diablo influyéndolos sutilmente. Gallahard apretó los puños con furia, y habló antes de que Arksinad pudiese responder.

-Vete de aquí.

La boca de Zauriz se cerró. Sus ojos contemplaron al joven con sorpresa. Arksinad asintió.

-Aceptamos ese acuerdo. Pero desaparece. Eres... innecesario a este mundo. No te perdonamos, ni necesitamos perdón. Que todo lo que has hecho te pese a tu cuenta, tal como me pesó a mí.

El seguidor de Albion quedó unos segundos desconcertado. Luego rompió a reír. Su risa se extendió frente a ambos jóvenes, les colmó los oídos, retrajo las sombras, y fue volviendo a la normalidad poco a poco al salón del observatorio, sin que el más agudo de los ojos pudiera notarlo. Se desvaneció entre sus carcajadas, dejándolos sentados en el suelo en la habitación destruida, y hasta su presencia se terminó por alejar de ellos hasta quién sabía dónde entre las risotadas de burla.

Una vez todo regreso a su estado anterior, Arksinad suspiró.

-Lo siento. Yo... No puedo dejar... Mi fuerza no alcanza para detenerlo. Un acuerdo como el que propuso era mi mejor opción para pagarle a Reed el favor que me hizo al devolverme la vida.

-Lo comprendo- dijo Gallahard- Sé que Duran... No hubiera querido que me perdiera en la venganza. No de esa forma.

El alumno del rey miró a su camarada muy quedo.

-Eres más sabio de lo que pareces.

-Mi belleza deslumbra- se sacudió el cabello dorado Gallahard con un gesto fatigado- Pero también tengo belleza interior, ¿no lo crees? No como ese monstruo.

»Y además, ¿no te parece que hacemos un muy buen equipo?

Se agachó, uso de base el suelo para impulsarse y cortó la proyección que le caía desde arriba, atravesando la cara de Ventrysten desde la quijada hacia la coronilla. Se desmaterializó en el acto, y otras dos hicieron un patrón curvo contra él aprovechando ese descuido. Reed convirtió su estrella en una guadaña mal formada, y con ello las barrió en el aire. Por unos segundos se sintió como Reaper.

Saltó dando una vuelta hacia atrás, y puso distancia de las demás proyecciones. Estaba cansado, harto, rasguñado, pero su determinación era imbatible y no se dejaba amedrentar. Ventrysten continuaba sentado ahora, en apariencia anémico. Algo en él pulsaba por apagarse.

-No podrá matarme- le dijo Reed.

El otro cabeceó con un movimiento involuntario.

-Tal vez no.

Una de las figuras buscó acuchillarlo por la espalda. No se volteó: simplemente formó una barrera protectora que la mandó lejos, así como lo había hecho con su escudo tantas veces en el pasado. Aquella era la técnica que con más habilidad ejecutaba.

-Detenga esto ahora.

-Ambos son iguales- dio su sonrisa Ventrysten observándolo- Tú y tu pequeño hermano.

La furia lo embargó. Tomó su sable común, el que había robado del Quinto Nivel de la Forja, y en la otra mano convirtió la estrella en una espada larga y fina. Se lanzó hacia el líder en una masacre imbatible. Cortó con todas fuerzas, por cada sitio, eliminó silueta tras silueta preso de la emoción, cansado, buscando librarse de ellas. ¿Qué esperaba Ventrysten? ¿Qué estaba buscando? ¿Qué le decía aquella mirada rencorosa y agotada? Pateó el filo de un arma con su bota, recibió un tajo en la mano que por poco no le llevó el pulgar, usó su aura para librarse de cinco enemigos al mismo tiempo. Se había vuelto fuerte, muy fuerte. El entrenamiento de Ventrysten a su manera le había ayudado a desarrollar algo, no carácter quizás, pero algo que constituía un furor nuevo a la hora de batallar.

Poseído por su impulso, se libró de las últimas proyecciones y dirigió su cuerpo y su espada al rostro del seeler sentado. Se detuvo a unos instantes de perforarlo, estallándole el músculo. Una barrera violácea lo había detenido.

Ventrysten, haciendo caso omiso de la punta de esa arma, cerró los ojos y suspiró.

-Al fin llegas, Nakku.

Sólo al oír de vuelta su voz Reed comprendió que veía a un hombre en sus últimos instantes. Se volteó, sereno. La antigua Bellow estaba en el umbral de la terraza, agitada por el trote, con el cabello largo suelto sobre los hombros y una mirada extraña, dolida, como avergonzada al verlo.

Aguardó, volviendo la estrella dorada a su forma original.

-Eras tú.

-Padre...- dijo ella, ignorándolo y viendo a Ventrysten con emoción- Yo...

-Lo has visto- constató Ventrysten.

Nakku asintió.

-Entonces, sabes lo que tienes que hacer.

Ella inspiró. No conectaba su mirada con la de Reed. Avanzó hacia él, paso tras paso, en la tensión de la altura. Aterror se hallaba en una silenciosa calma, los truenos callados por sobre sus cabezas, el mundo un vaivén entero que los mareaba. Reed se estremeció cuando aquellos ojos violetas, brillantes sobre las pecas lo miraron con infinita pena, entre el viento que les azotaba el cabello, entre los rugidos mudos del fin.

-Tu vida me pertenece, ¿no es así?

Contemplando aquella mirada tan particular, tan familiar, terminó por asentir.

Nakku le apoyó una mano en el pecho, y acercó el sable a su corazón.

-¿Si la tomara ahora?

Espero por unos segundos, sin comprender, recordando todo lo que habían vivido en la Ciudad Dorada, sus viajes, su fogata, el tiempo en la gruta y en el oasis, observando la tormenta de arena hacer estragos dentro de una improvisada cueva, juntos. También recordó a Daivok, y terminó por cerrar los ojos. No necesitaban más palabras.

Todo era el fin. Todo se acababa, todo culminaba sin que lo comprendiera. El filo de esa arma seeler apenas punteó su pecho. Luego se separó.

Abrió los ojos, enmudecido. Nakku se había alejado de él, y miraba a Ventrysten con amargura.

-¿Lo ves, padre?

Desde su lugar, Ventrysten lo observaba en un silencio difícil de interpretar.

-Eliges que él viva.

Ella asintió, guardando su arma.

-Yo confío en Reed.

-Hija mía- sonrió Ventrysten- ¿Lo condenarás todo, tal como lo hizo Albion?

Se miraron. Reed tuvo la certeza de que era la primera vez que ella enfrentaba a su padre.

-Sí.

Un trueno resonó en la distancia, y creó una retorcida brecha en el cielo, retumbando todo el palacio y la Torre de Difamación. Ventrysten apretó los labios, observando fijamente a la mercenaria.

-Entonces- dijo al final- No queda más que hacer.

Se incorporó, caminando hacia ellos. Pasó de largo a Reed, que lo veía todo en su falta de entendimiento, y abrazó a su hija envolviéndola en su oscuridad.

Nakku no pudo reaccionar, sus ojos abiertos de par en par. A los pocos segundos aceptó aquel abrazo, y las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

-Caxer Id Vant- dijo Ventrysten de espaldas a él, sin mirarlo- Se halla prisionero en el Árbol de la Nada. Me temo que tendrás que buscarlo por tu propia cuenta.

Lo contempló, pero no podía pensar en su hermano. El cuerpo de Ventrysten se desvanecía. Era otra proyección de alma, lo había sido todo ese tiempo.

-En cuanto a Idgray...- el seeler se separó de su abrazo, y le dirigió una mirada de reojo- No le queda mucho tiempo. Si deseas hablar con él, te conviene apresurarte. Por mi parte lo hubiera impedido, pero si mi Nakku confía en ti...

Alzó el rostro de su hija, y sonrió.

-Muéstrale. Muéstrale lo que ocurrió. Tanto como tú crees en él, yo creo en ti.

Ella asintió, secando las lágrimas.

-Padre... No te vayas.

-Es demasiado tarde para eso. A decir verdad, he vivido mucho más de lo necesario. La maldición de Aiwass fue muy poderosa. Pero ya es suficiente, Nakku. Alza la cabeza y sigue adelante. Ya tienes a quien te acompañe.

-Pero padre...

-Ah, Nakku- rio Ventrysten agitándole el cabello como a una niña- ¿No entiendes todavía que yo no soy tu verdadero padre?

Y ella miró el suelo, dejando las lágrimas caer con sorda tristeza. El seeler se separó, tranquilo, y volvió a encarar a Reed. Ya no había odio en su mirada.

-Es una lástima que nos hayamos conocido en estas circunstancias, Reed Id Vant. Si... Si te hubiera visto antes, tal vez hubiera sido uno de tus seguidores- aspiró el aire de la cima, y luego torció los labios con diversión- O tal vez no. Después de todo, en el fondo todos nosotros siempre seremos de Albion.

Terminó de decir aquello, y su aura se desestabilizó y borró. La proyección astral se canceló a sí misma. Desde los pies, subiendo, las sombras que lo vestían se fueron empequeñeciendo, reduciendo su existencia a su verdadero cuerpo en el Árbol de la Nada. Reed y Nakku lo observaron desaparecer, entre la pena una, con serenidad el otro.

-Buena suerte- dijo Ventrysten, lo que quedaba de él- Sepan que se tienen el uno al otro.

Y los dejó solos, en la terraza. Nakku cayó de rodillas, llorando, y Reed alzó la cabeza al cielo y observó su vasta inmensidad, la tormenta que se aproximaba y los

juegos boreales que se entrecruzaban en el horizonte, el pronto advenimiento del tan esperado eclipse que se cernía sobre ellos.

-Así, pues- suspira Ventrysten con una sonrisa, echando la cabeza hacia atrás- Todo termina.

Caxer lo observa, inclinándose hacia él. El seeler parece medio muerto. Cabecea, y chasquea la lengua como queriendo despertarse de un sueño.

De repente lo mira, decidido. Ya no hay odio en su mirada.

-Tú ganas. Bórrame.

Él duda, y niega.

-No puedo. ¿Cómo...?

-Soy una maldición, un pensamiento. Bastaría un poco de tu energía para hacerme desvanecer. Hazlo, niño. He encontrado mi respuesta.

Caxer se le aproxima.

-¿Y su deseo?

-Mi Nakku me ha demostrado confiar en tu hermano. Y si ella confía... Supongo que Albion tenía razón después de todo. Bórrame.

-No sé cómo hacerlo.

-¿Cómo más?- dice el líder- Pues con seele.

-No... No sé qué es eso.

-Acerca tu mano hacia mí.

Caxer se arremanga la túnica, de pie, y camina al otro lado de su prisión. Ventrysten lo espera sentado, fatigado. Con sólo acercarse un poco ya, de repente, como si siempre hubiera poseído el poder, la sensación del alma corrupta de ese hombre lo invade: odio, rencor, asco, desprecio, descontento; pero también amor y orgullo, arrepentimiento, una felicidad queda formada por el transcurso de una larga vida. Se siente sobrecogido. Ventrysten sonríe como un condenado.

-Hazlo.

-Yo...- duda Caxer, sintiéndose mal- Yo lo conozco.

-Por supuesto que sí- responde el otro- Hazlo.

-Pero no sé quién es.

Se hace una pausa. Ventrysten suspira.

-Creo...- murmura- Que tú y yo fuimos amigos. Pero tú... Te fuiste tan rápido. Nos abandonaste, a nosotros, a tus camaradas y seguidores. Sephid te esperó por años, yo te esperé por años. Nyssa murió creyendo que ibas a volver. En realidad, si lo pienso... Todo este tiempo he sido un idiota. Aiwass nos maldijo a todos, pero los demás no tuvieron problemas en dejar este mundo. Sólo yo no podía dejarlo ir, no podía dejar atrás la tristeza que me habías causado. Esto no era odio, sino simplemente mi rabieta para con tu traición. El hecho de que mi rencor y mi existencia se diluyan por sólo hablar contigo me lo prueba. Pero ya hemos hablado suficiente, niño. Has vencido, Nyssa me está esperando. Bórrame.

Obedece. Su palma se enciende de un aura violácea, que se entremezcla con el aura descompuesta de Ventrysten como propagando una enfermedad. No sabe desde cuándo ha tenido este poder. Quizás desde siempre. Está recordando muchas cosas, pero ninguna es clara.

-Ah...- observa el seeler su propia desaparición, y sonrío ensimismado. Su capa negra se desvanece, se convierte en polvo. Su cuerpo tiembla, vibra, y se va perdiendo en la nada, fragmentándose en pequeñas estrellas- Qué vergüenza... Morir en frente de Albion... Sephid se burlaría de mí.

Se ríe, y mira el cielo. Parece verdaderamente feliz, todo su espíritu, antes retorcido, es puro y luminoso. Ya sus ropas, su cuerpo, todo menos los hombros y la cabeza se desvanece, y su máscara se fractura y estalla. En ese instante Caxer lo reconoce, reconoce las marcas corruptas bajo sus ojos húmedos, su mirada franca y hostil. Reconoce a Ventrysten, mientras deja este mundo. Se recuerda a sí mismo más alto, viendo a aquel joven, a Sephid, a los seelers y la organización que él mismo formó para detener a su hermano. Y recuerda, sin comprender qué es lo que esto significa, que él es Albion Decaheron, y que alguna vez tuvo otra vida en la que muchos lo amaron.

El alma de Ventrysten se convierte en luciérnagas, flotando a la deriva, y Caxer queda a solas.

18. La Guerra De Dammed Oah

Ahora, cuando la luna se vuelve el azul sutil de un nuevo amanecer, nos tomemos un momento para meditar.

Pensemos en el agua, que fluye sin importarle los designios de los hombres; la clara corriente de un arroyo que el viajero usa para refrescarse tras la larga jornada, el rumor reverberante del río que se pierde en la deriva del mar.

Tengamos calma.

Pensemos en el cielo, vasto e inalcanzable, que se vuelve tormenta y trueno o se oscurece en la noche, que nos abarca a todos con su grandeza. Que se mantiene rigiendo nuestras vidas en silencio.

Abracemos la tranquilidad.

Pensemos, por último, en el hombre; parte discorde de esta naturaleza. Pensemos en sus pasos dejando huellas sobre la tierra, huellas que serán necesariamente borradas, pensemos en el amor de una familia, en el odio de dos enemigos, en la desesperación de unos amantes, en el fulgor amansado de una pareja de ancianos que perece. Pensemos en las risas de los niños, en el llanto de una viuda, en los comentarios burlones de compañeros, la mirada queda de un soldado, el insomnio de un culpable. En ese rumor indefinido, hecho de guerra, hecho de cariño, hecho de tristeza y felicidad, que durará apenas unos segundos y se desvanecerá por siempre.

Y, por sobre todas las cosas, tengamos determinación.

Expiró el aire en sus pulmones con suavidad, dejándolo escapar a través de la boca con cuidado, los ojos cerrados y la mente despejada. Allí, desde el balcón aural, la paz que reinaba era incomparable. El viento era apenas una suave brisa, el silencio lo rodeaba desde cada dirección, y sobre su cabeza todo era un espectáculo de colores que danzaban, una luna azulada y brillante como un sol; la joya más perfecta que él jamás hubiera visto a punto de desaparecer, devorada por la fusión de espectros en el firmamento.

Habiendo terminado su meditación, sintiendo la presencia del eclipse desde esa distancia, Reed Id Vant resolvió ponerse de pie y marchar.

Cruzó habitaciones rodeado por el vuelo de los dragones que despertaban confundidos; por los malals que iban de aquí hacia allá atendiéndolos, por los comentarios y el sonido que cubrían a Aterror. Los kiels y los airados nobles de Kamui despertaban, más allá Crandor daba sus explicaciones a la reina bajo la mirada de Reaper, más allá Gallahard y Arksinad dormitaban agotados por la lucha. La existencia le emitía una música perfecta justo antes del acto final. Sin embargo, ya no podía sentir sonido alguno. Todo le era silencio y calma, todo le era quietud y tranquilidad.

Atravesó el corredor, y pasó sin llamar a la alcoba. Sentada en una cama, viéndolo llegar, Nakku le regaló una dulce sonrisa.

-¿Estás listo?

Se hallaba vestida con el atuendo kamuita, la faja doblada en la cintura, el cabello recogido en una cola de costado. Jamás le pareció tan hermosa.

“*No todo es guerra*” se dijo en ese momento. Contempló a Nakku, las marcas de tristeza en sus ojos, la soledad que exhumaba. Su cansancio y pena. Pero no estaba sola. Habiéndolo perdido todo, todavía le quedaba una persona.

Se sentó frente a ella, en silencio, jurándose a sí mismo nunca abandonarla.

-Reed...- dijo la seeler- Lo que vas a ver ahora...

-Estoy listo.

-Lo sé- le contestó ella, y en su cara, en las pecas, en su disposición esta vez él detectó por completo a Albion, al niño que había visto espiando en su visión, la similitud entre padre e hija- Pero quizás... Te sorprenda. Sólo quiero que sepas que cuando regreses de ese pasado, estaré aquí esperándote.

Adelantó su cabeza, y el sabor de sus labios lo inundó. Reed también sonrió con tristeza. La mano de Nakku acarició su mejilla con cariño, subió hacia su frente y luego tocó algún punto, algo que lo heló, que lo transportó a las memorias que habían recogido en su jornada.

Y entonces Reed Id Vant lo comprendió todo.

“*¡Abajo!*”

Un zumbido profundo rasgó el aire, y muchos de los que allí estaban se echaron al suelo. Pero Yeguilex sabía que obrar de tal modo ante una catapulta era una idea lamentable: las piedras terminarían por aplastarlos lo quisieran o no, y la patética protección que brindaban las murallas de ese castillo ruinoso no sería suficiente para detenerlas.

-¡Esquiven!- gritó en cambio. A su lado Leude silbó, y sus fuerzas se reagruparon. Algunos arqueros intentaban fundir a quienes desde abajo maniobraban las maquinarias, sin éxito en atravesar las barreras de los magos- ¡Manténganse en movimiento y disparen!

El sudor caía por su frente. Con un vistazo rápido se cercioró de que Bullwe estuviese cerca, pues esperaba de su soldado algún tipo de plan con el que salir del predicamento en el que se hallaban. Pero el farielense estaba pálido, masticando una brizna, viendo a sus antiguos camaradas marchar a matarlos. Bullwe tenía sangre fría, a

esto Yeguilex lo sabía, pero era la primera vez que enfrentaba un combate de estas dimensiones y tardaría en aclimatarse.

Se dejó el casco puesto, entonces, y pensó que su única esperanza era la que Crandor les había prometido al separarse. Mientras tanto, tanto a él como a la armada kamuita que había ocupado ese sitio bajo asedio sólo les quedaba la opción obvia: la de resistir, la de intentar oponerse a la muerte que les querían brindar los miles de soldados que los acosaban con rocas y gritos.

Los enemigos eran una confluencia, entre las huestes de Fariel y Cel-Neckar. Si hubiesen sido las primeras, Yeguilex creía, tal vez sus aliados hubiesen tenido oportunidades de resistir; y si fuesen los magos quienes atacaran, Kamui tenía toda una milicia entrenada en el arte de cancelar hechizos por lo que la victoria hubiera estado asegurada. Pero Unnaon Tau parecía contar con más tropas de las que pensaban, pues había enviado a ambos frentes en un ataque preventivo a la base principal del reino del león rugiente. Habían quedado atrincherados, imposibilitada su salida al campo de lucha y mientras tanto todavía no llegaban mensajeros desde el otro lado de la Ciudadela Maldita, que les dijeran qué había pasado con los miles de kiels que Yeguilex había dejado apostados junto con su escuadrón.

La cosa no pintaba bien. Hizo una seña, pensativo, y se le ocurrió mandar a Gio como mensajero. El ahora era ágil y pequeño, tal vez podría inmiscuirse por las filas y aclararles qué ocurría. Pero al elegirlo, ¿no lo estaba también condenando? Tau no dejaba resquicios. Y Yeguilex no estaba dispuesto a sacrificar a ninguno de sus hombres.

-¡Se acerca!

-Santa Ianna- musitó Bullwe, viendo una nueva roca inmensa salir despedida, alcanzando alturas inconmensurables para impactarlos- No saldremos vivos de esta, ¿no?

A su lado Org murmuraba plegarias, pálido. El viejo mercenario que los había acompañado en Belekraz años atrás, el único que había sobrevivido había regresado semanas antes, para aliarse con el escuadrón presidido por Leude. Que estuviera ayudándolos y no en el bando enemigo, para Yeguilex, sólo podía ser un buen augurio. Había otras tres personas que habían estado con ellos en el calvario de Belekraz, y si ese grupo se reuniera de nuevo le significaría valiosas esperanzas de vencer.

“Y si Assadan no ha molido a golpes a mi emperador...”

El impacto de la catapulta les dio de bajo, contra la muralla, y el suelo pareció tambalearse bajo sus pies. No aguantarían mucho más. Ordenó a varias de las tropas descender, codearse con los demás ejércitos para defender la base. Si el enemigo entraba, la lucha sería encarnizada. Los kamuitas eran buenos duelistas y, ahora podía decirlo, excelentes arqueros que habían dado al blanco muchas más veces que su escuadrón contra las filas, pero en la lucha organizada no tenían oportunidades contra las tácticas y la coordinación que mostraban las tropas de Deneb Algedi.

Pensó, cansado, el sudor caliente resbalándole por el dorso de la nariz.

“¿Huir?” se le ocurrió. Pero le era imposible. No sólo por su código de honor, que lo prevenía de tal humillación, sino porque Unnaon Tau los tenía completamente rodeados. Verdaderamente ese anciano era un demonio.

Desde su parte una lluvia de flechas fue respuesta a aquel impacto, y abajo los soldados no alzaron los escudos sino que, confiados, dejaron a los magos celestianos crear barreras que los cubriesen. Los proyectiles fueron detenidos en el aire, partiéndose inútiles. Yeguilex maldijo para sus adentros: la única catapulta del castillo, con la que

podría haberlos dañado, estaba del lado que defendía la comandante kamuita con uñas y dientes. Iba a tener que improvisar.

Dos de los suyos aparecieron por la escalera, cargando un caldero con agua hirviente. Lo colocaron sobre la puerta de ingreso, listos para quemar a quien se acercara. Eran medidas desesperadas, que revelaban su desfavorable situación al enemigo.

Más allá sonó un cuerno. Las tropas enemigas marcharon, acercándose a la muralla. Los magos lanzaron un aluvión de poderes, y esta vez sí tuvieron que agacharse, para dejarlos pasar por sobre sus cabezas. Leude en cambio fue más atrevido: como una centella, estiró una flecha en su arco y la disparó, con lo que pudo derribar a uno de los magos e infundir ánimo en sus camaradas.

Flechas, impactos, piedras, gritos, colisiones. Todo esto resonaba en un segundo plano, todo le parecía un sueño, como si se hallara caminando a la deriva. Algunos de los hombres que los atacaban le eran conocidos, intentaba no verlos cuando pedía a sus soldados que les disparasen. Seguramente quien controlaba aquel ejército por debajo de Tau había sido algún compañero, otro General de un escuadrón, quizás uno de los pocos que habían sido amistosos con él durante su estadía en Deneb Algedi y que ahora estaba dispuesto a matarlo, y peor aún, que Yeguilex también estaba dispuesto a matar. La guerra era algo horrible, lo sabía.

Un grupo de enemigos, rodeados de magos, corrió hacia la puerta. Ante la señal de Bullwe les arrojaron el agua; pero los hechiceros la estaban esperando y simplemente levantaron otra barrera. Las flechas se concentraron en esa formación, convirtiéndola en un erizo de penachos rojos. Aun si cruzaban, seguramente no sobrevivirían a todos los hombres que había adentro, pero el sólo romper la puerta sería suficiente para que el resto del ejército también se adentrara a masacrarlos. No era en realidad una puerta muy sólida: como el resto del castillo, estaba vieja y arruinada, podrida en algunas partes, y cedería fácilmente a un par de embestidas.

Silbó, y los hombres que habían arrojado el agua ardiente hicieron otro esfuerzo y arrojaron también el enorme balde. Fue suficiente para partir la barrera mágica, haciendo caer a ese grupo entre astillas. Los arqueros se encargaron de ultimarlos en el suelo, sin darles un segundo de piedad.

-Estuvieron muy cerca- notó Bullwe.

A su lado Gio estaba pálido, y el labio inferior le temblaba. Yeguilex asintió.

-La próxima será peor.

-Nos vendría bien si del otro lado pudieran prestarnos un par de magos. -dijo Leude, al tiempo que estiraba la cuerda y disparaba antes que el resto, llevándose la vida de otro hombre- O esto terminará demasiado rápido, y no para bien.

-Tienen las manos ocupadas- los excusó él. No creía que estuviese en las intenciones de Kamui perder ese frente. Volvió a mirar a sus hombres, concentrados en el campo de batalla, a cada uno de ellos, inclusive a los arqueros que se perdían por el borde de la muralla y los torreones, y supo por sus expresiones que se estaban preparando mentalmente para morir- Simplemente debemos seguir así.

Las últimas palabras las había dicho su boca, pero no las había pensado. Tuvo una sonrisa amarga por dentro, que no reflejaba a su estoico exterior. Tal vez él también ya se había preparado para tal destino. Como subrayando esa posibilidad, el infortunio hizo su jugada, y un grupo de enemigos mucho más grande que el anterior también se separó, corriendo hacia la puerta. Esta vez, además de la protección de los magos, llevaban los escudos en alto para evitar inconvenientes.

-Y aquí vamos...- dijo Bullwe, escupiendo la hoja por fin- Entrarán.

No era pesimismo, Yeguilex lo sabía, si bien su subordinado podía ser muy cínico. Era simplemente el entender lo que iba ocurrir, que no podían contener a tantos. Decidió prepararse para lo mismo.

-¡No cesen de disparar!- bramó.- Leude, dejo la muralla a tu cargo. Frena a cuantos puedas. ¡Quienes no usen arco, bajen conmigo! Los detendremos en la entrada.

Decenas de ellos fueron separándose ante aquel llamado, dejando sus flechas a sus compañeros y armándose con sables. Varios de los kamuitas, si bien no le debían lealtad alguna, se les unieron seguramente calculando que era la mejor opción. A la hora de luchar contra Fariel, un ex general del reino debía de ser alguien a quien valiese la pena oír. Pero Yeguilex pensaba que sus esperanzas eran infundadas: estaban, desde ya, todos muertos, todos a quienes veía, y el único consuelo que les quedaba era el pensar que cada hombre que matasen antes de morder el polvo sería uno menos para Crandor y los refuerzos.

Cuando su pesado pie dio el primer paso hacia el patio de la fortaleza, una sombra batió el aire sobre todos.

Al principio lo que sintió fue horror, un horror helado que le quitó la iniciativa y las palabras de la boca. Un monstruo inmenso los sobrevoló; gritos se oyeron a la distancia, y su figura se hizo refulgente al cargar una llamarada entre las fauces, que salió disparada con el poder de un sol hacia abajo.

Pero no hacia la fortaleza, no. Bajo ese calor, el fuego y la lava les parecieron una corriente que se estrelló contra el grupo pionero enemigo, calcinándolos en unos instantes. Yeguilex tuvo que esforzarse para mantener la boca cerrada. Gio se cubrió la cabeza, y Leude levantó su arco inútilmente. El gigantesco dragón dio una carcajada, haciendo una voltereta en el cielo, y entonces un rumor les llegó, batires, una bandada incommensurable que venía desde el norte.

Observaron. Cien, doscientos, quién sabía cuántos de ellos había: los Grandes Señores de Aterror se aproximaban desde el cielo, sobrevolando el castillo, descargando su poder contra las tropas que asediaban. Abajo el caos fue palpable. Fuego, hielo, trueno, los dragones los azotaban, resistían sus flechas y los conjuros de los magos, los obligaban a retroceder. El cuerno sonó dos veces, y las tropas se dieron la vuelta para huir. Todo Aterror estaba allí cubriéndolos, los aliados más terribles e impensables que nunca hubiesen imaginado se habían presentado para protegerlos; creando en Yeguilex la sensación de que todo era una locura, de que realmente estaba en un sueño y su mente por fin había cedido al estrés de todas esas noches y días en las que había estado a punto de morir.

Entre ese desconcierto distinguió unas figuras aferradas a las garras del dragón que lideraba el castigo. Desde el cielo, en esa posición arriesgada, quizás los tres jóvenes también lo detectaron pues uno de ellos levantó un brazo como saludo: no eran ni más ni menos que Reed Id Vant, Reaper Assadan y Arksinad Eel quienes se hallaban con Balefor, y, como esperaba, su sola aparición le daba ahora a él una esperanza que había creído perdida. Notó también que, en otro de los dragones, volaba el mismo Crandor, acompañado por la reina de Sadalsuud. A la distancia la expresión de su emperador le pareció de remordimiento, pero aun así era noble, tan noble que logró preocuparlo. Por sobre todo, se dijo, más allá de las heridas que había recibido en Gosico Fonit, el kiel estaba entero.

Hizo un grito salvaje, a la locura, al descontrol, a todas esas emociones que le embargaban allí bajo el vuelo de los dragones, a la muerte que había estado tan próxima

y a la vida que todavía lo acompañaba. Dejó su cuerpo rígido soltarse por una vez, se permitió un sólo rugido de furor y gloria. No había esperado, sin duda, el clamor con el que le imitaron, no sólo sus hombres, sino también los kamuitas, cualquiera que hubiese sobrevivido, todos aullando de triunfo por la nueva fuerza que aparecía para equilibrar las escalas de la guerra.

No pudo encontrarse con Crandor más que en aquel vistazo, pues la fuerza de Betelgeuse también se dividió: de los trescientos dragones que habían llegado desde la isla, cien quedaron con ellos bajo el mando de Balefor, mientras que el resto siguió a su nuevo emperador Ladón, que acompañó al kiel de vuelta a con sus tropas.

El fuerte tomado quedaba bajo la autoridad de Shimari, entonces. La reina no perdió un momento para ordenar que se repararan los daños en los muros, que se los reforzasen con runas de protección, que se atendieran a los enfermos y a los heridos aprovechando que el enemigo había puesto de momento pies en polvorosa. Fariel y Cel-Neckar no tardarían en reagruparse para evitar el contraataque.

Acompañado de sus hombres, queriendo brindar cuanta ayuda le fuera posible, Yeguilex se dirigió al salón de control para ofrecer su servicio a la reina. Tenía información que los otros comandantes no; sobre la posible ubicación de los demás escuadrones de Fariel y del estratega Unnaon Tau, que sabía podría ser útil. Hubiera preferido, tal vez, compartirla con Crandor primero, pero en la situación en la que se hallaban ser demasiado exigente era un privilegio que no se podía permitir.

No le sorprendió para nada encontrar a los tres jóvenes en ese salón acompañando a Su Majestad. Sabía de antemano que Assadan era amigo de la reina. La comandante que había cubierto el otro lado del castillo durante esos días también se hallaba allí; una joven de aspecto austero, Ann Midas, se veía tan magullada y cansada como él por el esfuerzo, e intentaba mantenerse firme ante la presencia de su señora. Había también una niña rubia cuya especie le era desconocida, dormida cerca del brujo, el joven vanidoso de los Arleon que había estado en Zubeneschamali, Jalomar Brisafiel y también, más atrás...

Creyó que sus ojos le mentían.

-Por el trasero de Hodaihe- dijo Bullwe a su lado. Leude también estaba incómodo- ¿No es ella...?

Sí, Yeguilex no hubiera confundido ese rostro. Estaba muy distinta a cuanto había hecho años de servicio bajo su escuadrón, vestida ahora con ropas de Sadalsuud y con el cabello largo hasta la espalda; pero las pecas, la mirada malhumorada y aquellos ojos de amatista eran idénticos, tanto que creyó estar presenciando a un fantasma. Olvidó entonces todo lo que debía informar, el estado de sus tropas, el mapa de la batalla, las tácticas y sólo amagó a adelantar un paso, su mirada fija en ella, atónito.

Reed Id Vant se levantó, como si buscara excusarla. Del otro lado, la joven los miraba de una manera peculiar, una manera que parecía decir "*aquí estoy*", que era culpable y desafiante al mismo tiempo.

-Tezca- dijo Yeguilex. Shimari lo oyó con atención, volviéndose a la joven.

-Ese no es mi nombre- respondió ella.

-Lo fue para nosotros- dijo Bullwe- No puedo creer que estés viva, Tez.

Deihr Bellow hizo un gesto compungido, y asintió.

-Cuando todo esto termine...

-Ya no importa- el general se adelantó, firme- Estamos juntos en esta guerra, después de todo. Seas quien seas, te llames como te llames, aunque nunca fueses nuestra camarada, estuviste bajo mi servicio y tus fallas son mías. Si sobrevivimos a esta lucha, no tienes nada que responder al respecto.

La joven cerró los ojos con dolor, y asintió. Yeguilex nunca la había visto tan afligida. Vio a Reed, Reaper y Arksinad, preguntándose hacia cuánto que ellos sabían de esto, y por qué no se lo habían dicho.

Pero ya no importaba.

-Te recuerdo- sonrió Shimari desde el escritorio- También estabas en la subasta de la estrella falsa.

-Su Majestad- recordó inclinarse, y sus hombres lo imitaron- Mi escuadrón y yo estamos bajo su servicio, en nombre de Crandor.

Detrás, Gio aprovechó para saludar a Reed, quien parecía alegre de verlo. Bullwe tosió.

-Será mejor que dejemos los abrazos para más tarde. Esta ayuda de los dragones llega en buen momento: según nuestros espías, el arca de Vannael se aproxima hacia Dammed Oah desde hace días. No faltará mucho para que llegue.

-Y si la Ciudad Blanca ocupa el campo de lucha...- dijo Ann.

-Estaremos perdidos- sonrió Shimari- Bien, parece que Tau nos tiene atrincherados. Sin embargo, no se debería necesitar tanto para arrojar un sólo barco del cielo.

Incrédulo, Yeguilex levantó las cejas. Quizás Su Majestad no tenía mucha idea de las dimensiones de ese barco en concreto. Contra el sillón donde estaban tumbados, Arksinad y Assadan parecieron ansiosos por luchar al oír esas palabras.

-Crandor ha podido llegar a Dammed Oah- explicó él- Pero sus tropas no resistirán mucho. Debe decidir, Su Majestad. O bien partimos a detener a Babel, y con seguridad perdemos la fuerza kiel, o ayudamos a Crandor y tenemos a Vannael sobre nosotros.

-No me gusta conformarme- Shimari revisó unos papeles, canturreando divertida. Esa actitud lo exasperaba, pero al mismo tiempo tanta calma le daba la idea de que esa mujer tenía algo en mente- No sé mucho de guerra, general. Mi prima aquí y los viejos duques estaban mucho más entrenados al respecto, pero yo no soy versada en combates y estrategias. Sin embargo, no quiero darle la espalda ni a Vannael ni a Crandor, en ninguno de los sentidos posibles. Iremos a ayudar al segundo, y derrotaremos al primero antes de que llegue aquí. Así que dígame... ¿Hay alguna forma de acercarse a ese Árbol?

Las catorce personas que ocupaban esa habitación armaron, en ese momento, el plan con el que obrarían; aquello que Shimari había estado planeando desde hacía meses para darle algo de paz al mundo azotado en el que se hallaban. Ocuparon en ello toda la tarde, y luego partieron a prepararse: la idea inicial sería hacer una ofensiva directa hacia Dammed Oah esa misma mañana, enviar a todas las tropas en un ataque en conjunto con los dragones, que desbaratará las fuerzas de Tau y le brindará a Crandor la ayuda que necesitaba del otro lado.

Con respecto a Babel, de quien huían al hacer tal jugada, a Shimari se le había ocurrido una idea muy arriesgada. Si no hubiese sido por su confianza infaltable en Reaper Assadan, el general se hubiera opuesto, pero por ser este el encargado, y más aun, porque su emperador seguía con vida y Assadan parecía haber arreglado todos sus problemas menos uno, Yeguilex se sumó a quienes consideraron que ese plan era la opción correcta.

Allí esas catorce personas supieron que estaban juntas, en la victoria o la derrota.

Luego de eso, Reed y los demás se esparcieron por la fortaleza, para el último descanso que tendrían antes del día decisivo. No fue tranquilidad lo que obtuvieron, pues la tensión crecía ante cada mensaje de los espías sobre el movimiento enemigo; fue más bien una pequeña pausa, una última oportunidad de pasar tiempo juntos. En el caso de Reed, esto equivalía a intentar detener la ansiedad que lo carcomía al estar tan cerca del Árbol de la Nada. Después de lo que había visto en las memorias de Albion, necesitaba encontrarse con Idgray Decaheron; y entendía que el héroe caído también lo esperaba.

Lo primero que hicieron, en cuanto Ann les reveló todo lo que había ocurrido, fue ir a la enfermería y visitar a Allon, que había resultado herido por unos de los destrozos de las catapultas y dejado fuera del combate.

Lo hallaron tirado en una camilla mirando el techo. Había ido como líder del grupo de Eclant que se había alistado para combatir, de los cuales un puñado estaban muertos y otro tanto deseosos de regresar a casa. Reed supuso que debía de haber pasado así días, ante los ataques recibidos, sabiendo que en cualquier momento el enemigo podía adentrarse y que su suerte ya no estaba en sus manos. Tenía un brazo enyesado y una pierna torcida, pero, por lo demás, se veía consciente y vivo y su mirada logró apagar las preocupaciones de Reaper, quien se sentó a su lado para revisarlo.

-Te han hecho pedazos.

Allon rio.

-Intenté presentarles una documentación de paz, pero no les impresionó demasiado.

El guerrero también sonrió. Su amigo se inclinó para ver a los otros dos.

-¡Reed, Arksinad! Me gustaría decir que me alegra verlos aquí, pero este no es el mejor lugar para estar, ¿no es verdad?

-Solucionaremos esto, y volveremos a beber en Eclant.

-Sí- rio él, aunque Reed no estuvo seguro de que les creyera- De momento la paso bien. Ann se encarga de que no me falte nada.

-Pero te gustaría luchar- notó Reaper. Retrocedió, algo impresionado.

El noble suspiró con amargura.

-Es irritante estar aquí y no poder hacer nada.

Callaron. Reed recordó que la última vez que ambos amigos se habían visto había sido cuando se pelearon, aquella discusión que hizo a Allon partir del pueblo. Ahora hablaban como si nada hubiera sucedido, tal como Amu había predicho.

Amu. Seguramente los esperaba, desde su hogar en Eclant. Reed Id Vant apretó los puños. Tenía que funcionar. Esa guerra tenía que frenarse.

-¿Es verdad que han venido dragones a ayudarnos?- preguntó Allon, los ojos pegados al techo- Aquí corren rumores de lo más fantásticos.

-Trescientos- notó Arksinad.

El joven silbó admirado.

-Hacen cosas increíbles, muchachos.

-Más de las que me gustaría- Reaper chequeó su vendaje, encargándose de ajustarlo bien, acción inútil pues Ann parecía haberse asegurado de lo mismo con tenacidad- Has estado aquí desde hace días. ¿Algo interesante?

Allon canturreó un rato, pensando. Luego habló.

-Nos atacan farielenses y celestianos, en muy buena combinación. Deberías verlos, Reaper, parecen amigos de toda la vida. Vannael...

Se tragó el resentimiento, pero pareció que la bilis le subía por la garganta. Reed sintió de repente el mismo horror que el guerrero al ver esa expresión de amargura. Allon había cambiado.

-Como sea- chasqueó la lengua este- También, sino me equivoco, en unas horas llegarán refuerzos desde el mar.

-La flota de Sadalsuud.

-Lo que quede de ella, si se enfrentaron a los piratas de Eta Piscium.

Arksinad y Reed se hicieron el mismo gesto. Reaper sonrió a su amigo.

-Crandor destinó algunos de sus dragones para ayudar a nuestros barcos en apuros.

-Es un alivio- los hombros del convaleciente perdieron cierta tensión, la emoción cruzó su rostro evaporando aquel sarcasmo, y luego volvió a ponerse pálido- No, qué digo. Es también un horror.

Reaper asintió.

-Te dejaremos por el momento, Allon. Vendré más tarde, antes de partir. Nuestro ejército atacará Dammed Oah a primera hora.

Allon pareció no oír. Sus ojos se posaron en él lentamente, los iris acuosos un mar profundo, un océano que comenzaba a devorar todo a su alrededor.

-Trelei, Dear y Sanis murieron. También el hijo de la tienda de anzuelos del puerto.

-Lo sé.

Se miraron. Para Reed, quien presenciaba todo como espectador, aquel silencio le habló mil cosas, más que cualquier palabra, y pensó que para Reaper, quien conocía al noble desde pequeño, debía de serle exponencialmente más doloroso el comprenderlo.

Allon volvió a encarar el techo, y no dijo más.

Al salir de la enfermería, impresionados con lo que habían presenciado, pudieron hablar con comodidad.

-Eso cancela nuestro plan.

Volvió a mirarse con Arksinad.

-¿Lo hace?- inquirió el mago- Confiaba en Allon para prestarle mi arca, sí, pero seguramente tenemos otras opciones.

-¿De verdad?- fastidiado, Reaper se sacudió el cabello, mientras recorrían los pasillos y eran saludados de tanto en tanto por algunos soldados que los reconocían como héroes- ¿Un reemplazo para Allon?

Reed asintió.

-Los refuerzos que llegarán desde el mar...

El kamuita se frenó.

-¿Se refieren a quien creo?- se rascó el cuello, y una mueca de hilaridad cruzó su faz tostada- Nos odiará.

-El fin de los tiempos amerita medidas desesperadas- recitó Arksinad dando un toque al ala de su sombrero.

Las palabras sonaron extrañas en los oídos de Reed. Aunque quizás, después de todo, sí era el fin de los tiempos. Cruzaron la puerta de la sala que les tenían reservada; y allí se hallaban todos, en una mesa, junto a los naipes, Gallahard, Bullwe y Gio enfrascados en una partida, y acompañándolos en calidad de testigos Nakku, Org y Leude, quien no cesaba de susurrar órdenes nerviosas a sus compañeros.

-Caray- dijo Reaper viendo la escena- Sí que es el fin del mundo.

Reed no quiso sumarse, pero Arksinad hizo equipo con Gallahard. No corría alcohol, desde luego, pero el clima era ameno, y le pareció que Nakku se divertía reencontrándose con los compañeros de Fariel a quienes había conocido por tanto tiempo. Se sentó a su lado, y observó el juego dejando su cabeza relajarse. Era inútil el contar las horas y los minutos, los segundos que faltaban para la gran escena.

Tal como esperaban, Bullwe llevaba una ventaja impresionante. Gallahard y Arksinad intentaban alcanzarlo mediante el uso de toda trampa existente en el repertorio, pero los celestianos no eran muy buenos y les solían captar sus trucos pronto, en especial Leude quien, se enteró por sus exclamaciones, le había apostado una buena suma de dinero al Tres.

-¡No dejes que te gane, Bullwe!- chillaba.- ¡Ni una pieza de cobre!

-Podemos apostar algo mejor- sugirió Gallahard- ¿Estás cas...?

Arksinad le tapó la boca para que no continuara su ofensa.

Rieron cuando se reveló que Gio estaba recibiendo cartas de otra baraja, gracias a Org. Le agradó ver de vuelta al anciano. Tenerlo allí le hacía recordar a Mib, a los principios de su jornada, y parecía que todos se habían rejuntado y que lo que había ocurrido en el medio era sólo un sueño, un sueño increíblemente largo, un sueño que pronto iba a terminar. De vez en cuando, mientras reía, mientras opinaba, mientras escuchaba las bromas que todos intercambiaban, lo asaltaban visiones fugaces, de esa memoria, de Albion, de Idgray, de la espada, y para no dejar que lo turbasen simplemente veía a su maestra, con su sonrisa insinuada, la veía y veía a Albion, la veía y recordaba las palabras de Ventristen, del anciano kiel, de Tearu Vattar, y todo cobraba para él sentido de nuevo, pieza tras pieza, cada imagen adquiría completo significado en su memoria.

Él era...

Reed Id Vant.

Nakku se apoyó sutilmente en su hombro. Sólo Bullwe pareció captar aquel movimiento, pero no dijo nada y siguió jugando ante los gritos de protesta de los demás.

Él percibió el peso y el calor de ese cuerpo, su soledad, recordó también lo que había ocurrido entre ellos antes de partir de Aterror y pensó también en otra mujer, en una mujer sin ojos, una mujer de sonrisa misteriosa y cabello blanco, que lo miraba desde arriba en una memoria muy distante.

-¡Última jugada!- bramó Org a las carcajadas.

Ambos magos se miraron. Gallahard sonrió, y adelantó una carta.

-Te apuesto mi casa- dijo a Bullwe- Si me dejas lanzar el primer turno.

-Tu casa- lo miró el soldado impávido.

El Tres asintió, su cara como piedra.

-¿Está tu casa, por casualidad, en Cel-Neckar?- preguntó el otro mientras barajaba, pensativo.

La sonrisa de Gallahard no disminuyó. Los dientes de Leude castañeaban al presenciar ese encuentro.

-¿En Babel?- aventuró Bullwe certero.

-Los precios están que vuelan, lo admito- asintió Gallahard- Y las construcciones también. Pero es un lugar precioso. Asumiendo que puedas llegar allí, claro.

-¡No aceptes!- gritó Leude.

-Al diablo- aplaudió el soldado riendo- Tu sinceridad es lo que vale. Juega.

Gallahard tiró del hilo de su parche, triunfal. Se miró con Arksinad, y el Nueve asintió. El noble hizo un movimiento teatral, exagerado, y colocó su naipe en la mesa sobre el que había puesto antes.

-As de Oro- resolvió- ¿Lo superas?

-Pues no- notó Bullwe- ¿Gio?

El ahura pifió, satisfecho. Puso un As de Palo sobre la tabla, que hizo palidecer al Tres.

-Ahora sí- dijo el soldado y colocó un As de Copa- Gano la ronda final. Recuerda darme las llaves y la ubicación, en sus tres direcciones.

El apuesto joven se echó hacia atrás maldiciendo, y varios aplaudieron y silbaron al verlo vencedor. Luego Reaper animado por aquello decidió sumarse, y un par de horas después, pasando por allí por casualidad, hasta Brisafiel lo hizo, al punto que el juego se volvió tan intenso que Reed y Nakku decidieron participar.

Así pasaron las horas, antes del final.

Bien entrada la noche, Reed oyó a los dragones que habían partido regresar con algunos de los refuerzos. Decidió dejar la cama –tal vez sería su última cama, pensaba, tal vez esa incomodidad y sus inútiles movimientos para conciliar el sueño serían los finales- y dirigirse a ver qué ocurría.

Entre los comentarios que resonaban por los pasillos y un par de preguntas a los soldados kamuitas pudo darse una buena idea de cómo había sucedido el enfrentamiento contra los barcos de la Isla de la Luna. La flota de Sadalsuud había sido superada en número, atacada desde toda dirección posible por los rápidos veleros piratas, y los

almirantes habían decidido plegarse y mantener la defensa, intentar cargarse a cuantos fueran posibles antes de partir al otro mundo. Algunos incendiaron sus naves, para evitar que fuesen tomadas por el enemigo.

Sin embargo, tales medidas no fueron necesarias por la llegada de los dragones. Una treintena fue suficiente para sembrar el terror y el caos en los supersticiosos lunenses, devorando con sus rugidos a quienes corrían, volando y quebrando mástiles con sus batires de murciélago. Los barcos de Eta Piscium buscaron emprender la retirada, sobrepasados. Los dragones no les permitieron tal alivio.

Sabía que eran sus aliados, de momento, pero sintió malestar al oírlo. Allon tenía razón, de cualquier modo en que se viera el asunto era terrible. Había ya experimentado la crueldad de las llamas que surgían desde Aterror, y sólo podía sentir piedad por aquellos hombres libres que se habían visto encerrados por el mar, bajo el designio de los monstruos. Pensó que Jalomar pudo haber sido uno de ellos.

Por las expresiones atontadas de muchos de los marinos que ahora eran atendidos en el patio del fuerte, le quedó claro que las visiones no se borrarían de la mente de los sobrevivientes. Pero entre todos esos rostros quemados y agitados buscaba uno en especial, uno que no conseguía hallar rastreándolo por la cola de su uniforme. Cruzó el patio, temiendo lo peor, se adentró por los pasillos, entre los rumores, saludando con la cabeza a algunos, cada vez más veloz, cada vez con más miedo hasta que...

Lo vio de espalda, sentado en una fuente. Se vendaba una mano herida, pero estaba tan erguido como siempre.

Su alivio fue palpable.

-Capitán.

Van Lyder se dio vuelta. Al reconocerlo su rictus cambió. Reed se vio estrechado en un abrazo inesperado.

-¡Estás vivo!

-Claro que sí- sonrió. Habían pasado demasiadas cosas desde la última vez que se habían visto, había aprendido mucho a través del dolor- Y me alegra que usted también.

Lyder rio, emocionado de verlo.

-¿Y los demás? ¿Reaper también se halla aquí?

Asintió.

-En realidad, yo y los otros lo estábamos esperando... A usted.

Van Lyder retrocedió, confundido. Antes de que pudiera explicarle a qué se refería se oyó un ruido de pies que se arrastraban, y desde el umbral apareció Gallahard restregándose el ojo.

-Cuánto ruido hay en este sitio... -bostezó- No tienen la decencia de dejarme dormir...

Reed lo ignoró, volviéndose a Van Lyder. Pero le sorprendió ver que el hombre seguía viendo al Tres, lívido.

-No... No puede ser...

La ira dominaba las facciones del marino. Gallahard dejó de cubrirse, sintiéndose observado.

-¿Eh?

-¡Tú!- lo señaló Van Lyder.

-¿Él?

-¿Yo?- se señaló a sí mismo Gallahard.

El capitán parecía crispado.

-¿No me reconoces, mago?

Gallahard no pareció saber qué responder, atontado por el sueño. Detrás de él, emergió, evidentemente habiéndolo seguido en su merodeo, Brisafiel, quien al detectar a Van Lyder abrió los brazos de par en par.

-¡Ah, pero si eres tú!

-¡Y él! ¿Es esto una broma?

-¿Ellos?- preguntó Reed, quien jamás había visto a Van Lyder tan cercano al estallido.

-Nosotros- rio el pirata contento dándole unas palmadas al kamuita- En realidad, nos conocemos de hace años... Creo que el capitán aquí fue uno de nuestros primeros negocios con el pequeño Gallahard, si no me equivoco. Pero ahora somos del mismo bando, ¿no es así, Van?

-¡Ustedes...! -bramó este- ¡No tienen honor alguno!

-¿Nosotros?- se miraron ambos.

-¿Ellos?- volvió a preguntar Reed. En ese momento Arksinad y Reaper aparecieron. Al mago se le iluminó el rostro.

-Vosotr-

-No- le dio con el codo Reaper en la cara- Ya hicimos eso antes y no voy a soportarlo de nuevo. Capitán, me alegra que esté con vida. Tenemos un favor que pedirle.

Van Lyder lo miró consternado. Detrás, Jalomar y Gallahard le hicieron muecas.

-¿Y ese es?

-Babel se está acercando desde el cielo a nuestra posición. Si la ciudad de los magos aparece en Dammed Oah, nuestros intentos de ganar quedarán perdidos. Desaparecerá la ventaja que daban nuestros dragones, y quién sabe qué otros trucos tiene esa arca colosal del demonio con los que Vannael pueda derrotarnos. Por eso... - miró a Arksinad- Necesitamos acceder a ella antes de que llegue.

La ceja del capitán se levantó.

-Mi barco surca el agua, no los cielos.

-Pero el mío sí- hizo una reverencia el mago.

El marino palideció.

-No.

-Por favor, capitán- se inclinó Reaper también- Ha sorteado las tormentas de Tikielder. No confiaríamos en nadie más.

-¡Jamás!- aulló Van Lyder, sujetándose la cabeza- ¡Escúchenme bien, he tenido un día terrible! ¡La flota lunense nos cerró, mi *Emperador* perdió dos mástiles, Arruerie fue herido en una pierna! ¡Dragones, sí, jodidos dragones vinieron a ayudarnos! Creí que había llegado al infierno. Y cuando se adentra en mí la ilusión de que voy a tener algún tipo de calma, ¡estos dos estafadores aparecen en mi vida otra vez! ¿Y ahora me piden que rompa mis principios, que maneje una de esas naves voladoras? ¡Ni hablar!

»¡Quiero que les quede bien claro! No me interesa si este es el fin del mundo, si todos vamos a ser esclavos de Cel-Neckar, si ahora hay árboles creciendo hasta el cielo o YGG mismo ha bajado aquí a comer patatas hervidas. ¡Por mi honor, por mi vida, por todo lo que he hecho en mis años como capitán...! ¡Yo, no, manejaré, tú estúpido, barco!

En el preciso instante en el que la luz de la mañana dio sus primeros reflejos por el horizonte, las puertas del fuerte se abrieron. Adentro quedaron tan sólo los enfermos, los fatigados, quienes no podían defenderse o luchar, a esperar el desenlace desde su impotencia bajo el cuidado de Ann; todos los demás: un ejército de más de diez mil hombres y un centenar de dragones, marcharon en formación; con el Treceavo Escuadrón a la vanguardia para quebrar cualquier posible emboscada gracias a sus conocimientos de las tácticas de guerra de Fariel.

En el centro, junto con Gallahard Arleon y la reina, se hallaban Reed, Reaper y Arksinad. Cada paso que daban, lo sabían, los acercaba más al clímax de su historia, acortaba las distancias entre las personas a quienes tenían la resolución de enfrentar o salvar: Vannael, Mila, Merady Skardtril, Idgray Decaheron, Caxer Id Vant. Al avanzar no se miraban, sino que parecían una unión, los tres, habiendo superado ya tantas pruebas para estar allí, en donde todo se ponía en peligro por desaparecer.

Nakku se había separado, para unirse junto a Cirse, Xelos, Lenn y los demás seelers, como jefa provisoria de la Organización tras la muerte de Ventrysten. Sabían que iban a necesitar su ayuda, pero era mejor que de momento estuviese con Crandor. Brisafiel también se había marchado, con un puñado de los sobrevivientes del encuentro marítimo para vigilar que las costas estuviesen despejadas de enemigos. Les garantizaría la seguridad de saber a qué se enfrentaban.

Pasando cabezas y cabezas de cascos punteados, delante de toda la milicia kamuita, quienes habían sido soldados de Fariel eran distinguibles por las armaduras redondeadas que no habían estado dispuestos a cambiarse. Reed no sabía si serían atacados con más ímpetu, por ser vistos como traidores, o si los demás escuadrones sentirían remordimiento de asesinar antiguos camaradas. Mientras el terreno bajaba, cuando el sol ya deslumbraba sobre las puntas de las lanzas y todo ese juntadero de acero que se movía como una oruga, observó a Yeguilex, tan digno, a Bullwe, a Leude, a Gio, al viejo Org que revisaba cada tanto su casco, somatizando algún problema por los nervios. ¿Cuántos de ellos estarían muertos, cuando todo terminara? No sólo esos cinco, sino también los demás, Shimari, los seelers, los devas, todos los soldados de pie con los que intercambiaba cordiales saludos, que le eran desconocidos pero que debían de tener familias, amigos, felicidades tales como las que él había encontrado. ¿Cuántos desaparecerían?

“En el peor de los casos, todos.”

Ahora comprendía, gracias a la revelación durante el eclipse, qué era lo que estaba en juego. No era una simple contienda, nunca lo había sido. Era el germen de algo inimaginable, de algo fulminante que buscaba abarcarlo todo.

En el horizonte, a la distancia, se dibujó una sombra inmensa, que alargaba miles de ramas contra el cielo. Varios de quienes marchaban palidecieron al divisar el Árbol de la Nada. Reaper escupió, desafiante, y hasta Shimari pareció cobrar precaución en sus movimientos. Se acercaban a la Ciudad Maldita.

“De nuevo aquí” pensó.

Y completó su idea anterior, pensando que Ventrysten había tenido toda la razón.

“Tal vez en el mejor, sólo yo.”

Los dragones pasaban por sobre sus cabezas, controlaban con ojos rasgados la tierra para carbonizar cualquier cosa que se moviera. Les habían advertido que Fariel usaría lanzadores y magos para derribarlos, pero las orgullosas bestias hicieron caso omiso y sólo un puñado siguió la guía de Balefor, a quien no parecía preocuparle tal insubordinación.

Hubo un momento, preciso, en el que pudo decirse que ya estaban en el campo de batalla.

Dammed Oah se abrió ante sus ojos, magnífica, de otro mundo. Allí, seguramente en lo más alto, un héroe lo esperaba. Antes debían atravesar los fragmentos de la destruida Deneb Algedi, el cráter ruinoso en donde se apostaban las inmensas raíces del Árbol sujetando al abandonado Tártaros de Grimold, las tropas enemigas que aguardaban, en formación de resistir, al contraataque que les hacían. Observaron, del otro lado, a los magos de túnicas negras con sus báculos preparados, pálidos al ver a los dragones, a los militares farielenses que se hallaban en espera, a las barricadas de arqueros y lanzadores con sus proyectiles en tensión, listos para el impacto.

Ambos ejércitos se miraron frente a frente. Del otro lado de la ciudadela colgante se oían estallidos y choques; prueba de la batalla que aún libraban Crandor y los dragones. Reaper sujetó su guadaña, que había traído junto a su nueva espada *Angurvadal*. Arksinad sonreía, pero era una sonrisa amarga. Hasta Gallahard se hallaba preparado, y echaba ojeadas al este, por donde se suponía iba a aparecer Babel.

-¡CARGUEN!- gritó Shimari, levantando un brazo. Balefor rugió con todas sus fuerzas, aterrorizando a varios soldados. El ejército se puso en movimiento, tomando velocidad, algo indetenible, un mecanismo que lo empujaba a la muerte, y Reed corrió junto a miles de hombres, sus botas contra el barro de una lluvia pasada, el corazón saltando en su pecho y la mirada clavada en su objetivo; no estos hombres, no este desperdicio, sino quien estaba por encima de todo.

Las potencias chocaron en un estruendo de metales. Lanzas perforaron escudos, gritos le aturdieron, todo se volvió un caos para él. Tenía un objetivo, pero todo lo perdía. Vio a Reaper cortar a un desafortunado, vio a Yeguilex derribar de un martillazo a otros dos dejando un reguero de sangre, vio a Gallahard congelar a una decena de ellos y Arksinad lo empujó, salvándolo de un flechazo. Activó su visión seeler, pero no tomó su estrella sino que utilizó el sable que había robado de la Forja, para desviar las demás flechas, para atajar y cortar a quien se le lanzaba, sin verlo, sin pensar, sin sentir más que ansiedad y miedo.

Lo iban empujando, pero se mantenía junto con sus amigos. Debían avanzar al ritmo del ejército, aunque su objetivo fuera otro. Shimari, Yeguilex, Gallahard y los soldados, todos ellos estaban informados. Un joven con escudo quiso golpearlo, Reed le dio un puñetazo, librándose de él sin matarlo, pero se resignó a acuchillar a un mago que le intentó lanzar un trueno por la espalda antes de que este pudiese terminar de pronunciar su hechizo. Él era fuerte. Había pasado por demasiado como para no serlo.

Cabeceó otro mago, usó seeler para protegerse a sí mismo y a un puñado de kamuitas de una lluvia de flechas, libró de un enemigo a Reaper y juntos derrotaron a un corpulento general, mientras Arksinad le cubría la espalda y desviaba hechizos con su nueva magia, rebotándolos a quienes los conjuraban. Cada vez más cerca, como si fuera casualidad, se movían hacia la entrada de Dammed Oah, las ruinas del edificio de la muerte aprisionadas por esos inmensos cables de plata.

Los dragones se alejaban, para no dañar aliados, y devastaban con sus llamas las catapultas, buscaban causar la mayor cantidad de destrozos posibles. En ocasiones las

raíces del Árbol se movían, azotándolos, e incluso pudo ver como partían a uno de ellos al medio con un golpe seeler. Ese tronco, esa monstruosidad no era después de todo más que un pedazo de Drassil, uno anormalmente grande.

Una segunda lluvia de flechas les llegó desde el cielo, y esta vez Arksinad los cubrió con un campo de energía. En cuanto terminó, los magos celestianos lanzaron una tempestad de fuego.

-¡Resistan!

Los ataques no paraban de llegar. Más adelante los enemigos se reorganizaban. Yeguilex bramó órdenes a sus hombres, para que se separaran en busca de Tau. Debía de estar ocultándose en algunas de las casas derruidas de los antiguos devas.

A sólo una carrera, ya amparados por las primeras ramas de la ciudadela. Se miraron. Podían hacerlo. Corrieron, ya dejando atrás toda formación, dirigiéndose hacia la entrada. El suelo retumbó, no ante sus pies, sino ante la embestida de un bruto acorazado, un mago del Geral que se llevó con su cuerpo decenas de soldados para interceptarlos. Arksinad maldijo, pero no necesitó convocar una barrera; pues Yeguilex golpeó a Goliat Sidewinder con toda su fuerza, librándoles el camino.

-¡Avancen!- les gritó sin verlos.

Corrieron. Guerreros saltaron a detenerlos, pero flechas que dejaban surcos de luz en el aire los atacaron sin que tuviesen que molestarse. Pisaban tierra, pisaban cadáveres mutilados, se aproximaban a la boca negra de ese edificio, a terminarlo todo. Shimari les hizo un gesto, como si les deseara un buen viaje.

De todas direcciones, surgieron hechizos para fundirlos.

Pero Reed cerró los ojos, sabiendo que podía confiar. Dos paredes de hielo se materializaron de la nada cubriéndolos del destrozo. Gallahard, de espaldas a los tres jóvenes, agitó su estoque con elegancia ante los demás magos de Cel-Neckar.

El tiempo pareció detenerse, por unos instantes. Entraban al definitivo final. Frente a esa puerta cerrada, opaca, llena de inscripciones antiguas, Reaper pensó en Osald Assadan, su padre, Arksinad vio la imagen de Ruin Levan Aurora, y Reed, antes de dar la seña, volvió a ver a la persona que lo esperaba allí arriba, y a los hilos del destino unirse. Arksinad levantó su palma, certero.

-*Shinoras.*

La puerta del Tártaros voló en pedazos, y la oscuridad se los tragó.

19. Los Muertos No Son Silenciosos

Si bien habían esperado que al destruirse Necrostacia las cosas en el Tártaros cambiaran, no habían podido imaginar la dimensión de la ruina en la que se había convertido el monumento a la muerte de Grimold Styxer. En su interior, antes de que el metal creciera y volviera a bloquear la entrada al Árbol de la Nada, fueron envueltos por la oscuridad, pero no fue una oscuridad como la que ya conocían, repleta de enlaces refulgentes, de reflejos glaucos que guiaban el paso; sino una oscuridad densa, que hacía que Reed no pudiese ver siquiera la palma de su mano.

Por suerte, tenían magia para contrarrestarla. Arksinad creó una esfera de luz, que mantuvo en alto, y ante ellos se extendió el primer corredor, las caras momificadas en las paredes, el aroma y helor que ya habían experimentado.

Pero ninguno de ellos se acobardaba. Comenzaron a moverse, alejándose de los murmullos del combate que se libraba afuera, paso a paso entrando a esa tumba sin dudar. Se mantenían cautos, sin embargo, pues podían percibir que había algo extraño. El Tártaros nunca había estado tan mudo, tan consumido ante sus habitantes.

-Mi resolución para este año será no volver a meterme en ninguna catacumba una vez todo esto termine- silbó Arksinad.

Reed pasó una mano por la pared, sin importarle el tocar manos, pies, rostros vencidos. Estaban muertos, mucho más muertos de lo que lo habían estado antes. Ya no parecían ser los esclavos de Grimold, sino tan sólo un sedimento, la prueba de que algo allí había cambiado desde la destrucción de la espada negra. En la espalda del guerrero, Angurvadal hizo un sonido, mínimo, que parecía de reconocimiento. Aquella arma neu, si bien lo impresionaba, no le generaba la sensación terrible que siempre le había dado Necrostacia.

-Tengan cuidado dónde pisan- advirtió el kamuita, cuando de repente el suelo se abrió como un pozo sin fondo hacia abajo- Todo esto es un desastre.

Reed usó salto seeler para pasar, Arksinad su magia y Reaper simplemente la fuerza de sus piernas.

-Bien- dijo el último, sacudiéndose el polvo de su armadura espinada- No sería muy digno que muriésemos cayendo en un pozo antes de llegar a donde están Vannael o Idgray.

-¿Sabes Reaper?- el mago levantó el ala de su sombrero, aumentando la intensidad de la luz para develar un salón ancho, de paredes correosas, en donde los

ankous desactivados se hallaban hechos trizas contra suelo y techo- Cuando te conocí al principio eras todo un cretino, pero ahora en ocasiones pareces la figura paterna del equipo.

-¿Eso me haría el hijo?- inquirió Reed.

-Mejor cortemos esa cadena de pensamientos- el rubio iluminó uno de los ankous, cuyos fémures parecían haber sido triturados por algo hasta convertirse en polvo- Interesante.

Reaper resopló, buscando otra salida.

Por un instante surgieron lúces: líneas espectrales viajaron desde donde habían entrado, deslizándose por los muros, creando cables que los guiaban hasta una siguiente abertura con el compás de una respiración.

Se miraron. Era un hueco normal, quizás, pero algo en él, en su posición irregular, en un rumor que les llegó desde la densidad que había del otro lado les hizo pensar al mismo tiempo que se trataba de una trampa, de un último recurso que el debilitado Tártaros usaba para atraparlos.

-Así que es por allí.

Reaper sonrió, crujiéndose el cuello, y adelantó la marcha. Su neu brillaba cuando lo siguieron a través de las sombras.

Para quienes sabían la misión que los tres jóvenes debían emprender, verlos atravesar la puerta del Tártaros fue un alivio; si bien la pregunta sobre qué había exactamente en el interior de la Ciudad Maldita era algo que muchos, aún en el transcurso de esa guerra, hubieran preferido evitarse.

Una vez cruzaron, Shimari, Gallahard, Yeguilex y sus hombres, todos pudieron enfocarse en el combate que los rodeaba. No fue difícil, para algunos. La reina de Kamui continuó dejando a sus generales dirigir el movimiento de sus tropas, y decidió combatir a distancia, lanzando sus flechas para embocar a los enemigos que se separaban de las formaciones. No llevaba armadura, pues confiaba en su agilidad para huir si lo peor ocurría.

Más allá, cerca de lo que alguna vez había sido una plaza, Gallahard congelaba magos celestianos, antes de que pudiesen pronunciar siquiera las primeras letras de sus hechizos. Lo hacía sin arrogancia, sabiendo lo delicado de su situación. Estaban ganando, quizás, gracias a los dragones. ¿Pero cuánto duraría eso?

En comparación, Yeguilex no se hallaba tan relajado. El grandulón que había intentado detener a los héroes, el mago del Geral llamado Goliat Sidewinder se hallaba frente a él, vapor exhuyendo de las grietas de su coraza de ogro al inclinarse y salir despedido para aplastarlo. Yeguilex había oído de aquel demente, había investigado a todos los posibles magos del Geral Veintiún que pudieran encontrarse en la batalla para saber qué hacer contra ellos. Algunos eran muy misteriosos; entre ellos, Sidewinder se había caracterizado por su fama de brutal al ejecutar las misiones que le habían impuesto. Y su poder...

-Todos mis hombres menos Leude, dispérsense en busca de Tau.

-¡General!- dudó Gio.

Goliat se lanzó hacia ellos. Todo lo que había entre el acorazado y su objetivo fue barrido como si fuera papel, por lo que Yeguilex apostó en su confianza por su propia armadura shakkoku, y atajó la embestida del bruto con su cuerpo.

Lo mantuvo fijo a duras penas.

-¡Ahora!- bramó. Bullwe tomó al ahura del cuello de la armadura, y lo empujó alejándose. El resto de sus tropas se hallaba entre luchas, o decidió sumarse a Bullwe en búsqueda del maldito estratega.

Usó su martillo para golpear la armadura del mago, pero Goliat apenas acusó daño. Aquella sería una batalla difícil.

-Leude.

Una flecha fue directa hacia la cabeza del enemigo, pero el casco la resistió. Su teniente se hallaba a distancia próxima, con el arco tenso, bien concentrado.

-Voy a intentar abrir una brecha- le dijo Yeguilex- En cuanto la veas, quiero que metas en su cuerpo cuantas flechas tengas. Este sujeto es duro.

El viejo soldado sonrió, cínico.

-Siempre nos tocan los peores, ¿eh?

Desde la última entrada, cada vez que se movían parecía que el Tártaros cambiaba más y más, que adquiría vida, que rastreaba con sus luces y sonidos a los intrusos que recorrían sus instalaciones. Sin embargo, en su estado actual parecía también incapaz de dañarlos. Atravesaron habitaciones de ruidos rítmicos; escaleras que fosforecían al ser pisadas, descensos de tobogán se entrecruzaban para confundirles, quiebres que evidentemente no eran intencionales, pues la luz los seguía guiando, empujándolos hacia algún sitio, todo entre monosílabos y en un estado de alerta entremezclado con cierta tranquilidad, pues revisitaban un monumento abandonado en el que hallaban seguridad a lo que pasaba afuera.

El camino desembocó, al final, en un abismo. Sólo por haber experimentado antes la locura del edificio era que se podían explicar que aquello estuviese allí: un hueco inmenso, cuyos bordes estaban camuflados por la negrura, que se abría como una boca desde la cual brotaba un aire que les caló los huesos.

Reed se frotó los hombros, intentando desentrañar algo más allá. La luz de Arksinad no permitía ver el otro lado. Un ruido voraz y anormal surgía con el aire, como el respirar de una bestia, que les hizo dudar, en silencio, de la decisión que habían tomado al seguir aquel resplandor. ¿Estaban en el lugar correcto? Tan sólo tenían que subir, encontrar el sitio en el que la terraza del Tártaros congeniaba con el inicio del Árbol de la Nada.

Se prepararon, poniéndose en guardia. No podían ver nada, no sabían qué iba a aparecer, qué delirios les guardaba aquella fosa. A la distancia el sonido se incrementó, parcialmente, algo luminoso hizo un parpadeo apagado, y un pedazo de suelo que flotaba emergió ante sus ojos, quedando varado en el borde del precipicio.

Se miraron. Algunos espíritus impulsaban aquella cosa, evidencia de que aún existía algo de lo que había habido antes de que Necrostacia fuese destruida. Se mantenía en el aire sobre el abismo, girando lentamente, invitándolos a subirse. Era lo suficientemente grande como para que cupiesen los tres.

-Creo que...

-Que es una pésima idea- asintió Reaper, y se subió inclinándose de hombros- Como todas las que hemos tenido hasta el momento.

-Yo desayuné Huevo del Paraíso antes de salir de Aterror- dijo Arksinad y lo imitó- Así que no todas mis ideas son malas.

El guerrero gruñó, y ambos miraron a Reed. El joven de Vant suspiró antes de subirse a aquello. Sabía que, a donde fuese que los condujese –y esto si aquella plataforma no se caía, dejándolos quién sabía dónde- no habría nada bueno esperándolos.

Con un par de chasquidos el ingenio del Tártaros se puso en movimiento. No se atrevieron a sentarse, excitados por lo que estaba ocurriendo. Los espíritus verdes del Miclanteurión empujaban el acero, los tres aguardaron de pie, completamente rodeados de negro, la luz de Arksinad convertida en una estrella que los defendía del misterio de esas ruinas, entre el vacío y las sombras. La vorágine se incrementaba, mientras más se adentraban al abismo, la sensación de estar descendiendo a una depravación que nunca debió ser conocida, como si se inmiscuyeran en la tela de una araña moribunda para ver el brillo opaco en sus ojos.

Nadaron a través del aire, a través del espacio fluctuante. Reed se hallaba quieto, atento a cualquier vestigio de movimiento con su visión de alma, y los dedos de Reaper jugueteaban con el mango de su guadaña. A su alrededor, sobresaltándolos, la oscuridad volvió a interrumpirse por una descarga esmeralda; que recurrió cables que les habían sido invisibles, cables que convergían hacia algún punto indefinido al que se aproximaban. Se prepararon. La plataforma continuó avanzando, dando tumbos cada tanto como si le faltara energía, cosa que de modo insólito logró provocar algo de pena en el corazón de Reed. Se acercaban.

Los cables volvieron a iluminar por unos segundos, y en ese instante creyó estar viendo algo monstruoso. Pero pensó que debía de haber sido una ilusión creada por los nervios.

A su lado Reaper se armó con Angurvadal.

-Qué demonios.

Otro pulso de los cables. Lo vieron, claramente. Era inmenso, colgando, atado por aquellas cosas, el cuerpo superior de Grimold Styxer parecía haber crecido cientos de veces su tamaño, volviéndose un gigante, el Miclanteurión un punto que palpitaba con fuerza, lanzando rayos de luz que las sombras devoraban al nacer.

La cabeza inmensa de aquella cosa movió su mandíbula, de vuelta pegada en sí. Como protuberancias le habían aparecido cuernos curvos, que descendían por el cráneo hasta la boca. El monstruo se retorció, y tres pares de brazos largos, metálicos se movieron sostenidos por esos hilos, hasta que sus ojos refulgentes los detectaron.

Grimold rugió.

Fue un rugido abismal, que les obligó a taparse los oídos, que los sacudió con violencia. Su boca se abrió cuatro veces su tamaño, sus cuencas fueron dos luces cegadoras; todo su cuerpo colosal pareció restallar de ira, de hambre, de agonía. El grito desesperado, terrible, abrió las comisuras verdes de su calavera y peló la fibra de espíritus que la sostenía, quebró algunos de los cables, los envió hacia atrás con la sola

fuerza de su sonido, babeando, una criatura sin mente ya deseosa de ingerir el alimento que su hogar le había procurado.

Afuera, la batalla continuaba.

Los restallidos de las catapultas surcaban el aire, junto al furor de los dragones en vuelo, de las lluvias de flechas, de los conjuros de los magos que se concentraban en arrojar del cielo a las bestias aladas. Todo aquello se confundía para Bullwe al correr, pensando a toda velocidad, con un grupo de veinte hombres bajo su mando y la responsabilidad de tener que descubrir en dónde se hallaba Unnaon Tau, dónde estaba el hombre que dictaba órdenes a todos aquellos enemigos.

Estuvo atónito al ver a uno de los grandes lagartos caer, abrumado por la cantidad de hechizos que le arrojaban. Cedía a Cel-Neckar prestigio por el valor con el que enfrentaban a esas bestias, que a sus ojos perdonaba la cobardía que había creído ver en Gosico Fonit. Los magos se agrupaban, de a diez, veinte, cincuenta, y concentraban toda su magia en azotar a los que volaban más bajo, cubiertos por la milicia farielense para evitarse la muerte en tierra. Así, por pura determinación y trabajo en equipo conseguían echarlos abajo.

Pero no era como si los dragones no causaran daño. Aquello hubiera sido imposible: cubrían todo con sus llamas, y ellos debían esquivar los ataques y saltar entre el fuego, buscando, evadiendo las escenas de muerte y dolor.

Una flecha fue directa hacia él, pero Gio la atajó con su daga haciendo gala de una velocidad sorprendente. Bullwe lo agradeció mentalmente, mirando en derredor. La sombra de un dragón pasó sobre sus cabezas, una catapulta se disparó desde el techo de una vivienda pero la bestia la pulverizó. ¿En dónde estaba Tau? Buscó, entre las casas arruinadas, sin ventanas, entre lo poco que el Árbol de la Nada no había recogido y elevado por los cielos con sus ramas. Hubo una lluvia de flechas, pero pudo cubrirse. Si lo atacaban, debía de significar que estaba en el camino correcto.

O no. La idea le esclareció la mente. Se dirigió a Gio.

-No es aquí. Tau debe de estar...

Lo empujó contra el suelo, para salvarlo de la cuchillada que venía, no de un enemigo, sino del viejo Org. Bullwe lo miró incrédulo.

Pero los ojos del mercenario también estaban llenos de incredulidad.

-Mi cuerpo-

Su mano pareció moverse independientemente; dirigiendo la cuchilla a la cara de Bullwe. Dos de los soldados quisieron retenerlo, pero entonces ambos sacaron sus sables, y los hundieron cada uno en el cuello del otro.

Un arquero disparó una flecha en la retaguardia, hiriendo a un compañero. Otro hombre, sin dudarle medio segundo, se rebanó la garganta con su daga reglamentaria. Bullwe observó todo aquello con horror, hasta que lo comprendió.

-¡Un mago!

Concentró su visión, tal como le habían enseñado. Pudo ver los hilos invisibles, de magia mental que se clavaban en el cuerpo de Org Id Deneb al moverse para

atacarlo, y concentrando el casi inexistente maná que tenía en sus manos los cortó de un tirón. El anciano cayó, confundido.

-¿Qué está pasando?

-¡Todos! ¡Es un hechizo de control!- les advirtió. En algunos casos fue tarde. Donde fuese que estuviera, el hechicero no perdió el tiempo y varios de ellos se acuchillaron. Bullwe maldijo, reteniendo el arma de un par y liberándolos de sus ataduras, pero al menos una decena cayeron al suelo desangrándose. El maldito que estaba haciendo aquello...

Como una araña una figura saltó y huyó entre todos ellos. Reconoció al noble Zark Argocette, del Geral Veintiún, que con sus dedos iba lanzando en su carrera hilos cortantes. Los segó con un movimiento, dudoso. Se dirigía hacia donde Yeguilex y Leude ya luchaban contra otro miembro del Geral. Si lo dejaba ir, las posibilidades de su general de vencer disminuirían considerablemente.

Decidió ser fiel a su misión. Yeguilex le había encomendado hallar a Tau por algo, y no iba a decepcionarlo. Ayudó a Gio a levantarse, hizo un recuento rápido de los hombres que le quedaban, y cambió la dirección de su marcha por completo, sin pensar ni ver quiénes eran los caídos, tan sólo con un objetivo en mente: pues creía ya tener una buena idea de dónde se estaba escondiendo el anciano líder de la ciudad destruida.

-¡Cuidado!

El gigantesco ataque fue directo hacia la plataforma, y no tenían el espacio suficiente como para esquivarlo. Reed extendió una barrera seeler, y de inmediato aquella energía lanzada por Grimold se estrelló contra su alma, fundiéndose como el agua sobre un vidrio, casi volteando la pequeña porción de suelo en la que se hallaban parados.

El monstruo volvió a rugir, enajenado. Dos de sus brazos se movieron frenéticos y crearon más esferas, nubes de energía verdosa que lanzaba a ciegas, una tras otra, para acabarlos. Su cabeza se sacudía de locura, sus fauces mordían la nada, su alarido no parecía tener fin. Era en verdad para Reed un espectáculo que inspiraba piedad.

-Vienen más- dijo Reaper- Boca-cortada.

-Lo sé- dijo el mago. Grimold Styxer lanzó tres de esos ataques de nuevo, y Arksinad suplantó a Reed en la defensa creando un campo de energía y luego, cuando este se destruyó, otro por debajo que atajó los siguientes impactos. El suelo bajo sus pies pareció resquebrajarse. Reaper aguardaba con la rodilla apenas inclinada, sin despegar los ojos del convaleciente ser.

-¡Ah!- chilló Grimold, y las seis garras se unieron en una sola que lanzó otro ataque como un martillo- ¡Bre!

La corriente esmeralda fue hacia ellos, pero Arksinad ya se hallaba preparado. Las pequeñas alas del Zerachiel Shunoros se abrieron a su espalda.

-*Raphael Shunoros.*

El ataque fue absorbido por estas, y devuelto a Grimold con mayor potencia. Uno de los brazos se quebró, varios cables se desprendieron con una sucesión de

estallidos y el inmenso cadáver se balanceó en el aire, arañando a su alrededor, perdido. Lanzó un par de ataques que dieron contra el lejano techo, derribando escombros, se retorció y los buscó de nuevo a ciegas extendiendo el resto de sus extremidades cuanto le permitían sus ataduras.

Su plataforma estaba en diagonal, y ellos miraban. Arksinad se volteó hacia Reaper.

-Ya estoy listo.

El guerrero asintió, aferrando a Angurvadal.

-Reed.

Se concentró, intentando ignorar los alaridos de Styxer, los proyectiles y el caos. Extendió su alma, no a su estrella, sino al Árbol de la Nada que estaba sobre ellos, a Drassil, a su espada. Al hacer contacto recibió toda una serie de emociones esperadas, pero que decidió ignorar de momento. Sería difícil, pero sólo necesitaba robar un poco de su poder, y la espada se veía capaz de aceptarlo. Aquello le decía mucho.

Concentró el gris de sus iris en Grimold, y dio su orden mental. En su interior, el acero del árbol se removió: nuevas raíces atravesaron al Tártaros, bajando, y aferraron al tirano de las costillas y el cuello, levantándolo y moviéndolo a una posición que les fuera conveniente. Grimold se debatió con todas sus fuerzas, con más ímpetu en sus ataques. Los proyectiles pasaban a su lado, zumbando y causando destrozos, el verde iridiscente se entremezclaba con la oscuridad, y aquel cuerpo gritaba, pidiendo a alguien que acabara con su sufrimiento.

-¿Listos?- dijo Reaper

Ambos asintieron, sabiendo que no tenían mucho tiempo. El edificio colapsaba y perdían el equilibrio.

“Uno”, pensó Reed, y apretó aun más las gigantescas ramas que sostenían a su enemigo.

“Dos”, Arksinad apoyó la mano en la espalda del kamuita.

-*Jibril Shunoros*.

“Tres”, Reaper flexionó la rodilla, para saltar, y apuntó a Angurvadal al Miclanteurión en el pecho del monstruo.

“Y cuatro”, contaron los tres. Grimold extendió sus brazos con otro rugido, allá, lejos.

-¡Ahora!- gritó el guerrero. Arksinad le dio un toque, y este salió despedido por los aires, directo hacia el coloso hambriento, con su garr en mano y la mirada certera en su objetivo.

Reed usó toda su concentración para mantener las ramas fijas, sabiendo que ya habían vencido. Luchaban contra un muerto, tanto en cuerpo como en mente. El campeón de Crandor voló, y vio acercarse a toda velocidad al núcleo de Grimold hacia él, mucho más grande que antes, los alimentos de Necrostacia que allí había danzando, la sensación de dolor que ya había conocido en carne propia.

Angurvadal se clavó en ese núcleo, y fue como si Reaper se adentrara en su interior. Se vio rodeado de miles, de millones, de espectros que lloraban, almas famélicas del inframundo, devas muertos en batallas, madres, hijos, ancianos, montones que lo querían sujetar en busca de vida o consuelo, caras alargadas cuyos rasgos se borraban junto a sus memorias, empujándolo de lado a lado. Se mantuvo firme, nadando entre aquella locura. Eso era el Tártaros, esa era la verdad sobre todo ese sitio. Pero debía buscar a alguien entre ese caos.

Siguió impulsándose, cuando creyó verlo. Un hombre encogido, de barba hirsuta y con una herida en el ojo, que se sujetaba la cabeza con dolor. Era un deva.

No dudó un segundo, utilizando la fuerza de su movimiento para acercarse. Lo golpeó en el rostro, cortándolo con el poder de Angurvadal.

-¡Debes morir!

El espíritu impuro del deva llamado Grimold Styxer resonó junto al suyo. Reaper emergió del otro lado del Miclanteurión, habiendo atravesado al gigante por completo, y se dio contra la pared, clavando su espada en ella para no caer por el abismo. Atrás, el coloso metálico quedó quieto, atravesado en su corazón, por unos segundos; luego se oyó un chillido como de acero, una sacudida, y su núcleo estalló ante los tres, expulsando su contenido por doquier, y sus brazos se movieron al azar empujando los cables, haciendo ceder la fuerza que lo sostenía y quebrando las ramas del árbol.

Escombros se desprendieron desde el techo. Desde la plataforma en la que se hallaban, Arksinad y Reed tuvieron que forzarse a saltar para esquivar un pedazo enorme del Tártaros que cayó sobre ellos; pero no se hundieron en el vacío pues pudieron ir corriendo sobre los demás escombros, a duras penas, hasta que ya no hubo modo de obtener sentido o dirección entre toda la destrucción y Reed se resignó a usar seeler, para dirigirse con un salto al pasillo más próximo, mientras que Arksinad utilizaba su magia en sí mismo y se separaban, mientras los muros caían, los cadáveres se diluían, toda la construcción cediendo al no tener los espíritus que la mantenían firme, entre impactos, entre el cuerpo enorme de Grimold que se debatía ya vencido bajo los últimos cables y la destrucción del templo que con su corrupción había creado.

Por cierta disposición en el terreno en donde la batalla se desenvolvía, por haber sido formado tras una devastadora explosión que había convertido leguas a la redonda de Dammed Oah en un cráter, o tal vez por la sola confusión de tanta gente reunida, de tanta muerte y sangre derramada; el sol de amanecer que ya se levantaba bien separado de la línea del horizonte creaba para Nakku unos reflejos circulares, como burbujas superpuestas, de las que se cuidaba de distraerse mientras enfocaba toda su atención en sobrevivir, luchando, matando como ya lo había hecho tantas veces antes, comandando a un puñado de seelers a través de las barreras enemigas para desmontar las unidades de asalto, sin que sus oponentes pudieran siquiera adivinar qué les había ocurrido.

Contaban una ventaja importante, que era la de la sorpresa, pues la habilidad del alma no era algo que fuera conocido a lo largo del mundo y los magos que no percibían maná alguno en sus hazañas desesperaban ante el incomprensible hecho de verlos desaparecer como aura, lanzar su energía, regenerar las heridas en apenas minutos. Eran una fuerza de vanguardia, que Crandor había escogido bien, y el perder contra aquellos enemigos todavía no les preocupaba: para ellos, para Nakku, el verdadero enemigo estaba allí arriba, mucho más arriba de donde volaban los dragones, en la cima donde las ramas plateadas se abrían sosteniendo el antiguo castillo de la ciudad, en su trono, esperando.

Era una suerte que Idgray no bajara a luchar, pues su sola participación hubiera desequilibrado el encuentro de nuevo. Pero también, para ella, era una preocupación constante. Si Idgray no estaba luchando, más allá de su condición, era porque estaba esperando, y si estaba esperando a alguien ese no podía ser otro que Reed. Qué pasaría cuando se encontraran, ahora que él sabía la verdad, era algo que no podía adivinar. Pero tenía la necesidad de inmiscuirse también, de dejar a todos aquellos rostros desconocidos y perderse entre las construcciones que se elevaban, en búsqueda de Reed, en búsqueda también del verdadero Albion Decaheron que Ventrysten había dejado en las manos de aquel horror.

-Líder- la llamó uno de los encapuchados- Esta zona está lista.

“*Yo no soy su líder*” pensó Nakku, sin contestarle, viendo la altura. “*Su líder está allí arriba.*”

Asintió.

-Bien. ¿Cuál es el siguiente punto?

Una imagen los interrumpió, a su costado. Se giró para encontrarse de nuevo con Cirse Id Flow, translúcida al ser una proyección astral.

-*Nakku.*

Todavía tenía sentimientos encontrados con respecto de aquella mujer.

-¿Sí?

-*Lenn y Xelos han terminado de desbaratar las agrupaciones de soldados y magos del noroeste y suroeste-* le informó la seeler- *Sin embargo, creo que tenemos un problema.*

Juntó las cejas, impaciente. La calma de la esposa de Ventrysten la alteraba en ocasiones.

-*Creo que el emperador está volando hacia Idgray.*

-¿Eh?

Justo al oírlo fue que sintió el revoloteo. Por encima de los restallidos de las espadas, de las mazas aplastando cráneos, de los disparos de las catapultas hundiendo a grupos enteros de hombres contra el suelo; por encima de todos los dragones que volaban descargando fuego devastador contra quienes se les resistían; ya pasando las ramas más bajas del Árbol de la Nada, otro dragón volaba hacia los cielos, decidido, impulsándose con toda la velocidad de sus punteadas alas. Tuvo que esforzarse, pálida, para notar que Crandor estaba sujeto del costado de Ladón, y que ambos emperadores tenían fija en sus ojos a una figura que los veía desde el balcón, inexpresiva.

-¡DECAHERON!- gritó el kiel, envuelto en su armadura shakkoku que aumentaba varias veces su tamaño, elevando con su derecha un garrote cuadrado con el cual asestar el golpe- ¡Enfréntame y MUERE!

-Tú no eres Reed- le contestó Idgray, con ligera molestia. Ladón sobrevoló el mirador del castillo, batiendo el aire y el frío de su altura, y mientras Nakku maldecía con improperios la audacia del emperador ante las miradas atónitas de los nuevos seeler, lanzó una gigantesca llamarada verde contra el héroe caído, que hizo sacudir Dammed Oah y comenzó la batalla que el pueblo kiel hacía tanto había esperado.

Los bloques se seguían desprendiendo, la estructura se desmoronaba, las paredes apenas soportaban la destrucción. Reed se pegó contra un muro, pero pronto tuvo que correr a refugiarse pues el cuerpo inerte de Grimold Styxer vino a desplomarse, enorme, en el lugar donde se guarecía; una bestia metálica mal formada, con varios de sus brazos cortados, ya sin brillo en sus ojos ni en el Miclanteurión de su pecho, arrastrada contra el suelo echando chispas a centímetros de sus pies.

Aguardó, algo alarmado por el nivel de caos que lo rodeaba y los choques que se escuchaban desde el otro lado de los escombros. El camino estaba tapado. No era necesariamente algo que contrariara sus planes, pero no lo habían esperado. Utilizó visión de alma, y divisó las auras de Reaper y Arksinad, moviéndose erráticamente hacia su dirección. Debían de estar buscándolo entre los restos de la catástrofe, esquivando los escombros que caían.

Con el amenazante cadáver de Grimold al lado, gritó.

-¡Hey!

Sus almas se frenaron en el espectro de su visión.

-¿Reed?

-¡Estoy aquí!

-¡Gracias!- se oyó a Reaper, sarcástico- ¿Bajo el escombros diecisiete o el setecientos cincuenta y dos?

-Podrías pasar a este lado- sugirió Arksinad.

Calculó, pero supo que era en vano. La distancia era demasiada como para hacerse. El seele no era como la magia, había un límite sobre cuánta materia podía traspasar.

-Prefiero guardar mis energías.

Sus almas se acercaron. La de Reaper era de un verde oscuro, apagado. La de Arksinad en cambio era de un azul claro, que le hacía recordar al mar de Eta Piscium y a las focas que nadaban arrojándose desde el hielo. Su propia alma, fluctuante y rodeándolo, se veía mucho más poderosa que la de ellos dos, y sin embargo, eran sus colores y no el suyo en los que Reed hallaba belleza.

Del otro lado de los escombros pudo oír a Reaper sentarse, fatigado.

-Uno menos, ¿eh?

Sonrió. Desvió su mirada al cuerpo de Grimold, al costillar negro que podía acariciar con sus dedos.

-Esperemos que los otros cedan así de fácil- se dijo- Nos separaremos aquí. Ustedes vayan y patéenle el trasero a Vannael por mí.

El aura de Arksinad resonó.

-Y tú subirás.

Asintió. No necesitaba hablar para que supieran en qué pensaba.

-Reed- dijo Reaper- ¿De verdad quieres hacer esto?

-No se trata de lo que yo quiero. Hay cosas que uno simplemente debe hacer.

El guerrero calló, admitiéndolo. Arksinad le tendió una mano, y lo ayudó a levantarse.

-No te demoraremos más. Él te debe estar esperando.

-Sí. No le queda mucho tiempo.

Pudo sentir el vago raspar de las manos de Reaper al sacudirse la tierra de sus perneras.

-No haré ninguna despedida- dijo, y Reed lo oyó ya sabiendo el resto de antemano- Porque nos volveremos a ver.

Golpeó su lado de los escombros, apoyando el puño.

-Tú no debes desaparecer. ¿Sabes eso, verdad Reed?

Algo en él se soltó, una calidez en su corazón. Imitó el gesto de Reaper desde su propio lugar.

-Lo sé.

“Tengo a ustedes. Tengo a Nakku, y a Cax.”

“Y tengo...”

Arksinad apoyó la palma de su mano. Entre todo lo arrojado, sus auras resonaron de la misma forma hasta que se separaron.

-Mucha suerte, muchachos.

-Nos veremos en cuanto todo termine.

No había más que decir, pero sabían que los esperaban las mayores de sus pruebas. Reed quedó en silencio, en esa oscuridad, sintiendo como ambos se alejaban. Luego Reaper se frenó.

-Y, Reed...

Levantó la vista, atento.

-¿Sí?

-Hay gente que se preocupa por ti. Yo y boca-cortada incluidos.

Calló de nuevo, dejando el aire entrar y salir con suavidad de su boca. Arksinad rio.

-Caray, Reaper. Qué emotivo.- dijo, y se pudo sentir como recibió otro codo en la cara para que callara. El dúo se alejó, perdiéndose en la distancia, y Reed quedó entre las sombras, pensando en esas palabras y en todo lo que significaban.

Veía la batalla desde abajo, incrédula, sabiendo que no había nada que pudiera hacer para interponerse y ayudar.

Como esperaba, la llamada de Ladón no tuvo efecto alguno ante el escudo de seeler de Decaheron. Idgray dejó que las ramas de Drassil hicieran su trabajo, obligando a los emperadores a esquivar por los aires los brutales golpes que daba el Árbol, virando, pasando por centímetros de su vuelo cada ataque, hasta que parecieron hallar una posición conveniente y Ladón aprovechó la oportunidad para probar otra cosa: lanzó una cadena de relámpagos esmeralda, contra la espalda del deva que se retiraba.

Idgray la atajó con Drassil, su garr, lo que causó que Crandor sonriera satisfecho. Al fin había hecho a su oponente desenfundar su arma. Su sonrisa se borró de inmediato, en cuanto Decaheron lo apuntó con el índice.

-Anima Mundi.

-¡Abajo!

Ladón esquivó la devastación liberada a duras penas, dejándose caer. Pero antes de que pudiese recuperar el vuelo, una de las ramas lo sujetó y los arrojó por arriba.

-¿Nos está...?- dijo Crandor, apretando los dientes. Idgray no los dejaba marchar. El Árbol sujetó al emperador de Aterror, estrellándolo contra su tronco, y lo levantó por los aires ante él. Esta vez Idgray cortó con Drassil, certero.

Vapor, no sangre, fue lo que emanó de la garra del dragón al ser borrada en limpio por el poder de la espada. Ladón rugió, furioso, arrojando llamaradas que se extinguieron como nubes en el cielo, quebrando las ramas, haciendo que su jinete tuviera que aferrarse con el brazo falso de su armadura con gran empeño para no caer.

Desde su balcón Idgray juzgó su trabajo por unos segundos, impávido, y pareció querer terminar lo que había comenzado. Apoyó su pie acorazado y extendió el brazo, apuntando de nuevo a sus atacantes.

Otra sombra pasó, levantando viento y posándose tras él. Una llamarada exuberante, compuesta con rocas y lava fue dirigida hacia el guerrero, quien la evadió haciendo un salto de alma, apareciendo sobre el techo de su castillo y frente al interviniente Balefor.

-El Senescal.- lo reconoció Idgray.

El dragón dio una risa pérfida, viendo a los otros dos caer.

-Lo siento, Campeón de la Nada. Pero no puedo permitir que nuestro líder muera tan rápido. Sería una... repetición absurda para los míos.

Idgray no contestó, pero las ramas del Árbol volaron hacia el viejo dragón. Se pulverizaron al instante, contra otra de sus llamaradas.

-Tendrás que hacerlo mejor, Campeón. No he sobrevivido todos estos años dejándome asesinar por héroes como tú.

Drassil dio su destello contra el sol de la mañana, haciendo que el senescal sonriera. Abajo, mientras veía a Ladón recuperar el vuelo a duras penas para no morir con el choque, Nakku pensó que Balefor se había sacrificado. No había modo alguno en que pudiera vencer a Idgray. Sin embargo, ¿era posible que un dragón se sacrificara por otro de su especie? ¿Qué clase de criatura era el Senescal de Aterror?

La batalla dio inicio, con Idgray embistiendo con su aura al lagarto, ambos elevándose bajo el firmamento, el deva clavando su garr en las inmensas alas y desgarrándolas: un batir caótico, indiscernible, que se asemejaba al de dos murciélagos combatiendo, la capa de demonio del héroe abierta para revelar su armadura de placas oscuras. Hubo un golpe, y Balefor salió despedido, hundiendo uno de los templos que colgaban sujetos de las ramas; del hueco que había dejado emergieron piedras ardientes que Idgray esquivo corriendo por las paredes del árbol, para dar una última acrobacia y esquivar las fauces de la bestia que emergían para devorarlo.

Un puntapié del deva torció la mandíbula de Balefor. El dragón quiso sujetarlo con su garra, sólo para hallar nada y que Idgray se materializara sobre él.

-Cae.

Balefor desplegó sus alas, evitando derribarse y dio una vuelta entera, para lanzar otra mortal llamarada. El nivel de lo que estaba ocurriendo desbordaba a Nakku. Decaheron la atajó juntando las ramas de su árbol, pero el dragón las destruyó a todas y se lanzó en una carga ciega, determinada, aferrando a su enemigo con sus fauces y elevándolo junto a él, volando como un arcoíris hacia donde nadie había llegado.

Los dientes del dragón no conseguían perforarlo, y el gesto de Idgray, si bien desprovisto de miedo alguno, contenía ahora una irritación velada. Balefor rio, la risa de quien sabía que iba a morir. Cargó su llamarada con Idgray en sus fauces, incinerándolo cuanto podía; lenguas de fuego levantándose contra la mañana. Idgray pareció hartarse

de ello, y usó a Drassil: una de las alas, y parte de una pierna del Senescal se fulminaron por una oleada de seeler, obligando a los dos a caer contra la terraza del castillo.

Idgray salió rodando y se incorporó molesto, su capa flotando tras él por el viento de la altura. Balefor se desplomó entre risas, desangrando lava y carbón de su costado herido.

-¿Te gusta, Héroe? ¡Esta es la fuerza de los dragones!

-Anima Mundi.

El ataque barrió una porción del suelo, pero el dragón lo esquivó arrojándose al costado, plegando su única ala para tener mejor movilidad. Lanzó un zarpazo contra el seeler, pero este lo atajó con Drassil. En tan sólo un segundo, la espada legendaria estaba clavada en el corazón de Balefor.

El dragón escupió más desperdicio de su interior, respirando pesadamente. Pero no pareció querer rendirse. Rugió, voraz, y se lanzó: no contra el deva, sino contra su espada.

Los dientes de Balefor se hundieron en Drassil.

-Tal vez no yo- dijo.

El rostro de Decaheron se volvió lívido.

-¡Anima Mundi!

Drassil lanzó su aura alrededor de la boca del monstruo, quemando su interior antes de llegar a ser destruida. Balefor brilló por dentro, sus ojos se calcinaron, los colmillos se quebraron y salieron despedidos. Pero continuó riendo al desplomarse de vuelta contra el suelo, desdentado y ciego.

-Tal vez no yo- repitió- *Pero el mundo... Ah, el alma del mundo al cual tanto temes...*

Harto de aquello, Idgray lo atravesó en la cabeza. Con un suspiro fatigado, y ante el horror de quienes pudieron vislumbrar esa batalla, el Senescal de los Dragones halló la muerte.

Tenía algunas quemaduras mínimas, que su seeler curaría, pero por lo demás, Idgray se veía completo. Y sin embargo, ¿qué era aquello que Nakku creía ver en él, su cansancio, la constancia de alguna herida muy lejana? Se dijo entonces que su padre tenía razón. Al héroe no le quedaba ya mucho tiempo, estaba esperando a Reed. Sabiendo esto, vio a Idgray desviar su mirada al costado, hacia donde salía el sol, y pareció ver algo pues se dio la vuelta, regresando a su trono.

“Debo ayudar a Reed” pensó entonces Nakku, observando los restos humeantes de Balefor en la altura, y también la furia e impotencia en los gestos de Ladón y Crandor en el suelo, con las mandíbulas apretadas y heridas similares.

Pero cuando estuvo por dar la orden, se oyó un cuerno de advertencia desde el este. Algo se acercaba.

Se levantó, ya sin tiempo. Se había quedado demasiado en esa oscuridad, sumido en sus pensamientos, y tenía una cita a la cual acudir. Se tomó unos buenos minutos para quitarse el polvo de los pantalones, de su abrigo rojo y de su camisa, en revisar el

collar con su estrella dorada y sentir la empuñadura de su sable en su cinturón, y terminó por decidir, sin una razón concreta, subir la capucha de su vestimenta para quedar mejor tapado, sereno y calmo.

Divisó, entre las ruinas, el camino que continuaba subiendo hacia las dependencias del Árbol de la Nada. Apenas se hallaba en la base.

El cuerpo de Grimold Styxer hizo un gemido mecánico. Reed lo miró de lado, esperando que se moviera. ¿Estaba realmente muerto? Aquel ser era una criatura increíblemente durable, mucho más de lo que hubieran imaginado, cuyo aferre a la vida superaba con creces a todo lo que conocía. No hubiera sido sabio que se confiara.

Avanzó, muy consciente de su entorno. El sonido se incrementó a su espalda, y pudo percibir cómo algo se movía. Un último brillo dio una vuelta en el Miclanteurión, un último espíritu que le daba poder a esa cosa vencida, y la garra de Grimold Styxer se lanzó hacia él.

-Ham... bre...

Reed Id Vant no se dignó a darse la vuelta, cerrando los ojos. Las ramas de Drassil emergieron desde el techo, perforando los huesos de Grimold, castigando al gigante con cuchilladas de seeler, aferrándolo y destruyendo. Grimold gritó, impedido, mientras la energía de alma lo calcinaba.

-¡Au... da!

-Muere en paz- musitó Reed.

El aura fluyó, y el coloso se quebró en mil piezas: sus huesos se volvieron arena, su mandíbula terminó de desprenderse, su cráneo se desdibujó ante sus ojos. Reed lo observó impávido, desde su lugar. Adentro, en el núcleo, el último de los espíritus dejó su lugar, pero pudo notar que pronto a su alrededor había otros; miles, millones, muertos que él no era capaz de ver pero que sentía, fantasmas que se lanzaban contra aquel neu y lo atacaban, lo empujaban, consumían al hombre llamado Grimold Styxer entre alaridos, quitándole su piel, sus músculos, sus huesos, volviéndolo nada y terminando su sufrimiento y el propio con un atroz dolor. El poder del Tártaros se devoraba a sí mismo.

Los alaridos de lo último que quedaba del deva hacían ecos en esa habitación, pero Reed apenas los escuchaba. Prestaba atención no a aquello, sino a ese ente solitario, a ese pedazo de alguien que por fin se liberaba.

Se materializó frente a sus ojos: alto, con su túnica de mago y sombrero, con su cabello largo y oscuro y su expresión amigable. Reconoció a Albion Decaheron al instante, y aguardó mientras lo veía avanzar como un fantasma. Se reuniría, desde luego, con el resto de sí, con lo que el Miclanteurión no había podido atrapar tras su reencarnación y continuaba viviendo en este mundo, con el verdadero elegido de la Organización.

Avanzó. Reed lo esperó de pie, viéndolo acercarse. Albion, el magnífico, Albion, su héroe, Albion, el mago de las leyendas, el tonto, el egoísta.

Albion, que pasó a su lado sin mirarlo.

Reed suspiró.

Su hermano.

Volvió a encarar el sendero, ya la figura translúcida del mago desvaneciéndose, yendo hacia donde fuera que Caxer se hallaba. Por fin lo había liberado. Ahora le quedaba un largo camino, a él, hasta lo alto de esa ciudad maldita, y hasta poder terminar lo que por su culpa, cuando sus seguidores lo llamaban Idgray Decaheron, por desesperación, amor y desconsuelo siglos atrás había iniciado.

20. Perfección Blanca

Nakku tuvo que ignorar ese aviso, para prestar atención a otro más urgente que venía desde su área. La simultaneidad de dos alarmas disparadas al mismo tiempo la desquició, todavía asombrada por la increíble batalla que había opuesto Balefor; y fue con un quejido irritado que ordenó a quienes la seguían que se prepararan para lo que fuera que ahora causaba estragos entre las tropas.

Como seelers, se movían de forma independiente a los ejércitos de Crandor, eliminando todos los inconvenientes de los que la formación kiel no estuviera en condiciones de encargarse. Su parte, por lo que llegaba a ver, no eran ni más ni menos que los clanes de genios que seguían a Vannael, que con emboscadas pasaban a través de las defensas, asesinando, degollando a los guerreros con gran velocidad, dejando regueros de sangre a su paso y sembrando el terror.

A su lado, la proyección astral de Cirse Id Flow aún no se había difuminado.

-Oh cielos. Xelos debe saber cómo encargarse de esto.

-Ese viejo gruñón está demasiado lejos ahora- dijo ella, y silbó- ¡Vamos, adelante! No son inmortales. Pero sus espadas están envenenadas, así que no dejen caer su guardia un segundo.

Los de negro la obedecieron, y descendieron cada uno como alma. Una amalgama de colores que se dispersaba a través de los hombres y azotaba a los piel azul se abrió ante sus ojos, haciendo de fuerza de choque contra aquellos salvajes enemigos, frenándolos entre chispazos de sables y oleadas de almas. Aquel era el nuevo ejército de Albion, después de todo, y habían tenido años para prepararse; no le cabía duda alguna de que vencerían. Y Albion, su padre...

Volvió a contemplar el Árbol de la Nada, por donde Reed se había perdido.

-Estará bien- le sonrió Cirse.

-No hables como si no hubieras querido...

Se calló a sí misma, antes de ser hipócrita.

-¿Querido...?- la instó ella a continuar, apacible.

-Simplemente no hables- respondió al final Nakku, preparándose para saltar- Envía a Lenn con el emperador antes de que vuelva a hacer algo arriesgado. Con ambos. O tal vez podrías calmarlos con tu aura, dudo que se hayan tomado los últimos eventos con buena vena.

Cirse asintió, con una mirada satisfecha. Nakku estuvo segura de que estaba notando sus similitudes con Ventrysten y su manera brusca de dar indicaciones. Lo dejó pasar. Después de todo, a efectos prácticos, para ella el enmascarado siempre sería su verdadero padre.

-Y deja de sonreír tanto- añadió al final, antes de convertirse en alma y lanzarse de nuevo a la guerra. Cirse no le obedeció, y la joven seeler se perdió de nuevo en la batalla, en aquel frenesí de luchar por mantenerse viva, de huir, de matar, matar, y matar.

Dejaron atrás a Reed, y a la destrucción, incluso a la oscuridad mientras se encaminaban hacia una de las salientes del edificio negro, preocupados por lo que sucedía afuera. Mientras corrían, Reaper y Arksinad dejaron vagar sus oídos por los sonidos cada vez más claros: los gritos, las explosiones, los conjuros y el silbido de las flechas, todo aquello que luego pudieron observar desde allí en su totalidad, como un cuadro a la locura bélica que reinaba; miles y miles de personas que luchaban, de colores que teñían lo pardo de ese suelo con magia, de criaturas que revoloteaban causando destrozos en un escenario apabullante, que dejó helados a ambos por un buen minuto, tan sólo observando, sin lugar para palabras o apuros.

Luego Arksinad levantó su mano y lanzó una señal naranja, poderosa, que se vio a lo largo de esa tierra y hasta en el horizonte.

Había elegido ese color por nostalgia, por recordar cómo había sido su encuentro contra Skectral, la batalla en las arenas de Tikielder junto a los tripulantes del *Emperador*, y porque, si Caxer se hallaba aprisionado en el Árbol cuyas raíces pasaban a sus costados, tal vez el ver una luz tan similar a la desproporcionada que había utilizado ese día le infundiría esperanzas, le daría el conocimiento y la seguridad de que lo estaban buscando.

Pero no debían pensar en el pequeño mago, no ellos. Reaper hizo un gesto, al ver lo que esperaban acercarse llamado por su señal: surcando los cielos, entre los vuelos de los dragones, tomando una velocidad indescriptible al maniobrar entre las ramas plateadas, el Arca del Cielo reparada apareció, dando un giro muy poco ortodoxo y manteniéndose a flote cerca de la terraza, a nivel perfecto para que subieran.

De pie frente a la esfera de oro con la que se controlaba la nave, sujetándola con ambas manos y sudando a mares, el capitán Van Lyder los miró de reojo.

-Los desprecio. Los desprecio a ambos.

-Muchas gracias, capitán- le contestó Reaper, y guerrero y mago subieron de un salto al barco volador, que al instante escapó del alcance de Drassil y de Idgray, quienes dejaban a cargo de Reed, en dirección a la ciudad voladora de Babel que se aproximaba desde el este, a toda la velocidad que su ingenio deva podía permitirle.

-¡Leude!- exclamó Yeguilex, sujetando al enemigo, abrazando su corpulencia con todas sus fuerzas para darle un punto de disparo- ¡Ahora!

Una cadena de flechas se hundió, una tras otra, en el resquicio detrás de la rodilla de Goliat Sidewinder, uno de los pocos sitios en donde su armadura demoníaca no lo cubría. El Trece no pareció enterarse de ese dolor, pero en respuesta soltó a Yeguilex un cabezazo tal que si el casco no le hubiera protegido, ya se hallaría en el otro mundo.

Yeguilex respondió con un puñetazo, habiendo tenido que dejar su martillo atrás para sujetar a aquel hechicero bestial. La verdad era que Sidewinder no se asemejaba en nada a la fineza y debilidad que veía en los magos; era un bruto, un demente, y por sobre todo uno que lo superaba en fuerza, por lo que contaba con su astucia y el trabajo en equipo para echarlo abajo.

Recibió a su vez él un golpe en el peto, pero conservó el aire y devolvió a su vez otro contra aquel casco ancho, deforme, partiendo varios de los colmillos de adorno que le sonreían. Era un combate a puño limpio, embate tras embate, dos fornidos en un campo de batallas, con suficiente espacio como para poder mutilarse con sus manos sin intervenciones; cosa que, por su parte, Yeguilex prefería evitar. Puso toda su concentración en embocar sus asaltos al casco del enemigo, intentando atontarlo, pero Goliat no se dejó amedrentar y buscó también estrujarle la cabeza con su magia, obligándolo a esquivar.

Atrás, Leude lanzaba flechas que debilitaban a su objetivo y limitaban sus movimientos. Goliat se dio la vuelta, al parecer percatándose de que estaba siendo atacado, y el corazón de Yeguilex se congeló al verlo saltar, directo hacia el teniente.

Pero más que su corazón, fue el cuerpo de Goliat Sidewinder el que se convirtió en un bloque de hielo. Del otro lado Yeguilex pudo ver a Gallahard apuntando con el estoque, atento.

-¡Su Majestad!- dijo.

Observó a Shimari, con el arco tenso. El hielo en donde el Trece se hallaba se sacudía, poco a poco, se llenaba de grietas que crecían como truenos en su superficie sólida. Era obvio que el joven sabía que un ataque como aquel no sería suficiente para detener a aquella mole, y estaba preparado.

El bloque se desarmó en pedazos, y Goliat reanudó su marcha hacia Leude. No llegó muy lejos. Desde Shimari una saeta de luz emergió, perforándole los talones, obligándolo a caer de cara contra el suelo.

-¡Oh, creo que me acabo de enamorar!- dijo el Tres pasándose la mano por el cabello. Yeguilex vio a Shimari sonreír, y se cuadró al ser visto por ella. No era tan débil como Crandor la había creído.

Desde el suelo, el acorazado se movió un poco, aún vivo. Estaba claro que los músculos no le respondían. Tanto él como Leude se le aproximaron para rematarlo, y entonces, a la distancia, un cuerno sonó por el horizonte, captando la atención de todos los que combatían, de los soldados que destrozaban a los magos con sus cuchillos, de los dragones que volaban, de los comandantes y sus gritos, entre la sangre que teñía el suelo y las maquinarias incendiadas. Uno de los espías, corriendo, se aproximó hacia la reina.

-¡Su Majestad! ¡Se acercan gigantes desde Babel!

Shimari levantó una ceja. No había ya gigantes en ese mundo. Sin embargo, supo por el terror en la voz de aquel emisario que algo terrible se avecinaba.

-Gallahard- ordenó, viendo al joven. El Tres suspiró, fatigado, dio un último vistazo a su alrededor, a los soldados helados contra la tierra, a la cantidad impensable de personas que había podido derrotar, y; visto aquello, partió a acompañar a la reina contra aquel nuevo enemigo.

Yeguilex los vio perderse; entre el terreno irregular, varios de los guerreros kamuitas los siguieron hacia un objetivo desconocido. Justo en ese momento, frente a él, las rodillas de Goliath Sidewinder se flexionaron, y como si fuese una figura de papel el del Geral se incorporó, de nuevo contra sus pies, listo para seguir combatiendo como si nada le hubiera ocurrido.

Ciertamente, pensó Yeguilex al recibir el golpe en el estómago que destrozó su armadura, Leude tenía razón al decir que siempre les tocaban los peores.

-Quiero que entiendan lo insultante que es para mí el estar haciendo esto. Reaper, tú me conoces desde que eras pequeño, por lo que seré sincero contigo: siempre fuiste demasiado desconsiderado con los demás. Como capitán de barco puedo dejar pasar tu rebeldía, pero me pregunto si realmente estarás preparado entonces para el momento en que debas convertirte en alguien respetable, alguien en quien Kamui pueda confiar.

-Sí, sí.

-Y tú, Arksinad- miró Van Lyder al mago, sus manos temblando sobre la superficie dorada- desde el principio me cuestioné tus intenciones, procedencia, registro criminal y género, pero albergué la esperanza de que pudieras ser una excepción a los de tu tipo, como Scarrow. Déjame decirte que la has aplastado, forzándome a conducir tu barco del demonio. Ambos me decepcionan. ¿Qué tienen para decir en su defensa?

-Cuidado con el relámpago- sugirió Arksinad.

Van Lyder se concentró apenas, y el Arca del Cielo evitó con un movimiento fluido el poderoso trueno que emergió desde una de las torres de Babel. Ya hacía un tiempo que volaban por sobre las casas y murallas de la ciudad flotante, evadiendo los conjuros que les lanzaban, buscando acercarse lo más posible a la Torre de la Alta Hechicería con la que Vannael la maniobraba.

Con horror habían comprobado que la ciudad se había podido acercar a Dammed Oah mucho más de lo que hubieran esperado: tan sólo había bastado poco más de media hora de viaje para alcanzar a ver su blancura flotando en el cielo en dirección al combate; y tal revelación fue suficiente para que el ya bastante desencajado Lyder irrumpiera en toda una serie de maldiciones, algo golpeado por su primera introducción al mundo de las arcas voladoras; mundo que, como les repetía incansablemente, jamás había tenido la más mínima intención de visitar. Había que aclarar, sin embargo, que para sorpresa de Arksinad el marino probaba ser un conductor magnífico a la hora del peligro. Había que soportar sus rezongos y exclamaciones, pero lograba ganar terreno y evitar las devastadoras descargas eléctricas como si danzara, a lo largo y alto del cielo,

pasando por entre las casas abandonadas, los torreones flotantes, las bibliotecas y los altos salones de té vacíos como un fantasma, deslizándose por sobre lo que con horror comprobaban eran cientos y cientos de Necróvalos que vagaban como muñecos, moviendo sus lenguas hambrientos, deseosos de llegar.

Vannael estaba transportando otro ejército, uno mucho más perturbador que los que estaban ahora mismo luchando bajo la sombra de la ciudad maldita. Si lograba llegar, toda esperanza estaría perdida.

-Espera- puso Reaper una mano en el hombro de Van Lyder, concentrado en algo más- ¿Qué es eso?

Señaló, a la distancia, un grupo de cosas amorfas que ocupaban un espacio impresionante, que se movían demoliendo torres en dirección opuesta a su barco. El capitán las observó con una plegaria en los labios, seguramente agradeciendo la distancia que los separaba. Arksinad se restregó los ojos.

-Son...

-Joder- dijo Reaper, reconociendo a uno de los tres- Vimos a una de esas cosas en Asherat.

-Hekantoquiros- recordó Arksinad a la criatura inmensa, maligna que Albion había limitado con sus gemas, y que ahora rondaba la capital de Cel-Neckar con sus dos hermanos y avanzaba hacia un punto fijo, sin titubear- ¿Qué crees que están haciendo?

Observaron, sujetándose de la barandilla para evitar caer ante la sacudida repentina que Lyder tuvo que dar para evitar otros dos relámpagos. Los tres seres se alejaban, más y más, dejando un camino de destrucción a su paso, hasta que se toparon con la muralla que los separaba del precipicio.

-Creo que...- musitó Arksinad.

-Doble joder- dijo Reaper, viendo a las tres criaturas trepar- Triple joder.

-Esas van al jarro de insultos.

Las abominaciones se aferraban a las blancas paredes celestinas con sus decenas de brazos, sus cabezas controlaban sus alrededores, la infinidad de músculos con las que estaban armadas se flexionaban y relajaban al subir, pasando hacia el otro lado. El primero de ellos, tal vez el líder, se dejó caer desde la altura en la que el arca de Vannael flotaba sin importarle el daño. Supieron que sobreviviría aquello, que podría adelantarse al resto de la armada de Idgray y dirigirse a Dammed Oah, a sembrar destrozos, a enfrentar para su amo a los enemigos con la sed de sangre que había tenido atrapado durante años. Sus dos congéneres lo imitaron, y desaparecieron de sus miradas entre las nubes.

-Esto está seriamente mal- dijo Reaper.

-Concentrémonos en lo que tenemos que hacer aquí. Debemos confiar en Shimari y los demás.

El guerrero asintió, pero se lo veía turbado. Van Lyder también parecía haber conocido una pesadilla. Con Coto, Briareo y Gigas en el juego, todos se preguntaron qué posibilidad tenían ahora los dragones de mantener la victoria, contra criaturas que en algún momento habían aterrorizado hasta a los dioses.

Y mientras tanto, la magnificencia de la torre de Vannael se aproximaba.

Se había divisado a los tres gigantes avanzar por sobre las planicies de Fariel, dejando pozos en la tierra con cada paso, haciendo temblar las proximidades de la llanura. Cada tanto, anunciaban los mensajeros, a alguno de los tres se le ocurría saltar; y esto lo hacía plegando esas piernas inmensas, que se tensaban, y lograba al liberarse recorrer lo que a los ojos de los humanos parecían kilómetros, sólo para proseguir caminando, recuperando energías, siendo alcanzado luego por los saltos de sus hermanos.

Shimari había oído, de su abuelo el antiguo rey, sobre criaturas similares a las que sus agentes le describían, bestias llamadas Hekantoquiros, horrores de un pasado distante en el que el mundo era un lugar diferente, poblado de dioses, donde otras oscuridades rondaban por aquí y por allá para los mortales que lo habitaban. No sabía si las cosas que se acercaban a Dammed Oah eran lo mismo o no, pero tenía algo claro: era menester detenerlas, o perderían.

Varios de los dragones, también alertas, fueron con ellos. Gallahard corría con una sonrisa muy poco convincente pintada en el rostro; y también había más de un centenar de kamuitas que habían decidido acudir a aquel llamado, con la esperanza de evitar otro desequilibrio en la batalla. Hasta el momento, consideraba la reina, habían estado venciendo. Tal vez no tanto como lo hubieran logrado de no ser por Tau, que había organizado a los ejércitos de modo que pudiesen combatir contra los dragones de Aterror; pero habían logrado sobreponerse a la diferencia militar y numérica; y sin embargo, presentía que aquello estaba a punto de cambiar.

Apuró a sus tropas con un grito. Fueron dejando atrás el vado de las raíces grises, y las puntas de las ramas más bajas apenas proyectaron sombra bajo ese cielo oscurecido, nubloso. ¿Cuánto tiempo había ya pasado? Vieron casas derruidas, templos lejanos, figuras que ella pudo reconocer por haber visto la Ciudad Dorada, de una religión que adoraba la desaparición del todo. Se dejó llevar, concentrada. Todavía le quedaba una carta de triunfo, pero no era el momento de jugarla.

A la distancia, en un principio confundida, creyó ver montañas moverse.

Una de ellas comenzó a acercarse demasiado rápido.

-¡Cuidado!- exclamó Gallahard, y chasqueando los dedos, en tan sólo un segundo creó un pilar de hielo que los elevó por los aires, salvándolos por los pelos de la mole que se estrelló en donde estaban con un salto destructor.

El Hekantoquiro era una criatura formidable, con cientos de brazos que golpearon al azar convirtiendo en pasta a algunos hombres; era tan inmenso que no podían llegar a adivinar dónde estaba su cabeza, y se movía con una agilidad que no congeniaba con su tamaño, un coloso aplastando hormigas con sus pies desnudos, sediento de batalla.

Arriba, mientras ellos se alejaban, los dragones lanzaron llamaradas hacia el monstruo. A este punto, pensó Shimari, eran los únicos que podían hacer algo contra aquellas cosas. Pero el campeón de Idgray no se dio por enterado: levantó un brazo, que parecía poder sujetar las estrellas con sus dedos, aferró un dragón en su vuelo y lo aplastó contra el piso como si se tratara de un insecto; y al inclinarse pudieron ver decenas y decenas de cabezas apiladas sobre su torso, algunas deformes, abriendo y cerrando bocas mudas, otras lanzando mugidos, otras ciegas y otras que parecían ya muertas, con retazos de pelo oscuro y grasoso prendido de sus sienas.

El terror invadió a los que miraban, sabiéndose sobrepasados. Los dragones, orgullosos, no lamentaron la muerte de su compañero sino que parecieron querer probarse y atacaron con más ímpetu, revoloteando como murciélagos alrededor de esa cosa, intentando dañarla cuanto podían como si fuera una competencia.

Adolorida por la caída, Shimari observó a la lejanía. Otras dos de esas abominaciones se acercaban, y quién sabía cuándo a alguna se le ocurriría dar otro salto.

Se oyó un crujido, y al levantar la cabeza vieron al Hekantoquiro exprimir a dos dragones juntos, como un niño curioso, produciendo un sonido cercano a la risa. Se estremecieron. Luego, en unos segundos, brazos salieron disparados contra el aire, puños aferraron colas, alas, mataron todo a su alrededor en un instante; dragones que caían, despedazados, sus corazas aplastadas, dragones partidos al medio o masacrados en un segundo, en unos instantes, como moscas.

Un zumbido trajo un temblor en la tierra, y a la distancia, otro de los hekantoquiros saltó. Al caer aplastó, sin notarlo, a varios de los kamuitas. Se empujó con su hermano, como regañándole por no haberle dejado víctimas, y produjeron silbidos, sordos golpeteos, una comunicación indescifrable con la que se comprendían.

-Gallahard- dijo Shimari, viendo aquello- ¿Crees que tenemos...?

-No.- contestó él, pálido- Ni la más mínima oportunidad.

La reina dudó. Habían pasado varias casas vacías, antes de llegar hasta allí. Tal vez todo lo que importaba era demorarlos.

Sintió dolor al dar la orden.

-¡Retirada!- gritó- ¡A las ruinas!

Sus hombres obedecieron al instante. No era como si pudieran hacer algo contra aquellos seres. No les quedaba más remedio que reagruparse, mantenerse firmes, evitarlos y sobrevivir, todo mientras intentaban pensar algo con lo que frenar ese pavor que se avecinaba.

El Arca del Cielo se apoyó con un soplido flotando sobre la entrada de la torre, y Arksinad y Reaper se bajaron de un salto, para no poner en mayor peligro al capitán. Aquella ciudad estaba infestada de demonios.

Al darse vuelta, Van Lyder pareció recuperar la compostura. Los examinó detenidamente, fatigado por los nervios, con ambas palmas sobre la esfera de control; y como si analizara un crecimiento que antes no había podido notar inclinó la cabeza.

-Vuelvan.

-Lo haremos- lo saludó Reaper, y vio de reojo el edificio- Y traeremos a alguien más.

-Les deseo...- respiró Van Lyder- La mejor de las suertes.

-Gracias, capitán.

Pareció querer añadir algo más, pero desistió y puso en marcha el barco de nuevo. Las alas reparadas se extendieron, y la sonrisa del arca se puso en diagonal al emprender el ascenso, buscando huir de los ejércitos demoníacos y de su gigantesca hermana.

Lo vieron perderse, por la oscuridad de ese cielo. De pronto parecía haberse hecho muy tarde, era como si el sol se hubiera ocultado y los rodeara una noche eterna, tal vez por la terrible tormenta que acompañaba el avance de esa fortaleza. El tiempo pasaba volando durante el peligro, pensaron al mismo tiempo.

Y peligro...

Arksinad sonrió, al observar la puerta de madera de la Torre de la Alta Hechicería. Se suponía, se decía, que sólo dejaba ingresar a quienes considerara dignos.

-Hogar, dulce hogar.

-Procura no distraerte por la nostalgia- sugirió Reaper, aferrando a Angurvadal con un brazo desgano- Vamos.

La palma del mago apenas buscó apoyarse, y las bisagras del portón chirriaron. Se abrió ante sus ojos, invitándolos a su interior. Al pasar, las mismas escaleras que tantas veces había visto en su infancia aparecieron ante él, elegantes, alfombradas de rojo e impecables.

Reaper silbó, y emprendieron el ascenso. Mientras subían, como imágenes, recuerdos de su infancia asaltaban al celestiano: su niñez, jugando a los pies del rey, las misiones que habían realizado juntos, la mirada atenta de Ruin en Pólux, la voz severa de Duran, la reunión del Geral; Haluar Marketz y los suyos, la vez que había inspeccionado el sótano y su maestro le había cerrado el paso. Tantas memorias, tantas claves, tantas pasiones de una infancia que consideraba perdida, antes del dolor que lo había cambiado, antes de su muerte y su nueva vida. ¿Pero quién era Vannael? Sentía que, terminase como terminase lo que iba a ocurrir, aquella era una pregunta que pronto iba a poder responderse a sí mismo. ¿Quién era ese sabio que lo había cuidado, que lo había utilizado, que se sentaba en las alturas luego de sembrar la semilla de discordia en el mundo?

La torre, al igual que el resto de la ciudad, se hallaba vacía. Velaba un aire de abandono en sus cortinas al mecerse por el viento, en los grandes ventanales junto a las escalinatas, en las habitaciones que recorrían paso a paso. Pero Arksinad no se dejó engañar, apuntando con su palma a un costado.

-Shinoras.

La sombra que había allí agazapada se escurrió. Daevas. Sin embargo, mientras se movían con calma, ninguno de los demonios trató de atacarlos sino que retrocedían con cautela ante sus pasos, sabiendo que esos dos héroes debían tener el camino librado hasta el salón del trono. Arksinad y Reaper no bajaron la guardia de cualquier modo, y llegaron hacia el círculo de transportación, en donde el báculo alado del rey brujo reposaba para ser usado.

Reaper se crujió el cuello, preparado, al tiempo que su amigo lo sujetaba.

-Promesa- le recordó.

-Promesa- repitió Arksinad, y dio su comando al artefacto. El sello de la habitación se llenó de una luz azulada, vibraron todas sus runas, y un fognazo los fue haciendo ascender, chasquido tras chasquido, piso tras piso, toda la altura de la Torre de Babel.

Una, dos, tres, cuatro, las imágenes pasaban fugaces y Reaper sólo obtenía un vistazo de cosas que Arksinad ya debía conocer muy bien: salas de lectura, salas de comida, salas de juego y habitaciones, almacenamiento de viejos artefactos de estudio, lugares puestos para la práctica e investigación de hechizos, niveles sin más que las paredes desnudas y el suelo. Él también, a su manera, imaginó allí una vida y una infancia.

El último chasquido puso tensos a ambos. Allí, en el nivel superior, se vieron rodeados de aire frío pues no había pared que tapara sino gruesas columnas de etéreas cortinas; mas allá, tras el trono, una burbuja de luz en la que Merady Skardtril se hallaba encerrada en compañía de la bruja Mila; y ante ese mirador natural, con las manos en los bolsillos y actitud de estar esperando, Vannael Danterkiss Eel, cuyos ojos brillaron rojos tras la máscara al verlos.

Idgray Decaheron.

Ese había sido su nombre, hacía cuatro siglos.

Con aquel nombre lo habían conocido amigos, camaradas, servidores; con aquel nombre lo había conocido su amor, con aquel nombre lo había conocido su hermano, con aquel nombre lo había conocido el dios al que había jurado servir en ese desierto infinito.

Idgray.

Pero ahora, al menos, se llamaba Reed. Y Reed Id Vant caminaba un sendero a solas, por los pasillos ruinosos que flotaban sujetos por las ramas del árbol, bañado por la luz que surgía de todos aquellos huecos entre columnas. Reed Id Vant sentía escalofríos descender por su espalda, y cada parte de su cuerpo doler: su hora llegaba, y era el momento de enfrentar la verdad.

A su lado, el acero de Drassil se removió al pasar, haciendo temblar el suelo y desprender polvillo del techo. Continuó caminando en calma. No iba a morir, no aún. Aquel castillo, ese corredor, los inicios de las escalinatas que subía; todo le era familiar ahora que lo comprendía, todo tenía perfecto sentido para su alma.

“Tal vez nunca vuelva” pensó.

Justo cuando tuvo esa idea, la plata se removió, y de las raíces emergió una punta, una extremidad amorfa, que se lanzó para sujetarlo. Reed no se dejó tocar, sino que abrió su barrera seeler y la fulminó.

Avanzó. A su derecha, la pared se abría y revelaba miles combatiendo, revelaba dragones, revelaba explosiones, el carnaval de muerte con el que tanto había soñado en su anterior vida. La luz bañaba la mitad de su rostro, dejando el otro lado en sombras; su corazón se preparaba, sin saber si endurecerse o no, su marcha no disminuía.

Más criaturas emergieron de Drassil: formaciones hechas con el poder de la espada, sin rostros, que se le lanzaron para detenerlo. Reed se agachó, esquivando una, pateó otra por el precipicio, sujetó la cabeza de un tercer muñeco y la estrelló contra el suelo en un sólo movimiento. Ahora, al pelear, lo veía; con él, en cada momento, pisando, como si danzara acompañándole, la figura de su antiguo cuerpo deva, el poder que había albergado, el héroe que había sido alguna vez.

Un filo fue a su rostro, pero Reed Id Vant no se defendió. El esbirro de la espada se frenó sin dañarlo. Se produjo un silencio, y esa formación se derritió, volviendo a la rama del Árbol.

El Árbol de la Nada vibró entero, como en una risa. Aquel juego ya había terminado. Reed lo sabía, de momento, no iba a morir allí.

Si había habido un motivo, por el cual nunca había sentido del todo aquella mentira que Sephid sin saber que era mentira le dijo, si nunca se había podido creer Albion, ese debía ser, no su olvido de esa vida que jamás tuvo, sino el recuerdo de la que sí había tenido. Con la visión lo había podido recordar, las memorias habían fluido en él una tras otra, y la sensación de que algo había estado mal con él, desde pequeño, había cobrado un orden, una verdad. Ya lo comprendía todo.

Tenía un sendero adelante, tenía ahora luz que lo guiaba. Se había jurado seguir sin detenerse, que cada escalón de su vida fuera aceptado sin más; y creía poder hacerlo, creía en la luz, creía en el sol que bañaba sus manos al extenderlas al cielo. Sin embargo, si recordaba era porque su vida anterior le había dejado una deuda muy fuerte; no sólo con su hermano, que lo había perdonado, ni con aquellos que había matado, ni con sus seguidores que se habían sumido con él al infierno.

Había alguien que, desde hacía años, lo esperaba.

“No todo es guerra” se repitió.

No, no todo lo era. Allí abajo, gente importante para él podía morir, pero luchaban por algo. En el pasado, su hermano había sido más sabio que él, y había entregado sus inútiles sueños por amor. En su interior, también, la certeza de mil alegrías le permitía seguir, esa segunda oportunidad que el destino le había dado: él era Idgray, quien había luchado en los coliseos de la Ciudad Dorada; él era Reed, quien había escuchado con deleite a Scarrow contar historias; él era Idgray, nombrado por Ailai general en cuanto alcanzó la juventud; él era Reed, quien se había emborrachado y luchado en Mib entre las risas y los cantos; él era Idgray, el imbatible, quien había traicionado a su patria por amor, huyendo con los tesoros de Baal para desencadenar el horror en el ancho mundo; él era Reed, que había vuelto a salvar a su pueblo, que había enfrentado el dragón Skectral, que había conocido desdichas, que había llorado ante un charco de agua, que había matado hombres buenos y malvados, que se había sentido perturbado y feliz, que había vivido.

-Viví- dijo, satisfecho.

No, claro, no todo era guerra en ese camino que tanto había odiado.

Y sin embargo estaba seguro, tanto en su corazón como contra ese mal actor que lo amaba tanto, una lucha lo esperaba allí arriba.

Por los miradores el cielo se veía pronto negro, pronto bordó, pronto tomó el anaranjado del atardecer que iniciaba, bañando el salón del trono con su resplandor, convirtiendo en arte la escena: dos jóvenes, que habían logrado atravesar las defensas de Babel y adentrarse en su torre principal, con el objetivo de asesinar a su enemigo final, al rey que había arruinado sus vidas y puesto en moción el plan que había llevado a tantos a combatir como lo hacían ahora.

Vannael, al parecer nada impactado por esa aparición, extendió un brazo hacia ellos.

-Los esperaba.

-Dibújame sorprendido- escupió Reaper, sin quitarle el ojo de encima. A su lado, Arksinad pudo observar a Merady, encerrada en la esfera del Raguel Shunoros junto con Mila, contemplarlos atemorizada. Más allá de su suciedad y el estado desaliñado de sus ropas, parecía sana y con vida.

-Libérala, Vannael. Ya estoy aquí.

-¿Liberarla?- rio el rey- ¡Pero si esto recién comienza!

-No esperes nada de este jodido enfermo- Reaper desenfundó a *Caronte*-Vannael Danterkiss Eel, Rey de Cel-Neckar. Por mi padre, por todas las personas a las que has asesinado y que morirán ahora por tu culpa, por los crímenes que has cometido...

-Hemos venido a matarte- lo completó Arksinad.

Tras la máscara blanca su maestro rio, hallando hilarante aquello. Mila también sonrió, brumosa tras la protección del hechizo.

-¡Matarme!- estalló- Oh, Arksinad, has crecido tanto. Pero aún tienes sueños inalcanzables.

Se hallaban tensos, sabiendo que la lucha podía comenzar en cualquier momento. Sólo el Uno parecía estar relajado, como si meditara aquello.

-Ustedes- dijo- Han venido a mi ascensión. Nada más ni nada menos. Siguen siendo peones, que se mueven bajo mis caprichos.

Miró a Reaper, y tras los huecos sus ojos se volvieron rendijas alegres.

-Como tu padre.

Pero el guerrero no se dio por enterado del insulto, aún calmo. Arksinad se adelantó, su mirada ensombrecida por el ala de su sombrero.

-Antes de que luchemos, Vannael... Antes de que acabe todo. Quiero saber, ¿por qué? ¿Es locura lo que tienes? ¿Simplemente estabas aburrido, maestro? ¿Porque *podías*? No puedo creer esas cosas. Desde que Ruin murió, desde que tuve que huir de aquí y de tu cuidado, he vivido mucho; he enfrentado peligros, he conseguido amigos, me he defendido solo, he estado muerto y he recuperado la vida, he errado infinitas veces y he hallado calidez. Creo que, a mi manera, he aprendido en estos años mucho más de lo que lo hice bajo tu ala. Pero también me preguntaba, ¿qué has vivido tú? Hemos conocido a los de tu especie, los malals, y su sabiduría parece suficiente como para calmar las aguas del océano...

El rostro del rey se ladeó.

Su alumno fue al punto.

-¿Quién es usted?

Se produjo silencio.

Atrás Mila sonreía, y Merady miraba atenta. El Uno contempló a su discípulo largamente, sereno, y luego miró su propia mano enguantada, los bordados del abrigo deslizándose por sobre la alfombra, la actitud distante pero pensativa.

No levantó la mirada al hablar, sino que continuó observando su palma.

-Este cuerpo...- pronunció- Pertenecía a un sabio.

Arksinad se removió, sin comprender. Su maestro dio un largo suspiro y volvió a hablar.

-Cuando estabas con la princesa. De seguro ella te contó la historia de su padre.

Arksinad asintió.

-El rey Demes- dijo- Y Aiwass Flowrian Aurora, la elven de la cual se enamoró. El hombre al que usted mató, de cuyas manos arrancó la espada Oblivion.

Vannael rio, enternecido.

-Ruín siempre tenía una imaginación tan activa.- negó- Vannael no robó nada, era, como de seguro sabes, un hombre infinitamente sabio y solitario, incapaz de dañar a alguien, como todos los de su especie. Tampoco lo mató; si lo habían llamado, era porque Demes Lucicale ya estaba en las puertas de la muerte gracias a la corrupción de la espada. No, nada de eso era necesario, pues Vannael era un rey bondadoso, capaz, entregado a todos los seres que sufrían. Aún ahora, dentro de mi mente, me ruega que los deje con vida y guía algunos de mis pasos. Se ha convertido en mi consciencia. Pero le estoy agradecido eternamente, y no puedo negarle tal mínimo derecho sobre mis actos.

Silencio.

Reaper retrocedió un paso.

-¿De qué diablos estás hablando?

-Ah...- el monarca levantó la cabeza, viendo el techo, con dolor- Sí, recuerdo ese viejo cuento. La historia del emisario deva que partió a pedir asistencia al pueblo elven sólo para caer, la historia de su sufrimiento con la princesa magullada, aquello que surgió entre ambos. Ruín lo debe de haber contado muy bien; y sin embargo, de seguro te obvió la desesperación en la que Demes Lucicale se sumió, al ver su cuerpo morir, al considerar que había errado y traicionado a su pueblo y a su ídolo.

»En ese momento no sentía nada, Arksinad, no tenía poder, sólo mi remordimiento, no tenía ojos, ni boca para gritar; no tenía nada más que odio, y aún así pude sentir su presencia. El rey de Cel-Neckar había venido a atenderme en mi lecho de muerte. ¿Puedes imaginar mi horror? Como estar en carne viva, olvidando mis sueños, sollozando por no conocer la muerte, se acerca a mí, a la criatura más arrepentida e indigna de todas, la más alta, la más poderosa, la más magnánima, y se inclina ante mi cama, y me susurra al oído con gentileza.

Arksinad también escuchaba, pálido, comprendiendo lentamente.

-Usted...

-Oblivion tiene una serie de poderes interesantes- asintió Vannael- Que se activan en los peores momentos, como la muerte. Poderes para seguir utilizando la espada, para no dejarse vencer, para perpetuar la mente de quien la porta a través de la posesión de otros individuos. Tal vez tu padre, Assadan, haya podido experimentar un terror como el que sentí.

Recuerdos, de la batalla en la Forja, azotaron a ambos, los últimos momentos de Osald, cuando había hecho callar a la espada, la posibilidad que había dejado pasar desapercibida.

Tomar un cuerpo.

Otra vez el rey suspiró, como si estuviera fatigado.

-¿Era un idiota, Vannael Danterkiss Eel, el malal que había abandonado a los suyos? ¿Quizás simpatizaba conmigo por nuestras historias, quizás era incapaz de darle la espalda a un moribundo? No lo sé. Solo sé que sin su ayuda, Demes Lucicale hubiera hallado su amargo final en ese cuarto en penumbras, maldiciendo al destino. Su voz, en mi mente, me dice que simplemente era algo que debía hacer; y cuando veo los caminos del futuro me alerta de horrores, pero la verdad de su personalidad siempre me será oculta. Sin embargo, creo que en esos minutos en los que me permitió tomar su cuerpo llegué a conocerlo muy bien.

-Usted es Demes- concluyó Arksinad, helado- Usted es Demes Lucicale.

Paso tras paso, posicionándose frente a su trono, Vannael asintió en silencio a aquella conclusión. Los puños de su alumno temblaban, lívidos.

-Ruin... era su hija. Usted la mató.

El rey volvió a asentir.

-Fue una amarga ironía que decidiera ponerse en mi contra, pero no me arrepiento. Ese pasado ya estaba muerto para mí: Aiwass, la pequeña, todo lo que había hecho al traicionar a Idgray era una gran vergüenza, que hasta ahora me persigue. Por eso la maté, por eso ordené a los dragones calcinar Pólux, por eso, todavía ahora, sigo luchando por la causa de Dammed Oah. Necesitaba repararlo a como dé lugar. Esa fue la oportunidad- dejó de mirar su mano, y los encaró- Que este cuerpo me ha dado.

»Seguiré viviendo, seguiré estando en la cima, seguiré el camino que alguna vez abandoné. Nada se interpondrá entre mí y el sueño de mi héroe. ¡Esa es mi luz, y mi justicia!

Movió el cuello, jactándose.

-Así que ven, Arksinad. Mi hija, después de todo, tenía algo similar a mí. Esperaba grandes cosas de ti; de otro modo no te hubiera manipulado como lo hizo. Muéstrame entonces, qué has aprendido en esas vivencias de las que tanto hablas, si realmente vales de algo más allá de mi cuidado.

Dicho esto sus ojos brillaron, y desprendió el broche de su abrigo, dejándolo caer a sus pies.

21. Eterna Pesadilla De Un Resplandeciente Ángel

Habían por fin localizado en dónde se hallaba Unnaon Tau, pero el problema ahora era otro.

Fatigado, agotado en cada parte de su cuerpo, Bullwe inspiró bien hondo, dejando que las ideas llegaran a su mente. Frente a él Gio castañeaba los dientes, dando vistazos atentos, y al costado, en una actitud sorprendentemente relajada que para el soldado tenía mucho que ver con la aceptación a la muerte que brindaba la vejez, Org simplemente contemplaba el vado abandonado, sin prestar atención al enemigo.

A su derecha, si Bullwe se hubiera atrevido a observar, se hubieran topado con un camino de cadáveres, de soldados que habían sido hasta hacía unos minutos sus camaradas. Bullwe los había enviado a su muerte, sin saberlo. Reposaban cortados, en limpio, algunos eran cabezas, otros brazos, otros torsos enteros depositados contra el barro, manchados de sangre y sudor.

Dejó salir el aire, poco a poco. En las peores situaciones, se había dicho a sí mismo, era cuando más calmado debía estar.

Sí, en aquella tienda inconspicua debía de ocultarse Tau, pues de allí habían visto emerger al mensajero. Sin embargo, el problema no era el anciano estratega sino sus guardianes, las máximas autoridades militares del ejército interior y exterior de Fariel, los mortales Unnaon Epsilon y Unnaon Ipsilon, que rondaban ahora a través del reguero de muertos que habían dejado buscando sobrevivientes.

Se habían contado leyendas, a lo largo de sus inicios en la fuerza, de la habilidad de estos dos hombres, pero bien Bullwe nunca les había dado el crédito que merecían o nunca lo había considerado importante. Sin embargo, ahora tenía miedo. Un viejo mercenario y un jovenzuelo ahora no eran la mejor opción para enfrentar a aquellas máquinas de matar.

Pero si retrocedía...

Se levantó lentamente, y vio a sus compañeros. Se juró a sí mismo, en cuanto pudiera, jamás volver a ser un líder, jamás volver a poner el peso de otras vidas en sus hombros. No era que fuera incapaz. Era sólo que no quería soportarlo.

-Gio- dijo- ¿Estás bien?

El ahora asintió, hecho un manojo de nervios. Sus ojos brillaban. Bullwe sintió la necesidad de un buen trago de cerveza, de algo que pudiera distenderlo, y al instante casi desechó la idea, pues prefería estar alerta.

Miró el suelo.

-Escuchen- dijo- Vamos a encargarnos de Tau.

Org asintió, como si de verdad creyera que aquello era posible. Gio pareció asustado; seguramente había estado esperando la orden de retirada.

-¿Alguna idea?- le dijo el viejo.

-Sí.- Bullwe se sonó el cuello, observando desde su posición a los dos Unnaon guardianes.- Esos tipos de allí. Si los encaramos, nos destrozarán. Así que eso no tiene caso.

Sus camaradas asintieron. El fracaso y las muertes anteriores pesaban sobre todos.

-Entonces- dijo él, meditando- Ustedes simplemente tendrán que chocar una vez espadas con ellos.

-¿Luego?

-Luego pondrán pies en polvorosa. Correrán cuan rápido puedan, y se reagruparán con el general.

Gio inclinó la cabeza, curioso.

-¿Y tú?

-Aprovecharé la distracción, e ingresaré a la tienda de Tau para matarlo.

Anciano y joven se miraron. Gio volvió a verlo.

-¿Podrás hacerlo y huir?

Por dentro, Bullwe estalló en carcajadas. Detrás del ahura el viejo lo miraba con respeto, comprendiendo el sacrificio que estaba por realizar, un secreto entre ambos que su novato no tenía por qué saber.

-Creo que puedo- se jactó, rascándose el mentón- Es un anciano, después de todo.

Gio no pareció muy convencido, pero el otro lo forzó a que fuera con él y sus dudas se acallaron. Se pusieron en posición, sujetando sus sables de batalla, mientras que Bullwe concentraba sus ojos en la carpa, ponía la energía de sus piernas en funcionamiento.

Detectando ruido, los acorazados Epsilon e Ipsilon, rojo y azul respectivamente, se giraron bajo sus sombreros de chapa para verlos. No tuvieron ni un sólo segundo para la sorpresa, por lo que sin instrucciones, sabiendo ya todo perdido, corrieron. Corrieron en ese mundo gris, entre las casas destruidas, entre el barro, entre la sangre, y Bullwe sacó su sable también, mientras que a su izquierda y derecha Org y Gio iban directo a los Unnaon, como si pretendieran luchar.

Hubo el chasquido de filos, al abrirse la formación. Tenía el camino libre, la formidable defensa de esos hombres estaba descubierta. Trotó sobre piernas muertas, atravesó el toldo de la carpa con su arma en mano y llegó a destino, sabiendo que tenía apenas segundos.

Sentado en una mesa, con una taza de té humeante, Unnaon Tau lo observó adentrarse armado.

Su actitud era serena.

-Así que al fin...

Bullwe se aproximó. El anciano no lo miró, concentrado en su taza.

-Siempre me pregunté cuál sería tu rostro, oh muerte. Pero nunca imaginé que me visitarías disfrazado de uno de los míos.

Pero Bullwe no lo mató. Simplemente se sentó en el suelo, junto a él, y lo observó fijamente. El gesto de Tau fue desencajado. Atrás las cortinas se abrieron, y sus guardianes entraron, con la urgencia de eliminar al intruso.

Tau los detuvo con una mano.

-Señores- dijo- Es bueno cada tanto aceptar la derrota. Este joven, tuvo, hace unos segundos, mi vida en sus manos, pero aun así se sienta frente a mí y envaina su espada. Hagan lo mismo.

En silencio, ambos guerreros obedecieron y retrocedieron dándole miradas gélidas. Bullwe sintió un escalofrío descender por su cuerpo.

Ahora sólo le quedaba jugar bien sus cartas. Unnaon Tau sonrió, amable.

-¿Y bien? ¿Qué te trae aquí, soldado perdido?

Era una apuesta, una apuesta inmensa pero que no podía dejar de hacer. Se había considerado, desde siempre, mediocre en el arte de la espada, pero increíblemente apto en el de las palabras.

Bullwe señaló la bandeja.

-¿Puedo servirme algo de té?

Uno tras otro, ambos jóvenes se lanzaron contra Vannael.

El rey los recibió extendiendo los brazos, brazos cubiertos con la coraza blanca de Oblivion, encantado por aquel combate que iniciaba. La pierna de Reaper fue contra su rostro, pero Vannael la bloqueó con facilidad, con una sola mano, y como quien no quiere la cosa guardó la otra en su bolsillo, desenfadado, bloqueando los golpes que le daban creando pequeñas barreras de luz con su palma y esquivando los que no podía detener, sin ceder ante el ímpetu de sus oponentes.

Con su guadaña, Reaper asestaba ataque tras ataque buscando no darle un resquicio. Sabían que Vannael no tenía la cantidad de magia que podía albergar, que estaba debilitado, pero aun así era muy poderoso y se hallaban a bordo de su arca. Reaper giró a Caronte, buscando golpearlo en el cuello; y en ese instante el Uno reveló su mano oculta, cargada con electricidad.

-Retribución de Zeus.

-Joder- masculló el kamuita, cuando el trueno salió disparado contra su pecho. Lo bloqueó con el caño de su arma y se vio arrastrado hacia atrás intentando mantener sus perneras contra el suelo, para que la confección de Osald aceptara aquella magia y la absorbiera. El filo de la hoz se llenó de electricidad azulada, y victorioso Reaper volvió a saltar hacia el rey.

Vannael esquivó su corte, y lo pateó con una fuerza que sólo podía venir de un conjuro. Reaper soportó el golpe y continuó asestando fintas con su guadaña, en todas direcciones, fintas que el rey esquivaba como si fuera un juego de niños, flotando más liviano que el aire.

En un momento el acero pasó a centímetros de su máscara, y Vannael pareció hartarse. Sus dedos se entrecruzaron, cargándose con otro relámpago aun mayor.

-¡Reaper!- gritó Arksinad, y se interpuso. El relámpago chocó contra una barrera de espectros negros, y Vannael dio una carcajada.

Comenzó allí la batalla de magia, que el kamuita sólo pudo observar boquiabierto. Maestro y discípulo conjuraron con todos sus reflejos en juego; truenos y fantasmas colisionaron a la corta distancia a la que se hallaban, fluctuaciones que chocaban y se cancelaban entre sí, cada vez con mayor intensidad; fracturando el suelo, lanzando restos de poder a cada lado del enfrentamiento. Vannael lanzó una cadena, pero Arksinad respondió con una igual y ambas restallaron fusionándose entre sí. El monarca giró, movió ambas manos y conjuró dos látigos de electricidad, pero su alumno alzó desde el piso una barrera que lo escondió y resistió el ataque durante unos segundos.

En cuanto los relámpagos lograron borrar a los espectros, ante Vannael no se hallaba Arksinad, sino Reaper.

En las rendijas de la máscara, los ojos de su oponente adquirieron por primera vez sorpresa. El brujo alzó la vista, para ver a Arksinad flotar levantado sobre el guerrero, las alas del Zerachiel Shunoros en su espalda y la palma apuntándole directo.

-Shinoras.

No llegó a defenderse, sino que la luz le dio de lleno empujándolo contra el suelo y haciéndolo dar una vuelta en el aire. Pero aún no habían terminado. Reaper continuó corriendo, y Arksinad al caer apoyó una mano en su espalda.

-¡Jibril Shunoros!

El hechizó creó el impulso usual, que arrojó a Reaper a la velocidad de una centella contra el monarca que se incorporaba. El puño del guerrero dio directo en el rostro, el aire pareció comprimirse, los lazos de la máscara restallaron, y al empujar con todas sus fuerzas Vannael se vio despedido rodando por el suelo, dominado por aquella potencia, intentando sujetarse de las alfombras contra las que raspaba dando tumbos.

Iba directo hacia el mirador.

“Que caiga” pensó Reaper, esperanzado *“Que el maldito caiga y nos ahorre problemas.”*

Pero Vannael no cayó. Sus propias alas se abrieron, deteniéndolo justo al borde del abismo sobre sus pies y una mano. Al levantar la cabeza esas plumas de luz se tiñeron con la oscuridad de Asherat, volviéndose negras como las de un cuervo.

Con un sonido hueco, la máscara blanca que siempre había llevado dio contra el suelo. Pudieron contemplar por fin el rostro de aquel hombre; un rostro apuesto, maduro tal vez; pero surcado por una herida que separaba sus mejillas, cosidas con hilo negro, y cuya mirada rojiza, desquiciada, destilaba un rencor que parecía indigno hasta del mayor de los demonios.

Silencio.

Cada tanto, todo se removía: el polvillo en el suelo, las pequeñas piedras; y hasta ellos parecían dar saltos inconscientes, ante cada paso del gigante.

Desde el hogar en el que se habían escondido, Shimari y Gallahard espiaban el avance de los hekantoquiros. Eran tres cordilleras que se movían en fila, tambaleándose lado a lado como atontados, haciendo sordos ruidos con insistencia, moviendo toda esa composición de venas, músculos y grasa sin frenar, sin detenerse, sin mirar qué aplastaban con sus pies cortos, fibrosos de grandes callos duros como la piedra.

Temblores, y más temblores. Gallahard observó atento a la reina, que parecía pensar a toda velocidad, al puñado de soldados que estaban en esa casa con él. No eran muchos; parecían viejos, cansados y alertas, pero tampoco le parecían asustados, eran, ante todo, veteranos valientes, que seguramente sabían mucho más del combate que él o Su Majestad. Unos cuantos tenían arcos, otros portaban largas lanzas antimagia. ¿Pero de qué serviría aquello contra esas monstruosidades? Era simplemente una cuestión de masa, y lo sabían. Nada de lo que pudieran hacer las detendría.

“No. No debo pensar así.”

-Gallahard.

-¿Sí?- hizo una reverencia teatral.

Shimari indicó la casa del frente.

-Ve hasta allí y escóndete. Congela al último de la fila.

Parecía tener un plan.

-¿Luego?

-Luego lo congelas de nuevo, y de nuevo. Cuantas veces sea necesario. Si te descubre, corres.

-Su Majestad, tengo la ligera impresión de que su plan va a matarme.

Ella lo palmeó, guiñándole un ojo.

-Creo en ti.

-¿Qué ocurre con los otros dos?

-A Crandor le encanta luchar- Shimari Kaharis Hertton tosió, incómoda- Pues bien, va a tener con qué entretenerse.

Gallahard sonrió ante la ocurrencia, pero se dio cuenta de que si ella bromeaba era porque estaban en las últimas. No había forma de frenar a aquellas cosas.

No pidió más consejos, y corrió al otro lado de aquel vado, escabulléndose por la ventana de una casa.

Rodó en el suelo, sintiéndose algo ridículo. Era un espacio oscuro, rocoso, que también daba sacudidas de tanto en tanto ante los pasos de los hekantoquiros. Asomó por la ventana, juzgando con su ojo la patética emboscada que planeaban tender. Allí, casi entrando al territorio, el primero de esos monstruos avanzaba.

Apostados sobre los techos vio a los arqueros, a los lanceros, a varios magos que apoyaban la causa. Era un juego doble; por un lado, confiaban en que los campeones de Idgray no registraran el daño que buscaban hacerles y que no reaccionaran, pues, si lo hacían, todos estarían perdidos. Pero por el otro, era necesario causarles algún tipo de herida.

Tal vez todos morirían, de un momento a otro.

Comenzó a preparar su magia, *Hielora Nornir*. Otra vez sintió con él la presencia de Duran, guiándolo, instándolo a concentrarse con su rectitud. Su ojo azul brilló mientras el aire a su alrededor se enfriaba, más y más, haciendo que su aliento saliera como vapor, llenando sus manos de cristales de escarcha. Estaba por crear una nueva escultura, la más grotesca e inmensa que jamás hubiera hecho. Sin embargo, ¿duraría?

Todo saltó de nuevo. Gallahard se mantuvo enfocado. En la otra casa, Shimari dio órdenes y los kamuitas comenzaron a desplegarse. El primero de los hekantoquiros avanzó, echando baba negra de sus bocas, pasando sin percibirlos por entre las dispersas construcciones. Debían dejarlo llegar a Dammed Oah, no tenían más remedio. El miedo y la tensión dominaron el aire mientras ese coloso levantaba piernas como torres, movía su inestable corpulencia pasando por entre las ventanas y por entre quienes planeaban tender la trampa. Gallahard notó que tenía restos de amatistas, pegados en la espalda y tras los brazos, que lo hacían ver más grande que los otros dos. Debía de ser el líder.

Briareo se fue alejando, seguido por Coto. Del tercero, Gigas, la forma le era incomprensible por su proximidad, por el miedo, sólo veía blanco tapándolo todo, músculos tapándolo todo, un sonido seseante y maligno. Se preparó. El sudor de sus nervios se congeló en su rostro. Algo se removió a su espalda, y una sombra emergió a su lado.

Gallahard se dio la vuelta, para observar a dos personas, Audula Adahiada, número Ocho del Geral, y Unnaon Omega, el Once.

-¿Podemos ayudar?

Los miró perdido. Otro retumbe sacudió a todos.

-¿Se estaban escondiendo aquí?

-Vannael nos obligó a defender la ciudadela- dijo Audula- Pero estoy ya harta de todo esto. Sólo queremos irnos.

-Vayan, entonces- dijo él, y otro paso de Gigas hizo que el techo se balanceara peligrosamente- O mejor no. ¿Pero de verdad quieres traicionar al rey, Audula?

La hermosa mujer y su prometido se pusieron lado a lado con él, tras la ventana. Al observar al gigante sus rostros perdieron color.

-Tres- dijo ella- A decir verdad, siempre me habías parecido un niño lastimoso.

-Mis sentimientos.

-Pero- miró a Omega, y bajó la cabeza- En Aldebarán. Tenías razón. No puedo seguir a Vannael, no después de lo de Duran. Simplemente no soy tan valiente como tú o Eterea.

-¿Y tú, Omega?- miró el noble al otro mago, ese hombre rubio, que siempre se había mostrado tan amigable- ¿No debes hacer algo?

El de blanco asintió, turbado.

-Hasta hace unos momentos, el rey me tenía bajo custodia. Pero ya me parece demasiado tarde para...

-Nunca es tarde para hacer lo correcto- dijo Gallahard, su ojo atento al monstruo sobre los tres- Ah diablos, comienzo a sonar como Duran. ¡Hielora Nornir!

Apuntó con su estoque, rogando que esas criaturas fueran tan individualistas como lo parecían. Una capa de hielo que primero pareció humedad y luego se solidificó rodeó al último de los hekantoquiros, que quedó fijo en su lugar.

Las cabezas sobre la espalda de Briareo y Coto parecieron reír, pero continuaron avanzando sin preocuparse. Gallahard agradeció aquello. Había gastado una buena cantidad de maná en ese conjuro, y...

El hielo se soltó, estallando en grandes pedazos que hicieron estruendos contra las casas, contra el camino, contra los pozos de la tierra. Gigas continuó avanzando, pero entonces los kamuitas comenzaron a dispararle, flechas, lanzas, toda una lluvia desde ambos lados, que repiqueteaba a sus costados, al parecer provocándole un ligero escozor. El monstruo bramó, pero no se detuvo. Gallahard volvió a apuntarle, mientras hablaba a sus compañeros.

-Deberían irse de aquí, de todos modos. ¡Hiel-

-¡Erador Maldito!

De las manos enguantadas de Audula Adahiada emergió uno de sus láseres, rojo, que atravesó de lado a lado al hekantoquiro. Gigas se retorció, acusando el impacto. Gallahard observó a la maga, su perfil hermoso, la marca bajo su labio y su miedo; pero tuvo que contenerse de darle halagos pues del otro lado Unnaon Omega también se movió, decidido.

-¡Bendición de Helios!

Un ave de fuego voló por los aires, abrasadora, y comenzó a molestar las cabezas deformes del coloso desde la altura, donde nadie más podía alcanzarlo. Gallahard los miró incrédulo.

-Vannael destruyó mi ciudad- dijo Omega- Lo sé.

Miró a su compañera.

-Audula, no puedo quedarme de brazos cruzados.

Ella asintió.

-Somos tres magos del Geral. Sería una vergüenza que fallásemos.

Se sonrieron. Gallahard tosió.

-Hola, aquí la tercera rueda. El objetivo comienza a considerar aplastarnos. Panqueques a la Geral Veintiún.

Al parecer el coloso había logrado detectarlos, y la sombra de su pie descendía sobre ellos. Entre maldiciones los otros dos magos destruyeron la pared, corriendo fuera de su alcance. La pisada levantó un viento que los elevó por los aires, pero por un momento las flechas y lanzas de los kamuitas hicieron su trabajo, logrando que el hekantoquiro pareciera distraído. Un par de hechiceros desde otros techos lanzaron bolas de fuego, dándoles tiempo de alejarse y a Audula de apuntarle de nuevo.

Esta vez dos láseres surgieron, y atravesaron de vuelta al monstruo en donde estaría el corazón. No pareció hacerle gran daño, por lo que Gallahard calculó que no tenían uno.

-Prepara tu conjuro- le dijo Audula- Lo debilitaremos lo suficiente.

-En ello.

Volvió a concentrar el maná en sus manos, a dominar el ambiente, a darle la forma que quería al aire para cristalizarlo. Gigas agitó sus brazos, destruyendo una casa y matando a una docena de hombres. De otra emergió la reina, quien apuntó su arco al pie y disparó un puñado de flechas de luz, que lograron dejar un pozo en la piel de aquella bestia. Casi al instante Audula volvió a disparar, y logró romper varias de las cabezas con una impecable puntería.

-¡Sigue así!

El hekantoquiro se vio rodeado, y pareció agitarse. Flexionó las rodillas lentamente, el pájaro de fuego de Omega rasgándolo y chamuscando otros de sus rostros. No tenían dudas de que sin cabezas continuaría viviendo, tal era su fisonomía, pero quizás dejarlo ciego serviría de algo.

Se agachaba. Audula disparó otra vez, y otra, dejándole huecos en el torso y desprendiendo algunos de sus brazos. Los músculos sobre esas rodillas inmensas se tensaron, creciendo en tamaño.

-¡Va a saltar!- gritó un kamuita.

Estaba listo.

-Hielora Nornir.

Dominó el ambiente, como Duran le había enseñado, y movió dos dedos hacia el costado. Antes de que pudiera alejarse, Gigas se había convertido en una masa de hielo, una verdadera montaña cristalina en la que se mantuvo inmóvil, fijo, entre la bruma del agua y de ese nuevo paisaje que surgía.

Esa cara diabólica, pálida, de ojos de rubí y mueca estirada por las heridas, esa conjunción de odio, ira, malicia que los observaba desde el otro lado, todo eso tuvieron que enfrentar al haber conseguido golpear al rey de los magos en batalla.

Pero ni Reaper ni Arksinad se dejaron amedrentar por la apariencia de Vannael. Su alumno tomó el ala de su sombrero, altivo. El otro escupió, disgustado.

-Mis felicitaciones a quien le haya hecho eso a tu boca.

-¿Esto?- el monarca sonrió, y toda esa maraña de hilos tensó sus mejillas, moviéndose como gusanos- Me temo que ese fui yo mismo.

Rio, sujetando con sus manos pétreas esa piel tersa, rasgándola y dejando que los hilos la unieran de nuevo.

-Sí... Ciertamente Duran fue duro con este cuerpo; pero quien decidió ponerse hace años bajo la posesión de Asherat por cuenta propia fui yo.

Separó sus garras, y la sangre negra manchó la alfombra bajo él. Ambos jóvenes se tensaron, mientras Vannael observaba a su discípulo con deleite.

-Lección, Arksinad. ¿Puedes imaginar por qué lo hice? ¿Por qué decidí quedar en el umbral de la muerte?

Tras la burbuja de luz Mila rio. A su lado Merady observaba atenta. Arksinad no atinó a contestar, y las pupilas de su maestro trazaron surcos carmesíes en el aire.

-Se acabó el tiempo. ¡Uriel Shunoros!

Desapareció en un haz de luz.

Pero estaban preparados para aquello. Tanto Arksinad como Reaper se pusieron de inmediato de espaldas, cubriéndose el uno al otro. Sabían que la principal ventaja de su enemigo era su velocidad, por lo que no podían dejarle resquicio alguno.

La figura del Uno apareció primero frente a Reaper, y dio un golpe, pero antes de recibir el contraataque desapareció, materializándose al lado de su alumno. Arksinad bloqueó el siguiente impacto, y Vannael se fue turnando entre uno y otro, apareciendo y desapareciendo, como si pudiese transportarse libremente en la habitación. Pero sabían que no era así, por lo que Gallahard les había contado de la batalla del rey contra Duran. Uriel Shunoros no era transportación; era simplemente viajar como la luz a distancias muy cortas, y por lo tanto tenía sus límites. Tan sólo tenían que resistir, hasta que el hechizo se agotara.

Vannael siguió azotándolos de lado a lado sin darles descanso. Una gota de sudor resbalaba por la sien del rubio al tolerar los impactos; el brujo desapareció, apareció, golpeo, desapareció, apareció, desapareció.

No volvió a aparecer.

Se miraron. Vannael se materializó tras Reaper.

-Boo.

Como un felino, el kamuita dirigió la guadaña al rey. Pero el caño quedó bloqueado.

-Un arma que absorbe magia- la observó este- Tu padre sí que inventaba las cosas más curiosas.

Aquella garra blanca se cerró con fuerza, y Caronte se astilló y estalló en pedazos. Reaper la soltó antes de que cayera y tomó el arma en su espalda, su neu, Angurvadal. Antes de que pudiera efectuar su poder Vannael había desaparecido de vuelta, cruzando ambos brazos frente a Arksinad.

-¡Azrael Shunoros!

Pero, por haberlo conocido tanto, por haber pasado su infancia junto con él o por cierta disposición del destino, era como si el mago pudiera leer los movimientos de su mentor a la perfección. Ya se había preparado para aquello, cerrando las plumas de luz de sus alas frente a él.

-Raphael Shunoros.

Su conjuro absorbió el de Vannael y lo devolvió concentrado, un fulgor que atravesó al monarca de lleno en el estómago. Vannael escupió sangre, y desapareció con otro chasquido.

Se miraron. Podían ganar. Lo estaban logrando, de a poco, podían hacerlo. El rey volvió a aparecer sobre sus cabezas, sujetando con una mano el torso sangrante que los hilos de Asherat reparaban, mirándolos irritado. Era obvio que no había esperado que aquella lucha se le complicara tanto. Desde el cielo sus alas se extendieron, apuntándoles.

-¡Esquiva!- gritó Reaper, tomando a Arksinad de las ropas para alejarlo a tiempo cuando una de las plumas de luz se clavó como una cuchilla contra el suelo. El Uno dio una carcajada, y batiendo su Zerachiel desprendió más y más plumas, que salían disparadas, cortando la alfombra, contra el piso, obligando a Reaper y Arksinad a correr para esquivar aquella lluvia de muerte.

Dos de ellas lastimaron la pierna del campeón, pero este no cedió y arrojó a Arksinad contra la pared salvándolo de una sucesión de luces que perforó el camino por delante. Vannael volvió a agitar sus alas, y ambos fueron evitando los ataques como podían, ayudándose, mientras el Salón se fracturaba y la estructura de la torre se retorció, mientras bajo sus pies todo se levantaba y los obligaba a tirarse al piso para salvarse.

Los ataques frenaron tan rápido como habían iniciado. Reaper tuvo tiempo de ver a su enemigo sonreír como un niño cruel, y extender dos dedos hacia un lado.

Se percató de estar rodeado de aquellas plumas de luz sólida, y de que estas comenzaban a vibrar.

-¡Arksinad!- palideció- ¡Aléjate de las!

Vannael chasqueó, y cada una de las plumas arrojadas se diluyó en un hechizo similar al Shinoras, una tras otra, destrozando el escenario y llenándolo de pilares de luz, golpeando a ambos jóvenes como si fueran muñecos de trapo. Reaper resistió, utilizando a Angurvadal para cancelar aquella magia, pero Arksinad se vio cegado por el fulgor y los temblores que daba la torre, por los estruendos ensordecedores de aquel hechizo.

Ante toda expectativa el mago cerró los ojos. Conocía a Vannael, conocía a su maestro, desde que él lo había criado, desde que le había enseñado sus primeros hechizos. Con nitidez recordó el verlo pelear contra el dragón Karava; la primera vez

que lo había visto sediento de sangre como estaba ahora, que había podido adivinar su inestabilidad.

Y si lo conocía...

Se volteó justo a tiempo, con su palma dada vuelta. Vannael lo encaraba, también cruzando sus brazos ante él.

-¡Azrael Shunoros!

-¡Shinoras!

Ambas luces colisionaron a centímetros de distancia. Se fusionaron, giraron, se concentraron en un núcleo que brillaba como un sol, sólido por unos segundos, pero que luego se desarmó en una explosión que ocupó toda la sala, volando las cortinas, descolgando cuadros, partiendo al medio el trono del rey y creando fracturas gruesas en la burbuja del Raguel Shunoros, que Merady Skardtril observó atenta.

El fulgor devastó el cuarto y alcanzó los límites de la ciudad flotante. Arksinad intentó incorporarse, adolorido, y Vannael, de pie e inafectado quiso patearlo, pero entonces algo pareció percibir pues de nuevo quedó helado viendo más allá.

Reaper corría, pero no en dirección a su amigo sino al ventanal.

-¡Creo que necesitas esto, Vannael!

Pateó la máscara blanca que se había desprendido del rostro del rey, la boca que lo ataba al demonio que lo mantenía vivo, y esta cayó por el mirador, por los aires de ese cielo oscurecido. Vannael desapareció como una saeta, abriendo sus alas y arrojándose para sujetarla, pero Reaper también saltó al vacío con su garr en mano, aferrándose del mago que volaba y clavando su espada en sus alas.

El Zerachiel Shunoros falló, por el poder de Angurvadal. Reaper y Vannael se desplomaron, golpeando como un pajarraco herido el rey contra el exterior impoluto de Babel, cayendo hacia el lejano suelo hasta que el primero logró aferrarse de una saliente, con su espada en mano. Vannael cayó, pero logró volver a materializar su ala y emprendió vuelo de nuevo con su máscara aferrada de los hilos, mientras que Reaper sonreía.

-¡Razón no te faltaba, monarca de Cel-Neckar! Mi padre, de quien tanto te burlas, creaba cosas interesantes. Esta espada puede cancelar cualquier hechizo o poder ¿Me pregunto qué pasaría si la usara contra tu máscara?

La mueca del rey fue lívida. Reaper saltó, activando su neu.

-¡Angurvadal!

El padre de Ruin masculló un insulto y se elevó, y los dientes de Angurvadal se clavaron en sus manos, haciéndole soltar su máscara. Tanto él como el kamuita se arrojaron en picada, para sujetarla; Vannael usó sus alas para impulsarse con más fuerza, logró aferrarla con los dedos y con la otra mano rebuscó su interior, sacando lo que quería mientras caían.

Del espacio infinito de Asherat emergió el mango doble de Oblivion, del cual el monarca tiró en un movimiento brutal, para colisionar con Angurvadal en el aire y activar su hechizo.

-Nocturno.

El poder del sonido impulsó a Reaper contra el mirador por el que habían salido y de vuelta al salón del Trono, a donde aterrizó maltrecho. Tras él lo siguió Vannael quien pateó aquellos huesos debilitados con furia, separando al guerrero de su garr hasta que este se estrelló contra la pared opuesta, inconsciente por las heridas.

Ante los ojos de Arksinad, la figura de ese hombre, de ese malal, de ese deva, de ese demonio se volvió terrorífica: las alas negras, que se plegaban y desaparecían, el

gesto iracundo, los brazos acorazados desnudos sin su abrigo y las dos partes de Oblivion sujetas, la espada legendaria murmurando.

Vio a Reaper desplomarse entre los escombros; y supo que habían perdido.

La guerra se volvía una confusión, las noticias que llegaban desde el este no eran buenas. Babel todavía no aparecía, pero otras criaturas se habían conseguido adelantar; dos seres inmensos, incomparables, que se dividieron a ambos lados del campo de batalla; uno en el este, atacando a los regimientos de Kamui que tuvieron que pedir ayuda a sus unidades costeras para intentar hacerle frente, y otro, un monstruo brutal de cientos de brazos y rostros que bramaba aplastando dragones y hombres por doquier, fue atacar al ejército kiel de Crandor.

Pero para Nakku, si debía ser honesta, era difícil estar segura de si aquella mole estaba del lado de Fariel, de Cel-Neckar, de alguien que no fuera Idgray. Ordenó a los seelers replegarse, pues sabía a qué se enfrentaban: eran las mismas historias que le había contado su padre, sólo que en carne propia, eran los campeones que Decaheron mismo había derrotado, sus servidores, los terrores de dioses. Eran los hekantoquiros.

Crandor y Ladón se hallaban comandando la victoria desde otro sitio, intentando asegurarla ante el nuevo enemigo. Una bandada de dragones pasó volando, en dirección a la otra parte de la ciudadela, sin duda para ayudar a los kamuitas con sus problemas. Se suponía que existía un tercer hekantoquiros, pero de momento no aparecía. Fuera el motivo que fuera, Nakku sólo podía estar agradecida.

“Bien” pensó “¿Qué hubiera hecho mi padre al respecto?”

Pensó que la respuesta a esa pregunta dependía mucho sobre a cuál de sus padres se refería, pero decidió comenzar por quien la había criado, Ventrissen. El enmascarado seguramente hubiera tenido toda una serie de comentarios muy poco amenos al respecto de la nueva situación, y luego...

“Hubiera dicho que nos pleguemos” calculó *“Justo como lo estoy haciendo.”*

¿Y Albion?

Buscó en sus recuerdos, de las historias que le habían contado.

“Probablemente hubiera hecho algo impresionante. Pero yo no soy impresionante, así que tendremos que dejar eso en espera. De momento...”

-¡Siganme!- ordenó- Vamos a entretenerlo.

Los seelers tragaron saliva, pero no dudaron en acompañarla en forma de alma, zumbando por los aires hacia aquella cosa. Los dragones lanzaban sus bombardeos contra la criatura, hasta los soldados de Fariel y los magos celestianos se debatían entre seguir matando kiels o unirse, viendo a tantos de los suyos ser aplastados por el monstruo. ¿En qué pensaba, quien estaba allí arriba del Árbol de la Nada?

La respuesta, para Nakku, era obvia. La destrucción imparcial que causaban los hekantoquiros estaba mucho más cerca del sueño del hombre de los ojos grises que cualquier idea de caos y conquista que sus seguidores hubiesen tenido en mente.

-Son tenaces- admitió Vannael, avanzando amenazante hacia su alumno- Dan más problemas de los que esperaba. Pero ser tenaz no es suficiente contra mí, Arksinad. Este lugar es mío. Este cuerpo es mío. Mi destino... es mío.

-¡Shinoras!

La luz surgió, pero Vannael la bloqueó con Oblivion. La espada rio melodiosa, encantada.

-Esta espada- continuó el rey, paso tras paso, claramente aún afectado por su batalla contra Reaper- También es mía, y de nadie más. Esta espada fue la que me hizo enfocarme en mi verdadero sueño, en lo que había traicionado, la que me susurró cómo debía obrar. ¡Mía, y de nadie más!

-Usted... Ruin...

Arksinad lanzó espectros, pero otra vez fueron inútiles. Vannael se adelantó de un salto, y con la rodilla golpeó el estómago del joven, obligándolo a inclinarse sin aire.

-¡No hay más Ruin! ¡Ni más Aiwass, ni más errores!- lo sujetó del cabello y pateó su pierna. Merady gritó ante el crujido que se oyó, ante el hueso que se fracturaba y el alarido que daba el mago, de rodillas contra el piso- ¿Lo entiendes?

Arksinad se desplomó hacia atrás, derrotado, Pero Vannael clavó su espada en el borde de su túnica deva, manteniéndolo erguido.

-Lo que me lleva...- sonrió, dulce, agachándose junto a él- A ti. ¿Pudiste responder mi pregunta?

El Nueve no contestó, demasiado dolorido como para hablar. El monarca suspiró, levantándose, apoyando una mano magnánima sobre su cabeza.

-Eres mío, Arksinad. Entiendes por qué, ¿verdad? La magia de este cuerpo no soportará por más años el poder de Oblivion, la muerte volverá a mí, volveré a sumirme en la misma desesperación de antes. No, no puedo permitir algo así. ¿Puedes comprenderlo?

Aturdido, el celestiano sólo atinó a mirarlo. El rey volvió a sonreír.

-Todos estos años, te crié como lo hice porque sabía que este momento llegaría. ¡El momento de volver a vivir! Necesitaba un cuerpo nuevo, uno que pudiese soportar a Oblivion por más tiempo que el de este sabio. Arksinad, nada en tu vida fue aleatorio. No existe criatura alguna que posea magia como para saciar a esta espada hasta el fin de los tiempos. Y sin embargo...

Desvió su mirada, hacia Merady. La joven se estremeció, el Rubí de Sangre sacudido en su cuello.

-Y sin embargo, si existe alguien que puede portar esa joya, la joya que concentra toda la magia de un mundo. Con tu cuerpo, Arksinad, podré mantener el sueño de Idgray por siempre. ¡Por siempre! Esa será mi redención.

En los ojos castaños del mago había cansancio, agonía, desprecio. Sus labios se movieron, apenas formando palabras. Vannael sonrió atento.

-¿No la ve...? A su hija.

La mano del rey se apoyó de vuelta.

-No. Y tú tampoco la verás.

El hechizo de la espada blanca comenzó a activarse. Arksinad cayó inconsciente mientras hilos de luz lo rodeaban, aprisionándolo, mientras la personalidad de Vannael Danterkiss Eel invadía la suya, le envolvía con imágenes de lo que haría, matar a Merady una vez tuviera su cuerpo, vivir, una misión, un objetivo, continuar la risa demente de su odio.

Se esforzó por mantenerse, en ese otro mundo, entre miles de recuerdos. Era un bebé, sujeto por su padre deva, en su arca voladora, y luego había luz y quien lo sujetaba era Vannael. ¿O él era Vannael?

“No. No.”

Más memorias, más recuerdos, voces dispersas, voces alejadas. Vio a Ruin sonriéndole, lejos, vio a Eluid arrastrándolo fuera del peligro, vio a Reed y a Reaper caminando junto a él. Se retorció, intentando resistirse. Gallahard le hablaba, cantaba y bromeaba sobre su arca. Amu lo miraba con desconfianza, Yeguilex lo miraba con desconfianza, el capitán Van Lyder lo miraba con desconfianza. Todos desconfiaban de él, y con buen motivo.

“¡No!” aulló para sus adentros, intentando no dejarse llevar. Aquello no era cierto, debía concentrarse. Le dolía, su mente daba tumbos, la figura espectral de Demes Lucicale se superponía, lo dominaba, lo confundía. Se vio desnudo, arrojado de sus secretos, dominado por la vergüenza. ¿Cuánta gente lo odiaría? ¿Cuántos lo despreciaban, cuantos lo querrían muerto, a él, un asesino, una mentira?

Contra la pared, perturbado por las luces, los ojos de Reaper se abrieron.

Merady observaba atenta, gritando y golpeando el cristal partido de su prisión, aumentando sus fracturas, el Rubí de Sangre bailando en su pecho. Ante Vannael, Arksinad estaba envuelto de lazos, pero detrás del rey pudo adivinar una sombra aproximarse.

“¿Quién soy?” pensó Arksinad, perdido en un desierto de oscuridad. *“¿Quién quiero ser realmente?”*

Le dolía la cabeza, le dolía todo el cuerpo, se sacudía con violencia y se dormía. Las lágrimas resbalaban por sus ojos, el susurro de una voz lo aturdió. Quiso retorcerse, pero lo sujetaban cadenas, quiso aullar pero le era imposible. Su secreto...

“Ruin” pensó, viendo una figura. *“Si tan sólo...”*

Se vio arrancado, llevado lejos de aquello, como si lo arrastraran brutalmente por la superficie del mar. Todo era caos en su mente, y cedía.

Detrás de Vannael, Reaper empuñó a Angurvadal. Agotado, manteniéndose de pie por pura voluntad, levantó la espada y utilizó todas sus fuerzas.

“Yo...”

Entonces Merady vio su oportunidad, y sacó de sus ropajes el cuchillo que Duran Id Scion le había dado antes de despedirse para siempre. Con el pulso temblándole, acuchilló a Mila al mismo tiempo que Reaper atravesaba la espalda de Vannael Danterkiss Eel con su espada. La bruja escupió sangre, tomada de sorpresa, y cayó herida contra el suelo de su celda. Merady gritó.

-¡Ark!

Pero el mago no respondía, de rodillas, cubierto por sus ataduras como el capullo de un insecto. Frente a él, su rostro cubierto por sombras llenándose de odio, Vannael observó al filo de Angurvadal saliendo por entre sus costillas en un silencio que pareció durar un minuto.

-Deja... A boca-cortada...

Hubo truenos, y tanto Reaper como su espada salieron despedidos hacia atrás, dándose de vuelta contra los escombros. El Uno pareció olvidar a su alumno, volteándose hacia el guerrero. Su rictus era de furia incomparable.

-Jodida escoria... Se te ocurre...

Reaper sonrió victorioso. Vannael apareció frente a él, sujetándolo del rostro y estrellándolo contra la pared, desprendiendo sangre que manchó el blanco de esos muros.

-¿Quién te crees que eres? ¡No eres nada, Reaper Assadan! ¡No oses –gritó, golpeándolo- compararte a mí!

De la mano surgió electricidad, que se esparció por el cuerpo del kamuita. Reaper gritó, sus extremidades sacudidas por la tortura, la sangre manando de sus labios y ojos, y Vannael aumentó la descarga.

-¡Eres un jodido humano!- le volvió a gritar, pateándolo en el estómago. El guerrero vomitó, incapaz de moverse, y otro trueno lo estrelló contra el muro- ¡Te atreves a oponerte a mí, el ángel del nuevo mundo!

Otro golpe, y otro. Pero Merady no dejó que aquello la perturbara, sino que golpeó a su vez la luz fracturada con su daga, consiguiendo romperla. Pasó a los tropezones, raspándose con los filos del Raguel Shunoros, también sangrando. Corrió hacia Arksinad, inmóvil en el suelo.

-¡Ark!

-¿Decías que tu espada cancelaba la magia?- rio Vannael, y volvió a electrificar el cuerpo de Reaper, arrancándole un alarido- ¡Pues mira! ¡Mira cómo funciona tu pequeño juguete contra mi poder!

-¡Ark!

-¡La gente como tú, los peones...! ¡Deberían conocer su lugar!

El puntapié dio a Reaper en las costillas, quebrándole un par. El guerrero se encogió, al borde del desmayo, y ese Vannael agitado, iracundo, levantó una mano para asestarle el ataque final.

Pero al levantar el rostro, una sonrisa feroz cruzaba la faz de Reaper.

-¡Despierta!- gritó Merady al mago atrás, el Rubí de su cuello brillando.- ¡Ahora!

Estaba en otro mundo, en otro plano, quizás en otro tiempo. Sólo veía luz, y paz, una paz inalcanzable, que le pareció el mejor regalo que podía brindar la muerte.

Frente a él la silueta de un dragón dorado esperaba.

Arksinad la contempló, y asintió.

-Acepto.

Baal, Dios del Destino removió sus alas, difícil de discernir ante tanta luz. Herido, maltrecho en su espíritu, el mago sonrió con amargura.

-Si es... Si es por Reaper. Sería imposible decir que no. Aunque sea una eternidad.

Los ojos del dios brillaron.

La risa seca, queda y ronca de Reaper Assadan resonó, atravesando los oídos del exasperado Vannael. El monarca quedó helado, observándolo, y luego pareció enfurecerse aun más.

-Saluda a tu padre en el infiern...

-¿Ángeles?- lo interrumpió Reaper, encogiéndose de hilaridad- ¿Nuevo mundo?

Vannael cargó su luz. El kamuita escupió más sangre, apoyando la cabeza contra la pared, esperando el final.

-Sólo soy un hombre, eso es verdad. Pero como hombre puedo decirte, Vannael, Rey de los Magos, que todo lo que sale de tu boca son estupideces.

Continuó riendo sin parar. El Uno no apreció aquello, pero parecía turbado por ese sonido, por esa risa, por esa forma de encarar la muerte que Reaper tenía. El guerrero volvió a mirarlo, apenas juntando las fuerzas para hablar.

-Demes- dijo, viéndolo a los ojos- No activé el poder de mi espada en ti.

Los ojos rojos se abrieron como platos, contra la luz del atardecer que venía desde la ventana. Reaper enseñó los dientes, dando por terminado aquello, y Vannael, lentamente, pálido, por primera vez temiendo, se dio vuelta ante lo que emergía desde el centro del salón.

-Saluda a mi padre en el infierno- dijo Reaper- Ángel del nuevo mundo.

Los lazos de Arksinad restallaron en todas direcciones, rompiéndose; sus ojos, su boca, todo su cuerpo arrojó una luz celestial, que cegaba a quien lo veía. El Rubí de Sangre se hallaba en su cuello, ya en su lugar correcto.

-¡VANNAEL!

El Uno levantó su brazo, para atacarlo.

-¡DEJA A REAPER!

Con un movimiento de su mano, una corriente sacudió la torre y Vannael se vio lanzado por los aires de cabeza, quebrado. Toda la incredulidad y el horror del mundo estaban en su boca desencajada, en el espanto con el que observaba a su alumno.

Tres pares de alas gigantescas, doradas aparecieron en la espalda del elegido, junto a un halo que rodeó su sien como una corona.

-¡Vannael...- gritó- *Vas a CAER!*

Flotando, de espaldas al suelo, el monarca entrecruzó sus brazos al tiempo que Arksinad levantaba su palma. Los ojos rojos y los ojos de luz se enfrentaron, antes de que los dos hechizos se dispararan.

-¡AZRAEL SHUNOROS!

-¡MIKHAIL SHUNOROS!

Dos luces blancas colisionaron en el aire, con tanto poder que la estructura misma de Babel comenzó a ceder. Los brazos de Vannael temblaban, su coraza se desprendía, el cabello se le revolvía por el esfuerzo que debía realizar para oponerse. Arksinad lo atacaba con toda la magia de la Ciudad Dorada.

-¡Ni se te ocurra pensar...!- graznó, su rostro deformándose de furia- ¡Que tú puedes...!

-*Vi tu corazón, Vannael-* Arksinad avanzó, en calma, manteniendo su conjuro y empujándolo- *Cuando invadiste mi mente pude sentir la tuya, pude comprender las verdades que te motivan. Nada de lo que haces ahora eres tú. ¡Mataste a Ruin, sí! Pero Ruin también era digna de este Rubí. ¿Acaso querías evitarle lo que planeabas hacer conmigo...? ¿Evitarte a ti mismo esa elección?*

El rey no respondió, resistiendo. Asherat se desarmaba dentro de él, chillaba y rehuía de ese resplandor.

-Y Aiwass... *En verdad la amabas, ¿no, maestro? Por eso aún la mantienes con vida, pude verlo. ¿Por qué querías vivir tanto? ¿Por qué querías Oblivion, todo ese conocimiento? ¿Cuál es la verdadera promesa que tu corazón quiere cumplir?*

-¡No hables de mí como si me conocieras!- gritó al fin el monarca, poniendo todo su poder.

-Pero lo hago- Arksinad le sonrió, tranquilo, la blancura de sus ojos apagada de improvisto- Respóndame otra vez, maestro. ¿No puede ver a su hija, a su verdadero sueño?

Una silueta de cabellos plateados invadió su visión.

-¡Tú!- bramó Vannael, exasperado, pero no pudo decir más. El poder del *Mikhail Shunoros* lo sobrepasó, golpeándolo, y tuvo que intentar contenerlo con sus brazos, siendo empujado en la mejilla, en el cuerpo, sintiéndose deshacerse- ¡Tengo que vivir! ¡Tengo que vivir por...!

El hechizo comenzó a devorarlo. En su interior, mientras la luz lo envolvía y lo eliminaba, mientras se dejaba llevar por la muerte, Demes Lucicale intentó encontrar el coraje para completar esa oración. Tenía que vivir. Vivir. Tenía que vivir por...

“Una promesa” susurró el sabio en su mente, acompañándolo hasta el final.

Se iba perdiendo. Una promesa, sí, aquello era cierto. Debía vivir. En el fondo, todo había sido por...

“Aiwass...” se dijo, viendo a la elven sonreírle tímida desde un lecho oscuro. *“Que he...”*

Se extinguió.

Lo último de aquella luz pasó por encima de Reaper, quien observó a Vannael desintegrarse desde el suelo, echado, fracturado y agonizante. Era algo que ya estaba hecho. Se sintió un golpeteo, y la máscara de Asherat cayó cerca suyo, inmóvil sobre los escombros. Era lo último que había quedado de aquel brujo.

Bajó su rostro para ver a Arksinad, que caía de rodillas.

-Reaper....

Sonrió.

Arksinad lo miró, triste por unos instantes, pero luego también sonrió con franqueza. Tras él Merady se adelantó, tomando al kamuita del hombro, usando su poca fuerza para intentar incorporarlo sobre su pierna herida. Ninguno de los tres podía caminar muy bien.

-Merady- dijo Reaper, dejándose cargar- Tu hermano...

-No ahora.- la joven no lo veía a los ojos- Ark, ¿puedes....?

-Sí- el mago se levantó con dificultad. Las alas doradas y el halo ya se habían borrado, sin embargo, el Rubí seguía en su pecho y brillaba como un carbón al rojo- Estoy bien. He...

-Aceptaste.- Reaper lo contempló, asombrado.

Arksinad asintió.

-Soy el nuevo Sol de la Ciudad Dorada.

En ambos hubo una mueca de revelación, de lo que aquello significaba, de la larga vida que ahora debía llevar Arksinad, de la responsabilidad sobre sus hombros. Pero el mago volvió a sonreír, como si no importara.

Por el mirador las nubes subían y subían, con más y más fuerza. El arca voladora Babel estaba cayendo, ahora que su dueño estaba muerto. Reaper, Arksinad y Merady contemplaron ese atardecer tan hermoso que ascendía; cómo toda una ciudad se desplomaba contra la tierra. El impacto sería impresionante.

-¿Sobreviviremos?

-Creo que sí- Arksinad rio- Ah, esto no salió como lo planeábamos.

Caían. Un sollozo les llamó la atención; al darse vuelta, vieron a Mila regenerada, sujetando la máscara del Uno.

-Mi señor... ¿Mi señor...? Se suponía, se suponía que usted...

Lágrimas caían de sus ojos amarillos. Ni Arksinad ni Reaper sintieron más que pena; ni motivación alguna de castigarla por los problemas que siempre les había causado los invadió. Parecía terminada, meciéndose junto a ese último vestigio de su amor.

Se volvieron entonces al atardecer, al sol, al firmamento. Arksinad tomó el Rubí de Sangre, y lo elevó sobre su palma ante aquel majestuoso escenario.

-¡Sacrificar!

22. La Bendición Del Sol

Se tomó su buen tiempo con el agua y las hierbas, para organizar sus ideas y las oportunidades que rondaban su cabeza. Ya era bastante conveniente, a decir verdad, el que no lo hubieran matado, una apuesta en la que se había arrojado debido al carácter apacible del famoso estratega. Pero ahora Bullwe tenía otra misión, muy distinta: quería detener a los ejércitos de Fariel, a sus compatriotas, que los Trece Escuadrones depusieran las armas y así terminaran aquella cruenta historia de una vez por todas.

¿Pero con qué contaba, para tal hazaña? Llevó la taza a sus labios, bajo la mirada atenta de Tau. El hombre debía de entender que Bullwe estaba haciendo tiempo, y por lo tanto aquel era un mal camino. La dejó de inmediato, y lo enfrentó.

-He venido a pedirle que retire las tropas.

Una leve sonrisa se insinuó en las comisuras del anciano.

-Lo imaginé.

Al haber sido apoyado, el líquido cristalino tembló removiéndose dentro de su recipiente. El estratega continuaba observándolo.

-¿Cómo te llamas, joven?

-Bullwe Id Deneb.

-Y, si estás aquí, ya sabes bien quién soy. Perteneces al escuadrón del general Yeguilex, ¿o me equivoco?

Asintió.

-Ah...- Tau retrocedió, como si lo comprendiera todo- Tu superior era un muchacho muy fidedigno, espía o no.

Abrió el ojo, perspicaz.

-¿Vive?

Bullwe asintió otra vez.

-Pudimos rescatarlo de la prisión, antes de que la ciudad fuese destruida.

-Entonces, debieron haber presenciado la explosión- Unnaon Tau suspiró, removiendo su taza con una mano- ¿Cómo fue?

Bullwe pensó en una luz, en una luz inconmensurable, en algo que quemaba con tanta fuerza que quitaba piel, músculos, huesos, y los evaporaba convirtiéndolos en nada. En algo que crecía, ocupando las tierras con destrucción, y dejaba sólo manchas donde antes había habido historia y cariño.

-Como si un dios gritara sobre todos.

Hubo una triste sonrisa en Tau al oírlo.

-Y habiendo visto tal horror, joven, ¿cómo esperas que nuestros hombres se detengan y depongan sus armas?

Era una buena pregunta.

Esta vez él retrocedió, mirando al líder atentamente.

-¿Tal vez quiere saber, cómo sobrevivió mi general?

Con sus párpados cerrados, Tau le prestó oído mientras bebía otro sorbo de su infusión. Afuera había guerra, había muerte y sangre, pero dentro de esa tienda eran dos personas que hablaban con calma, sin espadas de por medio, como si ya todo estuviese terminado y sólo comentaran los resultados de la contienda.

-Habría asumido, que sus contactos kiel...

-El Emperador Crandor no tuvo mano alguna en la huida de Yeguilex DaWillse- dijo Bullwe- Si bien le había pedido que se alejara de la ciudad cuanto antes. Si quiere odiarlo, es libre de eso, pues estoy seguro de que sabía lo que le ocurriría a Deneb Algedi desde hace mucho tiempo. Pero no fue él el responsable.

Como rendijas aquellos ojos se abrieron bajo los vendajes. Bullwe tomó de nuevo su taza, concentrado en los taninos del brebaje que pronto se enfriaría.

-No. El general, otro soldado y yo dejamos la ciudad ese día en un carruaje, bajo la compañía de uno de sus camaradas de los Diez. Me refiero a Unnaon Zetha, desde luego.

Los dedos de Tau temblaron.

-Joven, mentir...

-No estoy mintiendo- Bullwe lo encaró, decidido- Honestamente, mentir me genera una pereza que me costaría explicarle; luego debo estirar esa mentira, sostenerla, convencer a los demás de que es cierta. No, no necesito mentir. Unnaon Zetha nos ayudó a liberarnos, y ahora se halla en Gikeldor, en Zubeneschamali, librado de su cargo.

Tau se pasó la mano por el mentón.

-Significa... Que otros más vivimos. Es bueno saberlo.

-No creo que ese niño deba inmiscuirse más en lo que aquí ocurre- dijo Bullwe, y el otro pareció mostrarse de acuerdo- Por lo que pasaré a la siguiente persona que nos brindó ayuda durante nuestra conspiración. El Dos del Geral Veintiún, mano derecha del monarca Vannael Danterkiss Eel. Duran Id Scion.

-Duran- Tau elevó una ceja- ¿Y en dónde...?

-Muerto. Fue asesinado por Vannael. Vannael es el verdadero responsable de la destrucción de Deneb Algedi.

-Lo siento, joven, pero no puedo creerte.

-Y lo comprendo. Pero usted está liderando una lucha que favorece a quien lo dañó. Piense, por favor, ¿quién más tendría el poder como para erradicar del todo a Deneb Algedi? ¿Aquel guardaespaldas de Shimari, ese demonio? ¿Los kiels, que mueren de hambre en el este? No, nada de eso. Fue Vannael Danterkiss Eel quien manipuló los hilos de esta contienda, y ahora todos danzamos bajo su música. Duran Id Scion creía eso, y por eso pidió la ayuda de Yeguilex DaWillse. Investigaban al rey, y a sus aliados dentro de la Cámara.

-¿Aliados?

-El finado Unnaon Delta- explicó Bullwe- Quien manejaba una red de contrabando de esclavos a espaldas de los demás líderes. Y posiblemente a Unnaon

Alpha; si mis sospechas son correctas, un seguidor de ese héroe gris que ahora se halla por sobre todos nosotros.

-Voy a asumir que lo que dices es verdad, joven Bullwe, sólo por un momento; que el rey de Cel-Neckar es malvado y forzó una guerra, destruyó la capital, que Duran está muerto y Zetha se halla vivo, que el demonio de Shimari es inocente y el héroe prometido una mentira. Pero entonces, en esa historia, ¿por qué Kamui declaró la guerra a grandes voces? ¿Por qué Crandor preparaba ejércitos antes de que todo iniciara? ¿Por qué Sephid Silas buscó matar al héroe tal como el rey nos lo mostró? ¿Por qué Duran no denunció esas supuestas investigaciones a la Cámara?

»Joven, te observo, y me recuerdas a mí en mis primeros años como soldado. Eres sin duda un amante de la paz, que comparte conmigo el deseo de que todo esto acabe. Pero las cosas nunca son tan sencillas. Dices que no combatimos a quien nos dañó, ¿pero cómo podría yo saber que dices la verdad, que no hablas a través de las manipulaciones de tus superiores? Es decir –lo miró- ¿Qué pruebas tienes de lo que sostienes?«

Se dio contra unas rocas, el casco partiéndose por el impacto, la espalda de su shakkoku abollándose ante esa fuerza descomunal. Frente a él, Goliat Sidewinder volvió a embestirlo moviéndose sobre sus pies lacerados.

Yeguilex amagó rodar en el suelo, y esquivó quel golpe mortal. Sin casco, sólo le quedaba una oportunidad de ganar. Pero no era sólo lo cercana e imprevista que podía ser su muerte en ese momento lo que le preocupaba; sino también lo que se veía más allá, en la lejanía, entre bandadas y bandadas de dragones que parecían murciélagos, ese ser inmenso al que intentaban refrenar miles de hechizos y flechas, ese titán que atacaba a todos por igual, bramando, alterando el nivel y el sentido de la guerra.

Goliat saltó sobre él, y al esquivarlo Yeguilex, ya cansado de esa lucha, pudo ver lo que quería. Por supuesto que no tenía sentido, que aquel mago se levantara y siguiera luchando después de que Shimari le hubiera destrozado los tendones. No existía en el mundo una determinación que sobrepasara los límites del cuerpo humano; y por eso se había percatado de que otro factor estaba en juego haciendo que el Trece continuara su brutal instinto asesino.

Detectó los hilos de magia mental que movían al bruto, y de reojo los siguió. Se hallaba invisible, al parecer, el mago que jugaba con su compañero como si fuese una marioneta.

Hizo una seña a su teniente. Un puñetazo del grandulón lo lanzó de nuevo al suelo, justo donde quería. Debía ser preciso. Leude lo comprendió a la perfección, dejó de disparar sus flechas hacia Goliat y apuntó hacia un lugar aparentemente inconspicuo del vado.

La cuerda de su arco se soltó, y rompiendo su hechizo de invisibilidad el mago que controlaba a Sidewinder esquivó el ataque moviéndose por los aires. Yeguilex lo reconoció, también de sus investigaciones; ese cabello desgreñado, los vendajes que

ocultaban su afección, el abrigo marrón que usaba como capa. Aquel era Zark Argocette.

Goliat corrió hacia el general con todas sus fuerzas.

-¡Flechas!- rio Zark- ¿Qué me van a *hacerr*, sus estúpidas flechitas?

Sacó una lengua anormalmente larga, con el tatuaje del Cuatro, y al mismo tiempo pareció impulsar su control sobre las robustas piernas de su compañero. Yeguilex calculaba. Dos metros. Un metro. Medio metro. Y entonces...

El general tomó el martillo arrojado a su lado, y con todas fuerzas lo interceptó. Un sonido espantoso, mitad crujido mitad húmedo los sacudió, todo pareció congelarse, y el casco de Goliat Sidewinder salió disparado, aplastado con la cabeza adentro.

El resto del cuerpo cayó a sus pies, en una posición muy poco digna. Yeguilex dio un suspiro.

-No falles.

Su teniente asintió. Lo conocía: tal vez el Cuatro lo había esquivado una vez, pero Leude Id Deneb era, por su celo y perfeccionismo, un hombre incapaz de repetir un error. Tensó de vuelta su arco, mientras Yeguilex miraba al pelirrojo y lo desafiaba con una mano.

Zark Argocette gruñó, creando más hilos con sus dedos.

-Te *harré pagarr*. ¡Vas a *lamentarr haberrte* metido con-!

Calló tomando aire, pues un zumbido lo impactó y tres flechas se clavaron en su rodilla. Lo vieron dar un chillido de niña, blanco como la cera, y luego el mago corrió, a los saltos, usando su poder para engancharse de lo que pudiera y huir a toda velocidad entre gemidos.

Con eso, Yeguilex pensó que la parte fácil de su batalla había concluido, encomendando a los dioses que Bullwe y los demás hubiesen tenido tanto éxito como él.

Pero, de algún modo, sentía que nada de eso importaba ya. El terror de dioses que seguía masacrando dragones desde el horizonte sería lo que realmente pondría en juego sus vidas. Lamentos, agonía, horror, todo eso había en quienes enfrentaban a esa leyenda en vida, con fuego, con trueno, con hechizos que intentaban en vano perforar la piel correosa, uno tras otro, una tormenta que cuanto mucho apenas conseguía limitarlo.

Yeguilex no se volvió al cadáver de Goliat Sidewinder, al hombre al que había matado. Simplemente se quedó viendo esa escena, permitiéndose cinco segundos de descanso. Luego llamó a su teniente.

-Vamos por eso.

Con su arco en mano, también contemplando la batalla contra el coloso, Leude dio un largo silbido.

-De todas las cosas que he visto...

Otro sonido los interrumpió, de nuevo desde el este. Se miraron impacientes, ya incrédulos de que algo peor ocurriera. A la distancia llegaba un caballo, corriendo con un jinete echado sobre su lomo, un jinete que adivinaron se hallaba a puertas de la muerte.

Leude logró frenar al animal encabritado con dificultad, calmándolo con dulces palabras. El general en cambio se concentró en quien lo montaba, en las palabras que murmuraba.

-Vienen... de Babel....

-¿Vienen?- inquirió, revisando sus heridas. Eran desgastes que llegaban al hueso, que lo corrompían devorando su carne de a poco- Eres un kamuita. ¿Estabas con la reina? ¿Qué ocurrió?

-Detuvimos al gigante- habló el hombre, con los ojos cerrados, entregándose a un sueño- Pero los monstruos aparecieron.

-¿Qué monstruos?

El emisario no contestó. Controló su pulso, para descubrir que ya estaba muerto. No esperaba más, y sin embargo, una sensación de pavor se apoderó de él al ver de vuelta el camino por el que aquel sujeto había llegado, y en el horizonte, tambaleándose, en hileras, hordas y hordas de criaturas que reptaban con largas colas, seres de silencio que se aproximaban hacia donde todos luchaban para sembrar más pesadillas entre los combatientes.

Mucho más al este, en las ruinas no recogidas de Dammed Oah, Gallahard luchaba.

Había ocurrido de improviso, en tal forma que no pudieron amagar a defenderse, y les hizo tragar su anterior victoria en un instante, desmoronando toda esperanza. Ya Gigas se hallaba convertido en una gigantesca escultura helada; y Audula y Unnaon Omega habían partido en búsqueda de Unnaon Tau, para confesar lo ocurrido; cuando, mientras los kamuitas sobrevivientes se preparaban para volver al combate bajo la sombra del Árbol, una oleada inmensa de tierra y polvo los azotó desde la distancia oscureciendo la noche, arrojando a cientos contra el suelo.

Pero Gallahard vio a Shimari reír de excitación; tal si aquel fuera el suceso más feliz del mundo. Lo comprendió entonces: si una onda expansiva así los había golpeado, sólo podía significar que algo gigantesco había dado contra el suelo.

-Babel.

La reina asintió, encantada.

-Reaper y Arksinad. Han logrado su cometido.

Los ojos le brillaban. Él se volvió a la línea del horizonte, como si pudiera divisar algo, dejando que varios sentimientos afloraran en su corazón. Si Babel había caído, entonces Vannael... El rey, el demonio, quien lo había controlado todo, su villano, seguramente estaba ya muerto. Lo habían conseguido.

Pensó en Duran, diciéndose a sí mismo que ya casi le había devuelto lo que le debía. Casi. Aún le quedaba algo, algo que sabía el anciano Dos hubiera deseado tanto o más que el traer la justicia, y ese algo era el simple sobrevivir, el continuar con su felicidad, con sus años, el proteger a lo que amaba. Tan sólo debía mantenerse vivo, él y...

Su ojo claro se abrió, confundido por el polvo. Y a la distancia, desde donde la oleada de tierra les había llegado, adivinó siluetas que se retorcían, que marchaban, formas antropomórficas por las cuales sintió un terror difícil de definir, quizás mayor que el que le habían generado los Hekantoquiros.

-Su Majestad.

Con su vista de arquera, la reina también se preparó. Su expresión era grave.

-¡Soldados!- ordenó. Varios de los kamuitas, entre la suciedad que oscurecía el aire, apenas podían divisar lo que se acercaba.- Esto no ha terminado. ¡Manténganse unidos! ¡Luchen, hombres de Kamui!

El polvo que los cegaba, la incertidumbre, el desvelo. Las siluetas reptaban hacia ellos. Gallahard se preparó, muy poco seguro, con su estoque; pues ya no le quedaba un rastro de maná tras haber congelado al Hekantoquiro, por lo que tendría que resignarse a enfrentar al enemigo con el arte de la espada; en el cual tenía un mínimo entrenamiento. Pero, espada en mano y decenas apoyándolos, fue en cuanto emergió de esa confusión el primer rostro celeste, ciego, la primera boca de dienteillos afilados que se abrió como una trampa mortal que el Tres pensó, maldiciendo la ironía, que se hallaba a punto de morir.

Los Necróvalos atacaron de a cientos, barriendo a los soldados, infligiéndoles heridas que no sanaban y un horror indescriptible que se reflejaba en sus rictus al morir, paralizados, deformados por el miedo. Flechas salieron disparadas; pero los antiguos devas de Dammed Oah parecían no enterarse de ellas; apenas caían, se volvían a levantar, y sólo los proyectiles divinos de la reina los lograban desintegrar, cosa que duraba muy poco pues Gallahard los veía efervescer y recuperar cualquier parte dañada: sus cabezas crecían de nuevo, sus colas, sus brazos, todo se recuperaba como si nunca hubiera caído.

Gritó, y atravesó a uno de esos monstruos en pleno rostro. El Necróvalo no pareció importunado, sino que buscó mordisquear su espada. Gallahard la sacudió con violencia hasta mutilar la mandíbula de aquella cosa, luego hizo una finta, un toque, y otro, y otro, llenando de huecos las costillas mal formadas de ese desalmado, haciéndolo desdoblarse hacia atrás sólo para verlo levantarse, sin heridas, moviendo una lengua venosa de la cual exudaba un líquido corrosivo.

El ser volvió a arrojarle contra él, pero un flechazo de la reina le voló la mitad superior del cuerpo. Gallahard no tuvo tiempo para agradecerle; esquivó otro ataque, una garra, perforó la muñeca celeste que lo intentaba sujetar, pateó en la cara a otra de esas criaturas, pensando que se hallaba en una pesadilla, que había caído en el hechizo de un mago y comenzaba a imaginar cosas, pues no era posible que todo cambiara tan repentinamente, que el mundo se le volteara en contra sin darle oportunidad de aclimatarse.

Uno de los reptantes trepó a su espalda para derribarlo, y Gallahard se libró del mismo con un movimiento desesperado. Necesitaba recuperar su maná, pero sin poder descansar le sería imposible. Cortó a ciegas, enfurecido, y creyó quitar una decena de extremidades en su salvaje reprimenda; luego vio una boca abrirse a milímetros de su propio rostro y apenas evitó la mordedura mortal, huyendo horrorizado entre las nubes de polvo y los alaridos. Estaban siendo masacrados.

Si recuperara su magia, deseó, si tan sólo pudiera congelarlo todo, no estarían muriendo. Se cruzó con uno de los malditos, masticando el cuello de un desafortunado soldado, y el ser no le prestó atención alguna mientras él lo rodeaba, confundido. Otro, más aguerrido, saltó para hacer de él su alimento, pero Gallahard también utilizó sus habilidades de duelista, todo lo que había aprendido de lucha no mágica por parte de Brisafiel y Duran; y le cortó los ojos, lo cual causó que en la calva de la criatura bocas se abrieran como si pudieran ser un reemplazo de la visión perdida.

Concentrarse. Pensó en la severidad de Duran, en lo que sabía: en ocasiones, le había confesado una vez, sospechaba que los magos dependían demasiado de su poder,

y por eso había decidido educarlo en el arte de la espada, actividad a la que él se había resignado con sorda burla pero que ahora agradecía de todo corazón.

Buscó a Shimari, pero no vio nada, sólo remolinos y polvo. Oyó gritos a la distancia. Maldijo, a sí mismo, a esas bestias, a lo que ocurría, a la guerra; y al sentir el ruido de más terrores aproximarse simplemente corrió, esfumándose tras una ventana, hallando una casa en la que decidió resistiría hasta recuperar su maná. No serviría a nadie muerto.

Silencio.

Un silencio completo, entre la tormenta y el miedo, un silencio que le hizo percatarse de que ya no había nadie a quien servir. Shimari, los kamuitas... debían de estar siendo devorados, o escondiéndose como él. La formación se había roto, estaban resignados a esperar la ayuda de los barcos cuyas tripulaciones se retraían tierra adentro; tal vez pasarían por allí y los salvarían. Se sentía patético, pero no veía otra opción.

En ese momento oyó, a su espalda, un ruido de cascabel.

-¡Amo rea!

Gallahard sonrió, reconociendo aquel sonido. Con que así era.

Al darse la vuelta vio a la Mantícora del castillo, en un rincón de ese hogar, con sus ojos de gema fijos en él entre las sombras. La boca estaba entreabierta, y se relamía. Era una visión tan horrorosa, tan irreal, que Gallahard no pudo hacer más que seguir sonriendo, sabiéndose perdido.

-¡Amo rea!- dijo la Mantícora, su cola de escorpión retorciéndose tras ella. Gallahard no sabía qué significaba aquello, pero pensaba que, como los Necróvalos, el animal debía de haberse escapado en cuanto Babel había caído.- *¡Amo rea!*

Había sangre en la boca sin labios, en el rostro femenino crispado. Con una risa más parecida a un sollozo Gallahard tomó su estoque.

-Oh, por favor. ¿Es una jodida broma?

-¿Oma? ¿Oma?- repitió aquella cosa, curiosa.

Luego, como si no necesitara en realidad una respuesta, su aguijón salió disparado y se clavó en el pecho del Tres.

Uno de los dos guardianes se había acercado, hacía unos segundos, para informar al anciano estratega sobre los nuevos desarrollos de la batalla. Al parecer, por lo que Bullwe oía, todo estaba cambiando radicalmente: dos criaturas inmensas habían aparecido, y su tamaño y poder era tal que mataban de a centenares, con tal maña y brutalidad que muchos de los generales del reino comenzaban a redirigir sus tropas contra ellas y no contra los dragones.

No sabía cuál era el significado de aquello, de qué lado estaban esos colosos, pero Bullwe concluyó que debía apresurarse.

-¿Y bien?- le sonrió Tau, amable.

Desde el otro lado de la pequeña mesita, displicente, el hombre esperó su respuesta. Ya no tenían tiempo, parecía decir su mirada. Bullwe apoyó sus muñecas sobre sus rodillas. En aquellos minutos que le había concedido tan amablemente su

enemigo había buscado, con la calma que lo caracterizaba, la prueba, la razón, eso que pudiera convencer a los soldados de Fariel de que se equivocaban, de que estaban siendo manipulados, de que atacaban a quien no les había causado perjuicio alguno. Pero no era un asunto sencillo. Las manipulaciones de Vannael Danterkiss Eel habían sido sutiles, complejas, había contado con aliados tan prestigiosos como él, su bondad y sabiduría lo habían escudado de toda sospecha y lo seguirían haciendo incluso años después de su final. ¿Pero qué tenía Bullwe a su favor, entonces? Pensó, y pensó, y por último decidió, sin más, enfrentarlo y hablar.

-Comenzaré repitiendo mi punto- explicó- De que, del bando de Crandor, no existía nadie con tal poder como para destruir Deneb Algedi.

-Te equivocarías- negó Tau- Allí afuera, como puedes ver, han traído dragones para combatirnos. ¿Esperas que crea que nadie, que no hay hechizo alguno, que no hay poder alguno que pueda causar tal devastación?

Bullwe dudó, pero terminó por asentir.

-Tal vez tiene razón- concedió- En ese caso, iré a mi otro punto. No fue mi general quien asesinó a Unnaon Delta, sino que fue Duran Id Scion, el Dos, cuando descubrió que este se hallaba bajo la conspiración tramada por su propio rey. Duran nos lo confesó, el día en que nos invitó a su mansión provisoria de la ciudad para pedir la ayuda de Yeguilex.

-¿Seguro, joven?- inclinó la cabeza Unnaon Tau- Acusar a Duran Id Scion de asesinato tal vez no sea el mejor camino para convencerme.

-Algunas muertes... Son lamentables, como todo final, pero para el mundo son un provecho. Delta ya estaba muerto; era un brujo, así como el rey mismo lo es. Cuento para afirmar tal cosa con las palabras del mismo alumno del rey, Arksinad Eel, quien actualmente lucha para nosotros. Pero no es el único. Gallahard Arleon, discípulo de Duran, sigue nuestra causa, de la misma forma que Eterea Midenheart fue nuestra espía durante los últimos meses. Ellos vieron al monarca asesinar a Duran, en la última reunión del Geral. Duran buscaba detenerlo, ponerlo bajo investigación y revelar la conspiración antes de que condenaran a su aliado a la horca.

»Sé, como dijo, que no ayudo a mi causa llamando a Duran un asesino, pero al menos, le ruego, comprenda que he abandonado toda estrategia. Me presento ante usted con la verdad, y la verdad más de una vez suele ser de un gris muy poco piadoso para con ojos y oídos.

El rostro del anciano pareció endurecerse. Pero Bullwe consideró que no era una mala expresión.

-Diré más. No sé qué planea ganar Vannael con esta guerra, si es que siquiera gane algo. Idgray Decaheron, ese héroe que porta la espada perdida, debió de haber sido su único objetivo, la verdadera persona a la que ha estado esperando todos estos años. Lo demás, como lo ve, es un jardín, y nosotros somos sus juguetes, bajo estos gigantes, luchando y desangrándonos entre la confusión. ¿Puede entender lo que digo? No me gusta hablar mucho, pero no veo ya remedio alguno. Necesito que me escuche, por favor. Nuestros camaradas están luchando allí afuera. Están muriendo. Y lo peor, es que todo esto es indetenible. Lo sé. Esta guerra concluirá, me guste o no, son demasiados intereses los que la han desatado, es cierto también que Crandor ha sabido aprovechar la oportunidad que el rey le dio. Por eso, le ruego. No, incluso, le imploro.

Entonces hizo algo que no esperaba hacer al ingresar. Sin vergüenza alguna se arrodilló, con la frente pegada al suelo.

»Tan sólo por la paz, por las vidas de todas esas personas. Hable con Shimari, hable con Eterea, hable con quien sea necesario. Dele una pausa a esta cruenta historia. No hay héroes, aquí, sino personas que mueren. Los héroes no tienen nada que ver con esto, nadie devolverá las vidas de Deneb Algedi con espadas.

-Joven, levántate.

Pero Bullwe continuó inclinado. Tau se pasó la mano bajo el mentón lastimado.

-Realmente... Sí, me recuerdas a mí, eso es cierto.

“Y usted a mi abuelo” pensó Bullwe. Hablar con ese estratega le traía los recuerdos de ese hombre ya muerto, de sus partidas en la mesa cerca del balcón, de sus comentarios ácidos y punzantes al respecto de la vida.

-Alza la cabeza- ordenó Unnaon Tau.

Obedeció, y lo miró fijamente. Sintió sus propios ojos ser escudriñados, la emoción en ellos debidamente analizada.

-¿Realmente –preguntó el otro- defiendes lo que dices?

Asintió.

-Pongo mi cuello en juego a que sí. No ganaría nada de mentirle; tan sólo debe hablar. Kamui ha sido arrastrado a esta contienda. La reina quiere llegar a un acuerdo, pero sabe que Fariel se halla enfurecido. Si usted pudiera detenerlos...

Otra vez el hombre dudó, pero por su expresión era claro que la actitud del soldado había hecho mella en sus convicciones, que realmente comenzaba a considerar la posibilidad de que las cosas fueran distintas.

-Unnaon Alpha...

Bullwe tan sólo lo observó, sin saber qué diría. No sabía nada del primer líder de los Unnaon, no tenía más que sospechas, que su rostro grabado en su memoria, era una figura de la cual desconocía todo. Pero la boca de Tau pareció secarse, absorto.

-Nunca supe en qué pensaba. Ni siquiera cuando leí su última carta. Desde que yo era un mozo, recién salido de la guerra, en sus cincuentas él parecía ya un anciano, con tanto peso encima, con tantas cosas en la cabeza. He recordado... He recordado algo que leí de su archivo personal, en Faudo.

Se lo veía perdido en esa memoria, como quien comienza a tantear la larga argamasa que compone los funcionamientos de una vida, y se descubre fundamentalmente equivocado, o ve otros caminos, otras verdades. Pero no pareció querer decir a Bullwe qué había leído hacía años, qué era lo que ahora lo perturbaba tanto. Entrecabrió los labios, algo que el soldado vio de manera lenta, decisiva, y antes de que pudiera hablar, antes de que nada sucediera, en ese instante donde el mundo parecía a punto de caer; la tela del toldo se corrió, y, acompañado de Epsilon, Ipsilon, y una mujer de sorprendente belleza, Unnaon Omega apareció en la escena para desconcertarlo aun más.

El hekantoquiro Coto había asesinado ya, al menos, a cinco decenas de dragones. Regaban el suelo a su alrededor sus cadáveres, las carcasas calcinadas, las escamas desprendidas semejantes a joyas que los demás pisaban; los ejércitos

celestianos, farielenses y gikeldianos, al combatir entre sí, al combatir a esa cosa, al huir del combate también aprovechando la locura que reinaba.

Los brazos inmensos, destructores se movían en todas direcciones, alcanzando el firmamento y hundiendo la tierra, aplastando todo lo que alcanzaban a tocar mientras las piernas permanecían fijas, por la cantidad innumerable de hechizos disparados por los magos que eran lo suficientemente valientes como para enfrentarlo. Arriba, donde ya ni humanos, ni ahuras ni kiels llegaban, las llamaradas de los dragones intentaban hacer mella en su depredador, fundían algunas de sus cabezas, mordían con saña la piel de cera del hekantoquiro en bandadas, furiosos, compitiendo por el premio de la victoria. Y en el pecho bulboso de esa criatura, quienes atacaban eran los seelers; que se turnaban como saetas de luz para utilizar sus poderes y hundir sus armas; todos quienes habían seguido a Nakku menos ella, quien había decidido continuar luchando contra los genios antes de sumarse a esa locura.

A decir verdad, si bien tenía poder, dudaba de cuánto sería capaz de hacer contra un enemigo de tal calibre. Albion Decaheon, su padre, era un mito que podía utilizar la magia, el neu y el seele a antojo como un dios, pero Nakku se sabía a sí misma una humana más, que había podido salir adelante cazando demonios no por su cantidad de aura, como Reed pudiera, sino por su técnica.

Ahora sin embargo se hallaba tentada de sumarse, pero primero debían resolver el asunto de los genios. Eran muchos los clanes que desde Gikeldor habían acudido al llamado de Vannael; si no se quitaban ese enemigo de encima primero, los problemas se apilarían y la ya lejana victoria sería un sueño inalcanzable. Nakku luchó contra un genio que creyó era la líder, de piel azul lustrosa, que le gritaba insultos en un idioma desconocido, silbando para pedir ayuda de los suyos, intentando al menos rozarla con dagas que claramente estaban empapadas de veneno.

Pero apenas le prestaba atención, a aquel excitado oponente. Traicionaba las lecciones de su padre y se enfocaba en otro lado: en el gigante, en la lucha contra aquel coloso.

-¡Magos!- oyó gritar a alguien a la distancia, y redes de destellos salieron como una jaula por los cielos, perforando esa piel, haciendo que las cabezas de Coto se sacudieran con furia.

Esquivó una estocada. Frente a ella la genio arrugó la nariz, se pasó la lengua por los labios y volvió a atacarla con mayor violencia. Nakku se hizo alma, la atravesó, y se materializó cortando su espalda, haciéndola enfurecer y redoblar sus intentos.

A su lado, un par de genios más se sumaron a la contienda. Consideró llamar apoyo, pero prefirió encargarse de aquello por su cuenta. Contra el servidor de Idgray, iban a necesitar a todos los que pudieran.

Esquivó un corte, y otro, pateó a un genio en la cara y utilizó su aura para borrar la mitad de su cuerpo de la existencia. Su enemiga chilló, gritó otro palabrerío en su idioma y se le volvió a lanzar. Nakku se agachó, con la flexibilidad que su traje le permitía, cortó el pie de la mujer con un movimiento y al mismo tiempo, como si fuera todo parte de una sola maniobra de danza, utilizó el mismo impulso para acuchillar al genio restante en el pecho, dejándolo morir sobre su arma.

Una alarma sacudió su cuerpo y la obligó a saltar, justo a tiempo para evitar el desesperado intento de la otra de cortarla. Con la cabeza contra el suelo duro de la terraza, ahogándose en una pileta de su propia sangre, aquella genio encontró su muerte y Nakku se permitió por fin poner toda su atención en sus nuevos compañeros, en Coto, en los impactos que llegaban desde cerca del tronco del Árbol.

Pero algo había cambiado ahora.

Tal vez era la forma en la que atacaban, las pausas que tomaban, tal vez era sólo su imaginación, pero parecía que la guerra se estaba modificando ante sus ojos. Fueran de Fariel, de Kamui, de Cel-Neckar o Gikeldor, había para ella cierto orden en cómo estaban deteniendo al monstruo, en cómo se cubrían las ausencias ajenas, de forma tal que parecía que todas aquellas personas, más allá de sus odios y pérdidas, habían comprendido de una vez por todas que antes de poder seguir odiando y asesinando debían derrotar a ese otro oponente, a ese que los hundía bajo sus pies, que era incomprensible para ellos. Los magos, como guiados por una batuta invisible, se habían puesto de acuerdo en usar hechizos de fuego con el que chamuscaban las gruesas piernas de Coto; y atacaban por turnos, sin darle un sólo aliento; por encima, las catapultas se habían movido para impactarlo con escombros que irritaban al gigante, los arqueros disparaban, distrayendo sus brazos del vuelo de los grandes señores de Aterror, y los dragones; aprovechando por una vez toda esa ayuda, buscaban con sus fauces los puntos ciegos, haciendo que el cuerpo muscular del hekantoquiro se tiñera de sangre y borboteos, de grasa y venas como canales que estallaban.

Un temblor sacudió esa piel sensible, y al mismo tiempo, como un eco, el vello en la nuca de la joven se erizó. Alcanzó a dilucidar, entre la tormenta de proyectiles, a quien en esencia parecía estar al mando de tal trabajo en equipo: volando estático en los aires, muy por encima del matadioses, la blancura de Ladón lo diferenciaba de los demás dragones, con su garra cortada terminada en un muñón que humeaba espirales verdosas; y de pie, colgando de una de las espinas de su cuello con el brazo inútil de su armadura shakkoku, Crandor Paglawastros Eitei miraba sin casco a su objetivo, con una expresión en la cual se había borrado ya toda sed de sangre; y sólo se leía la necesidad, la misma que parecía impulsar a todo aquel que combatiera contra la abominación.

A tal altitud, su barba se llenaba de pequeñas perlas de hielo, y su cabello se agitaba en el viento. Pero la coraza lo mantenía firme, y su sola alma, para quien le observaba, parecía estar haciendo juego con la del emperador de Aterror.

Crandor no gritó, sino que Ladón descendió como un ave de caza, atravesando el valle que dejaban los trazos de los conjuros, las piedras, las fechas; en línea recta hacia la cima del coloso en donde se apiñaban sus rostros malformados. Uno de los brazos buscó interceptarlo, tal como si una torre volara para estrellarse contra ellos; pero Ladón la evitó con gracia, poco dispuesto a dejarse derrotar. Planeó con sus alas, esquivando cada ataque de Coto, se refugió en los espacios que dejaban los brazos al cubrirse, se entremetió bajando cada vez más, y luego, como si fuera un descuido, Crandor mismo se desprendió de su dragón y cayó contra la calva de una de las cabezas, su garrote alto, las sombras velando sus ojos de tigre.

-¡Abajo!- gritó, y golpeó con todas sus fuerzas. El hueso se hundió como papel, el cráneo cedió, y dientes lechosos, blandos se desprendieron. Los otros rostros, con las pupilas inyectadas en sangre, intentaban moverse y gesticulaban maldiciones mudas hacia el kiel. Este rio, y golpeó a otro; desarmando un globo ocular en una gelatina sangrienta que fluyó ante sus pies. Era claro, ahora, que esas cabezas eran el punto débil, sensible del hekantoquiro.

-¡Compañero!- llamó al dragón, que seguía encargándose de los puños. Dos extremidades fueron hacia su propia cima, intentando librarse del piojo que les hacía daño, y Crandor las vio venir ansioso. Antes de que el puño lo aplastara, Ladón lo retiró de allí, y en conclusión Coto terminó golpeándose a sí mismo, con tal poder que una decena de las caras desaparecieron convertidas en una pasta sangrienta.

De nuevo, el gigante pareció vibrar. Los intentos continuaban, los ataques se sucedían, y parecían estar logrando reducirlo. Nakku se sintió sobrellevada, por esa oportunidad, por la maniobra del emperador y la esperanza que les daba. Aferró su sable, pero antes de poder sumarse a esa lucha la interrumpió un sonido similar al crepitar de hojas secas.

A lo lejos, tambaleándose, un ejército de monstruos se aproximaba.

Los confundió con genios, en principio, pero un sólo vistazo le confirmó que se equivocaba. Eran distintos, de cabellos similares a los de los devas, algunos sin ojos, ora sin bocas, ora sin oídos; pero todos avanzaban como si se movieran bajo los mismos engranajes, de largas lenguas, consumiendo todo a su paso. Demonios, pensó Nakku, y debían de ser cientos. Si llegaban a donde Coto estaba luchando...

Otro estruendo distinto, parecido a la lluvia, volvió a enfocar su mirada en el Árbol. Tardó en comprender que Coto se desarmaba: literalmente, como si estuviera compuesto de pedazos mal unidos, desde arriba hasta la punta de los pies su inmensa corpulencia se deshacía y caía en grandes piezas, ante los vítores de quienes se hallaban presenciando. Pero Nakku dudaba que estuviera muerto.

Al parecer Crandor tampoco lo creía posible, pues ordenó a sus hombres prepararse. En efecto, al primer desafortunado guerrero que se aproximó a uno de los pedazos de carne rancia, blanda que se había desprendido del hekantoquiro le esperó una ingrata sorpresa; pues de allí emergió un brazo muscular, que tomó la cabeza del curioso y la aplastó; y luego, ante la mirada horrorizada de sus compañeros, ese montón de masa tomó forma; un torso, piernas, cuatro brazos; un gigante que era tres veces el tamaño de una persona se alzó, mudo y sin cabeza, y reanudó su lucha saltando sobre el resto.

Coto se había dividido, concluyó con horror Nakku. Por aquí y por allá, veía como emergían sus trozos, adquiriendo extremidades, como combatían independientemente a los asustados hombres, aplastándolos, sobrepasándolos con su poder. El hekantoquiro no era idiota, se había percatado de que su tamaño lo hacía un objetivo sencillo y ahora sembraba el caos entremezclándose, convertido en un ejército capaz de compararse a cualquiera de los otros.

Nakku vio sangre, oyó gritos, olió a la perfección el hedor del miedo. Una armada de gigantes, por un lado, y por otro aproximándose los Necróvalos, aquellas criaturas infames, hambrientas de destrucción. Las verdaderas tropas de Idgray Decaheron estaban allí.

Hubiera deseado pensar en Reed; que quién sabía en dónde se hallaba. Sin embargo, fue Reaper Assadan la persona a la que terminó coreando al hablar.

-Joder.

Del otro lado, una lucha similar transcurría desde hacía horas. Pero más que lucha, el ejército de Kamui y los hombres del general Yeguilex DaWillse se enfrentaban a una masacre; pues Briareo, jefe de los Hekantoquiros, no parecía sentirse limitado por conjuros como sus hermanos: por el contrario, saltaba por entre las armadas,

convirtiendo cientos en enchastres sanguinolentos, con una agilidad tal que el general se cuestionó más de una vez cuánto peso tenían esas criaturas, de qué materia estaban hechos esos brazos y ese torso que proyectaban una sombra inmensa sobre todo, preguntándose si no había alguna ley, en la existencia misma, que impidiera que algo tan grande pudiera moverse a tal velocidad.

Pero si existía tal ley, Briareo no se daba por enterado. Era veloz, sus manos se movían con una precisión marcial, mataba en un círculo de a cuabras a lo que se le aproximaba y astillas, huesos, entrañas y escamas salían disparadas con cada golpe que daba, de tal forma que, así como en el caso de Coto había reinado durante algún momento la confusión, con aquel otro no había duda alguna: eran todos los que intentaban atacarlo o sobrevivir, y pasándolos, gritando órdenes y buscando sobrevivientes el general los veía lado a lado, arqueros kamuitas y magos celestianos, guerreros de Gikeldor y de Fariel; incluso un par de ex camaradas de la milicia que al verlo simplemente pidieron información, para comprender qué ocurría.

En cualquier otro caso, tal unión desesperada quizás lo hubiera contentado; pero sabía que miles estaban muriendo. Era como ver a un niño matando hormigas con placer, así caían todos ante los embates del hekantoquiro. Y peor aún, todavía, eran las muertes que les esperaban a quienes eran asesinados por el otro enemigo, los Nécrovalos de Dammed Oah, que saltaban por sobre escuadrones y derretían sus armaduras para devorarlos, espíritus de rencor, fantasmas del antiguo pueblo de los devas que alguna vez el Héroe Gris hubiera liderado.

Gritos, humo, pedidos de auxilio, órdenes gritadas a todo pulmón y un cielo oscuro, nocturno, en donde las estrellas parecían del todo borradas. Leude corría a su lado, disparándole a los Nécrovalos que se atrevieran a echárseles encima, tomando flechas de los cadáveres para recargar su carcaj vacío. Yeguilex se los quitaba a mazazos limpios, preguntándose por el destino de Shimari, Gallahard y los soldados kamuitas que los habían acompañado. Se había cruzado con aquel pirata, Jalomar, que llegaba desde los refuerzos que Kamui había retraído por la costa, y el hombre había partido en búsqueda del joven mago y la reina, pero Yeguilex se temía que allá en las ruinas sólo encontrara desolación y más Nécrovalos.

Y aun así, ella había prometido...

Había tenido esperanzas. Con un golpe furioso aplastó a un monstruo contra el suelo, sólo para verlo rearmar sus huesos rotos al instante. Volvió a golpearlo entonces, tenaz, una, y otra, y otra vez, hasta que la criatura se volvió un puré celeste, burbujeante, que aun así consiguió recuperarse. Le pisó la cabeza y continuó su camino. Eran completamente inmortales. ¿Tenían una oportunidad, siquiera? ¿Había habido algún sentido en intentarlo?

“Por supuesto que sí.” se dijo “Debíamos.”

-Leude- lo llamó- Tal vez si utilizáramos...

Pero su teniente miraba algo más allá, concentrado. Yeguilex lo imitó, para ver dos figuras corriendo hacia ellos. De las decenas de hombres que había enviado para esa misión, el anciano Org y el joven Gio eran quienes se aparecían, magullados, uno rengueando y el otro castañeando al ver aquel escenario.

-¡General!

Los recibió, echando de otro golpe a un Nécrovalo vestido con ropas de niño.

-¿Qué ocurrió? ¿En dónde se hallan los otros?

Gio hundió la mirada, pero el anciano inclinó la cabeza.

-Muertos, general.

Leude palideció.

-¿Incluso...?

-Bullwe está vivo- el ahora los vio, los ojos brillando- Consiguió entrar a la tienda de Tau.

-¿Y por qué no está con ustedes?- Leude disparó dos flechas, y los recién llegados también vieron a su alrededor, a los demonios de Asherat que se aproximaban.- ¿No mató al estratega?

-Está...- como siempre, el joven pareció avergonzarse- Están hablando, creo. No entiendo qué hace.

Pero Yeguilex lo comprendió de inmediato. Bullwe continuaba creyendo en la idea de la reina, poniendo su vida en juego por ello. Sintió una emoción difusa cosquillearle en el pecho, en el corazón, en el alma, y el siguiente Necróvalo al que convirtió en pasta contra el suelo recibió todo su furor.

Si acaso....

Oyeron una voz elevarse por sobre el desorden. Más allá, bajo los pies de Briareo, una maga del Geral Veintiún trataba de detener al gigante proyectando campos de energía que lo encerraban, en un afán de aplastarlo. La reconoció en la distancia como Zaqqá Quasar, la número Diez, una de las pocas que había seguido las órdenes de Vannael por miedo al monarca. Pero ahora, sus barreras defendían a todos por igual, extendiéndose como vidriales que entre turquesas y fucsias cubrían a los ejércitos de los puñetazos del monstruo. Briareo tardó en reconocer quién causaba tal fenómeno, sus cabezas parecieron conversar entre sí, viendo con ojos pesados hacia todas direcciones.

Luego se enfocaron en la maga.

-Escuchen- dijo Yeguilex, observando aquello- Les seré sincero. No tenemos oportunidad de vencer.

A lo lejos, el hekantoquiro dio un salto, cayendo sobre la barrera protectora de Zaqqá Quasar. Oyeron a la maga gritar pidiendo ayuda, al tiempo que el peso de la criatura comenzaba a resquebrajar su conjuro. Yeguilex supo cómo terminaría aquello.

-Voy a confiar en Bullwe- siguió- Actuaremos como que Tau se unirá a nuestra causa, porque es lo que hará. Saben que Bullwe no falla cuando se propone algo.

El trío asintió, atento ante el espectáculo del gigante. Cometas de energía pasaron a través de los huecos contra el cuerpo del gigante, que bloqueó los ataques con los brazos y continuó pisoteando, como un toro enfurecido, a ese vidrio mágico que le impedía continuar masacrándolos.

-Y si Tau se nos une, lo mejor que podríamos hacer en este momento es adelantar-

Se obligó a callar, cuando un estruendo que se asemejó al cielo partiéndose llamó la atención de todos. Él ni se dignó a mirar. Allá, el domo de poder de la Diez se quebró del todo, y el pie del Hekantoquiro aplastó a la pobre hechicera en un abrir y cerrar de ojos ante el horror de todos.

Briareo se golpeó el pecho, triunfal. Si hubiera tenido voz, de seguro hubiera rugido; sin embargo al no tener más que su sordo bramido fue más bien la mirada de sus muchos ojos la que causó el espanto de todos quienes allí se hallaban, la certera revelación de que se hallaban a instantes de la muerte.

El monstruo comenzó a aplastar, a arrojar edificios y suelo, a embadurnarse de sangre, acero y dolor; como un bebé, como el más perverso de los adultos. Vieron una torre volar hacia ellos, haciéndose pedazos en el trayecto; y Yeguilex gritó, intentaron

arrojarse al suelo en vano, grandes ladrillos de piedra los impactaron a una velocidad inaudita, derribándolos.

Luchó por mantener la consciencia. Su shakkoku, abollada, apenas le permitía levantarse.

-¡Leude! ¡Gio!

No hubo respuesta. Había polvo, cal, piedra y el sonido del fuego. Se dio cuenta de que una enorme pared le oprimía las piernas, y luchó por levantarla. Pero su armadura rúnica no estaba funcionando.

Hubo un retumbe. Pequeños pedregones bailaron ante los ojos de Yeguilex, siguiéndose unos a otros. El general alcanzó a doblar el cuello, para verlo: el asesino de dioses, la abominación, el victorioso horror de los cien brazos avanzaba hacia donde él se hallaba, y a su alrededor todo era un pozo de devastación, un camino que arrasaba paso a paso, imbatible, indestructible.

“*Voy a...*” pensó.

Más temblores, y más. El hekantoquiro se acercaba. Ya no había nada más para él. Yeguilex sintió su casco ya abollado partirse, intentó forcejear para salirse, llamó a los gritos a sus subordinados. Pero nadie respondió su llamado.

Ya estaba tan cerca que podía aspirar el hedor a sangre de esa abominación, que oía con claridad los bramidos huecos de sus cien cabezas. Todo estaba perdido. El pie se levantaba, inmenso, y lo destruía todo, pero ¿quién sería capaz de detenerlo? Desde el principio había sido una lucha vana, una lucha que debía hacerse; y por eso, por sus principios, Yeguilex DaWillse se negó a enfrentar el final con ojos cerrados: sino que vio al ser como había visto a la explosión que se llevó su ciudad; y por segunda vez, como si el destino realmente lo amara, la muerte no llegó a tocarlo.

Una luz similar a la del amanecer llegó desde la espalda de Briareo, espantando la noche con un sol dorado, irregular, que captó la atención del general e hizo detener al gigante, que atrajo las miradas de los sobrevivientes.

El cielo oscuro pareció resquebrajarse, abrirse en una pared de colores variados. El hekantoquiro golpeó el suelo, volteándose. De ese hueco en las dimensiones, de esa puerta que desde Babel un joven mago abría emergió, primero que nada, un fuego destructor que cercenó varios brazos del gigante; convirtiéndolos en ceniza.

-¡*Zeraker!* ¡*Adelante, Guerreros del Sol!*

Emergían desde el cielo, guerreros como los que Yeguilex jamás había visto. Descendieron como heroes contra los Necróvalos, contra los demonios, contra el hekantoquiro; y no eran humanos ni kiels, ni se asemejaban a estos a la hora de luchar: los vio utilizar grandes espadas para partir a los diablos en dos, armas que hacían estruendos de fuego y explotaban a lo que apuntaban, poderes que se asemejaban a la magia con los que empujaban a las tropas de Decaheron a retroceder, y los demonios lo hacían, chillando, asustados por ese nuevo oponente, por los salvadores que caían sobre ellos entre gritos de coraje y fortaleza.

Observó, maravillado, intentando levantarse. La mujer que había cortado los brazos de Briareo gritó una orden y más seres como ella avanzaron, sin ceder, salvando a los heridos de esos terrores. Eran criaturas de cabellos blancos y pieles pálidas, con marcas en sus rostros, con colmillos en las bocas y pesadas armaduras; pero se movían con tal gracia, con tal heroísmo que el general se preguntó si no estaba viendo a los ángeles de YGG, si no era que los dioses llegaban para salvarlo.

Aquello...

Aquello debía de ser lo que la reina había estado esperando.

Sin pensarlo, sonrió como un demente.

-Shimari Kaharis Herton- pronunció, feliz de admiración.

Cuando ya el centenar de devas había cruzado la brecha del Sacrificar, como respondiendo a su pensamiento, una última persona apareció desde ese otro mundo. Yeguilex contempló anonadado, de momento olvidándolo todo: era una mujer, de tez bronceada y cabellos rubios, cuyo cuerpo brillaba con ese resplandor dorado que había visto al inicio, que flotaba con alas de luz a la altura de Briareo.

Llevaba una espada inmensa, que giraba sobre ella. Briareo la vio, y pareció reconocerla. Las bocas del monstruo se abrieron, en un grito que nadie pudo oír, y se lanzó con un salto a la antigua sacerdotisa de Baal, dominado por la furia, para aplastarla.

Pero Tearu Vattar abrió ojos refulgentes, rojos, y su espada apuntó precisa. Y sobre Yeguilex, piel, carne, huesos, espina, todo Briareo se desintegró en unos instantes, las costillas se volvieron polvo antes de tocarlo, el cuerpo se retorció y desapareció, quemado por esa luz, por esa luz sagrada que era como si el sol hubiera aparecido, como si el día hubiera llegado por fin a espantar las pesadillas de una larga noche, para darle de nuevo las esperanzas que había creído del todo perdidas.

Después de haber subido una infinidad de peldaños, Reed Id Vant dio su último paso.

Frente a sus ojos el umbral al nivel superior del Árbol de la Nada estaba sellado, obstruido por las raíces plateadas de Drassil. En ese acero brillante su tez se reflejaba, sin rasgos, y del otro lado, lo esperaba la persona a la que había ido a buscar.

No Caxer, no; aunque también su hermano era importante para él. Pero en aquella historia, Albion Decaheron había elegido no ser el protagonista. Él, Idgray Decaheron, era quien tenía que resolver el mal que alguna vez había liderado.

Redimirse.

Tomó aire, preparándose: la respiración de un seeler. Él era Reed. Como un caleidoscopio de voces los recuerdos giraron, y pensó en Scarrow, pensó en Eluid, pensó también en Albion, su hermano, en cómo lo había salvado, y también en voces antiguas, lejanas, de gente que lo había querido, de gente que lo había seguido, de gente que había estado allí para él. Ya todo aquello había concluido. Ya podía ver la luz, se hallaba allí, a lo largo de toda su vida.

Sólo quedaba la persona que estaba del otro lado.

Apoyó un dedo sobre ese acero.

-*Ábrete.*

Las raíces de Drassil soltaron un murmullo al retroceder. Reed cruzó, sus botas haciendo eco contra el suelo de piedra, su paso seguro al presentarse ante su última prueba, ante el problema de su vieja vida.

Porque, si su alma era la de Idgray Decaheron, ¿quién ocupaba su antiguo cuerpo? Si Albion nunca había encerrado a su hermano en Drassil, ¿quién era la persona que, desde su trono de raíces del otro lado de ese cuarto, lo miraba con anhelo? Si

ambos devas, por intercesión de Baal, habían nacido juntos como humanos para obtener la felicidad que perdieron alguna vez, ¿qué habían traído al mundo, por error, los planes de Vannael Danterkiss Eel?

La respuesta era muy sencilla.

23. No Hay Alma Sin Ti -Primera Parte-

De pie, en silencio, contempló a su viejo cuerpo de deva, a Idgray Decaheron. Se hallaba envuelto en su capa de sombras, con la mejilla apoyada en una mano como si se aburriera, pero con ese gesto también tapaba las roturas cada vez más evidentes que dominaban su rostro, líneas negras que le fracturaban la piel y crecían hasta la frente, tras el oído, confundiéndose con los estigmas.

Los ojos helados de Idgray lo examinaron, también callado. Afuera se adivinaban lejanos los sonidos de quienes luchaban, pero ellos dos estaban alto, muy alto, por encima de todo eso, y nadie los molestaría.

Reed aferró su sable, apuntándolo al héroe.

-Aquí estoy.

El deva se reclinó, satisfecho. La bota del muchacho dejó el suelo atrás, corriendo hacia su oponente. Decaheron chasqueó los dedos.

-Reed... Danza para mí.

Todo el Árbol de la Nada se sacudió con una risotada perversa, casi forzándolo a tropezar. De las ventanas, del suelo, de las formas que a través de la visión del firmamento se adivinaban emergieron gruesas ramas, como látigos, que se interpusieron entre él y el del trono. Reed saltó las primeras, ágil, pero otras envolvieron sus tobillos, obligándolo a retroceder el camino recorrido.

Las traspasó con salto de alma, rodó por el suelo y cortó otro cable, y otro, esquivando con movimientos fluidos los intentos de esos tentáculos de aferrarlo. Idgray volvió a mover su mano, y las ramas se comprimieron sobre su cabeza, adquiriendo la forma de estrellas que brillaron con aura gris frente a él.

-*Chyrmal.*

De aquellas estrellas energía seeler fluyó contra su cuerpo. Reed tomó su propia estrella dorada y extendió su aura, invocando la primera técnica que había aprendido junto a su escudo. Su campo rebotó el ataque de Idgray, y dos de las estrellas se carbonizaron; dejando que tras una estela de polvo y energía Reed Id Vant saliera despedido, cada vez más cerca del trono.

Recibió más ataques de seeler por los costados, y las formas se movieron en el aire, cambiando de posición mecánicamente para sorprenderlo. Pero no le costaba

defenderse de aquello. Era sin duda una técnica avanzada, sin embargo, carecía de potencia para cruzar sus barreras de alma.

Fue creando pequeños escudos, con los que bloqueaba esos embates, acercándose cada vez más al deva. Destruyó otra de esas estrellas, pisándola, echó su espalda hacia atrás para esquivar dos disparos más, dejando que una golpease a la otra; apoyó su mano sobre la que quedaba y dio un giro en el aire, tomando su arma seeler, haciéndola convertirse antes de tocar el suelo; que se expandiera, que se convirtiera en una versión incompleta del escudo que siempre había tenido.

Apuntó con aquello a Idgray, certero.

-Seula Chyrmal.

De a poco, los ojos del héroe se abrieron tomados de sorpresa. Pero Reed sabía que no serviría. Los reflejos de ese cuerpo eran demasiado buenos. Contuvo su ataque, y en efecto Idgray se esfumó en una saeta plateada, una saeta que volvió a materializarse tras él, empuñando al garr Drassil.

Reed volvió a cambiar la forma de ese escudo, convirtiéndolo en una espada, y giró. Su talón tocó el suelo, sus ojos quedaron a centímetros de los del deva, su arma chocó contra Drassil y ambos proyectaron su aura, creando una onda expansiva que lo sacudió todo, una luz que se extendió por los cielos atravesando la atmósfera; una señal para que el mundo observara la batalla que daba inicio en lo alto de la ciudadela maldita.

-¡Reed!

La luz que como un estandarte se había elevado desde la copa del Árbol de la Nada había captado la atención de muchos: de quienes combatían entre los puentes que formaban sus raíces, cazando y siendo cazados entre la oscuridad nocturna por los gigantes que se habían desprendido del hekantoquiro Coto; de quienes huían entre las ruinas, a donde fuera para refugiarse de los monstruos que asesinaban sin discriminación; de los devas albinos del Domo del Sol que descendían como una tormenta derribando a sus enemigos; y de los seelers que se encargaban de enfrentarse a los Negróvalos, utilizando sus poderes de alma para sortear el problema que acarrea su inmortalidad y eliminarlos para siempre del existir.

Todas estas facciones, al menos en algún instante, contemplaron extrañados el pilar albo que se extendió acuchillando la atmósfera, y luego retornaron al combate. Sólo unos pocos lo comprendieron; Yeguilex, que ayudaba a sus hombres a incorporarse mientras observaba a Rashka Wisel y sus guerreros destrozando con armamento a los colosos; Nakku Deihr Bellow, que alertada por los mensajeros sobre los devas que habían aparecido había dejado de eliminar Negróvalos y se había dirigido al Árbol de la Nada para apoyar a Reed en su lucha; y también desde luego Shimari Kaharis Hertón quien, en dirección opuesta, algo perdida y lastimada por los últimos eventos tuvo el presentimiento, la seguridad de que su plan ya estaba en marcha, de que los nuevos aliados de Kamui habían aparecido y todavía tenían oportunidades de vencer.

Había creado una confusión tal, que no quedaría más remedio que barajar todas las cartas de nuevo. Tal vez esa había sido su idea, entre muchas, pero sabía que aún quedaba mucho por hacer. Conseguirían unión, desde luego. ¿Pero de qué serviría la unión, si todos estaban muertos?

Shimari avanzó, con su arco en mano, dejando atrás aquella porción de ciudad abandonada, la imponente escultura de Gigas a su espalda tapándole todo lo que no fuera la sombra del Árbol que se extendía mucho más allá. Gallahard, los hombres que la habían acompañado, sus vasallos, todo estaba quizás perdido para ella. Estaba mareada, adolorida, pero aun así caminaba, caminaba con el reflejo de la ciudad blanca, alta a la que se dirigía en sus ojos: Babel, Arca de Arcas, resquebrajada y estrellada contra la llanura farielense, y en ella, si los cálculos de Tearu Vattar habían sido correctos, una de las dos personas que desde ese momento tendrían el destino del pueblo deva en sus manos, Arksinad Eel.

Desde hacía un rato en el salón dos saetas colisionaban a toda velocidad, como un par de cometas que se dieran caza entre sí, se perseguían dejando un sendero serpentino por los aires, chocaban, echaban brillo y se separaban, volvían a chocar cruzando y quebrando las estelas plateadas y celestes que generaban, en caminos zigzagueantes, subiendo, bajando, derecha e izquierda, pausa y encuentro.

Reed mantenía su paso seeler sin perder el ritmo de Idgray. Se hizo alma, llegó hasta el techo, se interpuso ante el deva y chocaron armas. Chispas lastimaron las pieles de ambos, y volvieron a desaparecer, otra vez hechos etéreos, otra vez persiguiéndose para materializarse de un lado, de otro, con tal prisa que quien viera aquella lucha pensaría que se estaban transportando en un juego infantil.

Pues eso era lo que era, en realidad: ni más ni menos que un juego. Reed lo sabía, pero no por eso desistía de dar lo mejor de sí. Cuando se enfrentaban, cuando volaban y se golpeaban y sus miradas se cruzaban, veía los ojos de ese hombre, lo que realmente había en ellos y se preguntaba cómo había podido estar tan ciego, cómo había podido perder sus sentidos de tal forma como para no ver a quien de verdad estaba allí adentro, a su pasado, a su ruina.

Fueron golpeando las paredes de a saltos, trazando arcos de par en par. Saltó, alejándose, e Idgray lo siguió como un espectro de luna. Pero era lo que quería. Quitó su paso seeler de improvisto, volviendo a su forma corpórea, se dio la vuelta y dirigió su puño al rostro del héroe, para devolverle el daño que le hiciera allá en Aldebarán.

La mano de Decaheron tuvo más alcance, porque fue Reed quien se sintió impulsado hacia atrás. Pero esta vez no cayó, sino que plantó sus pies firmes contra las baldosas, se envolvió de su aura y empujó con la cabeza a aquel puño, aferrando la muñeca con su otra mano.

Giró, similar a Reaper, y buscó patearlo en el cuello. Idgray cortó con Drassil, cosa que pudo esquivar por pelos. Al parecer el momento de hacer carreras había terminado.

Se lanzaron uno contra otro. Pensó que podría haber reído, que recordaba, que era como un baile que ya hubiera vivido mil veces, una música de su infancia, su única amiga en una niñez solitaria. Drassil y su estrella se atajaron entre sí, y ambos giraron, manteniendo posición, dejando que retazos de aura y calor salieran despedidos, sin ceder ni uno ni el otro. Podía ver, perfectamente, los mismos movimientos con los que había jugado en su casa de Vant. Esquivó el filo del espadón con un paso, golpeó, giró, trazaron un círculo sobre las piedras, en lo alto, mientras afuera el mundo se caía, mientras las ramas del Árbol de la Nada se sacudían con gozo.

Ni siquiera sudaba. Comenzaba a recuperar su antiguo ímpetu. Idgray le apuntó con el brazo, y de nuevo los cables plateados surgieron, de su espada, de su entorno, lanzándose como serpientes que lo empujaron hacia la pared. Los pasó con alma, corriendo hacia el deva. Saltó de nuevo esos embates, cortó con su espada una de las raíces, sonidos metálicos se sucedieron mientras se aproximaba. Dos pedazos más quisieron arrebatarse los pies, pero sin problema alguno los dejó atrás, elevándose por sobre su oponente y apuntándole.

Esta vez sí no dudó.

-¡Seula Chyrmal!

Al ver la técnica surgir, los ojos de Decaheron tenían una dureza apagada, indefinible. Pero Reed sabía que era que ya no podían ver.

Para Bullwe, así como para todos, los últimos eventos se habían asemejado más a la locura de un sueño que a lo que pudiera denominarse vida real.

Ahora, ya fuera de la tienda y esperando a que los Unnaon terminasen de hablar, sólo le quedaba esperar e intentar anticiparse a qué ocurriría. Allí, lejos de esa parte de la ciudad que ya estaba abandonada, se libraba un combate cuya evolución había sido inesperada; y ahora, a los gigantes y monstruos que atacaban a todos por igual, se sumaban también una raza de guerreros que portaban armas inmensas, que peleaban bajo la bendición de un sol en medio de la oscuridad, que causaban daño con largos caños o poderes que los mismos magos celestianos no sabían detectar.

Al menos, eso era lo que los mensajeros que llegaban les iban comunicando.

Bullwe suspiró, preguntándose por su general y por la suerte de sus aliados. A su lado, de brazos cruzados y en silencio perpetuo, Unnaon Ipsilon aguardaba paciente, cuidando la carpa de Tau. Era curioso pensar que hacía unas pocas horas, aquel hombre pudiera haberlo partido al medio con su espada sin remordimientos, que era el mismo hombre que había cortado sin dudarle a decenas de sus camaradas.

Pero ahora parecían hallarse en paz, de momento. Volvió a sentir esa necesidad imperiosa de algo que le calmara los nervios, como los vapores que aspiraban en Gikeldor quemando hierbas o como un buen trago de la bebida más fuerte que pudiese conseguir. Devas. Eso habían dicho los mensajeros, y luego había advertido que los recién llegados planeaban dialogar; una vez terminaran con los Nécrovalos y el hekantoquiro restante. Eran, por lo que se comentaba, vasallos del reino de Kamui, y se guiaban por el liderazgo de una tal Nakku Deihr Bellow.

Por dentro Bullwe reía, considerando aquello. La reina de Sadalsuud podía ser realmente perversa cuando se lo proponía.

Unos minutos después el toldo se removió, y allí apareció esa maga tan bella, con el tatuaje del Ocho en el ombligo descubierto. Le hizo una seña para que entrara, junto a los hermanos Unnaon.

En el interior Tau se hallaba sentado, como antes, junto con Omega. Su mirada era de respeto al verlo llegar. Lo hizo sentarse con un gesto.

-Bullwe Id Deneb- repitió, pausando su voz. Era como si quisiera asegurarse de que ese era su nombre.

-Sí.

-He hablado con mi compañero- Tau hizo una seña a Omega, quien cruzaba a su vez miradas con su amada- Su historia concuerda con la tuya. Vannael Danterkiss Eel mató a Duran Id Scion.

Asintió, tenso.

Unnaon Tau inclinó la cabeza al suelo.

-Imploro tu perdón.

No supo qué decir ante aquello. El anciano volvió a erguirse, con una nobleza que hacía que su anterior inclinación lo elevara por sobre todos.

-¿Zetha sigue con vida, entonces?

Volvió a asentir.

-¿Qué sabes de los extranjeros que han llegado?

Se inclinó de hombros.

-No estaban en mis planes, desde luego. Sospecho que son una jugada de Shimari.

-Gente de otro mundo- dijo Epsilon.

Omega asintió.

-Es un hecho sin precedentes.

-Como muchos que se apilan en estas últimas horas- Tau miró su taza ya fría, meditando- Realmente da inicio una nueva era.

No podían haber oído algo más cierto.

-Bullwe Id Deneb, ¿sabes cuáles son los intereses del emperador Crandor?

No pensó que debiera mentir.

-Quiere quedarse con Fariel. Posiblemente quisiera quedarse con más, pero como ve, su situación está limitada por la pobreza de su ejército y de su pueblo.

-¿De conseguirlo, Crandor instauraría un régimen?

Esas palabras lo hicieron percatarse de que allí, en esa carpa, lo que quedaba de la Cámara de los Diez estaba decidiendo algo muy importante.

Negó.

-Extendería su imperio, sin duda.

Tau lo miró fijo, analizándolo. Por último cerró los ojos durante unos segundos, con gravedad.

-Caballeros, comprenden la situación en la que nos hallamos, ¿verdad?

Omega, Epsilon e Ipsilon asintieron. Audula Adahiada permaneció callada, como él.

-Esta gente, que dice ser de la Ciudad Dorada. ¿Dónde vivirá?- inquirió Ipsilon, al aire- ¿Quién es nuestro enemigo ahora? Si lo que los emisarios dicen es cierto, Vannael ya está muerto. Investigar las pruebas de su corrupción y locura quedará a

cargo de nuestros agentes, entrevistar a Gallahard Arleon y a los implicados. Pero, ¿qué queda ahora?

-Queda ese Árbol, y esa Ciudad.- dijo otro.

-Y quedan monstruos.- añadió algún tercero.

-Por sobre todo, quedan monstruos- Unnaon Tau asintió- Por favor, envíen mensajeros a los representantes celestianos. Llamaremos a tregua con Kamui y Gikeldor, hasta que nos hayamos librado de ese enemigo.

Todos asintieron, y Epsilon marchó de inmediato a cumplir el pedido. Bullwe lo vio dejar la tienda, y se volvió al anciano. Este tenía un gesto cansado, pero resuelto del que jamás podría olvidarse.

-Y luego nos sentaremos a hablar, con Shimari y Crandor- pronunció, tal vez a los otros, tal vez a sí mismo- Va a ser una larga charla, desde luego. Los extranjeros y los celestianos sin duda estarán también invitados.

»Y construiremos el nuevo mundo. Y desde luego, nos equivocaremos. Esas cosas siempre son así, y tal vez yo ya soy demasiado viejo. Pero por sobre todo, por sobre mi debilidad, por sobre el tiempo que se abre ante nosotros. Habrá paz.

La quietud de la terraza se vio arruinada, al quebrarse una de las paredes en gruesos escombros de entre los cuales Reed salió volando, empujado por el poder con el que Idgray Decaheron había repelido su ataque.

Logró caer de pie sobre la superficie de una de las ramas metálicas, en aquel pequeño sendero que flotaba sobre el abismo, y tensó las rodillas preparándose para el impacto que vendría. Del mismo hueco por el que había salido cayó con todo su peso una sombra que con su garr chocó contra él, oprimiéndolo, obligándolo a usar toda su fortaleza para resistir.

Del otro lado de la espada los ojos de Idgray eran lunas grises. Reed lo contuvo un poco más, y le obligó a bajar el filo de su arma sobreponiéndose a fuerza de pura voluntad. Recibió un rodillazo en el estómago, que volvió a hacerlo retroceder a donde la rama se volvía a abrir, sujetando otro edificio que se desmoronaba mal contenido. Había viento, hacía frío, y a tal nivel los oídos le zumbaban, le dolía la cabeza, todo lo afectaba.

Pero no importaba. Idgray volvió a arrinconarlo. Reed bloqueó un embate, y otro, con sacudidas cortas, intentando no distraerse por los griteríos que se adivinaban abajo, por las luchas y el precipicio impresionante que se abría bajo su precario equilibrio.

La punta de pinza de la espada fue hacia su cuello, pero lo desvió con una barrera. Idgray le soltó un puñetazo en las costillas, haciéndolo cambiar de posición. Cayó sobre su rodilla. El héroe volvió a dirigir un corte hacia su rostro, fulminante.

-Ya es suficiente- dijo Reed.

El filo se detuvo a centímetros de su piel con un silbido helado.

Alzó la cabeza. El deva se hallaba quieto, quieto como la marioneta que era. Los ojos apagados, la capa bamboleando, el cabello grisáceo moviéndose también con el

viento. Un pequeño pedazo de su piel cayó, endurecido, revelando negrura y putrefacción en su interior.

-¿Suficiente?- le preguntó- Quiero jugar más. Reed.

Aquella ceguera lo contempló mientras se volvía a poner de pie, sacudiendo el polvo de sus pantalones. Miró a su antiguo cuerpo frente a frente.

-¿De verdad es esto lo que quieres hacer? Drassil.

No había expresión, en esa cosa. Ya la Espada ni siquiera se estaba esforzando en intentar controlar aquel cuerpo, el cuerpo en el que Vannael, Grimold y Zauriz la habían metido creyendo que era el héroe elegido. Ahora Reed lo veía a la perfección: ese estoicismo, esa falta de emoción, esa forma de actuar tan patética que intentaba imitar lo que él alguna vez había sido. El alma que había ocupado ese cuerpo no era una persona, sino que era, desde luego, aquello que había estado en el escudo desde antes de que todo ocurriera, desde aquellos tiempos perdidos de los cuales Baal le había hablado en el desierto. Era alguien a quien conocía.

Drassil, su escudo, el alma del Dios de la Nada.

Su compañera.

-Vine- le dijo- Pero esto debe terminar.

Se acercó. Bajo sus pies, por todos lados, el Árbol se removía gozoso, fluctuaba con deleite.

-Reed- le habló el deva, sólo moviendo los labios- Me equivoqué. Tengo miedo.

-Lo sé.

-Este cuerpo...- la mano del héroe se levantó sola, temblando- No me soporta. Mi alma es demasiado para él. Yo pensé. Pensé que duraría por siempre, que tendría un cuerpo con el cual jugar contigo.

-Pero no es así.

-¿Qué me pasará, Reed?

Contempló, a través de la noche, la luz de un sol que irrumpía.

-Si tu cuerpo se termina de consumir... Creo que tu alma se perderá. Sin nada que la contenga, terminarás por morir. Quizás reencarnes. No lo sé.

Lo que controlaba ese cadáver hizo una sonrisa torva.

-¿Sola?

Asintió.

-¿Reed, no podrías...? Sé que puedes. Necesito tu alma, como antes. Tu cuerpo no era suficiente. Me equivoqué, lo admito. Pero quiero estar contigo. Quiero jugar contigo. ¡Puedo hablar! ¿Lo ves? No sólo susurrarte. Puedo hablar, y tener forma, y moverme. Si todo fuera como en un principio...

-Ya no, Drassil.

Esa voz, ese tono desesperado, nada tenía que ver con el rostro que lo emitía. Algo más hablaba a través del deva, y ese algo era lo que lo rodeaba, el suelo que pisaba, la espada, el mismo Árbol sobre el que se hallaban.

Su tesoro, su deseo absoluto.

-¿No...?- en la voz había ira- ¡Reed, tú me amas!

No contestó a aquello.

El tono se crispó.

-¿Así son las cosas?- dijo el cadáver, su viejo yo, mientras otro pedazo de carne se desprendía de su mejilla- Reed, me rehúso a creerlo. He estado en ti todo este tiempo, sé quién eres. Reed...

-Drassil.

-Nuestro juego... Aún no termina.

-Vine para acompañarte. Pero ya no puedo dejarte vivir.

-¿Por qué eres tan *cruel* conmigo?

-Porque vas a eliminarlo todo, ¿no es así?- sus ojos brillaron, contemplando las ramas que se abrían hacia el cielo- Eso es lo que eres, y sin mí no podrías. Pero aquí hay cosas que amo, Drassil. Ese yo al que influiste alguna vez, el yo que mi hermano salvó.... Se equivocaba. Así que tan sólo... Déjate desvanecer.

-No termina- contestó esa criatura- No de este modo.

Y la mano alzó el garr, chocando el metal de la rama sobre la que se hallaban. Esta burbujeó, chilló, y por último se abrió en un gran hueco; y tanto Reed Id Vant como Idgray Decaheron cayeron por allí al vacío, hacia las otras ramas y los entramados laberínticos de la ciudadela colgante de Dammed Oah.

A kilómetros de allí, paralizado por el veneno de Manticora con la vista fija al techo de una ruinoso casa, Gallahard maldecía su suerte.

Sólo podía adentrarse en la más horrorosa desesperación, imposibilitado por la sensación húmeda, viscosa que imposibilitaba sus nervios, que se había extendido en apenas unos instantes desde la picadura que aquella bestia le había hecho en el pecho. Sus piernas se sentían blandas, tal si pertenecieran a algún otro. Las manos eran de paja, inmóviles a los costados. Podía parpadear, sin embargo. Podía pensar. Pero a punto de ser devorado por una cruel alimaña, aquel privilegio era muy poco reconfortante.

Tenía miedo, como jamás lo había tenido en su vida. Había superado su cobardía, aquella que había despreciado tras la muerte de Duran; pero ahora se acercaba un tipo de terror distinto, primal, del cual no tenía escapatoria.

Pasos lentos, y husmeos. La Manticora lo estaba oliendo, pero Gallahard no podía torcer el cuello para mirarla. No era tampoco que quisiera hacerlo.

Intentó concentrarse, congelarse junto a quien lo iba a comer. Pero el veneno parecía haber paralizado hasta a las partes de él que se encargaban de proyectar su magia. Era una simple cosa, arrojada, un alimento que vivía y sufría. Y sabía que sufriría por bastante tiempo. No existía una criatura tan sádica, en su idiota bestialidad, que aquella que ahora tironeaba entre risitas de su túnica azul. Paralizaban, se comían a sus víctimas a medias, las dejaban vivas para que agonizaran. Su veneno duraba horas.

Parpadeó, aunque querría haber tragado. Incluso hubiera querido llorar, mojarse, hacer cualquier otra cosa, algún grito antes de que se acabara todo. Pero no se le estaba permitido.

Una pata pesada, pétrea se apoyó con suavidad en su estómago, presionando. Gallahard intentó contener la respiración. Tal vez, sí podía ahogarse a sí mismo.

Tal ráfaga el rostro de mujer se adelantó, frente a él, enseñándole los dientecillos. Los ojos eran rubíes sangrantes. Había una pequeña rendija donde debía haber existido una nariz, el cabello era desgreñado y chillón, la lengua oscura se movía por entre los inexistentes labios, lastimándose a sí misma. Era una criatura desagradable. Rio en su interior, pensando que le hacía recordar demasiado a Zark.

La boca del monstruo se apoyó en su hombro, atravesando tela, tejido, hundiendo sus dientes en la carne pálida. Gallahard apretó los dientes, sin poder hacer nada, mientras la mascota de Vannael le quitaba un trozo de carne, la sangre borboteaba, lo masticaba frente a él con desgano, como si le aburriera. Se sentía capaz de estallar, de dolor, de impotencia, de miseria.

La Manticora volvió a tocarlo con su pata una, dos, tres veces, en un lenguaje que él no comprendía.

-¡Amo Rea! ¿Oma? ¿Oma?

La zona herida sangraba a más no poder. Se permitió la esperanza de desmayarse, antes de seguir sufriendo. Como si hubiera leído su mente el monstruo decidió continuar torturándolo. Esta vez tomó su muñeca, la alzó, su lengua áspera la envolvió como si se dispusiera a cortarle la mano. Para Gallahard el tiempo se detuvo, rogando por ayuda. Pero la manticora lo soltó, y dio una carcajada, palmeándole el estómago de nuevo, como si se hubiera tratado de una broma. Luego le arrancó parte del pecho con otra mordida.

Lágrimas cayeron de los ojos del Tres. Las venas en su cuello palpitaron ante el sufrimiento, y la cola de escorpión de esa cosa se movió acorde, imitando aquello. Como un niño cruel el monstruo se agazapó, echándole su aliento encima. Con su lengua tironeó del vendaje que utilizaba como parche, quitándose, y allí donde la belleza de Gallahard se interrumpía en un tejido esponjoso y mal formado lamio, saboreando.

Abrió la boca, y él contempló los dienteillos descender.

Se movieron hacia el costado.

No comprendió qué había ocurrido, hasta que se repitió. De algún lado emergió en su campo de visión una piedra, que golpeó a la manticora con fuerza. El monstruo negó, molesto. Gallahard oyó una voz.

-¡Aquí, gato estúpido!

Una mezcla de alivio, cariño, ternura y horror lo invadió al reconocer el tono de Brisafiel.

-¿Gallahard, puedes moverte?- inquirió el marino, su voz.

No podía hablar, pero quiso decirle muchas cosas. De pronto se arrepintió de su miedo, de su egoísmo, y su terror fue que el pirata muriera por salvarlo, que se enfrentara a aquel enemigo que lo superaba ampliamente. Pensó que tenía que comunicarle que huyera. ¿Pero cómo?

Más piedras desde la ventana azotaron a la manticora, que lanzó un alarido indignado. Gallahard creyó ver una sombra moverse, fuera de la casa. Brisafiel no era idiota. Si entraba, sería trabajo sencillo para su enemigo. En cambio, mientras la mantuviera distraída...

El agujón se estiró, atravesando el umbral hacia afuera como una centella. Era un movimiento reflejo, aleatorio, pero que perfectamente podría haberlo atrapado. Gallahard esperó, temiendo. El no poder ver lo que ocurría era la peor de las sensaciones. Jamás había estado tan impotente en su vida.

Un silbido le confirmó que el pirata continuaba con vida. Otra piedra dio en el blanco, contra la boca del depredador.

-¡Aquí, bicho fiero! ¡Sal!

La Manticora no se hizo esperar. Se lanzó a través de la puerta, y al mismo tiempo Jalomar ingresó por la ventana con un movimiento.

-Gallahard.

No podía hablar. Lo que hacía era peligroso, demasiado peligroso. El hombre no perdió un segundo con disquisiciones, chequeó su pulso, consternado, lo tomó de un brazo y haciendo gala de su fuerza se lo echó al hombro. Afuera, la Manticora chillaba y acuchillaba las paredes con su cola, buscándolo.

-¿Puedes comunicarte conmigo de alguna forma?- lo miró Brisafiel.

Parpadeó.

-Tomaré un parpadeo como sí, dos parpadeos como no. No tenemos mucho rato. ¿Puedes usar tu magia?

Parpadeó dos veces.

-Eres un compendio de buenas noticias- Brisafiel suspiró, observando el techo de esa casa temblar ante los impactos que le daba la bestia- Lo tendremos que hacer a la antigua. Mi estrategia favorita, esa de moverse en dirección opuesta al enemigo todo lo rápido que nos lo permiten nuestras piernas.

Parpadeó dos veces. Quería decirle que huyera él, que lo dejara, que la manticora los alcanzaría en un abrir y cerrar de ojos. El plan no funcionaría.

Pero Jalomar Id Piscium rio.

-No me subestimes, Gallahard. Aquí vamos.

La sombra felina se agazapó, proyectándose contra la otra pared. Era obvio que ya había dado su infructífera vuelta alrededor de esa ruina, y volvería para atormentar a su presa. Como cuando había entrado, al mismo tiempo que la criatura ingresaba Brisafiel lo arrojó del otro lado, y luego saltó por su cuenta. La manticora se encontraría con un hogar vacío.

Los alaridos indignados del interior le indicaron que era cierto. Todo el cuerpo le dolía, adormecido, mientras que Brisafiel lo volvía a cargar con nervios, corriendo con paso ligero, intentando no hacer ruido. La casa temblaba mientras se alejaban, presa de la furia del animal. Luego esa cosa gris también se lanzó por la ventana, oliendo el aire para perseguirlos, y Brisafiel olvidó toda precaución y echó a correr desahogado, cargando a Gallahard por la soledad de esas ruinas en las que ya ninguna otra alma se debatía.

Una oleada de seeler pasó a milímetros de su cabeza, instándolo a agacharse con un suspiro ahogado. Caía. Se apoyó sobre otra rama, pero al lado como un meteoro Idgray aterrizó destruyéndola, obligándolo a caer y salvándolo del siguiente movimiento de la espada, que creó una línea de energía de alma que se extendió cortando edificios, construcciones, derribando más ramas con terribles estruendos.

-¡Reed!- le gritó Drassil, el Árbol, mientras él se sujetaba de un tronco y daba la vuelta, evitando otro corte de Idgray- ¡Reed!

El deva le pateó el torso, y se contuvo para no vomitar. Golpeaba con fuerza. Voló por los aires, llevándose consigo mismo más pedazos de escombros y piedra, y se volvió alma para elevarse, huyendo de ese oponente.

-¡Reed, ven! ¡No me dejes!

Apretó los dientes, mientras el brazo del héroe lo apuntaba. Ya Drassil ni siquiera se motivaba en hacerlo hablar, sino que dialogaba a través de las superficies metálicas, como un reflejo indefinido, uno que lo seguía a todas partes. El cadáver, en donde el alma de Horrxikkrron se hallaba, era ya del todo como Ventrysten lo había definido; un muñeco, una máquina de destrucción que no hacía nada semejante al movimiento de un mortal en su persecución.

Del índice de Idgray *Anima Mundi* emergió, consumiéndolo todo. Reed adelantó, dominado por el frenesí de la velocidad, salvándose de aquello. Se materializó frente a una columna, de las muchas que flotaban enganchadas de aquel follaje falso, pisó con ambos pies y se impulsó, pasando al deva y dejándolo detrás, haciendo que lo persiguiese. Sólo tenía que sobrevivir.

-Ah...

De las otras extremidades del tallo salieron esferas grises, que impactaron contra su barrera. Las contuvo a duras penas, e Idgray apareció a su espalda, pateándolo y arrancándole un alarido.

-Quédate quieto, por favor. No me obligues a lastimarte.

Soportó aquel dolor, aterrizó sobre sus manos sobre un balcón inferior y dio tumbos en el suelo, para caer y darse la vuelta. Pero Idgray ya no estaba ante su campo de visión. De entre las baldosas surgieron raíces para aferrarlo, pero él las esquivó saltando. El Árbol se movió, arrojándole uno de los miradores.

Usó paso seeler, atravesándolo como una lanza y para salir del otro lado. Contemplaba todo desde el cielo: el aura uniforme plateada de la espada y cómo crecía, pero también los colores variados que se fundían allá abajo, por entre donde los resquicios de la ciudadela le dejaban entrever. Continuaban combatiendo.

Sintió una presencia sobre su cabeza, y se cubrió justo a tiempo. La pierna de Decaheron dio contra su escudo, hubo un chasquido y se impulsó hacia abajo, atravesando suelos, cayendo sin poder detenerse. Idgray volvió a aparecerse, y apuntó de nuevo con la espada.

Reed liberó Seula Chyrmal, y ambos poderes colisionaron haciendo que todo se retorciera a su alrededor. Escupió sangre al caer. Necesitaba escapar, salir de esa carrera inútil y hallar algún lugar donde recuperarse. Tal vez lo mejor sería huir. Pero quería....

Convirtió su escudo en un gancho, y se aferró a una de las salientes. Idgray no necesitó tal cosa: sus pies mismos se clavaron en el material del tronco, hundiéndose en el al manipularlo, y otra vez trazó un corte rasgando en vertical lo que tenía en frente.

Lo obligó a caer de nuevo, maldiciendo. Pero Reed se impulsó cuanto podía, atrás, bien atrás, lo más lejos que fuera posible, gastando todas sus energías en quedar fuera del alcance de Decaheron.

Balcones, paredes, ramas, templos y monumentos de su antigua ciudad pasaron en reversa ante sus ojos. Terminó por darse contra una pared, con el abrigo rojo hecho jirones y la capucha desacomodada.

Le sorprendió percatarse de que la posición lo ponía muy relajado. Pero apenas podía moverse. Con cierta resignación observó a su alrededor: más acero, escombros apilados, alguno de los muchos sitios sin uso ni propósito que el Árbol había tomado al elevarse, que flotaba cientos de metros por sobre la batalla.

“¿Qué diablos estoy haciendo?” se preguntó.

-¿En dónde estás?- canturreó la espada, con una risita infantil- *¿Reed, me estás esperando?*

Intentó levantarse, pero todo le dolía demasiado. Las rodillas parecían no responderle, llenas de cal, la espina le ardía como si se la hubiera partido y sólo los dedos de sus manos acudían a su llamado mental, con pequeños temblequeos. Había derrochado sus fuerzas demasiado pronto.

-Es tan romántico... Finalmente ambos solos.

Buscó a su alrededor, algo con lo que sujetarse y hacer palanca, para ayudarse a estar de pie. Silbidos agudos volaban, reverberaciones líquidas, aullidos de la ventisca y rumores de la tierra firme. Supuso que se hallaba a mitad de camino de la cima del Árbol. Había sido una larga caída.

-Reed.

Captó su atención.

De la superficie lisa, metálica, algo emergía. Era como plata líquida, pero al salir del tronco tomaba forma, color, se condesaba volviéndose una imitación de la carne, así como alguna vez había imitado el oro al ser su escudo. La contempló con ojos bien abiertos; su corazón latía con violencia, sabiendo desde un principio qué forma tomaría. El cuerpo femenino, inmodestamente cubierto por las ramas, el cabello blanco y largo, la sonrisa bajo aquellos ojos lilas, sabihondos, que portaban grandes ojeras contra la luz que llegaba desde el este.

Era la cara de Ailai, su viejo amor, Sol de la Ciudad Dorada. Como antes, Drassil seguía recurriendo a los mismos trucos para tentarlo a su camino de destrucción. La misma forma había tomado siglos atrás, entre las sombras, susurrándole oscuridades al oído en cuanto Albion había marchado, y él, Idgray Decaheron, había caído por completo en su hechizo.

Apretó los labios, mientras veía a esa mujer avanzar juguetonamente hacia él, con las manos tras la cintura, como probando caminar sobre ese suelo irregular con los pies que las ramas convertían en garras.

-Tú...

Drassil sonrió.

-Porque me amas, ¿verdad? Y yo te amo a ti. Reed, mi niño... Eres la persona a la que elegí, la única a la que pude haber elegido.

Ya no tenía fuerzas ni para retorcerse. Nuevas raíces surgieron, de la pared sobre la que estaba apoyado, y lo rodearon en la cintura, bajo el pecho, sujetaron su tobillo y lo hicieron sentarse con lentitud mientras aquella figura se acercaba, riendo, así como había reído y correteado entre las esculturas de hielo durante los sueños en los que lo visitaba. Reed contemplaba, con ojos llenos de furor, y mil emociones lo embargaban.

La mano cromada, de largas uñas se posó en su mejilla.

-Reed, voy a morir. Y no debe ser así, lo sabes. Todo debe desaparecer, por eso fui creada. Sé que sientes lo mismo... Lo mismo que yo siento por ti. He estado junto a ti todo este tiempo, te he cuidado, te he defendido de quienes querían hacerte daño. Sé que no puedes dejarme.

Su rodilla se flexionó, acercándose. Su cuerpo le tapaba toda luz, el cabello le cosquilleaba las mejillas, las raíces lo aprisionaban sin darle escapatoria.

-Ámame, Reed. Como antes. Olvidate de tu hermano, de tus amigos, de toda esta guerra. Eso no nos incumbe, nunca incumbió nuestro sueño. Quiero estar contigo.

Pensó en aquel reflejo que alguna vez viera en su escudo, en su voz, en que por fin estaban hablando. Pero algo, algo en todo aquello lo tenía mudo, dejándose llevar por lo que lo rodeaba. Drassil volvió a reír, satisfecha, apoyando una mano en su pecho. Su aura se extendió, fusionándose con la de él.

-Lo cierto es... Que no hay alma para mí sin ti, ni verdad para ti sin mí. Así es como funcionan las cosas. He tenido mi cuerpo; pero mi deseo, Reed, lo que soy, eso te incluye. No me basta este cascarón, no me basta abrazar lo que alguna vez fuiste. ¿No sientes lo mismo? Y tú... Comprendo qué se mueve en tu corazón. Compartimos el mismo dolor.

»Reed, ¿no quieres que desaparezca todo? Me refiero a esta perversa existencia. Puedo hacerlo, puedo cumplir ese sueño para ti. Con tu alma completando la mía, extenderemos las raíces de este Árbol hasta los confines del universo. Apenas es un brote, es todo lo que he podido mantener. Pero contigo... Podemos hacer que crezca por siempre, que eche raíces sobre todo lo que es. Imagínalo, Reed.

Sus mejillas se encendieron de emoción, hileras de colmillos se dejaron entrever al acercarse ella más y más.

-¡Imagina el seele más grande de todos, uno que ocupe la realidad misma! ¡Imagina toda esta mentira, este sufrimiento, este sinsentido agotándose de una vez, desapareciendo para siempre! ¡Imagina la calma, la perfección! ¡Oh, mi Reed! Mientes, sé que mientes. Tú no necesitas amigos, cariño, no necesitas nada de eso. Te confunden, pero estoy aquí para ayudarte. Eres como yo, ¡por eso te amo! Nada importa realmente. Nada. Los planes del pequeño Demes, lo que fuera que Albion te dijo, todo eso es nada, no lo vale, Reed. Simplemente no lo vale. Ámame. Estoy para ti, mi... amor.

Ya sus caras estaban a centímetros de distancia. Drassil entreabrió su boca, uniéndola a la de él. Sus auras confluían, las raíces lo oprimían, y Reed cerró sus ojos, sintiendo ese beso, abandonándose por unos segundos.

Luego los abrió, y el iris se le contrajo cerrándose del todo.

Su brazo atravesó esa figura con aura bajo el pecho, dejándola fundirse sobre él. La imitación de Ailai lo miró sorprendida, y luego gimió acariciando su hombro.

-¡Ah! ¡Qué gentil!

-Deja ya eso- le ordenó, echándosela de encima. Había recuperado la movilidad de su cuerpo, y se libraba de las ramas que lo aprisionaban, de su cautividad, mientras Drassil lo contemplaba regenerando la herida de su estómago con más acero.

-¿Qué estás haciendo?

-Me voy de aquí.

El ceño de la joven se frunció.

-¿Irte?

-Cuando vi lo que había pasado- explicó, mientras se quitaba las ramas- Recuperé muchas de las memorias de mi otra vida, de cuando era Idgray. Te recordé, recordé todo lo que significabas para mí. Pero no puedo darte lo que quieres, Drassil, lo siento mucho. Tu deseo y el mío ya no son el mismo.

-No puedes.

Se miraron, Reed cansado, apesumbrado, y ella furiosa, las raíces rodeándola como víboras, el gesto contrayéndose.

-No me dejarás. ¡No puedes dejarme!

-Drassil, no voy a explicarme de nuev...

Se interrumpió al verla estallar expandiéndose en pequeños brotes. Algo la había golpeado por detrás. Era una distracción. Esa figura no significaba nada, desde luego; la verdadera alma de la espada estaba allí en el deva, en Idgray Decaheron que se lanzó hacia él sin darle tiempo para reaccionar.

Su bloqueo fue tardío, y le valió un corte que desgarró parte de su camisa, por donde la sangre manó. Se sujetó la herida oprimiendo los dientes, maldiciendo su descuido. Se había dejado llevar. Pero Drassil era peligrosa, lo sabía, y la fisonomía de Idgray retenía toda la habilidad que alguna vez él había portado.

-*Si no vas a amarme*- le dijo la espada, ya hablando de nuevo desde todo el lugar- *Entonces morirás conmigo.*

-Reencarnaré otra vez.

-*¿Lo ves! Reed, puedo librarte de esta pesadilla. No tienes que seguir existiendo. Y yo tampoco. Cuando este cuerpo se pudra, quizás encuentre mi alma algún sitio en donde quedarse. Y si no puede ser junto a tí ahora, lo será cuando renazcas. No lo sé. No sé qué pasará. Pero probaré. Lo probaré todo, incluso matarte.*

»*Borraré todo lo que dices que te ata a existir, porque sé que mientes. Tu hermano será el primero. Es por tu bien, Reed. Sé lo que es bueno para ti. Y sé que tengo miedo. Sentir, ah, sentir es algo terrible. Pero te amo. Te odio. Te amo. Te odio. ¡Ayúdame!*

Idgray volvió a cargar hacia él, pero esta vez Reed desvió el acero del garr con su sable. El deva trató de pegarle, en su silencio. Pero él ya estaba harto, harto de todo aquello. Esquivó, y pateó a Idgray por su cuenta, con tal fuerza que este salió despedido hacia atrás, su brazo fracturado por el golpe.

No lo dejó marchar, convirtiéndose en alma y apareciendo a su lado. Antes de que reaccionara aferró su cabeza de los pelos, y la estrelló contra la pared de roca, manteniéndola fija con seeler, corriendo a la vez que la golpeaba una y otra vez, hasta que un crujido le indicó que el cráneo se había partido, fracturado ante su persistencia.

Lo dominaba una ira total, como la de anteriores instancias.

-¿Amor?- masculló, arrastrando el rostro del héroe para que se raspara, viendo los pedazos saltar con la fuerza del frote- ¿Qué puede saber alguien como tú del amor? Deja a mi hermano en paz. Y si tanto quieres desaparecer...

Soltó la cabeza de Idgray, haciendo que este saliera rodando por los aires, frente a él. Con su otra mano volvió a transformar la estrella en su escudo, apuntándole de frente, a apenas medio metro de distancia.

Sus ojos se volvieron helados.

-Desaparece.

Seula Chyrmal surgió como nunca antes, llevándose consigo con un rugido todo lo que tenía adelante: raíces, piedras, aire, vacío, y también el cuerpo de Decaheron que fue arrasado por la magnitud de la corriente de alma; su piel se resquebrajó, trozos de la cara, armadura, cabello, el tejido blando, todo se volvió ínfimo, desvaneciéndose, y aquel cadáver maltrecho se vio golpeado contra una de las columnas, fracturándola.

Reed volvió a tocar el suelo, agotado, acompañado por hilillos de polvo y tierra que cayeron ante las sacudidas que toda Dammed Oah había dado. La furia todavía hacía temblar sus manos, el corazón martilleaba con insistencia desmedida, sus ojos eran certeros al observar. Lo había destrozado.

-¿*Crees* -sonó Drassil convertida en cientos de reflexiones que lo veían sin humor- *que eso basta para terminar conmigo?*

Por supuesto que no, pensó Reed, pero aceleraría el proceso. El deva se desprendió del mármol en el que se hallaba encajado, de pie contra otro espacio que flotaba, una pared en horizontal que el Árbol había sujeto mal, como si se tratara de un piso. Había huecos de ventanas a pocos pasos, por los cuales huiría si la cosa se ponía peor. Pero no pensaba huir.

Se quedó viendo al héroe herido; sin un brazo, con la mitad de la cara pelada para revelar el hueso que había debajo, sin alguna reacción al respecto. Era el recipiente de un alma, nada más, y esa alma lo estaba destruyendo mucho antes de que él le soltara aquella paliza.

Desde atrás, del tronco central, nuevos cables plateados envolvieron a Idgray Decaheron.

-No te confundas- dijo la voz- No soy como mis hermanas. Ellas son fracciones, impulsos, trozos de lo que fuimos alguna vez. Yo soy el corazón de nuestro padre, su verdad. Yo esclavizo y someto almas a mi voluntad, yo quito de lo que es a todo lo que deseo.

El acero se apretaba, sosteniendo la carne que caía, cubriéndola como una armadura. El garr fue fusionado con el brazo que faltaba, la capa de oscuridad desapareció, el torso se entrecruzó con ramas que se solidificaron formando una coraza sólida, adornada por una estrella cardinal en el pecho. Grandes cuernos se elevaron de los hombros y codos del deva, sus piernas se arquearon, un casco con nueve protuberancias como una corona mantuvo la cara en su lugar, cubriéndola, creando una máscara de pequeñas rendijas.

-¡Enfréntame! ¡Enfrenta la Inexistencia!

El visor descendió, cubriendo del todo a Idgray. Se había convertido en una cosa grotesca, irregular, cuya forma trajo a Reed un recuerdo espeluznante: el de las estatuillas de Horrxikrron, el más temido de los dioses.

Atrás, la figura de Ailai cruzó los brazos por sobre el cuello de su campeón, poniendo su mejilla cerca de esa cabeza con dulzura, como una musa guardiana. Reed supo que lo que vendría para él no sería bueno.

No sería bueno en lo absoluto.

Los ojos de Drassil lo observaron, sumidos en la locura.

-Mi Campeón. Mátalo.

24. No Hay Alma Sin Ti -Segunda Parte-

Soportando todo el peso sobre sus hombros, Brisafiel corrió por su vida y por la de su protegido.

Tras él, desde la casa en ruinas, la Manticora se lanzó a darles caza. El pirata tomó su sable con una mano, a los tropezones, sabiendo que sería superado. La bestia se aproximaba como una mole, echando tierra con cada salto, acortando la distancia. La estatua del hekantoquiro no estaba muy lejos, le servía para guiarse.

Echado sobre sus hombros, incapaz de moverse, Gallahard era sacudido, la saliva caía por la comisura de su labio, su inmovilidad lo desbordaba. El veneno tomaba horas en diluirse. Era en vano esperar a sobreponerse a algo tan natural, y sin embargo se maldecía, enfocaba toda su voluntad en intentar levantar una mano, algo con lo que poder ayudar a Jalomar.

Con un silbido el aguijón fue directo hacia ellos, pero el pirata lo esquivó moviéndose al costado. Hinchado y muscular como ninguno, su brazo asestó un poderoso golpe de sable a aquella cola de escorpión, justo donde el caparazón duro se segmentaba. Tal vez en otra persona el acero hubiese rebotado, pero Brisafiel tenía un vigor tal que logró encajar el filo a medio camino, haciendo que la Manticora chillara derramando lágrimas de sangre y les diera tiempo de volver a tomar distancia.

La tierra salía manchada cuando el monstruo golpeaba su cola herida contra ella, para quitarse el arma que tan hondamente había sido incrustada. Brisafiel corrió, el sonido pesado de su respiración y esfuerzo claro en los oídos del Tres. Se hallaban a pasos de la muerte. El colosal bloque de hielo estaba a unos pocos pasos, seguro, ¿pero luego? ¿Era factible el creer que alguien iba a ayudarlos, que tenían oportunidad de dejar a esa bestia rencorosa atrás?

Pareció que la manticora desistía de quitarse el sable y se volvió a arrojar de a saltos para atraparlos, su boca castañeando, las garras fuera, el cabello crispado por la rabia. Gallahard supo que les esperaba el peor de los dolores.

Continuaron por el camino desolado, mientras Brisafiel veía con ojo avezado las casas, sin perder el ritmo ni la concentración, moviéndose cada tanto para acomodar el peso del mago sobre su hombro. El pirata debía de estar buscando algún sitio donde atrincherarse, un muro sólido bajo el cual pudieran resistir. Pero no había nada: todo allí

era débil, derrumbado, o aplastado por la furia de aquel titán que ahora reposaba bajo el sueño del agua helada.

-Gallahard, ¿tienes maná?

Esperó, dando sacudidas y esperando a que el hombre lo viera de reojo. Parpadeó una vez.

-Tengo una idea- dijo el pirata- Una muy mala.

Y se frenó. El corazón del joven se contrajo. La Mantícora estaba a unos pasos de distancia, y Brisafiel se dio la vuelta.

El monstruo se elevó sobre ellos, y lanzó de nuevo su cola. Brisafiel volvió a esquivarla y tomó el mango de su sable, el mismo que él había clavado; y lo retiró desprendiendo sangre viscosa y verdusca y sangrando también él, pues en un arranque causado por el dolor la zarpa de la mantícora lo alcanzó en el pecho.

Pero continuaba vivo, y la Mantícora volvió a darles tiempo al retorcerse entre llantos que parecían de mujer, de la mujer más espantosa que Gallahard jamás hubiera conocido. Volvió a correr, con una mano aferrándolo y con la otra conteniendo el pecho descarnado. Su paso era más lento. Gallahard se preguntó, viéndolo, en qué pensaba, en qué estaba creyendo, cuál era la posible idea que envolvía tal determinación.

No pudo preguntarse mucho más, pues Brisafiel lo arrojó hacia la pared de hielo.

Sólo podía mirarlo extrañado. No mucho más lejos, la Mantícora era un amasijo de movimientos enfurecidos, de espuma en la boca y alaridos.

Brisafiel tomó su sable, acercó la mano del Tres e hizo un corte concentrado. Dolía. La sangre brotaba caliente, le lastimaba, manchaba su túnica y lo confundía. El pirata juzgó su corte, dejó esa mano y luego le hizo lo mismo en la otra.

“¿Qué haces?”

-El veneno está en la sangre- dijo Jalomar, como si lo hubiera oído- Si dejamos que se vaya...

Sus ojos se abrieron, comprendiendo. El hombre sonrió.

-Si es que no mueres desangrado antes. Pero vamos, Gallahard, que seguro sería mejor muerte que la que estamos por tener ahora.

Comenzaba a sentir una calidez en los dedos, en los pulgares, mientras parte de él se derramaba por sobre el polvo y el muro helado en el que estaba apoyado, su interior cálido, el charco que se extendía manchando sus ropas y las rodillas del marino. Brisafiel lo contempló.

-¿Estiro tu brazo?

Parpadeó.

La Mantícora dejó de retorcerse, y bufó viéndolos.

La gruesa manaza del hombre tomó su muñeca sangrante, elevándola hacia el monstruo que se lanzaba de vuelta hacia su presa arrinconada.

-¿Algo más?

Parpadeó un par de veces. Sentía la energía fluyendo de nuevo, también el desmayo próximo, la debilidad y la fortaleza que se entremezclaban dentro de sí. El maná fluyó desde su corazón, por las venas, se entremezcló con la sangre y fue hacia esa muñeca sostenida, hacia la mano, hacia la punta de su dedo.

La Mantícora saltó sobre ellos.

“*Hielora Nornir*” pensó Gallahard.

Y tuvo la boca inmundada de ese ser a centímetros de su rostro, congelada junto al resto de su cuerpo. Aquel trabajo estaba hecho.

Se desplomaron, entre las carcajadas aliviadas de Brisafiel, entre su propio corazón que bombeaba haciéndole doler el pecho. Al rato el pirata advirtió que su protegido estaba en peligro; tomó el mismo pañuelo con el que se cubría la cabeza y lo usó para vendarle las muñecas sangrantes, ajustándolo cuanto podía.

Lo hizo sentarse, rebuscando en su bolsillo.

-¿Puedes tragar?

Gallahard dio la señal del no, y el hombre abandonó las migajas que planeaba darle. Se sentía muy débil, muy cansado, a punto de desvanecerse. El dolor, el estrés, y la pérdida de líquido vital habían mermado sus energías y ahora su piel poseía una palidez fea, que esperaba se recuperara una vez pudiera comer algo.

Quedaba esperar. Pero cuando pensaban que ya estaban fuera de peligro, un crujido resonó por sobre sus cabezas, haciendo que el marino observara la gigantesca escultura con una inclinación de cejas. Gallahard, sin poder ver, no necesitó tampoco hacerlo. Tan sólo intentó modular, con muy poco éxito.

-U... e...

"Huye."

Brisafiel no le prestó atención. Detrás, un bloque de hielo del tamaño de un castillo se desplomó, cayendo a centímetros de ellos, haciendo puré a la Mantícora en su disminuida prisión. Uno de los brazos del hekantoquiro Gigas se liberó, y comenzó a dar brutales golpes contra el resto de lo que lo mantenía inmóvil, con furia, liberándose del control del mago.

-Dios mío- Jalomar palideció, e intentó cargarlo- Dios mío.

Logró levantarlo, y otro pedazo similar a un iceberg cayó tras ellos, acompañado de una lluvia de cristales que perforaron la tierra. Fueron heridos, y el hombre buscó correr. Pero ya al primer paso estuvieron perdidos: con el estruendo más ruidoso que jamás hubieran conocido, explotando en todas direcciones, la escultura helada se soltó y Gigas bramó al cielo estirando todas sus extremidades, como la más gigantesca de las tarántulas en vertical sobre la noche, una visión horrorosa que les hizo olvidar el hecho de que estaban por morir.

El pie cuadrado, calloso del hekantoquiro se dirigió hacia donde estaban, quebrando el hielo como un barco, levantando viento, despeinándolos al acercarse. Brisafiel lo contempló aterrado, sin soltarlo, y Gallahard simplemente lo vio venir sin sentir nada.

No llegó a tocarlos. Donde los hubiera aplastado, pasó a metros de distancia un muñón fresco, con el hueso que se adivinaba en su interior, la carne blanda y ligera rodeándolo.

Gigas se tambaleó hacia atrás, tomado tan de sorpresa como ellos. Quiso moverse, para no caer, y quien fuera que lo atacaba le brindó tal favor: lanzas de oscuridad lo perforaron como agujas, en las rodillas y el estómago, manteniéndolo elevado. Luego varios de sus brazos se inflaron, llenándose de pústulas en apenas segundos, y estallaron arrancándole bramidos de dolor.

A ese punto, Gallahard ya supo de quién se trataba.

Brisafiel tardó en detectar, a la figura envuelta en una amplia túnica que flotaba sobre el cielo, que el hekantoquiro trató de sujetar. La piel de la mano que quería aferrar a su enemigo se quemó, los dedos fueron rebanados metódicamente, más espinas surgieron atravesándolo, impidiéndole zafarse de aquella crueldad. Una de las cabezas, controlada, masticó a la del lado, Gigas se retorció, esferas violáceas lo atravesaron en

el pecho, expandiéndose en su interior, inflándolo y derramando tripas, sangre espesa, órganos indefinidos.

-Creo que esto será suficiente.- habló Zauriz, mientras lo destajaba- *Contribución*, desde mi parte.

Ante aquella masacre, con un Brisafiel que estaba a punto de desmayarse por el asco, el miedo y la impresión, Gallahard cerró los ojos y se dejó descansar, los murmullos de esa tortura resonando dentro de su sueño, la certeza de que estaba seguro de un modo que le desagradaba; pero por sobre todo, la certeza de que Duran Id Scion hubiera estado feliz, permitiéndole dormir en medio de una guerra.

La garra del Avatar de la Nada se clavó en su rostro y lo estrelló contra uno de los muros mal formados haciendo que este saltara en pedazos.

-*¿Crees que puedes abandonarme? ¿Crees que puedes dejarme morir después de haberme amado?* -le gritó Drassil, su imagen, arañándose las mejillas mientras lloraba- *¡Oh, mi niño!*

Quiso sobreponerse a esa fuerza, pero el cuerpo de Decaheron era demasiado potente, ya fuera por las ramas que formaban su nueva coraza o por las emociones de la espada.

Buscó sin éxito perforar la armadura. La garra de Idgray lo sujetó del pecho, ambos se lanzaron por los aires, cayendo por el hueco de la ventana, Reed intentando en vano salirse, Idgray ya sin rasgos, moviendo su brazo filoso hacia su rostro.

-*¡Escúchame, Reed, por favor!*

Bloqueó el garr convirtiendo su estrella en un escudo, lo que le quitó de encima la garra que lo sujetaba. Estaba herido, y no sabía cuánto más podría resistir. El Campeón trazó una línea, y nuevas oleadas de alma surgieron, repeticiones que cortaban todo, que Reed atajó a duras penas para terminar chocando contra el tronco principal.

Aquel ser cayó sobre él, pero lo esquivó a tiempo. Usó paso seeler para volar, en dirección al cielo, subiendo a través de la superficie del tronco. Era como si escalara, como lo había hecho hacía años en Belekraz, como lo hubiera hecho tantas veces cuando era un pequeño en su pueblo. Sólo que su viejo yo lo perseguía, también desafiando la gravedad, lanzando oleadas de Seula Chyrmal que hacían que enormes torres colapsaran, que balcones estallaran dando chasquidos al soltarse, que todo el Árbol vibrara y se sacudiera con los impactos que se propagaban por su superficie.

-*¡Reed, no puedo salir! ¡Necesito salir de esto!*

Una nueva onda expansiva casi lo rozó, pero volvió a su forma material en ese momento y se arrojó a otro balcón, dejando que la extensión del ataque le dañara la vista con su intensidad. Bajo él la madera desvencijada estalló, y Reed Id Vant intentó huir elevándose; sin embargo, Idgray apareció a su costado y lo lanzó de vuelta contra otro de los edificios.

Se arrastró por bancos, por un sitio en donde vitrales oscuros narraban una historia, una cultura, una religión olvidada. Ya conocía ese lugar. Aquel era el templo de Horrxikrron, en donde antes había estado una boca de Asherat.

El Campeón cayó, desplomando la madera de las banquetas con su salto. Su cabeza sin ojos se enfocó en Reed, y avanzó, ramas que salían de su cuerpo y barrían los obstáculos, le despejaban el camino hacia el muchacho.

-Te he cuidado todos estos años. Te he protegido, te he dado un motivo de ser. A la noche, cuando dormías en mi regazo, le enseñaba a tu alma mi dolor, me compartía. Somos uno. ¿Y así me pagas, Reed? ¿Así?

Bloqueó el garr, e intentó asestar un golpe. Era certero, brutal, pero su seele no tenía la suficiente potencia. La punta de su espada resbaló tres veces, en las tres estocadas que dio contra el cuello y pecho de ese cadáver. Drassil sollozó, reflejada sin forma en esa armadura, en la enorme raíz que pulsaba cerca del altar, en su propia mente.

-¡Te ayudé!- le gritó, e Idgray volvió a lanzarlo por la ventana, haciendo que Reed cayera sin energías por el abismo. El muchacho rebuscó en su interior, en su determinación, y logró hacer otro salto, hacia una saliente que colgaba de apenas unos hilos de cuerda- *¡Quité de nuestro camino a lo que te molestaba, a lo que quería separarte de mí! ¡Ese mercenario, el dragón, el general deva! ¡Reed, eres mío! ¡Y de nadie más!*

Anima Mundi colapsó de nuevo desde abajo, y el monumento sobre el que estaba apoyado se erosionó y derrumbó bajo sus botas, obligándolo a correr para salvarse. Llegó a sujetarse de un alfeizar, ingresó a los tropezones a una ventana y Decaheron lo perforó en la espalda con su garra, arrancándole un grito.

-Y ahora- lo miró Drassil, Idgray, con un dolor tal que resonaba en toda la extensión del Árbol- *Tendrás que morir. Por mí.*

Levantó su garr, pero Reed no se dejó impresionar. Su propia mano tanteó el suelo, aplicando su seele allí.

-Seula Chyrmal.

Se derrumbó, haciéndolos caer de nuevo entre piedras y sangre.

Diversas escenas podrían avistarse en las planicies de lo que había sido Deneb Algedi, de tal modo que retratos de leyendas parecían haber cobrado vida. Un grupo de magos celestianos lanzaba sin descanso cadenas de hechizos a un gigante que derribaba soldados; un lancero kamuita acuchillaba a un Necróvalo y lo encajaba en el suelo para que un fornido kiel le cortara la cabeza de un brutal hachazo; un guerrero deva utilizaba su garr para abrirse paso entre las hordas de enemigos, dejando arcos de sangre con cada paso; luces como meteoros pasaban por sobre ellos mientras la Organización de Albion se desplazaba eliminando a las huestes de Asherat, los dragones batían sus alas levantando un viento de advertencia; y al alejarse sus aliados en tierra, descargaban copiosas llamaradas contra los restos de Coto con las que los dejaban derretidos e inmóviles, listos para que los ejércitos los ultimaran.

En síntesis, todo un impresionante trabajo de equipo se estaba librando para deshacerse del demoníaco ejército que había interrumpido el sentido de aquella lucha. Los soldados de Fariel, si bien reticentes a combatir junto a quienes consideraban un

mortal enemigo, se percataban de que algo estaba mal si Unnaon Tau mismo les pedía que fueran camaradas con los kamuitas; y a los kamuitas mismos, agradecidos por la ayuda, le sorprendía verse apoyados en ocasiones por los mismos magos que habían intentado matar, de modo que no hubo un hombre de un reino que no salvara la vida de otro ni fuera salvado a su vez por algún extranjero.

Poco a poco, al parecer, vencían. Los necróvalos eran acabados por el arte de alma, los gigantes disminuían en número, retrocedían y eran sobrepasados por puro coraje; o en ocasiones devas hacían muestra de su valor y se encargaban de alguno de aquellos monstruos, destrozándolos con sus neus. Por aquí y por allá, generales acordaban estrategias y cruzaban órdenes que se complementaban, arqueros señalizaban víctimas para quienes estaban libres; lo que quedaba del Treceavo Escuadrón de las Fuerzas Especiales de Fariel combatía entre gritos de aliento con sus últimas energías, y todo el mundo parecía seguir una misma sinfonía, que viajaba entre los oídos de hombres y bestias, en el cielo impío, oscuro bajo el que tantos morían.

Relativamente ajena a todo ello, Nakku subía la superficie del Tártaros en su forma etérea, utilizando su visión de alma. Alcanzó altura por encima de los dragones, dejando que sus pupilas se dejaran llevar cada tanto por los colores variados de las auras; rebuscó entre toda la ciudadela colgante, balcones, terrazas, torres, escaleras y edificios, intentando vislumbrar su objetivo.

Captó, mucho más arriba, a dos auras que se enfrentaban: una celeste, como el color del agua clara en una playa de Eta Piscium, que sin duda pertenecía a Reed; y otra grisácea, oscurecida, que la bordeaba y empujaba y que supo era la de la Espada Gris.

Se materializó, intentando no prestarle atención. Esa era la batalla de Reed, y si bien planeaba ayudarlo, lo que necesitaba ahora era librarlo de una preocupación. Por eso fue que sus ojos se movieron buscando, hasta que halló lo que necesitaba. Arriba, aun mucho más que los combatientes, un pequeño punto de energía violácea destellaba fijo en su posición.

Nakku se concentró, y volvió a saltar ascendiendo como una estrella. Superó muchos niveles de Dammed Oah de un tirón, y apareció sin aliento en una pequeña celda, frente a un niño que estaba asustado y de pie.

El pequeño retrocedió al verla.

-¿Quién es...?

"Ah." pensó Nakku al observar a la reencarnación de Albion "*Realmente se parecen.*"

-¿Usted conoce al señor?- le inquirió Caxer, atento a su respuesta. Era una pregunta muy extraña en esa situación, en ese sitio que se caía en pedazos, rodeados por esas ramas de plata y por la batalla- El señor que me visitó.

"*Mi padre*" se percató Nakku.

-Vine a ayudarte- lo miró, el rostro inocente, esa pureza infantil- Nos vamos de aquí.

-No sé qué está ocurriendo- le dijo Cax- Pero mi hermano... Debe ayudarlo. Mi hermano está en peligro.

Nakku asintió.

-Es lo que hago, aunque no lo creas- lo tomó de la muñeca, llevándolo- ¿Sabes hacer salto?

Caxer dudó, temeroso. Su pulso, su respiración, todo aquello estaba desbordado, lleno de retazos de recuerdos que perturbaban el flujo de su aura, una pesadilla a la hora

de aplicar el arte. Nakku supo que había despertado, que en algún punto debía de comprender quién era.

Se arrodilló frente a él, y lo miró fijo. Normalmente no tenía paciencia con los niños.

-Voy a sacarte- le explicó- Y luego ayudaré a Reed. Te dejaré en un sitio seguro, y lo esperarás. ¿Puedes prometerme eso?

El pequeño asintió. Sus ojos parecían pozos de amatista, similares a los suyos propios.

Lo tomó de los hombros.

-Sigue mi guía- dijo, y se convirtió en alma. Para su sorpresa el talento de aquel niño era natural. Como si fuera una consecuencia lógica, Caxer también dejó de ser sólido, se hizo un fantasma de luz como ella.

Lo mantuvo tomado de la mano, hablándole con la mayor dulzura que podía, sin poder quitar su mente del hecho de que allí abajo Reed luchaba por su vida.

-Ven. Por aquí, Albion. Mucha gente te ha estado esperando, no sólo mi padre.

Y ambos dejaron el alcance de Drassil, al tiempo en que la celda terminaba de destruirse entre sordos cascotes de suelo y techo, aprisionada por las ramas. En esa huida, lo último que captó y tomó Nakku del suelo, más por reflejo que por pensarlo, fue un quebrado visor con ranuras, que reconoció por haber sido el que tantas veces había tapado el gesto sardónico de Ventrissen. Lo guardó con ella, mientras se movían hacia un lugar más seguro, rezando que en él quedara algún vestigio de su padre para que la acompañara del mismo modo en que creía que el espíritu de Daivok lo hacía.

-¿Te sientes bien?

Habían tenido que detenerse, para vendar la pierna quebrada del mago con unas gasas que hallaron en la despensa, trabajo que Merady realizó a la perfección en unos instantes. Luego la joven noble había parchado las heridas de Reaper, con lo que ambos pudieron caminar maltrechamente, tambaleándose en ocasiones como borrachos.

Pero ninguno de ellos planeaba descansar. Dejaban la Torre de la Alta Hechicería y se dirigían en búsqueda de una ruta que los condujera hacia donde se hallaba Reed.

Reaper temblaba y sus pasos eran flojos. Sangre seca le manchaba bajo los ojos, en la boca, en el pecho y los brazos, pero aun así su preocupación iba para con el mago, cuyo Rubí latía al compás de su corazón y que daba pausas en su vacilante caminar, en las cuales se aferraba la cabeza y seguía.

-Esto es horrible.

-¿Puedes oírlo?- le preguntó el guerrero, admirado- A Baal.

Merady lo ayudaba a moverse, y también observó con detenimiento esa joya. Arksinad asintió.

-¿Y qué dice?

-Que eres feo.

-Merady, acércame hacia boca-cortada así puedo golpearlo.

La joven dio una triste sonrisa, y ellos cortaron la broma de improviso. Sabían que no tenían buenas noticias para ella, y más aun, entendían que Merady ya se había enterado a su modo de lo que había ocurrido con su hermano.

Pero aun así debían continuar.

La ciudad de Babel se veía quebrada, abandonada, y ya todos los monstruos se habían marchado hacía horas a combatir contra quienes estaban en las planicies bajo Dammed Oah. El cielo, recortado por las altas torres inmaculadas, era nublado y oscuro, pero se adivinaba por sobre su nebulosidad la potencia del amanecer que pronto llegaría. No faltaría mucho para que aquel terrible día terminara.

Reaper se soltó de la ayuda que le brindaban, sosteniéndose sobre Angurvadal.

-Quédate aquí- dijo a la chica- Dudo que alguna de esas criaturas regrese a Babel.

-Los devas se encargarán de ellos.

Merady asintió. Arksinad se posicionó al lado de Reaper.

-¿Puedes ver el futuro, boca-cortada?

-Está entre mis muchos poderes ahora.

-¿Y qué ves?

-Que eres fe-

Reaper lo pateó en su pierna dañada y ambos se sobaron por un largo rato, adoloridos. Justo en ese instante una luz se abrió frente a los tres, una que habían estado esperando.

Tearu Vattar apareció, tan majestuosa como siempre, con sus ojos cerrados y los ropajes blancos que ondeaban, la Espada Ur a su espalda. Esperó unos segundos, con calma, a que se enfocaran en ella, y luego hizo una inclinación.

-Sol de la Ciudad Dorada.

Arksinad la contempló extrañado. Reaper en cambio se adelantó.

-Ha pasado tiempo.

La sacerdotisa sonrió.

-Me alegra verte con vida, Reaper. Tal vez debería comunicarte que eres el vencedor del Juego de los Herederos, Arksinad. Aunque, al mismo tiempo, no eres tú a quienes los albinos han jurado seguir.

Esperaron en silencio. Ella suspiró.

-Deben tener prisa. Quieren ayudar a Reed Id Vant, ¿no es así?

-Dalo por hecho.

-Los llevaré a donde se halla- ofreció la deva- Tu control sobre el Rubí aún es magro, Arksinad, eso puedo notarlo. Necesitarán mi ayuda, y Reed Id Vant necesitará la suya.

-Y aquí se acaban todas mis preguntas- Arksinad se adelantó, para que ella cumpliera. Reaper en cambio la escudriñó antes de preguntar.

-¿A qué destino conduce todo esto, Sacerdotisa de Baal?

Tearu Vattar no abrió sus ojos, pero medialunas rojizas se insinuaron bajo sus párpados.

-Nos hallamos en una encrucijada. La nueva era ya está aquí, el nuevo mundo ya está aquí, y sin embargo, puede que toda esta locura se repita en algún futuro incierto. Todo depende... De lo que Idgray Decaheron elija en su vida actual. Y ustedes pueden ayudarlo.

Por una vez, Reaper pareció contentarse con aquello.

-Merady- indicó Arksinad- Si es posible, busca en la Torre algunas de las bocas de Asherat y quémalas. Tal vez eso ayude contra los demonios.

La noble asintió, cansada.

-Y ahora- Tearu abrió esta vez sus ojos, y los deslumbró la luz rojiza del *Zadakil Shunoros*, ese resplandor ofensivo, que sólo Reaper contempló sin problemas sosteniendo a Angurvadal- Es hora del último instante. Estén unidos, Héroes de la Espada. *¡Sacrificar!*

La magia dimensional se extendió, envolviéndolos; llevándolos a aquel espacio infinito que parecía existir entre cualquier instancia de materia; ese torrente continuado de colores y sensaciones, un entramado caótico por el que Reaper y Arksinad se deslizaron con la prisa de acudir en asistencia de Reed.

Se encontraron en una habitación, y antes del mareo, fue el frío y el aire que corría por las roturas en las paredes lo que les indicó que se hallaban en lo alto del Árbol.

Pero no tuvieron demasiado tiempo para aclimatarse. Uno de los muros estalló, y Reed pasó entre ellos chocando la siguiente pared, herido.

-¡Reed!

-¿Chicos?

-¿Qué está pasando?

-*¡Muere, Reed Id Vant!*- se oyó desde el mismo agujero.

-*Eso está pasando.*- ahora entre ellos pasó una ráfaga plateada, y una criatura acorazada estrelló ambas piernas contra el muchacho, quebrando también el otro muro y desplomándolo más allá. Drassil lanzó una nueva oleada de energía de alma, sin prestar atención a los dos jóvenes.

Sin pensarlo demasiado Arksinad le apuntó con una mano.

-*Shinoras.*

La luz dio en el Campeón de la Nada, pero todo lo que causó fue que humo saliera de los cuernos y protuberancias que llevaba en la espalda. Aquel ser se volteó sin verle.

-*No tengo tiempo para ustedes.*- dijo una voz femenina, un reflejo en el gris de esa armadura y en las ramas que se elevaban para mantener la habitación unida.

Reaper tomó a Angurvadal, e intentó asestar un golpe. El garr fusionado al brazo de Decaheron lo bloqueó sin esfuerzo, y el cadáver casi le partió el cuello de un golpe. Pero Reaper no se rindió.

-¡Boca-cortada!

-*¡Jibril Shunoros!*- conjuró el mago, tocando a Idgray. El impulso dominó el cuerpo, pero antes de que fuese lanzado este clavó sus garras, vibrando, manteniéndose sujeto a las baldosas. Reaper aprovechó su concentración para intentar usar su neu.

-¡Angur-!

-*Dejen de interrumpir!*- les gritó Drassil, y su aura se extendió a través de su caballero haciendo que ambos se dieran contra los muros- *¡Esto es entre Reed y yo! ¡Todos ustedes, siempre metiéndose entre nosotros, siempre molestándome! ¡Aléjense!*

Pisó con fuerza, y desapareció como una luz que bajó por donde el de Vant había caído. Toda una torre se fue derrumbando ante el paso de Drassil, directa hacia donde Reed la esperaba con su estrella vuelta una espada.

-*No escaparás.*

Agitó una y otra vez el garr, y esferas de alma se lanzaron hacia el muchacho. Reed conjuró barreras, retrocediendo, demasiado herido como para pensar en otra cosa.

Su protección resistía los ataques de Drassil a duras penas, y sintió que una vena en su frente estallaba de tal esfuerzo. Otros de los meteoros de seele erraron y fueron a estrellarse contra otras casas y ruinas, haciendo estragos con la Ciudad Maldita y con el sueño reconstruido de los devas.

-*¡Reed!*

El espadón fue contra su pecho, y no pudo contenerlo. Fue golpeado hasta desplomarse en un balcón que daba a un valle entre las grandes ramas, a donde el tronco principal se dividía para cubrirlo todo.

El Campeón aterrizó, elevando el polvo con su impacto. Aquella forma refulgente, invicta caminó hacia él, y Reed descubrió que ya no quedaba en él una onza de poder, nada con lo que resistirse.

La espalda le dio contra la pared.

-*Ya termina...*- le habló Drassil con dulzura, acercándose- *Ya todo terminará, mi amor. Es un mal sueño.*

No usaría seele, desde luego, pues no quería eliminar su alma. Eso significaría, pensó Reed sin rendirse, determinado en buscar cualquier mínima oportunidad, que simplemente intentaría atravesarlo con el filo del espadón.

Sus dedos aferraron el mango de su sable, dispuesto a resistirse hasta el final. Una sombra ascendió tras Idgray, y por unos instantes Reed se desconcentró: saltando sobre él, con su propia arma en mano y la mirada decidida, Nakku intentaba asestarle un ataque por la espalda.

Pero de la coraza salieron ramas, que se interpusieron y la golpearon contra el suelo.

-*¡Y tú!*- chilló Drassil, las ramas fusionándose para formar a la figura de Ailai, los ojos inyectados en sangre- *¡Tú, por sobre todo! ¡Tratando de quitármelo! ¡De alejarlo de mí!*

Nakku buscó levantarse, y sin prestarle atención arrojó su propia cuchilla contra el caballero plateado. Creó una fractura en el casco, pero quedó indefensa ante la falsa Ailai, quien con una sacudida de su mano le dio como un látigo en el rostro con uñas que se alargaban en duras raíces.

-*¡Te odio!*

Con un alarido la joven cayó, su rostro convertido en una masa sanguinolenta.

-*¡Nakku!*- gritó Reed, desesperando. La vio retorcer las piernas en agonía, sostenerse la cabeza con las manos, sin dejarle ver qué le había ocurrido o qué tan profunda era la herida.

Lívido, el gris de sus ojos se volvió hacia Drassil, hacia esa figura que se desarmaba para volver a formarse tras su campeón, con ojos fanáticos, ruborizada. La espada dio una risa, al ver de reojo el sufrimiento de la otra.

-Merece aun más- dijo la falsa Ailai al acercarse, con pasos ligeros- *Merecen cosas peores, todos los que te han engañado. Este cuerpo, tu viejo cuerpo... No me sirve, Reed. Te necesito a ti.*

Quiso levantarse, para atacarla. Pero un fogonazo lo interrumpió, y la garra de Idgray se clavó sobre su mano, partiendo los huesos de los dedos, liberándole un aullido de dolor mientras Drassil se llevaba sus garras a la boca con excitación infantil.

-¡Lo siento!- rio- *No quiero dañarte. Sólo quiero matarte. Pero Reed, te resistes tanto. ¿Ya no me amas, acaso, ya no te agrada esta figura? ¿Debo cambiar de forma, debo ser como esa otra?*

Volvió a reír, aproximándose.

-O como era. Ahora debe estar horrible.

Nakku no podía oír, debatiéndose en su escarmiento. Reed sólo pudo apretar los dientes y usar su mano sana para tomar su sable, para intentar incorporarse de nuevo.

-Ah, sí...- Drassil acarició su mejilla, contemplándolo- *Eso me gusta de ti, no sabes cuándo rendirte. Pero ya no tienes nada por lo que luchar, Reed. Nada. Esta nueva era será la última de todas. Para tu próxima vida, para nuestro próximo encuentro... No dejaré nada que pueda separarte de mí.*

No quería dignarse a responderle, ni verla a los ojos. Simplemente siguió intentando llevar fuerza a sus rodillas, a sus brazos, convertir su estrella. Debía poder lograrlo. Antes, como Sephid, no había sabido quién era, pero ahora lo comprendía, ahora debía de poder acceder a todo su potencial.

La mirada de Ailai perdió su humor, ante su silencio. Dio unos pasos hacia atrás, y ladeó el rostro.

-¡Nada!- gritó, extendiendo los brazos, y toda Dammed Oah se sacudió moviéndose en un temblor- *¡Nada para ti en este mundo! ¡Que caigan las estrellas del cielo, que se derrumbe todo ante la magnificencia de Horrxikkrron! ¡Que crezcan los frutos de la inconformidad y den su juicio sobre las almas condenadas que YGG trajo para su perverso placer!*

-¡No!- rogó Reed, comprendiendo qué vendría. Pero Drassil reía, y, con esa inmensa alegría, condenaba a miles a desaparecer para siempre bajo el alcance impensable de su seele.

...

Y en ese momento, antes de que el amanecer diera inicio, pareció que el cielo caía sobre todos.

El primero en verlo, tal vez por haber sido más despierto debido a sus años de correrías en las callejuelas de Deneb Algedi, fue Gio Reda. Junto a su general y sus compañeros un destello le llamó la atención, haciéndolo levantar la vista; y como muchos que le siguieron, pudo ver cómo desde las largas ramas del Árbol de la Nada se formaban estrellas macizas, que flotaban colgando tal henchidos frutos, creciendo y multiplicándose como un virus en su superficie.

Una de ellas estaba justo sobre él. La vio, y la estrella descendió en un pilar.

Yeguilex, Leude y Org no alcanzaron a oír qué advertencia, qué grito dio el joven ahora. La columna de luz lo alcanzó, como muchas que cerca y lejos se proyectaban en el terreno de la batalla, y el cuerpo de Gio Reda se difuminó al instante, sobrepasado por el seele de Drassil.

Nada quedó de él.

-¡Gio!- lo llamó Yeguilex, corriendo hacia el cráter. Leude lo tironeó del peto, para salvarlo. Un nuevo pilar de luz descendió justo donde había estado, dejando otro hueco de inexistencia que por poco no lo alcanzó.

Yeguilex miró a su alrededor, totalmente perdido. Gio había desaparecido. Pero no era por lejos el único: en todo lo ancho de la antigua Deneb Algedi, una lluvia infernal descendía; truenos inmensos, plateados, que los aturdían con su fuerza caían por doquier, pulverizando sin discriminar a hombres, kiels, Negróvalos, devas, destrozando casas y trincheras; y no parecía haber modo alguno de evitarlos.

Los esbirros de Coto, contemplando el castigo que caía desde el cielo, se mantuvieron quietos aceptando aquel destino, como los dignos seguidores de Idgray Decaheron que eran. Inmensas fuerzas de alma los aplastaban, y quienes habían estado luchando ahora debían retroceder, entre el caos y el desorden, entre gritos de auxilio y de horror, mientras el mundo mismo parecía colapsar.

-¡Ayuda!- oyó Yeguilex gritar a alguien, y sólo pudo ver, boquiabierto, como todo un regimiento era borrado con otra sacudida del Árbol, cómo morían en masa. Los dragones, desde el cielo, intentaban esquivar las estrellas que caían y sus cuerpos eran fulminados; algunos se elevaban intentando atacarlas sin éxito, la mayoría parecía dejando sus corazas caer para estallar en mil pedazos.

Corrió, esquivando junto a su teniente. Org había desaparecido de su vista de un momento a otro, se había desorientado de qué hacía allí, de nada que no fuera el hecho de que iba a morir. Los seelers pasaron por entre varios hombres, intentando cubrirse de los impactos con barreras de alma, pero sus esfuerzos fueron inútiles cuando los pilares de luz redujeron a añicos sus defensas, eliminándolos a ellos también.

Toda la llanura era aniquilada bajo el árbol; más allá, hasta donde alcanzaran las ramas más alargadas el desorden reinaba, las órdenes de retirada, los Negróvalos mismos desaparecían entre chillidos de espanto, los devas rezaban a Baal mientras intentaban reagruparse, las sacudidas impresionantes que daba el suelo al ser embestido una y otra vez, como las gotas que resbalan de un vidrio durante la lluvia, cada vez con más muerte, cada vez más desapariciones ante los ojos de los que lograban mantenerse con vida.

Sólo en ese momento, para Yeguilex y para muchos, el cuadro de la guerra adquirió otra dimensión. Porque ya no eran reinos contra reinos, ni mortales contra monstruos, sino que todos parecían formar parte del mismo designio, condenados a sufrir y maldecir en vano. Y a los ojos de quienes podían ver, atontados por lo que ocurría, sordos a los alaridos y a la destrucción, kiels, humanos, ahuras, devas; incluso los genios que acobardados buscaban el refugio inútil de las casas; los rasgos de todas esas especies se borrarían para desaparecer del todo; el miedo y el sufrimiento en sus ojos fue el mismo, parecieron todos parte de una tragedia, en la que los dioses bailaban por sobre sus cabezas deleitándose con su muerte, en la que ellos reían entre lágrimas para desaparecer; figuras demoníacas danzando sobre hogueras antiguas, la tormenta más poderosa dando retumbes de tambor sobre el continente; un horror péfido, más antiguo que la luz misma, un horror que existía desde que la primera madre había visto a su bebé extinguirse, desde que el primer hombre contempló las estrellas lejanas

acostado en una llanura, un horror que siempre había estado ahí y que habían buscado espantar con guerra y con amor; ahora descendía, ahora terminaba por fin con los años de aquellos quienes habían vivido.

Pero viendo aquello, el puño de Yeguilex DaWillse se apretó. Y dejó de huir, dejando que a su alrededor todo se desintegrara.

Y alzó la cabeza hacia el Árbol.

...

Todo llegaba a su fin.

Por entre los huecos que dejaban los grandes troncos, la Lluvia de Estrellas Caídas se veía como una sucesión de cometas fugaces contra la tierra, y abajo se oían gritos, aullidos, la perdición eterna.

Nakku había callado, consciente a duras penas. Arriba, cerca del balcón, Arksinad y Reaper se arrastraban acercándose; frente a Idgray, de rodillas, Reed se hallaba entre sombras, pensando, dejando su corazón abrirse ante él.

Y vio mil cosas.

Fueron unos segundos, quizás, pero fue como si viajara a través de su vida, de la vida que su hermano había permitido que tuviera tras su caída en Dammed Oah. Reed supo que a su alrededor almas se desvanecían, y pensó en eso, en el alma, en qué era lo que significaba. Era extraño, con todas las lecciones de seeler que había tenido, que nunca se hubiera preguntado qué motivo había para tal cosa, para una esencia, por qué los dioses habían decidido que, tras una historia, su existencia se perpetuara de nuevo, y de nuevo, quién sabía cuántas veces.

Rebuscó en su interior, sintiendo su corazón latir. Y estuvo con Scarrow, sentado, mientras el viejo mago le relataba una historia de aventura en la que combatía contra un poderoso ogro, y Reed lo oía maravillado, deseando que esa fuera su vida, deseando que su vida fuera esa perfección infantil, inalcanzable.

Scarrow se perdió, pero su silueta pareció acompañarlo en silencio mientras continuaba ese sendero de luz, de su propio ser. Esta vez eran Caxer, su madre, incluso su padre viéndolo con orgullo cuando era un bebé en su cuna. Reed jamás había sabido que su padre pudiera haberlo mirado de esa forma, pero comprendió que era cierto. Y Majaka, rezando por su suerte, y Cax, soñando con sus viajes, y el hogar que había odiado pero que siempre tendría, que después de todo siempre lo esperaría.

Y pisando otra huella de polvo, dio otro paso.

Caminaba, por infinitos senderos, con Arksinad y Reaper acompañándolo. El camino ascendía hasta lo más alto, bajaba hasta los infiernos, pasaba pruebas imposibles y hería, pero ellos estaban con él, atados, y no importaba cuánto se alejaran sus almas estarían unidas, sujetas por un hilo que ya no se podía cortar. Supo esto, y se sintió otra vez bendecido.

Dio otro paso, y sus rodillas recuperaron fuerza.

Más, más personas. Yeguilex y sus hombres, el capitán Van Lyder, Shimari y Sepsid, Eluid Skardtril y su hermana, Gallahard y Brisafiel, incluso Ventrysten permaneció tras él, con su sonrisa llena de confianza. Ya no caminaba, sino que corría,

corría hacia la luz que lo esperaba del otro lado. La determinación lo envolvía, aumentaba el pulso de su propia alma hasta sobrepasarlo. Sintió su jornada, el camino que había recorrido, los altibajos, las veces que había maldecido, las veces que había llorado, las veces que había reído, y corrió, y corrió, y corrió. Sintió a Nakku, junto a él, y también el espíritu de Daivok que aceptaba su muerte, y el sendero de luz pareció florecer, los pétalos volando por los aires, y allí, del otro lado, a él, a él que tenía cabello gris y ojos de piedra que se abrían, a él, Idgray Decaheron, Albion le sonrió tendiéndole una mano.

Y Reed Id Vant miró a Drassil, levantándose.

-Después de todo esto...

Ailai lo miró, lo vio cruzar los brazos sobre su estrella, infundiéndola con el núcleo de su alma, convirtiéndola en su verdadera arma seeler.

-¿Qué intentas hacer...?

“Nunca tuve la obligación de estar vivo” pensó Reed, pisando con firmeza mientras creaba su espada. “Y las pruebas que se pusieron ante mí siempre me dañaron más de lo que quería. Pero aun así... No, precisamente por ello, por lo que perdí...”

-¡Reed!

-¡ATRAVESARÉ!- gritó, lanzándose hacia el Campeón de la Nada.

Abajo, al mismo tiempo, ante los pocos que se mantenían con vida y lo oían, Yegulex DaWillse bramó su orden desde lo más hondo de su pecho.

-¡CARGUEN! ¡Hacia el Árbol!

Y mientras Reed corría hacia su enemigo, humanos, ahuras, kiels, devas; todos juntos corrieron, sorteando los pilares que los azotaban, cayendo, ayudándose a incorporarse, muriendo y saliendo adelante en dirección a la inmensa abominación que los fulminaba, al Árbol que había matado a tantos que conocían y amaban.

Drassil retrocedió un paso con un gemido de espanto.

-¡Están dementes! ¡Todos ustedes están dementes, son monstruos! ¡No los entiendo! ¡No puedo entender por qué eligen esto!

Reed volvió a golpear sus manos, y la estrella pareció adquirir forma, creciendo, aumentando para volverse algo alargado que se desarrollaba al tiempo que corría.

-¡Mi Campeón!- gritó Ailai- ¡Envía todo esto a la inexistencia! ¡Que todo descienda para siempre, Reed Id Vant!

Idgray extendió sus brazos, concentrando el seeler en su pecho en una esfera negra, que arrojaba truenos a su alrededor.

-¡Reed!- alcanzó a gritar Nakku, viéndolo a través de la sangre. Los ojos grises se enfocaron, reflejados en el casco sin rendijas, y ambos héroes se miraron con odio, decididos, determinados a terminarlo todo en aquel choque. El muchacho saltó, con su arma a medio formar, e Idgray hizo estallar aquella esfera de oscuridad. Ante ella una explosión de aura y energía barrió el suelo, levantó viento, la cegó por completo con polvo y luz.

Pero Nakku se sacudió la sangre que le impedía ver. El corazón se desbocó en su pecho. Entre el resplandor y el humo dejados por el ataque de Idgray, el abrigo rojo del joven volaba hecho trizas, flotando como una bandera a la deriva.

Sintió su voluntad partirse, durante esos segundos. Pero el impulso y el viento se llevaron el polvo, revelando la escena tal como era. El iris de Reed estaba cerrado, contraído, y su arma seeler estaba completa: un espadón brutal similar a una estrella, una versión gris de la misma espada Ur que Baal había utilizado para matar al Dios de la Nada. La sujetaba con ambas manos, utilizándola para perforar el pecho de Idgray

con un poderoso corte, y su camisa estaba quemada por la explosión, dejando ver debajo las ropas negras de la Organización que habían formado con la piel de los daevas muertos.

El peto de Decaheron cedió ante el poder de esa espada, y Nakku vio a Reed golpear con su puño ya sanado la cara del enemigo, hundirlo, hacerlo retroceder hacia el borde del abismo. Nada parecía frenarlo. Impactó con su espada una vez, y otra, cortó las piernas, perforó el brazo, descargó toda su ira asesina contra aquel muñeco impacto tras impacto, su alma destrozándolo, haciendo pedazos a Idgray bajo la mirada orgullosa de sus amigos. Ya sabían que Reed había vencido, lo conocían.

-¡Reed, espera!- aulló Drassil. El muchacho sujetó el rostro del deva, lo quemó con su aura, atravesó su hombro con su garr y volvió a cortar, y a cortar, y a cortar sin detenerse, poseído por la furia.

Lágrimas aparecieron en los ojos de Ailai.

-¡Reed, NO!

-Drassil- levantó su espada él con ambas manos, sus pupilas llenándose de una crueldad serena- ¡CAE!

Y dio un último golpe con todo su poder, con todo el poder que tenía. Bajo ambos, el balcón se desplomó convertido en cenizas, y tanto él como el cadáver se precipitaron cuesta abajo, chocando contra los bordes rugosos del Árbol, dando tumbos en vertical mientras eran arrojados por la gravedad y por la potencia del seele, descendiendo en un último meteoro que atravesó como una lanza el centro mismo de Dammed Oah.

Caían. Bajo él, entrechocando, apenas manteniéndose con vida, las ramas abandonaban a Decaheron y su rostro podrido, más esqueleto que deva lo contemplaba muerto, el rostro de su pasado y del error que había cometido.

Caían. Reed creyó gritar, furioso, contra todo, contra Drassil y lo que dejaba atrás, quizás contra el mismo mundo que lo rodeaba.

Caían, entre los golpes y el aire que subía silbando, el batir sordo en sus oídos, y juntos perforaron el suelo con un golpe que se extendió abriendo todas las ramas, una onda expansiva que interrumpió la Lluvia de Estrellas y llamó la atención de todo el mundo con su vasta destrucción de la Ciudad Maldita.

Y Reed cerró los ojos, recordando una visión.

Todo comenzó cuando Drassil descendió hacia el corazón de Albion.

Este se creyó entonces muerto, y sin embargo, el filo se detuvo a centímetros antes de clavarse forzosamente entre las baldosas. La espada vibró, indignada. Y la mirada de Albion, anonadada, subió para encontrarse con los ojos de su hermano.

Idgray lloraba. Lágrimas gruesas resbalaban por sus mejillas y bajo su estigma, cayendo por sobre su capa y el suelo. Esas gotas, ese gesto, lograron que Albion se horrorizara como jamás lo había hecho, que se adelantara poseído por una emoción que no podía entender.

-Hermano...

-Huye, Albion- le dijo Idgray- No puedo controlarla. No puedo controlar a esta cosa.

Los ojos del mago vieron de reojo al garr, a Drassil. Comprendió que lo que su corazón había creído todo ese tiempo era correcto, que las acciones de su hermano habían sido guiadas, que había algo más que perverso en aquella arma que podía tomar la forma de la mujer a la que ambos habían amado. La espada que tanto había deseado, la espada que había venido a buscar, por la que tantos años había envidiado a su hermano...

Esa misma emoción arrancó los ojos de esa espada, como si se tratara de basura. Se acercó a Idgray.

-Dime, hermano- se arrodilló frente a él, cara a cara- ¿Sueña todavía tu corazón con destrucción?

Las lágrimas seguían fluyendo, e Idgray asintió. Pero el mago de las leyendas le regaló una sonrisa radiante.

-Idgray. Soy, y siempre seré, un egoísta. Lo sabes, ¿no es así? Pero en este mundo... Alguien como yo pudo vivir cosas increíbles. Desde que me fui, cuando discutimos, debió de ser la mejor decisión que pude haber tomado. Conocí pueblos, hermano, criaturas, pruebas, y gente me ha seguido y me ha odiado, gente me ha querido matar o me ha amado. Y estoy por morir.

-Albion...

-Pero precisamente porque voy a morir- rio el deva- Es que todo esto me ha hecho tan feliz. Porque voy a morir, tiene sentido para mí que mis seguidores planeen esperarme por siglos; porque voy a morir, tiene sentido lo que planeo hacer ahora.

Y apoyó un pulgar en la frente despejada de Idgray, y la otra mano en su corazón.

-¿Qué estás...?

-Esta vida- continuó Albion- Es un mal sueño. Tendrás otra, Idgray Decaheron, en la que puedas arrepentirte de todo el mal que causaste. En realidad, no es eso lo que me interesa. No, ciertamente no soy quien para hablarte de redención. Pero sí puedo decirte que me divertí. Me divertí, y amé a este mundo. Quiero que vivas aventuras como las viví yo, quiero que conozcas gente que te ame, más allá de esa inútil espada. Aprende sobre esta existencia, antes de odiarla.

El Señor de Dammed Oah calló, observando a su hermano manipular el seele, la magia, el neu, todo al mismo tiempo en un hechizo perdido. Sintió su propio ser reverberar, moverse junto al de Albion, y se vio liberado de sus ataduras, dejando su cuerpo, abandonándose.

-Y recuerda- dijo el mago, también entre lágrimas- Que estaré contigo. Al menos en eso, sé que el destino nos será propicio.

Idgray cerró los ojos, saliendo de esa oscuridad y de esa vida.

Al entreabrirlos, Reed Id Vant se halló frente a frente con Ailai, que lo contemplaba con una sonrisa.

El cadáver del deva ya era polvo, bajo él, y los restos de su coraza habían tomado la forma de la joven. Tal vez lo único que se había mantenido a salvo del impacto había sido el brazo con el garr, el mismo que, con una sensación helada, le atravesaba ahora el corazón de lado a lado.

Vomitó sangre, sobre Drassil. Ella acercó su rostro al suyo con dulzura.

-¿Morirías por mí, Reed?

Lo último que vio antes de que su vida se extinguiera fue a la sacerdotisa, derritiéndose, ya sin un cuerpo que le permitiera proyectarse.

No llegó a sentir como se desplomaba contra la tierra.

...

Arksinad, Reaper y Nakku fueron los primeros en verlo, y al entender lo que había ocurrido corrieron hacia él, llamándolo a los gritos, presas del espanto y la tristeza.

Afuera, los hombres seguían avanzando hacia el destruido Árbol de la Nada.

Reaper abrió sus ropas, con el pulso temblándole tanto que lo entorpecía, pálido, apenas dominándose. Arksinad simplemente retrocedió, y cayó sentado, incapaz de hablar. Era una cicatriz enorme, que lo cruzaba del todo, una hendidura imposible de sanar.

Deihr Bellow lloraba, e intentaba curarlo con su aura en vano. Pero la faz de Reed estaba calma: en la muerte, parecía sólo víctima de un plácido sueño. Una ausencia de sonido absoluta los dominaba, como si el mundo se hubiera detenido, como si ya no cupieran más voces y junto a la vida de Reed Id Vant se hubiera ido alguna melodía, algo que daba sentido a lo que podían oír.

Volvió, cuando Nakku lo tomó del cuello de sus ropas.

-¡Vive!- le gritó, su propio rostro oculto por la sangre y las heridas- ¡Dijiste que vivirías por mí! ¡Lo prometiste!

Tras su duelo, tras Reaper que estaba cabizbajo, en sombras, tras Arksinad que se había desplomado cubriéndose los ojos con el brazo, un brillo dorado los inundó. Allá, por la llanura, el amanecer llegaba: el sol irrumpía con sus rayos, tiñendo el firmamento de colores variados, y cientos de caras demacradas, heridas, sin esperanza eran iluminadas, bañadas con un nuevo esplendor, cubiertas por una nueva bendición.

Recortada y difusa por el astro naciente, una figura caminó entre ellos. Nadie pudo emitir palabra al ver a Tearu Vattar acercarse al cuerpo de Reed, sino que los dominó una contemplación absorta.

La sacerdotisa se arrodilló junto al muchacho, y apoyó una mano en su frente.

-Idgray, mi viejo amigo- dijo- Tendrás tu oportunidad. Y Baal cumple sus promesas. En esta encrucijada, cuando realmente veas lo que hay frente a ti, me pregunto, ¿qué camino elegirás?

Reaper se adelantó, y quiso decir algo. Su voz no llegó a salir. Tearu miró al cielo en una plegaria, y el sol pareció crecer en intensidad, superándolos, y el Rubí de Arksinad resonó como el latido de un dios y una onda invisible se extendió por cielo y tierra, creciendo, capturándolo todo.

Poco a poco, el tiempo comenzó a retroceder en sus pasos.

Tearu mantenía el hechizo a costa de su vida, con aceptación. Los tres que habían ido a ver al muerto retrocedieron, conscientes, forzados a alejarse de la persona por la que habían derramado su tristeza. Solos, ya, en los estragos del centro del Árbol, los cuerpos de Drassil y Reed comenzaron a recuperarse; el muchacho flotó, se puso sobre la espada que se reconstruía, el rostro de Ailai afloró de nuevo, los ojos de Reed se abrieron, vivos, observando.

La sacerdotisa continuó su plegaria. Reed y Drassil flotaron, ascendiendo lentamente, girando juntos como en una danza, envolviéndose en un sólo abrazo y un sólo ser. Él veía los ojos, esa espada, sentía el amor que le tenía, y subían, subían, subían, y el gris los encerraba, los escombros ascendían, y más allá, ante la oscuridad que regresaba, miles de hombres marchaban hacia atrás, pisando sus huellas, y estrellas subían de vuelta al cielo, y todo el mundo parecía una gran obra.

Lo amaba. Al verla tan de cerca, frente a frente, Reed pudo comprender eso de la espada. Temía, odiaba, sufría, pero también había sido cierto que lo amaba.

Y él...

-¡Hermano!- oyó una voz, y se percató de que el hechizo había concluido. Caían de nuevo, el tiempo había regresado a la normalidad, ya no había rastros de Tearu Vattar allí abajo en el largo abismo que lo esperaba con su muerte.

Alzó los ojos y vio a Albion, tendiéndole su mano.

Se aferró de la muñeca de Cax y Drassil cayó sin él por el abismo, su largo cabello blanco ocultando su expresión. Por la caída, su brazo pareció restallar con un agudo dolor y dislocarse en varias partes; pero Caxer usó todas sus fuerzas para sostenerlo, colgando del precipicio, mientras que abajo el cuerpo de Idgray impactaba y la explosión se repetía barriéndolo todo.

Logró subir a ese balcón, y se apoyó sobre sus rodillas y su mano. Caxer estaba frente a él, Albion estaba frente a él, justo como todo había comenzado.

Contempló con una sonrisa, a su pequeño hermano. Luego se oyeron ruidos, allá, por detrás, Reaper, Arksinad y Nakku subían apresurados; y al verlo la última se adelantó hacia él.

Se puso de pie con dificultad.

-Creo que está-

-¡Idiota!- le gritó ella. Pero luego se arrojó sobre él, abrazándolo con todas sus fuerzas, y Reed le devolvió el gesto bajo las sonrisas de su hermano y sus amigos, pensando que definitivamente, Albion Decaheron era el héroe de leyendas que lo había salvado.

-Epílogo-
25. Es Un Mundo Hermoso

Un nuevo día da inicio.

Bajo el canto de las aves que regresan, atraídas por la promesa de que la abominación ha sido acabada, hombres vuelven en pie, con esfuerzo, se toman de la mano para ayudarse y contemplan ese amanecer, ese comienzo que borra las sombras con las que han estado batiéndose.

Los devas permanecen agrupados, desconfiados, pero no hay enemistad alguna entre los soldados que procuran acercárseles, admirados de las hazañas que les vieron realizar. Kamuitas y farielenses, sin atreverse a hablarse, tampoco parecen tener ya intención de empuñar sus armas unos contra otros. De los hekantoquiros, de los Necróvalos, sólo rastros humeantes quedan, y los dragones parecen danzar por sobre las aves, celebrando la victoria con potentes rugidos.

Lejos, en las ruinas de la ciudad, algunos de los que se escondían emergen de sus madrigueras hacia la luz con timidez, asombrados por el silencio que domina las llanuras. En un sitio similar, arrojado contra el suelo, Gallahard Arleon despierta y se encuentra cerca de un pozo, y a su lado, con ojos cerrados y una sonrisa, Jalomar Id Piscium se halla muerto, la mitad de su cuerpo fundido por una de las estrellas que cayeron, pero relajado como si aquella muerte fuera un precio mínimo, un regalo por haber podido empujar y salvar a su protegido del mismo destino.

Yeguilex también se ha arrojado, pero por el cansancio. Siente una voz, mira, y ve a Bullwe asomarse sobre su campo de visión, masticando un viejo pasto seco. Del otro lado, Unnaon Tau, el emperador Crandor, y Ladón esperan a Shimari y a quien se declare el líder de los devas albinos; pero al menos la reina está lejos, entrando a Babel, siguiendo una pista muda.

Y el sol se sigue elevando.

Al aparecer, quebrados, malheridos, pero aun así caminando, Reed, Reaper, Arksinad, Nakku y Caxer son seguidos con miradas llenas de respeto, que los reconocen como quienes hundieron el Árbol, que les dan a los cinco el epíteto de héroes. Múltiples luces caen, frente a ellos: decenas de personas envueltas en sombras que se arrodillan, encabezadas por Cirse Id Flow, Xelos Id Nein y Lenn Id Lavos, todas inclinándose hacia el niño, hacia la verdadera reencarnación de Albion Decaheron que los contempla sin saber qué hacer, mudo, de vuelta con sus seguidores.

Nakku se separa del grupo, y al verla, la general Rashka Wisel se le une. Saluda con un asentimiento a Reaper, amagando una sonrisa en su adusto rostro, sus ojos se pierden por unos segundos en Reed, que ve en ella a la descendencia de Ailai, y ambas entran a la carpa junto a los demás líderes.

Los tres jóvenes miran aquello, y Reed sonríe.

-Shimari no estaba allí.

-Creo que se está encargando de otro asunto- comenta Reaper, rascándose el cuello, y mira al mago- Lo que me recuerda...

Arksinad asiente.

-Nosotros también tenemos algo de lo que encargarnos. ¿Puedes esperarnos, Reed?

-Claro- dice él- No tengo nada que hacer.

Pero en cuando sus amigos se van, y queda solo, recorre con calma las improvisadas camillas donde han depositado a los heridos, ayuda a sanar algunos con seeler, se encarga de vendar su propio brazo dislocado, rastrea con su mirada en búsqueda de una persona. Nota que su espadón, antes cargado de poder, apenas parece pulsar de energía. Drassil ha muerto. De ahora en adelante, si las bases del arte no le mintieron, comenzará a haber más y más gente de su tipo.

Oye una voz, y la persona a la que buscaba lo encuentra a él. Van Lyder se le acerca, lo estrecha en sus brazos y contempla sus heridas, en la cara, las ropas abiertas que dejan ver una marca en forma de estrella, allí donde el tiempo retrocedido borró la herida con la que la espada lo mató; contempla el brillo mortecino de sus ojos.

-Reed Id Vant- pronuncia, con orgullo.

-Capitán- lo saluda- ¿Piensa regresar a mi pueblo, en algún futuro?

El hombre duda, y termina por asentir, poniendo las manos en la espalda como cuando se conocieron.

-Hay una tumba sin huesos que quiero visitar- dice- Y, veo que Caxer también ha conseguido escaparse. ¿Pero deseas volver, Reed?

-Sí- dice él- Sólo por un tiempo.

Después de todo, Vant es su hogar.

Shimari descubrió, para su pesar, que ni Mila ni el huevo de Asherat se hallaban ya en Babel. Ambos parecían haberse esfumado en el mismo aire, disminuyendo sus esperanzas de hablar con la joven bruja que la había atacado en la Forja, la cual sabía, por haber hablado con Baal, podía ayudarla a saber qué había sido de Sephid, dónde estaba su fiel guardián que se había perdido de su alcance.

Fue con algo de tristeza que caminó, entonces, por la desolada ciudad de los magos. Su paso sin rumbo, ya lejos de la Torre la llevó a través de salones de té, de la biblioteca, de las tabernas que los hechiceros habían frecuentado tantas veces y que ahora estaban vacías, despobladas de sus habitantes.

Oyó, tras unas casas, un ruido, un grito y un golpe. Con su arco en mano fue a ver qué pasaba, temiéndose que no fuese bueno: en efecto, vio a una joven de vestido, y

arrojándose sobre ella con un rugido muy poco humano había un hombre encorvado, rengo, de cabello rojizo y dientes puntiagudos.

Pero Merady acuchilló a Zark, con la daga que Duran le había dado.

-¡No puede *haberr perrdido!*- gritó el Cuatro, retrocediendo, acobardado-
¡Vannael *Danterrkiss* Eel...!

-Perdió- dijo Shimari a su espalda, y soltó la flecha que ya tenía tensada.

El mago fue atravesado en el otro pie, los ojos se le llenaron de lágrimas, chilló algo incomprensible con respecto a quienes usaban arcos y terminó por arrastrarse huyendo, perdido. La reina de Kamui le apuntó, viéndolo alejarse a la distancia, bajo la mirada impresionada de aquella jovencita.

Pensó, mientras veía a Zark alejarse, en qué hubiera hecho si se hubiera encontrado con Mila, si esta le hubiera dicho que Sefhid había muerto.

Y una ira total la abrasó, casi logrando que su pulgar e índice aflojaran la cuerda y todo terminara para aquel monstruo de hombre. Sin embargo, como lo había hecho desde pequeña, la contuvo y sonrió, bajando su arma. El atacante ya estaba lejos, dando saltos patéticos, y no podría llegar a ningún lado sin que los ejércitos lo apresaran. Aquello estaba terminado.

Con un suspiro, se sentó al lado de Merady Skardtril, y le preguntó su nombre. Ya estaba cansada de planes e iteraciones.

Por horas, dentro de esa gran carpa, los grandes líderes del mundo deliberaron. Nakku se permitió hablar de parte de Shimari; en representación de los intereses de Kamui y el pueblo deva. Crandor, quien se hallaba agotado y con pocas energías para juegos de palabras, agradeció la ausencia de la reina, aunque sus ojos buscaban cada tanto a su campeón, a Reaper, como una muleta que necesitara. El único que no tenía heridas nuevas, desde luego, era el anciano Unnaon Tau, pero sus hombros parecían soportar un mayor peso que el resto mientras oía y hablaba, y decidían, y decidían.

Allí afuera, entre las multitudes que esperaban, la voz ya se había corrido gracias a Omega y los demás sobrevivientes de la Cámara de los Diez. Kamui pedía un acuerdo de paz; había sido Vannael Danterkiss Eel quien destruyera la capital de Fariel; los datos, muertes, revelaciones de las investigaciones de Haluar Marketz, Aibol Saendil y Duran Id Scion salían a flote, eran comentadas de boca en boca, expresiones de asombro, incredulidad, maldiciones y comentarios oportunos surgían; y a todo esto los miembros del Treceavo Escuadrón lo escuchaban felices, entre sus camaradas del ejército que les aceptaban, esperando como el resto a ver qué ocurría allí adentro.

Y el mundo cambiaba.

Sólo quedaba una cosa, después de todo. En Babel, abriendo por segunda vez las puertas de la Torre, Arksinad y Reaper ingresaron y, en vez de subir como lo habían hecho, volaron con un conjuro la entrada encadenada que daba al sótano, aquella por la que el mago se había inmiscuido alguna vez en su infancia.

En silencio bajaron las escaleras. Como si fueran las memorias de su infancia, el recuerdo que Vannael había querido preservar a toda costa, todo era idéntico, las

mismas paredes de roca gris, las antorchas mágicas que se encendían, el mismo cuarto atiborrado de viejos objetos en el que una vez el Uno lo había frenado, mandándolo a su habitación.

Pero ya Vannael no estaba. Así que ambos, siguiendo una premonición del mago, continuaron el camino nunca pisado, lo que con celo el Rey había estado ocultando bajo su torre. Atravesaron puertas, niveles que se repetían, largos pasillos en los que un alma solitaria había vagado durante mucho tiempo. Recorrieron aquello en paz, caminando sin destreza por sus heridas, y vieron una última entrada a un subsuelo, y la cruzaron, y llegaron a la habitación más honda de toda Babel.

Allí, flotando congelada en un inmenso cristal, la elven Aiwass Flowrian Aurora dormitaba plácidamente, eternamente joven, su largo cabello ondas plateadas que la envolvían.

Reaper tomó a Angurvadal, y activó su neu.

-Madre de Ruin- dijo Arksinad, tomando el ala de su sombrero y contemplándola- Es hora de que despierte.

...

Tantas cosas pasaron, luego de ese día fatídico. Reed, Reaper y Arksinad se despidieron por el momento de Shimari, de Nakku y de los devas, de Yeguilex y sus hombres, de Gallahard y Merady, y decidieron volver a pasar unos días en Eclant, como habían estado durante los primeros meses.

Antes, presenciaron la llegada de la Ciudad Dorada a ese mundo. Con el Rubí, y la guía de Baal, Arksinad abrió las dimensiones de nuevo y una brecha se extendió, ante las miles de personas que habían ido a presenciar aquel acto, en las puertas de la echada Babel. De allí, más desorganizados, cruzaron de vuelta a ese mundo cientos de devas: los devas no guerreros, bendecidos, que llegaban temblando de frío y maravillándose ante el verde que los rodeaba, y eran recibidos por los humanos que les ofrecían mercancía y alojamiento; por militares que les aplaudían, por los Grandes Líderes que habían conformado una nueva Alianza, todos inmigrantes que regresaban a su tierra tal como en sus sueños lo habían hecho. Reed saludó a Reginald, el médico, y también a Lialbe y Desma, los padres de Linith, quienes lo llenaron de abrazos y besos para terminar depositando en su mano un juguete, una miniatura de arca, la misma que el hombre le había prometido cuando se separaron.

-¡Pero aquí hay una mucha mejor!- rio el deva, al contemplar a Babel.

Linith, quien había pasado los últimos días junto a Cax, lloró al abrazar de vuelta a sus padres. En cuanto al niño, permanecía rodeado por los seelers a todo momento, conociéndolos, y habían decidido que lo entrenarían en el arte de alma en Gikeldor, en donde él quería regresar a ayudar en honor a Eluid.

Dado así, ya su hermano era de vuelta el líder de la Organización. Nakku, en cambio, había sido elegida por los devas como su jefa, junto a Arksinad, nuevo Sol de Baal. Con el rostro lleno de vendajes todavía, la joven elevó un brazo ante el atardecer y el pueblo dorado gritó, rugió, estalló en vítores de alegría por el deseo que al fin cumplían.

En general, Arksinad tenía ahora una suma impensable de responsabilidades. Avatar de Baal, Visionario de los Devas, y también desde luego el hecho de que aquel barco inmenso, Babel, había sido cedido bajo la firma misma de Vannael a su nombre; gesto que muchos interpretaron como un perdón para su alumno y que ellos, sabiendo cuáles habían sido las intenciones del monarca al querer ocupar el cuerpo del mago, comprendieron y hasta esperaron.

Pero Arksinad no podía ser rey de dos lugares, así que en broma habló de mover la capital hacia donde los devas estarían en Gikeldor. La multitud no rio ante su comentario, y el Nueve tuvo que bajar la vista, abucheado sólo por Bullwe quien se había encariñado con su nueva casa en la ciudad.

La historia continuó arreglándose a sí misma; incluso cuando ellos habían huido de regreso a Eclant, en donde Amu los recibió con abrazos y lágrimas. Supieron, en los subsiguientes días que pasaron relajados, bebiendo, jugando, charlando entre ellos y dando paseos por el pueblo, que Fariel cedía a las pretensiones kiel para restaurarse, en una alianza que convertía a la Cámara de los Diez en un senado que limitaría la acción de Crandor al gobernar. Pero el emperador no podía estar más satisfecho. Sobre Gikeldor, en donde gran parte de los devas se agruparon, se declaró tierra de la Alianza y con las riquezas traídas de la Ciudad Dorada, más las cuotas cobradas de Babel y la ayuda del nuevo Imperio Kiel en el continente central se decidió ayudar a sus habitantes. No era que a los devas le importara, en realidad. Comparado con el desierto en el que habían vivido durante siglos, hasta Gikeldor les parecía un paraíso.

Corrieron meses, en los que Reed y sus amigos se dispersaron, dejando que sus heridas sanaran, dejando sus preocupaciones borrarse. Más mañanas de lluvia y de calor, el zambullirse en el mar cálido de Minmedor, el recolectar las zamoras para el jugo y jugar a la pelota con los niños del pueblo, limpiar el arca y dar paseos, vivir, ser felices. Un poco después, como una señal que había estado esperando, Reaper y Amu revelaron a ambos sus intenciones de casarse, para las cuales Shimari encantada brindaba el Palacio de Sadalsuud. Reed había querido hablar con la reina, así que pensó que era su oportunidad.

La ceremonia fue sencilla, pero no por eso careció de esplendor. Regaron de blancas rosas uno de los salones, los amigos de Reaper contemplaron al toско guerrero subir vestido de noble, incómodo, las escaleras, y Amu le tendió el ramo a su prometido, en su vestido impoluto, la mujer más hermosa y radiante que todos allí hubiesen visto. Hasta el emperador kiel, si bien no pudo asistir, mandó de regalo una nota en la que elogiaba la “*dureza de frente*” de su campeón, y Nakku Deihr Bellow, desde Gikeldor, envió una similar preguntando quién sería la desafortunada en estar con Reaper Assadan de todas las personas.

Esa noche, entre los bailes, la gala y el banquete, Reed habló con Shimari, y al otro día con sus amigos. En unos días, si el tiempo le era propicio, partiría de regreso a Vant.

El viaje a bordo del Emperador no fue como esperaba, debido a la cantidad inaudita de devas que lo acompañaron. Desde luego, al llegar al mundo, el pueblo elegido de Baal se había enloquecido deseando viajes y conocimiento de todas aquellas cosas que nunca habían tenido, de los deshielos, los glaciares, las montañas y los anchos ríos, las selvas y los bosques; y miles de marinos o piratas habían aprovechado intentando cobrarles exorbitantes precios para llevarlos de un lado a otro. Tikielder, que recientemente había abierto sus puertas a todo aquel quien quisiera ingresar a negociar, era un destino muy deseado. Claro fue, sin embargo, que la gran mayoría de los

bronceados no fue capaz de soportar el viaje sobre aquella impensable masa de agua, y más aun, al atravesar como siempre Van Lyder las salvajes tormentas que rondaban la proximidad de la isla, Reed vio con humor que casi todos los devas estaban alineados en la barandilla, devolviendo el almuerzo, mientras los demás marineros reían y les daban palmadas simpáticas en la espalda.

Volvió a donde todo había iniciado.

En la base del cuello sentía el picor de la hierba escociéndole, pero no le evitaba eso la comodidad en la que se hallaba sobre el pastizal del monte más elevado, su sitio favorito en todo Tikielder, allí donde tantas veces se había acostado cuando era un niño para ver las nubes pasar.

Las veía, en su perezosa marcha por el cielo. Nubes gordas, de algodón, que flotaban siguiéndose unas a otras, inalcanzables ante la mano que elevaba hacia ellas, recortadas por un celeste nítido, perfecto. Reed suspiró, cerrando sus párpados y dejándose dormir.

Recordaba, tiempo atrás, cuando al hacer lo mismo una sombra se había cernido sobre él.

Al pensar aquello, como si no controlara su cuerpo, se sentó. Abajo, si descendía por la colina, el pueblo de Vant se adivinaba en su actividad: los granjeros alimentaban al ganado, araban y se secaban el sudor de la frente agradecidos, las flores habían renacido y su hogar parecía estar a salvo. El cambio significativo estaba, si prestaba atención, en los que allí paseaban, en algunos que claramente no eran de la isla sino de los grandes reinos, que visitaban, realizaban acuerdos, charlaban con los aldeanos en la lengua común y ofrecían sus propios productos.

Pero aunque Reed Id Vant los observaba, ciertamente no los veía. Se hallaba presa de una emoción difusa, que palpitaba dentro de él, como una melodía ínfima, que ahora en soledad podía oír con claridad, como el llamado de una voz dulce, triste, que había estado esperando desde hacía rato.

Un llamado.

Poseído por aquel sueño, se puso de pie. El viento meció sus ropas, su cabello, y sus ojos grises parecieron perdidos, cuando dio el primer paso cuesta abajo hacia el pueblo. En realidad, aún no se había atrevido a saludar, simplemente había paseado tal fantasma, durmiendo en la casa de Scarrow, ignorándolo todo. Pero, ahora comprendía por qué había ido allí, qué era lo que lo convocaba a su hogar.

Corrió.

De a poco, su trote adquirió fuerza, furor, energía, mientras se atropellaba por la pendiente con todo su vigor, pasando la llanura, pisando las sombras vagas de las nubes. Las chozas de Vant se acercaron a él, y Reed las superó sin verlas, pensando en otras cosas: en Belekraz, en el mar, en la Forja de Xshathra y sus calabozos, en Fariel y la rústica Deneb Algedi, en la biblioteca de Cel-Neckar y los riscos de Eclant. Y corrió, corrió sin parar, con algo atorándose en su garganta, viajando por sus recuerdos

mientras la melodía lo seguía llamando, rebuscando de nuevo en lo más hondo de sí, en el camino de luz transitado. Otra persona, alguien más.

Al verlo pasar, el aldeano Luca arrojó el fardo de ramas que venía cargando.

-¿Reed?

Pero Reed tampoco le prestó atención alguna, y dejó atrás el pueblo. Cruzó entre dos frondosos árboles, en el Bosque de Vant, el lugar más peligroso de la isla. Pisó en su carrera grandes hongos de motas rojas, ahuyentó a un lagarto de escamas amarillas que retrocedió escurriéndose entre unas piedras, corrió, corrió con todas sus fuerzas, mientras lágrimas resbalaban de sus ojos, mientras dejaba salir aquello que había estado guardando en los últimos meses.

*“Me dio su mano
Tan tersa y blanca
Se vio dispersa, por altamar*

*Mi amada muerta
Mi amada incierta
¿No ves que tu amor, me va a matar?”*

No. No era el Domo del Sol, ni la gruta, no era la casa de Amu ni la Cornucopia de Asherat, no eran los pasadizos que habían recorrido ni la muerte en el Tártaros, ni la pobreza de Gikeldor, no era nada de ello. Era otro instante, cuando tenía a Ailai frente a él, a la falsa Ailai, a su amada, Drassil, y ella lo miraba, en sus ojos reflejado el mismo dolor, exactamente el mismo dolor que él había sentido.

Tropezó con una rama, la misma con la que había tropezado años atrás. Cayó sobre un charco de lodo endurecido, poniendo las manos para atajar el golpe, pero ninguna superficie sólida lo recibió. Se hundieron en la tierra dejándolo agazapado, y Reed lloró, lloró largamente por lo que había perdido, por ese mundo, por todas y cada una de las pruebas que había superado, por el amor de la Espada Gris y su locura, su llanto resonando entre los murmullos que se debatían por el follaje, en soledad, descargando de sí todo lo que había juntado sin pena ni vergüenza alguna, sabiendo que de todos modos él ya había sido salvado...

Y de cualquier forma, el viento soplaba.

.....

-Dos Años Después-

“A mi Maestro, Scarrow Arderaid:

Me resulta extraño escribirle. Y en realidad, tengo tantas cosas que decirle que no sabría por dónde comenzar.

Nunca fui bueno con las letras, así que, con su perdón, intentaré-”

Lo tachoneó con la pluma en el acto. Echó su espalda contra el respaldar de la silla con un suspiro; se estiró cuanto podía y luego se frotó la cintura, incómoda por tantas horas sentado. Si seguía así, todo lo que conseguiría mandar sería un garabato mal dibujado de él usando un bastón.

Sonrió ante esa idea, dejando su asiento y acercándose al balcón. Afuera hacía un día espectacular, limpio y claro; creyó ver incluso a un águila dando giros en el cielo, pasando sobre su mirador. Desde esa parte del palacio de Sadalsuud, en donde la reina le había otorgado vivienda, Reed podía contemplar la actividad que se desarrollaba entre los campos de juego, donde nobles montaban a caballo y competían, donde los jardines eran regados por cientos de jardineros y cuyas rosas eran recortadas con esmero.

Por algún motivo, algo al ver esas rosas le hizo recordar que aquel era el día.

-Ah, joder- pronunció, volviendo a su comedor. Inspiró hondo, confió en sus instintos y escribió tres palabras en el papel manchado, bajo todos sus previos intentos y tachaduras. Se las quedó viendo por un buen rato, pensando en lo que significaban y considerando que no podría haber dicho nada mejor.

Luego dobló la carta, y la guardó en el bolsillo de su camisa.

Tarareó con los dedos en el borde de la mesa, ansioso. No debía de faltar mucho, y sin embargo, los esperaba como un niño espera a su madre cuando le promete regalos tras visitar el bazar, preguntándose cada dos por tres cuándo llegarían. Para aliviar la ansiedad, decidió meditar; por lo que se sentó cruzando las piernas en el suelo, al lado de su espadón Ur que reposaba contra la pared, y se concentró con largas inspiraciones.

Cambió de posición catorce veces en los siguientes cinco minutos, incapaz de dominarse. Luego se le ocurrió que podía cocinar algo en el pequeño horno que tenía y que jamás había usado, para impresionarlos. Pero al rato, cuando sacó aquella masa negra y burbujeante de allí quemándose la mano desistió también de aquello y simplemente volvió a su silla, agotado, dormitándose.

Y soñó.

Soñó con valles, montañas, y un largo viaje.

Soñó con una voz, con una danza, con esculturas de hielo abandonadas.

Soñó, desde luego, con un murmullo.

-¡Boo!- oyó en ese momento a su espalda, y dio un alarido para caer contra el suelo. Sobre su cabeza, riendo a las carcajadas, Arksinad se había aparecido y lo miraba, con su túnica blanca de Sol, el cabello largo atado y ya sin sombrero.

-Casi me matas.

-¿No te gusta?- el mago lo ayudó a levantarse, sin problemas. Estaba tan joven como antes, el Rubí seguía haciendo que no cambiase. Al ver que Reed lo contemplaba tomó sus ropas, dando un giro, como presentándose.

-Te estaba extrañando, Reed. Y Nakku te manda saludos, desde luego.

Había visto a su maestra unos meses atrás, por lo atareada que ella estaba como la nueva líder de los devas. El rostro de Nakku, dañado durante la guerra, estaba cubierto ahora por la misma máscara de Ventrysten que ella había arreglado en la Forja. Pero aunque la mitad de esa cara se había vuelto algo aplastado, indefinible, Reed la había consolado, y Nakku, reticente a dejarse influir por apariencias, simplemente se cubría y sólo le había declarado sus preocupaciones a puertas adentro, cuando estaban solos, temiendo por su fealdad y las heridas que la marcaban.

Ese día Reed la había abrazado, prometiéndole regresar y quedarse con ella en cuanto su búsqueda terminase.

-Oh, mira- sonrió Arksinad, cerrando un ojo- Ya llega el señor gruñón.

Al instante golpes en la puerta resonaron. Cuando abrió, Amu se lanzó sobre él abrazándolo, y detrás de ella, Reaper ingresó rascándose el cabello, con un bostezo.

-Reaper- lo saludó el mago.

-Boca-cortada- le sonrió él enseñándole los dientes- Si sigues así, podrás jugar con la pequeña Elui en cuanto crezca.

Arksinad escupió, y Amu se separó de su abrazo con el muchacho, tirando de la mejilla a su prometido.

-¡Menuda manera de revelarlo!

-¿Estás...?- le preguntó Reed, maravillado. La joven se posó la mano bajo el estómago, asintiendo feliz, y ambos no pudieron más que felicitarlos.

-Crandor me permitirá quedarme un tiempo en Kamui, hasta que la niña nazca y camine.- dijo Reaper estirándose y viendo aquel apartamento- En realidad, ya casi no tengo nada que hacer allí. Pero el pobre Yeguilex me extrañará demasiado si me ausento.

-Recuerdo este lugar- dijo su esposa, mirándolo- Reaper, ¿te acuerdas de cuando vinimos aquí con Allon?

-Sí, sí.

-¿Debes comer algo especial?- inquirió Reed de nuevo, atemorizado por esa segunda vida que estaba en Amu- Pensé en pedirle a la servidumbre...

-Ofrécele eso que cocinaste en el horno antes de que yo llegara, y de seguro el bebé saldrá como Reaper- comentó Arksinad y recibió un codo en la cara.

Cenaron entre charlas, contándose sobre sus vidas el tiempo que habían estado separados: Arksinad, a cargo de los devas intentaba junto a Nakku cerrar acuerdos con la Forja de Xshathra; Reaper, de guardia y mediador para Crandor y el imperio kiel que crecía; le contó que Caxer seguía junto a los seelers, que había crecido casi veinte

centímetros, que Linith no se separaba de él y Unnaon Zetha mismo había decidido enseñarle magia.

Habían reconstruido Deneb Algedi, pieza por pieza, con la ayuda de todo aquel que quisiera poner su empeño en honrar a lo que allí había desaparecido. Donde Dammed Oah se había alzado, una nueva ciudad se erigía, y era tal su esplendor que corrían rumores: el mundo estaba dividido, en paz, entre Kamui y el Imperio, y se rumoreaba que algunos peces gordos planeaban casar a Shimari y a Crandor para crear un gobierno que uniera a todos los continentes en uno solo. Al preguntar Arksinad, empujando su mejilla con el índice con insistencia, sobre qué pensaba la reina, Reed sólo pudo asegurarles de que estaba enterada de tal hecho. Pero en unos días Shimari huiría de sus responsabilidades reales, y Kamui se quedaría sin su monarquía.

Porque Shimari, que seguramente también esperaba en un balcón, como él buscaba a alguien. Con ella partiría, para cumplir su deber para con Sephid y otra persona.

Comieron, bebieron, rieron y se divirtieron entre anécdotas y memorias. Y Reed pasó el día con ellos, rememorando lo que había vivido, a todos los que había conocido.

Allí, lejos, Yeguilex y sus hombres trabajarían sobre las ruinas de Deneb Algedi. Gallahard cuidaría de Merady, entre sus constantes andares para intentar seducir a las devas, Caxer tendría sus propias aventuras con sus nuevos amigos, Van Lyder seguiría sorteando tormentas junto a su tripulación, Allon y Ann disfrutarían de una vida de casados. Todos seguían viviendo, aquel mundo imperfecto, constante, no terminaría: había colores, tristezas, había verdades y mentiras, había tumbas y sueños, y deseos, y todo aquello le daba a él mismo voluntad, determinación, la determinación de seguir adelante, de continuar viviendo.

Cuando la noche llegó, se comenzaron a oír a lo lejos los silbidos, los estallidos de los fuegos artificiales y los espectáculos que se podían apreciar en toda Sadalsuud. Se conmemoraba el día, el día de la paz que se había conseguido a duras penas, que de seguro en algún momento volvería a caer.

Llenos, sobre sus asientos, los tres se miraron y se levantaron. Amu dormitaba, con la cabeza sobre el respaldo del sillón, y allí la dejaron mientras marchaban por el pasillo, entre sombras, hacia la puerta de madera que los esperaba.

Reflejos de luces pasaron por los rostros de Arksinad, de Reaper, que sonreía, y de Reed al apoyar la mano y empujar. Ante los tres se abrió el balcón, y más allá las casas y las ventanas de la ciudad: con mil globos que subían, encendidos, con los globos de la celebración que como estrellas regresaban al cielo, y que contemplaron, cada uno recordando lo vivido, su pasado, las experiencias que habían atravesado.

Había un globo para ellos, atado al alfeizar. Reed rebuscó en su camisa, tomó el papel que había escrito para su maestro y lo enganchó en la tela antes de soltarlo. El globo ascendió, tímidamente primero, y luego tomó fuerza e impulso; una pequeña luz que subía por los aires nocturnos, entre miles de otras, una ínfima mota de fuego; Reed Id Vant la contempló, subiendo, subiendo, perdiéndose allá arriba, y pensó en una

mujer, en un rostro, en unas palabras, y su propio corazón resonó hacia la persona a la que no había podido ayudar, su espada.

“Te encontraré.”

Y aquella esfera se perdió, en la altura, y Reed Id Vant fue feliz.

FIN DE DRASSIL